

Nora Roberts

Al atardecer



*Nora
Roberts*
Al atardecer

PLAZA  JANÉS



NORA ROBERTS

AL ATARDECER

Traducción de
Rosa Pérez

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Jason y Kat,
los mejores compañeros de viaje*

PRIMERA PARTE

Un viaje

*Cuando una fiebre virulenta nos abrasa,
nos movemos de un lado a otro sin pausa;
y es poco el alivio que hallamos
cambiando de sitio, pero no de dolor.*

ISAAC WATTS

Prólogo

Oeste de Montana, 1991

Alice Bodine se puso a orinar detrás de una fina cortina de pinos. Había tenido que andar por la nieve, que le cubría hasta las rodillas, para llegar a la protección de los árboles, y el culo al aire (con la libélula que se había tatuado en Portland) le tembló al viento que susurraba como las olas rompientes.

Como había recorrido más de cinco kilómetros por la carretera secundaria sin ver un solo coche o camioneta, se preguntó por qué puñetas se había molestado en alejarse.

Algunas costumbres, supuso mientras se subía los vaqueros, sencillamente no se perdían.

Dios sabía que lo había intentado. Que había intentado romper con costumbres, reglas, convenciones y expectativas. No obstante, ahí estaba, apenas tres años después de haber decidido alejarse de todo lo que era corriente, normal, regresando a casa con el culo medio helado.

Se acomodó la mochila cuando volvió a la carretera de mala muerte pisando las hondas huellas que había dejado en la nieve. La mochila contenía todos sus bienes terrenales, lo que incluía otro par de vaqueros, una camiseta de AC/DC, una sudadera de Grateful Dead que nada más llegar a Los Ángeles le había quitado a un tío ya olvidado, un poco de jabón y champú

que había birlado durante la temporada (breve, por suerte) en que había limpiado habitaciones en un Holiday Inn de Rigby (Idaho), preservativos, su neceser de maquillaje, quince dólares y treinta y ocho centavos, y lo que quedaba de una bolsita de hierba bastante pasable que le había mangado a un tío con el que se había corrido una juerga en un camping del este de Oregón.

Se había dicho que regresaba a casa porque no tenía dinero y porque no quería seguir limpiando sábanas manchadas con el semen de algún capullo. Y también reconocía lo fácil que sería convertirse en una de las mujeres de mirada vacía que había visto prostituyéndose en las sombras de muchas calles de las ciudades por las que había pasado, que también eran muchas.

Había estado cerca, lo reconocía. Si uno pasaba suficiente hambre, frío o miedo, la idea de vender tu cuerpo —al fin y al cabo, solo era sexo— por lo que valían una comida y una habitación decente no parecía descabellada.

Pero la verdad era, y había momentos en los que reconocía la verdad, que algunas reglas no las trasgrediría jamás. La verdad era que quería regresar a casa. Quería a su madre, a su hermana, a sus abuelos. Quería su habitación con todos sus pósteres en las bonitas paredes pintadas de rosa, y las ventanas con vistas a las montañas. Quería oler a café y a beicon en la cocina por la mañana, montar a caballo a galope tendido.

Su hermana estaba casada; ¿no había sido la dichosa boda, de lo más tradicional, la gota que había colmado el vaso y había provocado su marcha? Puede que Reenie incluso tuviera un hijo ya, probablemente fuera así, y probablemente continuara siendo tan perfecta como siempre.

Pero echaba de menos incluso eso, incluso la irritante perfección de Maureen.

Así pues, siguió andando, otro kilómetro, con la gastada chaqueta de lana que había comprado en una tienda de beneficencia, y que a duras penas la

protegía del frío, y las botas que tenía desde hacía más de diez años pisoteando la nieve acumulada en el estrecho arcén.

Debería haber llamado a casa desde Missoula, pensó. Debería haberse tragado el orgullo y haber telefoneado. Su abuelo habría ido a buscarla, y él nunca echaba sermones. Pero se había imaginado llegando al rancho a pie, puede que incluso pavoneándose por la carretera de acceso.

Había imaginado que todo se detendría, que se detendría sin más. Los mozos del rancho, los caballos, incluso las vacas en los prados. El viejo perro de caza, Blue, correría a saludarla. Y su madre saldría al porche.

El retorno de la hija pródiga.

El suspiro de Alice llenó el aire de un vaho que el viento glacial enseguida se llevó.

Sabía que no sería así, lo había sabido desde el principio, pero encontrar un conductor en Missoula dispuesto a llevarla le había parecido una señal. Y la había dejado a menos de veinte kilómetros de casa.

Puede que no llegara antes de que anocheciera, y eso la preocupaba. Llevaba una linterna en la mochila, pero las pilas no eran de fiar. Tenía un encendedor, pero la perspectiva de acampar sin tienda ni manta, sin comida, y sin agua desde hacía más de tres kilómetros, la empujó a seguir adelante, a apretar el paso.

Intentó imaginar qué le dirían. Se alegrarían de verla: no podía ser de otra manera. Quizá estuvieran cabreados con ella por cómo se había marchado, sin dejar nada aparte de una nota presuntuosa. Pero tenía dieciocho años por aquel entonces, y era lo bastante mayor para hacer lo que quisiera, y no quería estudiar, ni la cárcel del matrimonio o tener una porquería de trabajo en el rancho.

Quería libertad, y la había perseguido.

Ahora tenía veintiún años, y regresaba a casa por decisión propia.

Puede que no le molestara tanto trabajar en el rancho. Puede que incluso se planteara asistir a algunas clases en la universidad.

Era una mujer adulta.

Sus dientes de mujer adulta querían castañetear, pero siguió andando. Esperaba que sus abuelos maternos aún estuvieran, y le remordió la conciencia porque no podía estar segura de que fuera así.

Claro que están vivos, se dijo. Solo han pasado tres años. La abuela no estaría cabreada, o no le duraría mucho. A lo mejor le echaba un buen rapapolvo. ¡Mira lo flaca que estás! ¿Qué demonios te has hecho en el pelo?

Divertida con la idea, Alice se caló el gorro de esquí sobre el pelo corto que se había decolorado todo lo posible. Le gustaba ser rubia, le gustaba cómo el color más sofisticado le volvía los ojos más verdes.

Pero sobre todo le gustaba la idea de que el abuelo la envolviera en uno de sus abrazos, de sentarse a la mesa para llenarse la barriga —Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina—, y explicar sus aventuras a toda su estirada familia.

Había visto el océano Pacífico, había paseado por Rodeo Drive pavoneándose como una estrella de cine, había trabajado dos veces como extra en una película de verdad. Conseguir un papel en una película de verdad quizá le resultaría mucho más difícil de lo que pensaba, pero lo había intentado.

Había demostrado que podía estar sola. Podía hacer cosas, ver cosas, experimentar cosas. Y podía hacerlo todo otra vez si le daban demasiado la vara.

Enfadada, parpadeó y se enjugó las lágrimas que le anegaban los ojos. No suplicaría. No suplicaría que la aceptaran, que la acogieran.

Dios santo, solo quería estar en casa.

La posición del sol le indicó que no lograría llegar antes de que

anocheciera, y todo apuntaba a que pronto nevaría. Quizá... quizá si atajaba por el bosque y los prados conseguiría llegar a la casa de los Skinner.

Se detuvo, cansada, indecisa. Era más prudente seguir por la carretera, pero si iba por los prados acortaría casi dos kilómetros. Además, había un par de cabañas, si lograba acordarse del camino. Con lo básico, para amantes de la naturaleza, pero podría forzar la puerta, encender la chimenea, quizá incluso encontrar alguna lata de comida.

Miró la carretera, que parecía interminable, y después las montañas coronadas de nieve que se alzaban más allá de los prados nevados hacia un cielo que el anochecer y la inminente nevada cada vez volvían más gris.

Más adelante, Alice pensaría en aquella indecisión, aquellos pocos minutos de vacilación en el arcén con aquel viento cortante. Aquellos pocos minutos antes de que diera un paso hacia los prados, las montañas, para adentrarse en las sombras cada vez más alargadas de los pinos y alejarse de la carretera.

Aunque era el primer ruido que oía en más de dos horas —aparte de su respiración, las pisadas de sus botas, el susurro del viento entre los árboles—, al principio no lo identificó como el traqueteo de un motor.

Cuando lo hizo, volvió sobre sus pasos por la nieve y el corazón le dio un vuelco al ver la camioneta que circulaba hacia ella.

Avanzó un paso y, en vez de enseñar el dedo pulgar como había hecho infinidad de veces en sus viajes, agitó los brazos para indicar que estaba en apuros.

Podía llevar tres años lejos de casa, pero se había criado en el campo. En el oeste. Nadie pasaría de largo si veía a una mujer pidiendo ayuda en una carretera solitaria.

Cuando la camioneta se detuvo, Alice pensó que jamás había visto nada tan bello como aquel Ford azul oxidado, con su portarrifles, el cajón tapado

con una lona alquitranada y una pegatina en el parabrisas donde ponía VERDADEROS PATRIOTAS.

Cuando el conductor se inclinó para bajar la ventanilla del acompañante, Alice tuvo que hacer un esfuerzo por no llorar.

—Parece que necesitas ayuda.

—No me vendría nada mal que me llevara. —Alice le dirigió una fugaz sonrisa, intentando calarlo. Necesitaba que la llevara, pero no era imbécil.

Vestía una zamarra que ya tenía unos cuantos años e iba tocado con un sombrero vaquero marrón sobre el corto pelo oscuro.

Guapo, pensó Alice, eso siempre ayudaba. Mayor, seguro que como mínimo tenía cuarenta. La expresión de sus ojos, también oscuros, le pareció bastante afable.

Oyó la rítmica música country que sonaba en la radio.

—¿Adónde vas? —preguntó en un acento del oeste de Montana que también era música para sus oídos.

—Al Rancho Bodine. Está...

—Claro, conozco el Rancho Bodine. Paso por delante. Sube.

—Gracias. Gracias. Se lo agradezco mucho. —Alice se quitó la mochila de la espalda y la subió después de encaramarse a la cabina.

—¿Has tenido una avería? No he visto nada en la carretera.

—No. —Alice dejó la mochila a sus pies, tan aliviada por el calor que irradiaba la calefacción de la camioneta que apenas podía hablar—. Vengo de Missoula, he encontrado gente que me traía, pero han tenido que desviarse a unos diez kilómetros de aquí.

—¿Llevas diez kilómetros andando?

Extasiada, Alice cerró los ojos cuando dejó de tener los dedos de los pies como cubitos de hielo.

—Usted es la primera camioneta que veo en más de dos horas. Nunca

pensé en hacer todo el camino a pie. Ahora me alegro mucho de que ya no sea necesario.

—Una buena caminata, y para una criaturita como tú, sin compañía. Pronto anochecerá.

—Lo sé. Tengo suerte de que usted haya pasado.

—Tienes suerte —repitió él.

Alice no vio venir el puñetazo. Fue demasiado rápido y la pilló por sorpresa. Tuvo la sensación de que la cara le estallaba por el golpe. A punto de perder el conocimiento, intentó darle una bofetada.

No sintió el segundo golpe.

A toda prisa, y alborozado por la oportunidad que le había llovido del cielo, el tipo la dejó desmayada en el cajón trasero, debajo de la lona.

La ató de pies y manos, la amordazó, y después la tapó con una vieja manta.

No quería que se muriera de frío antes de llevarla a su casa.

Aún les faltaban unos pocos kilómetros de trayecto.

En la actualidad

Despuntó el alba, rosa como la flor, y tiñó las montañas nevadas de delicado color. Los alces bramaron al surcar la niebla en su procesión matutina, y el gallo no cejó en su intento de despertar al mundo entero con su canto.

Mientras paladeaba los últimos sorbos de café, Bodine Longbow se quedó en la puerta de la cocina para contemplar y escuchar lo que ella consideraba el comienzo ideal de un día de noviembre.

Lo único que podría mejorarlo era sumarle una hora. Desde que era pequeña deseaba que el día tuviera veinticinco horas, e incluso había escrito todo lo que podría hacer con solo sesenta minutos más.

Como la rotación de la Tierra no la complacía, ella lo compensaba no durmiendo casi nunca más allá de las cinco y media. Cuando amanecía, ya había terminado su sesión de ejercicios, sesenta minutos exactos, se había duchado, arreglado y vestido, había leído sus emails y mensajes de texto y había desayunado yogur con muesli —aunque no le gustaba ni una cosa ni la otra y quería convencerse de que los prefería los dos juntos— mientras consultaba su agenda en la tableta.

Como ya llevaba la agenda en la cabeza, no hubiera necesitado consultarla. Pero Bodine opinaba que las cosas había que hacerlas a conciencia.

Ahora que ya estaba lista para que amaneciera, podía tomarse un momento para disfrutar de su café con leche, con doble de café, leche entera y un chorrito de caramelo, a pesar de que le había prometido a su jueza interior que acabaría desenganchándose de él.

El resto de la familia pronto se agolparía en la cocina, su padre y sus hermanos después de echar un vistazo al ganado y de poner a trabajar a los mozos del rancho. Como era el día libre de Clementine, Bodine sabía que su madre entraría majestuosamente en la cocina y prepararía un desayuno típico de un rancho de Montana sin perder la sonrisa. Después de dar de comer a tres hombres, Maureen ordenaría la cocina antes de ir al Resort Bodine, donde era la responsable del área comercial.

Maureen Bodine Longbow tenía a su hija maravillada.

Bodine no solo estaba segurísima de que su madre no deseaba que el día tuviera una hora más; era evidente que no la necesitaba para terminarlo todo, tener un matrimonio sólido y ayudar a dirigir dos empresas complejas, el rancho y el resort, mientras seguía disfrutando plenamente de la vida.

Justo en ese momento, Maureen entró, y parecía alegre. Llevaba el pelo castaño corto y su cara era tan bonita como un pimpollo. Le sonrió con sus vivaces ojos verdes.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días. Estás guapísima.

Maureen se pasó la mano por una estrecha cadera y el elegante vestido verde oscuro.

—Hoy tengo una reunión tras otra. Debo causar buena impresión.

Abrió la vieja puerta corredera de madera que comunicaba con la despensa, cogió un delantal blanco de la percha.

Aunque no había gota de grasa de beicon que se atreviera a caer en ese vestido, pensó Bodine.

—Prepárame uno de tus cafés con leche, ¿quieres? —dijo Maureen mientras se ataba el delantal—. Nadie los hace tan ricos como tú.

—Claro. Tengo una reunión dentro de nada con Jessie —respondió Bodine, refiriéndose a Jessica Baazov, la coordinadora de eventos del resort desde hacía tres meses—. Por la boda de Linda-Sue Jackson. Linda-Sue viene a las diez.

—Mmm... Tu padre me ha dicho que Roy Jackson está lamentándose de lo que va a costarle casar a su hija, pero sé a ciencia cierta que la madre de Linda-Sue está decidida a tocar todos los registros, más incluso si fuera preciso. Llevaría a esa chica al altar acompañada de un coro de ángeles celestiales si nosotras se lo pudiéramos proporcionar.

Bodine calentó minuciosamente al vapor la leche para el café.

—Por el precio justo, es probable que Jessie se lo consiguiera.

—Ha sido un buen fichaje, ¿verdad? —Maureen empezó a freír el beicon en una sartén enorme sobre la cocina de ocho fogones—. Me cae bien esa chica.

—A ti te cae bien todo el mundo. —Bodine le pasó el café con leche a su madre.

—Así se vive más feliz. Si se busca, a todo el mundo se le puede encontrar algo bueno.

—Adolf Hitler —respondió Bodine.

—Bueno, al hacer lo que hizo, trazó una línea que la mayoría no queremos volver a cruzar. Eso es bueno.

—Eres única, mamá. —Bodine, más alta que Maureen (había superado el metro sesenta de su madre a los doce años y había crecido otros ocho centímetros), se inclinó para besarla en la mejilla—. Me da tiempo a poner la mesa antes de irme.

—Oh, cariño, tú también tienes que desayunar.

—He tomado yogur.

—Tú odias esas cosas.

—Solo las odio cuando me las como, y me convienen.

Maureen suspiró, sacó el beicon para dejar que se escurriera, y puso más en la sartén.

—Juro que a veces pienso que eres mejor madre para ti de lo que yo lo he sido.

—Eres la mejor madre del mundo —replicó Bodine mientras sacaba del armario una pila de los platos de uso diario.

Oyó el follón segundos antes de que la puerta trasera se abriera. Los hombres de su vida entraron acompañados de dos perros.

—Acordaos de limpiaros las botas.

—Vamos, Reenie, como si fuéramos a olvidarnos. —Sam Longbow se quitó el sombrero; nadie comía en la mesa de Maureen con el sombrero puesto.

Con su más de metro noventa, era un hombre guapo, zanquilargo y huesudo, con el pelo negro salpicado de canas y arrugas de expresión en las comisuras de los ojos castaños.

Tenía la pala izquierda torcida, lo que, en opinión de Bodine, aumentaba el atractivo de su sonrisa.

Chase, dos años mayor que Bodine, colgó su sombrero vaquero de la percha y se quitó la chaqueta de piel. Había heredado la estatura y la constitución de su padre, todos los hermanos Longbow lo habían hecho, pero tenía las facciones y la tez de su madre.

Rory, tres años menor que ella, era una mezcla de los dos, con el pelo castaño y vivaces ojos verdes, una versión de veintidós años de la cara de Sam Longbow.

—¿Puedes hacer suficiente para uno más, mamá?

Maureen miró a Chase con las cejas enarcadas.

—Siempre puedo hacer suficiente para uno más. ¿De quién se trata?

—He pedido a Cal que venga a desayunar.

—Pues poned otro plato —ordenó Maureen—. Callen Skinner lleva demasiado tiempo sin sentarse a nuestra mesa.

—¿Ha vuelto? —preguntó Bodine.

Chase asintió, y se acercó a la máquina de café.

—Llegó anoche. Se está instalando en la choza, tal como hablamos. Le vendrá bien desayunar caliente.

Mientras Chase se bebía el café solo, Rory puso al suyo generosas dosis de leche y azúcar.

—No tiene pinta de vaquero de Hollywood.

—Menudo chasco para nuestro benjamín —dijo Sam mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Rory esperaba que se paseara por ahí con espuelas, una cinta plateada en el sombrero y las botas relucientes.

—No llevaba nada de eso. —Rory cogió un poco de beicon—. No está muy distinto de cuando se fue. Más viejo, supongo.

—No me saca ni un año —dijo Chase, y añadió—: Deja algo de beicon para los demás.

—Hay más —dijo Maureen con placidez, y levantó la cara cuando Sam se agachó para darle un beso.

—Estás tan bonita como una bombonera, Reenie. Y hueles igual de bien.

—Tengo reuniones toda la mañana.

—Hablando de reuniones. —Bodine miró su reloj—. Debo irme.

—Oh, cariño, ¿no puedes quedarte para saludar a Callen? Hace casi diez años que no lo ves.

Ocho años, pensó Bodine, y debía reconocer que tenía curiosidad por volver a verlo. Pero...

—No puedo, lo siento. Lo veré por ahí... y a ti también —dijo, besando a su padre—. Rory, tengo que repasar algunas cosas contigo en el despacho.

—Allí estaré, jefa.

Ella resopló al oír su respuesta y se dirigió al recibidor, donde ya había dejado su maletín con el papeleo del día.

—¡Esta tarde va a nevar! —gritó mientras se ponía el abrigo, el sombrero y la bufanda, y después de enfundarse los guantes, salió a la fría mañana.

Llevaba un minuto de retraso, así que se dirigió a la camioneta apretando el paso. Sabía que Callen regresaba, había asistido a la reunión familiar en la que habían decidido contratarlo como encargado de los caballos.

Era el mejor amigo de Chase desde que ella recordara, y había pasado de ser la cruz de Bodine a ser su primer amor secreto, para luego volver a ser su cruz, y de nuevo su amor. No terminaba de recordar en qué categoría estaba cuando se marchó de Montana. Ahora, mientras circulaba por la ondulada capa de nieve que cubría la carretera del rancho, cayó en la cuenta de que Callen tenía menos años que Rory cuando se había ido de casa.

Unos veinte, calculó, y sin duda lo hizo cabreado y frustrado por haber perdido la mayor parte de su patrimonio. Tierras, pensó Bodine, que Sam Longbow había comprado a los Skinner cuando el padre de Callen atravesaba una, digamos, mala racha.

Porque esa mala racha por la que atravesaba se debía a que lo había perdido todo en el juego. Como jugador era un desastre, había oído decir una vez a su padre, y tan adicto al juego como algunos lo son a la bebida.

Así pues, con unas tierras, que sin duda amaba, reducidas a unas veinte hectáreas, la casa y unos pocos cobertizos, Callen Skinner se había marchado para abrirse camino en la vida.

Según Chase, le había ido bien, había acabado como adiestrador de caballos para el cine.

Ahora, con el padre muerto, la madre viuda y su hermana casada con un hijo pequeño y otro en camino, Callen había regresado.

Bodine había oído lo suficiente para saber que las pocas tierras que le quedaban no valían lo que debía por ellas en concepto de hipotecas y préstamos. Y la casa estaba vacía, pues la señora Skinner se había ido a vivir con su hija y la familia de esta a una bonita casa de Missoula, donde Savannah y su marido tenían una tienda de artesanía.

Bodine suponía que pronto habría otra reunión sobre la compra de las últimas veinte hectáreas, y mientras conducía sopesó si los terrenos beneficiarían más al rancho o al resort.

Arreglar la casa, pensó, alquilarla a grupos. O para eventos. Bodas de menor envergadura, fiestas de empresa, reuniones familiares.

O bien ahorrarse ese tiempo y gasto, tirarla abajo y partir de cero.

Se entretenía pensando en las posibilidades cuando pasó por debajo del cartel arqueado del Resort Bodine con su logotipo de un trébol.

Al girar, vio las luces de la Tienda de Suministros encendidas mientras los empleados del primer turno se preparaban para abrir. Esa semana tenían una exposición de artículos de piel y artesanía, lo que despertaría el interés de algunos de los huéspedes de finales de otoño. O con la campaña publicitaria de Rory lograría atraer a gente de fuera que se quedaría a comer en el Morral.

Aparcó delante del achaparrado edificio con un amplio porche delantero que albergaba la recepción.

El resort siempre le hacía sentirse orgullosa.

Había nacido antes que ella, en una reunión entre su madre, su abuela y su bisabuela, por iniciativa de su abuela, Cora Riley Bodine.

Lo que había comenzado siendo un sencillo rancho turístico se había convertido en un resort de lujo que ofrecía una cocina de cinco tenedores, un servicio personalizado, aventuras, tratamientos de belleza, eventos,

espectáculos y demás, repartido en una superficie de más de mil doscientas hectáreas, incluido el rancho productor. Y todo, pensó Bodine cuando bajó de la camioneta, con la incomparable belleza del oeste de Montana.

Entró a toda prisa en el edificio, donde uno o dos huéspedes estaban disfrutando de un café delante de la inmensa chimenea crepitante.

Percibió los agradables olores otoñales a calabaza y a clavo, e hizo un gesto con la mano hacia el mostrador de la entrada, decidida a ir derecha a su despacho para organizarse. Se desvió hacia el mostrador cuando Sal, la pelirroja que Bodine conocía desde primaria, le hizo señas.

—Quería que supieras que Linda-Sue acaba de llamar para decir que se retrasa un poco.

—Siempre lo hace.

—Sí, pero esta vez ha avisado. Ha ido a recoger a su madre.

Los firmes cimientos del día de Bodine sufrieron su primera grieta.

—¿Su madre viene a la reunión?

—Lo siento. —Sal le sonrió apenada.

—Más que nada, es problema de Jessie, pero gracias por avisar.

—Jessie no ha llegado aún.

—No pasa nada. He venido antes.

—¡Siempre lo haces! —gritó Sal cuando Bodine se alejó por el pasillo que conducía al despacho de dirección. Su despacho.

Le gustaba el tamaño que tenía. Lo bastante grande para celebrar reuniones con empleados o encargados, lo bastante pequeño para que esas reuniones fueran íntimas y personales.

Disponía de una doble ventana por la que se veían los caminos empedrados del jardín, una parte del edificio que albergaba el Morral y el Comedor, más exclusivo, y prados que se extendían hacia las montañas.

Había colocado el viejo escritorio de su abuela de espaldas a la ventana a

propósito, para evitar distracciones. Tenía dos sillas de piel de respaldo alto que antes embellecían el despacho del rancho, además de un sofá pequeño que había sido de su madre y que ella había tapizado de nuevo con una resistente tela azul.

Colgó el abrigo, el sombrero y la bufanda en el perchero del rincón, y se pasó la mano por el pelo liso, negro como el de su padre, que llevaba recogido en una larga cola que le caía por la espalda.

Se parecía a su abuelo: eso decía siempre su viuda. Bodine había visto fotografías y reconocía su parecido con el malhadado joven Rory Bodine, que había muerto en Vietnam antes de cumplir los veintitrés.

Él tenía los ojos verdes y la mirada audaz, y la boca grande y carnosa. Su pelo negro era ondulado, mientras que Bodine lo tenía muy lacio, pero había heredado sus pómulos marcados, su altanera naricilla y la blanca tez irlandesa que requería protección solar en grandes cantidades.

Con todo, le gustaba pensar que había heredado el buen ojo de su abuela para los negocios.

Fue al mostrador, donde estaba la cafetera que hacía un café pasable, y se llevó una taza a su escritorio para repasar sus notas sobre las dos primeras reuniones del día.

Justo cuando terminaba de hablar por teléfono y enviaba un email, todo a la vez, entró Jessica.

Igual que Maureen, Jessie llevaba un vestido, pero en su caso era de color rojo intenso, combinado con una chaqueta corta de piel de un blanco roto. Los botines de tacón no durarían ni cinco minutos en la nieve, pero hacían juego con el vestido rojo como si los hubieran teñido juntos.

Bodine no podía sino admirar su estilo perfecto e insuperable.

Jessica llevaba el pelo rubio recogido en un pulcro moño como a menudo hacía en el trabajo. Al igual que los botines, sus labios combinaban

perfectamente con el vestido y no desentonaban en absoluto con sus pómulos marcados, su fina nariz recta y sus límpidos ojos celestes.

Se sentó mientras Bodine acababa de hablar, sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y se puso a consultarlo.

Bodine colgó y se recostó en la silla.

—La coordinadora de la Western Writers Association va a llamarte para organizar un retiro de tres días y un banquete de despedida.

—¿Saben las fechas? ¿Cuántos serán?

—Prevén que serán noventa y ocho. Llegarían el nueve de enero y se irían el doce.

—¿Este enero?

Bodine sonrió.

—Les ha fallado el otro sitio donde suelen reunirse, así que están apurados. Lo he mirado y es factible. Hay menos actividad justo después de las vacaciones de Navidad. Les reservaremos el Molino, para las salas de reunión y el banquete, y el número de cabañas que me ha pedido durante cuarenta y ocho horas. La coordinadora, Mandy, parece organizada, aunque un poco desesperada. Acabo de enviaros a ti, a mi madre y a Rory un email con la información. Su presupuesto debería bastar.

—De acuerdo. Hablaré con ella, organizaré las comidas, el transporte, las actividades, etcétera. ¿Escritores?

—Sí.

—Avisaré a la Cantina. —Jessica lo anotó en su móvil—. No he organizado nunca un evento para escritores que no se fundan los billetes en el bar.

—Es una buena noticia para nosotros. —Bodine señaló la pequeña cafetera con el pulgar—. Sírvete.

Jessica se limitó a enseñarle el termo verde del Resort Bodine que

habitualmente llevaba lleno de agua.

—¿Cómo vives sin café? —preguntó Bodine con sincerad—. ¿O sin Coca-Cola? ¿Cómo vives a base de agua?

—Porque también hay vino. Y hay yoga, meditación.

—Todo eso da sueño.

—No, si lo haces bien. Deberías hacer más yoga. Y probablemente la meditación te ayudaría a reducir la cafeína.

—La meditación solo me hace pensar en todas las otras cosas que preferiría estar haciendo. —Bodine, que seguía recostado en la silla, la hizo girar de un lado a otro—. Me encanta esa chaqueta.

—Gracias. Fui a Missoula en mi día libre, me di un capricho. Lo que es casi tan bueno como el yoga para la mente y el espíritu. Sal me ha dicho que Linda-Sue se retrasa un poco, vaya novedad, y que su madre viene con ella.

—Esa es la última noticia. Nos ocuparemos. Reservan cincuenta y cuatro cabañas para tres días. Ensayo de la ceremonia, boda, banquete, básicamente ocupan todo el Pueblo Zen el día antes de la boda, además de las otras actividades.

—Solo faltan cuatro semanas para el enlace, así que no queda mucho tiempo para que cambien de opinión, para que añadan más perifollos.

La carnosa boca de Bodine se torció en una sonrisa.

—Conoces a Dolly Jackson, ¿verdad?

—Puedo con Dolly.

—Mejor tú que... cualquier otra persona —comentó Bodine—. Repasemos lo que tenemos.

Revisaron la lista de cabo a rabo, y mientras estaban hablando de una fiesta navideña menos numerosa la semana previa a Navidad, Sal se asomó por la puerta.

—Linda-Sue y su madre.

—Ahora mismo voy. Espera un momento, ¿Sal? Pide unas mimosas.

—Así me gusta.

—Bien pensado —dijo Jessica cuando Sal se marchó—. Mimarlas para ablandarlas.

—Linda-Sue no está tan mal. Chase salió con ella durante unos cinco minutos en el instituto. —Bodine se levantó, se estiró el chaleco marrón oscuro—. Pero las mimosas nunca van mal. A por ellas.

En el vestíbulo, Linda-Sue, bonita y curvilínea, propensa a agobiarse, andaba de un lado para otro con las manos juntas entre los pechos.

—¿Es que no lo ves, mamá? Todo decorado para Navidad, los árboles, las luces, la chimenea encendida como ahora. Y Jessica ha dicho que el Molino va a brillar.

—Más le vale. Hazme caso, necesitamos esos candelabros grandes, Linda-Sue, al menos una docena. De oro, como vi en la revista. No del oro ostentoso, sino del elegante.

Mientras hablaba, Dolly escribía en una página de la abultada carpeta blanca de boda que llevaba.

Tenía la mirada un poco desquiciada.

—Y una alfombra de terciopelo rojo, rojo oscuro, no rojo chillón, extendida en el camino desde el sitio donde para el trineo, en vez de blanca. Te resaltaré más el vestido. Y, hazme caso, necesitamos una arpista, vestida de terciopelo rojo con esos ribetes dorados tan elegantes, que toque mientras la gente entra para que la sienten a las mesas.

Jessica respiró hondo.

—Vamos a necesitar más mimosas.

—Lo sé. —Bodine dibujó una sonrisa en sus labios y entró en liza.

Bodine dedicó cuarenta minutos a la boda de oro fino y después se escapó. En los tres meses que habían transcurrido desde que había ocupado la vacante de coordinador de eventos, Jessica había demostrado ser más que capaz de tratar con una madre quisquillosa y una futura esposa indecisa.

En cualquier caso, Bodine había quedado en reunirse con el responsable de la comida y la bebida, tenía que responder unas cuantas preguntas de uno de sus conductores y quería tachar de su lista una conversación con el encargado de los caballos.

La carretera de grava, serpenteante y repleta de acusadas pendientes, que iba de su despacho al Centro de Actividades Bodine (el CAB) tenía casi un kilómetro, pero en cuanto salió, decidió que iría a pie en lugar de coger el coche porque quería disfrutar del vigorizante aire.

Ya olía a nieve, calculaba que comenzaría a caer antes de media tarde. Pero de momento el cielo seguía azul bajo las nubes que se estaban acumulando.

Pasó por delante de dos de los pequeños Kia verdes que proporcionaban a los huéspedes durante su estancia (solo para desplazarse dentro del resort), tomó la estrecha carretera de grava y no vio a nadie.

Estaba flanqueada por extensos prados nevados. Divisó tres ciervos saltando por la nieve, un destello de colas blancas, con el recio pelaje oscuro del invierno.

El graznido de un halcón hizo que alzara la vista para verlo volar. La cetrería ocupaba un lugar destacado en su plan de tres años para el resort y ya había hecho avances en ese terreno a finales del primero.

El viento levantó nieve del suelo, arremolinándose a su alrededor como polvo de estrellas mientras sus botas repicaban en el suelo duro como el acero.

Percibió movimiento cerca del CAB, a algunos de los mozos con unos

cuantos de los caballos en el potrero cubierto. Le llegó el agradable olor a caballo, junto con los aromas a cuero engrasado, heno y trigo.

Alzó la mano para saludar cuando el hombre vestido con una gruesa cazadora y un sombrero de vaquero Stetson marrón la miró. Abe Kotter acarició la yegua pinta que había estado cepillando y después dio unos cuantos pasos para reunirse con Bodine.

—Va a nevar —dijo ella.

—Va a nevar —convino él—. Un matrimonio de Denver quería dar un paseo a caballo. Montan bien, así que Maddie se los ha llevado a dar una vuelta. Acaban de regresar.

—Avísame si quieres llevar algunos caballos al rancho, cambiarlos por los otros.

—Vale. ¿Has venido andando?

—Me apetecía pasear, tomar el aire. Pero ¿sabes?, creo que ensillaré uno, lo llevaré al rancho y pasaré a ver a las señoras de la Casa Bodine.

—Salúdalas de mi parte. Yo te ensillo el caballo, Bo. A Calcetines le vendría bien hacer ejercicio. Le ahorrarías el esfuerzo a este viejo carcamal.

—¿Viejo? ¡Y una leche!

—Cumpló sesenta y nueve en febrero.

—Si a eso lo llamas ser viejo, las abuelas te acribillarán a balazos.

Él se rio, retrocedió e hizo otra caricia a la yegua pinta.

—Es posible, pero voy a tomarme ese descanso del que hablamos. Iremos a ver a mi hermano en Arizona, mi señora y yo. Justo después de Navidad, y hasta abril.

Bodine no torció el gesto, aunque quería hacerlo.

—Os echaremos de menos a Edda y a ti.

—Los inviernos se vuelven más duros cuantos más años se tiene. —Abe examinó los cascos a la yegua, y sacó un raspador para limpiárselos—. En

invierno no hay tanta demanda de paseos a caballo y ese tipo de cosas. Maddie puede sustituirme, ocuparse de los caballos durante un par de meses. Tiene la cabeza en su sitio.

—Hablaré con ella. ¿Está dentro? De todas maneras, tengo que entrar a hablar con Matt.

—Sí que está. Te preparé a Calcetines.

—Gracias, Abe. —Bodine echó a andar, pero volvió sobre sus pasos—. ¿Qué demonios vas a hacer en Arizona?

—Que me aspen si lo sé, aparte de no pasar frío.

Bodine entró en el edificio. Desde la primavera hasta octubre, el gran espacio diáfano acogería a grupos que se preparaban para hacer rafting en aguas bravas, rutas en quad, paseos a caballo, arreos de ganado y excursiones guiadas.

En cuanto empezaba a nevar en serio, el ritmo tendía a aflojarse, y ahora el eco de sus pasos resonaba en el edificio mientras se aproximaba al mostrador curvo, ocupado por el coordinador de actividades del resort.

—¿Cómo te va, Bo?

—Me va, Matt, que ya es mucho. ¿Tú qué tal?

—Esto está tan tranquilo que llevamos el trabajo al día. Tenemos un grupo haciendo esquí de travesía y otro practicando tiro al plato. Una familia de doce dará un paseo a caballo mañana, así que he avisado a Chase. Me ha dicho que Cal Skinner ha vuelto y que él se ocupará.

—Así es.

Habló con Matt del inventario, para reponer material y equipamiento, y después sacó el móvil y sus notas a fin de comentar más actividades para la boda de los Jackson.

—Te mandaré un email con toda la información. De momento, solo

asegúrate de tenerlo todo reservado, de traer a quien necesites para que no te falten manos.

—Entendido.

—Abe ha dicho que Maddie estaba aquí.

—Ha ido al baño.

—Vale. —Bodine consultó la hora en el móvil antes de guardárselo en el bolsillo. Quería pasar a ver a las abuelas, pero después tenía que irse derecha al despacho—. Espero un rato.

Fue hasta la máquina expendedora. Jessica tenía razón: debería beber más agua. Pero no quería agua. Quería algo dulce y con gas. Quería una maldita Coca-Cola.

Maldita seas, Jessie, pensó cuando insertaba el dinero y seleccionaba una botella de agua.

Irritada, dio el primer trago justo en el momento en que Maddie salía del baño.

—Hola, Maddie.

Bodine se acercó a la amazona. Le pareció que Maddie estaba un poco pálida, que tenía ojeras, pese a su sonrisa siempre presta.

—Hola, Bo. Acabo de volver del paseo.

—Me he enterado. ¿Te encuentras bien? Te veo un poco mustia.

—Estoy bien. —Después de quitarle importancia con un gesto de la mano, Maddie suspiró.

—¿Tienes tiempo para sentarte un momento?

—Claro. —Bodine señaló una de las mesitas repartidas por el recinto—. ¿Va todo bien? ¿Aquí? ¿En casa?

—Va genial. En serio. —Maddie, una amiga de toda la vida, se sentó y se echó hacia atrás el sombrero que le cubría parte de la media melena rubia—. Estoy embarazada.

—Estás... ¡Maddie! Eso es estupendo, ¿no?

—Es estupendo, maravilloso, increíble. Y asusta un poco. Thad y yo decidimos que por qué esperar. Nos casamos hace nada, en primavera, y nuestra idea era dejar pasar un año, quizá dos. Luego dijimos, ¿por qué esperar? Y nos tiramos a la piscina. —Maddie se rio y después dio unos golpecitos en la botella de Bodine—. ¿Me dejas beber un poco?

—Bébetela toda. Me alegro mucho por ti, Maddie. ¿Te encuentras bien?

—Me he pasado los dos primeros meses vomitando tres veces al día. Nada más levantarme, a la hora de comer y a la de cenar. Me canso antes, pero el médico dice que es normal. Y los vómitos tendrían que aflojar bastante pronto, que Dios me oiga. Supongo que ya lo han hecho, un poco. Hace un momento he tenido náuseas, pero no he echado la papilla, así que ya es algo.

—Thad debe de estar dando saltos de alegría.

—Sí.

—¿De cuánto estás?

—De doce semanas el sábado.

Bo abrió la boca, volvió a cerrarla, y después recuperó la botella para echar otro trago.

—Doce.

Después de suspirar, Maddie se mordió el labio inferior.

—Estuve a punto de contártelo nada más quedarme, pero todo el mundo dice que hay que esperar a que pasen los tres primeros meses, el primer trimestre. No se lo hemos dicho a nadie, aparte de a nuestros padres; a los padres hay que decírselo, e incluso con ellos esperamos hasta que estuve de cuatro semanas.

—No se te nota nada que estás embarazada.

—Se me notará. Y lo cierto es que los vaqueros me aprietan tanto en la cintura que los llevo atados con un mosquetón.

—¡No!

—Sí. —Para demostrarlo, Maddie se levantó la camisa y le enseñó a Bo la anillita plateada—. Y mira esto.

Se quitó el sombrero y bajó la rubia cabeza para enseñarle casi tres centímetros de raíces castañas.

—Recomiendan no teñirse el pelo. No voy a quitarme el sombrero hasta que nazca el bebé, lo juro. No veo mi color natural desde que tenía trece años y tú me ayudaste a teñírmelo con aquella caja que prometía un tinte fácil y un resultado bonito.

—Y utilizamos parte para hacerme una mecha rubia que acabó pareciendo más una rodaja de calabaza fluorescente.

—A mí me molaba mucho. Soy rubia de corazón, Bo, pero voy a ser una morena embarazada. Una morena gorda y patosa que tiene que ir a mear cada cinco minutos.

Bodine rompió a reír a carcajadas y volvió a pasarle el agua. Mientras bebía, Maddie se acarició la barriga aún invisible con una mano.

—Me siento distinta, muy distinta, y es una especie de milagro. Bodine, voy a ser madre.

—Vas a ser una madre increíble.

—Estoy decidida a serlo. Pero, bueno, hay otra cosa que no debería hacer.

—Montar.

Maddie asintió y volvió a beber.

—He estado postergándolo, lo sé. ¡Santo Dios!, monto desde que era una cría, pero mi médico no admite discusión.

—Ni yo. Hoy has guiado el paseo, Maddie.

—Lo sé. Debería habérselo dicho a Abe, pero pensaba que primero debía decírtelo a ti. Luego empezó a hablar de que yo podía sustituirlo este invierno

mientras él estaba fuera. No quise contárselo porque este viaje le hace mucha ilusión, y lo veía renunciando a él.

—No renunciará a él y tú no montarás hasta que tu médico te dé permiso. Y no se hable más.

Mordiéndose otra vez el labio, una clara señal de preocupación, Maddie enroscó y desenroscó el tapón de la botella de agua.

—También están las clases.

—Las daremos. —Ella resolvería esa cuestión, pensó Bodine. Era su trabajo—. Los caballos no solo se montan, Maddie.

—Lo sé. Ya hago parte del papeleo. Puedo cepillarlos, darles de comer y conducir el remolque, llevar a los huéspedes al Centro Ecuestre. Puedo...

—Lo que podrías hacer es traerme una lista, de tu médico, con lo que puedes hacer y lo que no. Lo que puedas hacer, lo harás; lo que no, no.

—El caso es que mi médico es tremendamente prudente, y...

—Yo también lo soy —la interrumpió Bodine—. O me traes la lista y te atienes a ella, o te despido.

Maddie se recostó, enfurruñada.

—Thad me advirtió que dirías justo eso.

—No te casaste con un idiota. Y te quiere. Igual que yo. Vamos, ya te estás yendo a casa para el resto del día.

—Oh, no necesito irme a casa.

—Ya te estás yendo —repitió Bo—. Échate una siesta. Y después de la siesta, llamarás a tu ginecólogo y le dirás...

—Es mujer.

—Da igual. Le dirás que escriba la lista y que te la mande, y que me ponga en copia. Y ya iremos viendo. Lo peor que puede pasar, Maddie, es que cambies una silla de montar por una de escritorio durante unos meses. —Bodine sonrió—. Vas a ponerte gorda.

—Hasta me hace cierta ilusión.

—Bien, porque va a pasar. Ahora, vete a casa. —Bodine se levantó y se inclinó para darle un fuerte abrazo—. Y enhorabuena.

—Gracias. Gracias, Bo. Voy a decírselo a Abe antes de irme. Le diré que lo tienes todo atado, ¿vale?

—Adelante.

—De hecho, voy a decírselo a todo el mundo. Me muero de ganas de hacerlo desde que meé en el palito. ¡Oye, Matt! —Maddie se puso de pie y se acarició la barriga—. ¡Estoy embarazada!

—¡Hostia!

Bodine tuvo tiempo de verlo saltar por encima del mostrador y correr junto a Maddie para levantarla en brazos.

Los padres eran los primeros en saber que sus hijas estaban embarazadas, pensó Bodine cuando salió del edificio. Pero el resort era como una familia.

Mientras cabalgaba, Bodine resolvió qué había que hacer, qué podía hacerse y qué opción era la más sensata. Perder a dos de sus empleados clave del Centro Ecuestre —a Abe hasta la primavera y a Maddie durante ocho meses seguidos— creaba un rompecabezas. Tenía las piezas; solo necesitaba hallar la mejor manera de encajarlas.

Neviscaba, una nieve fina y espaciada de momento, un presagio de la nevada que se avecinaba. Le gustaba cómo olía, la forma en que un halcón la atravesaba planeando; un orondo conejo brincó, desapareció y volvió a brincar, en su carrera por un vasto prado blanco.

Espoleó a Calcetines para que trotara con más brío, y después, interpretando el deseo del animal, dejó que alargara la zancada y galopara sin trabas. Vio una de las camionetas de mantenimiento bajando por la carretera que conducía a las Cabañas de Altura, y se dio el gusto, junto con su montura, de ir por el camino más largo, donde el mundo se extendía a un paisaje de blancas montañas que se alzaban hacia un algodonoso cielo gris claro.

Durante un rato se permitió vaciar la mente. Resolvería el rompecabezas, solucionaría el problema, haría lo que había que hacer.

Pasó por delante de las carpas blancas del Pueblo Zen, subió la cuesta junto al racimo de cabañas que ellos llamaban las Casas Montañesas, y volvió a tomar la carretera que conducía hasta la casa de las abuelas.

Estaba apartada de la carretera, lo que dejaba espacio para el jardín que ambas disfrutaban cuidándolo, una casa de muñecas blanca con elegantes marcos azules, grandes ventanas para apreciar las vistas y amplios porches, delante y detrás, para sentarse y no hacer nada más.

Llevó el caballo capón a la pequeña caballeriza de la parte de atrás, y desmontó. Después de frotarle cariñosamente el lomo, lo ató.

Anduvo por la fina capa de nieve hasta el porche trasero, donde se limpió las botas a conciencia sobre el felpudo.

En cuanto entró, le llegó el olor de algo maravilloso que estaba cocinándose a fuego lento. Mientras se desabrochaba el abrigo, se acercó a la olla para oler su contenido.

Pollo con puerros, pensó, aspirando el aroma. La receta de origen escocés de la abuela.

Miró alrededor. La cocina-comedor comunicaba con un salón donde había un cómodo sofá, unas cuantas butacas y un enorme televisor de pantalla plana.

Las abuelas se pirraban por las series.

En ese momento echaban un culebrón en el que salían dos personas increíblemente hermosas. Bodine vio la cesta de los bordados —de la abuela— y la cesta del ganchillo —de la yaya—, pero no vio a ninguna de las dos.

Echó un vistazo en el cuarto de invitados, que hacía las veces de despacho, y lo encontró ordenado y vacío.

Entró en el salón que separaba los dos pequeños dormitorios con baño, donde la chimenea ardía a fuego tan lento como la sopa. Se dispuso a llamarlas, pero oyó la voz de la abuela a su derecha:

—¡Lo he arreglado! Te he dicho que lo arreglaría.

Cora salió del dormitorio con una lustrosa caja de herramientas color rosa en las manos. Sofocó un chillido, dándose una manotada en el pecho.

—¡Virgen santa, Bodine! Me has dado un susto de muerte. ¡Mamá! ¡Ha venido Bodine!

Cora se apresuró a abrazar a Bodine; las herramientas sonaron ruidosamente.

Zapatillas de piel de oveja, fragancia de Chanel n.º 5, un cuerpo tan delgado y ágil que disimulaba su edad vestido con unos Levi's y un grueso jersey que debía de haberle tejido su propia madre.

Bodine olió su perfume.

—¿Qué has arreglado?

—Ah, sí, el lavabo de mi baño perdía agua como un colador.

—¿Quieres que llame a mantenimiento?

—Pareces tu bisabuela. Llevo casi toda la vida arreglándome yo las cosas. Acabo de reparar la fuga.

—No me cabe la menor duda. —Bodine la besó en las dos suaves mejillas, y sonrió a sus perspicaces ojos azules.

—¿Tienes algo que haya que arreglar?

—Voy a quedarme sin dos empleados del Centro Ecuestre, pero ya estoy pensando en cómo arreglarlo.

—Eso es lo que hacemos, ¿no? ¡Mamá! Ha venido Bodine, por el amor de Dios.

—Ya voy. No hace falta gritar.

A diferencia de Cora, que se había dejado el pelo, más corto en la nuca, con sus canas naturales, doña Fancy se había obstinado en continuar siendo tan pelirroja como cuando era joven.

A pocos meses de cumplir los noventa, quizá reconociera que se movía un poco más despacio que en épocas anteriores, pero le enorgullecía decir que conservaba la dentadura entera, que podía oír todo lo que le diera la gana y que solo necesitaba gafas para ver de cerca.

Era menuda, más redonda que regordeta. Y prefería las camisas o las gorras con eslóganes, que buscaba y compraba en internet. La de ese día rezaba:

ESTA ES LA PINTA QUE
TIENE UNA FEMINISTA

—Cada vez que te veo estás más guapa —dijo doña Fancy cuando Bodine la abrazó.

—Me viste hace dos días.

—Sigue siendo igual de cierto. Ven a sentarte. Tengo que ir a mirar la sopa.

—Huele increíble.

—Necesita otra hora o más si puedes quedarte.

—No puedo, de veras, tengo que volver. Solo he pasado a veros.

Doña Fancy removió la sopa mientras Cora guardaba su caja de herramientas.

—Pues un té con galletas —decretó Cora—. Siempre hay tiempo para un té con galletas.

Bodine se recordó que estaba comiendo más sano, evitando los dulces, los hidratos de carbono vacíos.

—Cora y yo hicimos galletas de canela anoche. —Doña Fancy sonrió cuando puso agua a calentar.

¿Por qué tenían que ser galletas de canela?

—Podría sacar tiempo para comerme una galleta. Siéntate, abuela. Yo prepararé el té.

Cogió la tetera, las tazas y los coladores, ya que ninguna de las dos mujeres se rebajaría a tener una bolsita de té en casa.

—Os estáis perdiendo la serie —observó Bodine.

—Oh, la estamos grabando —respondió doña Fancy, quitándole importancia—. Es más entretenido verla por la noche y pasar los anuncios.

—He intentado explicarle que no hace falta tener el televisor encendido para grabar, pero no me cree.

—No tiene ningún sentido —le dijo doña Fancy a su hija—. Y no pienso arriesgarme. He oído que el hijo de los Skinner ha vuelto de Hollywood y está trabajando en el rancho.

—Has oído bien.

—Siempre me cayó bien ese muchacho.

Cora puso un plato de galletas en la mesa.

—Guapo como él solo. —Doña Fancy cogió una galleta—. Con la dosis justa de chulería para hacerlo interesante.

—Chase, y sus modales serios, le hacían mucho bien. Y tú estabas colada por él —le dijo Cora a Bodine.

—No es verdad.

Las abuelas se miraron con expresiones de suficiencia casi idénticas.

—¡Tenía doce años! ¿Y cómo lo sabéis?

—Lo mirabas con ojitos de carnero. —Doña Fancy se llevó una mano al corazón—. Puñetas, yo también me habría colado por él si hubiera sido más joven, o él mayor.

—¿Qué habría opinado el bisabuelo? —preguntó Bodine.

—Que estar casado no es como estar muerto. Estuvimos casados sesenta y siete años antes de que nos dejara, y los dos éramos libres para mirar todo lo que nos apeteciera. Ahora bien, ¿tocar? Al respecto, estar casado es como estar muerto.

Bodine llevó el té a la mesa sin poder contener la risa.

—Dile a ese muchacho que venga a vernos —exigió Cora—. Ver a un

hombre guapo le alegra a una el día.

—Lo haré. —Bodine observó las galletas.

Ya comería sano después.

Cuando Bodine terminó de trabajar, la nieve caía rápida y copiosa. Se descubrió más que agradecida por las galletas en casa de las abuelas, pues no había tenido tiempo de comer a mediodía y ahora llegaba muy tarde a cenar.

Cuando aparcó la camioneta en el rancho, estaba dispuesta a comerse lo que fuera, después de servirse una copa de vino.

Se quitó el abrigo y las botas en el recibidor, cogió su maletín y encontró a Chase en la cocina, sacando una cerveza de la nevera.

—Hay estofado de ternera al fuego —le comentó—. Mamá nos ha dicho que lo mantuviéramos caliente hasta que llegaras.

Carne roja, pensó Bodine. Estaba intentando comer menos carne roja.

En fin.

—¿Dónde están todos?

—Rory ha quedado. Mamá ha dicho que iba a darse un baño larguísimo y lo más probable es que papá esté en la bañera con ella.

Al instante, Bodine se palmeó la sien.

—¿Por qué me metes esas ideas en la cabeza?

—La forma de mirar en sus ojos me las ha metido a mí. Me gusta compartirlo todo. —Meneó la botella que tenía en la mano—. ¿Quieres una cerveza?

—Tomaré vino. Una copa de tinto todos los días te hace bien. Puedes buscarlo en internet —insistió Bodine cuando él le sonrió con aire burlón.

Puede que se le fuera la mano llenándosela, pero continuaba siendo una sola copa.

—Así que Maddie está embarazada.

—¿Cómo puñetas lo sabes? —Molesta, bebió vino con una mano y se sirvió estofado en un plato sopero con la otra.

—Maddie ha mandado un mensaje de texto a Thad diciéndole que os lo había contado a ti y a prácticamente todos a los que tenía a tiro, así que él me lo ha contado. A mí y a prácticamente todos a los que tenía a tiro. Pero bueno, ya me lo esperaba.

—¿Ya te lo esperabas? ¿Por qué?

—Se nota en la mirada, Bodine. En la mirada... y en un par de comentarios aquí y allá sobre lo de ser padres y ese tipo de cosas.

—Si ya te lo olías, ¿por qué no le sonsacaste? —Estaba enfadada, y dio a Chase un fuerte codazo en el costado—. Si lo hubiera sabido hace unas semanas, podría haberme quedado con uno de los temporeros. Y mira con quién hablo —añadió mientras sacaba una cuchara del cajón—. Con don No Hago Preguntas Ni Muerto.

—La respuesta llega de todas formas. Voy a tomarme la cerveza en la otra habitación, junto a la chimenea.

Bodine metió la cuchara en el estofado y lo siguió. Como su hermano, se sentó en el gran sofá y subió los pies a la mesa.

—He llamado a todos los temporeros que sabía que podían ocupar un puesto de responsabilidad. Un simple mozo no me sirve. Los pocos a los que se lo he propuesto ya tienen trabajo para este invierno. —Comió estofado, caviló—. Tengo unas semanas antes de que Abe se vaya al dichoso desierto, pero no me gusta poner al mando a alguien que no conozco, que no he tenido oportunidad de formar. Están Ben y Carol, pero, aunque son buenos, carecen de dotes de mando.

—Utiliza a Cal.

—¿Cal?

—Sí, puede alternar sin problemas el rancho y el resort. No hay nadie mejor que él con los caballos y tiene dotes de mando. Si hay demasiado trabajo, papá y yo podemos echaros una mano. Rory también, o mamá. Puñetas, hasta la yaya puede hacer de guía en los paseos a caballo. De hecho, cabalga bastante todos los días.

—Hoy he ido a verlas, a ella y a la abuela. Con Calcetines. Cuando la yaya se ha enterado, ha querido llevarlo al CAB en mi lugar. Le ha sentado un poco mal que no la dejara por la nieve. No debería guiar paseos a caballo en invierno.

Con su calma habitual, Chase asintió y bebió más cerveza.

—Podría dar clases.

—Sí, ya lo he pensado. Le gustaría. Bueno, si el rancho puede echarme una mano, al menos mientras Abe está fuera, me ahorraría tener que buscar a otra persona. No eres completamente inútil, Chase.

—¿Yo? —Eché un trago de cerveza—. Tengo mucho potencial sin explotar.

—Supongo que tu potencial no incluye saber de dónde sacamos unos quince kilómetros de terciopelo rojo, una docena de candelabros de oro, de un metro y medio de altura, y una arpista con un vestido de terciopelo rojo.

—De momento, ese potencial sigue sin explotar.

—La boda de Linda-Sue. Hoy ha venido su madre con ella, y ha puesto, quitado, cambiado y despotricado por todo. Un desperdicio de mimosas —masculló Bodine.

—Tú querías dirigir el resort.

—Sí, y me encanta, incluso en días como este. Además, ¿el terciopelo, la arpista y el oro? Son problema de Jessica. El hecho de que no haya mandado a Dolly Jackson a hacer puñetas demuestra que fui inteligente contratándola.

—Nunca pensé que duraría tanto. —Feliz con los pies en alto, Chase

contempló la nieve que caía al otro lado de la ventana—. Y todavía no ha pasado un invierno en Montana.

—Aguantará. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Es una urbanita. Y del Este.

—Y la mejor coordinadora de eventos de la empresa desde que Martha se jubiló hace cinco años. No tengo que estar encima de todo lo que hace.

—Aun así, lo estás.

—No tanto como antes. —Bodine miró por la amplia ventana igual que Chase, y vio nevar en la oscuridad—. Vamos a tener un palmo de nieve. Más vale que mande un mensaje a Len para asegurarme de que pasa la quitanieves.

—Estás encima de todo.

—Es mi trabajo. —Bodine pasó a mirar el techo—. ¿De verdad crees que están juntos en la bañera?

—Me juego lo que quieras.

—No creo que pueda subir aún. Creo que antes voy a necesitar otra copa de vino.

—Tráeme otra cerveza, ya que estás. —Chase miró el techo, como su hermana—. Yo también preferiría darles otra media hora antes de subir.

Bodine pasó la mayor parte del día siguiente comprobando el estado de las carreteras que serpenteaban por el resort, aprobando propuestas, posponiendo otras, e insistiendo en que le enviaran el pedido de sábanas nuevas para las cabañas lo antes posible.

Acababa de ponerse a revisar las promociones de invierno —folletos, publicidad postal, página web, Facebook y Twitter—, cuando entró Rory.

Se dejó caer en una de las sillas del despacho y se repanchigó como si

pensara quedarse un buen rato.

—Estoy echando un último vistazo a las promociones de invierno — comenzó a decir Bodine.

—Bien, porque tenemos que incorporar una nueva.

—Una nueva ¿qué?

—Idea. —Se volvió sonriendo cuando entró Jessica—. Aquí está, mi cómplice. Mamá está liada, pero vendrá si se deslía.

—¿De qué va esto? Los folletos se imprimen mañana y la próxima semana publicamos las promociones en la página web.

—Por unos días de retraso no pasa nada.

Sabiendo que esa era precisamente la peor manera de hacer una propuesta a Bodine, Jessica dio a Rory una palmadita en el brazo, seguida de un pellizco, antes de sentarse.

—Creo que podemos aprovechar el interés que hemos generado en los dos últimos años con el evento sobre Cocina Vaquera y el Rodeo Bodine.

—El Rodeo Bodine es nuestro evento anual más vendido —añadió Rory—. Pero solo en torno a un veinticinco por ciento de los que participan o compran entradas se alojan con nosotros, comen en nuestros restaurantes, beben en nuestro bar, utilizan nuestros servicios.

—Lo sé, Rory. La mayor parte de los vaqueros tienen sus propias caravanas o casas rodantes, o duermen en moteles. Muchas de las entradas se venden a la gente de aquí. La competición de monta y lazo de junio no genera los mismos ingresos en venta de entradas, pero sí atrae más reservas. En parte se debe a la estación del año.

—Exacto. —Rory la señaló—. Temporada de invierno, ¿qué tenemos? Tenemos nieve. A montones. La gente que viene de los estados del Este o de California quiere una experiencia vaquera (los paseos a caballo, la carreta del Viejo Oeste, las hamburguesas de bisonte) y la quiere envuelta en toda clase

de lujos. —Con la labia comercial que lo caracterizaba, Rory cruzó sus elegantes botas Frye en los tobillos—. Hay algunas personas que vienen el invierno, que se pasean en motos de nieve o disfrutan acurrucándose en una cabaña y dándose un masaje, pero tres o cuatro palmos de nieve les quitan las ganas, así que perdemos esos posibles ingresos.

Cuando trataban asuntos comerciales, Bodine había aprendido —aunque reconocía que le había costado lo suyo— a no ver a Rory como a su hermano menor.

—Te escucho.

—Un concurso de esculturas de nieve. Un evento de fin de semana. ¿A grandes rasgos? Pongamos que cuatro categorías. Menores de doce años, entre doce y dieciséis, adultos y familias. Entregamos premios, conseguimos que los medios de comunicación locales difundan la noticia. Y ofrecemos a los participantes un descuento para una estancia de dos días.

—¿Queréis que la gente haga muñecos de nieve?

—Muñecos de nieve, no —intervino Jessica—. Aunque sería una opción. Arte, esculturas de nieve, como hacen en Florida en los concursos de esculturas de arena en la playa. Allanamos unas pocas hectáreas, reservamos una parte para los niños, supervisada por empleados. Servimos chocolate caliente y sopa.

—Polos.

—Polos. —Rory miró a su hermana asintiendo—. Debería haberseme ocurrido a mí.

—Nosotros proporcionamos las herramientas: palas, paletas, espátulas, esa clase de cosas —prosiguió Jessica—. Pero los concursantes tienen que traerse los adornos, si quieren. Los reunimos el viernes por la noche para que se conozcan, les asignamos sitio, y empezamos el sábado a las nueve en punto.

—Vais a necesitar actividades para los niños pequeños —reflexionó

Bodine—. Enseguida se distraen, ¿no? Y les haría falta resguardarse del frío con algo que hacer, comida, tentempiés. Los adultos también, nada de actividades programadas, pero muchos de ellos pueden querer parar a ratos.

—Montamos un bufet en el Morral. Quizá algunas carpas con calefacción para masajes de cuello y hombros. Puedo pensar en actividades infantiles. — Jessica frunció el ceño—. Relacionadas con el invierno. Podríamos ofrecer paseos en trineo por un coste adicional. Organizamos una fiesta, con espectáculo, el sábado por la noche, anunciamos a los ganadores y entregamos los premios.

—Me gusta el concepto, pero vais a tener que precisar los detalles, el texto promocional y los costes bastante rápido. Conseguid fotos. «Festival» de esculturas de nieve suena mejor que «concurso».

—Maldita sea, sí —convino Rory—. Supongo que por eso eres la jefa.

—Y que no se te olvide.

—Voy a ponerme con los detalles ahora mismo. —Jessica se metió el móvil en el bolsillo y se levantó—. Rory, ¿qué te parece si nos reunimos dentro de una hora más o menos y lo rematamos todo?

—Claro. —Rory la vio alejarse, y se volvió hacia su hermana, sonriente—. Desde luego, huele bien.

—¿De verdad?

Rory enarcó las cejas sin dejar de lucir su sonrisa perfecta.

—De verdad de la buena.

—Es demasiado mayor para ti... y tiene demasiada clase.

—La edad solo es una actitud, y yo tengo mucha clase cuando me hace falta. No es que tenga intención de ir por ese camino —añadió—. Solo constato un hecho. —Se puso de pie—. ¿Sabes?, puedo sacarle mucho jugo a esto.

Podía, pensó Bodine. Y lo haría.

—Asegúrate de que es rentable —le advirtió.

—Materialista.

—Soñador. Lárgate. Tengo trabajo.

Ahora todavía más, pensó Bodine cuando devolvió la vista a la pantalla de su ordenador y la composición del folleto actual.

Tendrían que cambiarlo para añadir el festival a las promociones y eventos, y hacerlo con suficiente antelación a fin de atraer reservas en firme.

Descolgó el teléfono para llamar al diseñador gráfico.

Rory y Jessica, con ayuda de Maureen, fueron fieles a su palabra. Antes de las cinco, Bodine tenía encima de su mesa una propuesta bien desarrollada y una maqueta de la composición, el texto y los costes.

Retocarla, aprobarla y mandar la versión definitiva al diseñador le llevó otra hora, pero la consideró bien invertida.

Cuando salió para irse a casa, miró hacia el Comedor, echó un vistazo a los coches y las camionetas del aparcamiento. Había varios Kia y una cantidad considerable de todoterrenos, camionetas y coches de personas que no estaban alojadas en el resort.

No estaba mal.

Quería cenar y estar un rato tranquila sin la necesidad de tener todas las respuestas. Quizá acostarse temprano.

Después de aparcar en el rancho, cogió el maletín y entró en el recibidor pensando en su lista de prioridades.

Copa de vino.

Cena.

Una larga ducha caliente.

Un par de horas absorta en un libro.

Dormir.

Parecía un plan ideal.

Olió el aroma —y qué aroma— de la lasaña de Clementine, y decidió que Dios existía.

Cuando entró en la cocina, la huesuda Clementine, con su metro ochenta de estatura y su actitud de «cómetelo todo sin rechistar», soltó una de sus agudas risotadas.

—Muchacho, no has cambiado ni un poquito.

—No hay nada en este mundo ni en el otro que pueda cambiar mi hondo y eterno amor por ti.

Bodine conocía la voz, su encanto pícaro y zalamero, y miró hacia el lugar donde Callen Skinner estaba apoyado en la encimera de mármol, bebiéndose una cerveza mientras Clementine cargaba el lavavajillas.

Había cambiado un poquito, pensó Bodine. Estaba más bien flaco cuando se marchó. Había ganado un poco de peso. Las piernas largas y las caderas estrechas le daban un aire desgarrado, pero tenía la espalda más ancha y las facciones se le habían afinado. Siempre las había tenido bonitas, pero ahora eran más angulosas, con la mandíbula más marcada. El pelo, castaño como el pelaje de los ciervos en invierno, lo llevaba más largo de lo que ella recordaba, con lo que se le rizaba un poco alrededor de las orejas y por encima del cuello de la camisa.

Se preguntó si el pelo se le seguía aclarando con el sol cuando no llevaba sombrero durante más de diez minutos. Él volvió la cabeza, la miró directamente, y ella vio que sus ojos eran los mismos, de un gris que aparentaba una engañosa calma, capaz de adquirir tonalidades azules o verdes.

—Hola, Bodine.

Clementine giró sobre los talones, con los puños en sus huesudas caderas.

—Ya iba siendo hora. ¿Crees que regento un restaurante? Tienes suerte de que haya quedado un poco para ti.

—Échale la culpa a Rory. Él es quien me ha inundado de trabajo al final del día. Hola, Callen.

—Lávate las manos —ordenó Clementine—. Después, siéntate a la mesa.

—Sí, señora.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Callen.

—Querrá una copa de ese vino tinto que se ha acostumbrado a beber porque protege contra los problemas de corazón o algo por el estilo. Ese de ahí —respondió Clementine, señalándolo.

—¿En serio? Ya lo cojo yo.

Callen fue a buscarlo sin prisa, cogió una copa y fue vertiendo el vino poco a poco mientras Bodine se lavaba obedientemente las manos.

—Cómete esta ensalada. —Clementine se la sirvió en un plato sopero, le añadió un chorrito de algo y la removió—. Y no me rechistes por el aliño.

—No, señora —dijo Bodine—. Gracias —añadió cuando Callen le ofreció la copa.

Se sentó, tomó el primer sorbo y, mientras Clementine le ponía una servilleta en el regazo, cogió el tenedor.

—Siéntate a hacerle compañía, Cal. La mitad de las veces llega tarde a cenar y come sola. ¡La mitad de las veces! Hay un plato calentándose en el horno, y asegúrate de que se lo come todo.

—Lo haré.

—¿Quieres más tarta de manzana?

—Mi querida Clem, siento decir que ya no me queda sitio para más.

—Pues entonces llévate un buen pedazo a la choza cuando te marches. — Le pellizcó la mejilla, y la sonrisa que él le dirigió refulgió como un relámpago de estío.

—Bienvenido a casa. Me voy. —En vez de un pellizco en la mejilla, Bodine recibió una manotada en la nuca que terminó siendo una caricia—. Cómelo todo, jovencita. Hasta mañana.

—Buenas noches, Clementine. —Bodine esperó a que la puerta del recibidor se cerrara antes de suspirar y de coger de nuevo la copa—. No hace falta que te quedes aquí sentado viéndome comer.

—He dicho que lo haría. Juro que me fugaría para casarme con esa mujer solo por su mordacidad. Lo bien que cocina solo sería un plus. —Callen dio un lento trago de cerveza, mirando a Bodine—. Estás más guapa.

—¿Eso crees?

—Eso veo. Siempre has sido guapa, pero ahora todavía lo eres más. Aparte de eso, ¿cómo estás?

—Bien. Ocupada. Bien y ocupada. ¿Tú?

—Contento de haber vuelto. No tenía claro si lo estaría, así que eso también es un plus.

—Aún no has tenido tiempo de añorar Hollywood.

Callen se encogió de hombros.

—Era un buen trabajo. Interesante. Más duro de lo que la gente cree, más duro de lo que yo creía cuando me subí al carro.

A juicio de Bodine, los trabajos mejores y más satisfactorios solían serlo.

—¿Te ha dado lo que necesitabas?

Callen volvió a mirarla a los ojos.

—Sí.

—Sé que han pasado un par de años, pero quiero decirte que siento lo de tu padre. Y siento no haber ido al entierro.

—Te lo agradezco. Recuerdo que estabas enferma, con gripe o algo así.

—O algo así. Tres días. Más enferma de lo que nunca he estado, y espero no volver a pasar por lo mismo.

—Ya que mencionas el pésame, yo también siento lo de tu bisabuelo. Era un buen hombre.

—De lo mejorcito. ¿Cómo está tu madre, Callen?

—Bien. Le va mejor donde está, con un nietecito al que mimar y otro en camino. Vamos a vender a tu padre las tierras que nos quedan.

Bodine se comió la ensalada con pocas ganas.

—No sé si debería decir que lo siento.

—No es necesario. No significan nada para mí. Desde hace mucho tiempo. Puede que fuera cierto, pensó ella, pero aun así eran su patrimonio.

—Les daremos un buen uso.

—Me lo imagino. —Callen se levantó y sacó el plato del horno—. Mírate, Bodine —dijo al dejarlo sobre la mesa—. Al mando de todo el condenado resort.

Como Clementine no la estaba vigilando, Bodine añadió una buena dosis de pimienta recién molida.

Le gustaba la comida picante.

—No lo hago yo sola.

—Por lo que he oído, casi podrías. Hoy he trabajado para vosotros —añadió Callen—. Chase ha pensado que lo mejor sería que fuera a trabajar con Abe, puesto que han pasado unos años, para familiarizarme con el funcionamiento.

Bodine lo sabía... solo porque Chase le había mandado un mensaje de texto después de tomar la decisión.

—¿Y te has familiarizado?

—He empezado. Así que te daré mi opinión, si quieres oírla.

Callen esperó un momento. Ella se encogió de hombros y comió lasaña.

—Coincido con Abe en que deberíais contratar a un mozo. Es cierto que podéis compartir los del rancho, pero os iría mejor si tuvierais uno fijo. Yo puedo sustituir a Abe sin mucho problema cuando se vaya el mes que viene, pero seguirá faltándoos una persona.

Como Bodine estaba de acuerdo con el razonamiento y no podía discutirle el consejo, asintió.

—Estoy en ello. Es solo que aún no he encontrado a nadie.

—Esto es Montana, Bodine. Encontrarás a tu vaquero.

—No busco solo un par de botas. —Lo señaló con el tenedor, manteniéndose firme—. Si no te conociera, no sustituirías a Abe.

—Es lógico.

—Pero te conozco. A lo mejor sabes de alguien en California que quiera un cambio de aires.

Él negó con la cabeza, con la vista puesta en su cerveza.

—El cambio de aires forma parte de la profesión, ya que vas donde te necesitan. Y pagan demasiado bien. Podría cobrarme un favor, pero no me sentiría cómodo pidiéndole a alguien que renuncie a ese sueldo para guiar rutas ecuestres, dar clases de equitación, limpiar estiércol y cepillar caballos.

—La miró fijamente—. ¿Por qué lo he hecho yo?

—No te lo he preguntado, Cal.

—Oh, sí que lo has hecho. Había llegado la hora de volver a casa. —Callen volvió a lucir su refulgente sonrisa—. Y a lo mejor os echaba de menos a ti y a tus largas piernas, Bodine.

—Ajá —musitó ella en un tono entre divertido y sarcástico.

—Quizá lo habría hecho de haber sabido que estarías más guapa aún.

—Y yo quizá te habría echado también de menos de haber sabido que ya no estabas tan flacucho.

Él soltó una risotada.

—¿Sabes de qué acabo de darme de cuenta? De que sí te echaba de menos. Y también esta cocina. Aunque, oye, tiene algunos toques más sofisticados desde que la última vez que estuve. Unas puertas de establo que no le vienen grandes a la despensa. Una cocina grandiosa y reluciente, con sus fogones, y ese grifo que sale de la pared. Clementine dice que es para llenar las ollas que utiliza.

—Las abuelas engancharon a mamá a esos programas de reformas de

casas. A papá casi lo vuelve loco hasta que lo convenció para reformar la cocina.

—Hay más cosas que he echado de menos. Querría pasar a ver a la yaya y a doña Fancy.

—Les gustará. ¿Tienes todo lo que necesitas en la choza?

—Tengo de sobra. También está más arreglada que cuando Chase y yo nos escondíamos ahí para planear nuestras aventuras.

—Y no me dejabais entrar. —Callen advirtió que seguía un poco resentida por eso.

—Bueno, ¡eras una chica!

Bodine sonrió. Le hizo gracia el tono en que lo había dicho, entre horrorizado y pícaro. Puede que ella también lo hubiera echado un poco de menos.

—Montaba tan bien como vosotros.

—Sí. Y no sabes cuánto me molestaba. Chase me ha dicho que perdiste a Maravillas hace dos inviernos.

Bodine había montado, querido y almohazado a aquella yegua mansa desde que ambas tenían dos años.

—Casi me rompió el corazón. Tardé seis meses en elegir otro caballo.

—Elegiste bien. Tu Leo tiene cabeza y brío. ¿Quieres otra copa de ese vino?

Ella se lo pensó.

—Media.

—¿De qué sirven las cosas a medias?

—Media es más que nada.

—Suen a resignación. —Aun así, Callen se levantó, cogió la botella y la dejó en la mesa—. Parece que te has terminado el plato, más o menos, por tanto he cumplido con mi deber hacia Clementine. Debería irme.

—¿Quieres la tarta?

—No. Si me la llevo, estará ahí, intentando seducirme para que me la coma, y no conseguiré dormirme. Me alegro mucho de verte, Bo.

—Y yo.

Cuando Callen se marchó, Bodine se quedó sentada un momento, reflexionando, tocando con aire distraído la navaja que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa. La navaja que él le regaló cuando cumplió doce años. Quizá, solo quizá, aún estaba un poco colada por él. Solo una pizca.

Nada de lo que tuviera que preocuparse, nada que quisiera alimentar. Una simple chispa al ver al hombre en que se había convertido el muchacho por el que su corazón adolescente había suspirado.

Era bueno saberlo, reconocerlo y quitárselo de la cabeza.

Cogió la botella de vino y llenó la copa justo hasta la mitad.

Eso era más que nada.

1991

Le ordenó que lo llamara «señor». Alice memorizó todas las arrugas de su cara, el timbre exacto de su voz. Cuando escapara, diría a la policía que tenía unos cuarenta años, era blanco, con una estatura de más o menos metro setenta y cinco, setenta kilos de peso, quizá. Bastante musculoso y muy fuerte. Con los ojos y el pelo castaños.

Tenía una fea cicatriz en la cadera izquierda, de unos tres centímetros de longitud, y una marca de nacimiento marrón en la cara externa del muslo derecho.

A menudo olía a cuero, cerveza y aceite para armas de fuego.

Se lo describiría a un dibujante de la policía.

Había tenido más de un mes para maldecirse por no prestar más atención a la camioneta. Ni siquiera recordaba el color, aunque creía que era azul y estaba oxidada, pero no estaba segura.

No podría darles el número de matrícula, aunque la camioneta quizá fuera robada. Lo que sí podría era darles una descripción, desde el sombrero vaquero hasta las desgastadas botas Durango.

Si antes no conseguía matarlo.

Soñaba con eso, con ingeniárselas para hacerse con un cuchillo, un arma de fuego o una cuerda, y utilizarlos para matarlo la próxima vez que oyera abrirse la puerta del sótano, o que oyera las fuertes pisadas de sus botas en la escalera que bajaba a su cárcel.

No tenía la menor idea de dónde estaba, de si seguía en Montana, o de si la había llevado a Idaho o a Wyoming. Hasta donde ella sabía, podría haberla llevado a la luna.

Su cárcel tenía el suelo de hormigón, las paredes revestidas de madera barata. No tenía ventanas, solo la puerta que comunicaba con un inestable tramo de peldaños sin fondo.

Alice disponía de un váter, un lavamanos de pared y una estrecha ducha con la alcachofa manual. Al igual que el sótano, el agua de la ducha nunca llegaba a calentarse.

Como si quisiera proporcionarle intimidación, el señor había clavado una raída cortina al techo para separar el váter del resto.

El resto medía unos ocho metros cuadrados; Alice lo sabía porque lo había recorrido paso a paso una infinidad de veces, tirando del grillete que le aprisionaba la pierna derecha y le impedía subir más allá de los dos primeros peldaños. Había una cama plegable, una mesa atornillada al suelo y una lámpara atornillada a la mesa. El pie de la bombilla de cuarenta vatios que le proporcionaba luz tenía forma de un oso encaramado a un árbol.

Aunque el señor se había llevado su mochila, le había dejado un cepillo de dientes, pasta dentífrica, jabón, champú, y la orden de usarlos, pues la limpieza lo era todo.

Le había proporcionado una sola toalla que rascaba, una manopla y dos mantas, que por suerte abrigaban. Había una Biblia sobre la mesa.

Para comer, un viejo cajón para la leña contenía una caja de cereales, un trozo de pan blanco, tarritos de mantequilla de cacahuete y mermelada de uva, un par de manzanas; todo muy sano, en opinión del señor. Alice disponía de un único plato sopero de plástico, una única cuchara de plástico.

Él le llevaba la cena. Era la única forma que Alice tenía de saber con seguridad que había pasado un día más. Por lo general, estofado de alguna clase, pero a veces una hamburguesa grasienta.

La primera vez se negó a comer y, a cambio, le chilló con saña. Así que él la golpeó hasta dejarla sin conocimiento, y se llevó las mantas. Veinticuatro horas después, una pesadilla de dolor y escalofríos la convenció para comer. Para conservar las fuerzas y poder escapar.

El cabrón la premió con una tableta de chocolate.

Ella intentó suplicarle, sobornarlo: su familia le daría dinero si la dejaba marchar.

Él le dijo que ahora era de su propiedad. Aunque sin duda había sido puta antes de que él la salvara en el arcén de la carretera, ahora era su responsabilidad. Y suya para hacer con ella lo que le viniera en gana.

Le sugirió que leyera la Biblia, pues estaba escrito que una mujer debía estar bajo el yugo de un hombre, que Dios había creado a la mujer de la costilla de Adán para que le sirviera como esposa y le diera hijos.

Cuando ella lo llamó perturbado hijo de puta, cobarde asqueroso, él apartó su plato de estofado. De un puñetazo, le rompió la nariz antes de dejarla sollozando y sangrando.

La primera vez que la violó, ella se defendió con uñas y dientes. Aunque él la inmovilizaba pegándole y estrangulándola, ella luchó, gritó, suplicó en cada violación, día tras día, hasta que las jornadas se mezclaron unas con otras.

Uno de esos días le llevó una loncha de jamón frito cortado en trocitos, un montón de puré de patata con salsa de tomate, una cucharada de puré de guisantes y una galleta. Incluso le dio una servilleta de cuadros rojos doblada en triángulo, lo que la dejó estupefacta.

—Es nuestra cena de Navidad —le dijo mientras se sentaba en la escalera para tomarse su cena—. Quiero verte comer agradecida por lo que me he molestado en cocinarte.

—Navidad. —Todo se inundó y tembló dentro de ella—. ¿Es Navidad?

—Hacerse regalos chorras, adornar el árbol y ese tipo de cosas no van conmigo. Es un día para celebrar el nacimiento de Jesucristo. Así que con una buena cena es suficiente. Come.

—Es Navidad. Por favor, por favor, Dios mío, por favor, deje que me vaya. Quiero irme a casa. Quiero estar con mi madre. Quiero...

—Cierra el pico. —Lo dijo con brusquedad y Alice echó la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido un golpe—. Si me levanto de aquí antes de terminarme la cena, lo lamentarás. Obedece y cómete lo que te doy.

Usó su cuchara para coger un poco de jamón, llevárselo a la boca y masticarlo, aunque la mandíbula aún le dolía por la paliza que él le había dado hacía unos días.

—Cuánto trabajo le doy. —Más de un mes, pensó. Llevaba más de un mes en aquel agujero con ese maníaco—. ¿No preferiría tener a alguien, una esposa, como dice la Biblia, que pudiera atenderle? ¿Cocinar para usted?

—Aprenderás —dijo, comiendo con una engañosa calma y paciencia que ella ya había aprendido a temer.

—Pero... sé cocinar. Soy bastante buena cocinera. Si me deja subir, podría cocinar para usted.

—¿Le pasa algo a la cena?

—Oh, no. —Alice se comió parte del pegajoso puré de patata—. Se nota que le ha llevado mucho trabajo prepararla. Pero yo podría descargarle de ese trabajo, ocuparme de cocinar y limpiar, ser una verdadera esposa.

—¿Te parezco idiota, Esther?

Hacía semanas que ella había dejado de gritarle que se llamaba Alice.

—¡No, señor! Claro que no.

—¿Me crees tan idiota, tan vulnerable a la seducción de una mujer, para no saber que intentarías marcharte si subes esa escalera? —Hizo un gesto que le crispó la boca. Sus ojos se velaron por esa terrible oscuridad—. Quizá antes intentarías clavarme un cuchillo de cocina en el cuello.

—Yo nunca...

—Cállate, mentirosa. No voy a castigarte como mereces por decir que soy imbécil porque hoy nació el niño Jesús. No pongas a prueba mi paciencia.

Cuando ella dejó de insistir y comió en silencio, él asintió.

—Aprenderás. Y cuando yo juzgue que has aprendido lo suficiente y lo bastante bien, puede que te deje subir. Pero, de momento, aquí tienes todo lo que necesitas.

—¿Puedo pedirle una cosa, por favor?

—Puedes pedírmela, lo que no significa que vaya a dártela.

—¿Podría darme los guantes y el otro par de calcetines que llevaba en la mochila? Es que las manos y los pies se me quedan fríos. Me da miedo ponerme enferma. Si me resfriara, le daría más trabajo del que ya le doy.

Él la miró en silencio durante un rato.

—Puede que me lo piense.

—Gracias. —Las palabras se le atragantaban, como la comida, pero se

obligó a pronunciarlas—. Gracias, señor.

—Puede que me lo piense —repitió él—, si me muestras el debido respeto. Ponte de pie.

Ella dejó el plato de papel en la mesa junto a la cama, se levantó.

—Quítate la ropa y tumbate en la cama que yo te he dado. Voy a tomar lo que me corresponde, y esta vez no te resistirás.

Ella pensó en los sabañones de sus manos y pies, en el frío constante. De todos modos, la violaría. ¿De qué servía que además le pegara?

Se quitó la sudadera, la camisa que llevaba debajo. Tenía el corazón demasiado seco para llorar cuando se despojó de los calcetines ya casi gastados de tanto pasearse por el suelo de hormigón. Se desabrochó los vaqueros, se quitó la pernera izquierda y se bajó la otra hasta el grillete que le aprisionaba el tobillo.

Una vez estuvo tumbada en la cama, esperó a que él se desnudara, esperó a que se tumbara encima de ella, a que la penetrara sin miramientos, a que jadeara y gruñera, gruñera y jadeara.

Pensaba que aquel fue el momento en el que se sometió, cuando se dejó violar a cambio de un par de calcetines.

Pero cuando recordó esa noche, después de saber que el año nuevo había comenzado, después de pasarse todas las mañanas inclinada sobre el váter, mareada y con náuseas, durante una semana entera, supo que no había sido entonces.

Su sometimiento se produjo cuando supo que llevaba dentro un hijo suyo.

Temía decírselo; temía no hacerlo. Pensó en quitarse la vida, pues esa era sin duda la decisión más humanitaria para ella y para el fruto de su vientre.

Pero no tenía agallas ni medios.

A lo mejor la mataba él, pensó Alice, acurrucada en la cama. Cuando se

enterara de que estaba embarazada, la mataría a palos. Y todo habría terminado.

Pensó en su madre, su hermana, sus abuelos, en sus tíos y primos. Pensó en el rancho, en que parecería una postal con las nieves de enero.

No la buscarían, se recordó. Había cerrado esa puerta, quemado ese puente, cortado esa cuerda.

Y jamás la encontrarían en aquella ratonera.

Ojalá pudiera decirles que lamentaba haberse largado de esa manera. Tan enfadada, tan pagada de sí misma que le había dado igual cómo se sentirían. Que no había creído que les importara.

Ojalá pudiera decirles que regresaba a casa.

Cuando oyó abrirse la puerta, las pisadas de sus botas, se estremeció. Más resignada que temerosa.

—Levántate de la cama, vaga, y come.

—Estoy enferma.

—Lo estarás más si no haces lo que yo te digo.

—Necesito que me vea un médico.

La levantó agarrándola por el pelo. Alice gritó y se tapó la cara.

—Por favor, por favor. Estoy embarazada. Estoy embarazada.

Él le alzó la cara tirándole del pelo con más fuerza aún.

—No intentes conmigo ninguno de tus trucos de puta.

—Estoy embarazada. —Esa vez Alice lo dijo con calma, segura de que se enfrentaba a la muerte. Intentando prepararse para morir—. He vomitado todas las mañanas durante seis días seguidos. No tengo la regla desde poco después de que usted me trajera aquí. No me vino en diciembre, y ahora ya casi tendría que venirme. Perdí la noción del tiempo hasta que usted dijo que era Navidad. Estoy embarazada.

Cuando le soltó el pelo, Alice volvió a tumbarse en la cama.

—Entonces, estoy muy contento.

—Que está... ¿qué?

—¿Les pasa algo a tus oídos, Esther? Estoy contento.

Ella lo miró de hito en hito y después cerró los ojos.

—Usted quería dejarme embarazada.

—Debemos ser fecundos y multiplicarnos. Tu propósito en esta tierra es darme hijos.

Alice se quedó inmóvil, dejó a un lado la resignación, se permitió abrigar una brizna de esperanza.

—Tengo que ir al médico, señor.

—Tu cuerpo está hecho para ese propósito. Los médicos solo meten miedo a la gente para llenarse los bolsillos.

Él quiere el bebé, se recordó ella.

—Queremos que el bebé esté sano. Necesito vitaminas prenatales y buenos cuidados. Si caigo enferma, el bebé que llevo dentro también enfermará.

Esa ira, esa ira demencial le encendió la mirada.

—¿Crees que un médico mentiroso sabría más que yo?

—No. No. Yo solo deseo lo mejor para el bebé.

—Yo te diré qué es mejor. Levántate y cómete lo que te he traído. Prescindiremos de tener relaciones hasta estar seguros de que ha echado buenas raíces.

Le llevó un pequeño calefactor portátil y una butaca. Puso una neverita en la habitación, donde metía leche, fruta y verdura. Le dio de comer más carne que antes y le hizo tomar vitaminas todos los días.

Cuando consideró que ya estaba lo bastante sana, las violaciones

continuaron, pero con menos frecuencia. Cuando la golpeaba, solo le daba bofetadas en la cara con la mano abierta.

La barriga le creció, así que le llevó vestidos grandes y holgados que ella odiaba, y un par de zapatillas por las que derramó lágrimas de agradecimiento. También colgó un calendario en la pared, donde él mismo tachaba los días, así que ella los veía pasar, uno a uno; su vida.

La dejaría subir una vez que el niño llegara, ¿verdad? Él deseaba el bebé, de manera que los dejaría subir a los dos.

Y entonces...

Tendría que esperar un tiempo, calculó Alice, sentada en la butaca cerca del calefactor que apenas calentaba, mientras el bebé daba patadas y se movía en su vientre.

Necesitaba hacerle creer que iba a quedarse, que sería obediente, que la había doblegado. Y cuando se hubiera hecho una idea de dónde estaba, cuando hubiera ideado la mejor manera de salir de allí, escaparía. Lo mataría si tenía oportunidad, pero escaparía.

Saber que el bebé estaba en camino, que le abriría la puerta para poder huir, le daba fuerzas. Era un medio para alcanzar un fin, nada más; lo consideraba solo el fruto de una violación.

Una vez arriba, cuando hubiera recobrado las energías y ya supiera dónde se encontraba, cuando el señor hubiera bajado la guardia lo suficiente, escaparía.

Esa Navidad la pasaría en casa, a salvo, y ese cabrón estaría muerto o en la cárcel. El bebé... No podía pensar en eso.

No lo haría.

A finales de septiembre, en su undécimo mes de cautiverio, el parto comenzó

como un persistente dolor de riñones. Anduvo por el sótano para intentar aliviarlo, se sentó en la butaca, se hizo un ovillo en la cama, pero el dolor no remitió. Se le extendió por toda la barriga, cada vez más fuerte.

Cuando rompió aguas, empezó a gritar. Gritó como no lo había hecho desde las primeras semanas en el sótano. Y, lo mismo que entonces, nadie bajó.

Aterrorizada, consiguió subirse a la cama mientras los dolores eran cada vez más intensos y frecuentes. Tenía la garganta tan reseca que tuvo que levantarse entre contracciones para coger agua del lavamanos en uno de los vasos de papel que él le había dejado.

Diez horas después de la primera contracción, la puerta al final de la escalera se abrió.

—Ayúdeme. Por favor, por favor, ayúdeme.

Él bajó a toda prisa y se quedó quieto, con el ceño fruncido, antes de volver a ponerse el sombrero.

—Por favor, me duele. Me duele mucho. Necesito un médico. Oh, Dios mío, necesito ayuda.

—Una mujer pare a los hijos con sangre y dolor. Tú no eres distinta. Es un buen día. Un día hermoso. Mi hijo viene al mundo.

—¡No se vaya! —exclamó Alice, sollozando, cuando él empezaba a subir la escalera—. Por el amor de Dios, no me deje.

A continuación, el dolor la privó de todo, salvo de un chillido quejumbroso.

Él regresó con un montón de toallas viejas que hubieran servido para hacer trapos, un cubo de acero galvanizado lleno de agua y un cuchillo enfundado en el cinturón.

—Por favor, llame a un médico. Creo que algo va mal.

—Nada va mal. Es el castigo de Eva, nada más.

Le levantó el vestido y le introdujo los dedos, lo que le causó más dolor.

—Parece que casi estás lista. Anda, grita todo lo que quieras. Nadie va a oírte. Voy a traer a mi hijo al mundo. Voy a traerlo con mis propias manos, en mis tierras. Sé lo que me hago. Ayudé a nacer a muchos terneros en mis tiempos, y es casi lo mismo.

Iba a partirla en dos, ese monstruo que él le había metido dentro. Enloquecida de dolor, intentó golpearlo, zafarse. Después, solo lloró, exhausta, cuando se marchó de nuevo.

Volvió a resistirse, gritó hasta desgañitarse cuando él regresó con una cuerda y la ató a la cama.

—Es por tu bien —le dijo—. Venga, empieza a empujar para que mi hijo salga. Empuja, ¿me oyes? O te abriré en canal para sacártelo.

Empapada en sudor, desfallecida, Alice empujó. Por mucho que el dolor la desgarrara, no podía resistirse a la apremiante necesidad de empujar.

—Tengo su cabeza, mira qué cabecita. Y ya tiene pelo. ¡Empuja!

Alice sacó fuerzas de flaqueza, gritó hasta que el atroz dolor por fin cesó. Cuando el agotamiento la dejó sin fuerzas, oyó un llanto parecido a un maullido.

—¿Ya ha salido? ¿Ya ha salido?

—Has dado a luz a una niña.

Alice se sentía como drogada, fuera de su cuerpo, y a través del velo de lágrimas y sudor vio que él tenía en los brazos a un bebé embadurnado de sangre y mucosidad.

—Una niña.

Sus ojos, cuando la miró, estaban fríos y apagados, y ella volvió a sentir miedo.

—Un hombre necesita un hijo varón.

Puso a la niña encima de ella y se sacó un cordel del bolsillo.

—Dale de mamar —ordenó mientras anudaba el cordel.

—No... No puedo. Tengo los brazos atados.

Con expresión gélida, él desenfundó el cuchillo del cinturón. Instintivamente, Alice se arqueó y forcejeó, deseando abrazar a la niña para protegerla.

Pero él cortó el cordón umbilical y después la cuerda.

—Tienes que expulsar la placenta —dijo, y fue a buscar otro cubo mientras los gritos de la recién nacida aumentaban y Alice la arropaba.

Este otro dolor la pilló por sorpresa, pero no fue tan fuerte como el anterior. Él metió la placenta en el cubo.

—Consigue que deje de berrear. Límpiala, y límpiate tú también. — Empezó a subir la escalera, pero miró atrás por última vez—. Un hombre necesita y merece un hijo varón.

Cuando cerró de un portazo, Alice se quedó tumbada en la sucia cama, mientras la niña lloraba y se retorció contra su cuerpo. No quería amamantarla, tampoco sabía cómo. No quería estar a solas con ella. No quería mirarla.

Pero la miró, la miró y vio lo desvalida que estaba echada sobre ella, esa criatura que había crecido en sus entrañas.

Esa niña. Su hija.

—Tranquila. Todo irá bien.

Cambió de postura; hizo una mueca de dolor cuando se incorporó, cuando acunó a la niña y le acercó la boca a su pecho. El bebé buscó el pezón un momento, mirando sin ver con sus grandes ojos, y después Alice notó un tirón cuando empezó a mamar.

—Así, sí, así. Todo irá bien. —Le acarició la cabecita, la arrulló, y sintió un amor imposible. Eres mía, no suya. Mía nada más. Eres Cora. Es el nombre de tu abuela. Ahora eres mi Cora, y yo te cuidaré.

Él no apareció en tres días, y Alice tuvo miedo de que no regresara. Con la pierna encadenada no podía llegar hasta la puerta, no podía escapar.

De haber dispuesto de cualquier cosa afilada, podría haber intentado cortarse el pie. Las escasas provisiones empezaron a menguar, pero tenía toallas para la niña, y la manopla que lavaba y enjabonaba una vez tras otra para tener limpia a la pequeña Cora.

Pasó el tiempo sentada en la butaca con la niña en los brazos, cantándole, calmándola siempre que se inquietaba. Paseó con ella, le besó la aterciopelada cabeza, se maravilló de los bonitos dedos de sus manos y pies.

La puerta volvió a abrirse. Alice abrazó a la niña con más fuerza cuando él bajó, cargado con un saco de provisiones.

—Tengo lo que necesitas. —Se volvió y contempló a la niña en sus brazos—. Veámosla.

Aunque Alice pudiera desgarrarle la garganta con los dientes, no podría romper el grillete. Necesitaba tranquilizarlo, engatusarlo, de modo que sonrió.

—Su hija es bonita y perfecta, señor. Y se porta muy bien. Casi no llora, y solo lo hace si tiene hambre o se ha ensuciado. Unos pañales nos vendrían muy bien, y...

—He dicho que me dejes verla.

—Acaba de dormirse. Creo que también tiene sus ojos y su barbilla. —No, no los tenía, pero una mentira podía tranquilizar y engatusar—. Debería haberle dado las gracias por haberme ayudado a traerla al mundo, por haberme ayudado a hacerla.

Cuando él gruñó, agachándose, Alice se relajó solo un poco. No vio su mirada aviesa.

Le arrebató a la niña con tanta rapidez que Cora se despertó gritando, y Alice se levantó de un salto.

—Parece bastante sana.

—Lo está. Es perfecta. Por favor, puedo conseguir que pare de llorar. Déjeme...

Él se dio la vuelta y echó a andar hacia la escalera, con Alice pisándole los talones. La cadena restalló contra el suelo de hormigón hasta que se tensó.

—¿Dónde va? ¿Dónde la lleva?

Medio loca, Alice se abalanzó sobre su espalda; él se la quitó de encima de un manotazo, como si fuera una mosca, y subió la escalera. Se detuvo para mirarla mientras ella tiraba inútilmente de la cadena.

—Las hijas no me sirven para nada. A otro le servirán, y pagará una buena suma.

—No, no, por favor. Yo la cuidaré. No le dará ningún trabajo. No se la lleve. No le haga daño.

—Lleva mi sangre, así que no le haré daño. Pero las hijas no me sirven para nada. Más te vale que me des un hijo varón, Esther. Más te vale.

Alice tiró de la cadena hasta que el tobillo comenzó a sangrarle, y gritó hasta que la garganta le quemó como el ácido.

Cuando se desplomó en el suelo de hormigón, llorando con honda desesperación, cuando supo que jamás volvería a ver a su hija, ese fue el momento en que por fin se sometió.

En la actualidad

Con el retiro de escritores y el festival de esculturas de nieve ya incluidos en el programa, así como los diversos eventos navideños y ofertas especiales pensadas para mantener el interés hasta el día de San Valentín, Bodine se concentró en leer currículums y las recomendaciones de sus diversos encargados.

Apartó sus preferidos: la universitaria recién graduada que buscaba un puesto en hostelería, la madre cuyos hijos acababan de abandonar el nido y tenía experiencia previa como limpiadora, el joven vaquero que buscaba trabajo a jornada completa o parcial, un par de solicitudes para camarero, una fisioterapeuta con experiencia que acababa de mudarse desde Boulder.

Seleccionó unos cuantos más y sopesó las prioridades.

Necesitaban otra limpiadora, pues la mujer de Abe, Edda, dejaría ese puesto vacante cuando se marcharan a Arizona. Y la aspirante parecía seria. Desde luego, otro vaquero les vendría muy bien, y los camareros.

Reflexionó sobre la graduada universitaria, que parecía dispuesta a desempeñar cualquier trabajo. Un buen currículum, buenas notas, de la zona.

Con su carpeta bajo el brazo, fue a buscar a Jessica.

La encontró en el Comedor, hablando con el encargado del restaurante.

—Estupendo. Dos personas que quiero ver. Jake, he leído las dos

solicitudes para camarero que me mandaste.

—Carrie Ann les ha dado su aprobación —dijo él, refiriéndose a la camarera con ojos de lince que llevaba doce años con ellos.

—Entiendo. Cuentas con mi autorización si quieres incorporarlos. Tendrás tiempo de ver si dan la talla antes de Navidad.

—Muy bien. ¿Estamos de acuerdo, Jessica?

—Por completo. Creo que el evento de los Hobart va a ser todo un éxito. Muchas gracias, Jake.

—Seguro que sí. Me ocuparé de que los nuevos empiecen esta semana.

Cuando Jake se alejó, Bodine se volvió hacia Jessica.

—¿Qué te parecería contar con una aprendiz?

—Tengo a Will. —La alarma tiñó sus plácidos ojos azules—. ¿No irás a quitarme a Will?

—No, voy a ponerte a otra persona. Posiblemente. Es la sobrina de una amiga de mi madre, pero —continuó Bodine— está muy capacitada. Se especializó en hostelería, empezó a trabajar en un hotel de Billings después de graduarse. Sin embargo, su madre tuvo una mala caída el mes pasado y ha vuelto a casa para echar una mano. Quiere quedarse cerca de ella. Aunque es joven, tiene unas referencias excelentes. Me llama la atención —dijo Bodine—. Tengo la sensación de que podrías formarla como a mí me gusta.

—Tú eres la jefa.

—Bueno, eso es verdad, y voy a contratarla de todas formas. Pero, si después de leer su currículum, prefieres no tenerla en tu departamento, la pondré en actividades o ventas para empezar.

—Echaré un vistazo a su currículum. —Jessica cogió la carpeta que Bodine le ofrecía—. Dile que venga para una entrevista.

—Me parece bien. Dime cuándo puedes, lo antes posible.

—De acuerdo. —Jessica dejó la carpeta sobre la mesa, debajo de su tableta

—. ¿Has hablado con Rory?

—No desde el desayuno. ¿Por qué?

—Tenemos dos reservas para el festival de esculturas de nieve.

—¿Ya? Acaba de salir publicado en la web esta mañana.

—Así es. —Con una sonrisa de satisfacción, Jessica brindó con su botella de agua.

Bodine tocó la carpeta que tenía en la mano.

—Parece que voy a tener que darme prisa en contratar a más personal para el invierno. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué vienes todos los días con zapatos de tacón cuando pasas el mismo tiempo corriendo que sentada? Probablemente más —se corrigió—. Tienen que dolerte al final del día.

Jessica enarcó las cejas y bajó la vista para mirarle a ella los pies.

—¿Por qué llevas tú unas botas estupendas todos los días? Llevamos lo que somos, Bodine.

Bodine se miró las botas Dingo de un gris humo con hebillas en los lados. Eran bastante estupendas.

—Yo soy mis botas.

—Y tus Levi's, y casi todos los días, como hoy, tu elegante chaleco. Admiro tu colección de chalecos elegantes.

Divertida, Bodine se tiró del borde del chaleco de finas rayas azules y verdes. Podía considerarse elegante, suponía.

—Son mi solución entre vestirme de traje y llevar solo vaqueros.

—Te quedan muy bien.

—Bueno. —Bodine se pasó el pelo, que ese día llevaba recogido en una larga trenza, por encima del hombro—. Voy a llevarme mis botas estupendas y mi elegante chaleco a otra parte para hablar con Abe. Aquí también tengo

una solicitud para él y otra para el Pueblo Zen. —Eché a andar, pero se dio la vuelta—. Con esos zapatos tuyos yo estaría llorando en menos de dos horas.

—Tú aguantas más que eso.

—Por dentro —matizó Bodine—, lloraría por dentro.

Cogió el abrigo y el sombrero de su despacho. Según el programa, Abe debía de estar terminando un par de clases en el Centro Ecuéstre.

Subió a la camioneta para recorrer el tortuoso trayecto de diez minutos por el resort hasta el centro.

Cuando entró en el espacioso picadero, olió a caballo y oyó risitas nerviosas.

—Vas bien, Deb, muy bien. Baja los talones, Jim. Perfecto.

Con el ceño fruncido, se acercó y vio a Callen, no a Abe, subido a un caballo y dando una clase.

Eran dos principiantes, de eso no cabía duda, pero Callen lo tenía todo bajo control.

Sabía cómo montar a caballo, pensó. Estaba tan relajado en la silla como otro podría estarlo en un sillón reclinable.

Tenía a los novatos montados en dos mansos jamelgos, aunque el bayo llamado Bofetón podía ser tan perezoso como un adolescente en una mañana de verano. Caminaba desganado con el hombre subido a su lomo mientras la responsable de las risitas nerviosas montaba a la colaboradora Maybelle.

—¿Listos para volver a trotar? —les preguntó Callen.

—Oh, cielos, vale. —La mujer miró a Jim desde el otro extremo del picadero—. Vale, ¿no?

—Venga, sí.

—Decidles lo que queréis —les aconsejó Callen.

Los culos chocaron tan fuerte contra las sillas de montar que Bodine hizo

una mueca, pero los dos alumnos consiguieron dar una vuelta entera a un relajado trote.

—Vamos, cambiad de dirección, dad otra vuelta en el sentido contrario. Ya lo habéis pillado. Espoléalo, Jim. Preferiría quedarse quieto a moverse. Eso es.

Callen hizo girar a su caballo, un bayo impresionante que Bodine no reconoció, para no perder de vista a ninguno de los dos jinetes. Cuando vio a Bodine, se tocó el ala del sombrero.

—¿Listos para probar el medio galope? Baja los codos, Deb —ordenó a la mujer cuando los subió con otra risita nerviosa—. Puedes hacerlo. Enséñale lo que quieres.

—Estoy un poco... Vale.

Con los labios apretados, Deb se balanceó en la silla y dio un gritito justo en el momento en que la yegua comenzó a ir a medio galope.

—¡Oh, Dios mío! Lo estoy haciendo. ¡Jim!

—Te estoy viendo, nena. ¡Estamos montando a caballo!

Dieron dos vueltas, y aunque la mujer oscilaba en la silla como un metrónomo, lucía una sonrisa perpetua en la cara.

—Id aflojando el ritmo, eso es, hasta que vuelvan al paso. Lo habéis hecho genial.

—¿Podemos repetir? La clase ya ha terminado —añadió Jim mirando su reloj—, pero...

—Una vuelta más.

—¡Arre! —exclamó Jim y, echándole ganas, consiguió que Bofetón diera otra vuelta a regañadientes.

Bodine cogió un escalón de montar y echó a andar por la blanda tierra cuando Callen desmontó. Enseñó la mano a su caballo, que resopló y dobló una de las patas traseras, con las riendas echadas por encima del cuello.

Algo jadeante y un poco colorada, Deb miró a Callen desde su montura con una sonrisa radiante.

—Jim me ha sobornado para hacer esto con unas botas de las que me he enamorado en la tienda del resort. ¡No me puedo creer lo divertido que ha sido! ¿Cómo bajo?

Con una carcajada, Callen sujetó la montura de Deb.

—Pasa la pierna a este lado y déjate caer. La banqueta está aquí mismo.

Torpe pero dispuesta, Deb consiguió poner los pies en el escalón y sonrió a Bodine cuando desmontó.

—¡Hola! ¿Trabajas para Cal?

—Es la jefa —le informó Callen—. Todos trabajamos para ella.

—¡Oh! Encantada de conocerte. —Deb le tendió la mano—. Nos hemos divertido muchísimo, ¿verdad, Jim? He pasado de no haber montado nunca en mi vida a poder probar el... ¿Qué era, Cal?

—Medio galope.

—Exacto. Ay, voy a tener agujetas durante una semana, pero estoy deseando repetir. Demos un paseo a caballo, Jim.

—Apúntanos. —Con una pizca más de elegancia que su mujer, Jim desmontó—. O ya lo hago yo. Tengo la aplicación del resort en el móvil. Es una idea estupenda. Jim Olster.

—Bodine Longbow.

—Vaya, hasta tu nombre suena a Montana —comentó Deb—. Me encanta esto. Llegamos ayer, y me encanta. ¿Puedes hacernos una foto? ¿Te importa?

—Sacó el móvil—. Con Cal y los caballos. Me encanta tu sombrero. Ahora también necesitaré uno. Me gusta ese estilo con el ala plana. Nos vamos de compras, Jim, y lo celebraremos en la Cantina. ¡Es genial! ¡He montado a caballo!

Bodine les tomó las fotos, la última de Deb con la mejilla pegada a la de la

yegua.

Cuando la pareja se alejó, ella todavía parlotando, Bodine llevó a la yegua hasta la cerca para desensillarla.

—Yo diría que ahí van dos clientes satisfechos.

—Más que satisfechos. Ella debe de querer esas botas de verdad. Le temblaban las manos cuando han llegado.

—Llevamos botas bien bonitas. ¿Dónde está Abe? Tenía que dar la clase a los Olster.

—¡Hostia! —Callen llevó la silla de Bofetón a la cerca—. Todavía no te has enterado. A su mujer le dolía el pecho, así que...

—¿A Edda? ¿Le dolía el pecho? ¿Qué ha pasado, dónde está? —Mientras lo acribillaba a preguntas, Bodine se apresuró a sacar el móvil.

—Frena. He recibido un mensaje de Abe más o menos a mitad de clase. Parece que le ha dado un pequeño ataque al corazón.

Casi le da uno a ella también.

—Un... un... ¿pequeño?

—Bueno, él me ha escrito «leve». De momento sigue ingresada, pero está estable. Yo me encontraba con él cuando recibió la llamada. Edda había salido, es su día libre, ¿verdad?, con un par de amigas y ha empezado a dolerle el pecho. Le he dicho que se marchara, que yo lo sustituía.

—Te lo agradezco, de veras, pero alguien tendría que haberme avisado.

—Abe estaba un poco distraído... Se ha ido pitando. Yo estaba un poco liado asegurándome de que la clienta no se me desmayara.

—Vale, tienes razón. —Para tranquilizarse, Bodine se quitó el sombrero y se dio en el muslo con él mientras andaba de un lado para otro—. Solo... necesito conocer los detalles. ¿Edda está estable? ¿Seguro?

—Abe ha dicho, y cito textualmente: «Está dando la lata con irse a casa. Pero van a quedársela hasta mañana, para hacerle pruebas».

—¿Qué clase de pruebas? ¿Cómo vas tú a saberlo? —dijo antes de que Callen pudiera responder—. Lo buscaré. Buscaré qué es lo que hacen y llamaré a Abe. —Más tranquila, ahora que tenía algo así como un plan, volvió a ponerse el sombrero—. ¿Qué más tenía programado Abe?

—Hay un paseo a caballo que sale dentro de un rato —respondió Callen antes de que Bodine pudiera consultarlo en su móvil—. Puede ocuparse Carol. Y hay una clase semanal a las cuatro.

—Será la de Lessie Silk, tiene doce años. Puedo dársela yo.

—Yo me encargo —le aseguró él—. Chase sabe dónde estoy.

—Vale. Está bien. Voy a contratar otro mozo para el Centro Ecuestre. Tengo un candidato para entrevistarle. Había venido para hablarlo con Abe, pero voy a llamarlo ya, al mozo, para que venga. Si no es imbécil, lo contrataremos.

Llamaría a Abe y le preguntaría por Edda. Llamaría al aspirante y concertaría una entrevista. Y como Edda se encargaba de organizar los turnos de limpieza, los modificaría ella misma, dado que la mujer no volvería a trabajar hasta que sus médicos le dieran permiso.

—¿Lo has resuelto? —preguntó Callen un momento después.

—Lo resolveré. ¿Leve, has dicho?

—Es la palabra que Abe ha utilizado, igual que ha utilizado «estable».

—Vale. —Bodine suspiró hondo y se serenó—. ¿Quién es este mozalbete tan guapo? —dijo, frotando al caballo capón en el cuello castaño claro.

—Este es Atardecer. Mi media naranja. Atardecer, te presento a Bodine.

Callen bajó un dedo y el caballo dobló las patas delanteras, a modo de reverencia.

—Vaya, qué listo eres.

—Es el caballo más espabilado que he visto nunca.

Callen tocó el hombro a Bodine. Atardecer se acercó y apoyó la cabeza

justo donde Callen había indicado.

Bodine rio y le pasó el brazo por el cuello.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde que nació, durante una puesta de sol; de ahí su nombre. Cumplió cuatro años el mayo pasado. Yo estaba echando una mano a un amigo, entre producciones, cuando su yegua lo parió. Fue amor a primera vista. Lo compré de inmediato, y cuando estuvo destetado y listo, se vino conmigo.

Callen enrolló las riendas en el pomo de la silla.

—¿Quieres lucirte, Atardecer?

Bajando la cabeza, el caballo trotó hasta el centro del picadero.

—¡Serpiente de cascabel! —Al grito de Callen, Atardecer se alzó sobre las patas traseras y movió los cascos delanteros en el aire—. Puñalada trapera. —Atardecer volvió a ponerse a cuatro patas y levantó las traseras—. Dos a dos. —Con brío, el caballo bailó de lado hacia la izquierda, giró la grupa y bailó hacia la derecha—. Potra bonita.

Entre divertida y admirada, Bodine vio que al caballo le chispeaban los ojos antes de acercarse a ella ejecutando la versión equina de un hombre pavoneándose.

—Besa a la chica.

Atardecer bajó la cabeza y frotó a Bodine en la mejilla con los labios hacia fuera.

—Eres un encanto —dijo ella, pegando sus labios a la mejilla del animal—. ¿Se lo has enseñado tú? Siempre has tenido mano, pero esto es increíble.

—Los expertos me dieron algunos consejos en mis viajes, pero trabajo con material de primera. De primerísima calidad.

—Eso no te lo voy a discutir. —Y el amor, la clase de amor que ella sabía muy bien que surgía entre un caballo y un ser humano, irradiaba en las palabras de Callen—. ¿Haces alguna acrobacia? Antes las hacías.

La fugaz sonrisa con que Callen la obsequió tenía, a criterio de Bodine, una buena dosis de flirteo.

—¿Quieres que ahora me luzca yo?

—Solo estoy pensando que los fines de semana vienen muchas familias, muchos críos, y más aún cuando llega el verano. ¿Un numerito en el potrero junto al CAB, unas cuantas acrobacias y, para terminar, los trucos que él sabe hacer? Sería un caramelito.

—Quizá.

—Pongamos media hora, y otra media hora para que los niños hagan preguntas, acaricien al caballo. Te pagaríamos más. Si te lo quieres pensar, veré dónde podría encajar mejor.

Atardecer dio un topetazo a Callen en el brazo como diciendo: «¡Me apunto!».

—Me lo puedo pensar.

—De acuerdo, después hablaremos. ¿Necesitas ayuda con los caballos?

—Me las apaño bien.

—En ese caso, tengo que volver. —Bodine echó a andar, dio media vuelta y siguió avanzando de espaldas mientras hablaba—: Eres buen profesor, Skinner. Nunca te había tenido por una persona paciente.

—He pasado un tiempo desarrollando la paciencia.

—Bastante tiempo, diría yo.

Cuando Bodine volvió a darse la vuelta, Callen admiró sus largas piernas hasta que la perdió de vista.

—La paciencia no lo es todo —dijo a su caballo—. Puede que la próxima vez bese yo a la chica.

Atardecer emitió un sonido que nadie habría interpretado como otra cosa que no fuera una carcajada.

Bodine ultimó todo lo que pudo en lo que quedaba de día y durante la mañana siguiente.

Citó a todas las personas que había que entrevistar. Con la inusual medida de cerrar la puerta de su despacho, se aseguró de disponer de suficiente tiempo sin interrupciones para modificar el programa y compensar la ausencia de Edda y Abe, al menos durante unos días.

Le complació, y alivió, que ni uno solo de los trabajadores a los que había cambiado el horario protestara.

Después de suplicar un brik de sopa de pollo a la cocina del Comedor, fue a visitar a Abe y a Edda. Calentó la sopa ella misma para asegurarse de que se la comían, mientras Edda insistía en que se encontraba bien.

En cuanto llegó a casa, de nuevo tarde para la cena, Bodine sacó la chuleta de cerdo con guarnición del calentador de comida y se sentó con su plato y su portátil para echar una última ojeada a los currículums de los aspirantes que esperaba contratar.

Comió con una mano, manejó el teclado con la otra. Y alzó la vista con la boca llena cuando su madre entró en la cocina.

—Mmmm... —dijo.

—Me ha parecido oírte llegar. No deberías trabajar siempre hasta tan tarde, cariño.

Bodine tragó lo que tenía en la boca.

—Se ha ido todo al carajo. Lo estoy arreglando.

—Siempre lo haces. Acabo de hablar con Edda. Parece un poco cansada, incluso avergonzada por lo que ha pasado. Creo que también voy a tomar un poco de vino. Me ha dicho que has ido con sopa, que se la has calentado.

Cuando iba a coger una copa, Maureen se detuvo para besar a Bodine en la cabeza.

—Eres un cielo.

—Me he asustado. Edda siempre parece tan... fuerte. No tendrá que operarse, pero deberá tomar medicación. Y hacer algunos cambios en su estilo de vida. Régimen, ejercicio.

—Nos ocuparemos de que se cuide más. —Después de sentarse, Maureen se sirvió vino y rellenó la copa de Bodine—. Eso también va por ti. Dormir más, comer cuando toca. Mamá y yo, y tu padre, no pusimos en marcha el Resort Bodine para verte trabajar todo el día y la mitad de la noche.

—Es una situación especial.

—¿No lo es siempre? —preguntó Maureen con su placidez habitual.

—No, en serio. Pero lo voy a solucionar. Mañana vienen cinco personas, trabajo rápido, para una entrevista. Y pasado mañana viene otra.

—¿Seis? Jessie me ha dicho que mañana hablará con Chelsea —comentó Maureen—. Quiero darte mi opinión —añadió.

—Sé que es la sobrina de Jane Lee Puckett, y sé que la señora Puckett y tú sois amigas desde hace mucho tiempo.

—Es más que eso, aunque eso es importante, desde luego. Jane Lee es como mi hermana desde que la mía..., desde que la mía se largó al día siguiente de mi boda y le rompió el corazón a nuestra madre.

Maureen tomó un generoso sorbo de vino y respiró hondo.

—Es como de la familia. No te recordaré que te cambió los pañales, y también a Chase y a Rory, ahora que lo pienso, igual que yo se los cambié a sus hijos. Eso es ser como de la familia, no es asunto menor.

—Lo sé, mamá.

Maureen solo le dirigió una mirada, la mirada que podía (y de hecho logró) echar por tierra cualquier protesta, justificación o pretexto.

—No he terminado. Chelsea es inteligente, brillante y educada. Dejó un buen trabajo para volver a casa cuando su familia la necesitaba. Eso dice

mucho de ella. Así que, en mi opinión, cometerías una tontería no contratándola.

Alzó una mano antes de que Bodine pudiera hablar.

—La decisión es tuya. Te pusimos al mando porque eres inteligente y brillante, y bastante educada. Y no solo lo querías, sino que también te esforzaste. Pero necesitaba que supieras lo que pienso.

—Creo que es fundamental que Jessica la entreviste y que consideremos su opinión sobre cualquiera a quien vayamos a contratar para trabajar con ella.

—También estás al mando por ese motivo. Porque tienes toda la razón en eso. Imagino que Jessie no será tonta y que lo demostrará con Chelsea. ¿Cinco más?

—Camareros, una mujer de la limpieza, un mozo para el Centro Ecuéstre y una masajista. Ahora mismo no necesitamos otro masajista en el Pueblo Zen, pero así tendría tiempo para aprender cómo hacemos las cosas. Y su solicitud me ha gustado. Los otros son necesarios, sobre todo la mujer de la limpieza y el mozo. De hecho, me vendría bien contar con otro instructor, ya que Abe está volcado en atender a Edda, que es justo lo que debe hacer. Podría pedir a Maddie que venga una o dos veces a la semana, solo para las clases, pero me preocupa que se pase de la raya.

—Prueba con una vez a la semana, y déjale claro que la despedirás si se excede o monta a caballo.

—Es una buena solución. —Una solución que se le habría ocurrido a ella de no haber tenido tantas cosas en la cabeza durante todo el día—. Hoy Callen ha vuelto a dar las clases de Abe. Ayer llegué cuando terminaba una, y me sorprendió lo bien que se le da. Nunca lo había imaginado como profesor.

—¿Cualidades ocultas? —Maureen sonrió—. Nunca fue tan salvaje como algunos querían pensar. Y Cal mismo era uno de ellos.

—Quizá. Me quedé más impresionada con su caballo, un joven bayo

capón. Hace trucos.

—Me he enterado, pero me gustaría verlo con mis propios ojos.

—Le he pedido que valore hacer algunas actuaciones en el potrero del CAB. A los adultos les encantaría y a los niños los volvería locos.

—Siempre estás dándole a la cabeza, Bo.

—Por eso soy la jefa.

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Bodine se reunió con la aspirante al puesto de limpiadora. Le gustó lo que vio, lo que escuchó, de manera que llamó a una de sus limpiadoras para que la acompañara a una cabaña vacía.

—Beth te traerá cuando hayas terminado. Ven a verme después, Yvonne, y dame tu opinión.

Bodine fue del despacho al Comedor, donde el encargado estaba entrevistando a un prometedor camarero. El aspirante no aparentaba los veintiún años que tenía. Llevaba una camisa blanca de vestir con una corbata de lazo ceñida alrededor de la nuez, que le subía y le bajaba con nerviosismo.

La camarera más antigua de Bodine estaba sentada enfrente de él, con los brazos cruzados y los ojos entornados.

—Aquí hacemos las cosas de una determinada manera, y esa manera es trabajar. Si no tienes una mesa que servir, recoges otra. Si hay poca actividad, pones mesas, rellenas los saleros. Lo que no haces es el vago.

—Soy trabajador, señora.

—Puede que lo seas, puede que no. A los vagos, yo enseguida les enseño dónde está la puerta. ¿Por qué quieres trabajar aquí?

—Necesito un buen empleo, señora, para ahorrar y poder retomar los estudios, para sacarme la carrera.

—¿Por qué tienes que retomarlos? ¿Por qué dejaste de estudiar?

El chico se azoró un poco y las mejillas se le sonrosaron bajo el pelo pajizo.

—Mis padres me han ayudado todo lo que han podido, y trabajé en el Bigsby Café, como pone en mi currículum. Pero es mucho dinero, y necesito trabajar, ahorrar, retomar los estudios y terminar la carrera. El Resort Bodine es un buen sitio para trabajar, y está más cerca de casa que Missoula.

Bodine vio que Carrie Ann se ablandaba, pero dudaba de que el pobre chico se hubiera dado cuenta.

—¿Eres buen estudiante?

—Oh, sí, señora.

—¿Qué estudias?

—Me estoy especializando en educación. Quiero ser docente. De primaria. Quiero... —El chico se ruborizó más aún—. En fin, quiero ayudar a modelar y a formar la mentalidad de los jóvenes.

—¿En serio?

—Sí, señora.

Carrie Ann soltó uno de sus carraspeos y desvió la mirada hacia Bodine.

—Ahora iremos al Morral para enseñarte cómo funciona todo. Si demuestras que no eres idiota, volverás aquí para hablar del papeleo con Sylvia, de Recursos Humanos.

—Esto... Yo... ¿Me está contratando?

—A menos que demuestres ser un idiota. Ponte el abrigo. Afuera hace frío.

Carrie Ann se levantó y se acercó a Bodine.

—Nos valdrá.

—Diré a Sylvia que lo prepare todo.

Cuando echó a andar para hacer eso precisamente, se cruzó con Jessica al salir del Comedor.

—Bo, es perfecta. Quiero que conozcas a Chelsea.

—Ya nos conocemos —dijo la chica.

Bodine escrutó a la guapa morena con ojos de cierva.

—Lo siento, no me acuerdo. Conozco a tus tíos.

—Di mi fiesta de aniversario aquí cuando cumplí trece años. Tú nos llevaste de paseo a caballo. El chico con el que yo creía que me casaría y tendría seis hijos me dio mi primer beso después de ese paseo, y eso no se olvida.

—¿Qué ha pasado con el chico?

—Resultó que simplemente le gustaba besar a las chicas, algo que a los trece años ni entendí ni me gustó.

—Me alegro de volver a verte.

—Bodine. —Jessica rodeó a Chelsea con un brazo—. Me gusta. La quiero para mí.

—No creo que te refieras solamente a que te gusta besar a las chicas, así que supongo que estás contratada, Chelsea.

—Gracias a las dos. Quiero que os deis cuenta de que no estoy dando saltos ni chillando, lo que demuestra mi madurez y mi sentido del decoro. Porque por dentro estoy haciendo justo eso. ¡Ay! ¡Menuda pirueta acabo de hacer!

Su respuesta hizo reír a Bodine.

—Tengo muchas ganas de trabajar aquí. Estoy convencida de que puedo realizar una excelente labor creativa en el resort.

Chelsea guardó silencio cuando Rory se acercó acompañado de otro hombre.

—Parece que el Club de Mujeres Hermosas está reunido —dijo.

—Mi hermano Rory: ventas y marketing. Te presento a Chelsea Wasserman.

—Eres la sobrina de Jane Lee. —Rory le tendió la mano—. Siempre dice que eres guapísima, pero pensaba que solo era amor de tía.

—Chelsea va a trabajar como asistente en eventos —le explicó Jessica—. Así que seguirás viéndola.

—Me alegra oírlo. Oh, Bo, este es Esau LaFoy. Sal me ha dicho que habías quedado con él a las diez.

—Sí.

—He llegado un poco antes. No me importa esperar en el vestíbulo hasta que termine y pueda atenderme.

No era mucho mayor que el nuevo camarero, reflexionó Bodine, pero no creía que se ruborizara como él. Sus ojos, color avellana con una tonalidad verdosa, le mantuvieron la mirada con respeto.

—No hace falta. Ven a mi despacho. —Se lo señaló y echó a andar en esa dirección.

Aunque estaban bastante gastadas, el chico se había lustrado las botas. También llevaba unos Levi's limpios y una camisa de cuadros, una chaqueta vaquera con forro de vellón y un sombrero negro de vaquero, que se quitó educadamente y colocó en su regazo una vez se hubo sentado en la silla que ella le ofreció.

—Así que eres de la zona de Garnet, Esau.

—Sí, como mi padre, y su padre antes de él. Casi todo el mundo me llama Easy, señorita Longbow.

—Easy. Has viajado bastante.

—Un poco. Fui vaquero de rodeos durante un tiempo, trabajaba en ranchos cuando lo necesitaba. Los nombres que le he dado en ese currículum que tiene ahí le demostrarán que sé trabajar, y que sé de caballos.

—¿Por qué dejaste los rodeos?

—La verdad es que no podía permitírmelo. Es caro si no se gana dinero

con regularidad, y tuve un par de malas caídas. Además, mi padre está haciéndose mayor, y me he dado cuenta de que si yo tuviera que guardar cama, no habría nadie para echarle una mano cuando lo necesitara. Tenemos unas cuantas hectáreas al sur de Garnet. Es un tipo duro, y se enorgullece de eso, pero dentro de unos años quizá no pueda hacer todo lo que hace.

—El trabajo tal vez sea intermitente durante la temporada de invierno. Es posible que no siempre trabajes cuarenta horas semanales.

—Tomaré lo que me ofrezcan.

—¿Tienes caballo?

—Ahora mismo no, ya que tuve que venderlo. Quizá podría conseguir uno si usted quiere.

Sonrió cuando lo dijo, dejando a la vista el incisivo izquierdo mellado, con un encanto un poco bobalicón.

Tiene unas facciones bonitas, pensó Bodine. Un poco duras, un poco estropeadas, como muchos vaqueros que se han pasado horas a caballo, expuestos al sol y al viento. No movía las manos con nerviosismo. Y las palmas tenían la clase de callos que ella esperaba en alguien que trabajaba con caballos.

Ya había investigado sus antecedentes y estaba limpio. No había terminado la secundaria, pero tal como él había dicho, y sus referencias confirmaban, sabía de caballos.

—No es un requisito que dispongas de tu propia montura. Nosotros tenemos caballos, y traemos más en primavera. ¿Has dado alguna vez clases de equitación?

Easy abrió la boca, volvió a cerrarla, y se tomó su tiempo antes de contestar.

—Quiero el trabajo, así que me cuesta decir que no. No puedo decir que haya pasado mucho tiempo enseñando a montar a nadie. Di algunas clases a

una chica que conocí en Abilene, pero fue más por diversión. En general, la gente con la que me he relacionado sabe montar.

Bodine no podía decir que fuera ninguna lumbrera a partir de la entrevista, pero le pareció educado, sincero y suficientemente amable.

Y ella estaba en apuros.

—Es más que trabajar con caballos, hay que ocuparse de los arreos, darles de comer y limpiarlos. Ofrecemos servicios a nuestros huéspedes, y algunos no han montado nunca o llevan años sin hacerlo. Los paseos a caballo tienen mucho éxito, y es preciso que los guías aprendan por su cuenta: a emparejar caballo y jinete, a estar pendientes durante la ruta para asegurarse de que un huésped que no distingue un caballo de una jirafa no se mete en problemas... y cuenta con bastante experiencia.

—Es más fácil calar a los caballos que a las personas, pero eso tampoco es tan difícil, me parece a mí, si uno se fija bien.

—No te lo discuto. ¿Qué te parece si vamos al Centro Ecuestre? Así podrás echar un vistazo a esa parte de tu trabajo y te presentaré al encargado.

Easy se levantó.

—Será un placer.

Bodine se las apañó para llegar a casa a tiempo para cenar, ahorrándose con ello que Clementine montara en cólera, y tardó casi una hora en poner a su familia al corriente de las nuevas incorporaciones mientras cenaban.

—Has reunido a muchos en un solo día —comentó Sam, tomando un sorbo de los dos dedos de whisky que se servía todas las noches después de cenar.

—Aún tengo una más mañana, pero todos los entrevistados querían el trabajo, me han causado buena impresión y cuentan con la aprobación de sus encargados. —Miró a Chase—. Con Abe ausente, he pedido a Callen que eche un vistazo a LaFoy.

—Él sabría en qué fijarse.

—LaFoy. —Sam arrugó el entrecejo, pensativo—. Creo que no conozco a nadie de la zona con ese apellido.

—Es de Garnet.

—El apellido no me suena.

—Bueno, a ver cómo sale, pero antes de dejarlo con Callen ya me he fijado bien yo. En cómo se comportaba, se manejaba con los caballos, interactuaba con Callen y Ben, que estaba trabajando en ese momento. Antes de irme, he pedido a Callen que me avisara si tenía alguna reserva. Como no lo ha hecho, he contratado a LaFoy. Ah, he seguido tu consejo, mamá, y he hablado con Maddie sobre dar una clase semanal.

—Creo que funcionará. Y me alegra que Chelsea te haya caído bien. Va a

ser una persona valiosísima, óyeme lo que te digo.

—Me ha caído bien, sí. Además, Jessie la adora. Y me ha gustado que se haya quedado un par de horas, para familiarizarse con esto. Indica iniciativa.

—Nos habías dicho que la sobrina de la señora Puckett era inteligente — intervino entonces Rory—. Pero no que era sexy. Muy sexy.

—Frena, muchacho —masculló Bodine mientras Maureen movía el dedo.

—Ten las manos quietas y contén ese encanto tuyo, Rory Carter Longbow.

—Es que mi encanto es incontenible.

—Tengo mucha cuerda en la cuadra para atarte de pies y manos si hace falta. —Chase terminó de cenar como había empezado el día, con un café solo—. Debería informaros de que esta tarde he hablado con Abe.

—¿Cómo se encuentra Edda? —preguntó Bodine.

—Bien, pero Abe se ha llevado un susto con todo esto. Está pensando en llevarse a Edda a pasar una semana con su hijo y su familia en Acción de Gracias. Y se está planteando pasar una o dos semanas con su hija en Navidad.

—A mí no me comentó nada de eso —comenzó a decir Bodine.

—Bueno, déjame terminar. Parece que sus hijos les están insistiendo y, además, Abe ha visto claro que, cuando él vuelva a trabajar, ella también va a hacerlo. Dice que no ve forma de impedirselo. Quiere que antes de que llegue ese día se tome una buena temporada de descanso, y con esto y el viaje a Arizona, la tendría.

—Lo entiendo, pero...

—Ha acudido a mí antes que a ti —continuó Chase en su tranquilo estilo avasallador— porque quería saber si me parecía bien que tú pusieras a Cal en su puesto, ya que contratamos a Cal para el rancho y esto no solo sería esporádico, como llenar un hueco de vez en cuando, sino que trabajaría como encargado a jornada completa hasta la primavera.

—Sí, pero...

Chase se limitó a alzar un dedo, lo que hizo que Bodine alzara los ojos con exasperación.

—Mi respuesta ha sido esta: Cal es muy valioso aquí. Pero, tal como están las cosas, sería más útil en el resort; por tanto, y papá está de acuerdo, nos parece bien que te lo quedes todo el invierno si eso es lo mejor. Con la condición de que Cal también lo quiera, ya que no lo contratamos para eso.

Bodine esperó, exagerando el silencio.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—¿Cuenta para algo mi opinión?

Chase se encogió de hombros.

—Tu opinión viene luego, me parece a mí. Si dijésemos que no, que nos quedamos con Cal, no habría más que hablar. Si Cal dice no, gracias, me habéis contratado para esto, no para eso, lo mismo. Así que tu opinión es posterior a que se haya resuelto el tema en uno u otro sentido.

Bodine tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Y qué ha dicho Cal?

—No se lo he preguntado aún, porque me han llamado para cenar justo después de hablar con Abe. Pensaba comentárselo mañana por la mañana.

—Ya se lo comento yo, pero gracias.

—Por mí, bien. No sé por qué te has puesto tan a la defensiva.

En respuesta, Bodine le dirigió su sonrisa más dulce, y más siniestra también.

—Entonces te lo explicaré. Abe debería haber acudido a mí, dado que está pidiéndome que le guarde dos puestos clave de noviembre a abril. Eso en primer lugar. Debería haber acudido a mí para preguntarme si me parecía bien incorporar a Callen Skinner como encargado del Centro Ecuestre a

jornada completa desde ahora hasta abril, que es justo lo que tendrías que haberle dicho tú. Luego, yo lo habría decidido todo, antes (si yo hubiera decidido que sí) de acudir a papá y a ti para preguntaros si podéis prestarme a Cal durante ese período. Como vosotros ya habéis dicho que sí, preguntaré a Callen si está de acuerdo.

Chase se encogió otra vez de hombros.

—Parece que hemos llegado a la misma conclusión, y puede que un poco más rápido.

—La rapidez no es la cuestión. —Frustrada, y un poco ofendida, Bodine se llevó las manos a la cabeza—. El rancho y el resort son cosas distintas. Esa fue la práctica e inteligente decisión que se tomó cuando la tía decidió expandir el rancho turístico. Hay papeleo que hacer, un sueldo que negociar, la descripción del puesto, el contrato.

—Eso tendrías que hacerlo igual en ambos casos —arguyó Chase.

—Ya está bien, Bo solo se ha sulfurado porque Abe ha acudido a ti y no a ella. —Maureen miró a su hijo menor con frialdad—. Y tiene toda la razón. En esta mesa puede haber más hombres que mujeres, pero no por eso vais a ganar. Y las cosas como son: Abe tendría que haber acudido a su jefa, y su jefa es Bo. Voy a atribuir ese fallo a que está preocupado por Edda. Espero que tú hagas lo mismo, Bodine, y puedas ser comprensiva con él.

Su enfado disminuyó, un poco.

—Puedo serlo. Lo soy. Pero...

—El rancho y el resort son como dices. —Sam siguió tomando a sorbos su whisky—. Dos cosas distintas. Vuestra abuela fue lo bastante inteligente para ver, hace ya muchos años, que vuestros tíos no iban a poder invertir todo el tiempo y el trabajo necesarios para llevar un rancho de este tamaño, y ninguno de sus hijos, o hijas —añadió, mirando a su mujer—, manifestó ningún interés. Así que levantó el rancho para turistas, vio cómo podía

explotarlo y conservar el rancho productor. —Se quedó callado y dio otro sorbo de whisky. A nadie de la mesa se le habría pasado por la cabeza interrumpirlo—. Más tarde —prosiguió—, después de que yo entrara en escena, se reunió con su madre y con la vuestra, y decidieron expandirse. Sin duda contamos con mujeres inteligentes y emprendedoras en la familia, y tenemos dos empresas comerciales que nos permiten vivir como queremos, donde queremos. Y las dos honran la memoria de vuestro abuelo. Pero no son únicamente empresas comerciales, y eso no vamos a olvidarlo jamás.

—No, señor —dijo Bodine—. Yo no lo olvido.

—Ya sé que no, aunque hay veces que echo de menos verte por ahí, en los potreros, en las caballerizas, en la cuadra. Un hombre puede echar de menos a su hija.

—Papá.

—Puede echarla de menos y a la vez sentirse orgulloso de ella. Lo que no podemos olvidar, y no olvidamos, es que lo que tenemos, lo que hemos construido, gracias a vuestra abuela, es una comunidad y una familia. Abe está preocupado por su mujer, empeñado en hacer todo lo posible por cuidarla, lo quiera ella o no. Y conociendo a Edda, seguro que se lo está poniendo difícil. No creo que pretendiera faltarte al respeto hablando antes con Chase.

—Probablemente no. —Aun así, Bodine lanzó una mirada a Chase.

—Yo solo he hablado con él, y ahora te informo. Ya me dirás qué decides.

—Lo haré. —Bodine se levantó—. Voy a dar un paseo, a pensar en cómo lo resuelvo.

Rory esperó hasta que Bodine no pudo oírlo.

—Por Dios, ¿dónde está el gran problema? ¡Qué sensible! Es que...

Se interrumpió, fulminado por la mirada de su madre, y se encogió.

—Hasta que trabajes en un mundo de hombres sin tener pene, mejor te

callas. Puedes pensar en eso mientras ayudas a Clementine a recoger la mesa y a fregar los platos.

—Sí, señora.

Cinco minutos después, Chase estaba sentado a la mesa a solas con su padre.

—Solo he hablado con Abe —repitió—. Y le he ofrecido quedarse, si él está de acuerdo, con nuestro mejor vaquero, al que acabamos de contratar, durante la friolera de cuatro meses.

—Es como hacer equilibristas, hijo. Mujeres, negocios, familia. Todo son equilibristas. ¿Qué te parece si tú y yo salimos al porche, nos fumamos un par de puros y nos quejamos de las mujeres? Hacerlo de vez en cuando ayuda a equilibrar las cosas.

—Voy por el abrigo.

Arrebujada en su propio abrigo, Bodine terminó de quitarse el enfado dando un paseo en medio de la noche fría y despejada. En el cielo, el infinito manto de estrellas brillaba como puntitos luminosos en el firmamento añil. La luna, casi llena, lo surcaba: un barco redondo y blanco que navegaba por aguas tranquilas.

La brisa que la envolvía soplaba con brío, impregnada de los olores a pino, nieve y animales. Oyó el mugido de una vaca, el ululato de un búho, vio la sombra huidiza de uno de los gatos de la cuadra.

Los dos alegres chuchos, Clyde y Chester, brincaron alrededor de ella durante un rato; luego, como no parecía interesada en jugar, se alejaron corriendo para entretenerse solos.

Cuando se le pasó el enfado, aprovechó el momento para trazar un plan de lo que necesitaba hacer. Tendría que hablar con Abe y Edda, y como su padre

llevaba razón en que eran una comunidad y una familia, necesitaba librarse del resentimiento antes de hacerlo. Cuando lo consiguiera, aún tendría que dejar claro que allí mandaba ella y nadie más.

Tendría que poner provisionalmente al mando a uno de los limpiadores. De lo contrario, terminaría ocupándose de organizar los turnos y otros asuntos de poca importancia todas las semanas. Incluso todos los días.

Y debía estar preparada, tener otro plan pensado por si dos de sus empleados más importantes decidían jubilarse en vez de regresar.

La idea la ponía triste, muy triste. Abe y Edda habían sido empleados clave desde los mismos inicios del rancho turístico, y habían vivido todos los cambios, todas las ampliaciones.

Podía encontrar sustitutos capacitados si era necesario, y lo haría. Pero no serían Abe y Edda, y por alguna razón, aceptarlo hacía que se sintiera sola además de triste.

Se encaminó a las caballerizas en vez de ir a la choza. Callen podía esperar un poco más.

Después de descorrer el pestillo de la voluminosa puerta, entró y se impregnó de los olores a caballo, heno, estiércol, trigo, linimento y cuero.

Cuando bajó por la ancha rampa de hormigón, algunos caballos de ambos lados sacaron la cabeza de sus casetas. Algunos resoplaron para saludarla, pero ella continuó hasta llegar al caballo que la estaba mirando, esperándola.

—Hola. Aquí estás.

Frotó las mejillas del appaloosa al que llamaba Leo por las manchas de leopardo que salpicaban su capa blanca.

El caballo le dio un topetazo en el hombro y la miró con sus dulces y fascinantes ojos azules.

Un hombre podía echar de menos a su chica, pensó. Un caballo también podía echar de menos a su chica.

—Lo siento. No he venido mucho, no te he prestado atención. Estas últimas semanas...

Bodine negó con la cabeza, entró en la caseta y cogió una almohaza para cepillarle los flancos.

—No hay excusas que valgan. No entre nosotros. ¿Sabes qué? Mañana iremos juntos a trabajar. Puedes pasar el día con los caballos del resort; por la mañana nos echaremos una buena carrera, y otra cuando volvamos a casa por la noche. Yo también te he echado de menos.

Se sacó una zanahoria del bolsillo que Leo ya había empezado a mordisquear.

—Siempre lo sabes. No se lo digas a nadie.

Mientras el caballo masticaba, Bodine apoyó la cabeza en su cuello.

—Lo solucionaré, ¿vale? Ya lo tengo medio solucionado. Aún me gustaría dar una patada en el culo a Chase, pero ya lo tengo medio solucionado.

Dio a Leo un par de rápidas friegas.

—Te veo mañana. Bien tempranito.

Complacida con la idea de echar una buena carrera, vagó por las caballerizas rascando unas cuantas cabezas más por el camino y, una vez fuera, dirigió sus pasos a la choza.

Pequeña, rústica, con las tejas de madera de cedro y el pequeño porche delantero, estaba a un tiro de piedra largo de la casa principal y casi pegada al barracón.

En un principio se había construido con tejado en pico y ventanas cuadradas para el rancho turístico. Algunas de las cabañas que antes estaban diseminadas entre los árboles las habían desmontado para utilizar el material en la construcción del resort. Aun así, habían conservado la choza, para algún huésped esporádico, como almacén o como casa de juego secreta.

Y ahora la ocupaba Callen Skinner.

Una aldaba con forma de herradura adornaba la rústica puerta de la choza, pero Bodine llamó con los nudillos mientras miraba el humo que salía por la chimenea del barracón contiguo a la choza.

Callen abrió la puerta y se quedó en el umbral bañado de luz.

—Hola, vecina —dijo.

—Hola. ¿Tienes un momento?

—Tengo muchos. ¿Has cenado ya?

—Sí, solo... Oh. —Cuando entró, Bodine vio el plato en la mesa—. Estás cenando. Podemos dejarlo para después.

—No hay problema en hacerlo ahora. —Para demostrarlo, Callen cerró la puerta—. ¿Te apetece una cerveza?

—No, estoy bien.

Él regresó a la mesa, cogió el mando a distancia y apagó la televisión, que en ese momento estaba emitiendo una película antigua en blanco y negro.

Era un espacio pequeño y práctico, integrado por un salón con cocina americana, que su madre había arreglado con bastante gusto. El dormitorio estaba junto a la cocina y tenía un baño tan minúsculo que Bodine se preguntaba cómo conseguía Callen ducharse sin darse golpes en los codos y las rodillas.

—¿Vas a sentarte?

—Me sabe fatal interrumpir tu cena.

—No te lo sabrá si te sientas a hablar mientras me la como. Quítate el abrigo. La estufa caliente bastante.

La estufita de hierro colado del rincón cumplía su función, pensó Bodine cuando arrojó el abrigo contra el respaldo de la silla del salón.

Se sentó a la pequeña mesa cuadrada, enfrente de Callen.

—¿Sabes cocinar?

Callen cortó un trozo de entrecot asado.

—Lo suficiente para apañarme. Podría haber cenado en el barracón, pero quería acabar unas cosas.

Había una carpeta a su lado, cerrada.

—¿Pasabas por aquí? —le preguntó.

—Pues resulta que sí. Me gusta esto.

—A mí también.

—No me has llamado para decirme que LaFoy era un inútil, así que lo he contratado.

—Me dijiste que te llamara si era un inútil, y no me ha dado esa impresión. Tiene mano con los caballos, sabe lo que hace, parece escuchar cuando le hablan y se ha llevado bien con todos los demás cuando le he enseñado el Centro Ecuestre. Hemos tenido un matrimonio que solo ha venido a ver los caballos con su hijo pequeño. Ha sido educado y amable. Supongo que eso ha terminado de convencerme, aunque muy avisado no es.

—Bueno, a mí me ha dado la misma impresión, así que me vale. —Bodine se recostó y suspiró—. Te cuento, Skinner. Parece que Abe no volverá hasta la primavera. Está preocupado por Edda, quiere que descansa durante un tiempo, así que va a llevársela a pasar una temporada con cada hijo, para que esté distraída.

Mientras escuchaba, Callen cortó otro trozo de entrecot.

—Parece buena idea, dadas las circunstancias.

—Hablamos de que irías alternando y llenarías los huecos, más huecos a partir de enero, pero eso ya no va a servir.

—Necesitas tapar el agujero del todo.

—En efecto. Papá y Chase dicen que si quieres pasarte al resort durante el invierno, a ellos les parece bien. Si quieres, tú y yo podemos hablar del sueldo, dado que ya no estarías oficialmente en la contabilidad del rancho, sino en la del resort hasta que Abe vuelva. Si no quieres, como viniste aquí

para trabajar con los caballos del rancho, también nos parece bien. En ese caso, me gustaría que siguieras haciendo suplencias hasta que pueda contratar a alguien para tapar el agujero.

Callen engulló una cucharada de puré de patata, acompañada de un trago de cerveza.

—Mmm...

—Estoy organizando los turnos de ese sector y de la limpieza desde que Edda enfermó. Puedo cubrir su puesto con alguno de los limpiadores, pero ninguno de los que trabajan en el CAB o el Centro Ecuestre es capaz de desempeñar el puesto de encargado. Aunque Maddie no estuviera embarazada, no tiene madera de encargada. Al menos, no todavía. Y creo que está muy interesada en serlo. Así que tendría que contratar a otra persona. Puedo hacerlo si tú no quieres el puesto.

Callen comió un poco, pensó un poco.

—¿Puedes darme toda la información? El sueldo, sí, pero también las obligaciones, las responsabilidades, qué clase de autonomía tendría si es oficial. Provisional, pero oficial.

—Por supuesto. —La tranquilizó que él le hiciera preguntas en lugar de aceptar o declinar directamente su oferta—. Si me das tu dirección de email, puedo mandártelo todo. Por escrito.

—Puedo darte mi email. —Y así lo hizo Callen—. Pero si no tienes toda la información en esa cabeza tuya, me comeré el sombrero. Y me gusta llevarlo.

Bodine se lo pensó.

—¿Tienes cerveza ahí? —Señaló la nevera con el pulgar y le hizo un gesto con la mano para que no se levantara a buscársela.

Sacó una Moosehead y la metió en la boca del abridor de pared con forma de buey. Luego dio un buen trago.

—Me gusta la cerveza. —Dio otro trago—. También el vino, pero, chico,

no hay nada como una cerveza fría.

Se sentó y le explicó el puesto, las obligaciones, los compromisos, lo que se esperaba de él, quién respondía ante quién, las responsabilidades, la normativa del resort.

La lista era larga. Hizo una pausa y bebió más cerveza.

—¿Estás seguro de que no lo quieres por escrito en un email?

—Me ha quedado claro. Casi todo es de sentido común.

Bodine pensaba mandarle un email de todas formas.

Cuando le dijo cuánto cobraría, Callen comió más entrecot, meditando la cifra.

—Me parece bien.

—Me alegro. ¿Quieres pensártelo?

—Solo quiero que Sam y Chase lo autoricen.

—Te he dicho que ya lo han autorizado.

—Sí. Pero no me has contratado tú, sino ellos. Me gustaría que lo autorizaran personalmente. Como cuento con que lo harán, tal como acabas de decir, no necesito pensármelo. Acepto tu oferta. Aunque voy a pasarlo mal durante unos meses.

—¿Pasarlo mal? ¿En qué sentido?

Después de echar un trago a su cerveza, Callen la escrutó por encima de la botella con sus ojos grises.

—Bueno, es peliagudo tirarte los tejos cuando eres mi jefa. Hermana e hija de mis jefes, ya es bastante complicado pero factible. Como jefa directa, voy a tener que pensármelo más.

Ella lo observó también por encima de su cerveza.

—Los dos tenemos demasiadas cosas que hacer como para que tú me tires los tejos o yo los esquive.

—Nunca hay demasiadas cosas que hacer para eso. —Callen la miró con

expresión divertida y reflexiva—. ¿Se te da bien esquivar?

—Soy muy ágil y rápida, Skinner. Y necesito de verdad que esto funcione, así que no lo compliques.

—No es culpa mía que te hayas puesto así de guapa. ¿Qué te parece esto? Tú y yo quedamos para salir. El primero de mayo, ese es un buen día. Ya será primavera y tú habrás dejado de ser mi jefa. Te llevaré a bailar, Bodine.

El fuego crepitó en la vieja estufa, remedando las chispas que saltaban entre los dos.

—¿Sabes, Callen? Si te hubieras puesto tan insinuante y meloso conmigo cuando iba camino de los trece, el corazón se me habría salido del pecho. Estaba coladita por ti.

Callen no le sonrió de inmediato. Lo hizo despacio y con zalamería.

—¿En serio?

—Dios mío, sí. Tú, con tu cuerpo flacucho, modales medio salvajes y ojos tristes, fuiste el objeto de mi amor desesperado y mis hormonas revolucionadas durante semanas. Quizá incluso durante unos cuantos meses, aunque en ese momento me parecieron años. —Lo señaló con su cerveza—. El hecho de que Chase y tú me vierais como un estorbo, en el mejor de los casos no hacía sino aumentar mi anhelo secreto.

—Supongo que nos portábamos mal contigo la mitad del tiempo.

—La verdad es que no. Tú destrozaste mi corazón adolescente pasando de mí, que es lo que los chicos de catorce y quince años hacen con las chicas de doce. Y como cualquier chica de doce años que se enamora por primera vez, lo he superado.

—Despertaste mi interés en más de una ocasión cuando rondabas los quince.

Sorprendida, Bodine tomó un lento sorbo de cerveza y decidió utilizar las mismas palabras que él:

—¿En serio?

—Tardaste tiempo en desarrollarte, pero lo hiciste más que bien. Me di cuenta. —Callen se levantó, cogió otra cerveza y le ofreció una. Ella negó con la cabeza—. Difícil no darse cuenta, o aplacar el interés. Pero yo debía de tener, ¿cuántos?, dieciocho. Y a los dieciocho ya estaba pensando en cuándo me largaría para hacer fortuna. Además, eras la hermana pequeña de mi mejor amigo.

—Eso no va a cambiar nunca.

—Pero ahora no eres tan pequeña. Y los tres años que nos llevamos dan igual ahora que somos adultos. Además, he vuelto.

—¿Has hecho fortuna, Callen?

—Me ha ido bastante bien. Más bien he hecho lo que necesitaba hacer. He aprendido lo que necesitaba aprender. Ahora he vuelto, y para siempre.

Cuando ella enarcó una ceja, él negó con la cabeza.

—Lo de largarme es historia. Ya no lo necesito. Estas son mis tierras. No es que sean mías realmente, pero me despierto por la mañana sabiendo que estoy donde quiero estar, con un buen trabajo, rodeado de buena gente.

Sus palabras tocaron la fibra sensible de Bodine.

—Ya no estás tan melancólico como antes.

—Ni tan cabreado, ya que una cosa llevaba a la otra. Dime, ¿quedamos o no?

Con una media sonrisa, Bodine dejó la cerveza y se levantó.

—Te mandaré el programa semanal. Habrá cambios porque algunos huéspedes esperan a llegar aquí para contratar una clase de equitación o un paseo a caballo, y las rutas en trineo empezarán la semana que viene.

Se alejó mientras se ponía el abrigo.

—Si tienes alguna pregunta sobre el funcionamiento, mándame otro email. O ven a mi despacho.

—Eso no es un sí ni un no a mi propuesta del primero de mayo.

Ella sonrió.

—No, ¿verdad? —dijo—. Gracias por la cerveza —añadió, y salió de la cabaña.

Soltando una risita, Callen se llevó una mano al corazón. A su modo de ver, uno de los mayores atractivos de una mujer descarada y terca, sobre todo si era lista y perspicaz, estaba precisamente en el desafío que presentaba.

Él jamás había podido resistirte a un desafío.

Cuando Billy Jean cuadró la caja y terminó de cerrar la Cantina, los zapatos le estaban dando la misma lata que el jack russell de su madre, un terrier irascible.

Estaba deseando quitárselos, meterse en la cama aunque fuera sola, pues había dado puerta a su novio (un cabrón impresentable, infiel y mentiroso) hacía unos días.

Más que eso, estaba deseando añadir las propinas de esa noche a su Fondo para el Vestido Rojo.

Lo había encontrado mientras compraba por internet y había sucumbido a él. Entraba todos los días en su carrito de la compra y, según sus cálculos, las propinas de esa noche le permitirían hacer clic en «Comprar».

Ciento cuarenta y nueve dólares con noventa y nueve centavos.

Mucho dinero por un vestido, pensó cuando apagó las luces. Pero no por ese vestido. Además, era un premio por trabajar tanto y un símbolo de su nuevo estatus de mujer soltera.

Llevaría ese vestido rojo en su siguiente noche libre, quizá iría al Roundup para tomarse unas copas y bailar. Todos verían lo radiante que estaba, decidió, aún resentida con su ex.

Afuera hacía frío. Oyó sus botas crujir en la grava, quebrando el silencio. Había dejado que el último grupo de clientes se quedara un poco más de lo debido. Pero las propinas, las propinas se iban sumando.

Y podía dormir hasta media mañana si le apetecía.

Le encantaba hacer el último turno.

Subió al coche, un todoterreno compacto de segunda mano que llevaba pagando lo que le parecía toda una vida. Pero con él iba y venía donde a ella le apetecía.

Se alejó de lo que llamaban Pueblo Bodine, con sus restaurantes, tiendas y oficinas, por unas pistas sin asfaltar que serpenteaban entre bosques y cabañas a oscuras, y el firme, desigual y salpicado de baches, le zarandó tanto los riñones que deseó haber ido al baño de señoras antes de cerrar. Sin embargo, en cuanto se incorporara a la carretera asfaltada, podría pisar el acelerador. Su cochecito corría como una liebre y a esas horas de la noche la carretera estaría tan despejada como una mañana de estío.

Unos quince minutos, se dijo, y estaría en casa.

Entonces el coche comenzó a dar sacudidas, el motor carraspeó un par de veces y se paró.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¿Qué pasa ahora?

Gruñendo, giró la llave del contacto, pisó el embrague. Y como no sucedió nada, dio un manotazo al volante.

¿Qué puñetas se suponía que debía hacer?

Se quedó un momento sentada, con los ojos cerrados, hasta que logró serenarse. Bajó hecha una furia y levantó el capó. Soltó otra maldición y regresó para coger una linterna de la guantera.

Sabía cambiar una rueda, ya lo había hecho. Sabía poner agua en el radiador, gasolina en el depósito y comprobar si la batería estaba descargada o no. Aparte de eso, era como si mirase fijamente el motor de un cohete.

Dejó el capó abierto y le dio una patada a la rueda delantera antes de sacar el móvil del bolso que había dejado en el asiento delantero.

Su primer impulso fue llamar a Chad, el ex infiel, mentiroso e impresentable. Entonces recordó que ya no estaban juntos. Pensó en llamar a su padre o su madre, que estaban divorciados, pero ninguno vivía cerca.

Se planteó buscar en internet un servicio de asistencia en carretera veinticuatro horas o llamar a su amiga Sal. Sal vivía más cerca, pero...

Oyó un motor, vio unos faros y pensó: «¡Gracias a Dios!».

Cuando la camioneta frenó, se detuvo detrás de su coche. Billy Jean corrió hasta la ventanilla del conductor, quien dijo:

—Parece que necesitas ayuda.

Ella le obsequió con su mejor sonrisa.

—Te lo agradecería muchísimo.

1992

Pasó otro día de Acción de Gracias. Alice sabía en qué día vivía por las casillas y los números del calendario. No había ido por ese camino... todavía. Aún llevaba la cuenta del tiempo e intentaba —lo intentaba con todas sus fuerzas— imaginarse en casa, sentada a la gran mesa del comedor.

Su madre estaría cocinando dos grandes pavos, uno de ellos para los mozos del rancho. Si se esforzaba lo suficiente, podía olerlos perfumando la cocina. El abuelo también estaría asando ternera a la parrilla, y la abuela, entretenida glaseando un jamón. Su plato preferido.

Y asimismo todas las guarniciones. Puré de patata y boniatos con dulce de merengue, judías verdes, coles de Bruselas... aunque no le pirraban. Bollos con carne en salsa.

Ella prepararía la salsa de arándanos. Le gustaba ver cómo reventaban mientras hervían. Reenie estaría con los huevos rellenos. Requerían tiempo y también demasiada paciencia.

Y justo cuando pensaba que no le cabía nada más... ¡un montón de tartas!

Se imaginaba de pequeña, sentada a la mesa de la cocina junto a su hermana, preparando tartaletas con la masa que había sobrado de la empanada.

Su madre canturreando mientras estiraba más masa con el rodillo. Pero mientras los labios se le curvaban dibujando una sonrisa, las imágenes comenzaban a difuminarse. Vacilaban y se desvanecían hasta que se veía acostada en la cama de aquella horrenda habitación, con los grilletes aprisionándole la pierna, y los brazos vacíos.

Él se había llevado a su niña.

Aunque la leche se le había cortado, el dolor que seguía notando en los pechos no le permitía olvidar ese horror.

Se evadía durmiendo, ¿qué otra cosa le quedaba? En sueños, intentaba regresar a casa. El pavo de Acción de Gracias, montar a lomos de un raudo caballo mientras el cielo estallaba con la luz del ocaso.

¿Volvería a ver el sol?

Pintarse los labios, comprarse un vestido nuevo. Estar tumbada bajo las estrellas en verano junto a un chico que la deseaba.

¿Volvería alguien a tocarla con delicadeza y dulzura?

Se imaginaba en su habitación. Paredes rosas y pósteres de estrellas de cine, las ventanas ofreciéndole una vista del cielo y las montañas.

Pero cuando abría los ojos su realidad le pesaba como el plomo en el alma. Cuatro feas paredes, un suelo de hormigón y una puerta cerrada al final de un empinado tramo de escalera.

No, jamás volvería a ver el sol, ni cómo salía ni cómo se ponía. Su mundo

no tenía ventanas que le permitieran verlo.

Nadie la tocaría jamás con delicadeza o dulzura. Porque solo el señor existía. Solo el señor, que la forzaba todas las noches. Y cuando ella gritaba porque su cuerpo aún no se había recuperado del parto, él la tomaba con más fuerza y la silenciaba a bofetadas.

Jamás volvería a ver su habitación, tan rosa y bonita, ni se sentaría a la gran mesa del rancho para cenar en familia el día de Acción de Gracias.

Jamás volvería a abrazar a su pequeña. Su Cora con los deditos de las manos y los pies tan rosados.

Su sentimiento de pérdida, su vacío interior por haber perdido a una criatura que jamás pensó que querría tanto, tan deprisa, inundaba cada pensamiento con un humo fétido.

Comía porque, cuando se negaba, él la obligaba a beberse la sopa, agarrándola por el pelo para echarle la cabeza hacia atrás, taponándole la nariz para que no pudiera respirar. Se lavaba porque, cuando dejaba de hacerlo, él le pegaba y la limpiaba con agua fría y un cepillo duro hasta que la piel se le cuarteaba y le sangraba.

Le suplicó por su bebé. Se portaría bien, prestaría atención, haría lo que fuera si le devolvía a su niña.

«Ahora es problema de otro.»

Eso le había dicho. Las hijas no le servían para nada.

Esperaba que la matara a golpes, pero él parecía saber hasta dónde podía llegar.

No iba a dejar que se muriera como ella quería. No iba a dejar que se muriera sin más, que se sumiera en el letargo del sueño, donde podía estar sentada en el balancín del porche delantero, mirando las montañas mientras cantaba a su niña.

De haber tenido algo afilado, lo habría utilizado para degollarse. No, no,

antes lo degollaría a él, pensaba, casi soñaba, tumbada en la cama, con los ojos bien cerrados para no tener que ver su cárcel.

Sí, primero lo mataría a él y después se mataría ella.

Fantaseaba con la posibilidad de afilar una de las cucharas de plástico que él le llevaba con las comidas. O su cepillo de dientes. Quizá su cepillo de dientes.

Podía intentarlo, lo intentaría, pero, santo cielo, estaba agotada.

Solo quería dormir.

Mientras dejaba vagar su mente, se imaginaba haciendo tiras con la sábana para confeccionar una soga. No había donde colgarla, pero si la ataba a un peldaño y se la enrollaba bien fuerte al cuello, podría estrangularse.

No podía seguir así, despertándose día tras día, noche tras noche, en aquel lugar horrible, sabiendo que él bajaría por la escalera.

Peores, más incluso que la brutalidad o las violaciones, eran las interminables horas de soledad. Una soledad que cada vez se volvía más honda, más vasta, más negra, sin su hija.

Se obligó a levantarse; miró la sábana con ojos apagados y apáticos.

¿Debería hacer tiras con ella, o trenzarlas? ¿Sería así más resistente para lo que necesitaba?

Cómo costaba concentrarse cuando tenía la cabeza tan embotada. Toqueteó la sábana, buscando puntos débiles, puntos donde fuera fácil romperla.

La idea de matarse no le parecía más aterradora que resolver un problema de matemáticas de la escuela.

Menos incluso.

Pero tenía que esperar, se recordó. Él bajaría pronto. Tenía que esperar hasta que volviera a marcharse. Matarse podía llevarle un tiempo. Se sentó.

Ese día, pensó con un suspiro de cansancio. Podía morir ese día.

Escapar.

Volvió a levantarse, pero esa vez la habitación se tambaleó.

No, comprendió, la que se tambaleaba era ella. Y el estómago le dio un vuelco.

A duras penas consiguió llegar a la taza del váter, donde se arrodilló para echar todo lo que tenía en el estómago.

Envuelta en un sudor frío, con sensación de náusea, contuvo la respiración y vomitó más.

Notó lágrimas en los ojos cuando se ovilló en el suelo, sin aliento, tiritando. Lágrimas de dolor y de una felicidad extraña.

Oyó el chirrido de los cerrojos. Oyó los pasos de sus botas: pesados, muy pesados.

Se incorporó apoyándose en el lavamanos y, con la cabeza dándole todavía vueltas, se encaró con él.

Su odio revivió cuando el embotamiento por fin dio paso a una terrible claridad.

Se puso una mano en la barriga, aún flácida por el parto, y halló una razón para volver a vivir.

—Estoy embarazada —le dijo.

Él asintió.

—Más vale que esta vez sea un hijo. Anda, límpiate y tómate el desayuno.

6

En la actualidad

En la fría y despejada mañana, con el cielo de levante impregnado de tonalidades rosas y doradas, Bodine cogió su maletín y se dirigió a las caballerizas a zancadas.

Oyó que los pollos piaban como cada mañana mientras Chester y Clyde libraban su combate matutino de lucha libre junto al barracón. Los perros interrumpieron sus cabriolas para correr a su encuentro, con las lenguas colgando y la mirada alegre, como si llevaran un mes sin verla.

Apenas había nada mejor para empezar el día con buen pie que dos perros eufóricos, de manera que los acarició y rascó hasta volverlos tan locos que decidieron retomar su combate cuerpo a cuerpo.

Saludó con la mano a un par de mozos que ya estaban trabajando, charló con otros dos ocupados en limpiar de estiércol las casetas de la caballeriza.

Se paró de golpe cuando vio a Callen con su chaqueta de piel de carnero, unas cómodas botas y un sombrero Stetson marrón estiércol colocando una silla de montar en el impresionante lomo de Atardecer.

—¿Os vais de paseo? —le preguntó.

Él la miró.

—Atardecer necesita estirar las patas, y creo que voy a utilizarlo hoy en el resort.

—Es un buen fichaje. También puedo ponerlo en nómina, si quieres.

—No hace falta. —Mientras Callen cinchaba la silla, el caballo volvió la cabeza y le quitó el sombrero con la boca—. ¿Qué te he dicho sobre esto?

Atardecer se limitó a sacar la cabeza por encima de la puerta y ofrecerle el sombrero a Bodine.

—Vaya, gracias. Es un sombrero muy bonito.

—No lo será si sigue jugando con él. ¿Necesitas algo?

—Tengo lo que necesito, y también tengo en propiedad un caballo que necesita estirar las patas. Esta mañana iré al trabajo a caballo.

—Hace una mañana ideal para eso. Te esperaré. Podemos ir juntos, ¿no? ¿Me devuelves el sombrero, jefa?

Bodine se lo pasó y se dio la vuelta para ir a la caseta de Leo. Oyó que Callen gritaba, frustrado:

—¡Venga, para ya!

Mientras ensillaba a Leo, Bodine se preguntó si podría enseñarle un par de trucos. Considerando que le pirraban las zanahorias y los caramelos de menta, el soborno podía funcionar.

Oyó que los mozos se reían a carcajadas. Cuando sacó a Leo, descubrió el motivo. Atardecer estaba sentado en la rampa de hormigón, pacientemente, lo mismo que un hombre se toma un descanso en su butaca, mientras Callen estaba apoyado en la puerta de las caballerizas, mirando el móvil.

—Este caballo es un portento, Cal —gritó uno de los mozos—. Un verdadero portento.

Callen se volvió, sonrió a Bodine.

—¿Lista?

—Sí. ¿Y tú?

Él empujó la puerta y asió las riendas de Atardecer.

—En marcha.

El caballo se levantó con la misma calmosa soltura que su dueño.

Después de una breve inspección y unos cuantos resoplidos, pareció que los caballos se daban mutuamente el visto bueno.

Bodine montó a Leo en el patio.

—Tenía pensada una ruta, para que Leo haga ejercicio.

—Me parece bien.

Comenzaron yendo al paso, calentando los músculos, mientras el día clareaba y el cielo rosado se tornaba azul. El viento, suave y vivificante, acarició la cara de Bodine, oliendo a una aromática mezcla de nieve y pino.

—¿Has tenido tiempo para echar un vistazo al programa? —preguntó a Callen.

—Sí. He visto que mañana viene el herrador y pasado mañana la veterinaria. Me presentaré a los dos. El mozo nuevo empieza esta mañana, así que lo vigilaré para ver si hemos hecho bien en contratarlo.

—La próxima semana es Acción de Gracias.

—Eso me han dicho.

—Ese puente vienen muchos grupos y familias. He pensado que podríamos probar vuestro numerito, si te parece bien. No lo anunciaríamos en la página web, solo sería un pequeño premio para la gente que ya está aquí.

—Supongo que podemos ver cómo va.

—Lo programaré.

Bajaron una cuesta, cruzaron un estrecho barranco y volvieron a subir hasta el lugar donde una manada de ciervos atravesaba el bosque, tan silenciosos como espíritus. Las copas de los pinos susurraban mecidas por el viento.

—Es hora de estirar las patas. —Bodine espoleó a Leo para que echara a galopar.

El frío le azotó las mejillas cuando los cascos de su montura repicaron en la carretera. El caballo tenía las orejas levantadas y la cabeza erguida,

mostrándole que estaba disfrutando tanto como ella. Callen galopaba a su lado, y Atardecer se acoplaba al tranco de Leo como si estuvieran uncidos con el mismo arnés.

Cuando la carretera se bifurcó, Bodine giró a la derecha, puso a Leo a medio galope y después a un relajado trote. Disfrutando del paseo, el aire, la mañana, se pasó la larga trenza por encima del hombro y decidió que quería más.

—Podemos ir por el camino que sube y da la vuelta. —Señaló la pista entre los árboles indicada con el logotipo de un trébol del resort—. Es un bonito paseo en invierno y nos proporcionará otro buen tramo de pista antes de que nos separemos.

—Guía tú. De críos, Chase y yo cabalgábamos de vez en cuando por estos caminos, cuando tu padre lo soltaba durante un par de horas. Recuerdo cuando construisteis esas cabañas que acabamos de pasar.

—Hay tanto silencio que puedes olvidarte de que están ahí.

Ascendieron hasta el lugar donde la nieve se apilaba en las ramas como un blanco manto de pieles. A un lado y otro del camino, Bodine vio huellas y excrementos de ciervos y zorros.

—Se alcanza a oler el humo —comentó ella— de las cabañas donde los huéspedes ya están levantados y tienen la chimenea encendida. Pero sobre todo se respira aire puro.

—¿Por qué elegiste el despacho en vez de los caballos?

—Se me da bien. —Bodine se volvió en la silla para mirarlo—. Los caballos se me dan bien, pero se les da bien a muchos. Me gusta estar en la sala de máquinas, asegurarme día tras día de que todo funciona. O hacer que lo parezca aunque tengamos problemas de puertas adentro. Supongo que también me gusta no saber nunca exactamente qué va a depararme la jornada,

pero me reconforta disponer de una lista de las cosas que pueden pasar, e ir tachando para anticiparme a casi todo y resolver lo demás sobre la marcha.

De nuevo se colocó de frente cuando la pista empezó a descender.

—Echo de menos los caballos, claro, estar con ellos todos los días y a cualquier hora. Voy a empezar a ir a trabajar a caballo más a menudo. —Acarició el cuello de Leo—. A los huéspedes les encantará ver a la directora general cabalgando por el resort. Crea ambiente.

—Tú siempre dándole a la cabeza.

—Oh, sí.

Riéndose, Bodine se dio otra vez la vuelta cuando los caballos entraron de nuevo en la carretera.

—Mi cabeza no para nunca, Skinner. Me gusta ir a caballo y dejar que se vacíe durante un rato. ¿Estás listo para volver a galopar?

—Preciosa, yo siempre estoy listo para galopar.

—No me cabe la menor duda.

Bodine gritó «¡Arre!» y Leo echó a galopar. Una vez más, Callen hizo que su caballo se acoplara a su ritmo y velocidad.

Ella se alegraba de haber tomado el camino largo, el que daba un rodeo. La obligaba a volver sobre sus pasos en el último tramo, pero tenía tiempo. Llevada por un impulso, tomó la curva que se alejaba del Pueblo Bodine.

Solo unos minutos más, antes de dirigirse al despacho para empezar a trabajar, a tachar casillas. Justo cuando se dijo que era hora de parar, de dar media vuelta, vio un coche estacionado en el arcén.

No le prestó atención, casi pasó de largo.

Aflojó el paso.

—Tenemos que... Espera un momento. Parece el coche de Billy Jean.

Se acercó a lomos de Leo.

—Es su coche.

—¿Quién es Billy Jean?

—Trabaja en la Cantina. Es camarera. —Bodine desmontó—. Debió de trabajar anoche, tendría que comprobarlo. Parece que ha tenido una avería.

Con el ceño fruncido, Bodine miró por la ventanilla y se alarmó de verdad.

—Su bolso está en el asiento. Ella no dejaría el bolso en el asiento así como así.

—Espera.

Callen desmontó, le pasó las riendas de los dos caballos y rodeó el coche. Bodine se sacó el móvil de la chaqueta y buscó el número de Billy Jean.

—Bo.

—Espera, espera, la estoy llamando. Puede que solo...

Se calló al oír los primeros compases del éxito de Michael Jackson, la canción que Billy Jean tenía como tono de llamada.

—Es su móvil. Es su móvil. ¿Qué...?

—El teléfono está ahí en el suelo. Y parece que alguien ha pisoteado esta nieve para luego ir hacia los árboles.

—Ella no haría eso —repitió Bodine, aunque veía la nieve y los arbustos pisoteados con la misma claridad que Callen.

De pronto vio algo más.

Fijó la vista en la silueta, la chaqueta azul, apenas un instante antes de que lo hiciera Callen, y echó a correr sin que él pudiera detenerla.

—¡Bo! ¡Maldita sea! Espera.

—¡Está herida! ¡Está herida!

Callen la agarró, tiró de ella. Hundidos en la nieve, que le llegaba a las rodillas, forcejearon hasta que Bodine consiguió soltarse un brazo y le dio un puñetazo.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta! Está herida.

Sin darle opción, Callen la inmovilizó rodeándola con los brazos.

—Es más que eso, Bo. Para. Para ya. No puedes hacer nada por ella.

La furia y el miedo revolviéron las entrañas de Bodine.

—Quítame las manos de encima. Te juro que te mataré.

Él no hizo sino agarrarla con más fuerza.

—No puedes tocarla, ¿me oyes? No servirá de nada y podría empeorar las cosas. Se ha ido, Bo. ¡Se ha ido!

Frenética, Bodine forcejeó con Callen unos segundos más, y luego dejó de hacerlo. Se quedó quieta, respirando de forma entrecortada, llenando el aire de vaho, temblando de la cabeza a los pies.

—Necesito verla. No la tocaré si... Necesito verla. Suéltame.

Callen aflojó la presión con que la sujetaba y cambió de postura para dejar de tapar el cadáver con su cuerpo.

—Lo siento. Lo siento, Bo.

—Se... —«¡Se ha ido!» Las palabras de Callen resonaron en su cabeza, y la amarga verdad le desgarró el corazón, las entrañas—. Se ha dado en la cabeza con esa piedra. Se ha dado en la cabeza. Hay mucha sangre. Ha... Suéltame. Estoy bien. Suéltame.

Cuando Callen la soltó, ella siguió con los ojos clavados en la cara de Billy, y volvió a sacar el móvil.

—¿Puedes llamar a urgencias, Callen? —Quizá hubiera hablado con la voz ronca, pero no le había temblado—. Llama tú, yo pediré a seguridad que... que... corten la carretera. Que la corten para que nadie se acerque.

—Volvamos al arcén y hagámoslo desde allí.

—No pienso dejarla.

Bodine tenía que pensar, actuar, dar el siguiente paso. Aunque, gracias a Dios, era demasiado temprano para que llegaran huéspedes al resort o se marcharan de él, muchos empleados utilizaban esa carretera para ir a trabajar si no vivían en las instalaciones.

Ordenó a seguridad que cortaran el tráfico en un tramo de ochocientos metros en ambos sentidos, y que solo dejaran pasar a los agentes de la ley; también llamó para que un empleado le llevara las llaves de la cabaña vacía más próxima.

—No creo que daba decirle por qué. —Aún con la nieve hasta las rodillas, Bodine se quedó mirando el móvil—. No creo que deba hacerlo todavía. Debería llamar a mis padres. Tienen que saberlo, pero... Los padres de Billy Jean, viven... cerca de Helena. No, no. —Tuvo que apretarse la frente para intentar extraer la información de su cerebro—. Su madre vive cerca de Helena. Están divorciados. Su padre... No me acuerdo. Tiene un hermano en alguna parte. En la Armada. No, no, es marine. —Como Callen no decía nada, le soltó—: Es importante.

—Lo sé. Yo no la conocía, Bodine, pero eso no significa que no sepa que es importante. El sheriff está de camino y podrás decirle cómo ponerse en contacto con su familia.

—Necesito hablar con ellos. —Bodine se notaba reseca y caliente por dentro, como la tierra quemada—. Trabajaba para nosotros. Era de los nuestros. Necesito hablar también con ellos. Alguien la perseguía. Se ve dónde... —Volvió la cabeza, vio las zanjas en la nieve. El punto donde alguien había perseguido a Billy Jean.

Y donde Callen había ido tras Bodine, para detenerla.

—La he fastidiado —masculló—. Lo he pisoteado todo, y la habría cogido, movido, de no haber sido por ti. Es la escena de un crimen, eso es lo que es. Sé de sobra que no hay que ponerse a pisotear la escena de un crimen.

—Has visto a una mujer tirada en la nieve. Has visto sangre. Estabas pensando en ella, no en la dichosa escena de un crimen.

Había actuado pensando en ella: una amiga, una empleada, una mujer de risa fácil. Pero también sin pensar en absolutamente nada, reconoció Bodine.

No podía permitirse volver a hacer lo mismo.

—Lo habría empeorado. Siempre puede ser peor, y yo lo habría empeorado. —Tuvo que respirar hondo antes de poder mirarlo. Cuando lo hizo, vio el cardenal que había empezado a salirle debajo del ojo derecho—. Siento mucho haberte pegado. De veras.

—No eres la primera, tampoco espero que seas la última.

Aun así, Bodine le pasó la yema del dedo por el cardenal sin apenas rozárselo.

—Ponte un poco de hielo cuando... La cabaña. Tengo que hacerme con las llaves en cuanto se las lleven a Mike, de seguridad. La policía puede utilizarla si lo necesita. Tendrán que tomarnos declaración, hablar quizá con la última persona que la vio antes de que saliera de la Cantina.

Piensa, piensa, se ordenó mientras temblaba por dentro. Haz una lista, ve tachando casillas.

—Y... no sé qué más. Me veo impotente para ordenar las ideas en mi cerebro.

—Pues a mí me parece que te funciona bastante bien.

—A lo mejor podrías adelantarte, ver si ya le han llevado las llaves a Mike.

—Si tú no la abandonas a ella, yo no te abandono a ti. Bodine, volver a la carretera, que está ahí mismo, no es abandonarla.

Ella se volvió. Habían dejado los caballos justo en mitad de la carretera.

—Tienes razón. Tenemos que atar los caballos —dijo, y echó a andar—. Y tenemos que llevarlos al CAB. Cuando los agentes hayan terminado con nosotros, podrías irte con Atardecer y llevar a Leo de las riendas.

—Yo me ocupo.

Callen cogió las cuatro riendas y entonces dio media vuelta al oír que un coche se acercaba. Llevó los caballos hasta el otro arcén, agradecido de que la policía hubiera respondido antes de lo que esperaba. Por encima de todo,

quería sacar a Bodine de allí, llevársela del arcén nevado, alejarla del cadáver de su amiga.

La camioneta negra con el emblema del departamento del sheriff del condado en los lados se detuvo a unos metros del coche de Billy Jean.

Callen vio apearse a un hombre. Tenía la espalda ancha de un jugador de fútbol americano, el sombrero color crema le tapaba el corto pelo pajizo y unas gafas de espejo ocultaban unos ojos que Callen sabía que eran fríos como el hielo. De mandíbula cuadrada y labios finos, volvió la cabeza lo suficiente para mirar a Callen durante diez segundos antes de dirigirse hacia donde estaba Bodine.

«Estoy jodido», pensó, y ató las riendas a una rama antes de cruzar otra vez la carretera.

—Es Billy Jean Younger —dijo Bodine—. Es una de nuestras camareras. Garrett Clintok asintió.

—El sheriff está de camino. Voy a necesitar que los dos os alejéis. Había oído que estabas de vuelta, Skinner.

Al menos no era sheriff.

—Yo no había oído que eras ayudante. Bodine ha pedido que manden las llaves de esa cabaña de ahí. Voy a llevarlos a ella y a los caballos.

—Tú vas a esperar hasta que yo diga lo contrario. —Escrutó los vaqueros y las botas de Callen—. Has ido derecho a la nieve, has comprometido la escena de un crimen.

—He sido yo —se apresuró a decir Bodine—. La he visto y no he pensado, solo he intentado ir con ella. Callen me lo ha impedido. Lo siento, Garrett, pero ha sido una reacción instintiva.

—Es comprensible. ¿La has tocado?

—Callen me ha detenido antes de que pudiera hacerlo. He visto...

Cualquiera se habría dado cuenta de que estaba muerta, pero ha sido una reacción instintiva.

—Su móvil está en el suelo, al otro lado de su coche —añadió Callen—. Tampoco lo hemos tocado. Ayudante.

—Me gustaría ir a la cabaña, de veras, necesito sentarme. Beber un poco de agua, quizá. —Bodine se movió, solo un poco, justo lo suficiente para colocarse entre los dos hombres y las amenazantes vibraciones que flotaban en el ambiente—. Me siento un poco débil. ¿Crees que Callen podría bajar hasta donde tengo a Mike cortando la carretera para coger las llaves? Estaríamos ahí mismo. En la Cabaña del Cielo Grande. No queríamos dejarla sola, pero ahora que has llegado tú...

—Adelante. No quiero que habléis de esto con nadie, hasta que lo tengamos todo controlado.

—Gracias. Gracias, Garrett.

Cruzaron juntos la carretera, desataron los caballos y los condujeron carretera arriba.

—Te lo has metido en el bolsillo.

Bodine suspiró.

—No me importa hacer el papel de mujer débil, pero había olvidado cómo os enzarzáis vosotros dos.

—Yo me he defendido, que es distinto.

La crispación de su voz hizo que a Bodine le entraran ganas de resoplar.

—Puede, pero no sé qué sentido tenía pelearos como gallitos con Billy Jean tirada en la nieve a seis metros de vosotros. Como se supone que soy una debilucha, ve a llevar los caballos a Mike. Pídele que llame a alguien para que venga a buscarlos. Yo esperaré en el porche, en una condenada mecedora.

En menos de media hora, Bodine había preparado café; los dos habían

encendido la chimenea. Y ella había andado unos tres kilómetros paseándose por el salón de la cabaña.

Los nervios no se apaciguaron cuando, en lugar del sheriff, entró Clintok.

—Sé que esto es duro para ti, Bo. ¿Por qué no te sientas un rato? Te tomaré declaración enseguida. Antes, Skinner y yo saldremos a hablar al porche.

—Ha llegado el sheriff. He visto las camionetas por la ventana.

—Así es. Están haciendo lo que hay que hacer, igual que yo. ¿Skinner?

Clintok señaló la puerta con el pulgar y volvió a salir.

—No lo provoques —le advirtió Bodine.

—Mi respiración lo provoca.

Callen salió. Clintok se apoyó en un poste del porche, asintió con la cabeza.

—Oigamos tu versión.

—Es una forma curiosa de expresarlo. Íbamos de camino al trabajo —comenzó a decir Callen.

—¿Bodine y tú? ¿Lo hacéis a menudo?

—Es la primera vez, pero, por otra parte, no hace mucho que he vuelto, y solo trabajo oficialmente en el resort desde anoche.

Clintok se bajó las gafas de sol y lo miró con su habitual dureza.

—Me habían dicho que trabajabas en el Rancho Bodine.

—Las cosas han cambiado.

—¿Te han despedido?

«No lo provoques», le había pedido Bodine, pero era demasiado tentador. Sabía cómo irritar a Clintok, así que esbozó una sonrisa.

—Por lógica, si lo hubieran hecho, yo no estaría trabajando en su resort. Íbamos de camino al trabajo —repitió.

—¿De quién ha sido la idea?

—Yo diría que de los dos. Yo lo tenía en mente. Ella también. Hemos acabado haciéndolo a la vez.

—Parece que habéis dado un buen rodeo. Hay maneras más rápidas de ir del rancho al resort a caballo.

—Nos apetecía dar un paseo.

—¿Quién ha decidido la ruta?

—Bodine.

Clintok crispó la boca, llamándolo «mentiroso» sin articular palabra.

—Ajá. ¿Conocías bien a Billy Jean Younger?

—Yo no la conocía. Nunca llegamos a coincidir.

—¿En serio? —Clintok se agarró el cinturón de la pistola con una mano—. Trabajas en el resort, pero no habéis coincidido ni una sola vez.

—Así es, acabo de empezar a trabajar ahí.

—¿Dónde estuviste anoche, Skinner?

—Me alojo en el Rancho Bodine, y allí es donde estuve.

—¿En el barracón?

—No, estoy en la choza.

Asintiendo despacio, Clintok se acercó más, invadiendo el espacio personal de Callen.

—Entonces, estuviste solo.

—Casi todo el tiempo. Por la noche, Bodine se tomó una cerveza conmigo cuando vino para hablarme de sustituir a Abe Kotter mientras está de viaje.

En lugar de retroceder un paso, Callen avanzó un poco más.

—¿De verdad estás intentando endosarme lo que le ha pasado a esa chica? ¿Tanta mierda sigues llevando dentro, Clintok?

—Te conozco, siempre he sabido quién eres. ¿Se resistió Billy Jean anoche cuando te echaste encima de ella? ¿Te puso el ojo así?

—No conocía a Billy Jean. Bo me ha dado un puñetazo.

—Anda, ¿y eso por qué?

—Pregúntaselo a ella.

—Ten por seguro que lo haré. —Torciendo la boca con desdén, Clintok le clavó un dedo en el pecho—. Llevas aquí unos pocos días y ya tenemos a una mujer muerta. ¿Llevas aquí unos pocos días y quieres que crea que nunca has puesto un pie en la Cantina del resort ni te presentaste a la guapa mujer que llevaba la barra? Reconozco la mierda en cuanto la huelo, Skinner.

—Me parece que llevas tanta mierda dentro que te sería difícil no olerla. Hay un limpiabarros junto a la puerta, si no quieres ir escampándola por ahí.

Clintok se puso como un tomate, y Callen sabía, por experiencia, que ese cambio solía presagiar un puñetazo a traición.

—Venga, adelante. —La invitación de Callen fue tan cortante como el viento—. Veremos dónde nos lleva esto.

El agente apretó los dientes, Callen habría jurado que casi los oyó rechinar. Pero en cambio, se echó atrás.

—Puedes volver a tu trabajo, por el momento. No hagas planes de viaje.

—Me iré cuando Bodine se vaya.

—He dicho que te largues.

Despacio, Callen fue a sentarse en una de las mecedoras del porche.

—Vamos, dime qué ley estoy violando.

Clintok apretó el puño derecho.

—No tardaré en darte tu merecido. Ya queda poco.

Sin embargo, entró en la cabaña, dejando a Callen sentado en la mecedora.

—Hay café —dijo Bodine de inmediato.

—No voy a decirte que no. —Clintok, aún con las mejillas arreboladas, se sentó a la larga mesa de la cocina americana—. ¿Sabes si Billy Jean trabajaba anoche, y a qué hora se marchó?

—Anoche trabajaba, y no puedo estar segura de cuándo se fue

exactamente, pero tuvo que ser después de medianoche. Dejamos la hora de cerrar a criterio de los empleados, siempre que se queden hasta medianoche. Podría haberse quedado hasta la una. Luego hay que cerrar. Así que solo te puedo decir que tuvo que irse entre las doce y media y la una y media.

Dejó el café delante de Clintok y tomó asiento.

—Necesito explicarles esto a mis padres, Garrett, y a algunos empleados.

—Dentro de un rato. Nuestros hombres ya están cortando la carretera, así que puedes decirles a los tuyos que se vayan en cuanto te tome declaración.

—De acuerdo.

—Veamos, ¿qué hacías yendo con Skinner por el camino largo? ¿Te ha pedido él que dierais un rodeo?

—No. Yo quería que mi caballo hiciera ejercicio. Llevo más de una semana sin sacarlo. Por eso he salido temprano esta mañana, y cuando me he encontrado con Callen ensillando al suyo, hemos ido juntos.

—¿Ha sido idea suya?

—Dios santo, no lo sé, Garrett. —Cansada y un poco mareada, se retiró el pelo de la cara—. Era lo más natural. Salíamos al mismo tiempo, íbamos al mismo sitio.

—De acuerdo, pero...

—Mira. —Estaba harta del papel de mujer débil—. Sé que no tragas a Callen, pero eso no viene a cuento aquí. Hemos salido juntos del rancho, y yo he decidido cómo ir al resort. Quería dar un buen paseo. Ya estaba llegando, pero he querido seguir un rato más, así que he cogido este camino para ir al galope otra vez, y he visto el coche de Billy Jean. No le he dado mayor importancia, he pensado que debió de tener alguna avería y que llamó a alguien para que fuera a buscarla, pero entonces he visto que su bolso seguía dentro del coche, y me he preocupado. La he telefoneado. He sacado el móvil para llamarla al suyo, solo para ver cómo estaba. Y... —Tenía que hacer una

pausa. Se levantó y se sirvió un vaso de agua—. He oído... Hemos oído... su móvil. Conozco su tono de llamada. Y el teléfono estaba en el suelo, tirado en la nieve, y luego he visto... He mirado hacia donde parecía que alguien se había alejado de la carretera, andando o corriendo por la nieve, y he visto su abrigo. La he visto a ella. Ya te lo he dicho, he reaccionado de forma instintiva, y he intentado correr, para... ir con ella, entonces Callen me ha sujetado, me ha dicho que no fuera. Que no podía ayudarla.

—¿Y cómo lo sabía él?

—¡Oh, Dios santo, Garrett, cualquiera se habría dado cuenta! —El enfado se apoderó de ella, imponiéndose al cansancio y al mareo—. Yo simplemente no quería verlo, creerlo, así que he intentado soltarme. Incluso le he dado un puñetazo, pero él no me ha dejado ir hasta que me he calmado. No sé por qué estás dejando que una estúpida rencilla de cuando erais críos te lleve a acusarlo, pero puedo asegurarte sin temor a equivocarme que quien le ha hecho eso a Billy Jean no es Callen Skinner.

—Tengo un deber que cumplir. —Clintok se levantó—. Y a menos que puedas decirme que sabes exactamente dónde estaba Callen Skinner cuando a Billy Jean le pasó esto, yo acusaré a quien tenga que acusar. Deberías tener cuidado con él. Puedes ir al trabajo, si es a donde ibas. El sheriff pasará a hablar personalmente contigo cuando haya terminado aquí.

En cuanto Clintok salió, Bodine cogió el café de la mesa y lo vació en el fregadero.

—Sandeces de chulo tocapelotas y soplagaitas que solo piensa con la polla. Giró sobre sus talones cuando Callen entró.

—Y a ti no quiero oírte decir ni una palabra.

—De acuerdo.

—Maldita sea. ¿Es que queréis embestiros con los cuernos, como hacen los

ciervos? Hay una mujer muerta. Una mujer que trabajaba para mí. Una mujer a la que yo apreciaba. Una mujer con familia y amigos, y...

—Ahí está.

Callen se levantó cuando Bodine se tapó la cara y se puso a temblar. Fue a su lado y la abrazó. En esa ocasión ella no se resistió, solo se quedó tensa un momento. Después se apoyó en él, se abandonó.

—Era amiga mía. Era una amiga.

—Lo siento. —Él le dio un beso en la sien, bajó la mano por su espalda—. Ojalá hubiera algo más que decir, pero no lo hay.

—Necesito hacer algo. Estoy mejor si sé qué hacer.

—Necesitas parar un momento. Eso también es hacer algo.

—Llorar es una estupidez. Llorar no sirve de nada.

—Claro que sirve. Vacías algo para poder llenarlo con otra cosa.

—Quizá, pero...

Bodine volvió la cabeza justo cuando Callen hacía lo propio. Sus labios se encontraron.

Se chocaron, pensaría ella más adelante. De hecho, solo se chocaron: de forma fortuita, una confluencia accidental en el tiempo y el espacio. Quizá se quedaran pegados unos segundos, pero no fue ni remotamente un beso de verdad.

Aun así, echó la cabeza hacia atrás.

—Esto... esto es una falta de respeto.

—Ha sido sin querer.

Entre frustrada y azorada, Bodine alzó la mano y se enjugó las mejillas mientras echaba a andar.

—No has sido tú, no he sido yo. Ha pasado sin más. Es una mañana espantosa, espantosa, y ha pasado sin más. Tengo que ir al Pueblo Bodine. Mi madre ya debería de haber llegado. Tengo que explicárselo. Tenemos que...

Dios mío, debemos pensar la manera de explicárselo a todos. —Se apretó los párpados con los dedos—. Tú tienes que ir al CAB. Ya andamos demasiado cortos de personal allí.

—¿Y si llamo a Chase y le cuento lo que ha ocurrido? Parece que él y tu padre van a tener que ir al resort. Querrás estar con toda la familia cuando se lo expliques.

Bodine suspiró hondo, bajó las manos.

—Tienes razón, tienes razón, y tendría que haberseme ocurrido a mí. Pediremos a Mike que nos lleve. Clintok ha dicho que la policía ya está cortando la carretera. —Cerró los ojos un momento, volvió a erguir la espalda—. Vale, sé lo que tengo que hacer. En marcha.

La familia se reunió en la Casa Bodine, repartida por el bonito salón lleno de fotografías enmarcadas y presidido por la crepitante chimenea. Después de que le insistieran para que se sentara, Maureen sirvió los cafés.

Si hubieran estado en el rancho, pensó Bodine, la familia estaría reunida alrededor de la gran mesa del comedor. Y su madre no pararía quieta, igual que ahora.

Porque no parar quieta la tranquilizaba. Bodine podía identificarse, pues hacer algo, prácticamente lo que fuera, surtía el mismo efecto en ella.

Habían decidido reunirse ahí porque la familia necesitaba estar unida, y Bodine calculaba que no podía pasar más de media hora fuera del despacho.

Tenía que ocuparse de su gente, lidiar con las repercusiones y la pesadumbre que ya pesaban sobre el resort.

—¿Qué podemos hacer por su familia? —Doña Fancy estaba sentada, muy erguida, en su silla favorita—. Yo la conocía: una chica trabajadora y vital. Pero, Bodine, tú debías de conocerla mejor. ¿Qué podemos hacer por su familia?

—Ahora mismo no estoy segura, abuela. Sus padres están divorciados desde hace tiempo, creo. Tiene un hermano marine, pero no sé dónde está destinado. Lo averiguaré. Su madre vive en Helena, que yo sepa. No estoy segura de dónde vive su padre.

—Si su familia viene, nos ocuparemos de alojarlos donde puedan tener

más intimidad, y de cuidarlos.

—Eso está fuera de discusión —convino Cora—. Bodine, tendrás que apartar dos cabañas para que estén disponibles si es necesario. Y escoge para ellos un conductor.

—Ya he reservado las cabañas. —Bodine tenía su lista confeccionada, intentaba organizar qué podía y debía hacerse—. En cuanto al conductor, aunque puede que alquilen coches, creo que uno de nosotros debería encargarse de llevarlos a donde ellos quieran. Me parece que deberíamos hacerlo nosotros en vez de un empleado.

—Buena idea —dijo Maureen—. También tenemos que ocuparnos de nuestra familia del resort. Billy Jean... —Los ojos se le anegaron de lágrimas, de manera que tuvo que hacer una pausa para contener el llanto, que se le agolpaba en la garganta—. Caía muy bien. Una chica tan abierta... Tenemos que abordar, y pronto, la tristeza y la conmoción, y también el miedo. Todavía no sabemos qué ha pasado, pero la gente va a especular y a preocuparse, además de llorar la muerte de uno de los nuestros.

—En mi opinión, deberíamos traer a un psicoterapeuta especializado en duelo.

Ante la sugerencia de Rory, Chase volvió la cabeza y lo miró de hito en hito.

—No me imagino a la gente queriendo hablar de esto con un desconocido.

—Tú no lo harías —replicó Rory—. Ni otros que no expresan sus emociones. Pero algunos sí lo harían, quizá más de los que tú imaginas. Somos una empresa, y, como empresa, deberíamos ofrecer ayuda psicológica a nuestros empleados.

—Puedo coincidir con Chase sobre lo de explicarle mis cosas a un psicoterapeuta —intervino Sam—, pero opino como Rory. Deberíamos

buscar un psicoterapeuta que tenga buena reputación en estos temas, y ofrecer este servicio. La gente ya decidirá si verlo o no.

—Lo investigaré. —Este punto ya estaba en la lista de Bodine.

—No. —Cora la miró negando con la cabeza—. Tú ya vas a tener trabajo de sobra. Yo puedo encontrar la persona idónea para eso.

—No estoy siendo frío ni insensible. —Rory miró su café con el ceño fruncido—. Y estoy tan cabreado como triste. Sigo sin poder entenderlo, y no estoy seguro de que lo haga ni tan siquiera cuando sepamos qué ha pasado. Pero tenemos que pensar en redactar un comunicado de prensa, en cómo responder a los periodistas, y no digamos ya a los huéspedes.

—Estoy trabajando en ello —le aseguró Bodine—. Hasta que sepamos lo que ha pasado, lo mejor es que digamos la verdad. Estamos todos conmocionados y apenados por haber perdido a uno de los nuestros. Y estamos colaborando en todo lo que podemos con la investigación. En este momento, no hay mucho más que decir.

—Yo puedo hablar con algunos de los empleados. La yaya tiene razón —continuó Rory— en que tú ya tienes mucho trabajo.

Su hermano sabría qué decir, pensó Bodine. Y sabría cuándo limitarse a escuchar. Rory tenía un gran corazón y, a menudo, la capacidad de intuir lo que una persona necesitaba antes de que ella misma lo supiera.

—Sería de mucha ayuda. Jessica y yo iremos perfilando sobre la marcha los comunicados oficiales y decidiremos lo que todos, no solo nosotros, sino todos, deben decir a los huéspedes, a los periodistas. También podrías ayudar con eso, Rory.

—¿Por qué ella? —preguntó Chase—. ¿Por qué Jessica? Se ocupa de los eventos, ¿no?

—Porque es inteligente y perspicaz. Mantiene la calma y se ciñe al guion, pero sabe cómo adaptarse cuando las circunstancias cambian.

Bodine, que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, alzó la vista para mirarlo a él y su ceñuda expresión de escepticismo.

—¿Se te ocurre alguien mejor?

—No entiendo por qué eliges una persona que apenas conocía a Billy Jean y se dedica a montar fiestas. Pero es tu decisión. —Chase se encogió de hombros.

—Exacto.

—Papá y yo tenemos que tranquilizar a los mozos del rancho. De verdad, no tiene sentido. —Chase no consiguió disimular su enfado—. No tiene ningún sentido que alguien la atacara de esa manera.

—No sabemos qué ha pasado. —Bodine alzó una mano antes de que su hermano pudiera darle una dentellada—. Yo opino lo mismo que tú, pero aún no lo sabemos con certeza. Hasta entonces, tienes que decirles a todos los mozos del rancho lo mismo que les diremos a todos los empleados del resort.

Chase la miró hasta que la ira que le llameaba en los ojos se apagó.

—Ha debido de ser horrible para ti, encontrarla así. Me alegro de que en ese momento no estuvieras sola.

La imagen del cadáver de Billy Jean invadió su mente, de modo que Bodine solo negó con cabeza y apartó la mirada. Cuando llamaron a la puerta, se levantó enseguida.

—Ya voy yo.

Al abrir, vio al sheriff Tate, limpiándose diligentemente las botas en el felpudo.

—Bobine, ¿cómo estás, cariño?

Bob Tate tenía una constitución robusta y una cara curtida y rubicunda. Bodine lo conocía de toda la vida, pues mantenía una relación cordial con sus padres y le gustaba bromear con que había besado una vez a su madre antes de que su padre se decidiera a dar el paso.

—Es un día horrible. Un día horrible y muy duro.

—Lo sé.

El sheriff le dio un breve abrazo, seguido de una palmada en la espalda.

—He pasado por tu despacho, y esa rubia del Este tan guapa me ha dicho que tu familia y tú estabais todos aquí. Necesito hablar contigo, cariño.

—Lo sé. Deme el abrigo.

—No te preocupes por eso. —Tate entró en el salón—. Doña Fancy, señora Bodine. —Se quitó el sombrero—. Siento tener que presentarme en su casa de esta forma.

—Tú siempre eres bienvenido, Bob. —Cora fue la primera en levantarse—. Te traeré un poco de café.

—Se lo agradecería mucho. Maureen, Sam, muchachos.

—Rory, trae una silla para el sheriff Tate. —dijo doña Fancy señalando hacia la habitación de su hija—. ¿Cómo le va a Lolly?

—Me tiene a dieta. —Bob sonrió, arrugando los ojos—. Un hombre podría morir de hambre en su propia casa. Gracias, Rory.

Se sentó en la silla que el chico había sacado para él, y resopló.

—¿Qué puedes decirnos? —preguntó Sam.

—Lo cierto es que ahora mismo más bien poco. Estamos haciendo todo lo que hay que hacer, y no puedo hablar del asunto con franqueza. Debo formularle algunas preguntas a Bodine.

Cora se detuvo al salir de la cocina, con una taza de café en la mano.

—¿Necesitas que nos vayamos?

—No, señora, no hace falta. Como todos ustedes conocían a Billy Jean, es posible que puedan aportar algo que nos ayude. Pero, Bodine, tú eres quien la ha encontrado. Junto con Cal Skinner.

—Sí, señor. Íbamos camino del trabajo, a caballo —precisó, aunque eso el sheriff ya lo sabía, por supuesto.

—Habéis dado un rodeo. ¿Lo ha propuesto Cal?

—No. He sido yo. Yo dirigía.

Él enarcó las cejas con sorpresa, pero asintió.

Bodine se lo explicó todo, como había hecho con Garrett Clintok. Tate la interrumpió cuando llegó a la parte del móvil de Billy Jean.

Asintiendo, pasó las hojas de una libretita.

—Cal te ha sugerido que intentaras llamarla.

—No. Cuando he visto su bolso en el coche, me he preocupado, así que la he telefoneado al móvil. No tiene teléfono fijo. Y he oído su tono de llamada. Más o menos en ese momento, Cal me ha dicho que me acercara a mirar. Y hemos visto su móvil tirado en el suelo y el camino abierto en la nieve. Entonces la he visto tumbada en la nieve y he intentado correr a su lado. Pensaba que estaba herida, trataba de convencerme de ello, pero lo cierto es que ya me había dado cuenta, cualquiera lo haría, de que era demasiado tarde. Callen me lo ha impedido, me ha sujetado.

Tate dio unos golpecitos en la libreta con un pequeño lapicero mientras la observaba.

—¿Se ha acercado Callen a ella?

—No. Ha seguido sujetándome, procurando calmarme, hasta que ha logrado que entendiera (yo simplemente me negaba) que no debíamos tocarla, que no debíamos hacer nada.

—Me han dicho que Cal tiene un ojo morado. ¿Lo tenía esta mañana cuando habéis salido?

—No, porque se lo he puesto yo así. Estaba medio loca, luchando por soltarme, y le he dado un puñetazo antes de poder dominarme. Ya sé qué está pasando. —Bodine habló con frialdad—. Y quiero darle mi opinión.

—Adelante.

—He explicado a Garrett lo que ha ocurrido igual de claro que se lo estoy

explicando a usted ahora. Si él le ha dicho otra cosa, miente.

Como si quisiera tranquilizarla, Tate bajó varias veces la mano.

—Bueno, Bo, soy consciente de que existe hostilidad entre Cal y Garrett.

—Clintok envenenó la relación hace mucho tiempo. —Chase se levantó con aire pausado—. La envenenó cuando no éramos más que unos críos y Clintok acosaba a Cal, lo hostigaba. Era un puto sádico. Lo siento, abuela, pero no hay una palabra mejor. La envenenó cuando él y tres de sus amigos, esos capullos...

Cuando volvió a quedarse callado, doña Fancy hizo un gesto con la mano.

—Espera a terminar para disculparte por decir palabrotas en mi presencia.

—Eso es lo que fueron cuando se nos echaron encima mientras Cal y yo estábamos acampados en el río. Me sujetaron entre los tres para que Garrett pudiera pegar a Cal. Pero Cal acabó pegándole a él, y le habría ganado si Wayne Ricket... ¿Se acuerda de él?

—Sí —respondió Tate—, recuerdo que cuando fui ayudante lo metí en una celda más de una vez, y siendo ya sheriff ayudé a que lo encerraran durante cinco años por asalto a mano armada.

—Wayne se metió, así que eran dos contra uno. Pero ya solo quedaban dos para sujetarme, y yo estaba hecho una furia. Les dimos una paliza. Después, Clintok se conformó con insultar, no podía hacer mucho más, ya que estaba vomitando como un perro mareado después de los dos puñetazos que Cal le había dado en la tripa. Hágame caso, si Clintok pudiera encontrar la forma de ganar a Cal, aunque fuera haciéndole creer que es capaz de matar a una mujer, lo haría.

Cuando hubo terminado su intervención, Chase volvió a sentarse.

Tate se quedó un momento callado, mirando su libretita.

—Agradezco la información. Muy bien, Bo. —Se volvió otra vez hacia ella—. ¿Qué ha pasado después?

—Cal le ha llamado a usted, y yo he llamado a seguridad (ya había recobrado la cordura) para que pudieran cortar la carretera e impedir que se acercara nadie. Clintok ha sido el primero en llegar, y he visto claro que quería provocar a Callen, así que... —Bodine resopló—. He dicho que necesitaba sentarme, beber agua y que había pedido que nos mandaran las llaves de la cabaña más próxima. No me apetecía oírles cómo se decían de todo con Billy Jean tirada en la nieve.

—Ha sido una manera inteligente de manejar la situación. Aún me falta reunir alguna información, y tengo que hablar con el supervisor directo de Billy Jean y las personas que trabajaron con ella anoche.

—Es Drew Mathers. He hablado con él y los camareros. Usted también tendrá que hacerlo, pero se lo puedo adelantar: Billy Jean mandó a los demás a casa alrededor de las doce y media. Aún tenía tres parejas en el bar; dos entraron juntas y la tercera se hizo amiga de ellas, así que se quedaron más rato. No puedo decirle con seguridad a qué hora cerró y se marchó, pero puedo darle los nombres de las personas que estaban en el bar después de las doce y media.

—Eso sería de muchísima ayuda. Tenía novio, ¿no?

—Rompieron. Hace un par de semanas. Chad Ammon. Es uno de nuestros conductores, y hace las veces de botones. Hoy es su día libre.

—¿Es el hijo de Stu Ammon?

—Sí.

—¿Y sabes quién rompió con quién?

—Fue ella. Él la engañaba con una chica de Missoula, y antes con otra de Milltown, así que le dio puerta. Lo que quiero decir (y ya sé que usted tendrá que hablar también con él) es que Chad es una calamidad con las mujeres, pero, aparte de eso, es un buenazo. Y estaba casi igual de disgustado por la ruptura que si se hubiera cortado afeitándose. Son cosas que pasan.

—¿Salía Billy Jean con otro hombre?

—Estaba..., ¿cómo lo decía ella?, tomándose un descanso de... —Bodine miró a las abuelas de reajo—, cierta parte de su anatomía. Yo la veía casi todos los días, y me lo habría dicho si hubiera cambiado de opinión.

—Muy bien. Te agradezco que me expliques todo eso, Bo. —Después de meterse la libretita en el bolsillo, Tate se levantó—. El café estaba delicioso, señora Bodine. Ahora voy a dejarlos solos.

—¿Va ahora ahí? —le preguntó Bodine.

—Sí.

—Si pudiera acompañarlo, podría mandarle a las personas con las que necesita hablar, buscarle un sitio para hacerlo.

—Me vendría muy bien.

Tate la esperó mientras cogía el abrigo. Bodine se volvió para mirar a su familia. De momento no había nada más que decir, pensó, y salió con el sheriff.

—Sé que no puede hablar del caso —comenzó a decir—, pero está claro que alguien la persiguió. No sé por qué se detuvo donde lo hizo, ni cómo pasó, pero está claro que se asustó y echó a correr, y eso significa que huía de algo. De alguien.

—Hay que investigar más antes de poder afirmar si eso fue lo que ocurrió. Oficialmente.

—Mi pregunta es si debería poner más seguridad.

—No sé si es necesario. Pero cuando pasa algo como lo de esta mañana, la gente está asustada hasta que hay respuestas. Creo que deberías hacer lo que te parezca correcto.

Una mujer que ella conocía estaba muerta, y en sus tierras, pensó Bodine. Ojalá supiera qué era lo correcto.

Cuando subía una mansa yegua a un remolque, Callen vio que la camioneta del sheriff bajaba por la carretera en dirección al CAB.

La estaba esperando.

Levantó el portón del remolque para encerrar a los dos caballos y se dirigió al cobertizo, donde Easy LaFoy estaba cepillando otro caballo.

—Luego voy a ponerte a trabajar —le dijo Easy al animal—. Así que descansa ahora.

—Easy, necesitaré que lles estos caballos al centro. Tenemos una clase dentro de más o menos una hora. Maddie irá directamente para darla.

—No he terminado, jefe.

—Tranquilo, yo me ocupo. Llévate a estos dos y ensíllalos. Solo di a Maddie que tiene que recordar las reglas. Puedes comer mientras ella da la clase.

—Vale, jefe. —Easy salía del cobertizo junto a Callen cuando Tate aparcó—. Supongo que ha venido por lo que le ha pasado a esa chica. Qué cosa tan terrible.

—Sí. Anda, vete.

Callen fue al encuentro de Tate.

—Cal. —El sheriff lo saludó con la cabeza—. ¿Cómo le va a tu madre?

—Muy bien. Le gusta tener un nieto pegado a sus faldas para mimarlo.

—Yo también voy a ser abuelo.

—No lo sabía.

—Sí, mi primer nieto, nacerá en mayo. Mi mujer ya está medio loca, comprándole peleles y ositos de peluche. —Tate calló y se fijó en Easy, que maniobraba con la camioneta y el remolque—. ¿Es nuevo?

—Sí, aunque, si lo piensa, yo también lo soy.

—No es el recibimiento que querría alguien que vuelve a casa. ¿Qué tal si

me lo cuentas todo?

—¿Podemos hablar mientras trabajo? Esta tarde tenemos una ruta a caballo para un grupo de seis.

—Por supuesto.

Fueron al cobertizo donde estaban los caballos y Callen retomó el trabajo donde Easy lo había dejado. Mientras tanto, fue explicándole todo, desde que coincidió con Bodine en las caballerizas hasta que encontraron el cadáver.

—¿Habéis ido por el camino de la Cola Blanca?

—Sí. Con este tiempo, es como cabalgar en una película. El paisaje es de foto.

—Tú sabes de eso. De películas.

—Supongo.

—¿Has ido de copas a la Cantina desde que volviste?

—No. He estado ocupado, y tengo cerveza en el rancho. No llegué a conocerla. —Y jamás la olvidaría—. No puedo demostrar que no decidí ir en coche hasta ahí en plena noche y que perseguí a una mujer que no conocía, pero desde luego sería un cambio de hábitos en mi rutina.

Pese a las circunstancias, Tate curvó un poco los labios hacia arriba.

—Tuviste algunas grescas en distintos sitios, que yo recuerde.

—Con chicos y hombres —convino Callen con aire relajado, aunque percibía la influencia de Clintok en las preguntas del sheriff—. ¿Las grescas que he tenido con chicas y mujeres? Esas son de otro tipo, y siempre consentidas.

—Nunca he oído otra cosa —dijo Tate, y le señaló el ojo—. Parece que has tenido una gresca hace poco. No está mal ese ojo morado.

—Los he tenido mejores. Bodine... Solo quería ir junto a su amiga. No era capaz de pensar en nada más, y yo no podía permitirselo. Por tanto, sí, podría

decirse que hemos tenido una gresca, y que ella me ha dado bien. Su rechazazo es admirable.

—¿Es así como se lo has contado todo a mi ayudante?

—Sí.

Tate esperó un segundo, dos.

—¿No quieres añadir nada?

—No hay nada que añadir.

—Tengo una historia que contarte. —Tate sacó un paquete de chicles del bolsillo—. La parienta estuvo dándome la lata hasta que dejé de fumar. —Le ofreció el paquete y Callen cogió un chicle—. En fin, a lo que iba. Hubo una partida de póquer una noche, en casa de los Clintok. La mujer había ido a visitar a su hermana y se había llevado a la niña, así que solo estaban Bud Clintok y el joven Garrett. Calculo que él debía de tener unos doce años por entonces. Tu padre estaba allí.

Los ojos grises de Callen no manifestaron ninguna emoción cuando asintió.

—Solía estar si había una partida de póquer —dijo.

O una carrera de caballos, o un evento deportivo en el que se pudiera apostar.

—Eso es verdad, aunque pasaba temporadas en que tenía ese demonio bajo control. Pero aquella no era una de ellas. No es hablar mal de los muertos decir que Jack Skinner tenía una debilidad. Sin embargo, no había una pizca de maldad en él. Esa noche estaba en racha, ganando dinero a espuestas. Bebimos, soltamos tacos, apostamos y fumamos como chimeneas, lo que echo muchísimo de menos. —Tate suspiró, masticando chicle—. En la última mano solamente quedaban tu padre y el de Garrett. Bud llevaba toda la noche perdiendo casi tanto como el tuyo llevaba ganando. Era un buen bote, y Bud no paraba de subir. Jack no se achantó. Había unos quinientos dólares sobre

la mesa cuando Bud se quedó sin dinero. Dijo que se apostaría otra cosa. Tu padre, medio en broma, dijo que podía apostarse el cachorro. El perro, un cachorro que no tenía más de cuatro meses, se había encariñado de Jack. Él decía que era su amuleto de la suerte. Y Bud dijo que le parecía bien. Entonces enseñaron las cartas.

»Bud tenía una escalera de corazones, de ocho a reina. ¿Y tu padre? Cuatro doses. —Tate se quedó callado, se echó el sombrero hacia atrás y negó con la cabeza—. Cuatro doses, y no hubo más que hablar. Jack cogió el dinero pero no se llevó el perrito. Era del hijo, y tu padre no tenía una pizca de maldad. Dijo que prefería que Bud lo invitara a cenar un bistec, y ahí quedó la cosa. Todos nos fuimos a casa, un poco borrachos y con los bolsillos más vacíos, salvo Jack... y yo, que no perdí nada, y eso fue igual de bueno que ganar, dadas las circunstancias. —Tate contempló las montañas antes de mirar a Callen a los ojos—. Me enteré de que alguien pegó un tiro al cachorro justo al día siguiente. Bud puede ser un hombre duro, pero jamás habría disparado a un cachorro.

Callen podía verla, había visto esa maldad en Clintok incluso cuando tenían doce años.

—¿Por qué lo aceptó como ayudante, sheriff?

—Sirvió a su país, y volvió a casa. Supuse, visto lo visto, que la maldad se le habría pasado con la edad. No digo que a veces no pueda desviarse del camino recto, pero tampoco puedo decir que me haya dado motivos de queja. Pero él y yo tendremos una conversación, porque ha muerto una mujer y nadie que trabaje para mí va a utilizar eso para tomarse la revancha.

—Yo no tengo ningún problema con él. Si no se interpone en mi camino, no me interpondré en el suyo.

—Esa es la idea. Saluda a tu madre de mi parte la próxima vez que hables con ella.

—Lo haré.

Una vez estuvo solo con los caballos, Callen pensó en muchachos resentidos, él había sido uno de ellos, y en un padre que jamás había sido malvado, pero sí tan débil como para perderlo todo. Incluso el respeto de su hijo.

En su despacho, Bodine intentó adelantar trabajo, acometiendo el que no podía posponerse, pero interrumpiéndolo todo cada vez que uno de sus empleados acudía en busca de consuelo o respuestas.

Ella desempeñó su papel con un nudo en la boca del estómago y un creciente dolor de cabeza que sentía detrás de los ojos.

Jessica se detuvo en la puerta, llamó con los nudillos en el marco.

—Siento interrumpir.

—No, tranquila. De todas maneras, pensaba ir a buscarte dentro de un rato. Me ahorras los pasos.

—¿Has comido algo?

—¿Qué? —Sin entenderla por un momento, Bodine se masajeó el cuello dolorido.

—Eso pensaba. —Jessica tomó la iniciativa y descolgó el teléfono del escritorio de Bodine para marcar la extensión de la cocina.

—Hola, Karleen, soy Jessica. ¿Podéis mandar un plato con la sopa del día y una manzanilla al despacho de Bo? Sí, te lo agradecería mucho. Gracias.

—¿Y si no quiero sopa? —preguntó Bodine cuando Jessica colgó.

—Te la comerás porque eres lo bastante lista como para saber que la necesitas. Igual que Rory, y tu madre.

Bodine consiguió sonreír.

—¿Nos estás cuidando?

—Alguien tiene que hacerlo. Pareces agotada, y resulta que sé que hoy no han parado de desfilar empleados por tu despacho buscando tu apoyo, igual que ha pasado en el despacho de Rory y en el de Maureen. Pero aquí ha entrado más gente.

—Soy la jefa.

—Exacto. Ellos te necesitan para que los consueles, así que tú necesitas comerte la sopa. Anda, dime qué puedo hacer para ayudarte.

—He estado trabajando en un par de cosas, y... ¿no tenías una consulta sobre la reunión de la Compañía Rhoder programada más o menos para esta hora? ¿Y una entrevista?

—Las he cambiado de fecha. No ha sido un problema. Hemos tenido una muerte en la familia.

Bodine notó las lágrimas escociéndole en los ojos doloridos. Cuando se los apretó, Jessica se volvió y cerró la puerta.

—Lo siento de veras, Bodine. No conocía mucho a Billy Jean, pero me caía bien. Deja que te quite algo de trabajo. Sé que Sal suele cubrirte cuando te hace falta, pero... ahora mismo está destrozada.

—Eran muy buenas amigas. Me vendría bien que me ayudaras con un par de cosas. Y sé que ahora mismo tú también estás muy liada.

—Chelsea es tan buena como tú y yo pensábamos. Incorporarla a mi equipo me ha dejado lo bastante libre para disponer de algo de tiempo.

—Yo te lo ocupo. Primero, he redactado un comunicado para la prensa. Ya he tenido que utilizarlo dos veces con periodistas que han llamado por lo que ha pasado. Quiero asegurarme de que no le falta nada.

—Me encantaría echarle un vistazo.

—También necesitamos uno para los huéspedes. Para los que ya están aquí y para los que tienen una reserva y podrían llamarnos por este asunto. He redactado un borrador. Tú no la conocías mucho —añadió Bodine—, así que

serás más objetiva. No tengo claro si he sido demasiado escueta para compensar que era amiga mía.

—De acuerdo.

—Y, por último, tenemos que organizar una ceremonia en su memoria. Aquí. Ya he hablado con su madre. —Bodine se quedó callada y resopló—. Les hemos ofrecido nuestras cabañas y a nuestros conductores, todo lo que les haga falta; sin embargo, han dicho que van a quedarse en Missoula y se la llevarán a Helena, su hogar, cuando puedan. La ceremonia será un acto abierto para todos nosotros, todos, resort y rancho, y para cualquier persona que la conociera y quiera venir a presentar sus respetos.

—Deja que yo me ocupe de eso. No hablo a la ligera cuando digo que una ceremonia de esta clase es un evento, y los eventos son lo mío. Tú solo dime cuándo quieres que se celebre y dónde, y yo lo organizaré todo.

Agradecida, Bodine notó cómo se quitaba un peso de encima.

—Creo que tiene que ser bajo techo, dado que no podemos fiarnos del tiempo. El Molino es el mejor sitio.

—Estoy de acuerdo. —Jessica se levantó cuando llamaron a la puerta; la abrió—. Gracias, Karleen, perfecto. —Llevó la bandeja hasta la mesa y la dejó encima—. Come.

—Tengo un nudo en el estómago.

—Come igualmente.

Bodine rio sin muchas ganas y cogió la cuchara.

—Pareces mi bisabuela.

—Un grandísimo cumplido. Dame una idea general de lo que quieres y me ocuparé de los detalles.

Flores, porque a Billy Jean le encantaban. Y música country y del Oeste. Mientras organizaba la ceremonia, Bodine tomó la sopa. Era la elección perfecta, pues entraba sin apenas darte cuenta.

—Creo que tendría que durar unas cuatro o cinco horas, siempre con alguien de la familia presente. Eso podemos arreglarlo —dijo—. Pero querría dar a todos los que trabajan aquí la oportunidad de entrar, de quedarse un ratito. Y como no pasa un día sin que tengamos reservas, he pensado en cerrar durante un día.

Jessica, que aún tomaba notas, no se molestó en mirarla.

—Entonces has pensado en arruinarles el plan a personas que, aparte de reservar una cabaña, seguramente han comprado billetes de avión y pedido permiso en el trabajo.

—No estaría bien. Pero todos tienen derecho a entrar. Sería más fácil hacerlo en el rancho, pero...

—Ella formaba parte de la familia del resort.

—No me cabe en la cabeza. —Aunque tenía un nudo en la garganta, Bodine se obligó a seguir hablando—. No me cabe en la cabeza que haya podido pasar esto. No es que nunca tengamos problemas. Un huésped que se desmadra un poco, empleados que se dicen de todo o incluso algunas peleas durante algún evento. Pero ¿algo así? No me cabe en la cabeza.

—¿Bo? Perdona. —Rory apareció en la puerta—. Mamá necesita verte si tienes un momento.

—Claro. Ahora mismo voy. Jessie, ¿qué te parece si te quedas a repasar los comunicados en mi escritorio? Así habrá una cosa terminada. —Bodine abrió los archivos en el ordenador y se levantó—. Vuelvo enseguida.

Jessica se sentó en su silla y leyó los comunicados. Directos, pero quizá un poco bruscos, un poco forzados.

Colocó los dedos sobre el teclado y empezó a escribir sugerencias.

—Bo, quiero... —Chase se detuvo en mitad del despacho—. Pensaba que eras Bo.

—Ha tenido que salir un momento. —Jessica se levantó—. Chase, lo

siento mucho.

—Te lo agradezco. —Se quitó el sombrero, asiéndolo con ambas manos—. Me quitaré de en medio, así te dejo comer.

—No es mío. Por lo visto, he tenido que ponerme en el papel de doña Fancy para conseguir que Bodine coma algo. Volverá enseguida. ¿Por qué no te sientas? Te traeré un café.

—El café me va a salir por las orejas. Nunca pensé que me oiría decir esto. —Aun así, Chase se sentó, casi dejándose caer—. Esto..., ¿lo lleva bien? Me refiero a Bodine.

Tenía cara de cansancio, incluso estaba un poco pálido, pensó Jessica, y se dio cuenta de que jamás lo había visto con ese aspecto. Rodeó la mesa y se sentó a su lado.

—Tú pareces cansado, que no te sepa mal que te lo diga. Pero Bodine parece agotada.

—Le tocará organizarlo todo —dijo él—. Planificarlo todo, hablar con todo el mundo.

—Así es, y lo está haciendo. Aun así, creo que trabajar está ayudándola a superar el golpe, pero lo cierto es que todo el mundo se apoya en ella. Está pálida y exhausta, y no ha tenido tiempo de llorar la pérdida de su amiga, ni tan siquiera de asimilarla.

Por un momento Chase no dijo nada, solo se quedó observando su sombrero.

Más que pálido y cansado, pensó Jessica, parecía tristísimo.

—¿Has comido?

—¿Qué?

—Por lo visto, hoy estoy promocionando la sopa. Puedo pedirte una.

—No, yo... —Chase solo la miró, durante un largo instante—. Estoy bien. He... hecho pasar un mal rato a Bo por ti.

—¿Por... mí?

—Cuando ha dicho que iba a pedirte que la ayudaras con los comunicados y eso.

Mientras asimilaba su comentario, Jessica se apretó una horquilla, aunque no estaba floja, de su impecable moño bajo.

—Porque no soy de aquí.

—No eres de aquí, no llevas mucho aquí y...

—¿Y?

—Da igual. Venía a pedirle disculpas. Estaba sufriendo, se notaba, pero aun así yo me he ensañado un poco con ella. Porque estaba enfadado. — Chase volvió a mirar el sombrero con el ceño fruncido—. Muy enfadado. Aún lo estoy.

—¿Es este tu aspecto cuando estás enfadado?

—Depende —repuso él alzando la vista— de por qué estoy enfadado. Bo opina que tú eres la persona ideal para ayudarla en esto, así que no tengo ningún motivo para decir lo contrario.

Jessica asintió y cruzó los pies, calzados con zapatos de tacón.

—Ya que has abierto tú esa puerta... ¿Qué problema tienes conmigo? Los dos sabemos que lo tienes.

—No lo sé. Puede que solo sea que tardo en habituarme a la gente.

—¿La gente como yo?

—La gente en general. —Chase vaciló un momento y se encogió de hombros—. Hay una buena razón para que yo trabaje en el rancho y Rory lo haga en el resort. Me volvería loco tratando con gente todo el santo día.

—Bueno, si descubres que el problema que tienes conmigo es más que mi condición humana, dímelo. A lo mejor podemos resolverlo. Iré a avisar a Bo de que la esperas.

Chase se aclaró la garganta cuando ella se levantó para salir del despacho.

—¿También tengo que disculparme contigo?

Jessica volvió la cabeza, lo atravesó con la mirada.

—Depende —respondió, y se marchó.

SEGUNDA PARTE

Un propósito

*Aferrate al ahora, al aquí, a través del cual
todo el futuro se sumerge en el pasado.*

JAMES JOYCE

Alice —su nombre era «Alice», daba igual cómo la llamara él— dio a luz a un varón.

Era su tercer hijo, y el único que el señor le permitió quedarse. El segundo, otra niña, había nacido solo diez meses después de la primera. Una niñita a la que ella había llamado Fancy porque había venido al mundo con una bonita pelusilla pelirroja en la cabeza.

Cuando él se llevó a la niña, a su segunda hija, por aquella escalera, ella se negó a comer y a beber durante casi una semana, incluso cuando él le pegaba. Intentó estrangularse con la sábana, pero solo consiguió desmayarse.

Él la obligó a comer, y cuando sintió que su propio cuerpo estaba ávido de comida, murió un poco. Después del parto, él esperó tres semanas antes de volver a violarla. En menos de seis, concibió un hijo varón.

El nacimiento del niño, que ella llamó Rory por el padre que no había llegado a conocer, lo cambió todo. El señor lloró y besó al bebé en la cabeza mientras este chillaba y berreaba. Llevó flores a Alice, las flores de Pascua moradas que florecían en abril por todo el rancho.

La hicieron sentirse como en casa, y la esperanza se le clavó como un puñal oxidado.

¿Era esa su casa?

Él no le quitó al niño, sino que le llevó leche, verduras frescas, incluso un

bistec. Para que su leche fuera nutritiva y saludable, decía.

La surtió de pañales, toallitas y crema para bebés, una bañera de plástico y jabón para recién nacidos. Cuando ella le preguntó, con cautela, si el bebé podía tener toallas más suaves, él se las proporcionó, y también un móvil en forma de arco y con animales que emitía una canción de cuna.

Durante meses no la golpeó ni la forzó. El bebé era su salvación, pues la libraba de las palizas y violaciones y le daba una razón para vivir.

Le infundía valor para pedir más.

Él bajaba a ver al niño, a llevarle provisiones, tres veces al día. Había añadido la comida de mediodía después de que Rory naciera. Alice había aprendido a estimar en qué hora del día estaba a partir de sus visitas.

Preparada para la visita del desayuno, amamantó al niño, lo lavó, lo vistió. Había dado sus primeros pasos la noche anterior, y ella había llorado de orgullo.

Una nueva esperanza ardía en su seno. El señor vería andar a su hijo por primera vez, les permitiría ir arriba, le permitiría sacar al niño fuera de casa, pasear al sol.

Y ella reconocería el terreno. Empezaría a pensar en cómo escapar con su hijo.

Su hijo, su tesoro, su salvación y alegría, no crecería en un sótano.

Se lavó y se cepilló el pelo, que ya tenía de color castaño y le llegaba por debajo de los hombros.

Cuando él bajó la escalera con un plato de huevos poco hechos y un par de lonchas de beicon pasadas, ella estaba sentada en su silla, haciendo el caballito al niño.

—Gracias, señor.

—Asegúrate de comértelo todo. Quien guarda, halla.

—Lo haré, se lo prometo. Pero tengo una sorpresa para usted. —Puso a

Rory de pie en el suelo, apoyado en sus regordetas piernecillas, y lo besó en la coronilla. Él se agarró a sus dedos un momento, pero enseguida se soltó y dio cuatro vacilantes pasos antes de sentarse en el suelo.

—Ya anda —dijo el señor en voz baja.

—Creo que ha aprendido antes de lo normal; es tan listo y dulce... —Alice contuvo la respiración cuando el señor se acercó a Rory y volvió a ponerlo de pie.

Y Rory, moviendo las manos, se rio mientras daba unos cuantos pasos, torpes.

—Empezará a correr antes de que usted se dé cuenta —dijo Alice, obligándose a adoptar un tono alegre—. Los niños necesitan correr. Convendría que tuviera más espacio, cuando usted lo considere oportuno — se apresuró a añadir cuando el señor dirigió sus duros ojos oscuros hacia ella —. Que le diera el sol. Hay... hay vitaminas en la luz del sol.

Él no dijo nada, sino que se inclinó y agarró al niño. Rory tiró de la descuidada barba que el señor se había dejado en los últimos meses.

Cada vez que él tocaba al niño la mataba. El terror y la desesperación le atenazaban el estómago. Pero se obligó a sonreír mientras se levantaba.

—Compartiré el desayuno con él. Le gustan los huevos.

—Tu deber es darle leche materna.

—Oh, sí, y lo hago, pero también le gustan los alimentos sólidos. En trocitos. Tiene cinco dientes y está saliéndole otro. ¿Señor? Me estoy acordando de lo que mi madre decía de tomar el aire y de lo necesario que es para estar sano, crecer fuerte. Si pudiéramos salir, tomar el aire, aunque solo fuera unos minutos.

La cara de él mientras sostenía al niño adquirió una expresión pétrea.

—¿Qué te he dicho al respecto?

—Sí, señor. Solo intento ser una buena madre para... nuestro hijo. El aire

puro es bueno para él y para mi leche.

—Cómete eso. Si le salen más dientes, le traeré algo para que lo muerda. Haz lo que te digo, Esther, o tendré que recordarte cuál es tu sitio.

Ella comió y no dijo nada más, se obligó a esperar una semana. Una semana completa antes de que se lo volviera a pedir.

Pero al cabo de tres días, cuando ella había cenado y amamantado al niño, el señor volvió a bajar la escalera.

Y la dejó atónita cuando le enseñó la llave del grillete.

—Escucha bien lo que voy a decirte. Te sacaré de casa, diez minutos, ni un segundo más.

Ella se estremeció cuando el oxidado puñal de la esperanza le desgarró el corazón.

—Intenta gritar y te parto la boca. Levántate.

Dócil, cabizbaja para que el señor no viera la esperanza que le brillaba en los ojos, se levantó. Pero la esperanza se desvaneció cuando le puso una soga al cuello.

—Por favor, no lo haga. El niño.

—Cállate. Si intentas escapar, te romperé el cuello. Haz lo que te digo y puede que te deje salir a tomar el aire una vez a la semana. Si no me obedeces, te molere a palos.

—Sí, señor.

El corazón se le estremeció cuando él insertó la llave en la cerradura y, por primera vez en cuatro años, el pesado grillete dejó de ceñirle el tobillo.

Se le escapó un gemido quedo y gutural, de animal dolorido, cuando vio la tierna cicatriz roja que le rodeaba el tobillo.

Los ojos del señor brillaban como lunas negras.

—Te estoy haciendo un regalo, Esther. No hagas que me arrepienta.

Cuando la empujó, ella dio su primer paso sin el grillete, seguido de otro,

oscilante, cojeando y arrastrando un pie.

Estrechó a Rory contra su pecho y subió la escalera con esfuerzo.

¿Correr?, pensó mientras el corazón tembloroso se le encogía. A duras penas podía andar.

Él tiró de la soga desde lo alto de la escalera.

—Obedece, Esther.

Abrió la puerta.

Ella vio una cocina con el suelo amarillento, un fregadero de hierro colado empotrado en la pared, con un escurridor lleno de platos al lado. Una nevera no más alta que ella y una cocina de dos fogones.

Olía a grasa.

Pero había una ventana sobre el fregadero, y por ella divisó los últimos vestigios de la luz del día. El mundo. Vio el mundo.

Árboles. Cielo.

Intentó prestar atención, tomar una fotografía mental. El viejo sofá, una sola mesa y una lámpara, un televisor como los que había visto en fotografías: una especie de caja con... una antena que parecía dos orejas de conejo, recordó.

Un suelo de madera, paredes desnudas, paredes de troncos, una chimenea pequeña y vacía hecha con ladrillos de distintos tipos.

El señor la empujó hacia la puerta.

Cuántos cerrojos, pensó. ¿Por qué necesitaba tantos cerrojos?

El señor los abrió, uno a uno.

Todo —sus planes, sus esperanzas, su dolor, su miedo— se desvaneció cuando salió al porche corto y alabeado.

La luz, oh, la luz. Solo un resquicio del sol poniente ocultándose detrás de las montañas. Solo un resquicio de rojo perfilando los picos. El olor a pino y a tierra, la sensación del aire acariciándole la cara. Cálido aire de verano.

La rodeaban árboles, con un trozo de tierra removida donde había plantadas hortalizas. Vio la vieja camioneta, la misma a la que ella había sido tan tonta de subir, una lavadora vieja, un arado, un portillo para ganado cerrado con una cerca de alambre de espino que rodeaba lo que alcanzaba a ver de la cabaña.

Cuando se disponía a bajar del porche, maravillada, el señor se lo impidió tirando de la soga.

—Ya es suficiente. El aire es el mismo aquí que ahí.

Ella alzó la cara con lágrimas de felicidad y asombro rodándole por las mejillas.

—Oh, están saliendo las estrellas. Mira, Rory, mira, hijito mío. Mira las estrellas.

Intentó subirle la cabecita con el dedo, pero el niño se limitó a cogérselo e intentó mordisquearlo.

Eso la hizo reír, besarle la coronilla.

—Escucha, escucha. ¿Oyes la lechuza? ¿Oyes la brisa que sopla entre los árboles? Es hermoso, ¿verdad? Todo es hermosísimo.

Mientras Rory balbuceaba y le mordisqueaba el dedo, Alice intentó verlo todo a la vez, asimilarlo todo.

—Ya es suficiente. Vuelve a entrar.

—Oh, pero...

La soga se le clavó en el cuello.

—He dicho diez minutos, no más.

Una vez a la semana, recordó Alice. Él también había dicho una vez a la semana. Entró sin rechistar, y entonces vio la escopeta en un estante sobre la chimenea vacía.

¿Estaba cargada?

Un día, Dios lo quisiera, un día intentaría averiguarlo.

Volvió a bajar la escalera renqueando, asombrada de que los diez minutos la hubieran dejado emocionada y también agotada.

—Gracias, señor. —No pensó, tampoco podía, qué significaba que las humildes palabras ya no le quemaran en la garganta como antes—. Rory va a dormir mejor esta noche después de respirar aire puro. Mire, ya se le están cerrando los ojos.

—Acuéstalo.

—Antes debería darle el pecho y cambiarlo.

—Acuéstalo. Si se despierta, hazlo.

Alice lo dejó en la cuna. Él apenas protestó, y se calmó cuando ella le dibujó suaves círculos en la espalda.

—¿Lo ve? ¿Ve qué bien le ha ido?

Una vez más, mantuvo la cabeza gacha.

—¿He hecho todo lo que me ha pedido?

—Sí.

—¿De verdad podemos salir una vez a la semana?

—Si sigues haciendo lo que yo te digo, ya veremos. Si me demuestras que estás agradecida por lo que te doy.

—Lo haré.

—Demuéstrame que estás agradecida ahora.

Sin levantar la cabeza, Alice cerró fuerte los ojos.

—Has tenido tiempo de sobra para recuperarte después de parir al niño. Y él ya come alimentos sólidos, así que ya no necesita tu leche igual que antes. Es hora de que cumplas con tus deberes de esposa.

Sin decir nada, Alice se dirigió a la cama plegable, se quitó el holgado vestido por la cabeza y se tendió.

—Se te han puesto las carnes flojas —dijo él mientras se desvestía. Se

inclinó sobre ella y le pellizcó los pezones, el vientre—. Puedo pasarlo por alto —añadió, y se colocó encima.

Olía a jabón barato y a grasa de cocina, y los ojos le ardían con esa luz perversa que ella conocía demasiado bien.

—Sé cumplir con mi deber. ¿Notas mi verga, Esther?

—Sí, señor.

—Di: «Quiero que mi esposo utilice su verga para dominarme». ¡Dilo!

Ella no lloró. ¿Qué importaban las palabras?

—Quiero que mi esposo utilice su verga para dominarme.

Él la embistió. Ay, dolía, dolía mucho.

—Di: «Toma lo que quieras de mí, pues yo soy tu esposa y tu sierva».

Alice pronunció las palabras mientras él arremetía y gruñía, mientras la cara se le crispaba con horrendo placer.

Cerró los ojos y pensó en los árboles y el aire, en los últimos rayos de sol y las estrellas.

Él mantuvo su palabra, de manera que ella subió la escalera y salió al porche una vez a la semana.

Cuando el niño cumplió un año, Alice se armó de valor y le preguntó si dejaba que le preparara una buena cena para corresponderle por su bondad. Para celebrar el cumpleaños de Rory.

Si podía convencerlo y demostrarle que era obediente, quizá consiguiera hacerse con la escopeta.

El señor bajó con su cena, cogió al niño en brazos como de costumbre.

Pero esa vez, sin decir una palabra, se lo llevó a la escalera.

—¿Salimos?

—Cómete lo que te he traído.

El miedo le volvió la voz más aguda.

—¿Adónde se lleva al niño?

—Ya va siendo hora de destetarlo. De que pase más tiempo con su padre.

—No, por favor, no. He hecho todo lo que me ha dicho. Soy su madre. Hoy no le he dado de mamar. Déjeme...

Él se detuvo en la escalera, fuera de su alcance.

—Tengo una vaca. Tomará mucha leche. Si haces lo que yo digo, subirás a sentarte fuera una vez a la semana. Si no lo haces, no saldrás.

Alice cayó de rodillas.

—Haré lo que sea. Lo que sea. Por favor, no me lo quite.

—Los bebés se hacen niños, y los niños, hombres. Es hora de que conozca mejor a su padre.

Cuando cerró la puerta y echó los cerrojos, Alice se levantó temblando. Algo se quebró en su interior. Pudo oírlo, como el crujido de una rama seca dentro de su cabeza.

Fue hasta la silla y se sentó; juntó los brazos, los movió.

—Chis, cariño. Chis. —Y, sonriendo, cantó una nana a sus brazos vacíos.

En la actualidad

Más que preparada para irse a casa, Bodine lo hizo cuando la puesta de sol lo teñía todo con sus vibrantes colores. Marcharse antes de lo habitual le parecía justificado, sabiendo que en casa se concentraría mejor en los informes, las hojas de cálculo y los horarios. Sencillamente, no podía cargar con más dolor, además del suyo, sin derrumbarse.

Echó a andar bajo un cielo salpicado de tonalidades rojas, moradas y doradas, y vio a Callen con los caballos, entreteniendo a un matrimonio joven y a su hijo pequeño, que estaba loco de contento.

—¡Caballito, caballito, caballito! —repetía, bamboleándose en la cadera de

su madre, estirándose para dar manotazos en el cuello a Atardecer.

Vio que Callen charlaba en voz baja con el padre y, después, que el padre susurraba a la madre algo que la inducía a negar de inmediato con la cabeza, morderse el labio y quedarse mirando a Callen.

—La decisión es suya —dijo él—. Pero prometo que este es como un corderito.

—Vamos, Kasey. No le pasará nada. —El padre, que ya sonreía, sacó el móvil.

—Solo subirlo al caballo. Solo subirlo —insistió Kasey.

—Entendido. —Callen montó, un movimiento que el niño aplaudió como si hubiera ejecutado un truco de magia—. ¿Quieres subir, socio?

En cuanto Callen extendió los brazos, el niño habría saltado a ellos sin dudarlos. Con sentimientos encontrados, la madre se lo dio, y después se llevó las manos al pecho al ver al pequeño chillando de alegría delante de ella.

—¡Caballito! ¡Monto caballito!

—Sonríe a tu padre para que pueda sacarte una foto.

—¡Monto caballito, papá!

—Claro que sí, Ricky. Claro que sí.

—¡Ale! —gritó Ricky.

Atardecer volvió la cabeza y miró a Callen con lo que Bodine interpretó que solo podía ser una sonrisa guasona.

—¡Ale, caballito! —Ricky se volvió y miró a Callen con aire suplicante—. ¡Ale!

—Oh, Dios mío. —Kasey suspiró—. Quizá, que ande solo unos cuantos pasos. ¿Le parece bien?

—Claro.

—Kasey, hazle fotos. Yo voy a filmarlo. Es genial.

—Pon la mano aquí. —Callen cogió la mano derecha del niño y se la puso

en las riendas por encima de la suya—. Di: «Arre, Atardecer».

—¡Ale, Zadercer!

Cuando Atardecer echó a andar, el niño dejó de chillar. Por un instante, su dulce carita manifestó estupefacción, los ojos se le llenaron de asombro y felicidad.

—Mamá, mamá, mamá, ¡monto caballito!

Callen dio un par de vueltas con Atardecer a paso lento, mientras el niño brincaba en la silla, sonreía, e incluso se reía a carcajadas mirando el cielo. En la última vuelta, Callen hizo un rápido guiño a Bodine.

—Tenemos que decir *adiós*, socio.

—¡Más, más, más! —insistió Ricky cuando Callen empezó a levantarlo de la silla de montar.

—Es suficiente por hoy, Ricky. El caballito tiene que irse a casa. — Cuando Kasey alzó los brazos, Ricky se apartó.

—Ahora eres un auténtico vaquero, Ricky —dijo Callen—. Los auténticos vaqueros siempre hacen caso a sus madres. Es el código de los vaqueros.

—Zoy un vaquero. —Sin muchas ganas, Ricky fue con su madre—. Besar caballito.

—A Atardecer le gustan los besos.

Ricky le dio unos cuantos besos babosos en el cuello y luego señaló al paciente Leo.

—Besar caballito.

—A Leo también le gustan los besos. —Bodine se acercó—. A algunos caballos les da vergüenza que los besen, pero a estos dos no.

Kasey cambió de postura para que Ricky pudiera pegar los labios al cuello de Leo.

—Monto este caballito. Por favor. Ahora. Por favor.

—Ahora tengo que llevarlo a casa y darle de cenar. Pero... ¿van a estar

aquí mañana?

—Dos días más —respondió el padre.

—Si mañana traen a Ricky al Centro de Actividades, veremos qué podemos hacer.

—Lo haremos. ¿Has oído, Ricky? Mañana vas a ver más caballos. Dale las gracias al señor Skinner —le ordenó su padre.

—¡Gracias! Gracias, vaquero. Gracias, caballito.

—Cuando quieras, socio.

Bodine montó y dio la vuelta a Leo.

—*Adiós* —dijo Callen en español, tocándose el borde de la gorra mientras se alejaban a caballo.

—*Adiós* —repitió Bodine.

—Hay que actuar de cara a la galería.

—Me abstendré de mencionar el seguro, lo que cubre y lo que no.

—Bien. No lo hagas.

—No lo haré. Solo diré que esto es justo lo que busco, ese interés, tener a los caballos en el Pueblo Bodine de vez en cuando. Y por qué va a dar resultado ofrecer un numerito para los niños y las familias. No esperaba que estuvieras aquí, con los caballos.

—He llamado. El recepcionista me ha dicho que salías alrededor de las cinco.

—Venían a buscarme para llevarme a casa. Lo he cancelado mientras tú le estabas dando al pequeño Ricky el mejor momento de su vida. Lo agradezco. Lo agradezco porque ha sido un antídoto inesperado para un día espantoso.

Callen la miró fijamente.

—Lo has aguantado.

—Y aguantaré mañana. Te aviso: Garrett Clintok ha intentado buscarte problemas.

—Ya lo sé.

—Ha tergiversado mis palabras. Quiero que sepas que ha tergiversado mis palabras. Yo nunca he dicho...

—Bo. —Callen la interrumpió antes de que ella se pusiera a despotricar—. No necesitas justificarte.

—Necesito decirlo. No he dicho cosas que él ha dicho que he dicho, y me cabrea que haya intentado utilizarme, y aún peor, mucho peor, que haya utilizado a Billy Jean para crearte problemas. Lo he aclarado con el sheriff Tate, pero si...

—Tate sabe cuál es la situación. No tengo ningún problema con el sheriff. Los ojos de Bodine echaban fuego.

—Porque el sheriff no es idiota, pero me cabrea. Me cabrea, y Clintok me va a oír la próxima vez que lo vea.

—Déjalo estar.

—¿Que lo deje estar? —Sorprendida, indignada, Bodine se volvió en la silla de montar—. Yo no dejo estar las cosas con mentirosos y mantones. Con gente que dice que he dicho lo que no he dicho. Con gente que pilla desprevenidos a mi hermano y a su amigo, y pide que le sujeten al amigo para molerlo a palos.

Callen mandó detenerse a Atardecer.

—¿Dónde has oído eso?

—Chase nos lo ha contado hoy, y debería haber...

—Ha roto un juramento con saliva. —Con el aspecto de un hombre defraudado, Callen negó con la cabeza y reanudó la marcha.

—Te diré que he estado a punto de estallar cuando lo ha explicado, porque sé que los juramentos con saliva son sagrados. Para los críos de doce años.

—La edad no tiene nada que ver con eso. Un juramento es un juramento. Y el pasado, pasado está.

Hombres, pensó Bodine. ¿Cómo podía haber crecido rodeada de ellos y que siguieran poniéndole de los nervios?

—Puedes despellejar a Chase por salir en tu defensa, por aportar pruebas de que Garrett Clintok es una víbora, si lo prefieres. Pero si el dichoso pasado fuera eso mismo, pasado, Clintok no seguiría intentando tenderte emboscadas.

—Eso sería problema suyo, no mío.

—Oh, por... —Exasperada por su actitud racional, Bodine puso a Leo a medio galope.

Callen la alcanzó sin esfuerzo y no pareció que fuera a dejar la razón a un lado.

—No entiendo por qué estás cabreada conmigo.

—Oh, cállate, joder. Hombres. —Llevada por el enfado, Bodine echó a galopar.

—Mujeres —masculló Callen, y dejó que se tomara la distancia que necesitaba, aunque no la perdió de vista ni un solo momento hasta que llegaron al rancho.

Su intención no había sido matarla. Cuando lo analizó bien, cuando lo pensó a fondo, comprendió que en realidad se había matado ella.

No debería haber empezado a correr de esa manera. No debería haber intentado gritar como lo había hecho. Si no hubiera intentado darle patadas, él no habría tenido que empujarla. Ella no se habría caído al suelo con tanta fuerza, no se habría dado un golpe tan violento en la cabeza.

Si lo hubiera acompañado sin armar jaleo, él se la habría llevado a casa, y ella estaría perfectamente.

¿Su error? No tumbarla de un tortazo nada más verla. Tumbarla sin más y

subirla a la camioneta. Antes había querido catarla, eso era todo. Para asegurarse de que le convenía.

Necesitaba una esposa en edad de tener hijos. Una mujer joven y guapa que le hiciera pasar un buen rato y le diera hijos varones fuertes.

Quizá se había precipitado eligiéndola, pero, desde luego, había querido darse el gusto.

Lo demás lo había hecho bien, se recordó. Había extraído la gasolina del depósito de su coche con el sifón y había dejado la justa para alejarla del centro de trabajo. La había seguido con los faros apagados y había acudido en su auxilio al ver que el coche se le paraba.

Había conseguido que bajara sin problemas, actuando con educación y amabilidad.

Después se había emocionado demasiado; ahí era donde había metido la pata. No debería haberla agarrado ni intentado forzarla. Debería haber esperado para eso.

Había aprendido la lección.

La próxima vez, la tumbaría, la ataría y se la llevaría a la cabaña. Así de fácil.

Tenía muchas mujeres guapas entre las que escoger. Se tomaría su tiempo antes de decidirse. La camarera era bastante guapa, pero las había visto más guapas. Y, pensándolo bien, quizá fuera mayor de lo que él quería. No le quedaban tantos años para tener hijos, lo cual era la función de una mujer en la vida.

Más joven y guapa; además, la que se había matado bien podría haber sido una puta, considerando que trabajaba en un bar. Podría haber tenido alguna enfermedad contagiosa.

Le convenía más no haberse acostado con ella.

Encontraría a la mujer adecuada. Joven, muy guapa... y, por supuesto,

limpia.

La elegiría, esperaría el momento propicio, la ataría y se la llevaría a la cabaña. Tenía su habitación lista para ella. La adiestraría bien, le enseñaría lo que muchas olvidaban. Las mujeres fueron creadas para servir a los hombres, para someterse y obedecer, para tener hijos.

No le importaría castigarla. El castigo era su responsabilidad, además de su derecho.

Y plantaría su simiente en su vientre. Y ella sería fecunda y alumbraría a hijos varones. O él encontraría una que lo hiciera.

Eso podía requerir paciencia, planificación.

Pero no significaba que no pudiera buscarse a otra mientras tanto para pasar un buen rato.

En la cabaña, en su habitación, pasó una mano por la Biblia de la mesilla. Después, la metió debajo del colchón y sacó una revista porno.

Casi todas las mujeres eran unas putas y unas marranas, él lo sabía. Exhibiéndose, tentando a los hombres para que pecaran. Se humedeció un dedo con la lengua, volvió una página, se sintió virtuoso mientras se le ponía dura.

No veía ninguna buena razón para no aceptar la invitación de una mujer que se exhibía ante él de esa manera mientras no encontraba a la esposa adecuada.

9

Cuatro días después de la muerte de Billy Jean, declarada homicidio, Bodine fue a Helena para asistir al funeral.

Justo al día siguiente estaba en la primera planta del Molino escuchando melodías de Tim McGraw, Carrie Underwood y Keith Urban —los cantantes favoritos de Billy Jean— como música de fondo mientras los asistentes presentaban sus respetos.

Concedía a Jessica todo el mérito de haber creado el ambiente adecuado. Había fotografías de Billy Jean —sola en algunas, con amigos en otras— distribuidas por toda la sala en sencillos marcos de hierro. Flores, explosiones de color, surgían de botellas de leche y tarros de cristal. En una mesa alargada cubierta por un hule había una variedad de comida sencilla e informal: embutidos, pollo frito, macarrones con queso, pan de maíz.

Nada selecto ni lujoso, y todo invitaba a sentirse a gusto.

Los asistentes podían acercarse al micrófono del escenario y decir unas palabras, o contar una anécdota sobre Billy Jean. Algunas de ellas hicieron saltar las lágrimas, pero lo que más provocaron fueron risas, tan eficaces para contrarrestar la tristeza.

Algunos de los asistentes llevaron guitarras, violines o banjos, y tocaron una o dos canciones.

Bodine se dispuso a salir con disimulo, pero cambió de idea cuando vio que Chad Ammon entraba e iba derecho al escenario.

La conversación cesó, y volvió a reanudarse entre murmullos. Bodine se quedó donde estaba y echó un vistazo alrededor hasta que localizó a Chase, y ambos se miraron.

Con ese único gesto, ambos convinieron en dejarle hablar, y en abordar cualquier problema que pudiera surgir.

—Sé que muchos de vosotros pensáis que no debería haber venido. —La voz se le quebró un poco—. Si alguien tiene algo que decirme, puede hacerlo cuando yo haya terminado de decir lo mío. No la traté bien. Tendría que haberla tratado mejor.

Alguien gritó: «¡Ni lo dudes!», lo que volvió a provocar murmullos.

—No lo dudo. Era... era una buena persona, una buena amiga. Era amable. Puede que no le bailara el agua a nadie, pero todos podían contar con ella cuando la necesitaban. Ella no pudo contar conmigo. La engañé. Le mentí. Aunque jamás les he levantado la mano ni a ella ni a ninguna otra mujer del mundo, no la traté con respeto. Si hubiera sido mejor hombre, a lo mejor habríamos seguido juntos. Si hubiéramos seguido juntos, a lo mejor ella seguiría aquí. No lo sé. —Le rodaron lágrimas por las mejillas—. No lo sé, nunca lo sabré. Lo único que sé es que una persona amable y buena, una persona que sabía reír, que le gustaba bailar y que confiaba en mí, ya no está. No hay una sola cosa que nadie de aquí pueda decirme que sea peor de lo que yo me digo todos los días. Pero podéis decírmelo. Lo entiendo perfectamente.

Se alejó del micrófono. Pareció que las piernas le temblaban cuando bajó del escenario.

Bodine pensó que tenía dos opciones. Permitir que los murmullos y las pétreas miradas se convirtieran en palabras, y quizá en algo peor, o empezar a sanar la herida.

Avanzó entre la multitud, vio que Chad se detenía y la miraba con la cara

bañada en lágrimas. Prorrumpió en sollozos cuando ella lo rodeó con el brazo.

—Tranquilo, Chad. Ven conmigo. No te culpes por lo que ha ocurrido. Ella no querría que lo hicieras. No era así.

Se aseguró de que la oyeran bien mientras se lo llevaba de la ceremonia camino de la escalera que conducía a la planta baja.

En el denso silencio, Jessica se apresuró a subir al escenario al percatarse de que Bodine había empezado a cambiar las tornas. Intentaría darle un empujoncito.

—Yo no conocía mucho a Billy Jean —dijo—. No trabajo aquí desde hace tanto tiempo como la mayoría de vosotros. Pero recuerdo que, después de mi primera semana, fui a la Cantina. Me sentía a gusto con el trabajo, pero un poco fuera de sitio, puede que echara un poco de menos mi casa. —Se apartó el pelo ondulado de la cara. Se lo había dejado suelto y le llegaba hasta los hombros. Más informal, más cercano, pensó, que llevarlo recogido y alisado—. Quería integrarme —continuó—, así que esa noche fui a la Cantina. Billy Jean estaba en la barra. Le pregunté qué me recomendaba, le dije que acababa de empezar a trabajar aquí.

»Ella me dijo que ya lo sabía, que los camareros de barra se enteran de todo antes o después; por lo general, antes. Me recomendó un margarita de arándanos. Voy a confesaros que no me sonó muy apetecible. —En el escenario, Jessica sonrió al oír risas sofocadas—. Había muchos clientes esa noche, y me fijé en lo fácil que hacía que pareciera su trabajo. En que tenía una sonrisa para todos, aunque estuviera hasta arriba de trabajo. Colocó aquella bebida delante de mí. Yo miré el vaso pensando que por qué demonios le servía arándanos a toda la gente de por aquí. Entonces tomé un sorbo y supe la respuesta. —Volvió a sonreír cuando oyó risas y esperó un momento—. Me bebí mi primer margarita de arándanos. Y luego otro,

sentada a la barra, viendo trabajar a Billy Jean. Cuando ella me sirvió el tercero, le dije que no podía. Tenía que conducir. Solo hasta el Pueblo, pero no podía sentarme al volante con tres copas en el cuerpo. Y ella dijo: «Vamos, cariño, tómatelo y celebra tu primera semana aquí». Y que ella salía en una hora y que me llevaría a casa. Así que me lo bebí, y ella me llevó. No fueron los arándanos lo que hizo que sintiera que empezaba a integrarme. Fue Billy Jean.

Bajó del escenario y calibró la atmósfera emocional de la sala. Tras decidir que las tornas habían cambiado del todo, se dirigió al fondo de la estancia.

—Ha estado bien.

Jessica miró a Chase. No lo había visto acercarse a ella.

—Tu hermana ha hecho lo correcto. Yo solo lo he rematado. Y he contado una verdad como un templo.

—Ha estado bien —repitió él—. Igual que esta ceremonia. Quiero decirte que has dado en el clavo en todo y que quizá la conocías mejor de lo que crees.

—Tenía una idea de cómo era, y he hablado con personas que la conocían bien. —Jessica echó un vistazo general a la sala, las fotografías, las flores, las caras—. Todo esto me ha enseñado un par de cosas. Me habría gustado pasar más tiempo sentada a la barra cuando estaba ella. Y Billy Jean era, todos lo somos, parte de un todo, no solo una empleada de una buena empresa. Bodine me ha dicho que algunos de los que han venido hoy son temporeros y algunos han recorrido más de ciento cincuenta kilómetros para estar aquí. Es lo que hacen las familias. Y esa clase de sensibilidad viene de arriba. Tu familia ha creado ese ambiente, y es de verdad.

—Voy a disculparme.

Jessica clavó en él sus ojos azules, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—No era mi intención hacerte sentir que no formas parte de esto.

—¿Es solo que a ti no te lo parece?

Chase cambió el peso a la otra pierna.

—Me estoy disculpando.

—Y yo debería tener la cortesía de aceptar tus disculpas. Así que lo haré.

Pelillos a la mar. —Jessica le ofreció la mano.

—De acuerdo. —Aunque le pareció diminuta en la suya, Chase se la estrechó—. Tengo que volver, pero...

—Doña Fancy está ahí sentada y Rory llegará de un momento a otro. Puedes irte sin problemas.

—Entonces me..., esto... —Como se había quedado sin palabras, Chase asintió, y escapó de allí.

Camino de la puerta, después de cruzar algunas palabras más con otros asistentes sentados a las mesas dispuestas en la planta baja, vio que Callen se dirigía al Molino.

—No he podido escaparme hasta ahora —dijo.

—Hay tiempo de sobra. Se ha montado un poco de drama cuando Chad ha venido, ha dicho unas palabras.

—¿Ah, sí?

Chase suspiró, conocía muy bien ese tono, y se caló más el sombrero.

—Sigues enfadado.

—Rompiste un juramento.

—Tú no estabas presente. Siento haberme dejado llevar por mi genio, pero así fue. Y ya está hecho. Si quieres que estemos empatados, te doy permiso para que rompas el juramento que hicimos la vez que metí whisky en una botella de Coca-Cola y la saqué de casa a escondidas, y los dos quisimos bebérnosla en el campamento y acabamos vomitando hasta la primera papilla.

—Tú vomitaste más.

—Puede. Tú vomitaste lo tuyo. Puedes contarlo si así quedamos en paz.

Reflexionando, Callen se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros.

—Decidir qué puedo contar no nos deja empatados. Debería poder decidirlo yo.

Como no podía discutírselo, Chase miró hacia las montañas con el ceño fruncido.

—Pues adelante. Decídelo tú y acabemos con esto.

—A lo mejor cuento cómo perdiste la virginidad cuando Brenna Abbott te engatusó para llevarte al pajar cuando tu hermana celebraba su decimotercer cumpleaños.

Chase hizo una mueca. Puede que no estuviera muy orgulloso de eso, teniendo en cuenta que toda su familia y unas cincuenta personas más estaban a un tiro de piedra, pero había sido un momento importante de su vida.

—Si eso lo arregla...

De pie, apoyando todo su peso en un costado, Callen contempló las montañas junto a su amigo, escuchando la música y las voces del Molino.

—Joder, con eso solo conseguiría sentirme como un capullo y que tú dejaras de sentirte igual. Prefiero que te sientas como un capullo durante un tiempo más. Por cierto, ¿qué fue de Brenna Abbott?

—Lo último que supe era que vivía en Seattle. O quizá en Portland.

—Qué rápido olvidamos. Bueno, pelillos a la mar —dijo Callen, ofreciéndole la mano.

Chase se quedó mirándolo y soltó una risotada.

—Es la segunda vez en menos de diez minutos que alguien me dice eso. Debo de estar tomando por costumbre meter la pata.

—No, por costumbre no. Solo ha sido un desliz.

—Tengo otra cosa que decirte. Si Clintok empieza algo, ven a buscarme

antes de terminarlo tú.

—Clintok no me preocupa.

—Ven a buscarme —repitió Chase; luego se escupió en la palma y alargó la mano.

—Hostia. —Conmovido, divertido, y esforzándose por no pensar en el comentario de Bodine sobre los críos de doce años, Callen alargó la suya para estrechársela.

—Pues vale. Tengo que volver. —Chase se alejó sin prisas.

Limpiándose la mano en los vaqueros, Callen entró para presentar sus respetos a la fallecida.

Bodine no estaría entre los mejores cocineros del mundo. Puede que ni siquiera entre el cincuenta por ciento de los mejores. Pero el día de Acción de Gracias cumplía con su deber.

Picaba, pelaba, removía, batía. Y siguiendo una tradición establecida hacía años, se quejaba de que ninguno de sus hermanos hiciera su parte.

—No es nada justo. —Con su placidez habitual, Maureen untaba el pavo—. Pero tú sabes tan bien como yo que no hay un solo hombre en esta casa que no sea un estorbo en la cocina. Clementine y yo hicimos todo lo posible por enseñarles, igual que te enseñamos a ti, pero Rory sería capaz de quemar el agua y Chase es como un elefante en una cacharrería.

—Lo hacen a propósito —protestó Bodine mientras Cora y ella pelaban una montaña de patatas.

—Bueno, cariño, lo sé, pero las consecuencias son las mismas. Abuela, ¿puedes echar un vistazo a este jamón?

Doña Fancy, con un delantal que rezaba: LAS MUJERES, COMO EL VINO, MEJORAN CON LA EDAD, miró en el horno inferior, y asintió.

—Yo diría que ya es hora de que prepare el glaseado. No te sulfures, Bodine. Tienes a los hombres ahí fuera asando la carne a la parrilla. Y van a llevar el segundo pavo con todas las guarniciones a los mozos del barracón. Prefiero no tenerlos aquí, agobiándome.

—Me gustan los olores y los ruidos de una cocina en Acción de Gracias —añadió Cora mientras pelaba otra patata—. ¿Te acuerdas, Reenie, de que siempre hacía masa para tartas de sobra y dejaba que Alice y tú... —No terminó la frase, suspiró—. En fin.

—Me acuerdo, mamá.

Maureen habló con rapidez, y se volvió para remover sin necesidad una olla puesta al fuego.

—No voy a ponerme sensiblera —dijo Cora—. Me gusta pensar que Alice también está disfrutando hoy de los olores y los ruidos de Acción de Gracias. Que ha encontrado lo que fuera que buscaba y que nosotros no podíamos darle.

Doña Fancy abrió la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato. Bodine tuvo la prudencia de no decir nada. En las poquísimas ocasiones en las que el nombre de la hermana de su madre se mencionaba, las abuelas parecían atrincherarse en bandos contrarios. Una estaba cargada de tristeza; la otra, de resentimiento. Su madre se sumaba al bando del resentimiento.

—Creo que las cocineras nos merecemos una copa de vino. —Maureen se dirigió a un armario y sacó copas—. Me juego un brazo a que los hombres ya se habrán trincado más de una cerveza. Bodine, lava esas patatas y pongámoslas a hervir. Mamá, estos boniatos ya parecen listos para que obres tu magia.

—Solo me queda un par por pelar.

Maureen dejó las copas, dio a su abuela un rápido apretón en la mano. En respuesta, doña Fancy se encogió de hombros.

—¿Creéis que no sé lo que estáis pensando? —preguntó Cora—. No empecéis a poner os condescendientes conmigo.

Bodine dio un respingo al oír el timbre.

—Es la puerta.

Aliviada, corrió hasta el recibidor. Al abrir, vio a Jessica y dijo:

—Genial.

—Bueno, gracias. Y gracias por invitarme.

—Pasa. ¿Cuándo ha empezado a nevar? No estaba prestando atención, inmersa en mis tareas culinarias y en un fantasma familiar. —Le indicó que entrara y se hizo a un lado—. Puedes sumarte a lo primero y ayudar a exorcizar lo segundo con tu mera presencia. No tenías que traer nada —añadió, señalando con la cabeza la caja para tartas que Jessica llevaba.

—«Tener que» implica obligación. «Tener el gusto» indica gratitud.

—Gracias en ambos casos. Dame el abrigo.

Después de cambiarse la caja de mano, Jessica se quitó el abrigo y la bufanda mientras contemplaba la entrada.

—Esto es fabuloso. Me encantan los techos con vigas de madera, el suelo de tablones y, oh, la chimenea.

—Había olvidado que es la primera vez que vienes. Tendremos que enseñarte la casa.

—Me encantaría.

Con su sencillo vestido azul, Jessica dio unos cuantos pasos por el salón.

—¡Y las vistas!

—Nos vuelven locos. También son bastante impresionantes desde la cocina. Ven a la parte de atrás. Te serviré una copa.

La casa era como un laberinto y fascinó a Jessica. Tenía un ambiente acogedor y un estilo informal. Mucha madera y piel, observó, muchas obras y objetos de arte del Oeste entremezclados con piezas de cristal irlandés y

cerámica de Belleek. Ventanas con amplios marcos cuadrados y sin cortinas para ver bien los prados, el cielo, las montañas.

Se detuvo delante de una habitación con un voluminoso escritorio antiguo y señaló la pared.

—¿Es un... portabebés?

—Un portabebés indígena —explicó Bodine—. Es el portabebés del abuelo de mi padre.

—Es maravilloso, y envidiable, poseer un legado familiar tan antiguo, en ambas ramas, y tener objetos como este, la conexión tangible.

—Somos un rompecabezas de etnias. —Bodine la llevó a la parte de atrás—. Mirad a quién traigo conmigo.

—Jessie. Me alegro de verte. —Maureen se despegó de los fogones para recibir a Jessica con un abrazo—. Tú siempre guapa.

—No te vendría mal ponerte un vestido bonito de vez en cuando, Bodine —opinó doña Fancy mientras removía el glaseado para el jamón.

—Gracias —masculló Bodine dirigiéndose a Jessica—. ¿Qué te apetece tomar?

—Lo que estéis tomando vosotras. —Jessica dejó la caja en la encimera—. ¿En qué puedo ayudar?

—Primero el vino —dictaminó Maureen—. ¿Qué nos has traído?

—Es *ptichye moloko*.

—No estoy segura de poder pronunciarlo, así que voy a echarle una miradita.

Cora se acercó y levantó la tapa.

—¡Oh, es espléndido!

—Es un postre ruso, tarta de leche de pájaro, aunque no se hace con leche de pájaro. Mi abuela siempre lo preparaba en ocasiones especiales.

Bodine le ofreció una copa de vino, y examinó el liso glaseado de crema

chantilly espolvoreado con chocolate de una forma muy artística.

—¿Lo has hecho tú?

—Me gusta la repostería. No me divierte mucho hacer pasteles para mí sola, así que esto ha sido un lujo.

—Voy a sacar el soporte elegante para tartas y pondré este pastel en el bufet de postres junto con los pasteles y el dulce de bizcocho borracho de mamá. —Maureen se apresuró al comedor a coger el soporte para tartas—. Siéntate a beberte el vino, Jessie —dijo.

—Lo haré si me pones un utensilio de cocina en la mano.

—Pon a la muchacha a trabajar —ordenó doña Fancy—. Los hombres invadirán la cocina dentro de nada y solo harán que estorbarnos.

Para Jessica, participar en una reunión de una familia tan grande era fascinante. La interacción y la dinámica de las cuatro generaciones de mujeres, con algunos papeles asignados de forma flexible —Bo, tráeme eso; mamá, prueba esto— y otros celosamente custodiados.

Doña Fancy asaba el jamón al horno mientras Maureen se ocupaba del pavo. La carne guisada era competencia exclusiva de Cora.

Cualquiera que fuera el fantasma familiar al que Bodine se había referido, parecía haberse esfumado, pues las mujeres trabajaban en relajada armonía y con mucho cariño. Aunque Jessica no podía imaginarse preparando alguna vez una cacerola entera de carne guisada, Cora le dio consejos sobre cómo hacerlo. Y Jessica pensó en las horas que ella misma había pasado en la cocina con su abuela.

—Pareces un poco melancólica. —Cora habló en voz baja—. ¿Echas de menos a tu familia?

—Estaba pensando en mi abuela, en cómo me enseñó a cocinar, a apreciar lo creativo que es.

—¿Vive en el Este? Quizá pueda venir a quedarse un tiempo.

—Murió el invierno pasado.

—Oh, cariño, lo siento mucho. —De forma instintiva, Cora le pasó un brazo por los hombros mientras removía la carne con la otra mano—. ¿Te enseñó ella a hacer ese pastel?

—Sí.

—Entonces está aquí de todas formas, ¿no? —Dicho esto, Cora besó a Jessica en la sien.

Chase entró, sorprendido de ver a Jessica con los ojos algo llorosos, y apoyada en su abuela.

Se aclaró la garganta.

—Esto..., estamos listos para llevar el pavo y lo demás al barracón.

Sus palabras provocaron una carrera veloz y férreamente organizada para coger las guarniciones y los postres asignados a los mozos del rancho.

Uno de ellos, un hombre canoso y fornido con el sombrero en las manos, esperaba detrás de Chase.

—Apreciamos mucho toda esta comida tan rica, doña Fancy, señora Cora, señora Reenie, Bo, y...

—Jessica —se presentó ella misma.

—Señora —dijo él—. Aquí huele a gloria. Eh, no levante esa olla tan grande, señora Cora. Ya lo hago yo.

—Tú y los muchachos disfrutad de lo que hay dentro, Hec, y asegúrate de devolver la olla.

—Se la devolveré, pero le aseguro que cuando lo haga no quedará ni pizca de este puré de patatas. Muchísimas gracias. Y feliz Acción de Gracias, señoras.

En cuanto la puerta se cerró tras el mozo, Chase y un montón de comida, Bodine rompió a reír.

—Sigue colado por ti, yaya.

—Ya es suficiente, Bodine Samantha Longbow.

—Llamarme por mi nombre completo no cambia los hechos. Hector está colado por la yaya desde que tengo memoria.

—Tampoco hace tanto que tienes memoria, ¿no? —repuso Cora con aspereza.

—Tengo la suficiente para saber que tendrías novio si le dieras alas.

—Soy demasiado cabezota para un hombre. Y mira quién fue a hablar de novios. ¿Cuándo fue la última vez que saliste con un hombre un sábado por la noche?

Bodine dio un mordisco a uno de los huevos que su bisabuela había rellenado.

—A lo mejor también soy demasiado cabezota.

—Estoy viendo fuera a uno que te quitaría la cabezonería. —Doña Fancy sonrió mirando por la ventana—. Desde luego, ese Callen Skinner tiene lo que hay que tener para que le sienten de miedo unos Levi's.

—¡Abuela!

Doña Fancy se rio y le hizo un guiño con picardía.

—Tengo ojos en la cara, y ni siquiera necesito las gafas desde que me toquetearon los cristalinos cuando me quitaron las cataratas. Sí, señor, veo la mar de bien. Y también oigo bien; por ejemplo, os oigo ir juntos al Centro Ecuestre casi todas las mañanas.

—No hay nada entre nosotros.

—Eso no significa que no pueda haberlo, o que él pueda hacer que lo haya, si te pone en su punto de mira.

—Yo no soy un objetivo —replicó Bodine.

Cora le dio un golpecito en el hombro con el dedo.

—Eso te enseñará a tener cuidado con lo que dices sobre quién está colado por quién.

—Deberíais preguntar a Jessica por qué no sale los sábados por la noche.

—¿Por qué no sales, Jessie? —quiso saber Maureen.

—¿Así, a bocajarro? —le soltó Jessica a Bodine.

—Aquí diríamos «a quemarropa», pero es lo mismo.

Jessica se libró de tener que pensar en una respuesta cuando los hombres entraron en tropel y, tal como se había pronosticado, resultaron un estorbo.

Fuera de un evento, Jessica jamás había visto tanta comida. Además del pavo tradicional, había jamón y ternera, patatas en puré y estofadas, un mar de carne guisada, batatas al vino y confitadas, el relleno del pavo servido aparte, montañas de verduras y ensaladas, compota de manzana recién hecha, salsa de arándanos, bollos y panecillos de masa madre acabados de sacar del horno.

Junto con la comida y la bebida, la conversación fluyó sin trabas. Jessica se fijó en que el tema de Billy Jean se quedaba fuera de la mesa de Acción de Gracias, y solo podía estar agradecida. No pasaba un día en el trabajo sin especulaciones, preguntas. La cena le parecía una tregua.

Sentada entre Chase y Callen, probó el jamón.

—Ten cuidado con esas rodajas de carne de tu plato —le advirtió Callen—. No te quedará sitio para el postre.

—Aquí hay demasiado para comerse más de una rodaja. ¿Dónde vas a encontrar sitio tú? —Señaló su plato, mucho más lleno.

—La tarta de manzana de la señora Maureen es inigualable. He soñado con ella todos los días de Acción de Gracias que no he estado sentado a esta mesa.

Así pues, pensó Jessica, para él era una tradición pasar el día de Acción de Gracias con esta familia en vez de con la suya. Tomó nota.

—Supongo que lo quemas trabajando. No pude ir a ver tu espectáculo el sábado pasado, pero he oído que tu caballo y tú causasteis sensación.

—Nos divertimos bastante haciéndolo.

—La próxima vez quiero tomar algunas fotos.

Bodine se asomó por el otro lado de Callen y después se volvió para hacer un gesto a Rory, que estaba sentado enfrente.

—Deberíamos poner una o dos en la web. Yo vi parte. Atardecer se metió a la gente en el bolsillo. Tú tampoco lo hiciste mal —dijo a Callen.

—Él me ha enseñado todo lo que sé.

—El caballo más listo que he visto nunca —intervino Sam—. No me sorprendería si un día me dice «Hola, Sam» cuando pase por delante de su caseta.

—Estamos trabajando en ello —repuso Callen.

—Tendré que conocer a esa maravilla de caballo. —Jessica probó el puré de patatas.

—Se pondría muy contento. Le gustan las mujeres guapas. Sobre todo las que le llevan una zanahoria.

Bodine se volvió ligeramente hacia Callen cuando él la miró.

—Supongo que vas a decir que te lo ha dicho él —apuntó.

—Nos entendemos. Atardecer y yo nos entendemos. ¿Tienes muchas oportunidades de montar, Jessie?

—¿Yo? Oh, no sé montar.

Todas las conversaciones alrededor de la mesa dieron paso al silencio. Y, una vez más, Bodine se asomó por el lado Callen.

—¿Nada de nada?

—No había muchas oportunidades en el Lower Manhattan.

—Pero te has subido a un caballo. Para dar un paseo, por ejemplo —dijo Chase, sorprendido, volviéndose hacia ella.

—La verdad es que no. Nunca me he subido a un caballo.

—¿Cómo es que no lo sabíamos? —preguntó Rory—. ¿Cómo es que no lo

sabíamos?

—Nadie me lo preguntó. —Sintiéndose de repente expuesta, como si hubiera confesado un delito sin darse cuenta, Jessica cogió la copa de vino—. No era un requisito para ocupar el puesto.

—Bueno, lo resolveremos. —Sam cogió otro bollo—. Cora es muy buena profesora. Lo cierto es que todos los de esta mesa podríamos enseñarte lo básico en un periquete. La subiremos a Maybelle, ¿no crees, Bo?

—Maybelle es de lo más mansa y paciente que hay. Abe siempre se la asignaba a los novatos o a la gente nerviosa.

—En serio, no hace falta que os molestéis. Yo no...

—¿Te dan miedo los caballos? —preguntó Chase; lo hizo con tanta dulzura que Jessica notó calor subiéndole por la nuca.

—No. —No, en teoría—. En absoluto —añadió con más firmeza.

—Te sentaremos en una silla de montar —le dijo Sam—. No te preocupes por eso.

Sin saber qué decir, Jessica sonrió y bebió más vino.

No estaba preocupada por eso. A partir de ese momento suponía que no estaría preocupada por casi nada más.

El receso entre la cena y el postre incluía limpiar y escoger entre echar una partida a las cartas o ver fútbol.

Como Jessica sabía más de fútbol que de cartas, optó por lo primero. Pero apenas se había acomodado cuando Chase le llevó su abrigo y un par de botas camperas.

—Mi madre ha dicho que debería llevarte fuera, habituarte a los caballos.

—Oh, en serio, no hace falta.

—Yo no discuto con mi madre. Es perder el tiempo porque siempre gana.

—Es verdad —confirmó Rory antes de gruñir al televisor—. Por el amor de Dios, ¿dónde están los defensas? ¿Se han tomado el día libre?

—Me ha dicho que estas deberían venirte bien. —Chase le dio las botas—. No puedes atravesar el patio con esos zapatos de tacón.

—Vale. —Sería mejor acabar con eso de una vez. Su anfitriona, y jefa, había hecho una petición. Así que iría, vería los caballos y sanseacabó.

Había visto muchos caballos desde que vivía en Montana.

Desde una cómoda distancia.

Se calzó las botas, que en efecto le venían bien aunque le quedaban ridículas con el vestido, y se puso el abrigo.

Chase la condujo hasta la puerta lateral. Había dejado de nevar, pero los casi ocho centímetros de nieve recién caída brillaban bajo las luces del patio.

Con lo que agradecía llevar las botas.

—No es que necesite ir a caballo a ninguna parte —comenzó a decir.

—Es bueno saber montar. Como nadar. ¿Sabes nadar?

—Pues claro.

—Nunca he estado en el Lower Manhattan. Tampoco sabía si allí hay muchas oportunidades para nadar.

—Es una isla —le recordó Jessica cuando se oyó una fuerte ovación en el barracón.

—Están viendo el partido.

—Probablemente tú querrías hacer lo mismo —dijo Jessica al caer en la cuenta—. Iremos rápido para que puedas volver.

—El fútbol me gusta bastante, pero no es más que un partido.

Chase abrió la puerta y encendió las luces.

Era un olor suave, pensó Jessica. Caballos. Distinto, un poco distinto a como era cuando pasaba cerca de ellos en los potreros o los picaderos.

Chase bajó por la rampa de hormigón, se detuvo.

—Esta es Maybelle. Es ideal para montar por primera vez.

Mientras él hablaba, la yegua sacó la cabeza, castaño oscuro con una

irregular marca blanca, por encima de la puerta de la caseta.

—Si tuviera lana, sería un cordero. ¿Verdad, Maybelle?

La yegua echó las orejas hacia delante cuando él le frotó la mejilla. Luego miró a Jessica de hito en hito.

—Puedes acariciarla. Le gusta. ¿Has acariciado alguna vez a un caballo?

—No.

—No diré que algunos no muerden, porque lo hacen. Pero esta no. Es muy buena. Mira.

Antes de que Jessica se diera cuenta de lo que pretendía, Chase le había puesto la mano en la mejilla de la yegua.

Suave, como el olor. Suave. Cálida.

El corazón dejó de martillarle y pudo disfrutar de la experiencia.

—Tiene unos ojos preciosos.

—Sí.

Chase esperó hasta que ella estuviera lo bastante confiada para pasarle la mano por el cuello.

—¿Te ha tirado alguna vez un caballo?

—Tirar, tirar, no. Resbalé una vez y acabé en el suelo. Pero montábamos a pelo, Cal y yo, y además íbamos medio borrachos. Hace mucho tiempo —añadió cuando Jessica lo miró.

—Tu familia tiene muchas ganas de que yo monte.

—Nadie va a obligarte a hacer nada si te da miedo, o si sencillamente no quieres.

—Debería probarlo. Tener la experiencia. —Jessica dio un paso atrás—. Me lo pensaré. —Se sobresaltó un poco, se volvió al oír un resoplido detrás de ella—. ¿Quién es?

—Es el famoso Atardecer.

—Atardecer, el caballo prodigio. —Jessica se acercó, eso sí, con cautela—.

Es precioso. Y grande. Es grande.

—Mide diecisiete palmos, así que es más grande que la mayoría. Listo, como ha dicho mi padre, y puede ser travieso. Pero no tiene una pizca de maldad.

Para poner a prueba su valor, Jessica se acercó más. Detuvo la mano a medio camino, vacilando. ¿Podía un caballo parecer divertido?, se preguntó, y se obligó a seguir levantando la mano hasta tocarle la mejilla.

—Vale, lo tienes todo. Eres grandioso, muy imponente y muy, muy guapo.

Atardecer volvió la cabeza y la bajó, como si de repente le hubiera entrado vergüenza. Chase se rio.

—Juro que no sé cómo lo hace. Es como si entendiera todo lo que decimos.

Sonriendo, Jessica se dio la vuelta.

—A lo mejor lo hace. Creo que...

Esa vez no solo se sobresaltó, sino que dio un respingo y se estampó contra Chase.

—Atardecer solo te estaba oliendo el pelo. —Para tranquilizarla, Chase la rodeó con los brazos, o se dijo que esa era la razón—. Es bonito, y huele bien. Atardecer no quería asustarte.

—Me he asustado. Solo me ha dado un susto. —Aún con la respiración un poco entrecortada, Jessica alzó la vista. Qué verdes eran sus ojos, pensó, verdísimos, con motitas doradas.

—Es bonito —repitió Chase—. Tu pelo es bonito.

Y la besó.

Olía a los caballos, pensó ella. Suave y cálido. Su boca era igual, cálida y suave en la suya. Un beso sosegado, un beso que podría haber sido plácido de no ser por lo rápido que percutía su corazón. Pese a ello, apoyarse en él, dejarse llevar, fue lo más fácil que había hecho nunca.

Chase se separó y dio un paso atrás.

—Lo siento. No debería haberme... aprovechado de esta manera.

La sedosa burbuja radiante se reventó.

—¿De qué manera?

—Bueno, yo... Podría parecer que te he traído aquí engañada y después me he echado encima de ti.

Jessica enarcó las cejas.

—Creo que la primera en echarse encima he sido yo.

—Eso ha sido... —Chase se interrumpió, se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo—. No estoy seguro de qué... No estoy seguro.

—Ya lo veo. Supongo que deberías avisarme cuando lo estés. Deberíamos volver.

Chase se puso de nuevo el sombrero y le dio alcance.

—Es solo que no quiero que pienses que yo me aprovecharía, que te sientas obligada...

Jessica se paró en seco, dejándolo petrificado con la mirada.

—No me insultes.

—No era mi intención. No me refería a... Santo Dios, sé hablar con la gente mejor que estoy haciéndolo ahora. Con las mujeres. No me he expresado bien.

—Si crees por un segundo que pienso que me has presionado, o que me presionarías, para tener una relación física o sexual porque eres un miembro de la familia que me da trabajo, estás insultando mi inteligencia y mi capacidad para juzgar a las personas. Y yo sí que me he expresado perfectamente.

—De acuerdo.

—Si piensas que yo alimentaría o permitiría eso mismo, eres idiota.

—Creo que te he entendido, totalmente. Yo solo quería disculparme por si

me había extralimitado. No era mi intención extralimitarme, tenga o no razón. Hueles bien.

—Esa parte la tenemos clara, gracias. Y si alguna vez te extralimitas, yo te lo diré.

—De acuerdo.

Tras decidir que lo más prudente era dejarlo ahí, Chase le abrió la puerta.

Se volvió y vio a Atardecer observando el drama humano con evidente satisfacción.

Apagó las luces y cerró la puerta.

Diciembre irrumpió con un aluvión de eventos y fiestas, la locura de decorarlo todo para Navidad, cambios de turno de última hora cuando una serie de empleados clave faltaron un día por culpa de un virus, y para Bodine, la frustración de cada año de ir a comprar.

Comprar no le molestaba, sobre todo si era on line, con un simple clic del ratón. Pero la Navidad subía su listón de exigencia en materia de regalos. Ni podía ni estaba dispuesta a conformarse con regalos que fueran aceptables, correctos o ni tan siquiera inspirados cuando se trataba de la Navidad.

Cuando se trataba de elegir los regalos navideños, exigía la perfección.

Tenía el de su padre: dos docenas de puros Cohiba y un humidificador antiguo por el que había peleado con uñas y dientes en eBay. Lo había completado con una botella de whisky Three Ships de malta. Ya tenía bien atados los de sus hermanos y los de las abuelas. Había encargado los regalos para los empleados de los puestos de responsabilidad y en breve firmaría de su puño y letra las felicitaciones que contendrían los aguinaldos de los empleados.

Un par de regalos más para amigos, y otros divertidos —una tradición de los Longbow para llenar los calcetines— no le preocupaban. Pero aún no había dado con el regalo ideal para su madre.

Esa preocupación y punto débil la hizo vulnerable cuando Jessica le insistió sin mucha sutileza para que fueran de compras a Missoula.

Así pues, en uno de sus poquísimos días libres —en el que habría preferido quedarse en la cama, dar un largo paseo a solas con Leo—, Bodine buscó un hueco en un aparcamiento de la ciudad.

Como los hijos de todas las madres parecían haber tenido la misma idea, le costó encontrar uno.

Al menos el día estaba despejado, pensó cuando por fin metió la camioneta en un hueco. El frío era glacial, pero hacía sol y el cielo estaba limpio de nubes.

Después de bajar y de colgarse el bolso en bandolera sobre el abrigo, miró a Jessica.

—Cuando encuentre el regalo ideal para mi madre, dalo por hecho, iremos al Biga a comernos una pizza.

—Vale.

—Has comido ahí, ¿verdad?

—No. —Jessica sacó una barra de labios y, sin espejo, se los retocó perfectamente.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Bodine.

—¿El qué?

—¿Retocarte los labios sin mirar?

—Bueno, sé dónde tengo los labios.

Bodine también sabía dónde tenía los suyos, pero le gustaría aprender ese truco en particular.

—¿Has dicho que no has comido en el Biga? ¿Nunca?

—Si acabo comiendo en Missoula, suelo tomarme una ensalada.

—Pues es una pena. —Bodine subió la escalera hasta la calle—. Vienes aquí un par de veces al mes, pero no has comido la mejor pizza de Montana, y probablemente de cualquier otro sitio.

Jessica la miró con lástima.

—Tengo que recordarte que soy de Nueva York. No hay mejor pizza que la pizza de Nueva York.

—Ya veremos lo que dices después. —En la acera, Bodine puso los brazos en jarras y paseó la mirada por la bonita ciudad con sus originales tiendas, restaurantes, cervecerías—. No tengo una sola idea buena en la cabeza para mi madre.

—Te inspirarás. Yo me tenía por una compradora de regalos con criterio, pero, comparada contigo, soy una palurda. Lo digo en serio, Bo. —Siempre encantada de ir de compras, Jessica entrelazó su brazo con el de Bodine—. ¿Qué me dices de las fotografías que has mandado ampliar y colorear para Cora, y de ese marco triple tan precioso? Es tan perfecto, tan detallista...

—He comprado el marco en la tienda de la hermana de Callen. Tienen cosas preciosas. Se llama Crafty Art.

—¡Me encanta esa tienda! ¿Es de la hermana de Cal?

—De ella y de su adorable marido, sí.

—Ahí me he pulido la tarjeta de crédito más de una vez. Pero el verdadero regalo son las fotografías.

—La foto del día de su boda con mi abuelo es genial y la de los dos con mi madre es muy tierna; cómo las abraza fuerte a las dos mi abuelo. Es la de la yaya y mi madre, con Alice cuando era bebé, la que puede remover un poco las cosas. —Al ver que Jessica no decía nada, Bodine añadió—: Puedes preguntar.

—Sé que lo de Alice es complicado. Que se escapó de casa cuando era joven.

—El día de la boda de mi madre. Se fue sin más, dejó una notita de niña malcriada, según me han dicho, y se largó en una de las camionetas. A California, para ser estrella de cine. —Bodine puso los ojos en blanco—. Sé

que mandó un par de postales, y después nada. Ni una sola palabra a su madre viuda.

Como la puerta estaba abierta, Jessica curioseó un poco más.

—Imagino que intentaron buscarla.

—Nadie habla mucho de eso, porque pone triste a la yaya, la enemista con la abuela. Entiendo muy bien el resentimiento de mi bisabuela, viendo sufrir a su hija durante tanto tiempo. Supongo que también puedo entender lo que siente la yaya.

Se cruzaron con un hombre que llevaba calcetines rodilleros estampados con renos por fuera de los vaqueros y cascabeles de trineo alrededor del cuello.

—Alice es su hija, igual que mi madre. Lo que pone a mi madre justo entre las dos, y es una posición difícil. Así que no se hablaba mucho, pero los niños se enteran de todo, y oímos lo suficiente para saber que la yaya contrató a un detective durante un tiempo, y que encontraron la camioneta abandonada en Nevada, creo. Y Alice simplemente se esfumó. No es difícil, supongo, si se quiere hacer.

—Debió de ser brutal para Cora —convino Jessica.

—Sí. A la abuela no le gustará mucho mi regalo para la yaya, pero supongo que encontrar el faldón de bautizo que le hizo su propia abuela, restaurarlo y enmarcarlo lo compensará.

—Es una prenda preciosa. Y encontrar las fotitos de todos los bebés que lo han llevado ha sido una genialidad.

Bodine se detuvo delante de una tienda.

—A veces estoy inspirada. Bueno, como a menudo pienso que si alguna vez me cruzara con Alice Bodine me gustaría darle un puñetazo nada más verla, mejor dejemos de hablar de ella. Probemos aquí, a ver si me gusta algo.

No le gustó nada, pero en la tienda de la hermana de Callen encontró un

tesoro.

—Ya debería haber sabido que tenía que venir primero aquí. Esperaba que hoy estuviera Savannah.

—Entro cada vez que vengo a Missoula. Debo de conocerla.

—Ahora está embarazadísima.

—¡Sí! Es un encanto. Mira, ya tengo otra conocida en Montana.

Bodine le enseñó un elegante bolso de mano hecho con piel de avestruz.

—Es ideal para Sal. El morado es su color preferido, y ella no se lo compraría. No es práctico.

—Quizá no, pero es bonito.

—Somos viejas amigas, Sal y yo. Le encanta arreglarse.

—Como a muchas, Chelsea incluida. Voy a comprarle este pañuelo.

Bodine lo miró; parecía un cuadro del cielo de Montana al atardecer.

—Es precioso, pero no va a abrigarle el cuello.

—No es para eso. —Jessica se lo enrolló alrededor del suyo, lo enroscó por aquí, lo retorció por allá, e hizo que pareciera sacado de una revista de moda.

—¿Cómo lo has hecho sin mirar? Y no me digas que sabes dónde tienes el cuello.

—Hago magia con los pañuelos. —Aun así, Jessica se acercó a un espejo y pasó los dedos por la fina y suave seda—. Lo quiero para mí, así que es un buen regalo.

—Yo nunca encontraría nada para nadie si me basara en ese criterio. Yo solo... ¡Oh!

—¿Qué pasa? Ah, el cuadro. Es tu casa, ¿verdad?

—Es el rancho. Hay nieve en las montañas, en los picos altos, pero las macetas y los macizos tienen las flores de otoño. Y los ginkgos ya están amarillos.

La dependienta, presintiendo que haría más de una venta, se acercó a ellas.

—Es de una pintora local. Me encanta el color tan vivo de los ginkgos y los detalles de la casa, y el rojo del cielo tras las montañas. Me entran ganas de sentarme en ese viejo banco bajo los árboles para ver la puesta de sol.

—¿Cómo lo ha titulado la pintora?

—*Serenidad*. Creo que es perfecto. Es el Rancho Bodine. La familia tiene y lleva el Resort Bodine, uno de los mejores sitios del estado para ir de vacaciones o simplemente para cenar. La familia vive ahí, a más o menos una hora en coche de Missoula, desde hace generaciones.

—En la esquina se ve el primer potrero, y ahí está Chester durmiendo en el porche delantero. Nuestro perro —dijo Bodine a la dependienta—. Vivo ahí. Soy Bodine Longbow —se presentó, tendiéndole la mano.

La mujer se ruborizó complacida al estrechársela.

—¡Oh, vaya, santo cielo! Y yo explicándoselo todo. Es un verdadero placer conocerla, señorita Longbow. Stasha, la pintora, va a ponerse loca de contenta de que haya elogiado su pintura.

—Espero que se ponga igual de contenta de que le compre el cuadro. Como regalo de Navidad para mi madre. Puede decirle que me encanta su obra, pero los ginkgos son lo que ha terminado de convencerme. —Bodine se volvió hacia Jessica—. Una fría noche de otoño, en este banco y bajo estos árboles, mi padre besó a mi madre por primera vez.

—Ay, por el amor de Dios —repitió la dependienta, y movió la mano delante de la cara cuando los ojos se le humedecieron—. Qué romántico. Y esto, esto parece obra del destino, ¿no? Oh, tengo que llamar a Stasha. ¿Le importa si lo hago?

—En absoluto. Puede decirle que, cuando mi madre habla de su primer beso, dice que tuvo la sensación de que todo su mundo se había convertido en oro, como las hojas de los ginkgos.

La mujer se metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo de papel.

—¿Cuánto tiempo tardaría en añadirlos a los dos? —se preguntó Jessica. Entonces se dio cuenta—. Perdón. Estaba pensando en voz alta.

—Dios mío, Jessie, ¡es la mejor idea del mundo! ¿Podría pintarlos? —preguntó Bodine—. Serían más bien siluetas, ¿no?, a lo lejos. Puedo buscar fotos tuyas de esa época, pero no es como si tuviera que retratarlos.

—Voy a llamarla ahora mismo. Vive en el centro. ¡Ahora mismo la llamo! Oh, Dios mío.

—Jessica. —Bodine le pasó el brazo por los hombros—. Había alcanzado la perfección con esto, y gracias a ti he subido otro peldaño. Va a hacerle mucha ilusión. Muchísima. Yo invito a la pizza.

A lo largo de los años, Bodine se lo había pasado bien, muy de vez en cuando, yendo de compras con su madre, con las abuelas. Juntas o de una en una, aunque su madre, cuando quería un bolso negro, por ejemplo, parecía que se sintiera obligada a mirarlos todos antes de tomar una decisión.

Sin embargo, debía reconocer que la excursión con Jessica, y el extraordinario éxito, lo superaba todo con creces. Se cargó de regalos divertidos: le gustaron sobre todo los calcetines largos con vaqueros que solo llevaban botas, sombrero y slíps blancos.

Eufórica de tanto como estaba disfrutando, se dejó engatusar por la hábil Jessica y terminó comprándose un chaleco rojo de piel, un color que solía evitar, una blusa blanca con puños de encaje para llevarla debajo y un nuevo lápiz de labios que olvidaría aplicarse la mayor parte del tiempo.

Además, todos los días que podía zamparse un par de trozos de pizza en el Biga le resultaban estupendos.

Dio un mordisco a la suya, mirando a Jessica.

—¿Y bien?

—Está rica. —Jessica dio un segundo mordisco a la suya, reflexionó, paladeó—. Está muy rica.

—He ganado. Aunque no sé por qué has querido tantas espinacas en tu mitad.

—Son saludables y deliciosas. Y no has ganado. Está riquísima, pero...

Bodine meneó un dedo mientras masticaba.

—Eso es pura cabezonería neoyorquina.

—Un día de estos, tú y yo vamos a irnos de compras a Nueva York.

Bodine dio otro mordisco a su pizza y sonrió.

—Sí, en otra vida.

—Encontraré la manera de que vayas en esta. Y cuando pase, te llevaré a Lombardi. Aunque... —Jessica comió un poco más—, te reconozco que saber que este sitio está aquí hace que extrañe mucho menos Nueva York.

—¿Aún lo echas de menos?

—De vez en cuando. Puede que no me acostumbre nunca al silencio. A veces todavía me despierto en plena noche por lo silencioso que está todo. O miro por la ventana esperando ver edificios, tráfico, y hay espacio y prados y montañas.

—Parece raro que extrañes eso. El ruido y el tráfico.

—Pero es así. —Riéndose, Jessica bebió un poco de vino—. Algunos días echo de menos el ritmo, la pura actividad y el restaurante tailandés de la esquina. Pero entonces pienso en las montañas y el aire, en el trabajo, que me encanta de veras, y en las personas que he conocido. Y ahora estoy aprendiendo a montar a caballo.

—¿Cómo te va? Quería ir a verte, pero he pensado que de momento igual preferías no tener público.

—Has acertado. Tu abuela es increíble y tiene mucha paciencia. He dejado de tener la sensación de que me juego la vida cada vez que monto a Maybelle. No está nada mal para llevar tres clases.

—Dentro de nada estarás arreando ganado.

—Deja que siga tu ejemplo. —Jessica brindó con ella—. Sí, lo haré, pero en otra vida.

—Vas a sorprenderte a ti misma. No quiero hablar mucho de trabajo, pero sí quiero decir que te has convertido, en poco tiempo, en un miembro indispensable de la familia del resort. He pasado a delegar en ti, a saber que puedo, y eso me hace mejor en mi trabajo.

—Eso significa mucho. Me encanta trabajar para ti, para la familia. Dios mío, me encanta colaborar con Rory. Es tan listo y creativo..., y me hace reír todos los días.

—Está tonteando con Chelsea, ¿verdad?

Jessica intentó poner cara de póquer, pero los labios se le curvaron hacia arriba cuando cogió su pizza.

—Puede. Tampoco es tan extraño. Ella es adorable, además de lista y dinámica. Tiene mucha visión de conjunto y sabe cómo cuidar los detalles cuando delego en ella. Se ha convertido en otra razón por la que adoro mi trabajo. No estaba segura de que me pasaría.

—Cuesta creer que estuvieras insegura de algo, considerando que te has venido a vivir a la otra punta del país.

—Di este gran paso en un momento complicado de mi vida, y me dije que era mejor darlo y equivocarme que quedarme quieta y ser infeliz. Me alegro de haberlo dado y de saber que no fue un error, sino justo lo que necesitaba.

—Jessica bebió más vino sin dejar de mirar a Bodine—. Creo que ahora ya puedo preguntarte por qué me contrataste. A la neoyorquina que nunca había estado al oeste del Mississippi.

—Bueno, tu currículum hizo que se me pusieran los ojos como platos. Tu currículum y tus referencias me hicieron menear el culo en la silla. No sabía si te adaptarías. Estabas triste.

—Lo estaba.

—Pero podría decirse que yo también decidí dar un gran paso. Tuve un buen presentimiento desde el principio. Las primeras entrevistas por teléfono, la entrevista cara a cara cuando te subiste a un avión para venir aquí. Tengo mucha sangre irlandesa y chippewa, lo que anula en cierto modo la sangre francesa, más práctica, que también corre por mis venas. Creo en los presentimientos y en hacerles caso cuando se puede.

—Y aquí estamos.

—Brindo por nosotras.

Bodine entrechocó su copa con la de Jessica.

El sol descendió hacia los nevados picos, confiriéndoles un pálido brillo dorado, mientras Bodine conducía la camioneta de regreso a casa.

Con su lista de Navidad al completo y el cuadro ya en manos de la exultante pintora para ese último retoque sentimental, preveía que todo iría viento en popa en las dos semanas que quedaban para el gran día.

—Cuánto me alegro de que me hayas convencido para venir. Aunque piense que el chaleco rojo es un error.

—Te quedaba increíble. Los colores vivos te favorecen. No sé por qué no llevas nada rojo ni de tonos llamativos.

Su tono ausente indujo a Bodine a mirarla de reojo. Con el paso de los kilómetros, Jessica había ido quedándose más callada, apagándose.

—¿Estás bien?

—¿Mmm...? Sí. Sí, estoy bien. —Pero volvió a quedarse callada, pareció contentarse con mirar por la ventanilla mientras la noche caía.

Entonces se irguió en el asiento.

—Somos amigas.

—Claro.

Con un suspiro de frustración, Jessica negó con la cabeza.

—Llevo casi toda la vida siendo cauta con mis relaciones de amistad.

Tengo conocidos estupendos, amigos superficiales interesantes, de esos con los que te tomas una copa cada dos meses. He tenido amigos en el trabajo, pero he sido cauta con las relaciones de amistad que no reúnen todos esos requisitos, esas limitaciones.

—¿Y eso por qué?

—Quizá porque mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña. Apenas los recuerdo juntos, y la verdad es que no pasé mucho tiempo con ninguno de los dos. Me criaron mis abuelos. Al principio viví en un engaño. Te quedas con nosotros porque tu madre está de viaje o porque tu padre está trabajando. Después de un tiempo, el engaño fue evidente incluso para una niña. Mis padres no me querían.

—Lo siento. Eso es... —Bodine no supo qué decir—. Lo siento.

—Mis abuelos sí me querían, me adoraban, y me lo demostraban todos los días. Pero es una cosa difícil de superar. Que tus propios padres no te quieran. En fin, probablemente de ahí viene mi cautela para hacer amigos. Pero somos amigas, y no quiero fastidiarlo por nada del mundo.

—¿Por qué vas a fastidiarlo?

—Besé a Chase. O él me besó. Diría que los dos nos besamos cuando acabamos de hacerlo.

Para darse un momento y asimilar lo que acababa de escuchar, Bodine levantó una mano del volante y le hizo el gesto de «alto».

—¿Qué?

—No fue premeditado, por parte de ninguno de los dos. El caballo me dio un topetazo y me caí encima de Chase. Bueno, no, no me dio un topetazo, pero el caballo, el caballo de Cal, me olió el pelo, y yo me abalancé sobre Chase del susto que me di. Luego, pasó, sin más.

—¿Cuándo? ¿En Acción de Gracias?

—Sí.

—¡Lo sabía! —Bodine dio un puñetazo al aire—. El beso no, pero me olí algo. Chase tenía la cara que siempre pone cuando ha hecho algo a escondidas y no quiere que se le note.

Volvió a poner la mano en el volante, se dio cuenta de que había pisado el acelerador además de dar un puñetazo al aire y redujo un poco la velocidad.

—¿Un beso de verdad? ¿En la boca?

—Sí, un beso de verdad. Y he pensado que es tu hermano. Yo soy tu amiga, pero también soy tu empleada, así que...

—Ay, olvídate de que soy tu jefa. Chase es un hombre adulto y puede besar a quien le apetezca, si la otra persona quiere. Y él no besaría a alguien que no quiere porque sencillamente no es así; por tanto, si a los dos os parece bien, ¿por qué no va a parecérmelo a mí?

—Yo no diría que a Chase le pareció bien. Él fue quien paró, y después empezó a deshacerse en disculpas hasta que me entraron ganas de noquearlo. O sea, quién es tan idiota... —Jessica se interrumpió—. Es tu hermano.

—Puedo querer a mi hermano, y defenderlo, y aun así saber que en algunos aspectos es idiota. ¿Se disculpó por besarte?

—Por aprovecharse de mí. —Al sentirse comprendida, Jessica empezó a despotricar—: ¿Aprovecharse de mí? ¿Parezco una persona que dejaría que alguien se aprovechara de ella? ¡Soy de Nueva York! ¿Acaso se cree que no he parado los pies a todo un batallón de hombres que se pusieron pesados cuando yo no quería nada con ellos? Luego me vino con que no quería que me sintiera obligada, como si yo fuera a empezar algo con él porque me sintiera presionada por ser una empleada del resort. ¿Esa es la conclusión que saca de que lo besara? ¡Oh, más vale que le siga la corriente si quiero conservar mi empleo! ¡Si me sintiera acosada sexualmente, lo sabría así de fácil! —Chasqueó los dedos—. No soy una ratita débil y asustada de la que pueden aprovecharse o a la que pueden presionar.

Bodine dejó que se desahogara.

—Voy a decirte una cosa. Disculparse de esa manera es típico de él. Y voy a suponer que llevaba un tiempo pensando en besarte. Chase no es impulsivo, a menos que se junte con Skinner, que hace aflorar esa faceta suya. Él... se lo piensa todo, y está claro que no había acabado de pensar lo tuyo con él cuando terminasteis en esa situación. Luego, se siente responsable de inmediato. No digo que no estés un poco cabreada por lo torpe que fue, y su torpeza fue francamente ofensiva, pero espero que puedas darle un poco de cancha, considerando que él es así.

—Puedo intentarlo.

Bodine alargó la mano y le tocó en el brazo con un dedo.

—No estoy defendiéndolo, bueno, solo un poco. Espero que le dejaras claro que te había ofendido.

—Oh, sí.

—Eso debió de confundirlo y frustrarlo, y cuando lo asimiló, debió de horrorizarlo, ya que respeta muchísimo a las mujeres. No tiene un pelo de adúlador.

A Jessica se le escapó la risa al pensarlo.

—A diferencia de Rory. Y solo para desviarme un momento del tema, antes o después Rory va a hacer algo más que coquetear con la adorable Chelsea, si a ella le apetece algo más que coquetear. Él lee el pensamiento tan bien como un sabio lee libros, por eso se le dan tan bien las ventas. No se aprovecharía más de lo que lo haría Chase, pero irá mucho más deprisa. En fin. —Condujo un minuto más en silencio mientras ordenaba las ideas—. No me sorprendería si él, Chase, pensara en una disculpa para la disculpa, así que te lo voy a preguntar, como amiga: ¿te gusta?

—Por supuesto que sí —empezó a decir Jessica—. Es muy majo.

—Rory es majo. ¿Piensas besarlo?

Jessica suspiró.

—No.

Amigas, pensó. No solo colegas de trabajo, no solo conocidas. Amigas. Podía dar el siguiente gran paso.

—Me siento atraída por Chase. Me interesa.

—Entonces, si quieres repetir, o ir más allá, vas a tener que tomar la iniciativa. Él no lo hará, o pasará un año más o menos antes de que se decida.

—Solo para tener las cosas claras —Jessica alzó un dedo—, ¿estás diciendo que debería ir detrás de tu hermano?

—Estoy diciendo, como amiga tuya que soy, y como tu jefa, solo para no dejarme nada, que Chase y tú sois adultos, estáis solteros, tenéis libertad. Como hermana suya, que lo conoce como si lo hubiera parido, te estoy dando un consejo: si quieres empezar algo, tendrás que empezarlo tú. Y nadie que os conozca va a sorprenderse o a preocuparse si empezáis a acostaros. No sé por qué la gente deja que el sexo sea tan complicado.

—No estoy hablando de acostarme con él.

—Por supuesto que sí.

Jessica suspiró.

—Vale, por supuesto que sí. Tengo que pensármelo. No un año. Me bastará con un par de días. ¿Bodine?

—Ajá...

—Me gusta tener una amiga.

Bodine la miró de soslayo, y sonrió.

—Has tenido suerte conmigo. Soy una amiga de la hostia.

Continuó sonriendo cuando volvió a pisar el acelerador. Estoy casi en casa, pensó al cruzarse con un utilitario azul que circulaba en sentido contrario, deseosa por llegar.

Si a Karyn Allison se le hubiera pinchado la rueda dos minutos antes, Bodine la habría visto en el arcén y habría parado en vez de pasar zumbando junto a su coche cuando Karyn se dirigía a Missoula.

Dos minutos lo habrían cambiado todo.

Él se limpió la sangre de las manos con la nieve. No había querido hacerlo. ¿Por qué la chica no se había comportado? Dios le había concedido el derecho, incluso la obligación, de procrear, de perpetuar su estirpe. De diseminar su simiente por el mundo.

¿Y no se la había puesto Dios justo en su camino?

Ella estaba en el arcén, con una rueda pinchada. Jamás había visto una señal tan clara de intervención divina.

Ahora bien, si ella hubiera sido demasiado mayor para tener hijos, o fea, como un hombre tenía derecho a tomar por esposa a una mujer guapa, él le habría cambiado la rueda, como buen cristiano, y habría seguido su camino.

Habría continuado su búsqueda.

Pero ella era joven. Más joven que la puta de la taberna y tan bonita como una flor. Como ya se había puesto a levantar el coche con el gato, demostraba tener empuje, y un hombre quería que sus hijos varones nacieran con empuje.

¿Y acaso no le había dado las gracias, había sonreído de oreja a oreja, cuando él se había detenido para cambiarle la rueda?

Valoraba la buena educación. Su forma de apartarse para dejar que se encargara él demostraba que sabía cuál era su sitio.

Pero entonces había sacado el móvil, había dicho que iba a llamar a los amigos con los que había quedado para explicarles qué ocurría.

Él no podía tolerarlo.

Se lo había dicho, y ella lo había mirado de un modo que no le había gustado nada. Sin respeto.

Ella le había pegado. Al recordarlo ahora, comprendía que no debería haber permitido que su experiencia con la primera chica restara fuerza a su puñetazo. Tendría que haberle dado más fuerte, en vista de cómo había gritado y se la había devuelto.

Le había dado en todos los huevos, además, antes de que él le arreara con la llave inglesa.

Pero aún respiraba, incluso gimoteaba un poco cuando él la había subido a la parte trasera de la camioneta, la había atado y le había tapado la boca con cinta americana por si le daba otra vez por gritar.

Había vuelto, también, para recoger su móvil y sacar su bolso del coche. Ya sabía que la policía había encontrado esos objetos la primera vez. Se había sentido cojonudo, sabiendo que había hecho lo que se había propuesto, lo que tenía que hacer. Ella volvería en sí en su habitación y él le enseñaría cuál era su sitio rapidísimamente. Cuál era su deber.

Pero cuando había llegado a la cabaña y se disponía a bajarla, vio mucha más sangre de la que esperaba. Lo primero que pensó fue que tendría que limpiarla.

Lo segundo fue que se le había muerto en el cajón de la condenada camioneta. Que se le había muerto sin más.

Eso no solo había empañado su justa felicidad, sino que lo había asustado mucho.

Había vuelto a tajarla y se había ido de inmediato. Ni tan siquiera había entrado en la cabaña. Su casa no era sitio para una maldita chica muerta que no sabía comportarse.

En especial cuando el terreno era demasiado duro para cavar una tumba.

Amargado por su mala suerte, condujo de noche, bajo una tormenta de

nieve, en dirección a las montañas. Cargar con una chica muerta calzando raquetas de nieve le costó un gran esfuerzo, pero no tuvo que ir muy lejos.

La enterró en la nieve, junto con el móvil y el bolso. Pero antes sacó el dinero y se llevó la manta con la que la había envuelto. No era imbécil.

Nadie la encontraría hasta la primavera, lo más probable, y puede que ni tan siquiera entonces. De todas maneras, los animales la devorarían antes.

Pensó en rezar una oración por ella. Decidió que no la merecía, que no lo merecía a él. Así pues, se limpió la sangre de las manos con la nieve y la dejó en la inmensa quietud de la noche.

Bodine adoraba la Nochebuena. El resort cerraba a mediodía después de que los últimos huéspedes se marcharan, y permanecía cerrado hasta el día después de Navidad. Por supuesto, los vigilantes harían la ronda, por turnos, y se atendería a los caballos. Pero, a efectos prácticos, todos disponían de un día y medio para pasarlo con amigos y familiares.

Las abuelas vendrían a pasar la noche, y los mozos del rancho y todos los empleados que no estaban con sus familias tenían la puerta abierta para hartarse de comida y bebida.

Bodine regresó a casa a caballo con Callen mientras la nieve caía sin cesar; ya era una costumbre al menos tres veces a la semana.

—¿Vas a ver a tu madre y a tu hermana en Navidad? —le preguntó.

—Mañana, sí, para cenar.

—Salúdalas de mi parte. ¿Qué hacías en Navidad en California?

—Cenar de gorra con amigos. Como haré en tu casa esta noche.

—Tenemos comida suficiente para un ejército. Solo doy gracias a Dios porque las mujeres de mi familia consintieran hace años en dejar este asunto en manos de la cocina del resort. De lo contrario, me pondrían a pelar y a picar en cuanto entrara por la puerta.

—Podrías venir a esconderte en la choza conmigo para ayudarme con los regalos que mañana llevaré a casa de mi hermana.

—¿Aún no los has envuelto?

—Tengo hasta mañana, ¿no? Y yo no envuelvo nada. Para eso están esas bolsitas tan monas.

Callen la miró. Bodine llevaba el largo pelo recogido en una trenza y tenía la cara arrebolada de frío y de satisfacción.

—¿Tú ya los tienes envueltos?

—Envueltos, con el lazo y la tarjetita, y debajo del árbol.

Qué ufana estaba. Y tan bonita como una cinta de Navidad.

—Presumida.

Riéndose, Bodine ladeó la cabeza, le hizo ojitos.

—Ser inteligente y organizada no es presumir. Además, reconozco que he pedido a Sal que me ayude. Le gusta envolver regalos, se le da mucho mejor que a mí, aunque tarde medio siglo. Y así se ha distraído. —La sonrisa se le apagó, se le borró de los labios—. Echa de menos a Billy Jean. Siempre pasaban la Nochebuena juntas bebiendo cócteles de champán. Y ahora esa otra chica ha desaparecido, y Sal está convencido de que se la ha llevado el mismo que mató a Billy Jean. —Como Callen no decía nada, Bodine lo miró—. ¿Tú piensas lo mismo?

—Creo que las dos eran mujeres que iban solas, que las dos tuvieron una avería: una se quedó sin gasolina y la otra sufrió un pinchazo. Dejo el resto de la reflexión al sheriff.

—El coche estaba levantado con el gato como si hubiera empezado a cambiar la rueda, pero no tenía llave inglesa..., por lo que he leído. Parece que habría llamado a alguien, ya que su madre dijo que llevaba el móvil cuando se fue. Pero tal vez no tuviera batería. Podría ser, es lo más probable, que hiciera dedo y luego...

»Tuve que cruzarme con ella —añadió Bodine—. O casi.

—¿Qué quieres decir?

—He leído a qué hora dicen que salió de casa de su madre. Había ido a

visitarla y regresaba a Missoula para verse con unos amigos, algunos de sus compañeros de clase. Estudia en la Universidad de Montana. Jessie y yo casi tuvimos que cruzarnos con ella esa tarde, cuando ella iba a la ciudad y nosotras volvíamos. Pasé justo al lado del lugar donde encontraron su coche. No puedo evitar preguntarme por cuánto tiempo no la vi. —Se lo quitó de la cabeza—. Sin embargo, creo que lo que le pasó a Billy Jean lo hizo alguien que no es de aquí. Hasta podría haber sido un huésped, aunque odio pensarlo. Creo que alguien ha secuestrado a esa chica, y es algo horrible, pero no es lo mismo. Solo tiene dieciocho años, es mucho más joven, y Billy Jean volvía a casa por el mismo camino de siempre. Esa chica, Karyn Allison, no visitaba a su madre, según he oído, desde hacía un par de semanas.

Callen entendía por qué necesitaba creer eso... y a lo mejor tenía razón. Pero creerlo no la convencería para tomar precauciones. De manera que destrozó su teoría sin piedad:

—Podría ser que dos personas distintas fueran a por dos mujeres que tienen una avería en menos de un mes a menos de treinta kilómetros entre una y otra.

Bodine soltó una bocanada de aire.

—Es lo que le digo a Sal cuando se pone nerviosa, y lo que me digo a mí misma porque quiero dormir por las noches.

Callen asintió, satisfecho por la respuesta.

—No hay nada de malo en eso, mientras sigas haciendo uso de tu inteligencia y tengas los ojos abiertos. Nunca te he visto hacer otra cosa.

—Ni siquiera sé por qué estoy hablando de esto en mi noche del año favorita. Salvo por una cosa: estaba pensando que tu madre debe de estar contentísima de tenerte en casa por Navidad, y en cambio esa otra madre no sabe dónde se encuentra su hija y tampoco si está bien.

Para consolarse, Bodine se inclinó hacia delante y acarició a Leo. Luego se

irguió en la silla.

—Un momento. ¿Tener los ojos abiertos? ¿Por eso Rory o tú acabáis llevándome en coche si al final no voy con Leo?

Callen siguió cabalgando como si nada.

—Solo ahorramos combustible.

—¿Solo pensáis en el medio ambiente? —espetó Bodine, rezumando sarcasmo por los poros.

—Más gente debería hacerlo.

Eso no se lo podía discutir. Y descubrió, cuando lo analizó a fondo, que tampoco podía tomárselo como una ofensa. Grave.

—Agradezco la preocupación. Aunque me defiende bastante bien, agradezco esta protección masculina camuflada.

Esbozó una sonrisa exagerada cuando Callen la miró con recelo.

—¿Ah, sí?

—Sí. No me gusta que los hombretones lo hayáis ocultado para no herir los sentimientos de esta mujercita, pero agradezco la preocupación.

—No ha sido por tus sentimientos. Sino por tu cabezonería y tu genio.

—¿Por qué será que a los hombres os llaman fuertes o duros y a las mujeres nos llaman cabezonas?

—No pienso entrar en eso. —Callen chasqueó la lengua y puso a Atardecer al trote.

—Cobarde —lo acusó Bodine, pero se rio cuando lo alcanzó.

—En algunos terrenos.

Entraron amigablemente en el patio del rancho.

—Tengo que ir a buscar una cosa a la choza.

Cuando Callen se alejó, Bodine se encogió de hombros y se llevó a Leo a las caballerizas.

—Ha sido un paseo agradable —dijo mientras lo desensillaba y le quitaba

las bridas—. Te mereces que te cepille a fondo, y puede que luego te dé un regalito.

Cogió un rascador y le limpió los cascos antes de frotarlo bien con un trapo. Cuando se disponía a usar una almohaza suave, oyó que Callen entraba con Atardecer.

Como le sacaba ventaja, terminó antes, llevó su silla al cuarto de los arreos y después regresó para coger la de Callen.

—Enseguida la llevo.

—Ya la he cogido —dijo Bodine, pero se quedó fuera de la caseta—. Y también tengo un bote de pastillas de menta...

Cuando Callen exclamó «¡No!», Atardecer soltó un relincho largo y agudo y propinó a su dueño un entusiasta topetazo con la testuz antes de sacar la cabeza por encima de la puerta. Luego miró a Bodine con un turbador brillo en los ojos.

—La próxima vez deletréalo. Supongo que lo pillaré enseguida, pero por ahora no digas ninguna de esas palabras en voz alta. Tú, aparta.

Callen consiguió volver a meterle la cabeza en la caseta y salir antes de que volviera a sacarla.

Bodine no se resistió a hacer una prueba, y dijo:

—Pastillas de menta.

—Oh, por... —Negando con la cabeza, Callen le cogió la silla mientras Atardecer bailaba y relinchaba.

—¿Está... dando... gritos de alegría?

—Podría decirse que es su versión de «¡Yupi!». Espera un momento.

Fascinada, Bodine volvió a entrar en la caseta de Leo mientras Callen iba a guardar su silla. Cogió el bote de pastillas de menta que había comprado especialmente para Leo, con todo su amor, por Navidad.

Cortó el precinto con la navajita que llevaba en el bolsillo.

Dio dos a Leo, que se las zampó deleitado, y lo besó en la mejilla.

—Feliz Navidad, Leo.

Sacó otras dos del bote y salió de la caseta. Al verlas, Atardecer se relamió como haría una persona.

—Es tremendo —dijo cuando Callen regresó—. ¿Puedo dárselas?

—No hasta que te lo pida por favor.

En respuesta, Atardecer emitió un ruido gutural, y sus ojos expresaron un «por favor» igual de claro que si lo hubiera dicho con palabras.

Bodine se las ofreció en la mano y el caballo se las cogió de la palma. Pareció suspirar y después le rozó la mejilla con los labios.

—De nada. Leo está encantado de compartir contigo sus... no voy a pronunciar la palabra... de Navidad. De haber sabido que le gustaban tanto, habría comprado otro bote.

—Tengo uno en la choza. Si lo guardara aquí, encontraría la manera de hacerse con él, aunque lo metiera en una maldita caja fuerte. Y hablando de la Navidad...

Callen volvió a abrir la caseta y sacó una bolsa de regalos.

—Oh. —Azorada, Bodine se la quedó mirando antes de alzar la vista hacia Callen—. Yo no... No tenías por qué regalarme nada.

—¿Quién dice que es para ti? Intenta recordarlo, el espíritu navideño consiste en dar, no en recibir, Bodine. Es para Leo, de parte de Atardecer.

—Es... ¿Tu caballo le ha comprado un regalo al mío?

—Se han hecho buenos amigos. ¿Se lo vas a dar?

—Claro. Creo que tendré que abrirlo yo, si a Atardecer le parece bien.

—¿Eso es un sí? —preguntó Callen a su caballo, y Atardecer asintió de inmediato.

—Bueno, veamos qué tenemos aquí, Leo.

Bodine entró en la caseta de su caballo, metió la mano bajo el papel de

seda y palpó piel.

—Mira, Leo, tienes una cabezada nueva. Y, además, bonita. Oh, lleva grabados su nombre y nuestra marca de ganado. Callen, qué detalle tan bonito. Gracias.

—No me las des a mí. —Apoyado en la puerta de la caseta, Callen señaló detrás de él—. La ha elegido Atardecer.

—Claro. Gracias, Atardecer. Es la cabezada más bonita que Leo ha tenido nunca. Vamos a probarla ahora mismo. A ver... —susurró al caballo mientras se la colocaba—. Le queda perfecta, y mira qué guapo está. —Se volvió hacia Callen—. Te agradezco que hayas ayudado a Atardecer con los detalles.

—Bueno, él lo tenía clarísimo.

Al verla junto a Atardecer y su caballo, Callen también lo tuvo claro.

—¿Ves eso de ahí? —Le señaló el techo.

Ella alzó la vista y no vio nada aparte de vigas.

—No veo nada.

—Ese muérdago de ahí.

Ella volvió a mirar.

—Ahí no hay muérdago.

—No debes de estar mirando en el sitio correcto.

Pero él sí, pensó. Sin duda.

Callen la atrajo hacia sí.

Esta vez sus labios no se chocaron por accidente. Esta vez fue intencionado, y Callen se aseguró de que Bodine lo supiera. Dejó de agarrarla por los hombros y bajó las manos por su cuerpo hasta ceñirla por la cintura, mientras su boca tomaba la suya como había imaginado. Despacio, con seguridad, fuerza.

Y como había imaginado, ella no se apartó, sino que aceptó el desafío.

Se había puesto más guapa, pensó, y sus labios eran carnosos, cálidos y nada tímidos. Se apretujó contra él hasta que Callen supo que la forma de su cuerpo se quedaría grabada en su mente.

Cuando Bodine levantó la mano para agarrarlo por la nuca, Callen sintió que cada célula de su cuerpo daba un vuelco.

Ella ya sabía que eso iba a ocurrir, antes o después. Demasiado fuego, demasiadas chispas en aquellos afables paseos para no acabar así. Aunque se había preguntado cómo reaccionaría, si ella daría el paso o sería él, pensaba que estaba totalmente preparada.

Se equivocaba.

Era más grande, formidable y radiante que nada de lo que había previsto. La reacción de su cuerpo la dejó estupefacta cuando se sintió temblar, al menos en su fuero interno.

Callen sabía a fuego y a secretos, olía a caballos, a cuero y a hombre, y su boca revelaba destrezas que ella había subestimado.

Cuando él empezó a apartarse, ella se lo impidió.

Él lo había empezado. Así que ella lo terminaría.

Cuando estaba a punto de quedarse sin aliento, se retiró.

—Muérdago... Y una mierda.

—A lo mejor me he equivocado. —Callen volvió a alzar la vista, parecía pensativo, y después la miró a los ojos. Más azules que grises en ese momento, observó Bodine. Como un relámpago que brilla en la tormenta—. Pero quería darnos un aperitivo de lo que nos espera.

—¿Y qué nos espera, Skinner?

—Lo sabes tan bien como yo, pero lo dejaremos hasta que Abe vuelva en primavera. Yo puedo esperar.

Ella se volvió para coger el abrigo que estaba colgado fuera de la caseta.

—Pareces la polla de seguro.

—Estoy seguro con más partes que esa.

Maldita sea, la hizo reír.

—Quizá, pero tengo algo que decir al respecto.

—Acabas de hacerlo.

Mirándolo con recelo, Bodine se puso el abrigo. Dudaba entre empezar a discutir o encontrar una caseta vacía y acabar de verdad lo que él había empezado.

—A lo mejor solo se trata del espíritu navideño.

—Podemos comprobarlo.

Callen dio un paso hacia ella. Bodine alzó la mano.

—Creo que por ahora es mejor que lo dejemos aquí.

Callen se limitó a meterse las manos en los bolsillos.

—Como he dicho, puedo esperar.

—Falta mucho para abril. Los dos podemos cambiar de opinión antes de que llegue.

—Yo no lo creo. Pero lo veremos en primavera.

—De acuerdo. —Bodine se lo tomaría como una especie de objetivo. En primavera ya verían—. ¿Vienes?

—Antes voy a lavarme un poco.

—Entonces te veré cuando acabes. —Bodine echó a andar resueltamente por la rampa de hormigón—. ¿Sabes, Skinner? —dijo sin volverse—, a lo mejor me acuesto contigo solo por tu caballo. Tenlo presente.

Cuando ella cerró la puerta al salir, Callen miró a Atardecer.

—Tú no eres la razón.

Atardecer demostró que un caballo era capaz de reírse a carcajadas.

La boda de Linda-Sue, incluso con la pompa de más y las circunstancias,

resultó ser todo un éxito, y la eficacia de Jessica fue para quitarse el sombrero. Aunque ella siguió luciendo el Stetson de ala plana que Bodine le había regalado por Navidad.

Se ocupó de la novia y su séquito, puso a Will a cargo del novio y su séquito, y con la ayuda de Chelsea lidió con el mayor problema.

La madre de la novia.

Desde la recepción de los invitados hasta los imprevistos con el vestuario, desde las flores hasta los adornos pasando por la música, y la arpista, la boda tuvo a Jessica y a su equipo improvisando, adaptándose, consolando, animando y coordinando durante tres días seguidos.

El evento se juntó con el paquete de Nochevieja: la oferta de actividades, los espectáculos y la bulliciosa gran fiesta.

Jessica no protestó cuando Bodine le ordenó que se tomara dos días libres después, y se pasó casi la mitad de ellos durmiendo.

En una ocasión se despertó de repente a las dos de la madrugada y, desorientada, se levantó de la cama y miró por la ventana cuando fue a la cocina para coger una botella de agua. Vio una camioneta desconocida en la carretera, justo delante del Pueblo Bodine, en lugar de en el aparcamiento.

Distraídamente, se preguntó si Chelsea, su vecina más próxima, tenía un invitado esa noche y por qué había aparcado en la carretera.

Pero, cuando volvió a pasar, la camioneta ya no estaba. Sin darle más vueltas, volvió a acostarse y se quedó otra vez dormida.

El período de calma de principios de enero tocó a su fin con el encuentro de escritores (otro éxito para ella) y este dio paso al festival de esculturas de nieve.

Cada vez que tenían una nueva reserva, Rory irrumpía en el despacho de Jessica y se ponía a dar saltos para celebrarlo.

El interés de los medios de comunicación locales no les vino nada mal.

Con el prado que se extendía a su espalda repleto de gente, trineos de caballos tripulados cargados de visitantes y niños pequeños dando paseos en poni en el potrero más cercano, Bodine realizó una entrevista para la televisión local.

—Nos hace mucha ilusión presentar nuestro primer festival anual de esculturas de nieve aquí, en el Resort Bodine. Contamos con huéspedes de todo el país, y de Canadá. Tenemos unos recién casados ingleses que están pasando su luna de miel aquí y hoy han decidido participar en este evento.

Con el rabillo del ojo vio que Callen se subía un niño a la espalda mientras el crío esperaba su turno para montar en poni, y se preguntó de dónde había sacado aquel don para meterse a los niños en el bolsillo.

Pero mantuvo su atención en el periodista y respondió a sus preguntas.

—Debo decir que todas las personas vinculadas con el Resort Bodine han trabajado duro, lo han dado todo para hacer de este evento algo especial, para que todos los que participan lo pasen bien. Y nos alegra ver cuántos amigos y vecinos nuestros se han animado a venir, ya sea como concursantes, ya sea simplemente como espectadores. Nos complace tener a Anna Langtree y los Mountain Men para amenizar el festival con su música esta tarde de dos a tres y media, y de nuevo esta noche a las nueve en el Molino.

Cuando terminó la entrevista, Bodine fue al encuentro de Jessica.

—Se te da genial —comentó Jessica—. Transmitir el mensaje y la información y, a la vez, parecer relajada.

—Solo hay que hablar. Oye, algunas esculturas ya empiezan a resultar bastante impresionantes. Parece que ahí están construyendo una familia entera de nieve, hay un par de castillos a medias. Creo que eso podría ser un caballo, uno enorme. Y... eso no sé qué es, justo en línea recta.

—Parece una serpiente grande.

—No me gustan las serpientes, pero para gustos, están los colores. —

Sonriendo, Bodine le tocó el ala del sombrero—. ¿Sabes?, te pega.

—Me encanta, la verdad. ¿Quién lo iba a decir? Bueno, tú. Si hace un año alguien me hubiera sugerido que estaría en Montana, llevando un Stetson y viendo cómo alguien hace una serpiente de nieve, me habría tronchado de la risa. Y aquí estoy.

—Esto también te pega. Como te pega, y mucho, vamos a nombrarte directora de eventos y te daremos un aumento.

—Bien. —Jessica se quitó las gafas de sol, entornando los ojos por el reflejo de la luz en la nieve—. Caray. Íbamos a hablar de eso cuando llevara un año aquí.

—Lo hemos adelantado. Te lo has ganado.

—Gracias. —Jessica abrazó a Bodine riendo—. Gracias a todos. Yo... — Se interrumpió cuando el móvil la avisó de que acababa de recibir un mensaje de texto—. Chelsea —dijo—, justo a tiempo. Están montando el bufet en el Molino. Puedes anunciarlo dentro de quince minutos. Voy a ir para asegurarme de que todo está en orden.

—Por eso eres directora.

Cuando oyó carcajadas, Bodine miró hacia el potrero y vio a Callen y a Atardecer improvisando un espectáculo. En ese momento, Callen estaba sentado en la silla pero mirando hacia atrás, mientras el caballo tenía la cabeza gacha y la movía de izquierda a derecha con aire triste.

—¡Tiene que darse la vuelta, señor! —gritó uno de los niños.

—¿Que tengo que hacer qué?

—Darse la vuelta —corearon varios niños.

—A lo mejor debería hacerlo él.

Servicial, Atardecer se puso del revés.

—¿Mejor? —preguntó Callen, y los niños se desternillaron mientras gritaban: «¡No!».

Escuchó, con aparente interés, cuando varios niños le explicaron que tenía que sentarse mirando hacia delante.

—Vale, vale. A ver cómo paso de aquí a ahí.

Giró el cuerpo hacia un lado, lo giró hacia el otro, mientras Atardecer resoplaba a modo de burla. Callen medio resbaló de la silla por la izquierda, se escoró demasiado hacia la derecha mientras los niños se reían o se tapaban los ojos.

—Vale, de acuerdo, creo que ya lo he pillado.

Pasó las dos piernas por el lomo del caballo y se quedó sentado de lado. Atardecer volvió la cabeza y resopló de nuevo.

—No quiero oír una palabra. Casi lo he conseguido.

En respuesta, el caballo levantó las patas traseras y Bodine se sobresaltó un poco. Como si el movimiento lo hubiera impulsado hacia arriba, Callen se dio la vuelta en la silla.

El público estalló en aplausos y Atardecer bailó hacia la derecha, bailó hacia la izquierda, y después inclinó la cabeza.

Callen miró a Bodine y le guiñó el ojo.

Un buen día, pensó ella en tanto que él hacía correr a Atardecer en círculos muy cerrados. Un día buenísimo.

Mientras la gente disfrutaba de la carne de res a la parrilla y el estofado de bisonce, una fotógrafa que quería sacar fotos del immaculado paisaje nevado encontró lo que quedaba de Karyn Allison.

Para ella, casi tropezarse con sus restos mutilados supuso cualquier cosa menos un día buenísimo.

Veinticuatro horas más tarde, poco después de que el sheriff se sentara en el

salón de la madre de Karyn para comunicarle que su hija ya no regresaría a casa, Garrett Clintok subió al coche en el aparcamiento del CAB.

Tal como él lo veía, nadie iba a decirle cómo debía hacer su trabajo. Ni el sheriff, que ya le había echado un rapapolvo, ni nadie.

Lo tenía más claro que el agua.

Llevaba el tiempo suficiente ejerciendo de ayudante para reconocer una manzana podrida en cuanto la olía. Había visto muchas mientras estaba en el ejército. Había visto muchas a lo largo de toda su maldita vida.

Casi todos los problemas de esa zona se debían a peleas, borracheras, disputas domésticas esporádicas —en las que, a su juicio, la mujer probablemente se merecía algún que otro cachete—, a universitarios consentidos que se fugaban, y quizá también a las drogas, muy de vez en cuando.

Tenían mujeres que alegaban que las habían violado, y él no creía ni a la mitad de ellas. Tenían accidentes, etcétera.

Pero lo que no tenían era a dos mujeres asesinadas en menos de dos meses.

No hasta que Callen Skinner había regresado.

A su modo de ver, dos y dos sumaban cuatro.

Puede que el sheriff hiciera la vista gorda dado que Skinner estaba muy unido al clan de los Longbow.

Él no la haría.

Se dirigió al lugar donde en ese momento Callen estaba ayudando a bajar un caballo del remolque.

—Vas a necesitar que tu mozo se ocupe de los caballos. Acompáñame.

Con calma, Callen llevó al cobertizo la yegua que había descendido por la rampa.

—¿Y por qué voy a acompañarte?

—Porque lo digo yo.

—Easy, anda, cepíllala. Yo iré a por el otro.

Clintok sacó pecho. Un pavo ahuecándose las plumas. Un toro preparándose para embestir.

—He dicho que me acompañes.

—De eso nada. A menos que lleves una orden de arresto en el bolsillo. — Callen guio al segundo caballo por la rampa—. ¿Tienes una orden, ayudante?

—Puedo conseguirla.

—Pues ve a hacerlo. —Callen miró a Easy, que estaba al lado de la yegua con los ojos muy abiertos y la mandíbula un poco floja—. Cepíllala, Easy. — Luego, sujetando al otro caballo por la cabezada con una mano, se volvió de nuevo hacia Clintok—. Aquí tenemos cosas que hacer. Si quieres apuntarte a un paseo, debes ir dentro.

—¿Quieres ponérmelo difícil?

—Eso parece, ¿no? —Callen sonrió, pero sin humor—. Te lo voy a decir sin tapujos, y delante de este muchacho, que hará de testigo: si vienes a por mí sin una orden de arresto, yo iré a por ti. ¿Te parece bien si lo hacemos así de difícil?

Callen vio que la furia le encendía la cara. Y se quedó tal como estaba, con la mirada serena, el cuerpo engañosamente relajado.

—¿Dónde estuviste el doce de diciembre, entre las cuatro de la tarde y las nueve de la noche?

—Bueno, vamos a ver. —Con la otra mano, Callen sacó el móvil y abrió el calendario—. Parece que ese día me levanté temprano. Di una clase antes del horario escolar. Tuvimos algunos paseos en trineo. Cuando llegué, Easy, el mozo, guio uno, yo otro, y Ben, que ahora mismo aún está en el centro, guio los demás. Ese día nos trajeron forraje, y aquí pone que el pinto al que llamamos Cochise se apoyaba más sobre la pata delantera izquierda. Tuvimos...

—Corta el rollo. A las cuatro.

—Debí de irme sobre esa hora.

—¿Solo?

Callen volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—Fue hace más de un mes, pero como no creo que de repente te interese cómo paso el rato, recuerdo que el doce de diciembre fue el día que desapareció la chica universitaria. En ese caso, debía de estar solo, dado que Bodine estaba en Missoula, y llegué demasiado pronto para que Rory y yo fuéramos juntos.

—¿No tienes a los engreídos Longbow haciendo cola para tu coartada? —Clintok miró alrededor exagerando el gesto—. No veo a Bodine corriendo hacia aquí para que puedas esconderte detrás de ella.

—Te conviene andarte con cuidado en ese aspecto —dijo Callen en voz baja.

—Veremos quién tiene que andarse con cuidado. No es más inteligente por tener dinero, algo que los Longbow y las Bodine han constatado al contratarte. Me pregunto qué se inventarán cuando estés entre rejas como mereces.

Aunque hervía de cólera, Callen habló sin alterar la voz:

—Clintok, los dos sabemos que tu problema no es con los Longbow o las Bodine, o no en su mayor parte, al menos. Así que, ¿por qué no nos ceñimos a ti y a mí?

—Como esta vez no los tienes para cubrirte las espaldas, ¿te vio alguien el doce de diciembre? ¿Alguien que pueda verificar dónde estabas?

Nadie, maldita sea, pensó Callen, pues había subido a Atardecer a un remolque y lo había llevado al centro para trabajar con él durante un par de horas.

—Es difícil decirlo.

Clintok se inclinó hacia él.

—¿Qué tiene de difícil?

—Esto..., ¿jefe? —Tragando saliva, tanta que los dos pudieron oírlo, Easy se acercó un poco—. Disculpe, pero creo que le está costando hacer memoria. El día que hubo que vendar la pata delantera a Cochise, ¿no fue el mismo día que nos pusimos con los arreos? A limpiarlos y arreglarlos. Usted terminó quedándose, trabajando conmigo hasta casi las seis. Después nos tomamos una cerveza, antes de irnos. Yo no creo que me fuera hasta poco antes de las siete, y usted todavía estaba. Quería verle la pata a Cochise antes de marcharse. Lo recuerdo con bastante claridad.

Callen le mantuvo la mirada un instante más.

—Es posible.

—Yo lo tengo bastante claro. ¿Es eso lo que quería saber, ayudante? —dijo Easy.

Clintok se volvió hacia él.

—¿Me estás mintiendo? Porque mentir a un policía es delito.

—¿Por qué iba a mentirle? —Easy retrocedió un paso—. Solo lo he dicho por lo que usted preguntaba. Que estuvimos aquí hasta más o menos las siete; fue agradable sentarse a tomar una cerveza después de un día largo, y luego me fui a casa.

—Vuelve al trabajo, Easy —le dijo Callen.

—Vale, jefe, solo intentaba ayudar.

—¿Cómo es que no tienes todo ese rollo que acaba de soltarnos en el puto móvil, Skinner?

—Tengo mi horario, y terminé a las cuatro. A veces hay cosas que hacer, o yo quiero que se hagan, y me quedo más rato. No anoto en mi calendario si me tomo una cerveza con uno de mis hombres. Si eso responde a tus preguntas, tengo caballos de los que ocuparme.

—Dos mujeres muertas, Skinner. Dos desde que has vuelto. A lo mejor investigo uno poco en California y encuentro más.

—Ocupa tu tiempo como estimes conveniente, ayudante. Yo haré lo mismo.

Callen entró el caballo en el cobertizo, le quitó la manta con cuidado y después apoyó los puños apretados en su cruz. Calculaba que otros diez segundos, probablemente no más de cinco, y habría sacado a pasear esos puños.

No habría sido capaz de seguir conteniéndose.

Se obligó a aflojarlos cuando oyó a Clintok arrancar el coche y lo vio alejarse levantando gravilla con las ruedas.

Tenía que agradecer al muchacho que le hubiera ahorrado lo que habría sido una desagradable pelea. Pero...

—No tenías por qué hacerlo, Easy.

—Solo he dicho lo que recuerdo. Teníamos montones de arrees que limpiar.

—Nos pusimos con los arrees un par de días después. Lo sabes tan bien como yo.

—La verdad es que no. —Easy lo miró por encima de los lomos de los caballos. La firmeza obstinada de su mandíbula vaciló bajo la penetrante mirada de Callen—. Puede que lo sepa ahora que lo pienso, pero no me ha gustado cómo le ha hablado, jefe, ni su pinta. Juro que quería sacar el arma, apuntarle con ella. Lo juro. No quería ver cómo le causaba problemas, eso es todo.

—Te lo agradezco. De veras. Pero la próxima vez, y con Clintok siempre hay una próxima vez, no lo hagas. No tiene sentido ponerte en su punto de mira. A mí me tiene ojeriza desde que éramos adolescentes, y eso no va a cambiar.

—Algunas personas son malas desde que nacen, supongo. ¿Hablabas de la chica desaparecida? ¿Ha dicho que está muerta?

—Eso me ha parecido.

—Válgame Dios, Cal. —Easy soltó el aire despacio mientras cepillaba la yegua con una almohaza suave—. Eso es horrible. Eso no está bien. Pero tiene que ser un estúpido si cree que usted haría algo así.

—Como he dicho, llevo mucho tiempo en su punto de mira. Antes o después, estará encantado de tener una excusa para apretar el gatillo.

Antes o después, pensó Callen, puede que él se viera obligado a dársela.

Esther limpió el baño, de arriba abajo, como hacía cada dos días.

La limpieza lo era todo.

Las manos, enrojecidas, irritadas y cuarteadas por años usando agua caliente y jabones fuertes, le escocieron cuando metió el estropajo en el cubo. Le dolían las rodillas; la espalda le daba punzadas y latigazos.

Apenas los notaba.

Estaba muy orgullosa del suelo blanco de linóleo, del brillo que sacaba a los grifos del lavabo y la ducha.

Cantaba mientras limpiaba, su voz era tan joven, fuerte y bonita como ella lo había sido tiempo atrás.

Cuando terminara, barrería y limpiaría el resto de la casa, y cuando el señor llegara, estaría contento con ella.

Él se la había procurado, ¿no?, incluso le decía que se la había ganado. Y le advertía, pues ella era necia y perezosa, que podía volver a quitársela si no mostraba —a la casa y a él— el debido respeto.

Hasta le había dejado colgar una cortina de flores para separar el baño del resto de la casa.

El resto consistía en un espacio de dos metros y medio por tres metros donde había una cama individual, una lámpara con el pie de hierro oxidado y la pantalla rasgada, la silla que él había subido de su habitación del sótano,

una encimera hecha con troncos de abedul y madera contrachapada y una barra de ducha que le servía como ropero.

Las paredes solo estaban enyesadas a medias; una alfombra trenzada marrón, deshilachada en los bordes, cubría el entarimado. Ella tenía dos armarios, uno para los platos de plástico y otro de despensa, así como una nevera portátil para guardar los alimentos perecederos.

Lo mejor de todo era que tenía una ventana. Era pequeña y estaba muy arriba, tocando el techo, pero le proporcionaba luz cuando hacía sol y podía ver el cielo y las estrellas por la noche.

Cuando se metía en la cama, veía más. Unos cuantos árboles, las montañas, o su silueta.

Tenía menos espacio que en la habitación del sótano, pero había llorado agradecida cuando el señor la había llevado a la casa y le había dicho que viviría ahí a partir de entonces.

Ya no llevaba grilletes, aunque el señor los había atornillado a la pared para recordarle qué se vería obligado a hacer si lo enfadaba.

Ella se esforzaba por no enfadarlo.

Allí, en lo que era un palacio para ella, podía calentar agua en el hornillo eléctrico y prepararse una infusión, o abrir una lata y cocinar sopa.

En temporada, incluso la había dejado salir para trabajar en el huerto. Por supuesto, había tenido que atarla, por miedo a que se alejara y se perdiera o un oso la dejara malherida.

Ella tenía que trabajar de madrugada o de noche con el perro atado, pues este la vigilaba, pero apreciaba mucho esas horas al aire libre, con las manos hundidas en la tierra, sembrando o arrancando malas hierbas.

En una o dos ocasiones le pareció oír a un niño que gritaba o lloraba, y en otra, quizá en más de una, estuvo segura de haber oído que alguien pedía ayuda. Pero el señor le decía que eran los pájaros y que siguiera trabajando.

El señor procuraba para sí y para los suyos, le gustaba decir, con pollos en el gallinero, la vaca lechera del corral y el caballo del potrero.

El huerto desempeñaba una función importante en ese sentido, y las mujeres trabajaban la tierra y cuidaban de su fruto. De igual manera que debían ser sembradas y dar fruto.

Ella había tenido otras tres hijas, así como dos abortos y un varón que había nacido muerto.

El señor se había llevado a las niñas, y aunque ella había llorado por cada una de sus pequeñinas, se había permitido olvidar. Luego había llegado el varón. Cuánta felicidad y esperanza había sentido, y después, cuánto sobrecogimiento y tristeza.

El señor dijo que era la ira de Dios contra ella, un castigo por sus maldades, la maldición de Eva.

Mientras sostenía aquella forma inmóvil, aquel niño sin vida, como un muñeco azul claro, supo que el señor decía la verdad.

Dios castigaba a los malvados. Ella era malvada. Pero todos los días se arrepentía de sus maldades, se esforzaba por conseguir la redención.

Se levantó con dificultad e hizo una mueca de dolor cuando las rodillas le crujieron. Llevaba su ropa de fregar, un holgado vestido de algodón que le llegaba a media pantorrilla y unas zapatillas de suela delgada. El pelo, ya muy por debajo de la cintura, le colgaba en una frágil trenza cana.

No tenía el lujo de un espejo, pues la vanidad era un pecado que anidaba en lo más recóndito del corazón de toda mujer, pero podía palparse las arrugas que le surcaban la cara.

Se decía que debía estar agradecida de que el señor quisiera que ella siguiera cumpliendo con sus deberes conyugales, que la premiara con comida y un techo.

Se puso la mano en la barriga, donde sabía que llevaba otro hijo. Rezó para

que fuera varón. Todas las noches se arrodillaba y rezaba para tener un hijo varón, un hijo con el que su marido le permitiera quedarse. Un hijo al que querer y amamantar, al que cuidar y enseñar.

Vació el cubo, volvió a llenarlo. Era la hora de limpiar los armarios, la encimera, la nevera portátil y el pequeño fregadero. Era la hora de cumplir con su deber.

Pero después de llevar el cubo a la cocina, tuvo que apoyarse en la pared. Era el bebé, por supuesto, creciendo en su seno, necesitando alimentarse de ella, lo que tanto la cansaba y casi le daba fiebre.

Se prepararía una infusión, se sentaría un rato hasta que se sintiera más fuerte. Más fuerte para el bebé, pensó al sacar el bote de las hojas de diente de león que el señor había tenido la bondad de enseñarle a secar, a ella, una mujer ignorante.

Puso una taza de agua a hervir en una olla y, mientras se calentaba, utilizó el agua jabonosa y caliente del cubo para limpiar.

Era preferible no dejarla enfriar. Quien guarda, halla.

Cuando el agua rompió a hervir, se sintió febril y mareada. La infusión la entonaría, la infusión... y sentarse un ratito.

Vertió el agua hirviendo sobre la cucharilla de plástico con las hojas y se llevó la taza a la silla.

Cuando se sentó, cerró los ojos.

—Solo vamos a descansar un momento —dijo al bebé—. Solo vamos a tomarnos un descanso. Esta noche tenemos que recoger alubias y tomates. Y a lo mejor calabazas. Tenemos... —Se interrumpió, gritó por el repentino y fuerte espasmo—. ¡No! ¡No, por favor!

Con el segundo espasmo, se dobló por la mitad en la silla y cayó al suelo de rodillas mientras la taza se le escurría de la mano y la infusión de diente de león se derramaba en la vieja alfombra trenzada.

Sintió que esa vida la abandonaba, la sintió fluir fuera de ella con sangre y dolor.

Dios castigaba a los malvados, pensó, y se tumbó en la alfombra, deseando su propia muerte.

En la actualidad

Bodine consiguió llegar a casa justo antes de que anoheciera, y antes de otra de las nevadas de febrero. Mientras se quitaba la ropa de abrigo, le llegaron los aromas de la cocina.

—¡Dios mío, qué bien huele eso! Dicen que van a caer otros dos palmos, Clementine. A lo mejor quieres... —Cuando vio que la fuerte e impasible cocinera se apresuraba a enjugarse las lágrimas, se interrumpió y corrió a su lado—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguien se ha hecho daño? Mamá...

Sorbiéndose la nariz y procurando apartar a Bodine, Clementine negó con la cabeza.

—Tu padre y ella han salido a cenar. No es nada. Se me ha metido algo en el ojo.

—No me vengas con esas. Aunque tuvieras clavada una astilla tan grande como mi pulgar, te la arrancarías sin derramar una sola lágrima. Siéntate.

—¿No ves que tengo el pollo a medias?

Bodine se apresuró a apagar el fogón.

—Se conservará. He dicho que te sientes, y hablo en serio. Ahora.

—Me gustaría saber cuándo has empezado a dar órdenes en esta casa.

—Te estoy dando esta. ¿O quieres que telefonee a mamá?

—¡Ni se te ocurra! —Con las facciones crispadas, las mejillas aún húmedas, Clementine se sentó—. Ya está. ¿Satisfecha?

Aunque quería replicarle, Bodine se mordió la lengua. Pensó en preparar té, pero decidió que le llevaría demasiado tiempo y podía perder la ventaja. En vez de eso, sacó una botella de whisky y echó dos dedos en un vaso.

Después de ponérselo delante, se sentó.

—Anda, dime qué pasa. ¿Cuántas veces te lo he dicho yo cuando me había hecho daño, tenía un disgusto o simplemente estaba tan enfadada como para llorar?

—No es de tu incumbencia.

—Tú eres de mi incumbencia.

Derrotada por ese argumento, Clementine cogió el vaso y se bebió la mitad del whisky.

—No sé qué me ha dado. Acabo de enterarme... Una amiga mía del club de *patchwork*... Tú conoces a Sarah Howard.

—Claro. Fui a la escuela con su hijo menor, Harry. Yo... Oh, Clem, ¿le ha pasado algo a la señora Howard?

—No, no, ella está bien. Es solo que... —Alzando una mano, Clementine se rehízo—. Sarah es amiga de Denise McNee..., la madre de Karyn Allison, esa pobre chica. Recuperó su apellido de soltera después de divorciarse hace unos años. Marjean, la prima de Sarah, se casó con el hermano de Denise, y Sarah y Denise se hicieron amigas con los años.

—Vale.

—Esta noche íbamos a reunirnos, el club de *patchwork*, en mi casa. De ocho a diez. Sarah acaba de llamar para decir que no podrá venir; traía su tarta de moca.

A Bodine no le costó seguir sus digresiones.

—¿Qué le ha pasado a Denise McNee, Clem?

—Se ha tomado un montón de pastillas, Bodine. Se ha tragado un montón

de las pastillas que el médico le recetaba para ayudarle a superar este momento tan terrible. No sé qué clase de malditas pastillas.

—Ay, Clem.

—Ha sido Sarah quien la ha encontrado, había pasado a llevarle un guiso y a hacerle compañía un rato. Ha sido Sarah quien la ha encontrado y ha llamado a una ambulancia.

—Se ha suicidado.

—Lo ha intentado. Todavía puede que lo consiga. Está en el hospital, y Sarah me ha dicho que aún no lo saben. Sarah estaba llorando, fuera de sí. Y me he puesto a pensar en cómo esa pobre mujer quería morir, en cómo ha perdido a su hija de esa manera tan atroz, y es lo mismo que perder su corazón.

—Lo siento mucho, Clem. Lo siento muchísimo.

—Ya nunca volverá a ser la misma, esa madre. —Con la barbilla temblándole, Clementine utilizó el borde del delantal para enjugarse los ojos enrojecidos—. Si vive, ya nunca será la que era. La gente me mira y piensa que no he tenido hijos, pero eso no es verdad.

—No, no lo es. —Hablando con dulzura, Bodine le cogió la mano con firmeza—. Me tienes a mí, y a Chase y a Rory. Supongo que a Callen también, de hecho.

—Me ha afectado muchísimo. —Más calmada, Clementine se enjugó las lágrimas con la otra mano—. Una buena amiga llorando al teléfono por una amiga suya. Esa pobre chica muerta por razones que desconocemos. Y Cora, aguantando durante tantos años, sin saber si una hija suya está viva o muerta. Me ha afectado muchísimo, y me ha hecho pensar en cómo lo llevaría yo, en cómo lo superaría si algo le pasara a uno de los míos. —Meció un poco el cuerpo y tomó otro sorbo de whisky—. No es un amor comparable al de una

madre por un hijo, sea cual sea la manera como ha entrado en su vida, y no hay pérdida ni dolor que puedan compararse.

—Vamos a cuidarnos, y vamos a cuidar unos de otros, te lo prometo. ¿No dejo yo que Callen o Rory se me peguen como lapas casi siempre que voy a trabajar? ¿Para así tenerlos controlados?

Clementine sonrió.

—Eres un cielo la mayoría de las veces, Bodine.

—Lo soy. Vamos, quiero que hagas lo que sé que te tiene angustiada y lo que tú me dirías que hiciera en tu lugar. Ve al hospital para hacer compañía a tu amiga. Ella te necesita.

—No he terminado de preparar la cena.

—Me las apañaré. Anda, vete. Va a nevar, así que conduce con prudencia, y quiero que me mandes un mensaje esta noche cuando llegues a casa. Para no preocuparme —se apresuró a añadir.

—Conduzco cuando nieva en Montana desde antes de que tú nacieras. Me sentiría mejor estando con Sarah.

—Pues ve.

—Sí. —Clementine se levantó—. Bien, pon el pollo a fuego medio y déjalo cocer durante otros veinte minutos. No te vayas corriendo y lo dejes, porque se te quemará.

—No, señora.

—Hay zanahorias y patatas asándose en el horno.

Bodine escuchó sus órdenes, detalladas y reiteradas, mientras la mujer se abrigaba.

Una vez estuvo sola, volvió a encender el fogón, miró dentro del horno y levantó el paño que cubría la masa del pan a la que Clementine había dicho que le faltaban otros quince minutos para subir.

Se sirvió su copa de vino y pensó en la desesperación de una madre, en el

aguante de otra. Una no había sido capaz de asimilar la pérdida. La otra había seguido adelante.

Pero ambas necesitaban hombros en los que apoyarse, amigos alrededor. Familiares para llenar los vacíos, amigos que eran como de la familia.

Miró por la ventana, vio las luces de la choza encendidas.

Y siguiendo un impulso, mandó un mensaje de texto a Callen:

¿Has cenado ya?

Tardó un minuto en responder:

No.

Ven a cenar con nosotros. Hasta te invitaré a una cerveza.

Esta vez la respuesta le llegó en segundos:

Ábrela y ponme un plato.

Hecho.

Se alejó de la ventana, pinchó el pollo, y pensó que esa noche todos los polluelos de Clementine cenarían juntos en el gallinero.

Pasó un día, luego otro, y Bodine no conseguía quitarse de la cabeza su conversación con Clementine. Daba igual que ya fuera de nuevo la misma mujer templada e impasible de siempre y que todo hubiera vuelto a la normalidad.

Puede que la tuviera tan grabada porque Denise McNee había entrado en

coma y parecía suspendida en ese limbo entre la vida y la muerte. ¿Se podía elegir hacia dónde ir? ¿Era siempre una decisión?

No estaba segura de que hubiera respuestas, pero decidió hacer las preguntas.

Fue al Centro Ecuéstre a caballo, los golpes de los cascos de Leo contra el duro asfalto de la carretera eran tan claros como tañidos de campanas. Prados nevados se extendían por doquier mientras el invierno ejercía alrededor su firme y glacial control.

Aun así, el cielo estaba azul y había halcones planeando por él. Puede que cuando febrero diera paso a marzo la primavera asomara la cabeza.

Vio la camioneta de su abuela, el todoterreno de Jessica, y los sorteó montada sobre Leo. Desmontó, abrió las puertas y entró al caballo.

La voz de Cora resonó:

—Cambia de pies y llévala en la otra dirección. No hace falta que te agarres al arzón, Jessie.

—A mí me parece que sí.

—Mantén la espalda recta. Muy bien. ¿Por qué no la pones al trote?

—Vale. Dios mío, mañana volveré a sentarme en un cojín.

Divertida, pues Jessica ya lo había hecho dos veces, Bodine ató las riendas de Leo a una barra y le aflojó las cinchas.

Cuando se dirigió al borde del picadero, vio que Jessica llevaba a la yegua a un armónico trote.

—Espalda recta. —Cora, a lomos de Vaquero, su caballo preferido, la miraba con ojos de águila—. Muévete con ella, deja que sienta que estás con ella.

En opinión de Bodine, su abuela nunca estaba tan atractiva como cuando montaba a caballo. Llevaba la camisa de cuadros metida por dentro de los

vaqueros, y los pantalones metidos por dentro de unas llamativas botas rojas. Su bonito pelo, bajo un sombrero negro almidonado de ala vuelta.

—Sigue al trote y cambia de pies. No te lo pienses demasiado, hazlo sin más.

—¡Lo he hecho!

—Pues claro. Ahora ve frenándola, deja que vaya un rato al paso. No levantes los hombros.

Cora hizo girar a su caballo y entonces vio a Bodine. Su nieta se llevó un dedo a los labios, y recibió una sonrisa a cambio.

—¿Notas cómo responde?

—Sí. —Jessica alzó una mano para colocarse bien el casco—. Sinceramente, las primeras veces no entendía a qué te referías. Pero ahora sí. No me puedo creer que esté haciendo esto. Que puedo hacer que ande y que se pare, ponerla al paso y al trote, en una dirección, luego en la otra.

—¿Y pasártelo bien?

—Me lo paso bien. Aunque lo paguen mi culo y mis piernas. Es una sensación genial.

—Y vas a tener una sensación incluso mejor. Vas a llevarla del paso al trote y del trote al medio galope.

Incluso de lejos, Bodine vio que Jessica agrandaba los ojos, que los ponía como platos.

—Ay, Cora, no creo que esté lista. Para serte sincera, me va bien ir despacito.

—Estás lista. Tienes que confiar en mí, en la yegua, en ti. Trota un poco. Mete las rodillas, baja los talones y los codos. Dile qué quieres. Eso es. Ella quiere complacerte. Solo tienes que darle otro empujoncito, mantener la postura, darle la señal, y seguirá sola.

—¿Y si me caigo?

—No vas a caerte, pero si te caes, volverás a montar. Un empujoncito, Jessie.

La cara de miedo que puso Jessica hizo que Bodine se preguntara si su abuela no se habría precipitado, si no habría forzado las cosas. Pero Jessica, con los labios apretados, se balanceó en la silla, espoleó a la yegua con los talones y la llevó con fluidez a un espléndido medio galope.

La preocupación dio paso al asombro.

—¡Oh, Dios mío!

—Muévete con ella, eso es. ¡Baja los codos! Mírate. Cambia de pies. Muy bonito, cariño. Muy bien. Vuelve a frenarla, despacio.

En cuanto Maybelle se detuvo, Jessica se llevó la mano al pecho.

—¿Ha pasado de verdad?

—Lo he grabado en vídeo. —Bodine se acercó y le enseñó el móvil—. Bueno, los últimos segundos. Lo has hecho genial.

—Aprende más deprisa de lo que ella se cree —dijo Cora—. Da otra vuelta. Al paso, al trote y al medio galope.

—¿Por qué me da tantísimo miedo cuando acabo de hacerlo?

—Hazlo otra vez, y la próxima será más fácil.

—Una vez más —obedeció Jessica.

Bodine giró sobre sus talones, grabando con el móvil a la amazona novata y a la yegua veterana.

—Voy a mandarte este vídeo —le dijo cuando Jessica llevó a Maybelle al centro del picadero.

Sin aliento, con la cara arrebolada y el ceño fruncido, Jessica echó un vistazo a la pantalla que Bodine le enseñaba.

—¿Voy a ponerme contenta o voy a morirme de vergüenza?

—Creo que vas a quedarte impresionada.

Cuando Bodine fue a buscar una banqueta, Jessica negó con la cabeza.

—No la necesito. Bajar es una de mis mejores habilidades ecuestres. Pero, ay, cómo me duele el trasero.

—Cuando le dediques más tiempo y montes más a menudo, el trasero dejará de dolerte. —Cora desmontó con soltura—. Veamos si te acuerdas de cómo desensillar tu caballo.

—De hecho, lo haré yo. —Bodine asió las riendas de Maybelle—. Tengo que hablar de una cosa con Cora.

—Entonces me iré a casa y me meteré en la bañera. —Jessica acarició a la yegua—. Gracias, Maybelle. Gracias, Cora.

—Ha sido un placer. Me has recordado lo bien que se pasa enseñando a una persona desde el principio.

Acompañada por Bodine, Cora llevó a los caballos a las casetas.

—Iba a desensillarlos aquí para que Jessica adquiriera práctica y cepillarlos luego en el CAB. Pero podemos hacerlo aquí si necesitas hablar conmigo. ¿Quieres una Coca-Cola? Tenemos unas cuantas en el cuarto de los arreos.

—Traeré un par.

Bodine se llevó la silla, la guardó y cogió los refrescos. Cora tenía la segunda silla de montar en el poste y ya estaba frotando a Vaquero con un paño.

—¿Qué te preocupa, cariño?

—No te lo he preguntado nunca porque no quería ponerte triste. —Bodine cogió un paño limpio y se puso manos a la obra—. Si te pone demasiado triste y no quieres hablar de eso, me callaré.

—Esto parece serio.

—Es sobre Alice. Creo que entiendo por qué se enfada la abuela y por qué lo hace mamá. La abuela... Tú eres su hija, y le duele que alguien te haya hecho sufrir tanto. Lo mismo ocurre con mamá. Y creo que ellas también sufren.

—Sé que eso es cierto, y no hablamos mucho del tema porque reaviva el sufrimiento.

—Yo no quiero hacer eso. —Mientras cepillaba a la yegua, Bodine miró a su abuela—. No quiero que sufras más todavía.

—Pero te haces preguntas. Tienes muchas acumuladas, y eres la clase de persona que quiere respuestas. —Sin dejar de trabajar, Cora la miró a los ojos—. Vamos, pregunta.

—Supongo que el detonante ha sido la madre de Karyn Allison, yaya. Que quisiera morirse, y a que a lo mejor lo consiga. Y hablé personalmente con la madre de Billy Jean y sé que, aunque no estaban tan unidas como dicen que lo estaban Karyn y su madre, su pena era infinita. Hizo que me preguntara cómo ha sido para ti, todos estos años, sin saber con seguridad si Alice está...

—Viva. Si está viva —concluyó Cora—. Mi corazón me dice que lo está. Necesito creer que lo está.

—Pero ¿por qué no estás enfadada? Veo que la abuela y mamá están enfadadas y lo entiendo. Veo tu convencimiento de que está viva y lo entiendo. Pero ¿por qué no estás enfadada?

En esencia era eso, comprendió Bodine. No había conocido a Alice Bodine, y solo mencionar su nombre la encendía por dentro.

—Alice se marchó sin más, os borró a todos de su vida. ¿Qué clase de persona, yaya, ni tan siquiera te dice que está viva y bien en alguna parte? ¿Qué clase de persona no entiende o ignora el sufrimiento, la preocupación?

—Estuve enfadada. Bueno, «enfadada» es una palabra demasiado limitada para describir lo que sentía. No tengo una palabra que sea lo bastante grande. —Y Cora siguió peinando la crin de Vaquero con manos pacientes, con movimientos constantes—. Se largó el día de la boda de su hermana. El día más feliz de su vida. Esa noche, de hecho, tal como dedujimos. Dejó una nota diciendo que no iba a conformarse como Reenie con la esclavitud del

matrimonio, el aburrimiento de la vida en el rancho. Me echó en cara que yo nunca la había entendido, que no la quería tanto como a Reenie. Para hacerme daño. A propósito. Alice sabía cómo meter el dedo en la llaga.

Bodine se preguntó si Alice no habría hecho un favor al resto de la familia marchándose, pero se reservó esta opinión.

—Yo no quería decírselo a Maureen y a Sam, no quería amargarles la luna de miel. Pero esa noche se quedaron a dormir en una cabaña, y cuando volvieron para despedirse de todos antes de salir de viaje, tuve que hacerlo. Luego debí obligarlos a marcharse y decirles, y sinceramente en ese momento lo creía, que Alice solo estaba provocándonos como a ella le gustaba hacer, y que volvería pasados unos días.

—Pero no volvió.

—No volvió —repitió Cora—. Durante un tiempo, mandó postales de vez en cuando. Yo contraté a un detective. No iba a obligarla a volver. Tenía dieciocho años, así que de todas formas no podía, pero es inútil intentar retener a alguien que quiere irse. Solo quería saber que estaba bien, que no corría peligro... Por desgracia, no pudimos encontrarla. —Cora respiró hondo y pasó una mano por el cuello de Vaquero—. Dejé de estar enfadada, Bodine, porque estar enfadada no cambiaba nada. Solía preguntarme si había sido demasiado dura con ella, o demasiado blanda. Yo estaba intentando mantener el rancho a flote, luego vino el rancho turístico y los primeros tiempos del resort. ¿Me había impedido todo eso ser una buena madre para ella?

Culparse no servía de nada, pensó Bodine. No, no iba a permitirlo.

—Yaya, veo cómo os tratáis mamá y tú. Lo veo y sé qué clase de madre fuiste, eres. Me destroza saber que has dudado de ti misma.

—Las madres lo hacen, todos los días. Es curioso, Bo, cómo una mujer puede traer a dos hijas al mundo, darles la misma educación: las mismas

reglas y valores, caprichos y castigos. Y aun así que puedan ser dos personas tan distintas.

Por un momento, Cora apoyó la mejilla en el cuello de Vaquero.

—Mi Alice nació cubierta de espinas. Podía ser divertida y dulce, y, Dios santo, encantadora. Pero mientras que Maureen era feliz en el rancho, Alice siempre se sintió limitada por él. Sé que Alice pensaba que yo prefería a Reenie, pero cuando una hija se esfuerza por sacar buenas notas y la otra se salta las clases, bueno, una de ellas recibirá elogios y la otra, castigos. —Cora suspiró y se rio sin ganas—. Alice nunca pareció entender cómo funcionaba todo. Cuando estaba en paz consigo misma, era una delicia. Audaz, aventurera y curiosa. Mientras que Reenie podía ser demasiado seria, preocuparse demasiado porque todo estuviera perfecto, por complacer a todos al mismo tiempo, Alice la sacaba de ahí, la provocaba para que corriera riesgos. Muy parecido a lo que ocurre con Chase y Callen, pero Callen... no tenía sus espinas, jamás en su vida estuvo resentido con Chase por ser quien era, por tener lo que tenía. Ahí está la diferencia.

—Y nada de eso importaba, ni importa ahora —dijo Bodine en voz baja—. Espinas, resentimientos, atrevida o curiosa, era tuya. Tú la querías. La quieres.

—La quería, y la quiero. ¿Haberla perdido? ¿Saber que ha preferido olvidarme, olvidarnos a todos? Me duele igual que el primer día.

—¿Cómo lo soportas? ¿Cómo sigues adelante?

—Tengo que verlo todo en su conjunto, no solo ese punto negro y vacío. —Cora sacó unas pastillas de menta del bolsillo y se las dio a los caballos—. Cuando murió tu abuelo, el que no llegaste a conocer, todo mi mundo se desmoronó. Lo quería, Bodine, tanto que no sabía cómo podría seguir adelante en un mundo donde él no estuviera. Pero tenía a tu madre, y ella me necesitaba. Llevaba a Alice en mi vientre. Tuve que seguir adelante.

Después de pasar la mano por la trenza de Bodine, Cora cogió un raspador.

—Tus bisabuelos... Sé que mamá y yo nos peleamos de vez en cuando. Es imposible que dos mujeres que viven bajo el mismo techo no lo hagan. Pero no hay nada en este mundo que pueda enturbiar el amor y la gratitud que siento por ella y por mi padre. Vendieron su casa para venir aquí porque yo los necesitaba. No podría haber seguido adelante sin ellos. Podría haber perdido el rancho, aun con la ayuda de tus tíos.

—Podrías haberlo dejado estar, haberlo vendido. Todos lo habrían entendido.

Cora alzó la vista bajo el ala del sombrero mientras limpiaba el casco trasero derecho de Vaquero.

—Mi Rory adoraba el rancho. Arriesgó todo lo que tenía para levantarlo. Yo no podía dejarlo estar, pero sin esa ayuda, podría haberlo perdido. En cambio prosperó, y sé que mi Rory estaría orgulloso de lo que hemos hecho. —Sonriendo, se apoyó en la pata delantera de Vaquero e inspeccionó la pezuña cuando el animal la levantó—. Tengo una hija que me alegra la vida, un yerno que es el mejor hombre que conozco. Y tres guapos nietos de los que me siento orgullosa todos los días. Tengo una vida plena, Bodine, porque decidí vivirla. Tengo penas. Ninguna vida es plena sin ellas. Echo de menos a mi marido. No importa cuántos años hayan pasado desde la última vez que vi su cara, oí su voz. Todavía lo veo, todavía lo oigo, y eso me consuela. Echo de menos a mi hija, sus virtudes y sus defectos. Puedo querer otra oportunidad para ser su madre sin restar valor a todo lo que tengo, a todas las cosas buenas, por ese deseo.

—Tienes una vida plena porque decidiste vivirla y te esforzaste para que lo fuera.

—Sí, pero no infravalores a la madre de esa pobre chica, Bodine, por no haber podido afrontar su pena. La desesperación es un ser vivo y poderoso.

—No lo haré. No la infravaloro. Pero puedo valorarte más a ti, yaya, por ser más fuerte que la desesperación y más valiente que la pena.

—Mi dulce niña —susurró Cora.

—Veo lo fuerte que eres, yaya. Fuerte e inteligente, y también cariñosa. Veo esas cualidades en la abuela y en mamá. No resto valor a los hombres de nuestra familia cuando digo que estoy orgullosa de ser la siguiente en mantener alto el pabellón de la familia Riley, Bateau, Bodine, Longbow. Y por ti deseo que, dondequiera que esté, Alice se haya labrado una buena vida.

—Eres un tesoro para mí, Bodine. Un tesoro que brilla como el oro.

Cuando Cora rodeó los caballos para abrazarla, Bodine la estrechó contra su pecho.

Sin embargo, pensó, aunque pudiera desearlo, por el bien de su abuela, le costaba creer que alguien pudiera labrarse una buena vida pasando por alto a su propia familia y a todas las personas que la habían querido.

La información, las habladurías, las insinuaciones maliciosas y las conjeturas infundadas se extendieron como la pólvora entre el rancho y el resort. Los rumores podían ser más o menos succulentos, pero siempre era posible sacarles un poco de jugo.

Como Bodine no estaba segura de cuánta parte de verdad había en el rumor que había llegado a sus oídos ese día, pensaba que era su deber averiguarlo.

Tenía una doble razón para llamar a la puerta de la choza después de cenar. Ciertamente que ese momento quedaba fuera del horario laboral, un detalle que consideraba importante, pero también le parecía justo y apropiado mantener esa conversación en lo que era, fundamentalmente, más territorio de Callen que suyo.

Él gritó: «Pasa».

Bodine lo encontró repanchigado en el sofá, con el ordenador portátil en el regazo, una cerveza en la mesa junto a él y un partido de baloncesto en la televisión.

Le había dado el sol, observó, pues la luz de la lámpara resaltaba en él algunas mechuras más claras en la cervuna mata de pelo.

—Hola. —Callen continuó tecleando, pero no con dos dedos, como hacían su padre y Chase, sino con el mismo dominio que cualquiera de sus administrativos.

¿Dónde había aprendido mecanografía?

—Coge una cerveza y una silla —la invitó.

—Voy a pasar de la cerveza. —Pero se sentó.

—Dame un segundo, solo tengo que... Vale, esto debería funcionar.

Bodine esperó mientras él guardaba el archivo y apartaba el ordenador. Parecía cómodo, relajado, pensó, y tenía un aspecto un poco descuidado, lo que ella siempre encontraba extrañamente atractivo en él.

Podía entender que estuviera atractivo, incluso cómodo, si el rumor resultaba no ser cierto, pero no le cabía en la cabeza que pudiera estar tan relajado.

Callen estiró las piernas y, sin pensárselo, subió las botas a la mesa de centro.

—¿Cómo va?

—De hecho, es lo yo que quería preguntarte.

Él asintió y cogió su cerveza.

—No puedo quejarme. He introducido las reservas para las dos próximas semanas y tengo el programa hecho. He organizado la rotación de los caballos. Tengo tu hoja de cálculo y la cuantía de los gastos. Preveo que se incrementarán un poco dado que en primavera hay más reservas. Y, de paso, necesitaré hablar contigo sobre reponer algunos arreos. Estamos haciendo inventario siempre que tenemos un rato.

Bodine comprendió que había aprendido mucho más que a escribir con los diez dedos.

—Mándame un informe sobre eso cuando hayas terminado. Me refería a cómo te va en un plano más personal.

Callen enarcó las cejas sorprendido y alzó la cerveza.

—De nuevo, no puedo quejarme.

—No acabo de entender por qué no puedes quejarte de que Garrett Clintok

fuera otra vez a por ti. Y de que además lo hiciera mientras tú estabas en el resort trabajando para nosotros. Creo que eso bien merece una queja.

Aunque Callen se encogió de hombros y tomó un sorbo de cerveza, Bodine detectó un destello de enfado en sus ojos.

—Quizá porque Clintok no me preocupa.

Tan intrigada como frustrada, Bodine apoyó un tobillo en la otra rodilla.

—Si lo que dices es cierto, Skinner, te has vuelto un cabrón tremendamente tranquilo. Fue al CAB mientras estabas trabajando y te acusó de asesinato.

—No utilizó tantas palabras.

Fuera o no verdad que se le había suavizado el carácter con la edad, ella sí se había convertido en una mujer que sabía contener sus propias frustraciones para llegar al fondo del asunto.

—¿Por qué no me lo cuentas para que no tenga que oír las diversas versiones que me llegan de otras fuentes?

—En primer lugar, Easy no debería haberte dicho nada.

—No estoy en absoluto de acuerdo, aunque, de hecho, no lo hizo. Le contó algo a Ben. Si no me falla el orden de los supuestos acontecimientos, Ben vio llegar a Clintok, os vio manteniendo lo que él interpretó como una discusión y luego vio irse a Clintok, como una bala. Más tarde, Ben preguntó a Easy por lo ocurrido, se enteró de algunas cosas, se las contó a otra gente, etcétera, hasta que a mí me ha llegado una versión de lo que ocurrió de lo más enrevesada.

Tuvo que respirar y se sorprendió molesta al verlo aún repanchigado, sin decir nada, y hasta diría que muy relajado.

—No me gusta enterarme así de las cosas, Skinner. Y sobre todo con algo tan escandaloso como esto. Deberías habérmelo contado.

Callen asintió con aire pensativo, se encogió de hombros con calma, como

si estuviera considerando su punto de vista.

—Yo no lo veo así. Era un asunto personal, y lo abordé. No tenía nada que ver con el trabajo, ni contigo o el resort.

—Pasó, repito, en el resort. —Bodine alzó una mano antes de que Callen pudiera discutirlo—. Tengo todo el derecho a quejarme al sheriff cuando uno de sus ayudantes acosa a uno de nuestros empleados en nuestra propiedad. Me da igual que tú no lo veas así, porque es así, maldita sea. Y si vas a quedarte ahí sentado y a decirme que no hizo ninguna alusión a los apellidos Bodine o Longbow, al menos de forma velada, voy a tener que llamarte una cosa que nunca has sido. Y sería «mentiroso».

Entonces, por fin, su tranquilidad desapareció. Se levantó con brusquedad y empezó a pasearse de un lado a otro por el reducido espacio. Esta vez Bodine enarcó una ceja, y esperó. Según parecía, costaba más sulfurarlo que antes, pero reconoció el impresionante genio que le bullía en las entrañas.

Así pues, esperaba a ver qué sucedía.

—Sabes perfectamente, Bo, lo sabes de sobra, que este asunto con Clintok viene de mucho antes que nada de lo que ha ocurrido. Solo está utilizando esto como excusa para buscarme las cosquillas. No voy a complacerlo, y desde luego no voy a ir corriendo a ti cuando venga a intimidarme. A la mierda esta historia, y a la mierda él. Así son las cosas, joder.

Bodine sonrió con toda la dulzura de un *parfait* de fresa.

—Caramba, Callen, al final no pareces tan tranquilo con todo este asunto.

—A ver lo tranquila que estás tú cuando un capullo te acusa de asesinar a dos mujeres.

—A eso me refería, justo a eso, así que estamos de acuerdo. El sheriff Tate le advirtió expresa y justificadamente que no se acercara a ti. Él no hizo caso y, por lo que veo, decidió ir a intimidarte mientras estabas trabajando, y

delante de otro empleado, uno que está a tu cargo. Creo que al sheriff no le haría ninguna gracia saberlo.

—Eso no te corresponde. —Callen se puso enfrente de ella; sus ojos azules despedían fuego—. No te corresponde ir corriendo a Tate, y a mí no me corresponde ir corriendo a ti.

—Ahora has dejado salir tu intransigencia y tu impulsividad. No voy a contárselo al sheriff. No lo haré porque he crecido rodeada de hombres, he trabajado con ellos, he vivido con ellos, y entiendo, puede que hasta lo valore, que en el cerebro masculino hacer eso es como insultar su enorme virilidad, pero...

—No tiene nada que ver con... Vale. —Bodine lo había pillado, y las mentiras no iban con él—. Vale, en parte es eso. Pero lo demás es justo lo que he dicho. Resumiendo: siempre ha sido algo entre Clintok y yo.

—Con lo que volvemos a vuestra enorme virilidad, y no lo digo como un insulto a tus pelotas, Skinner, sino solo como un hecho constatado. Así que no iré a contárselo a Tate, pero diré lo que sé y lo que creo que el sheriff debería saber y preguntarme.

Puede que lo exasperara y que le tocara los huevos, pero Callen no podía discutirsele con ningún argumento lógico. De manera que volvió a dejarse caer en el sofá.

—De acuerdo.

—Y te pido, como directora del resort, como amiga tuya, que si Clintok vuelve a acosarte, me lo digas. Necesito saber qué pasa en mi casa, y sé que tú lo entiendes aunque estés enfadado.

Callen echó otro trago de cerveza.

—Esto se te da genial.

—Esto se me da jodidamente genial. Te pido que confíes en mí, y que dejes de estar tan cegado por tu absurdo orgullo de macho para que entiendas

que informarme de sus absurdas amenazas no es ir corriendo a refugiarse bajo las faldas de una mujer. Haz eso, mantenme informada para que yo no tenga que enterarme por los chismes que corren por el resort o el rancho, y dejaré que lo llesves a tu manera.

—Quizá se te dé jodidamente bien porque lo entiendes. —Callen resopló—. Eres tan razonable que no puedo defender mis argumentos sin quedar como un tonto.

—Tú no tienes un pelo de tonto, Skinner, ni lo has tenido nunca. —Bodine se inclinó lo suficiente para darle un suave puñetazo en la pierna—. Y por lo que he visto, se te da de coña tratar con capullos. Dime, ¿hay trato?

—Sí, sí, sí. —Y con el trato cerrado, Callen se sintió libre para desahogarse un poco—. Joder, me cabreó. Presionándome, insultándome..., a mí y a todos vosotros, en eso tenías razón, haciendo todo lo posible para provocarme y conseguir que le diera un puñetazo.

—En otro momento lo habrías hecho, con menos provocación. ¿Cuándo aprendiste a suavizar ese famoso genio tuyo?

Callen pensó en lo poco que le había faltado, cinco segundos, para soltar a Garrett más que un puñetazo. Pero...

—Si un hombre no aprende unas cuantas cosas en la vida, pierde el tiempo. Una máxima que describe bastante bien a Garrett Clintok. Ese hijo de puta no ha aprendido nada en absoluto. Solo ha conseguido una placa para poder ser un matón con todas las de ley. —Y la miró antes de añadir—: Quiero que el trato incluya otra cosa.

—Ya lo hemos cerrado.

—No nos hemos dado la mano.

Bodine se limitó a mirar hacia arriba con exasperación.

—¿Qué más querrías incluir?

—Si se mete contigo o tu familia por mí, me lo dices.

Bodine volvió a inclinarse hacia él y alargó la mano.

—No hay problema.

Se estrecharon las manos. Callen volvió a recostarse.

—Voy a reconocer una cosa. Me tiene cabreado desde entonces. Soy incapaz de quitarme esa piedra del zapato. Porque, sea como sea Clintok, tengo la sensación de que cree que yo podría haber hecho eso de lo que me acusa. Lo cree de verdad.

Bodine se disponía a llevarle la contraria, pero se lo pensó mejor.

—Puede que tengas razón. Te odia, y siempre lo ha hecho. Su odio es irracional y genuino, así que necesita pensar lo peor de ti. Y no te conoce de verdad. Todos los que te conocemos no lo pensaríamos.

—Tal vez no, pero insistió tanto que Easy se sintió obligado a interceder y a encubrirme, y sin atenerse mucho a la verdad. Eso tampoco es conveniente.

—Imagino que Ben hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Puede. —Cal miró su cerveza con el ceño fruncido—. Sí, puñetas, es verdad. Eso tampoco es muy conveniente.

Ambos se escrutaron. Bodine se había destrenzado el pelo, y la melena azabache, un poco ondulada aún, le caía suelta sobre los hombros. El tono, replicado en sus pestañas, le acentuaba el verde de los ojos. En esos ojos Callen percibió comprensión, una pizca de compasión, en vez de la actitud dura e inflexible que había visto en ellos cuando se habían puesto a discutir.

—Reconozco que después de desahogarme contigo ya no me siento tan cabreado.

Bodine resopló.

—Eres de la familia, Callen.

—Puede, pero yo ya no te veo como a mi hermana.

Aquello la hizo reír.

—Tú nunca me has visto como a tu hermana.

—Te veía como a la hermana pequeña de mi mejor amigo. Es lo mismo. Ahora te miro y no puedo quedarme en eso. En California conocí a un domador de caballos. Nunca me he topado con nadie que estuviera tan conectado con los caballos. Yo le decía que probablemente había sido uno en otra vida. Le encantaban los caballos, el buen whisky y estar acompañado de hombres. Pero de vez en cuando me decía: «Skinner, tengo ganas de estar con una mujer».

Bodine volvió a resoplar, y Callen sonrió.

—Son sus palabras. Así que se buscaba una y se quedaba satisfecho hasta la siguiente vez que le entraran ganas.

Bodine comprendía la simple lógica y la organización del método.

—¿Eso haces tú cuando te entran ganas?

—Un hombre tiene que pensar en su enorme virilidad.

Ella no pudo sino reírse.

—Me la has devuelto. Un punto para ti.

—El caso es que, como me ha dado por confesarme, desde que he vuelto tengo ganas de estar con una mujer.

Callen vio cómo ella enarcaba las cejas, cómo esa sonrisita guasona asomaba a sus bonitos labios.

—Pero solo tengo ganas de estar contigo. —Entonces vio cómo la sonrisa se borraba—. Y recordarme que eres la hermana del mejor amigo que he tenido nunca, que nunca tendré, no me las ha quitado ni un poquito.

Bodine sintió que un torbellino de emociones la arrollaba. Un torbellino tan intenso y ardiente que se arrepintió de no haberse tomado la cerveza.

—Es una confesión atrevida.

—Bueno, tú misma lo has dicho, no soy un mentiroso. Quiero estar contigo, Bodine. Y no voy a tardar mucho en hacerlo.

—Superé mi enamoramiento, Callen.

—Creo que los dos sabemos que esto va más allá de un mero enamoramiento adolescente. Tú tampoco eres una mentirosa.

—Tienes parte de razón, y podría gustarme estar contigo, solo para ver cómo es. El sexo no es complicado si se es claro al respecto.

Callen se rio.

—Si piensas así es que nunca has tenido sexo de verdad. Me encantaría cambiarlo.

—Te estás poniendo el listón altísimo, pero... Tenía otra razón para venir a hablar contigo esta noche.

—¿Quieres despedirme para que pueda enseñarte cómo salto por encima de ese listón?

—No, no. Al contrario. Hoy he tenido noticias de Abe.

—¿Cómo le va a Edda?

—Le va bien. Se ha aficionado al..., no es kung-fu, es... —Mientras buscaba el nombre, Bodine trazó una lenta ola con las manos.

—¿Taichí?

—¡Eso! Y al yoga, y, según Abe, es medio vegetariana. Me cuesta imaginármelo.

—Lo que a ella le siente bien —decidió Callen.

—Y parece que funciona. Pero ella..., los dos se han dado un buen susto, y han hablado mucho y a fondo. Se van a vivir más cerca de su hija, a Bozeman. No volverán, Callen.

—Mierda. Necesito otra cerveza. —Se levantó despacio—. ¿Estás segura de que no quieres una?

—Ahora mismo no. Abe ha dicho que volvería para darme más tiempo, que ayudaría a formar a su sustituto si lo necesitábamos. Pero suponía que, si te poníamos a ti, no lo necesitaríamos. El empleo es tuyo si lo quieres. Y si no lo quieres, te pediría que te quedaras de encargado el tiempo suficiente

para que nosotros encontremos a otra persona. Como una de las propietarias del Resort Bodine y su directora, preferiría que aceptaras el puesto.

Cal regresó al sofá, dejó la cerveza. Bodine no se sorprendió cuando la levantó de la silla.

¿Lo sorprendió ella cuando lo agarró por el pelo con ambas manos y le comió la boca?

¿Ganas?, y un bledo, pensó. Eso era sed, sed profunda y voraz, y ese apetito incesante la había tenido al límite desde el momento en el que entró en la cocina meses atrás y lo vio piropeando a Clementine.

No tenía que ser conveniente. Ni bueno. Solo tenía que ser.

Ella lo arrasó, una arrolladora tormenta de fuerza y lujuria, relámpagos que centelleaban y quemaban, y dejó a su paso imágenes eróticas de enardecidos cuerpos entrelazados. Y le caló, más hondo de lo que su propia frustración y su propio impulso habían previsto. Provocó corrientes, amenazó con anegarlo, y todo con solo un único beso apremiante.

Aunque la maldijo, y se maldijo a sí mismo, a su delicadísima situación, se separó. Ella lo agarró por la pechera de la camisa y el ardor de su mirada le dejó claro que no había terminado.

Yo tampoco, pensó, y con delicadeza, mirándola a los ojos, le abrió la mano.

Ella la bajó enseguida y él no supo interpretar la mezcla de emociones de su cara. Sorpresa, afrenta y decepción parecieron sucederse.

—Tú... —Bodine se interrumpió, respiró hondo. Entonces Callen percibió desdén, y mucha arrogancia—. No es posible que creas que yo recurriría al sexo para convencerte de que te quedes como encargado de los caballos.

—¿Sabes, Bodine?, pese a lo buena amazona que eres, vas a reventarte el culo cuando te bajes del burro. Anda... —Callen alzó una palma para indicarle que retrocediera. Y él también dio un paso atrás.

Bodine entornó los ojos, pero al momento se le iluminaron. ¡Oh, era lista!, pensó él. Ella curvó los labios hacia arriba.

—Eso es. —Callen no se explicaba por qué su expresión de puro engreimiento la hacía más deseable—. Tengo mis límites, y ahora mismo tengo un pie al borde del precipicio. Así que vamos a... —Volvió a interrumpirse, le indicó que retrocediera moviendo la mano— guardar las distancias por el momento.

—Tú eres el que ha empezado.

—Puede, y puede que no haya tenido en cuenta... ciertas eventualidades. Tengo que pensármelo, y mientras me lo pienso, debo hablar con Chase, ya que me contrató él.

—Muy bien. ¿E incluirá tu conversación con Chase esas eventualidades?

Para situaciones delicadas, esa. Pero un hombre no mentía a su mejor amigo.

—Es lo más probable.

—Bueno, eso dependerá de ti. Pero te recordaré, y se lo recordaré a él llegado el caso, que no necesito su permiso con respecto a quién me llevo a la cama.

En otras circunstancias, Callen habría valorado su sinceridad, pero en ese momento su franqueza solo volvió aún más inestable la delgada cornisa sobre la que hacía equilibrios.

—No se trata de pedirle permiso. Ahora necesito que...

Señaló la puerta. Cuando Bodine ladeó la cabeza y enarcó las cejas, él se metió las manos en los bolsillos. Unas manos que en realidad querían agarrarla y borrarle de la cara su expresión engreída y satisfecha.

—Venga, Bo, sal, antes de que tenga los dos pies al borde de ese precipicio.

—Está bien. Te agradecería que en un par de días me dijeras si te interesa

el puesto.

Bodine abrió la puerta y se quedó en el umbral, con el frío arremolinándose alrededor de ella y bañada por las luces del patio que lo tornaban todo más misterioso.

—Voy a decírtelo: tanto si te quedas con el puesto como si no, vas a ser mío. Estoy decidida.

La condenada cornisa empezó a desmoronarse bajo sus pies.

—Sigue andando, Bodine.

Ella se marchó soltando una risotada que Callen ya sabía que lo tendría despierto la mitad de la noche. Se sentó y cogió la cerveza. No estaba seguro de si se sentía un hombre honrado o un tonto.

En ese momento no veía mucha diferencia entre lo uno y lo otro.

Callen pensaba que demorarse en decir que sí o que no era de cobardes, y como la respuesta dependía, para él, de lo que Chase dijera, lo primero que haría sería precisamente hablar con él.

Antes del amanecer encontró a Chase, junto con un par mozos, llevando caballos de las caballerizas al potrero.

—Buenos días, Cal. —Chase dio al capón alazán una palmadita en el flanco para que cruzara el portón abierto—. Voy a subirte los caballos para hoy, pero me quedaré con Judías. Parece que tiene una infección en el ojo derecho, así que quiero que la veterinaria le eche un vistazo. ¿Te viene bien cambiarlo por Cochise?

—Claro. ¿Tienes un minuto?

—Tengo dos.

Percibiendo que Callen quería más intimidad, Chase se alejó del potrero.

—Hoy castramos terneros.

—Mentiría si te dijera que me importa perdérmele.

Cuando Chase juzgó que estaban lo bastante alejados para que ningún curioso los oyera, se detuvo.

—Se supone que tendremos temperaturas por encima de los cinco grados. Al menos al resto de nosotros no se nos helarán los huevos mientras convertimos novillos en cabestros.

—No me vendría mal un día en mangas de camisa.

—Ni a mí. He oído que Abe quizá no vuelva.

—Bodine me ha dicho que es definitivo. —Callen llenó el aire de vaho al respirar—. Yo diría que un ataque al corazón, y uno leve no es leve para quien lo tiene, es una llamada de atención. Supongo que nadie debería sorprenderse de que hayan decidido jubilarse.

—Vamos a echarlos de menos. Los dos están en el resort desde que yo no tenía ni un año. No me sorprendería que Bodine te ofreciera el puesto de Abe de forma permanente.

—Ya lo ha hecho.

—¿Vas a aceptar?

—No diré ni sí ni no hasta que sepa tu opinión.

—No depende de mí, Cal.

—No me jodas. ¿A quién acudí cuando supe que era hora de volver? —preguntó Callen—. Tú me contrataste, incluso acondicionaste la choza.

Habituado a sus arranques, Chase respondió como hacía siempre. Con ecuanimidad.

—Lo habría hecho por la amistad que nos une, todos nosotros lo habríamos hecho. Pero no ha sido necesario. Eres un buen fichaje, Cal, sabes de caballos más que nadie, y eso incluye a mi padre. Él diría lo mismo. Todos sabemos que podrías haber ido a cualquier parte.

—No quería ir a cualquier parte. Eso ya lo he hecho.

—Y aquí estás. —Presintiendo que estaba a punto de amanecer, Chase miró el cielo y vio desaparecer unas cuantas estrellas—. Podría pelearme con Bo por ti, hasta podría ganarle, aunque Dios sabe que pelea fuerte y sucio. ¿Te acuerdas de la vez que tuvimos que separarla de Bud Panger? Bud le sacaba un año y también cinco kilos, fácilmente, y ella lo tenía tumbado en el suelo, llamando a su madre a gritos.

—Me acuerdo. Me dio una patada en la espinilla cuando la separamos de Bud. Anduve cojo dos días. No quiero sembrar cizaña entre Bo y tú.

—No la sembrarías. Podría pelearme con ella, pero el resort es parte del conjunto, así que todo es, bueno, lo mismo, ¿no? Además, está lo que tú quieres, Cal. Por muy sucio que pueda pelear, Bo diría lo mismo. Y supongo que ya lo habrá hecho.

—Yo vine aquí para trabajar para ti, Chase.

—Tú viniste para trabajar para el Rancho Bodine, y el resort forma parte de él.

La larga noche dio paso al día, a una menor oscuridad, a un viento suave. Relinchos de caballos, los mugidos de las vacas, los pasos de las botas de hombres que ya habían empezado su jornada de trabajo.

—Adoro este sitio. —Callen inspiró—. Lo adoro casi tanto como tú. Dejarlo fue una de las cosas más difíciles que he hecho nunca. Tenía que hacerlo o jamás habría llegado a nada.

Conociendo a su amigo, Chase guardó silencio, esperó a que Callen se decidiera a continuar.

—Admiro el resort. Me maravilla lo que todos habéis construido ahí. La visión de las Bodine y los Longbow es impresionante, y admirable. Sé que podría ser un buen fichaje aquí en el rancho, sé que podrías contar con que haría mi parte, y quizá os quitaría trabajo a Sam y a ti. En el resort... —Se

tomó otro momento, ordenó sus ideas—. Creo que quizá ampliar expandir vuestra visión. Veo formas de hacerlo, de contribuir a ello.

—Entonces eso es lo que deberías hacer. Por lo que has dicho, es lo que quieres, y lo único que te frena es sentirte obligado a quedarte. No hay necesidad de eso. Si te necesitamos para algo, ya encontraremos la manera. Y no te sepa mal, pero es más que probable que tengamos que contratar a dos personas en el próximo mes para sustituirte.

Gran parte de la tensión que Callen notaba en la nuca se disolvió.

—Tres sería mejor.

—No eres tan bueno, maldita sea. Ultima los detalles con Bo, trabaja unas horas aquí como estás haciendo hasta que empecemos con las contrataciones, y estaremos en paz.

—Sí. —La tensión volvió a atenazarle la nuca—. A propósito de Bodine. —Callen cambió de postura, miró hacia levante, esperando a que el sol saliera—. Yo... nosotros... —se corrigió, dado que lo sucedido la noche anterior claramente era mutuo—. Hay algo entre nosotros. —Se restregó la barbilla, que esa mañana no se había molestado en afeitarse—. Algo intenso.

—¿A qué te refieres?

Callen lo miró, se percató de su leve y perplejo interés.

—Siempre has sido un poco torpe cuando se trata de la dinámica sexual y sentimental de la gente, Longbow. Torpe como un ladrillo.

—Tengo otras cosas en las que pensar aparte de...

Entonces Chase cayó en la cuenta, y observó a Callen como si le hubieran dado un ladrillazo en toda la cara.

—¿Qué?

—Hay un interés y una atracción mutuos, entre Bo y yo.

—¿Qué? —repitió Chase, y dio un paso atrás como si su cuerpo acabara de reaccionar al ladrillazo—. ¿Tú... te has... con mi hermana?

—Todavía no, pero solo gracias a mi heroico autocontrol y a que te imaginaba diciéndome «mi hermana» justo como lo has hecho.

—Tú no te fijaste nunca en ella —comenzó a decir Chase, pero luego lo reconsideró—. ¿No?

—Por Dios bendito, Chase, aún era una niña cuando me marché. O casi. —Callen notó un cosquilleo en la tensa nuca—. Puede que sí me fijara en ella, una o dos veces. Pero solo porque, joder, porque siempre ha sido guapa, y supongo que estaba empezando a desarrollarse justo en la época en que me fui. Nunca hice nada. Nunca me planteé hacer nada. Pero ya no es una niña. Y es... —De hermano a hermano, se recordó Callen. Aunque una hermana se interpusiera entre los dos—. Es lista. Siempre lo ha sido, pero, tío, se ha vuelto más lista que un águila. ¿Cómo lleva el resort? Es lista y sagaz, y tiene un don para asegurarse de que todos sus empleados trabajen bien y tenerlos contentos a todos. Eso es talento. Yo lo admiro.

—Así que hay algo entre vosotros por su inteligencia y sus dotes de dirección.

No era frecuente que Chase recurriera al sarcasmo, pero cuando lo hacía, el efecto era considerable.

—En parte, sí. Es hermosa. —Callen suspiró—. No sé cuándo pasó de ser guapa a ser hermosa, y si me hubiera quedado, a lo mejor no me habría fulminado como un rayo. Siento algo por ella; no estoy completamente seguro de lo que es, pero está claro que vamos a averiguarlo. No podría hacerlo a tus espaldas, o sin decírtelo a la cara.

—Aquí estás, diciéndome a la cara que piensas acostarte con mi hermana.

—Voy a expresarlo así. Me da bastante vergüenza reconocer que, por no hacer nada a tus espaldas y con la oferta de trabajo encima de la mesa, anoche tuve que pedirle que saliera de la choza. Tu hermana pega fuerte.

—¿Te pegó?

Callen se rio, se rio hasta que tuvo que doblarse para apoyar las manos en los muslos.

—Mira que eres torpe. ¿Cómo te las apañas para echar un polvo?

—Qué te den, señor Hollywood. Y ten cuidado con hablar de echar un polvo y de mi hermana en la misma conversación.

Callen resopló y volvió a incorporarse.

—Se marchó, y me dijo que tanto si aceptaba el puesto como si no, pensaba seguir adelante en... el terreno personal. Supongo que puedo rechazarla si tú te opones en redondo. Creo que probablemente podría conmigo, pero yo me resistiría.

Chase echó un vistazo a las colinas, las montañas, que habían empezado a perfilarse al filo del alba.

—No esperaba tener una charla así cuando me he levantado esta mañana.

—Te llevo ventaja, porque me he pasado casi toda la noche pensando en esta conversación. Cuando no pensaba en Bo. Y ella sabía que lo haría. Sagaz. ¿No lo he dicho ya? Es una mujer sagaz. Eso me gusta.

Chase se quedó meditabundo, reflexionando, devanándose los sesos mientras los primeros trémulos rayos rojos asomaban por encima de los picos que se alzaban al este.

—Es una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Si ha decidido..., prefiero no pensar en eso de forma detallada. Voy a decir que te quiero como a un hermano, y hay veces que Rory me fastidia tanto que me caes mejor que el hermano que mis padres me dieron. Pondría mi vida en tus manos, sin dudarle un instante. Óyeme bien: si le haces daño, te daré una paliza. Y será más fuerte que la que Bo le propinó a Bud.

—Me parece bien.

Después de lograr un entendimiento, se quedaron un rato más donde

estaban, y cuando el gallo empezó a cantar, vieron salir juntos el sol, una esfera roja en un cielo morado.

Para evitar verse tentado por Bodine más que para evitarla, Callen fue a trabajar mucho antes de lo habitual. Solo, rodeado de silencio, terminó de inventariar los arreos, redactó un informe sobre cuáles creía que había que reponer y cuáles pensaba que podían repararse.

A media mañana había mandado a Easy al centro con un par de caballos para Maddie y una de las clases. Junto con Ben, había ensillado otras cuatro monturas para un paseo a caballo, había pedido suministros, poniendo a la jefa en copia, y había confirmado más reservas.

Hacía un buen día para cabalgar, pensó, pues los termómetros podían llegar a marcar diez grados por la tarde. Suponía que las esculturas de nieve que habían aguantado tan bien hasta entonces empezarán a reblandecerse al final del día.

—Hola, vaquero.

Se incorporó, pues estaba inspeccionado un casco, y sonrió a Cora.

—Señora. Buenos días, doña Fancy.

—He oído que estás echando una mano a Abe —dijo doña Fancy, levantando el ala de su llamativo Stetson verde para mirarlo bien.

—Siempre estoy encantado de echar una mano.

—Es un buen hombre. Tú eras un chico malote, Callen. Siempre he tenido debilidad por los chicos malotes. En mi opinión, aún te falta un poco de rodaje para convertirte en un hombre, pero creo que lo harás.

—Mamá está muy animada esta mañana. No tenemos un día como este desde noviembre, y las dos queremos aprovecharlo. ¿Nos puedes dejar dos caballos para un par de horas?

—Para el tiempo que quieran. Doña Fancy, ¿sigue siendo la yegua baya su preferida, la que usted llamó Della?

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso?

—Nunca olvido a una mujer hermosa ni un buen caballo.

Ella le dirigió una sonrisa que lograba un equilibrio perfecto entre coquetería y complacencia. No era de extrañar que él estuviera loco por doña Fancy.

—Resulta que hoy la tengo aquí en el potrero —le dijo—. Si la quiere, se la traeré y se la ensillaré.

—Me encantará montar a Della, y aún puedo ensillar mi caballo.

—No me cabe ninguna duda, pero le agradecería que me dejara hacerlo a mí. Cora, sé que ha estado utilizando a Vaquero en el picadero, pero ahora mismo está ahí, en mitad de una clase.

—Veamos qué más tienes.

Fueron al corral de prácticas, y cuando Cora se decidió, Callen llevó a la yegua baya y a un capón castaño al otro corral.

Con una mano en la cadera y la chaqueta vaquera —con su llamativo signo de la paz— desabrochada, doña Fancy lo observó mientras ensillaba la yegua.

—Tienes buenas manos, muchacho. Valoro mucho las manos de un hombre. Me sorprende no haberme enterado de que ya las has utilizado con una hembra de dos piernas.

—Mamá. —Cora puso los ojos en blanco mientras ensillaba su caballo capón.

—Si no puedo pinchar a un muchacho al que zurré cuando tenía tres años,

¿a quién puedo fastidiar? Tienes buenas manos y eres guapo —añadió doña Fancy—. Deberías haberle echado el ojo a una mujer.

—Como solo tengo ojos para usted, ¿se está ofreciendo, doña Fancy?

Ella soltó un resoplido.

—Es una lástima que nacieras con cincuenta..., oh, puñetas, sesenta años de retraso.

—Pero soy muy sabio.

Ella volvió a reírse, le acarició la mejilla.

—Siempre tuve debilidad por ti.

—Doña Fancy. —Callen le tomó la mano y se la besó—. Llevo toda la vida enamorado de usted.

—No es que corras mucho riesgo diciéndole eso a una mujer de casi noventa. —Pero esta vez lo besó en la mejilla—. No me ofendas trayéndome una banqueta. Solo dame un poco de impulso.

Callen entrelazó las manos con las suyas y se maravilló de la facilidad con que la mujer se encaramó a la silla. Si él vivía hasta casi los noventa, esperaba poder hacer lo mismo.

—Vamos, Della, a ver cómo estamos hoy.

Mientras Cora revisaba las cinchas de su silla, doña Fancy dio la vuelta a Della, la llevó del paso al trote y luego del trote al medio galope por el potrero.

—Hoy tenía muchas ganas de salir. —Cora se recolocó el sombrero sobre el corto pelo cano—. Los inviernos se le están haciendo más largos. Un día como hoy es un regalo. No, puedo sola —dijo cuando Callen volvió a entrelazar las manos—. Los traeremos de vuelta en un par de horas. A mí también me apetece mucho. Hace bastante tiempo que no cabalgamos por nuestras tierras.

—Pásenlo bien. Ah, espero que no se lo tome a mal, pero ¿lleva el móvil?

Los pequeños pendientes plateados de Cora centellearon cuando sonrió a Callen.

—Llevamos las dos, y agradezco tu preocupación. ¿Estáis listas Della y tú, mamá?

—Yo siempre estoy lista.

—Yo me ocupo del portón.

Callen cruzó el suelo terroso del potrero y lo abrió. Las dos mujeres salieron, a paso lento. Luego, doña Fancy se volvió y le guiñó el ojo. Y echó a galopar.

—Bueno —masculló él—. No necesitaba ese año de mi vida.

Las observó, las admiró, y después volvió al trabajo.

Cuando ya faltaba poco para terminar la jornada, dejó a Ben y a Carol al cargo de todo y fue a caballo al Pueblo Bodine, con Leo de las riendas.

Ató a los dos caballos antes de entrar en el edificio con paso decidido, saludó a la recepcionista con la mano y siguió hasta el despacho de Bodine.

Ella estaba sentada detrás de su escritorio, con el teléfono en la oreja, buscando algo en el ordenador.

—Sí, lo tengo. Claro que puedes, Cheryl. Sí tenemos nuestros propios huertos, invernaderos, y... Depende por completo de ti. Sí, estamos encantados de que vengáis. Ya lo estamos anunciando en nuestra web y nuestros folletos, y os daremos prominencia a ti y al evento que empieza el primero de mes.

Mientras Bodine se recostaba en el respaldo, cerraba los ojos y comenzaba a murmurar «ajá», Callen miró en su nevera portátil y sacó dos Coca-Colas. Abrió una y se la dejó en el escritorio, luego abrió la otra y se sentó a bebérsela.

—Te prometo que encontrarás nuestra cocina y a nuestros empleados dignos de nuestros cinco tenedores. Lo siento, pero eso no podemos pagarlo.

Si crees que necesitas traer a un ayudante, no hay problema con que lo hagas, por cuenta tuya. Sí, sí, eso no es discutible, y así se estipula en tu contrato. Como he dicho, estamos encantados de tenerte como cocinera invitada del evento. Espero que el aforo esté completo. Por favor, dinos cuándo llegas en cuanto lo sepas. Iremos a recogerte al aeropuerto. —Cuando volvió a escuchar, entornó los ojos con expresión ligeramente furibunda—. Lo siento, Cheryl, déjame echar un vistazo a tu contrato para ver si pone algo sobre facilitar una limusina. Ajá. ¿Por qué no me mandas un email con todo eso para que se lo pase a los asesores legales? No dudes en decirme cualquier otra cosa que puede hacerte la visita más grata, y si está en mis manos la haré. Hasta pronto.

Bodine colgó con mucho cuidado, respiró hondo.

—Bruja arrogante y presumida.

—Es admirable. Admiro cómo has mantenido un tono absolutamente educado y razonable, aunque lo hayas recubierto de una capa de hielo tan gruesa que podría partir una rama en dos.

—Cheryl está contratada como nuestra cocinera invitada para el Gran Banquete de primavera. Es la chef de ese restaurante pijo de Seattle, y cuando la invitamos, cuando firmamos el contrato, ella se mostró entusiasmada y colaboradora. Desde entonces ha salido en la revista *America's Top Chefs* y ahora es una diva, quiere traer a su gente, y que nosotros paguemos, quiere traer sus especias, me ha dado la tabarra con su cochina...

—Col china, deduzco. En California —dijo Callen, y ella lo atravesó con la mirada— se aprenden cosas.

—Cochina, col china... Me trae sin cuidado. Está siendo un coñazo, y de pronto se ofende porque no le ponemos a su disposición una limusina mientras está aquí.

—Mándala a la porra.

Ahora los ojos le llameaban más todavía... Callen también admiraba eso.

—No pienso romper el contrato y darle un pretexto para que nos demande. Si lo rompe ella, entonces me ocuparé. Ella, sus cochinas y sus coles chinas pueden sustituirse. Así que... —Cogió la Coca-Cola y bebió—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Pienso en ello bastante a menudo, pero ahora mismo yo lo hago por ti. Me gustaría ocupar el puesto.

—Me alegra oírlo. Me alegra mucho, Callen.

—A mí también me alegra. En especial, porque tengo algunas peticiones.

—De acuerdo. —Bodine cogió su bolígrafo y se colocó un bloc delante, como si estuviera lista para anotar las peticiones—. Pedir no hace daño, a menos que seas una chef gilipollas de Seattle.

—Me alegro de no serlo. Pero doy por sentado que esto también exige un contrato.

—Sí. Firmamos contratos anuales con los directivos, con cláusulas de rescisión razonables para ambas partes por si la relación no resultara satisfactoria. Puedo pedir que te impriman uno para que lo leas con tranquilidad.

—Me gustaría que añadieras que si Chase o tu padre me necesitan más horas en el rancho, y aquí lo tengo todo bien atado, no habrá problema.

Bodine volvió a recostarse, tomó un sorbo de Coca-Cola.

—Eso puedo hacerlo, Callen, pero no es necesario ponerlo por escrito y firmarlo. Es obvio. Espero que te baste con mi palabra.

—Me basta.

—Entonces, ¿has hablado de esto con Chase?

—Esta mañana a primera hora.

—¿Y de los... otros factores?

—Sí. Eso le ha costado un poco más entenderlo. —Callen le sonrió—.

Siempre que quieras que me den una paliza, solo tienes que decirle que la he cagado contigo, y él se ocupará.

—No espero menos de mi hermano —dijo ella con dulzura—. Pero las palizas puedo darlas yo misma. Aun así, es agradable saber que se preocupa por mí.

—Lo hace. Me gustaría echar un vistazo a las valoraciones de los temporeros que piensas volver a contratar. No tengo intención de saber más que tú, dado que ya has trabajado con ellos. Solo me gustaría saber con quiénes voy a tratar.

Bodine volvió a enderezarse, tomó nota.

—Por último, tengo un par de ideas sobre actividades que podríamos ofrecer.

—¿Por ejemplo?

—Hay personas que solo quieren subirse a un caballo, montarlo un rato, bajarse e ir a tomarse una copa. Otras igual quieren aprender algo, adoptar un papel más activo. Ensillar, cepillar.

—Ofrecemos educación equina para el club infantil en verano.

—No solo los niños pueden querer aprender algo, o cepillar un caballo. Con la gastronomía ofrecéis una experiencia más completa, ¿no? Comprar, recibir clases, hacer degustaciones. Te propongo que hagamos algo parecido con la equitación. Aprender, dar de comer, abrevar, cepillar. No solo el paseo, sino la experiencia... vaquera completa.

—Ponlo por escrito —le invitó Bodine mientras tomaba nota—. Cuando lo tengas, mándaselo a Jessie. Pasará por Rory, mamá y yo, pero Jessie es la que lo pulirá antes de que nosotros lo recibamos.

—Vale. Lo haré.

—No solo estamos abiertos a ideas nuevas, Skinner, sino que nos gustan. ¿Tienes alguna más?

—Un par a las que aún estoy dando forma.

—Vale. Mientras tanto, pediré que te imprimen el contrato.

—Bien. —Callen se levantó—. He traído a Leo.

—Oh, no estoy... —Bodine se interrumpió cuando miró su reloj, vio que podía no estar lista para marcharse, pero debería haberlo estado—. Necesito unos quince minutos.

—Esperaré. Dije que en mayo te llevaría a bailar.

—Me acuerdo.

—Tal como ha ido todo, no tiene sentido esperar. ¿Qué me dices del sábado por la noche?

Ella empezó a sonreír, luego ladeó la cabeza.

—¿Te refieres a bailar, bailar?

—¿A qué, si no? No piensas más que en sexo, Bodine. Es difícil culparte por eso, pero estoy pensando que en el Roundup aún se baila los sábados por la noche. Puedo pasar a recogerte a las ocho, pero podríamos quedar a las siete y cenar antes.

—¿Cenar y bailar en el Roundup? Vale.

—Bien. Voy a echar un vistazo a los caballos.

Cenar y bailar, pensó Bodine cuando Callen salió. ¿Quién iba a imaginarse que Callen Skinner se volvería tan tradicional?

Aunque el sábado se presentaba ajetreado, Bodine calculaba que podría terminar de trabajar hacia las tres. A las cuatro, a más tardar.

No es que necesitara mucho tiempo para prepararse para una noche en el Roundup. Aunque quizá se pusiera un vestido, pensó, solo para que Callen se llevara una sorpresa. Le gustaba bailar, y no había encontrado tiempo para ir, ni con chicos ni con amigas, desde... Dios santo, ni siquiera se acordaba.

Sin embargo, aunque bailar le encantaba, quería invertir ese tiempo en prepararse bien para después. Tenía intención de seguir con la fiesta una vez que los músicos dejaran de tocar.

Ya se había metido en el bolsillo la llave de la Cabaña Media Luna y tenía una lista en el maletín de lo que quería llevar. Si todo iba bien, podría ocuparse de eso, cambiar las sábanas y las toallas, y llegar a casa con tiempo de sobra para arreglarse y vestirse.

Tenía su lencería sexy guardada en la cómoda. Si lo suyo con Callen seguía, necesitaría comprarse más, pero la que tenía le serviría. Ya había mirado en el cajón para estar segura, pues habían pasado trece meses completos desde la última vez que había tenido motivos para ponérsela.

Aunque en parte era por el fuerte ritmo de trabajo, no era la razón principal. El sexo no tenía por qué ser complicado, pero una mujer ponía sus condiciones. Un hombre debía atraerla y gustarle de verdad antes de ser merecedor de su lencería sexy.

Antes de que llegara el grueso de los empleados, escogió una botella de vino de la bodega, un par de cervezas y Coca-Colas de la Cantina; lo anotó en el inventario y lo cargó en su cuenta personal.

Cogería café en La Tienda de Suministros, y aunque dudaba de que los necesitaran, unos cuantos tentempiés.

Lo guardó todo en una bolsa de arpillera, la llevó al despacho y justo cuando se ponía de nuevo a trabajar, entró Jessica.

—No te esperaba tan temprano.

—Hoy espero salir igual de temprano. He quedado.

—Bien. —Tomándoselo como una invitación, Jessica se acercó y apoyó la cadera en el escritorio—. ¿Con quién?, ¿dónde?, ¿para qué?

—Callen Skinner, en el Roundup, para cenar y bailar.

—Si hubiéramos hecho una porra en el resort, yo habría apostado por Cal.

¿Qué vas a ponerte?

—No lo he decidido. Podría sorprenderlo llevando un vestido, para variar. Tengo unos cuantos.

—¿Es una primera cita?

—Supongo que podría llamarse así.

—Un vestido, sin dudar. El Roundup está en mi lista de sitios que recomiendo a los huéspedes que quieren salir del resort. Es informal, ¿verdad?

—Es ideal para tomarse una hamburguesa, una cerveza fría, y para bailar los fines de semana. ¿No has ido?

—No.

—Pues deberías. Es bueno conocer los sitios que tienes en la lista, y en este se pasa bien.

—Oh, Jess, estás aquí. Perdón, ¿me espero? —Chelsea se quedó en el umbral.

—No, ahora me viene bien.

—Estaba diciéndole a Jessie que debería ir al Roundup algún fin de semana.

—¿No has ido?

—Por lo visto, tengo un vacío en mi lista de actividades personales.

—Deberías ir —dijo Chelsea—. Se pasa bien. La comida está bastante rica. No como la de aquí, pero está buena. Y los músicos siempre son de la zona. Es un sitio genial para salir de noche si no quieres ir hasta Missoula.

—¿Cuál? —quiso saber Rory nada más entrar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Bodine—. Hoy es tu día libre.

—La boda de Carlou. Carlou Pritchett. Estoy invitado, así que he pensado en venir para ayudar a organizar el evento. ¿Cuál es ese sitio genial?

—Estábamos hablando del Roundup. —Chelsea se echó el pelo hacia

atrás, lenta y sutilmente—. Jess no ha ido.

—Pues tienes que ir. Esta noche tocan los Bitterroots.

—¡Oh, me encantan los Bitterroots! —exclamó Chelsea, y pestañeó con coquetería—. Te lo juro. No paro de bailar en sus conciertos.

Rory le dirigió una cautivadora sonrisa.

—Vayamos. La boda solo es por la tarde, y con poca gente, ¿verdad? Cuando terminemos nos quedará mucho tiempo.

—Oh, bueno, me gustaría...

Recostándose en la silla, Bodine vio cómo su hábil hermano cerraba el trato.

—Iremos todos. A desmelenarnos. Puñetas, incluyamos también a Cal y a Chase. Vamos, Jessie, no hay mejor plan que el Roundup y los Bitterroots un sábado por la noche.

—No estoy segura de...

—Oh, ven, Jess —insistió Chelsea—. Nos iremos de fiesta sin tener que preparar ni organizar nada.

—Le enseñaremos a bailar en línea. —Rory dio a Chelsea un empujoncito con el hombro y la hizo reír.

Cuando Rory y Chelsea salieron, haciendo planes, Jessica miró a Bodine con cara de pánico.

—No te lo pienses dos veces —le aseguró Bodine—. Será divertido.

—Pero ahora vas a estar rodeada de gente en tu primera cita.

Bodine se limitó a encogerse de hombros.

—Nos sentaremos a una mesa más grande. Chelsea se ha olvidado de decir a qué había venido. Esa es la magia de Rory Longbow.

—Lo averiguaré. En serio, Bo, puedo explicarles que Cal y tú habéis quedado los dos.

—No. —Horrorizada, Bodine alzó las palmas de las manos—. Esto es

Montana. Lo haría demasiado importante, que es algo que querría evitar con la familia, y en el resort. Y lo cierto es que llevo meses sin ir al Roundup con Chase y Rory. Ya va siendo hora. Prepárate para una auténtica noche de Montana.

En cuanto hizo salir a Jessie, Bodine mandó un mensaje de texto a Callen:

Se ha sabido lo del Roundup. La cena con baile para dos se ha ampliado a seis. Más parejas de baile. Pero no hagas planes para luego. Ya los he hecho yo.

Unos minutos después, Cal respondió:

Me parece bien ser bastantes. Hasta que el bar cierre.

—Vale —dijo Bodine en voz alta; después tomó nota para llamar al encargado del Roundup cuando abriera a mediodía y engatusarlo para que le reservara una mesa apropiada para seis personas.

Callen llegó a casa más tarde de lo que pensaba, pero con mucho tiempo para quitarse el olor a caballo con una ducha y cambiarse de ropa. Puede que hubiera hecho planes para una noche a solas con cena, conversación, baile y lo que quiera que sucediera después, pero los años le habían enseñado a adaptar tanto sus planes como sus expectativas.

Además, desde su punto de vista, el ambiente festivo podía aliviar parte de la presión de lo que podía ocurrir después.

Bodine había dicho que tenía planes. Estaba bastante seguro, por cómo habían dejado las cosas, a cuáles se refería.

Esa mañana se había dedicado a cambiar las sábanas, había quitado un juego y puesto el otro. Había una cosa de la que estaba segurísimo: si los

planes de ambos se alineaban, no pasaría su primera noche con Bodine en la habitación que ella ocupaba en la casa familiar.

Eso era, ni más ni menos, una falta de respeto para con su familia.

Entró en la choza y echó un rápido vistazo a todo. Aparte de las sábanas, de las que ya se había ocupado, no debía recoger nada antes de recibir a una dama. Sabía cómo tener ordenado un espacio pequeño: fregar los platos después de utilizarlos, colgar la ropa.

Se saltó la cerveza que siempre se bebía después del trabajo. Se tomaría un par en el Roundup, pero como conducía él, no pasaría de ahí. Camino de la ducha, cogió el móvil cuando le sonó en el bolsillo y miró la pantalla.

—Hola, mamá. Claro que tengo un minuto. Muchos minutos.

Escuchó mientras se quitaba el abrigo y el pañuelo que llevaba al cuello. Arrojó el sombrero a la silla y se pasó la mano por el pelo.

Su madre no pedía mucho, nunca lo había hecho. Un hijo no podía decir que no, ni tan siquiera cuando complacerla lo ensombrecía.

—Tengo tiempo el lunes. Podría pasar a recogerte a las cuatro, si te va bien, y llevarte al cementerio. ¿Qué te parece si después te invito a cenar? Vamos, ¿por qué iba a ser una lata invitar a mi madre a cenar? Si Savannah y Justin quieren, os invitaré a todos. También al crío. —Se desabotonó la camisa mientras hablaba—. No, pues vale. Solo tú y yo. ¿Cómo le va a mi hermana? Ya no le queda mucho para tener el segundo.

Se sentó, se quitó las botas mientras su madre le hablaba sobre su hermana embarazada. Cuando terminó, le dio las gracias una vez más, Callen dejó el móvil.

No pedía mucho, nunca lo había hecho, pensó de nuevo. De manera que la llevaría a visitar la tumba de su marido. Jamás entendería su amor y devoción por el hombre que se había jugado todo lo que tenía, todo lo que su familia

tenía, pero la llevaría para que dejara las flores y dijera sus oraciones, y él se reservaría la opinión.

Volvió a pensar en la cerveza, pero negó con la cabeza. Bebérsela en ese momento era debilidad, no ganas. Se quitó los vaqueros y se metió en la ducha del minúsculo baño.

Y se recordó que esa noche y Bodine estaban mucho más cerca que el lunes y las tumbas.

Más o menos cuando Callen salía de la ducha y Bodine estaba delante del espejo dándose la vuelta con el vestido por el que se había decidido, Esther, que se había olvidado de Alice, se ponía un paño, tan frío como pudo, en la magullada mandíbula.

Ya había llorado un poco, sabía que podía volver a hacerlo, pero el frío la ayudó a calmar el dolor punzante.

El señor se había enfadado muchísimo. Ella había oído sus gritos, y a alguien replicándole, antes de verlo entrar hecho una furia. Ella no había terminado de fregar, y eso solo lo puso más furioso. Llevaba mucho tiempo sin hacerle daño, pero esta vez se lo había hecho, levantándola del suelo agarrándola por el pelo, pegándole en la cara, dándole puñetazos en la barriga, reclamando sus derechos conyugales de forma brusca y cruel, más brusca y cruel de lo habitual.

Alguien lo había enfadado; una parte de ella lo sabía, pero las otras partes, adoctrinadas desde hacía tiempo, la culpaban.

No había terminado de fregar, aunque su reloj interno y la inclinación de los rayos de sol que entraban por su ventanita le indicaran que aún faltaban horas para la habitual visita del señor. Su casa no estaba en orden. La casa que él le había procurado.

Merecía su castigo.

Después, el señor se había ido; ella había oído alejarse la camioneta, lo mismo que había oído cómo alguien, la persona que le había replicado, se marchaba momentos antes de que el señor entrara en su casa.

Tenía la cara roja de ira, los ojos siniestros y malvados. Las manos ásperas y crueles.

Y era su día de la semana para pasar una hora fuera de casa, para estar sentada al aire libre y no trabajar. Para poder contemplar la puesta de sol.

Miró la puerta con aire triste, la puerta que él había cerrado de golpe al salir, maldiciéndola por ser una puta holgazana. Pese a que la cara, la barriga y las demás partes donde él se había ensañado le dolían, había terminado de limpiar, aprovechando el agua, ya fría, que se había derramado por todo el suelo.

El señor había volcado el cubo. O había sido ella. Probablemente había sido ella, porque era la más torpe, la holgazana, la ingrata.

Se ordenó prepararse una infusión, leer la Biblia, arrepentirse de sus maldades, pero los ojos se le volvieron a inundar de lágrimas mientras observaba la puerta.

Era egoísta por su parte desear esa hora al aire libre, desear sentarse en el porche para ver cómo el cielo se llenaba de color, quizá incluso para ver salir alguna estrella. Egoísta, porque no lo merecía.

Aun así, se acercó a la puerta arrastrando los pies, la acarició con los dedos, apoyó la mejilla caliente contra ella. Alcanzaba a oír los pájaros si aguzaba el oído, pero no el aire susurrando entre los árboles, como haría si pudiera estar al otro lado de la puerta.

El aire que le refrescaría la mandíbula dolorida y le sosegaría el corazón.

No se dio cuenta de que había tocado el picaporte hasta que este se movió.

Sorprendida, aterrada, retrocedió de un salto. Nunca se movía. Ni tan

siquiera cuando lo frotaba para limpiarlo.

Despacio, alargó la mano y volvió a tocarlo, apretando solo un poco. El picaporte volvió a moverse, hizo el mismo ruido seco que cuando el señor lo usaba.

Con la respiración acelerada, lo bajó.

La puerta se abrió.

En un momento de ofuscación, vio al señor con los puños alzados para castigarla por tomarse tamaña libertad. Incluso se encogió de miedo y levantó las manos para taparse la cara.

Pero no hubo ningún puñetazo. Cuando volvió a bajarlas, miró por la puerta y no vio a nadie, ni tan siquiera al señor.

El aire la envolvió, casi la arrastró fuera.

Se sobresaltó cuando la puerta se cerró tras ella, la empujó, tiró del picaporte, volvió a entrar corriendo. Con el corazón palpitándole, cayó de rodillas, murmurando oraciones.

Pero la atracción era tan fuerte, el aire tan puro, que regresó a la puerta gateando y volvió a abrirla. Se levantó despacio. ¿La había dejado el señor abierta a propósito? ¿Un premio? ¿Una prueba?

Contempló la superficie nevada donde, cuando llegara la primavera, ella trabajaría en el huerto. Cerca, el perro dormía bajo su tejadillo inclinado.

Dio dos pasos, esperó.

Un par de escuálidas gallinas picoteaban el suelo del gallinero, la vieja vaca rumiaba. El caballo con el lomo hundido dormitaba de pie.

No vio a ningún otro ser vivo. Pero oía los pájaros y el aire susurrando entre los árboles, y dio otro paso por el camino abierto toscamente en la nieve que comunicaba su casa con la del señor.

Siguió andando, maravillada, olvidándose de la paliza, de los dolores, por

el puro gozo de estar al aire libre, sin ataduras, de poder andar hacia donde quisiera.

Se agachó, cogió nieve, se frotó la cara con ella. ¡Ay, qué gusto!

Cogió otro puñado, lo lamió. El sonido que salió de sus labios le resultó tan ajeno que no supo que era suyo. No supo que acababa de reírse.

Pero el perro la oyó y se despertó con un ladrido feroz, un tirón de la cadena para atacarla. El miedo que le tenía la impulsó a alejarse cojeando. Corrió hasta que los pulmones le ardieron, hasta que los horribles ladridos se alejaron. El esfuerzo la dejó extenuada y tropezó, desmoronándose sobre la nieve.

Sin aliento, se dio la vuelta, se quedó mirando el cielo entre los árboles, inmóvil, maravillada de la forma de las nubes, de cómo las ramas las atravesaban.

Algo acarició una parte de su cerebro, un recuerdo enterrado que la indujo a mover los brazos y las piernas, a reírse otra vez de la sensación.

Cuando se puso a gatas, miró la nieve, vio un ángel dibujado en ella. Parecía señalar hacia el oeste. Sí, el oeste, donde se pondría el sol.

El señor quería que ella obedeciera al ángel.

Con su largo vestido de algodón y en zapatillas, renqueó hacia el oeste.

Mientras buscaba ángeles en la nieve, el cielo empezó a llenarse de llamas rojas, nubes color púrpura, resplandores dorados. Fascinada, siguió andando. El goteo de la nieve desde las ramas le parecía música. Música de los ángeles, que la guiaban en su camino. Salió del bosque a un lugar donde la nieve estaba surcada de piedrecitas; «gravilla», le dictaron sus recuerdos.

No notó en qué momento la gravilla dio paso a la tierra, cuándo se bifurcó el camino. Había visto un pájaro e, hipnotizada, lo siguió durante un rato.

Los pájaros volaban, los ángeles volaban.

El aire se tornó frío, muy frío, cuando el sol se puso. Pero la luna empezó a

surcar el cielo, así que siguió renqueando, sonriéndole.

Ciervos, una manada pequeña, aparecieron de repente delante de ella y cruzaron el camino brincando. Tropezó, se dio un espaldarazo contra la nieve, y el corazón volvió a palparle cuando sus ojos, amarillos en la oscuridad, la miraron.

¿Demonios? Los ojos de los demonios eran amarillos.

Muerta de miedo, comprendió que no sabía dónde estaba, que no sabía en qué dirección estaba su casa.

Tenía que regresar, regresar y cerrar la puerta que nunca debería haber abierto.

El señor se enfadaría mucho con ella. Lo suficiente para fustigarla con el cinturón, tal como había hecho para enseñarla a obedecer.

Llevada por el pánico —aún podía sentir los latigazos del cinturón en la espalda—, corrió. Corrió arrastrando una pierna, con los pies ya entumecidos. Cuando resbaló y cayó al suelo, las rodillas le escocieron, las bases de las manos le sangraron.

Tenía que regresar a su casa, arrepentirse, arrepentirse de su gran pecado.

Le rodaron lágrimas por las mejillas; la respiración le desgarró los pulmones hasta que, mareada y débil, tuvo que detenerse, esperar a que la cabeza dejara de darle vueltas.

Echó de nuevo a correr, caminó, corrió, cojeó, absorta en sus pensamientos, presa de la desesperación, y volvió a caer sobre la gravilla. De rodillas, vio que el suelo se tornaba liso. Una carretera. Recordaba una carretera. La gente viajaba por ella. Una carretera la llevaría de regreso a casa.

Con el pecho palpitándole de esperanza, siguió adelante mientras la sangre de las rodillas magulladas le goteaba por las espinillas. La carretera la

conduciría a casa. Se prepararía una infusión, leería la Biblia y esperaría a que el señor regresara.

No le diría que se había olvidado de echar la llave. No era pecado no decírselo. Decírselo sería faltarle al respeto, razonó. Decirle que él había cometido un error.

Se prepararía una infusión y entraría en calor; y se olvidaría del ángel en la nieve, del pájaro y del cielo. Su casa, la casa que el señor le había procurado, era lo único que necesitaba.

Pero siguió andando, sin encontrarla. Anduvo hasta que las piernas le fallaron, hasta que la cabeza volvió a darle vueltas. Podía descansar una vez más, solo un momento. Descansaría, y luego encontraría el camino a casa.

Antes de que pudiera hacerlo, la luna dio vueltas y más vueltas por encima de ella. Bajó trazando una espiral y se escondió, dejándola sumida en la oscuridad.

TERCERA PARTE

Una puesta de sol

*Hay crepúsculos que se despiden danzando.
Que arrojan coloridos pañuelos al aire,
más alto, hasta rebasar su luminoso borde.
Cintas en las orejas, fajas en las caderas,
danzando, diciendo adiós. Y es ahí donde
los sueños nos visitan mientras dormimos.*

CARL SANDBURG

El Roundup, un local inmenso con pista de baile, no se complicaba la vida. Música todos los sábados por la noche, así como algún viernes esporádico, de noviembre al primero de mayo. De mayo a noviembre, incorporaba sesiones de micrófono abierto todos los miércoles.

El resto de los días, el barman jefe ponía canciones para quienquiera que calentara un taburete o se comiera unos nachos o una hamburguesa en una de las mesas.

La música iba del country al western, con algún que otro tema de fusión. El rock no era el rey de la pista, aunque podía tolerarse en pequeñas dosis.

Callen había crecido escuchando esa clase de música, sus baladas, las historias de sus canciones. Pero sus gustos musicales se habían ampliado considerablemente durante sus viajes.

De todas formas, le daba bastante igual si la banda tocaba música disco esa noche en concreto, pues le había visto bien las piernas a Bodine.

Eran tan espectaculares como imaginaba.

Llevaba un vestido con el escote justo que se le ceñía a la esbelta cintura antes de acampanarse flotando por encima de las preciosas rodillas. Siempre le había gustado que una mujer tuviera las rodillas bonitas, aunque no sabría decir por qué.

Había tardado un rato en fijarse en el color de la tela que cubría ese cuerpo, pero le gustaba el alegre azul con pequeñas volutas rosas y verdes. Y su

forma de combinarlo con unas botas que reflejaban el tono de las volutas verdes.

Bodine se había dejado suelto el largo pelo liso.

No le molestaba que hubieran llegado los primeros y brindar con cerveza antes de que los demás acudieran. No cuando podía aprovechar ese rato para coquetear relajadamente.

—Creo que no te veo con un vestido desde que tenías catorce años. En una boda, me parece. De uno de tus primos.

—Debía de ser Corey, si no te has equivocado con mi edad, y lo más probable es que no. Después de eso, mamá ya no pudo vetarme la ropa que decidía ponerme.

—Este lo llenas mejor que aquel otro.

—La pubertad se tomó su tiempo conmigo, pero acabó por llegarme. Tú también has repartido bien los kilos.

Callen llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa de batista que le realzaba la tonalidad azul de los ojos. No olía a caballos esa noche, sino a bosque, lo que era casi igual de agradable.

—Antes de que lleguen Rory y los demás, quiero decirte que agradezco que no estés molesto, al menos que se note, porque vengan. Ha pasado, así sin más.

—No estoy molesto. Me gustan todos los que vienen. No conozco muy bien a Chelsea, pero parece maja.

—Rory le tiene echado el ojo, y ella se lo tiene echado a él.

—No la conozco bien, pero la he observado. No me sorprende que Rory le haya echado el ojo.

—Como creo que Jessica y Chase están dándole vueltas a si se echan o no el ojo, esto podría considerarse una especie de cita triple.

—Tal como es Chase, las vueltas podrían durar, mmm..., otros cinco o diez

años.

—Creo que Jessie acortará bastante ese plazo, si sigue interesada.

—Le deseo suerte —resolvió Callen—. Tú y yo, Bo, ya hemos terminado de dar vueltas.

—Anda, ¡hola, Bo! Hace semanas que no te veía. —Una camarera se detuvo junto a la mesa y dio a Bodine un rápido apretón en el hombro—. ¿Cenaréis todos? Vienen más, ¿verdad? ¿Qué tal si dejo unas cuantas cartas para que...? —Se volvió hacia Callen, lo miró bien. Puso los ojos como platos—. ¡Callen Skinner! Sabía que habías vuelto, pero no te había visto el pelo. —Se inclinó y lo besó plena la boca—. ¡Bienvenido a casa!

—Gracias. Me alegro de haber vuelto. —Su cerebro rebuscó con urgencia entre sus viejos recuerdos para poner un nombre a esa cara.

—Un día de estos quiero que me lo cuentes todo sobre trabajar en el cine. Debía de ser apasionante. Vaya, ¿quién habría pensado, cuando nos paseábamos en tu vieja camioneta, que te codearías con estrellas de cine? ¿Conoces a Brad Pitt?

—No puedo decir que sí.

—Apuesto a que no sabes que Darlie está casada, ¿a que no, Callen? Ya no es Darlie Jenner, sino Darlie Utz —intervino Bo.

—Como la marca de patatas fritas —dijo Darlie, soltando una carcajada—. Aunque si tuviéramos algo que ver con ellas, yo no estaría trabajando en el Roundup. Vale, Lester, ¡por el amor de Dios! Ya te veo. Estoy hablando un momento con un viejo amigo, así que un poco de paciencia. —Terminó de regañar al impaciente parroquiano y se volvió para sonreír a Callen—. Llevo tres años casada, y tenemos una hija.

—Enhorabuena, Darlie. ¿Qué tal está tu hermano? ¿Sigue Andy en el ejército?

—Sí. Es sargento. Estamos muy orgullosos de él.

—Dale las gracias por los servicios prestados la próxima vez que hables con él.

—No lo dudes. Tengo que quitarme a Lester de encima. Miraos la carta sin prisas. ¿Queréis que os traiga otra ronda?

—Esperaremos al resto, gracias, Darlie.

—Y gracias a ti por echarme un cable —dijo Callen cuando la camarera se acercó a Lester con paso airado—. No la situaba. Salí con ella un par de veces, pero no la situaba.

—Ha pasado de teñirse el pelo de rubio a teñírselo de rojo, y se lo riza tanto que le rebota como un yoyó. No lo digo por criticar, solo digo que no está como cuando tenía dieciséis o diecisiete años. Su marido es bombero forestal.

Callen pensó en los bomberos paracaidistas que entrenaban a un paso de ahí y combatían incendios forestales a lo largo de toda la estación.

—También debería haberle dado las gracias a él por los servicios prestados. —Callen tocó la carta con el dedo—. ¿Tienes hambre?

Bodine apoyó la barbilla en la mano y le sonrió, mirándolo de hito en hito.

—Ni te lo imaginas.

—Me estás matando, Bodine.

—Skinner, aún no he empezado. ¡Oh! —Se enderezó y saludó antes de que Callen pudiera arrimarla a él para ser el primero en empezar—. Es Rory. Parece que viene con Jessica y Chelsea. No me digas que Chase se ha rajado.

Callen se levantó cuando Rory acompañó a las mujeres hasta la mesa.

—¿Estáis servidos? —Rory señaló las cervezas mientras se quitaba el abrigo—. Voy a pedir a la barra.

—Estamos servidos, ¿verdad?

Callen asintió.

—Estamos perfectos.

—Vuelvo enseguida —añadió Rory.

—Te acompaño. —Chelsea se alejó con él tras dejar el abrigo en la silla.

—No sabía que este sitio fuera tan grande. —Jessica miró alrededor mientras Callen la ayudaba a quitarse el abrigo—. Es casi la barra más larga que he visto en mi vida.

—Mucha cerveza —le dijo Bodine—. Muchas marcas locales. Pero el vino... —Y meneó la mano en el aire para indicar que no era nada del otro mundo.

—Es una suerte que haya pedido un margarita de arándanos. Le he cogido el gusto. ¿Sabes?, podríamos pensar en alguna oferta que incluyera este sitio.

—Esta noche no. —Bodine le dio una palmadita en el brazo—. En el Roundup no se trabaja.

—Está bien.

—¿Y Chase?

—Oh, Rory, que ha insistido en pasar a recogerme, ha dicho... Espera... Ah, sí. Chase ha dicho que tenía que terminar un par de cosas y que le pidamos una Green Flash y la hamburguesa especial de los sábados si empezamos antes de que llegue. ¿Qué son?

—Es una cerveza local y una hamburguesa de bison con beicon, queso y salsa de jalapeños —respondió Bodine—. A Chase le encanta. ¿Cómo vas a bailar con esos zapatos?

Jessica echó un vistazo a sus sexis zapatos rojos de tacón de aguja.

—Con mucho garbo.

—Me gustan. —Callen los miró con fingida lascivia y le guiñó un ojo—. ¿Cómo ha ido la boda?

—Perfecta. La novia llevaba un vestido palabra de honor de encaje con la falda orlada, unas botas blancas y un Stetson blanco con un cintillo de cristales. La decoración era..., bueno, obsesivamente vaquera: herraduras de

plata, flores silvestres en botas camperas y jarrones con forma de sombrero. Más botas como vasos de chupitos, pañuelos vaqueros en vez de servilletas, caminos de mesa de arpillera. La tarta tenía un glaseado que parecía cuero, y para rematarlo, el feliz matrimonio montado a caballo. Ha salido bien, aunque parezca mentira.

—No me importaría tener un vaso de chupito con forma de bota — comentó Callen.

—Bueno, veré si ha quedado alguno. —Jessica echó un vistazo a la carta—. ¿Qué son los nachos rabiosos?

—Te funden la cara —respondió Bodine—. Tienen buena pinta. Deberíamos pedirlos.

—No veo las ensaladas.

Durante un segundo o dos, Bodine se limitó a parpadear; luego echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír a carcajadas.

—Jessie, aquí se viene por la carne roja, la salsa picante, la cerveza y la música. Puede que haya conejo en la carta, pero lo que comen los conejos seguro que no.

Sonrió cuando Rory y Chelsea regresaron con las bebidas.

—Tómame un par de copas. Te sentará todo mejor.

Dicho esto, Bodine hizo un gesto a Darlie y pidió una bandeja grande de nachos rabiosos.

Cuando Chase llegó, los nachos eran solo un recuerdo, un recuerdo que Jessica temía que su mucosa gástrica no olvidara en años, y habían pedido la cena.

—Perdón, tenía un par de asuntos pendientes.

—Te has perdido los nachos, y siguen estando tan fuertes como los recordaba. —Callen cogió la cerveza que aún no se había terminado—. Van a traer la cena.

—Estoy listo para comérmela. Esto se está llenando.

Casi todos los taburetes de la barra estaban ocupados. Quedaban unas cuantas mesas libres, pero en otras había gente comiendo, bebiendo y charlando, con lo que el ruido casi ahogaba las canciones que el barman ponía.

La banda tardaría casi una hora en salir a tocar, pero ya había bailarines dando giros en la pista. El gran cuadrado de madera contrachapada tenía manchas de las incontables cervezas derramadas y, casi en el mismo centro, una desvaída mancha de sangre a causa de una infausta pelea —por una mujer, según decían— librada hacía casi una década.

Los bailarines giraban bajo tres enormes lámparas hechas con ruedas de carreta. En cuanto saliera la banda, el barman jefe, el capitán del barco, atenuaría esas luces tan cegadoras como el sol de mediodía.

Callen podía haber imaginado una velada distinta, pero no encontraba un solo defecto a estar sentado a una mesa repleta de amigos, tan cerca de Bodine que le olía el pelo cada vez que ella volvía la cabeza. Había frecuentado lugares no muy distintos al Roundup en los años que había pasado fuera, había bebido con amigos y coqueteado con mujeres a las que el pelo les olía bien. Pero sabía sin ningún género de duda que, para él, en ningún sitio se estaba como en casa.

Le daba igual de qué hablaran, y con Rory sentado a la mesa, la conversación jamás decaía, pero al final acabaron charlando de Callen y de su experiencia en Hollywood.

—Tuvo sus buenos momentos —respondió cuando Chelsea, con cierto asombro, le preguntó si había sido emocionante, glamurosa—. Pasaba casi todo el tiempo con caballos, pero tuve mis buenos momentos.

—No demasiados —dijo Bodine—, dado que no conociste a Brad Pitt.

—No, nunca.

Rory lo señaló con el dedo.

—La tía que más sensación te causó de todas las estrellas de cine.

—Bueno, ese apelativo ni se acerca en su caso. Charlize Theron.

Entonces fue Rory el asombrado.

—No me jodas. ¿Conociste a Charlize Theron?

—Sí. La conocí en *Mil maneras de morder el polvo*. Una película de Seth MacFarlane. Un tío curioso.

—Que le den a MacFarlane. Conoces a Charlize Theron. ¿Cómo es? ¿Te acercaste lo suficiente para tocarla?

—Es hermosa, inteligente, interesante. Puede que la tocara en algún momento puntual. Sobre todo hablamos de caballos. Tiene mano con ellos.

—Antes de que Rory entre en coma —terció Bodine, y se terminó la hamburguesa—. El tío que más sensación te causó, también actor.

—Casi igual de fácil. Sam Elliott. Guapo no es, pero sí inteligente e interesante. Y no he conocido un actor que monte mejor.

—«Aún tengo un brazo bueno para abrazarte.»

Jessica se volvió hacia Chase y aquella inconfundible voz cavernosa.

—Has hablado igualito que él. ¿De dónde es la frase?

—De *Tombstone*. Virgil Earp.

—Se le da genial —afirmó Rory—. Imita a Val Kilmer, Chase. Haz de Doc Holliday.

Con una media sonrisa, Chase se encogió de hombros.

—«Yo soy tu hombre» —dijo en un despreocupado acento sureño.

—¿Qué quiere decir con eso?

Chase la miró.

—Quiere decir, básicamente, que es el hombre que necesita.

Apartó la mirada y cogió su cerveza.

—¿Es una declaración de amor?

Cuando Rory se echó a reír, Chase se volvió de nuevo hacia Jessica.

—Esto..., no creo que Doc estuviera enamorado de Wyatt Earp. ¿No has visto *Tombstone*?

—No. —Jessica recorrió la mesa con la mirada y vio las expresiones de diversión o asombro—. Ay, ay, ay, ¿vais a echarme del bar?

—Tendrías que ver la película —fue lo único que Chase alcanzó a decir.

Cuando la mesa entera empezó a interrogarla sobre qué películas del Oeste había o no había visto, Chase la deleitó con imitaciones que fueron desde John Wayne hasta Alan Rickman.

Pese a lo entretenido que resultaba, Jessica se sintió aliviada cuando la banda subió al escenario, acompañada de hurras y aplausos, poniendo fin al interrogatorio.

El grupo empezó con un animado tema que no le sonaba más de lo que le sonaban las frases de *Un vaquero sin rumbo*.

—A bailar. —Rory cogió a Chelsea de la mano y se la llevó a la pista de baile.

—Te dije que te sacaría a bailar. —Callen se levantó y tendió la mano a Bodine.

—A ver qué tal se te da.

Se le daba de miedo. Sabía cómo llevarla, moviéndose con ella y contra ella en un prelude de lo que ambos sabían que iba a suceder. Se rio, girando con facilidad cuando Callen le hizo dar una vuelta, y lo sorprendió volviéndose de tal modo que acabó con la espalda pegada a él. Ondulando el cuerpo.

—Has aprendido pasos nuevos —le susurró él al oído.

Ella echó la cabeza hacia atrás hasta que sus labios casi se tocaron.

—Tengo más.

Volvió a girar, dejó que Callen la arrimara a él, y lo rodeó por el cuello con

un brazo mientras acompañaba sus pasos a los de él.

—No me cabe ninguna duda. ¿Qué has estado haciendo mientras yo no estaba, Bodine?

—Practicando.

En la mesa, Jessica observaba a los bailarines. Muchas patadas contra el suelo, vueltas y lo que le parecían saltos. Mientras Bodine y Callen hacían todo eso, envolvían su baile de una pátina de sensualidad.

Nunca había pensado que lo del country-western fuera sexy.

Cuando el segundo tema empezó justo después del primero, Chase se aclaró la garganta.

—No se me da muy bien bailar.

Jessica se inclinó hacia él.

—Pues ya somos dos, porque no he bailado esto en mi vida. ¿Por qué no me enseñas un poco?

—Pues... Puedo intentarlo. —Chase se levantó y le cogió la mano—. Es probable que necesites otra copa cuando terminemos.

—Me arriesgaré. —Cuando llegó a la pista, Jessica se volvió y le puso una mano en el hombro—. ¿Así?

—Sí, y... —Chase le pasó un brazo por la cintura—. Solo daremos... ¿Puedes andar hacia atrás con esos zapatos?

—Puedo correr hacia atrás con ellos. Y... —tomó la iniciativa, alzó sus manos entrelazadas, se separó girando y volvió a colocarse delante de él—, no te preocupes.

—Ya bailas mejor que yo.

Ella sonrió. Parecían compenetrarse bien.

—Puedo enseñarte si hace falta.

Más o menos cuando las mujeres salían a la pista para bailar «Save a Horse (Ride a Cowboy)» y Jessica aprendía su primer baile en línea, o lo intentaba, Jolene y Vance Lubbock iban camino de casa.

Regresaban de lo que ellos llamaban su noche de escapada sin niños, un acontecimiento que solo ocurría muy de tarde en tarde. Su idea inicial había sido cenar en un restaurante tranquilo, algo que apenas recordaban de la época anterior a que llegaran sus tres hijos menores de seis años, y luego ver una película que no fuera de dibujos animados ni que tuviera un solo animal parlante.

Mientras regresaban, Jolene se dio cuenta de lo que quería hacer verdaderamente con las cuatro preciosas horas para las que habían conseguido canguro. Ordenó a Vance que entrara en la Interestatal 90, que saliera y reservara habitación en un Quality Inn.

Él no se opuso.

Por primera vez en más de un año tuvieron sexo intenso ininterrumpido y sin estar medio dormidos. Dos veces.

Luego, una tercera vez después de que Vance corriera a buscar comida al restaurante contiguo al motel.

Aunque no consiguieron consumarlo por cuarta vez, se dieron el gusto de una larga ducha caliente durante la que nadie gritó llamando a mamá o a papá.

Regresaron a casa relajados, con una agradable sensación de bienestar, y prometieron repetir con regularidad su noche de sexo en un motel.

—Nos esforzaremos más.

Tan relajada que le sorprendía no haberse escurrido al suelo del coche, Jolene sonrió al padre de sus hijos, recordando por qué se había casado con él.

—La próxima vez añadimos una botella de vino. —Vance le besó la mano.

—Y lencería sexy.

—¡Oh, nena!

Ella se rio y suspiró.

—Adoro a nuestros pequeñines, Vance. No puedo ni imaginarme la vida sin ellos. Pero, Dios mío, ¿disponer de unas horas sin ser solo una madre? Una vez al mes. Podemos hacerlo una vez al mes.

—Hecho.

Él volvió a besarle la mano, perdidamente enamorado de su mujer. Vio el bulto gris en el arcén, pero lo tomó por un animal atropellado. Ya había pasado de largo cuando su cerebro asimiló lo que sus ojos habían visto.

—¡Vance!

—Lo sé, lo sé. Espera. —Pisó el freno y retrocedió.

—Es una mujer. Juro que es una mujer.

—La veo. Ya veo. —Vance acercó el coche al arcén con cuidado—.
Quédate aquí.

—¡Ni hablar! —Jolene bajó mientras él ponía las luces de emergencia—.
Dios mío, Vance, está medio congelada. Saca la manta.

—Voy a llamar a urgencias.

—Dame la manta primero. Tiene pulso. Está viva, cariño, pero se está congelando aquí fuera. No sé si está herida. Tiene rasguños, bastante feos, y se ha dado un golpe en la cabeza, o alguien se lo ha dado.

Vanece arrojó la manta a su mujer y sacó los triángulos.

—Voy a llamar a una ambulancia.

Jolene intentó calentar las frías manos con las suyas, y miró a su marido a la luz roja reflejada por uno de los triángulos.

—Diles que manden también a la policía.

Poco después de medianoche, los Lubbock prestaban declaración ante el

agente que acudió al lugar de los hechos, mientras los sanitarios de urgencias subían a la mujer inconsciente a la ambulancia.

Chase llevó a Jessica a casa. Idea de Rory, pensó ella, no porque quisiera que ellos se liaran, sino porque, obviamente, quería quedarse a solas con Chelsea.

—Imagino que cerrarán el bar. Tu hermano y Chelsea.

—Rory no se va de una fiesta hasta que lo sacan a rastras.

—Te agradezco que me lleves a casa. No podía seguirles el ritmo.

—Oh, no es ninguna molestia. —Chase la miró de soslayo—. Parece que te lo has pasado bien.

—Me lo he pasado genial. He aprendido dos bailes en línea, he bailado con un hombre llamado Spunky, que yo pensaba que era un nombre de perro, y he comido nachos rabiosos.

—Muy distinto a lo que hacéis en el Este.

—Nada que ver.

—¿Qué harías en una noche como esta si volvieras a casa?

—¿Te refieres a Nueva York? —Jessica cerró los ojos, lo pensó—. Probablemente iría a cenar, lo más seguro que a un asiático, con algunos amigos del trabajo. Luego iría a una discoteca, puede que tecno, donde un martini cuesta lo mismo que dos rondas completas de hoy. Bailaría con perfectos desconocidos, fingiría estar interesada en cómo se ganan la vida o en sus problemas con sus ex, y luego me iría a casa en taxi.

—¿Qué es tecno?

Cautivada hasta los tuétanos, hasta los mismos dedos de los pies ahora doloridos, le sonrió.

—Música electrónica. ¿Qué haces cuando sales de noche si no vas al Roundup?

—Oh, no salgo mucho, supongo. Pero me gusta el cine.

—Los westerns.

—No solo los westerns. Me gusta el cine en general. Fui a hacer una visita a Cal hace un par de años y pude asistir a un rodaje. De exteriores. No era un western, sino una película de época sobre una mujer que intenta sacar su granja adelante después de que su marido muera. *Catorce acres*, se titulaba.

—La he visto. Es una buena película.

—¿Te gusta el cine? —preguntó Chase cuando paró delante del edificio de ella.

—Pese a los pocos westerns que he visto, me encanta el cine.

—Tendrías que ver *Tombstone*.

—Lo haré.

Chase volvió a cautivarla cuando bajó de la camioneta, la rodeó y le abrió la puerta. Pensó en decirle que no hacía falta que la acompañara hasta la puerta, pero quería que lo hiciera.

Habían pasado la noche bailando, charlando y, a menos que ella lo hubiera interpretado mal, coqueteando.

Podía haber sido una mujer que siempre regresaba a casa sola después de ir a una discoteca. Pero el Roundup no era una discoteca. Y Chase Longbow no era un desconocido.

—¿Ya estás instalada?

—Chase, llevo más de seis meses aquí. Ya estoy instalada.

Jessica giró la llave en la cerradura, se volvió hacia él. Se decidió.

—¿Por qué no pasas y lo ves con tus propios ojos?

—Oh, no quiero molestarte.

Ella se puso de puntillas sobre los doloridos dedos de los pies y le rozó los labios con los suyos. A veces la mujer tiene que tomar la iniciativa, pensó. Y agarrándolo por la pechera de la camisa, lo metió en casa.

Él tardó unos diez segundos en perder la timidez.

Camino de casa, Bodine estiró los brazos y echó los hombros hacia atrás.

—Has tenido una buena idea, Skinner. Cenar y bailar ha sido ideal.

—Tengo otras ideas.

—Seguro que también son buenas. Necesito que gires por aquí, para entrar en el resort.

—Por aquí es más largo.

—Depende de dónde vayas.

Callen sabía adónde quería ir. A echarse sobre esas agradables sábanas limpias con ella debajo, pero giró.

—La oscuridad y el silencio tienen una belleza especial. Ve por la carretera de la izquierda. No sé cómo duerme la gente en la ciudad, con tanta luz y ruido.

—Tiene cosas buenas.

Picada por la curiosidad, Bodine lo miró de soslayo.

—¿Volverías?

—Odio decir que nunca, pero ya no me atrae. Supongo que echaba de menos la oscuridad y el silencio.

—Aquí tenemos de sobra. Ve más despacio, gira a la izquierda por ahí.

—Eso no es una carretera, Bo.

—No, no es una carretera. Pero es una cabaña. Y mira —dijo, y sacó una llave y se la enseñó— lo que resulta que tengo.

Callen miró primero la llave y después a ella.

—Eres una mujer inteligente e interesante.

—No podría estar más de acuerdo.

Callen podría haber bajado para abrirle la puerta, pero ella no le dio

tiempo. De manera que la cogió de la mano cuando caminaron por la grava y subieron los escalones del porche.

—He sido tan inteligente que he traído algo de comer y de beber por si nos apetece, y café para mañana por si nos quedamos un rato.

—Más interesante por momentos.

Bodine abrió la puerta y encendió la luz del salón.

—Deja que te la enseñe por dentro. —Arrojó la llave y se quitó el abrigo —. Podemos empezar por el dormitorio.

Él la acompañó.

—En el Resort Bodine ofrecemos lujo rústico. Un jacuzzi en la terraza de atrás, una bañera japonesa, una ducha de techo con efecto lluvia, sábanas de primerísima calidad.

Esas sábanas cubrían una cama ya abierta, una cama con cuatro recias columnas que estaba orientada hacia una ventana que Callen imaginaba que tenía hermosas vistas durante el día.

Estaba más interesado en la vista que tenía delante.

—Cocina bien equipada, que estaremos encantados de surtir a petición de los huéspedes, una chimenea de leña, televisores de pantalla plana. Haremos todo lo posible para que su estancia aquí resulte inolvidable. A ver si conseguimos que tu estancia aquí sea inolvidable... Puedes empezar quitándome este vestido.

—Es un vestido bonito. Llevo toda la noche pensando en quitártelo.

—Nada te lo impide.

Callen se acercó a Bodine, le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios. Con suavidad al principio, y después con un poco más de pasión cuando ella lo agarró por las caderas.

Como había hecho en la pista de baile, le dio la vuelta, la hizo reír. Con los labios pegados a su hombro, le bajó la cremallera de la espalda del vestido.

Una espalda larga y tersa, partida por una fina línea azul marino.

Bodine se quitó las botas cuando el vestido resbaló al suelo.

De nuevo, curvas largas, delgadas y sutiles, más azul marino bajándole por las estrechas caderas.

—Caramba, mírate.

—¿Solo quieres mirarme?

—Ni de lejos, pero me deleitaré un momento. —Callen le pasó la yema de un dedo por la parte superior de los pechos, notando cómo se estremecía—. Sí, te has puesto más guapa, sin duda.

—Yo también debería tener algo que mirar.

Bodine le desabrochó la camisa y le pasó la yema del dedo por la línea de piel al descubierto.

—Te mantienes en forma.

—Hago lo que puedo.

Para comprobarlo, le quitó la camisa.

—Bien. —Utilizó las palmas de las manos, apretándolas contra su duro pecho, su tersa barriga—. Mírate. Antes era posible contarte las costillas a una distancia de medio kilómetro.

Lo miró, pestañeando, con una sonrisa socarrona, y le desabrochó el cinturón.

—Bodine.

Mientras ella le desabotonaba los vaqueros, él la estrujó contra sí, le devoró la boca, sintió que el cuerpo casi le explotaba cuando ella se le agarró al cuello con los brazos y a la cintura con las piernas. Cayó sobre la cama con ella.

Un cuerpo caliente y sábanas frescas debajo de él. Las manos de Bodine clavándose en la espalda, bajándole los vaqueros.

Él se descalzó las botas, que cayeron al suelo con un golpe sordo, y la

ayudó a que le quitara los vaqueros.

Bodine levantó las caderas y se apretujó contra él hasta que el deseo casi lo cegó.

Callen se esforzó por recobrar el aliento, el control.

—Llevamos toda la noche poniéndonos a tono.

Unas manos impacientes le bajaron los calzoncillos.

—Házmelo, Skinner. Ahora. Oh, Dios, ahora mismo.

A Callen le temblaron un poco las manos cuando le quitó las bragas y le desabrochó el sujetador para poder saborear sus maravillosos pechos. Quería saber que ella estaba tan consumida por el deseo como él, tenerla al filo solo un momento más.

Entonces la penetró, y hubiera jurado que el mundo se ponía a temblar.

Ella soltó un grito, no de sorpresa, sino algo así como de triunfo. Lo agarró con fuerza por las caderas, arrimándolo a ella, instándolo a aumentar la velocidad mientras se movía debajo de él.

Callen tuvo que sujetarle las muñecas contra la cama, parar, o habría terminado antes siquiera de empezar.

—Un momento —consiguió decir—. Un momento.

—Si paras, tendré que matarte.

—Parar no. No podría. Santo cielo, Bodine. —Recorrió con su boca la garganta, los pechos de ella—. ¿De dónde habéis salido vosotros?

—No puedo. —Ella sintió cómo se formaba, sin poder controlarlo, ese creciente huracán de intenso y oscuro placer, ese instante al que quiso aferrarse—. No puedo.

Hermosa, gloriosa, la arrasó esa oleada de calor, el azote de latidos, y la caída lenta, pasmosa.

—Dios mío, Dios mío. No puedo respirar.

—Estás respirando —susurró él mientras los conducía de nuevo hacia la

cumbre.

Entonces imprimió la velocidad que ella le había pedido, le dio la fuerza que encerraba. Aturdida, casi enloquecida, Bodine oyó los rítmicos restallidos de su carne contra la de ella, vio que sus ojos eran como un tornado, muy muy grises y con matices verdosos.

Él era el huracán dentro de ella.

Cuando se desató, para ambos, Bodine dejó que la arrastrara consigo.

No llegaron a descorchar el vino ni a abrir ninguna cerveza. Cuando el agotamiento por fin venció al deseo, Bodine se quedó dormida encima de Callen, quien seguía con la mano enredada en su pelo.

Aun así, el reloj interior de Bodine la despertó antes de que amaneciera. Dejando aparte el reloj, se notaba el cuerpo relajado, caliente y ejercitado a fondo. Habían cambiado de postura en las pocas horas de la noche que no habían estado activos, y Bodine, que jamás se había tenido por una persona cariñosa, se dio cuenta de que se había acurrucado contra Callen.

Como él tenía un brazo pasado por su cintura y una pierna envolviendo las suyas, imaginaba que no le molestaba.

Cerró los ojos y, acurrucada como un gatito, esperó poder dormir otra hora más.

Pero sentía los latidos del corazón de Callen, lentos y firmes. Olía su piel. Y recordaba exactamente cómo sus manos, ásperas, duras, hábiles, habían conocido y satisfecho todos los secretos que ella poseía.

No conseguía dormirse, y como no estaba del todo segura de poder aguantar otro revolcón, se separó con cuidado y se levantó para empezar el día.

Callen soñó con ella, soñó que estaban tumbados desnudos en un prado herboso. Bodine tenía brillantes florecillas blancas enredadas en el pelo. Se

movían juntos despacio, como el deseo, el ansia y la impaciencia se lo habían impedido durante la noche. Pero en el prado, la ternura vencía a la urgencia.

Podía contemplar su cara, ver cómo sus ojos verdes se tornaban más oscuros al mirar los suyos, observar el hálito de su respiración. Verla levantar la mano para ponérsela en la mejilla.

Llovía, de manera que la hierba brillaba, tan verde como sus ojos. Hierba mojada, pelo mojado, mujer mojada.

Se despertó alargando la mano hacia ella.

Desconcertado, se quedó donde estaba y vio, por la tonalidad de la luz, que aún faltaba para que amaneciera.

¿Y la lluvia del sueño? El ruido de la ducha en el baño contiguo.

El sueño, su significado, lo asombraba, y lo incomodaba incluso más. Erotismo era una cosa, pero ¿prados, flores y chaparrones? Eso era romanticismo puro y duro.

De momento, lo dejaría aparcado en un rincón.

Oyó que el agua de la ducha dejaba de correr y, poco después, que la puerta se abría.

—Es domingo —dijo.

—Oh, estás despierto. Sí, todo el día.

La oyó paseándose por la habitación, vio su sombra en la oscuridad.

—¿Por qué no estás en la cama?

—Tengo un despertador interior. A veces puedo desactivarlo, otras no. Tengo que tomar café. Anda, duerme un rato más. Sé que hoy trabajas, pero te quedan un par de horas. Voy a ponerme esta camisa tuya hasta que me meta algo de café en el cuerpo.

Cuando salió, Callen se quedó mirando el techo. ¿Cómo podía un hombre dormirse después de un sueño romántico, aunque estuviera aparcado en un

rincón? ¿En especial cuando una mujer salía de una ducha y lo impregnaba todo de olor a miel?

¿Cómo podía cuando la imaginaba vestida únicamente con su camisa?

Sexo débil, y una mierda. Las mujeres tenían todo el poder solo por ser mujeres.

Se levantó, fue al baño desnudo para darse una ducha, y en la repisa encontró un cepillo de dientes con su envoltorio y un tubito de pasta.

No se le había escapado ningún detalle.

Cuando salió, la cabaña olía a café. Bodine había encendido la chimenea y estaba de pie junto a la gran ventana del salón, bebiéndose su café.

Sin llevar nada aparte de su camisa.

—Los alces están bramando —dijo—. Siempre bajan a pacer. Pronto amanecerá. Lo veremos desde aquí, y es un espectáculo increíble.

Se volvió, con las largas piernas al aire, envuelta en la holgada camisa de él, con apenas uno o dos de los botones centrales abrochados. Tenía el pelo mojado, brillante, negro como la boca del lobo.

Todo el poder, volvió a pensar Callen.

—Tenemos yogur griego y muesli, si quieres.

—¿Por qué iba nadie a querer eso?

—Lo sé. —Riéndose, Bodine fue a la cocina americana y abrió la nevera—. Me digo que acabarán gustándome, pero estoy perdiendo la fe. Ahí tengo patatas fritas. Las traje por si nos entraba hambre anoche.

Callen las miró, pensó «Qué puñetas» y abrió la bolsa. Solo necesitaba unos minutos para que el cuerpo volviera a templársele. Se apoyó en la encimera y la vio mezclar una cucharada de yogur con otra de muesli.

—Solo tengo que cambiar las sábanas y las toallas, limpiar el baño y fregar los platos.

—Te echaré una mano.

—No tardaremos. Puedo acompañarte al CAB con Leo y de ahí irme andando al despacho. Si no, me quedaré sin hacer ejercicio. —Engulló una cucharada e hizo una mueca—. Nunca sabe mejor.

Callen le ofreció la bolsa de patatas.

Ella se resistió, perdió.

—Solo por esta vez. —Metió la mano en la bolsa—. ¿Por qué no conviene comer todo lo que sabe tan rico? —Miró el yogur con el ceño fruncido—. A lo mejor, si le pongo patatas fritas troceadas...

Callen le cogió el tazón y lo dejó en la encimera.

—Quiero decirte una cosa.

La mirada divertida de Bodine se tornó recelosa.

—Vale.

—No sé adónde va esto, adónde vamos nosotros, pero mientras sigamos por este camino... ¿Aún seguimos?

—Aquí estamos, después de pasarnos media noche revolcándonos desnudos, tomando café y patatas fritas con sabor barbacoa. A mí me parece que sí.

—Pues muy bien. Mientras sigamos, somos solo nosotros. No tenemos otros compañeros de viaje.

Bodine escrutó su cara, se comió otra patata frita.

—Interpreto que significa que ninguno de los dos se acuesta con nadie más.

—Esa es la idea.

Sin dejar de mirarlo, Bodine tomó otro sorbo de café.

—Creo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que el sexo me gusta bastante.

—Sí, me he dado cuenta. También se te da bien.

—Me gusta pensarlo. —Disfrutando de su pecado venial, Bodine se zampó

otra patata frita—. Pero que el sexo me guste no significa que me lo tome alegremente.

—Nunca he pensado que lo hicieras, y no solo hablo de ti. Somos dos en esto.

Bodine frunció los labios, asintió.

—De acuerdo. Me parece un trato razonable. Nada de autoestopistas, ni tú ni yo. —Después de dejar la taza, se limpió la sal de los dedos—. ¿Quieres que sellemos el pacto con saliva?

Otra vez esa condenada sonrisa pícaro.

—No.

Apartó la bolsa de patatas, la empujó contra la nevera.

—Tengo otra cosa en mente.

La hizo suya allí mismo, con más vehemencia de la que pretendía, mientras el rojo sol naciente acariciaba los cristales de las ventanas.

Aunque Bodine no tenía ninguna necesidad de ir al despacho, ya lo había programado para ese domingo. Solo una hora o noventa minutos, para quitarse de encima parte del papeleo.

Consideró coger la bolsa de deporte, siempre preparada, y pasar otra hora en el gimnasio. Pero se imaginaba que ya había hecho mucho ejercicio en las últimas veinticuatro horas. El suficiente para no negarse cuando Callen había insistido en llevarla hasta la puerta en vez de permitirle que fuera andando desde el CAB.

Le dejó la bolsa con el vino, la cerveza y el café —le dijo que la tuviera a mano— y luego se sorprendió a sí misma, y a él también, inclinándose y despidiéndose con un beso antológico.

A su juicio, si una mujer se acostaba con un hombre y tenía intención de

seguir haciéndolo, no debería avergonzarse si la gente se enteraba.

Entró en el despacho sin prisas, canturreando un poco, y decidió seguir con el talante pasota con que había empezado el día comiendo patatas fritas.

Cogió una Coca-Cola en vez de agua, cuyo consumo estaba intentando aumentar.

Apenas se había acomodado a su escritorio cuando Jessica pasó por delante del despacho con sus zapatos de tacón; retrocedió.

—No sabía que hoy venías.

—Solo una hora o así —respondió Bodine—. Tú tienes el *brunch* posboda.

—Lo he dejado en manos de Chelsea, pero he venido por si acaso. De momento, todo bien. Mantiene la temática con tortillas del Oeste, tacos, bocadillitos de carne en salsa, mimosas de arándanos, etcétera. —Con las cejas enarcadas por la sorpresa Jessica ladeó la cabeza—. Debe de gustarte mucho el vestido.

—Sí, y lo considero una señal de que me importa un rábano que todos lo sepan.

—Me alegro. Callen es estupendo. Me gustó poder conocerlos mejor, a él y a todos. Dios mío. —Jessica entró, cerró la puerta y se apoyó en ella—. Me he acostado con tu hermano.

—¿Rory o Chase? Es broma —dijo Bodine entre risas cuando Jessica se quedó con la boca abierta—. Él también es estupendo.

—Empecé yo.

—Lo conozco desde que nací. —Bodine se tocó la mejilla con un dedo—. Esta no es mi cara de sorpresa.

—Te parece bien. —Como si se quitara un peso encima, Jessica se pasó una mano por el moño recogido pulcramente—. Sé que lo habíamos hablado en teoría, pero ahora es una realidad. Me alivia que te parezca bien.

—Doy por supuesto que también te lo parece a ti.

—Estoy... estoy agotada —dijo Jessica, también entre risas—. No quiero que esto sea incómodo, así que solo diré que en cuanto Chase calienta motores, no hay quien lo pare. Y es raro decirle eso a su hermana.

—Al contrario, me llena de orgullo. Lo quiero, Jessie. No hay nada de raro en saber que está interesado en una persona a la que aprecio y respeto, y que ella también lo está en él.

—A ti no te cuesta hacer amigos. —Un atisbo de tristeza nubló la sonrisa de Jessica—. Me he dado cuenta. Los haces y los mantienes. A mí no me ha costado tener conocidos, pero los conocidos no duran. Quiero decirte cuánto te valoro como amiga. Ahora voy a dejarte trabajar, me voy a dar una vuelta por Chelsea durante una hora o así. Después me marcharé a casa. Necesito una siesta.

—¿Le haces un favor a una amiga?

—Claro.

—Vuelve para llevarme a casa en coche antes de echarte la siesta.

—Hecho.

A solas, Bodine se tomó un momento para pensar en otra cosa interesante. Si Jessica no estaba medio enamorada de Chase, le faltaba poco.

—Qué tierno —dijo en voz alta, antes de concentrarse en su ordenador.

El sheriff Tate esperaba fuera de la habitación de hospital a la que había mandado a una de sus ayudantes. Esa mañana había hablado a primera hora con la enfermera de guardia y sabía que habían sedado a la mujer sin identificar porque, cuando por fin había recobrado el conocimiento, se había puesto histérica, casi violenta.

«Aterrorizada» era la palabra que la enfermera había utilizado.

Había leído el informe del agente que había acudido al lugar de los hechos,

las declaraciones del matrimonio que había llamado a urgencias, y ahora quería que el médico le hiciera un informe detallado antes de entrar a verla en persona.

—No estaba de guardia cuando la trajeron. —El doctor Grove, un hombre de rostro adusto y manos delicadas, continuó leyendo la historia clínica mientras proseguía—: Pero sí he hablado con el residente de urgencias que la examinó y trató. Recogió muestras por si la han violado, y le haremos llegar los resultados. Mostraba señales de sexo forzado y violento. La hemos tratado por congelaciones en los pies. La temperatura del aire no era tan fría como para causarle hipotermia, pero tenía la ropa mojada. Abrusiones graves, en los talones y las palmas de las manos, en rodillas y codos. Grava en los cortes y rasguños. Contusiones y laceraciones graves en la sien derecha y la frente, lo más probable por haberse golpeado contra el suelo. Está conmocionada. —Alzó la vista y miró a Tate a los ojos—. Tiene tejido cicatricial alrededor del tobillo izquierdo y cicatrices en la espalda.

—¿Pueden ser cicatrices de ligaduras, consecuencia de haber estado atada?

—Yo diría que es lo más probable. Y también lo es que las cicatrices de la espalda se deban a palizas repetidas. Con un cinturón o una correa. Algunas son de hace años, otras no.

Tate exhaló un suspiro.

—Tengo que hablar con ella.

—Lo entiendo. Debe comprender que, cuando he intentado hacerlo esta mañana, ella no ha dicho nada coherente y se ha puesto histérica. La hemos sedado para evitar que se haga más daño.

—¿No le ha dicho cómo se llama?

—No. Cuando el sedante ha empezado a hacerle efecto, nos ha suplicado que la dejáramos marchar porque tenía que volver. Ha hablado de alguien a quien ha llamado «señor». Ha dicho que estaría muy enfadado.

—¿Cuándo estará lo bastante despierta para hablar?

—Pronto. Voy a recomendarle que vaya despacio. Sea quien sea, le pasara lo que le pasara, ha sufrido malos tratos durante mucho tiempo. Uno de nuestros psiquiatras hablará con ella.

—¿Tienen una mujer para eso? Si la han violado y ha sufrido malos tratos, una mujer puede convenirle más.

—En eso estamos de acuerdo.

—Bien, pues. Quiero verla. Tenemos sus huellas y vamos a comprobar si está fichada. Puede llevarnos un par de días más, teniendo en cuenta que es domingo, y además siempre hay mucho papeleo. Me gustaría intentar averiguar cómo se llama, al menos.

—Entraré con usted. Podré tratarla de forma más eficaz si empieza a verme como una cara conocida y no como una amenaza.

Entraron juntos.

La mujer de la cama estaba inmóvil y parecía que apenas respiraba.

Pero los monitores pitaban. El catéter insertado en el dorso de su mano conducía a una bolsa colgada de un gotero.

A la débil luz, estaba blanca como un cadáver y tenía el largo pelo cano enmarañado como el de una bruja.

—¿Podemos subir un poco la luz? —preguntó Tate.

Se acercó más a la cama mientras el doctor Grove aumentaba la intensidad de la luz.

—Mi ayudante le echa sesenta y tantos, pero esta mujer es joven. Ha llevado una vida dura, pero yo diría que ronda los cincuenta.

—Estoy de acuerdo.

Tate estudió la cabeza vendada y las heridas de las manos, los moretones de la mandíbula.

—No tiene la mandíbula así por haberse caído en la carretera.

—No, perdone, se me ha pasado decírselo. Mi teoría es que le pegaron. Un puñetazo.

—Sí, he visto suficientes casos para pensar lo mismo.

Tate juzgó que su ayudante había sido más preciso calculando la estatura, el peso.

—Ha dado a luz más de una vez —añadió Grove.

Una vida dura, volvió a pensar Tate, una vida cruel que había ahondado aún más las arrugas de la cara y conferido esa palidez tan enfermiza.

Y aun así, intuía que en otra época había sido una mujer guapa, con los pómulos marcados, la boca bien formada, la mandíbula delicada, pese al moretón, o quizá en contraste con él.

Una idea le vino a la cabeza, provocándole un paulatino ardor de estómago.

—¿Puedo?

Grove asintió cuando Tate dejó la mano suspendida sobre la sábana, sobre el tobillo derecho. Levantó la sábana y examinó el grueso tejido cicatricial.

—¿De cuándo cree que es?

—Como he dicho, algunas de las cicatrices son más recientes, pero la franja más ancha es de hace diez años, al menos.

—Así que podría ser de antes. ¿Podría haber estado atada más tiempo?

—Sí.

—¿De qué color tiene los ojos? A mi ayudante se le pasó. Es joven, como he dicho.

—Ni yo mismo estoy seguro. —Grove se acercó y, con delicadeza, le levantó un párpado—. Verdes.

El ardor de estómago se intensificó.

—¿Tiene una marca de nacimiento? Necesito que le mire detrás de la rodilla. La izquierda, justo en la corva. Mire si hay una marca de nacimiento.

Grove se dirigió al pie de la cama, pero no despegó los ojos de Tate.

—Cree que sabe quién es.

—Mírelo. Por favor.

Grove levantó la sábana, se inclinó para comprobarlo.

—Una pequeña marca de nacimiento ovalada, en la corva de la rodilla izquierda. Usted la conoce.

—Sí. Virgen santa, sí. Es Alice. Alice Bodine —dijo Tate.

Entonces ella se despertó y pestañeó.

—Alice. —El sheriff habló tan quedo como haría con un bebé nervioso—. Alice, soy Bob Tate. Soy Bobby. Ahora estás bien. Estás a salvo.

Pero cuando ella abrió los ojos, el terror habitaba en ellos. Gritó, un gemido agudo, y se protegió con los brazos.

—Soy Bob Tate. Alice, Alice Bodine, soy Bobby Tate. No voy a dejar que nadie te haga daño. —Luego indicó a Grove con un gesto que retrocediera—. Estás a salvo. Estás en casa.

—No. No. No. —Ella miró alrededor con los ojos desorbitados—. ¡No estoy en casa! ¡Señor! Tengo que volver a casa.

—Has pasado mucho tiempo encerrada, Alice —continuó Tate en el mismo tono calmado y quedo—. Estás en el hospital para que te pongas bien.

—No. Tengo que ir a casa. —Alice volvió a gemir mientras le corrían lágrimas por las mejillas—. He desobedecido. Tengo que ser castigada. El señor me sacará el demonio del cuerpo.

—¿Quién es el señor? Puedo intentar buscarlo. ¿Cuál es su nombre completo, Alice?

—Señor. Es el señor. Yo soy Esther. Soy Esther.

—Él te llamaba Esther. Te puso ese nombre, pero tus padres te pusieron Alice. Un verano nos bañamos desnudos en el río, Alice. Tú fuiste la primera

chica a la que besé. Alice, soy Bobby Tate. —Di su nombre, di su nombre, sin parar, bajo y claro—. Soy tu viejo amigo Bobby Tate.

—No.

Pero él vio que algo penetraba en sus ojos, o lo intentaba.

—No te preocupes. Ya te acordarás. Lo que quiero que sepas... ¿Puedes mirarme, Alice?

—¿E... Esther?

—Mírame, cariño. Lo que quiero que sepas es que aquí estás a salvo. Nadie va a hacerte daño.

Los ojos, esos ojos verdes que él recordaba tan bien, se le pusieron en blanco, miraron de un lado a otro como los de un animal asustado.

—Tengo que ser castigada.

—Ya te han castigado, más que suficiente. Solo vas a descansar un tiempo, a ponerte fuerte otra vez. Seguro que tienes hambre.

—Yo... yo... El señor provee. Yo como lo que el señor me procura.

—El doctor va a pedir que te traigan lo que puedes comer. Te vendrá bien comer.

—Tengo que volver a casa. No sé cómo ir a casa. Me perdí bajo la luna, en la nieve. ¿Puedes decirme cómo volver a mi casa?

—Hablaremos de eso, quizá después de que comas un poco. Te ha atendido el médico. Te ayudará a ponerte mejor. Va a hablar con la enfermera para que te traigan algo de comer. ¿Tienes hambre?

Ella empezó a negar con la cabeza, enérgicamente, pero sin despegar sus ojos llorosos de él. Se mordió el labio inferior y después asintió.

—Puedo tomarme una infusión siempre que quiero. De hierbas.

—Seguro que podemos prepararte una infusión. Quizá una sopa. Voy a quedarme aquí contigo para ayudarte a comer. Me sentaré aquí. Voy a salir un momento al pasillo para hablar con tu doctor.

—No debería estar aquí, no debería estar aquí, no debería...

—Alice. —Tate la interrumpió en el mismo tono quedo. No la tocó, aunque quería cogerle la mano—. Estás a salvo.

Cuando retrocedió, ella juntó las manos lastimadas, cerró los ojos y murmuró lo que él tomó por oraciones.

—¿Alice Bodine? —preguntó el médico—. La familia Bodine... ¿Qué parentesco tiene con ellos?

—Es la hija de Cora Bodine. La hermana pequeña de Maureen Longbow. Lleva desaparecida veinticinco años o más. Necesito que esta información no salga de aquí. No quiero que se corra la voz. —El estómago le dio un vuelco y el ardor le escaldó el esófago—. Dios, Dios bendito, ¿qué le han hecho? ¿Puede comer?

—Pediré que le traigan una infusión y un caldo. Iremos despacio. Lo ha hecho muy bien, sheriff. Sabía qué decirle, cómo decirlo.

—Soy policía casi desde que ella se marchó. Se aprende. —Tate sacó un pañuelo del bolsillo, lo utilizó para limpiarse la cara y enjugarse el sudor—. Tengo que llamar a su madre.

—Sí. Pero necesito hablar con ella, con todos los miembros de la familia, antes de permitirles verla. Está delicada, en todos los sentidos. Esto puede llevar tiempo.

Tate asintió, y vio como Alice rezaba mientras sacaba el móvil.

Cora estaba arreglándose para la cena de los domingos en el rancho. Le encantaban aquellas comidas en familia y agradecía mucho que Maureen se asegurara de organizarlas una vez al mes, pasara lo que pasara. Asimismo, entendía que su hija se pusiera un poco nerviosa ese domingo del mes, a su manera, sin alterarse demasiado.

Su Reenie apenas se ponía nerviosa con nada. Cora recordaba como si fuera ayer la cena de un domingo de verano en la que ella sirvió un estupendo picoteo a base de ensaladilla rusa con judías verdes y tomates recién cogidos del huerto, mientras Sam y su propio padre asaban filetes y pollo a la parrilla.

El pequeño Chase correteaba con los perros como si tuviera fuego en los pantalones y Bodine lo seguía con sus rollizas piernecillas, haciendo todo lo posible por no quedarse rezagada.

Recordaba cómo habían charlado y reído sentados a la gran mesa hasta la torta de fresa y el helado de arándanos antes de que Maureen anunciara, con toda la calma del mundo, que más les valía llamar a la comadrona porque el bebé estaba en camino.

Qué muchacha, pensó Cora mientras probaba un nuevo lápiz de labios rosa. Resuelta a tener su tercer hijo en casa. Cronometrando sus contracciones durante más de tres horas sin decir nada a nadie, ni pestañear.

¿Y acaso no había alumbrado a Rory apenas dos horas después, en la vieja gran cama, rodeada de toda la familia?

Resuelta y serena, pensó tras dar el visto bueno al nuevo color de labios con una sonrisa. Así era su Maureen de la cabeza a los pies.

Cuando pensaba en la suerte que había tenido con su hija, nada ensombrecía su felicidad. Quizá había momentos en los que echaba de menos vivir en el rancho, momentos incluso en los que aún se despertaba diciéndose que tenía que ponerse en marcha, ir a trabajar, atender a los caballos. Pero nunca lamentaba, ni por un instante, haber cedido el rancho a Maureen y a Sam, y haberse mudado a la Casa Bodine con sus padres.

Había que pasar la antorcha mientras aún brillaba. Su hija y el marido de su hija llevaban esa antorcha con pulso fuerte y firme.

Observó las fotografías que Bodine había hecho retocar y enmarcar para ella.

Qué apuesto era su Rory, qué orgulloso estaría de lo que habían hecho juntos. Sus dos hijas.

Se llevó un dedo a los labios; después tocó con él la cara del amor de su vida, a su primera hija, a la segunda.

Si pudiera pedir un deseo, sería que su hija mayor entendiera que el amor y el orgullo que sentía por ella eran suficientes para iluminar el mundo, y aun así podía echar profundamente de menos a la hija que había perdido.

Apartó el deseo, pues lo que tenía siempre pesaba más que lo que le faltaba. Todavía debía meter en una caja la tarta que su madre y ella habían preparado.

Se echó un último vistazo en el espejo.

—Sigues aguantando, Cora. Cada vez es más duro, solo Dios lo sabe, pero sigues aguantando.

Riéndose de sí misma, cogió el bolso y se sobresaltó un poco cuando el móvil sonó en ese preciso momento. Un extraño escalofrío le recorrió el espinazo, la indujo a poner los ojos en blanco ante su propia reacción.

Respondió al teléfono.

Doña Fancy estaba sentada al lado de la cama mirándose las botas. Su estilo le complacía, con los relucientes relámpagos rojos en los lados. Siempre le había gustado el calzado bonito. Pero, Dios santo, cuánto echaba de menos llevar zapatos de tacón sexis.

—Esa época pasó —dijo con un suspiro, y lo repitió cuando oyó los pasos de Cora—. Solo me estoy recordando que mi época de pasearme con zapatos de tacón es historia.

—Mamá.

—Hubo una época en la que podía pasarme toda la noche bailando hasta la

mañana siguiente con unos zapatos rojos de tacón. Tenía unos, rojos, con los dedos al aire, para los que ahorré durante casi seis meses...

—Mamá. Mamá. Madre.

Doña Fancy por fin captó el tono y alzó la vista. La cara pálida y afligida de su hija fue como una flecha directa al corazón.

—Cielo, ¿qué tienes? ¿Qué ha pasado?

—Es Alice —consiguió decir Cora cuando su madre se puso de pie—. Es Alice. Han encontrado a Alice.

Cora se desmoronó, cayendo al suelo de rodillas mientras su madre corría a su lado.

Cuando Jessica aparcó delante del rancho, Bodine se volvió hacia ella.

—Tendrías que cambiar de opinión y quedarte a la cena, en serio. Es todo un acontecimiento. Y podrías coquetear un poco con Chase.

—Es tentador, créeme. Pero necesito echarme una siesta —insistió Jessica—. Y creo que ahora mismo no debería pasarme con el coqueteo.

—Juego estratégico. —Bodine aceptó su respuesta y le tocó el hombro con la yema de un dedo—. El siguiente paso tiene que darlo Chase.

—Podría decirse así.

—Bueno, gracias por traerme.

—Siempre que quieras. Salúdalos a todos de mi parte.

—Lo haré.

Como Jessica había parado delante de la casa, Bodine entró por la puerta principal. Correría arriba, pensó, se cambiaría de ropa y luego vería en qué podía ayudar a su madre con la comida.

Entró y se detuvo en seco cuando la vio llorando en los brazos de su padre. No solo llorando, pensó Bodine en ese breve instante, sino temblando.

—¿Qué ha pasado? —El corazón se le encogió tanto que se sintió mareada —. Las abuelas...

Sam negó con la cabeza, acariciando el pelo de Maureen, cuando miró a Bodine por encima de la cabeza de su mujer.

—Están todos bien.

—Estoy bien. Estoy bien. —Pasándose la mano por la cara, Maureen se separó de él—. ¿Lo he apagado todo? Tengo que ir a mirar si...

—Está todo apagado —le aseguró Sam—. Tenemos que irnos ya, Reenie.

—¿Dónde? ¿Qué ocurre? —preguntó Bodine.

—Alice. —Cuando la voz se le quebró, Maureen respiró hondo y expulsó el aire despacio—. Han encontrado a Alice. Está en el hospital. En Hamilton.

—Han... ¿Alice? Pero ¿dónde...?

—Ahora no, cariño. —Sam tenía a Maureen firmemente rodeada con el brazo—. Tenemos que ir a recoger a las abuelas. No podemos dejar que Cora conduzca tal como está.

—He... he... Lo he dejado todo en la cocina —empezó a decir Maureen.

—Yo me ocupo, mamá.

—Chase, Rory, iba a dejar una nota. Se me ha olvidado. Necesito...

—Yo se lo diré. Yo se lo diré. —Bodine se acercó a Maureen y le dio un fuerte abrazo; sintió cómo temblaba—. Contad con nosotros. Os apoyamos.

—Le tomó la cara entre las manos—. Cuidad a las abuelas.

Comprendió que aquello era justo lo que su madre necesitaba oír. Maureen dejó de llorar.

—Lo haremos. Las cuidaremos. Chase y Rory.

—Iré a buscarlos. Venga, marchaos.

En cuanto su madre salió por la puerta, Bodine corrió a la parte trasera de la casa mientras sacaba el móvil. No se detuvo cuando entró en la cocina

oliendo al asado de los domingos y al pan recién hecho, sino que marcó el número de Chase mientras salía de nuevo fuera por la otra puerta.

—¿Dónde estás? —le preguntó en cuanto él respondió.

—Revisando unas cercas. Ya vamos para allá. No llegamos tarde.

—Tenéis que venir a casa de inmediato. De inmediato, Chase. Han encontrado a Alice, la hermana de mamá, Alice. ¿Está Rory contigo?

—Sí. Ya vamos.

Aliviada, entró otra vez en casa y subió corriendo la escalera trasera. Se quitó el vestido, cogió unos vaqueros y una camisa. Recordó a su madre, llorando y temblando.

Se dio cuenta de que Maureen no llevaba el bolso, y, a medio vestir, se precipitó al dormitorio de sus padres para cogerlo. Intentó pensar en qué más podría necesitar su madre, pensó en el estado de la cocina y en la comida.

Terminó de vestirse y llamó a Clementine. Después corrió abajo para reunirse con sus hermanos.

Era como un sueño. Nada parecía del todo real. Maureen estaba sentada muy cerca de ella, asiéndole la mano, y eso era real. Eso era real. También lo era su madre, que hacía lo propio con la otra mano.

Cora se preguntaba si con ese gesto estaban impidiendo que saliera volando.

Oía hablar al médico, pero sus palabras solo hacían que darle vueltas en la cabeza, no parecían capaces de asentarse.

Entraron los nietos. ¿Les sonrió? A Cora siempre la hacían sonreír, por el mero hecho de existir.

Bob Tate estaba en la habitación, un poco apartado. Bob la había llamado, le había dicho...

Alice.

—Lo siento. —Luchó contra su embotamiento, intentó concentrarse en las palabras del médico—. Me cuesta pensar con claridad. ¿Está diciendo que no recuerda quién es?

—Ha sufrido un trauma muy fuerte, señora Bodine. Prolongado, físico, mental, emocional.

—Prolongado —repitió Cora de forma inexpresiva.

—Es mejor que le hablemos sin rodeos. —Tate dio un paso hacia delante, se agachó para ponerse a la altura de Cora—. Parece que alguien ha retenido a Alice en contra de su voluntad, probablemente durante años. Le ha hecho

daño, Cora. Tiene cicatrices del daño que le ha hecho. Cicatrices en la espalda por palizas, en el tobillo por lo que considero que es un grillete. La han violado, y no mucho antes de que la encontraran. Ha tenido hijos, cariño.

El escalofrío la atravesó como garras afiladas.

—Hijos.

—El doctor ha dicho que ha dado a luz más de una vez.

Sí, hablar sin rodeos, pensó Cora. Mejor.

Horrible.

—Alguien se la llevó y la encadenó, le pegó y la violó. A mi Alice.

—Algunas de las cicatrices son viejas, otras no tanto. También le ha causado daños psicológicos. Aquí tienen una doctora que va a ayudarle con eso, igual que hará el doctor Grove.

Años. Cora había vivido años y sabía cómo volaban, aunque había períodos que avanzaban igual de lentos que un caracol.

Pero ¿años? ¿Su Alice, su hija, su niña, presa y lastimada durante años?

—¿Quién ha sido? —preguntó, su embotamiento carbonizado por la ira—. ¿Quién le ha hecho esto?

—Aún no lo sé. —Antes de que Cora pudiera añadir nada, el sheriff le agarró las manos con más fuerza—. Pero juro por mi vida, Cora, que haré todo lo posible para averiguarlo, para encontrarlo, para hacerle pagar por esto. Te lo prometo.

La ira podía esperar, se dijo Cora. Los sollozos y gemidos que ya le bullían por dentro podían esperar. Porque...

—Necesito ver a mi niña.

—Señora Bodine. —El doctor Grove volvió a acercarse—. Tiene que saber que quizá no la reconozca. Tiene que estar preparada para eso. Tiene que estar preparada para su aspecto físico y su estado emocional.

—Soy su madre.

—Sí, pero es posible que ella que no sepa quién es. Tiene que estar muy calmada cuando entre a verla. Su impulso será abrazarla, hacerle preguntas, esperar que las responda. Ella puede angustiarse. En ese caso, deberá dejarla tranquila, darle más tiempo. ¿Puede hacerlo?

—Puedo hacer lo que sea mejor para ella, y lo haré, pero necesito verla, con mis propios ojos.

—No parece la misma —le advirtió Tate—. Prepárate para eso, Cora. Ni está ni habla como la recuerdas.

—Te acompaño. —Maureen se levantó—. Me quedaré fuera de la habitación, pero no vas a ir sola.

Cora apretó la mano a su madre, después se levantó y cogió a su hija de la mano.

—Estaré mejor sabiendo que estás conmigo.

—Entraré con usted. Señora Bodine —continuó Grove mientras echaba a andar—, tiene que resistir el impulso de preguntarle por lo que le ha pasado, de reaccionar a las señales que verá de lo que le ha pasado. Mantenga la calma. Es posible que no quiera que la toquen, que no quiera hablar. Llámela por su nombre. Ella dice que se llama Esther.

—¿Esther?

—Sí, pero el sheriff ha seguido llamándola Alice, y se ha calmado cuando él le ha hablado.

—¿Lo ha reconocido?

—No lo creo, al menos conscientemente, pero ha podido comunicarse con ella. —Grove se detuvo delante de la puerta—. El sheriff Tate dice que es usted una mujer fuerte.

—Pues tendrá razón.

Asintiendo, Grove abrió la puerta.

En la imaginación de Cora, Alice continuaba siendo la adolescente bonita e

indomable que se había escapado para ser estrella de cine. Aquella bonita adolescente, y todas las etapas por las que había pasado antes de aquel día.

La niña con vestidos de volantes y botas camperas. La bebé de meses que ella había acunado en plena noche. La adolescente insolente, la niñita que se había metido en su cama buscando consuelo tras una pesadilla.

La mujer de la cama con la cara magullada, el pelo encanecido y sin brillo, hondas arrugas en las comisuras de la boca y los ojos, guardaba muy poco parecido con esos preciados recuerdos.

Aun así, pensó Cora, reconocía a su hija.

El corazón se le retorció dentro del pecho, como un trapo escurrido con fuerza, y las piernas le fallaron.

Entonces Maureen le apretó la mano.

—Estoy aquí, mamá. Estaré aquí, en el pasillo.

Cora puso la espalda recta y se acercó a la cama.

La mujer allí tumbada se encogió. Sus ojos, verdes como habían sido los de su padre, miraron a todas partes, perseguidos por el horror.

Había pesadillas que no podían ahuyentarse con abrazos.

—Tranquila, Alice. Nadie va a hacerte daño. No permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

—¿Dónde está el hombre? ¿Dónde está el...?

—¿Bob Tate? Está en el pasillo. Me ha llamado para decirme que estabas aquí. Me alegro mucho de volver a verte, Alice. Mi Alice.

—Esther. —Alice se encorvó—. No quiero más inyecciones. El señor se enfadará mucho. No puedo quedarme aquí.

—Tuve una profesora que se llamaba Esther —se inventó Cora sobre la marcha—. Esther Tanner. Era encantadora. Pero a ti te puse Alice por la madre de tu padre. Alice Ann Bodine. Mi vivaracha gatita callejera.

¿Era su esperanza ciega, la urgencia de su necesidad, o acaso vio un atisbo

de emoción en esos ojos despavoridos? Con cuidado, con tanto cuidado que los huesos le dolieron, se sentó en un lado de la cama.

—Solía llamarte así cuando eras chiquitina y no querías dormirte. Ay, luchabas contra el sueño como si fuera tu enemigo más feroz. Mi Alice jamás quiso perderse un minuto de vida.

—No. Alice era una puta y una marrana. Dios la ha castigado por sus maldades.

El corazón volvió a retorcerse a Cora, esta vez por la ira que le bullía en las entrañas, pero la reprimió. La reservó para más adelante.

—Alice es, era y siempre será rebelde, terca, pero nunca mala. Oh, podías volverme loca de atar, mi gatita callejera, pero también podías hacerme reír, ¿verdad? Y me llenabas de orgullo. Como la vez que saliste en defensa de la pequeña Emma Winthrop cuando las otras niñas se burlaban de ella por tartamudear. Tiraste a dos al suelo de culo, te metiste en un lío por eso. Y yo me sentí muy orgullosa de ti.

Alice negó con la cabeza, y Cora se arriesgó.

Con delicadeza, mucha delicadeza, le puso las manos en las mejillas.

—Te quiero, Alice. Tu madre te querrá siempre.

Cuando Alice volvió a negar con la cabeza, Cora solo sonrió y bajó las manos a su regazo.

—¿Sabes quién más ha venido, cuando a ti te apetezca verlas? Reenie y la abuela. Todas nos alegramos mucho de que estés en casa.

De nuevo mirando a todas partes, Alice apretó los labios.

—El señor provee. Tengo que volver. Tengo una casa que el señor me procuró. La mantengo limpia. Tengo que limpiar la casa.

—Me encantaría ver tu casa. —Cora siguió sonriéndole con naturalidad y tuvo pensamientos siniestros, amargos, vengativos—. ¿Dónde está?

—No lo sé, no lo sé. —Sus ojos esquivos se clavaron en Cora. Cuánto

miedo había en ellos, cuánta confusión—. Me perdí. Fui mala, y caí en la tentación.

—No vamos a preocuparnos por eso. Nada en absoluto. Pareces cansada, así que voy a dejarte descansar. Voy a dejarte algo, una de mis cosas preferidas.

Levantándose, Cora metió la mano en el bolsillo. Había sacado la fotografía de la billetera en el coche camino del hospital. Con la misma delicadeza de antes, le cogió la mano y le puso la fotografía en la palma.

En ella, Cora aparecía flanqueada por sus dos hijas adolescentes, cada una con una mejilla apretada contra las suyas, sonriendo a la cámara.

—Tu abuelo la sacó la mañana del día de Navidad cuando tú tenías dieciséis años. Quédatela. Si te entra miedo, mírala. Ahora descansa, mi Alice. Te quiero.

En cuanto salió y vio a Maureen, se deshizo en lágrimas.

—Tranquila, mamá. Lo has hecho muy bien.

—Se la ve tan enferma y asustada... Su pelo, oh, Reenie, su bonito pelo.

—Ahora la cuidaremos. La cuidaremos todos. Anda, vamos. Ven a sentarte. Chase —dijo Maureen en cuanto llegaron a la sala de espera—, tráele algo de merendar a la yaya, y también a la abuela. Siéntate, mamá.

Doña Fancy abrazó a Cora, la meció, la tranquilizó.

—Doctor Grove —dijo Maureen—. Querría hablar un momento con usted.

Salió de la sala de espera, mirando alrededor en busca de un lugar poco concurrido.

—En primer lugar —empezó a decir—, usted ha dicho que alguien haría una valoración de su estado mental y emocional. Supongo que se refiere a un psiquiatra.

—Así es.

—Necesitaré su nombre y sus titulaciones. Compréndame —continuó

antes de que él pudiera decir nada—. Mi madre es, tal como dicen, una mujer fuerte. Pero necesita un intercesor, y está claro que mi hermana también. Seré yo. Necesito saber todo lo que hay que saber sobre su estado, sin omitir ningún detalle, y sus tratamientos. —Sacó el móvil—. Voy a grabar esto, si no le importa, para descartar la posibilidad de que yo entienda algo mal o me haga un lío más adelante. Antes de hacerlo, quiero darle las gracias por la atención médica que hasta ahora ha prestado a mi hermana y por la compasión que ha demostrado hacia mi madre.

—Seré lo más riguroso posible. Creo que sería beneficioso para mi paciente que usted, la doctora Minnow y yo tuviéramos una conversación antes de que ella valore a Alice.

—¿Se refiere a Celia Minnow?

—Sí. ¿La conoce?

—Sí, así que podemos saltarnos lo de sus titulaciones. Puedo reunirme con los dos cuando a ustedes les parezca. Bien. —Puso en marcha la grabadora del móvil—. Empecemos por el estado físico de Alice.

Bodine siguió el ejemplo de su madre. Esperó hasta que Tate salió de la sala de espera para hacer una llamada y se escabulló tras él.

—Tengo preguntas.

—Lo entiendo, Bodine, pero...

Ella se limitó a cogerlo del brazo y pasaron juntos por delante del puesto de enfermeras.

—Ha dicho que la habían violado, antes de que la trajeran aquí. ¿Han recogido muestras?

—Así es.

—¿Hay ADN, su ADN? He visto muchos capítulos de *CSI*.

—Y deberías saber que no es como en la tele. El análisis de las muestras llevará tiempo. Y si hay ADN, necesitaremos un sospechoso para poder cotejarlo.

—Ella podría identificar a ese hombre.

Con el mismo cansancio que manifestaba su cara, Tate se restregó la nuca.

—En este momento ni siquiera puede identificarse a sí misma.

—Eso lo entiendo. Y entiendo que la mayor parte de mi familia esté centrada en Alice, en cómo está más que en cómo ha acabado así. Por tanto, yo voy a concentrarme en cómo ha acabado así. ¿Dónde estaba exactamente? ¿Quién la ha encontrado?

—Un matrimonio que volvía a casa después de una noche de juerga la encontró en el arcén de la carretera 12. No sabemos de dónde venía, ni cuánta distancia pudo recorrer antes de desplomarse ahí. Llevaba una bata de estar por casa y zapatillas. No tenía ningún documento identificativo. No tenía nada de nada.

—¿Cuánta distancia pudo recorrer vestida así? —Bodine echó a andar, regresó a su lado—. Unos pocos kilómetros quizá.

—En cualquier dirección —señaló Tate—. Hemos mandado su ropa a la policía estatal. Sus científicos forenses la examinarán, buscarán algo que pueda darnos más información. Pero eso tampoco se hará en un santiamén, Bodine, dado que todo esto lleva tiempo. Tienes que confiar en mí. Removeré cielo y tierra hasta averiguar quién le ha hecho esto.

—Eso no lo pongo en duda, en absoluto. Solo necesito darle sentido. Hacerme una idea para poder asimilarlo. La posibilidad de que la raptaran y la retuvieran desde que se fue de casa...

—No creo que pasara eso. Encontraron la camioneta que se llevó en Nevada. Mandó postales desde California.

—Es verdad, es verdad. Nadie hablaba mucho de Alice, pero yo lo sabía.

Debía de estar otra vez por la zona. Debieron de raptarla cerca de aquí, sheriff. No podría haber venido de California o Nevada en bata y zapatillas.

Eso, al menos, le daba cierto sentido.

—Bien. —Bodine asintió con aire resolutivo—. Eso es algo en lo que pensar. —Se volvió de nuevo hacia él—. Ha dicho que había tenido hijos. ¿Dónde están sus hijos? Dios santo, serían mis primos. —Afectada, se apretó los párpados—. Es mi tía. Nunca había pensado en ella de esa manera. —Miró hacia el fondo del pasillo—. No había pensado en ella casi nunca.

Y se dijo que a partir de entonces lo haría.

Bodine convenció a su madre para que se fuera a casa con ella y Rory, poniendo a la bisabuela como excusa. La bisabuela no podía quedarse una noche entera en una sala de espera. La bisabuela debería ir a dormir al rancho, y necesitaba ciertas atenciones.

No hubo manera de convencer a Cora, de modo que Sam y Chase se quedaron con ella.

Como nadie había comido en el hospital, Bodine calentó la comida que la leal Clementine había terminado de cocinar y había guardado. Cuando dos de las mujeres a las que más quería empezaron a hurgar en la comida que tenían en el plato, Bodine se puso firme.

—Parece que Rory es el único que se tomará un chupito de whisky después de cenar. Pienso que un chupito nos vendría bien a todos, pero vosotras dos no vais a beber whisky con el estómago vacío ni en broma.

—Eso es un acicate. —Doña Fancy consiguió esbozar una sonrisa, y comió un bocado de carne—. He acumulado mucha ira por esa muchacha en el corazón.

—Y yo —convino Maureen—. Ira, rencor y todas las cosas duras que le

diría si alguna vez tuviera la oportunidad.

—Oh, parad las dos.

Bastante sorprendido, Rory se irguió.

—Frena un poco, Bodine.

—Ni de coña. La ira, el rencor y las cosas duras se deben a lo que hizo. Se largó, y eso no cambia la falta de consideración que tuvo. La ira y todo lo demás son porque pensabais en la tía. Tú pensabas en el sufrimiento de tu hija y tú, en el de tu madre. Alice hizo lo que hizo, y se merecía una buena bronca.

—Santo Dios, Bodine —comenzó a decir Rory, pero Bodine lo acalló fulminándolo con la mirada.

—Pero su falta de consideración no significa que se merezca lo que le ha pasado. Nadie se merece eso. Y nadie de esta mesa es responsable de lo que ha ocurrido. Así que parad, y comed.

—No me gusta ese tono —dijo Maureen con frialdad.

—A mí no me gusta estar aquí sentada mientras mi madre asume una culpa que no le corresponde y, de paso, se la contagia a mi bisabuela. No me gusta que mi bisabuela haga lo mismo con mi madre.

—A mí tampoco me gusta ese tono. —Doña Fancy engulló otro bocado—. Igual que no me gusta mucho reconocer que la muchacha tiene razón.

—Una razón que podría haber argumentado con un poco más de respeto —replicó Maureen, y volvió a coger el tenedor.

—Si se sale con la tuya... —Rory las miró a todas—. Castigaros por lo que sentíais no ayuda en nada. Lo que sí ayudará es que la familia permanezca unida, haciendo lo que hay que hacer, unida. La culpa no une a las personas, y nosotros vamos a estar juntos en esto. —Para acabar, dirigió una sonrisa engreída a su hermana—. Así es como se argumenta con respeto.

—Yo te he abonado el terreno —le recordó ella.

Doña Fancy rechazó el comentario con un gesto de la mano.

—De vez en cuando, el muchacho razona. —Acarició el dorso de la mano a su bisnieto—. Va a necesitarnos, Reenie. Las dos van a necesitarnos.

Maureen comió despacio.

—El médico dice que Alice podría salir dentro de unos días por lo que respecta a su estado físico. Pero su recuperación emocional puede llevar más tiempo. La trasladarán a la unidad psiquiátrica hasta que... Pero yo...

—¿Qué, cariño?

—He hablado un poco con Celia Minnow. Va a tratarla ella. Tiene que valorar a Alice y hablar con ella, y decidir qué es lo mejor. Quizá podríamos traerla aquí. Se crio aquí. Su familia está aquí. Contrataremos a una enfermera si es necesario. Y Celia vendrá cuando tenga sesión con ella o nosotros podemos llevarle a Alice. Tengo que hablarlo con Sam, y con todos vosotros, porque es pedir mucho, esperar mucho.

—Claro que vendrá aquí. —Bodine miró a Rory y él asintió—. La Casa Bodine es demasiado pequeña para meter a enfermeras y a doctores. Aquí hay mucho espacio y es un sitio que ella conoce.

—Eso aligera mi carga —dijo doña Fancy—. Bodine, no puedo comer más a estas horas de la noche, pero creo que me he ganado un dedito de whisky para ayudarme a dormir. Eso, y mi cama, es lo que más deseo.

Bodine se levantó y cogió vasos; sirvió uno a doña Fancy, luego miró a su madre con aire interrogante. Maureen le enseñó dos dedos. Sirvió esa cantidad, también para Rory y ella.

—Bueno. —Maureen alzó su vaso—. Por difícil que lo haya tenido, por difícil que aún lo tenga, brindemos por Alice. Por el regreso de la hija pródiga.

Tras poner a la bisabuela como excusa otra vez, Bodine convenció a su

madre para que subiera, la ayudara a instalarse y descansara un poco, mientras ella recogía la cocina con su hermano.

—No podremos dejarla sola. A Alice —dijo Rory—. ¿La llamamos la tía Alice? Dios mío, Bo.

—Creo que con Alice bastará. Tendremos que turnarnos, si acaba viniendo. Y, probablemente, contratar a enfermeras con experiencia psiquiátrica. Mamá se ocupará de eso, y tener algo tangible de lo que ocuparse la ayudará a afrontar lo demás. Puede que la yaya y la abuela acaben quedándose un tiempo en el rancho.

—Tenemos sitio. Me pregunto cuánto hace que volvió. A la región.

Mientras limpiaba la encimera, Bodine lo miró con aire comprensivo.

—A mí me pasa igual.

—Quién se lo iba a imaginar... Siempre había pensado que estaba muerta.

—Yo también. No entendía cómo podía estar viva y ni siquiera escribir una carta o llamar de vez en cuando. Nada durante años. Saber ahora que alguien la tenía prisionera, y que era tan cruel con ella... Y todo el tiempo cerca. Cerca de aquí. Rory, podríamos haber pasado en coche o a caballo a menos de un kilómetro de donde estaba.

—Tiene que estar apartado, ¿no crees?

—No lo sé. En serio. Las mujeres de... ¿Fue en Ohio donde aquel cabrón las tuvo encerradas durante años? Eso no estaba tan apartado, y nadie lo sabía.

—No me cabe en la cabeza. No me cabe en la cabeza que un hombre quiera estar con una mujer a la que necesita tener encerrada. Me entran ganas de vomitar. —Asqueado, Rory arrojó el paño de cocina—. Me voy a la cama. Mañana puedo ir temprano, para que Chase y papá tengan tiempo de venir a casa.

—Mamá querrá ir contigo, y a lo mejor convence a la yaya para que vuelva

con vosotros, aunque solo sea para cambiarse de ropa. Si lo consigue, yo llevaré a la yaya de vuelta al hospital.

—Haremos que funcione. —Rory se volvió hacia ella, la abrazó—. Por muchas veces que me hayas sacado de quicio, me habría cabreado muchísimo si te hubieras largado de esa manera.

—Yo opino lo mismo.

—Duerme un poco tú también. —Rory le dio un beso en la coronilla y subió.

Bodine sabía que no conciliaría el sueño, aún. Se dijo que necesitaba dar un paseo, y aunque sabía exactamente dónde quería ir, no lo reconoció hasta que llamó a la puerta de Callen.

Él la abrió tan rápido que Bodine supo que estaba esperándola.

—Te has enterado.

—Clementine. —Callen la abrazó—. He ido al rancho con la esperanza de cenar de gorra. ¿Estás bien?

—No sé cómo estoy, pero eso es lo de menos.

—He pensado en ti. —Le frotó los brazos mientras la separaba para verla bien—. No te he llamado ni te he mandado un mensaje porque no quería estorbar. No he ido al rancho cuando he visto que se encendía la luz de la cocina por la misma razón.

Pero la había esperado, pensó Bodine. Había esperado.

—¿Crees que podrías hacerme compañía solo un momento?

—Claro. ¿Cómo lo lleva Cora?

—Sigue en el hospital. Se niega a marcharse. Callen, ¿podemos tumbarnos? No me refiero a acostarnos. ¿Podemos solo tumbarnos para que te lo pueda contar todo? Estoy demasiado cansada para quedarme de pie y no quiero sentarme.

Callen le pasó un brazo por la cintura y la condujo hasta la habitación.

—Vamos a quitarte esas botas.

Bodine dejó que lo hiciera mientras se estiraba en la cama.

—Gracias. He estado analizándolo todo, por partes. Quiero repararlo todo de cabo a rabo. Puede que por fin cobre algo de sentido.

Callen se tumbó a su lado.

—Adelante.

—Cuando he vuelto a casa, mamá estaba llorando.

Se lo contó todo, paso a paso. Él apenas la interrumpió, dejó simplemente que le explicara lo que había visto, oído y sentido a medida que lo recordaba.

—Mamá va a llevarla al rancho —concluyó—. Puede que sea pronto, puede que falten meses para eso, pero está decidida.

—¿Eso te preocupa?

—Me preocupa cuánto estrés añadirá a la vida de mamá, aunque ella estaría estresada de todas formas. Me preocupa que no atrapen al hijo de puta que ha hecho esto, y que eso penda sobre nuestras cabezas como una tormenta a punto de estallar. Me preocupa que cerca de aquí, muy cerca de casa, haya alguien capaz de hacer algo semejante. Hijos, Callen. Ha tenido hijos. Podría tener uno de mi edad o de la de Rory, o hijos pequeños. ¿Los tiene encerrados y les hace daño como a ella?, ¿o también ellos están metidos en el ajo? Como, no sé, como una especie de secta.

Callen le apartó el pelo de la cara.

—Son muchas preocupaciones.

—Es como si el mal hubiera desbancado al bien. Dos mujeres muertas, y Alice. Es como si el mal hubiera desbancado al bien y hubiera cambiado mi mundo. ¿Puedes volver a abrazarme? Necesito cerrar los ojos un momento.

—Claro.

Callen la abrazó, y sintió que se quedaba dormida casi en cuanto los ojos se le cerraron.

Comprendía sus preocupaciones, todas ellas. Pero había una en la que Bodine todavía no había pensado y que pasó directamente a ser la primera de su lista.

Alice Bodine no estaba muerta. Una mujer viva, una vez que recobrarla la cordura, podía identificar al monstruo que la había tenido encerrada, le había pegado y violado.

Le preocupaba que un hombre capaz de hacer todas esas cosas no vacilara en matar a la mujer que conocía su cara y a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Bodine se despertó con la cabeza apoyada en el hombro de Callen, aún en sus brazos. ¿La reconfortaba? No sabía cómo expresar su gratitud por ese sencillo bienestar.

Cuando empezó a separarse, él la abrazó con más fuerza.

—Duerme un poco más —le dijo.

—No tenía ninguna intención de quedarme dormida. Debo volver, por si me necesitan. —Se incorporó y se echó el pelo hacia atrás.

Callen se incorporó con ella, pasándole una mano por la larga melena. Bodine quería reclinarse contra él, apoyarse en él, un momento más. Pero...

—¿Va bien ese reloj?

Él lo miró y vio que eran las 3.35 de la madrugada.

—Sí.

—No son horas para hablar de esto, pero puede que necesitemos que alternes entre el resort y el rancho hasta que nos organicemos. Al menos dos de nosotros tenemos que estar en el hospital. Haremos turnos.

—No hay problema.

—No me refiero a mañana, ni a hoy. —Bodine encontró las botas y se las

puso—. Hoy vas a visitar a tu madre.

—Puedo aplazarlo.

—No, ve. De todas formas, tengo que reorganizarlo todo, y tu madre cuenta con verte. —Bodine se apoyó un momento en él—. Gracias por ser un amigo cuando lo necesitaba.

—Soy un amigo aunque no lo necesites. Pero la próxima vez querré sexo. La hizo reír, como él pretendía.

—Yo también. —Bodine le cogió la cara entre las manos y lo besó—. Yo también.

—Tenme al corriente de todo, Bodine.

—Lo haré. —Ella se levantó—. Me voy al hospital, ya que he dormido un poco, y relevaré a papá y a Chase, lo quieran o no. Chase también va a necesitar un amigo.

—Soy su amigo, me necesite o no. Pero no pienso acostarme con él.

Su respuesta volvió a hacerla reír mientras se dirigía a la puerta.

—Los dos, Alice y tú, os fuisteis, pero habéis vuelto de maneras bien distintas. Duerme un poco más, Skinner.

Todavía vestido, Callen se echó de nuevo cuando oyó cerrarse la puerta. Pero no volvió a dormirse.

Callen se buscó más ocupaciones de las que ya tenía echando una mano en las caballerizas. De todas formas ya estaba levantado, pensó mientras limpiaba una caseta.

Había optado por esa ocupación en concreto porque conocía las costumbres de Chase tan bien como las suyas.

Veinte minutos después de que hubiera empezado, entró su amigo.

Parecía cansado, pensó Callen, y estaba desmejorado.

—¿Trabajas hoy con nosotros? —le preguntó Chase.

—No, solo estoy matando el tiempo.

—¿Porque te encanta limpiar mierda de caballo?

—Es el trabajo de mi vida. —Callen paró y se apoyó en la pala—. ¿Qué puedo hacer?

—Aún no sé lo que nadie puede hacer. Solo estamos esperando. Ni siquiera estoy seguro de qué. Sé que uno de nosotros tiene que estar con mi abuela para cogerla si se derrumba.

Cora también era su abuela, pensó Callen; lo era desde que le alcanzaba la memoria.

—¿Cómo lo lleva?

—Es fuerte como un roble. Supongo que lo he sabido siempre, pero nunca lo había visto tan claro como ahora. Se empeñó en pasar la noche en la habitación de Alice. Me he asomado un par de veces, papá también. Las dos

parecían dormidas. Luego ha venido Bodine, hacia las cinco y media. Venía de la casa de las abuelas, con una muda de ropa para la yaya y todo lo que estimó necesario, y nos ha dicho a papá y a mí que nos fuéramos a casa. No ha aceptado un no por respuesta.

—De tal palo, tal astilla.

—Lo sé. No conozco a Alice —dijo de repente Chase—. No sé cómo es ni siento nada por ella. Aparte del asco y la lástima que sentí cuando me enteré de que ha pasado por el peor infierno que existe, y probablemente durante años. Pero no la conozco, no me une a ella esa clase de lazo. Debo pensar en las mujeres que sí conozco, con las que sí tengo ese vínculo. —Chase se quedó un instante sin palabras, pasándose las manos por la cara—. La bisabuela tiene casi noventa. ¿Cómo demonios voy a impedir que se pase horas en la sala de espera del hospital?

—Dale una distracción. Una tarea.

Chase alzó las manos, una inequívoca muestra involuntaria de exasperación en un hombre parco en palabras y gestos.

—¿Como cuál?

—Pues..., no sé, puñetas. Algo típico de las abuelas. Es la abuela de Alice, así que tiene ese vínculo que tú no tienes... y desde luego no deberías sentirte culpable por eso, tío.

—Es la hermana de mi madre.

—¿Y qué, joder? No llegaste a conocerla, Chase. Ropa. —A Callen le pareció una idea inspirada.

—¿Qué pasa con la ropa?

—Bodine me ha dicho que Alice solo tenía la ropa que llevaba puesta, y se la han llevado para mandar analizarla. Va a necesitar ropa, ¿no?

—Supongo, pero...

—Piénsalo. Vuelve a casa y comenta durante el desayuno que Alice no

tiene nada aparte de los camisones del hospital, y me juego una semana de paga a que tu madre y doña Fancy se pondrán a dar brincos como si llevaran muelles en los pies.

—Yo... Es cierto. No se me había ocurrido.

—Probablemente a ellas tampoco, todavía. —Callen metió más heno sucio en la carretilla—. Aún no se han repuesto del impacto, pero no pasará mucho tiempo antes de que piensen en lo práctico. Piénsalo tú primero, y ponlas a trabajar.

—Es una idea genial.

—Resuelvo los problemas del mundo mientras recojo mierda de caballo.

La sonrisa de Chase asomó enseguida, pero se borró con igual rapidez.

—Cal, hay un hombre en alguna parte, muy cerca de aquí, capaz de hacer lo que le han hecho a Alice. ¿Tienes alguna solución para eso?

—Le daré vueltas, ya que hay mucha mierda de caballo. Cuida de tu familia, y recuerda que yo puedo calentar una silla de la sala de espera. Esta tarde voy a Missoula, así que puedo pasar por el hospital cuando termine.

—No te diré que no.

Callen asintió.

—Entonces iré —dijo, y se puso de nuevo a limpiar.

Esa tarde, después de reestructurar los horarios, llamar a Maddie para que fuera a dar una clase de última hora y dejar a Ben a cargo de todo, Callen llamó a la alegre puerta azul de la bonita casa de su hermana. Las ventanas que flanqueaban la puerta tenían jardineras rojas que él sabía que eran obra de su cuñado. Pensamientos morados y amarillos, cuyas flores siempre le habían recordado demasiado a caras humanas, rebosaban por los bordes.

Debía de haberlos plantado su hermana.

Sabía que detrás de la casa había un invernadero que, junto con los creativos columpios que imitaban una nave espacial, habían construido juntos.

Lo mismo que habían construido una vida, una familia, su original tienda de artesanía. Detrás de la casa también había un horno, con lo que algunas de las cerámicas de la tienda llevaban el sello de su hermana.

Ella siempre había sido creativa, pensó en ese momento. Capaz de crear objetos interesantes a partir de lo que la mayoría consideraría desperdicios inservibles.

Se habían peleado como hacen los hermanos, y Callen había preferido la compañía de Chase y el rancho a la de su hermana y su hogar. Pero siempre había admirado la creatividad de Savannah. Incluso su calma casi imperturbable, aunque cuando a él le bullía la sangre en las venas, su actitud flemática lo exasperaba hasta más no poder.

Sin embargo, cuando Savannah abrió la puerta, con el pelo castaño trenzado, la cara tan bonita como un pastelito decorado y la barriga enorme bajo una camisa de cuadros, solo sintió una oleada de cariño.

—¿Cómo puedes levantarte de la cama cargando con esto? —Le tocó la barriga con el dedo índice.

—Justin ha improvisado un sistema de poleas.

—No me sorprendería nada viniendo de él. ¿Dónde está el grandullón?

—Durmiendo la siesta, aunque la bendita hora ya casi ha terminado. Entra rápido, ahora que hay un poco de silencio.

Savannah lo hizo pasar, y al abrazarlo le dio una panzada que dejó a Callen un poco desconcertado.

—Tiene al perrito con él en la cama. Se cree que no me he dado cuenta.

Su hermana entró en el salón; había un sofá grande y mullido con alegres amapolas rojas sobre un fondo azul, butacas orejeras de rayas rojas y azules,

todos ellos muebles que el matrimonio había encontrado en mercadillos y había vuelto a tapizar.

Como las mesas, que habían barnizado otra vez, y las lámparas, que Savannah había rescatado de algún montón de basura y había pintado para que parecieran nuevas.

Todos los muebles que lo rodeaban eran cacharros, ninguno perfecto ni impecable, pensó Callen. Y todo en su conjunto hacía de aquella casa un hogar.

Savannah se dejó caer en una butaca, frotándose la barriga.

—Mamá se está vistiendo. Has llegado antes. ¿Quieres un café? Yo ya me he tomado mi taza diaria, soy incapaz de dejarlo, pero puedo prepararte uno.

—No te levantes.

—¿Y una infusión de sasafrás, vaquero?

Callen sonrió.

—Ni loco, hippy estrafalaria. ¿Por qué no estás en la tienda?

—Necesitaba tomarme el día libre. Tenía que terminar unas cosas en el taller, y Justin empieza a ponerse sobreprotector a estas alturas del partido. —Volvió a acariciarse la barriga—. Hoy podría haber llevado yo a mamá, Cal. Sé lo que opinas.

—No es un problema.

—Puedo encontrar canguro sin problemas, si quieres que os acompañe.

—No te preocupes, Vanna.

—A ella le hace mucha ilusión, sobre todo por estar contigo. —Savannah miró el techo cuando oyó un golpetazo, una serie de ladriditos y las risotadas de un niño—. Se acabó el tiempo.

—Iré a buscarlo.

Savannah le indicó que retrocediera.

—No hace falta. Créeme, conoce el camino. Y he cometido el fallo de

decirle que venías. Así que prepárate.

—Me cae bien. Tiene tu creatividad y el optimismo de Justin. Habéis fabricado un crío divertido.

—Estamos fabricando otro. ¿Quieres saber qué es?

—¿Qué es de qué? Ah, ¿niño o niña? Creía que no queríais saberlo.

—No queríamos... Con Brody no quisimos, y fue la mejor sorpresa de nuestra vida. Así que no queríamos, y no lo sabíamos, pero una noche nos pusimos a hablar de que el cuarto del bebé, que era unisex, había acabado siendo un cuarto de chico. ¿Lo dejábamos así, volvíamos a ponerlo unisex, o qué hacíamos, ahora que Brody tiene su cuarto de niño mayor y estamos a punto de llenar otra vez la cuna? De modo que decidimos saberlo. Y eso hicimos.

—Vale, dame una pista.

—Helado de fresa.

—¿Rosa? Una niña. —Callen alargó la pierna para darle un patadita en el pie—. Tendréis la parejita. Buen trabajo. —Vio que la barriga se le ondulaba—. Eso sí que es raro.

—Sabe que estamos hablando de ella. Aubra o Lilah. Lo hemos reducido a esos dos nombres. El que gane irá primero; el otro, segundo. ¿Cuál te gusta?

—No voy a ponerme entre mamá y papá.

—No te he dicho cuál es mío y cuál de Justin. Solo te pregunto cuál te atrae más.

—Entonces, supongo que Aubra.

—¡Sí! —Su hermana dio un puñetazo al aire—. Otro voto para mí. A ver si lo convenzo para que le pongamos Aubra Rose y nos reservemos Lilah por si tenemos otra niña...

—¿Ya estás pensando en tener otro bebé?

El perrito, un labrador cariñosísimo, bajó la escalera como una bala, saltó

al regazo de Callen, le puso las patas delanteras en el pecho y le lameteó la cara. Brody, con el pelo lleno de mechones en punta, la cara rubicunda, los ojos tan desmandados como los del perrito, bajó la escalera con un cubo de plástico en la mano.

—¡Cal, Cal, Cal! —Todo lo demás lo dijo demasiado rápido para la experiencia limitada de Callen en entender a niños de su edad, pero cuando soltó el cubo y saltó a su regazo igual que el perrito, Callen supo que era amor incondicional.

No sabía decir cómo había llegado a merecerlo, pero siempre lo ponía contento como unas castañuelas.

Brody bajó al suelo para ir a buscar el cubo y sacar un muñeco de acción.

—*Hombe de hiero.*

—Ya veo. Pensaba que eras un Power Ranger.

—Power Ranger rojo. La Masa. Capitán América. Ranger *platado*.

—Plateado —lo corrigió su madre—. Pla-te-a-do.

—Pla-te-a-do.

El niño nombró su colección de muñecos mientras se los enseñaba a Callen.

—No consigo que mamá deje de comprárselos.

—¿Por qué no iba a comprárselos? —dijo Katie Skinner, que en esos momentos bajaba la escalera. Lucía un vestido gris oscuro y unas prácticas botas negras de caña corta.

Además, pensó Callen, lucía cara de felicidad. En su opinión, la felicidad llevaba demasiados años sin formar parte de su vestuario.

Estar contenta le sentaba bien, al igual que el pelo, que se había dejado de color gris piedra, y la carcajada que soltó cuando Brody corrió a abrazársele a las piernas.

—¡Cal! —le dijo el niño.

—Ya lo veo.

—Cal jugar.

—Vamos —le dijo Katie a Callen—. Dedícale un rato, tenemos mucho tiempo. Voy a preparar una infusión a Savannah.

—Mamá, me apetece mucho, gracias.

—La quiere de sasafrás —dijo Callen mientras se escurría de la butaca para sentarse en el suelo, lo que entusiasmó tanto al niño como al perrito.

—Pues sí.

—No tardo nada.

Callen escogió algunos hombres para librar la batalla.

—Le habéis devuelto la luz, Vanna. Justin, este crío y tú.

—Creo que está volviendo a pasar. Tú le encendiste otra cuando volviste. Y la idea de que Bodine Longbow y tú estéis juntos hace que aún le brille más.

Cuando Callen levantó la cabeza de golpe y entornó los ojos, Savannah se abrazó la barriga y se rio.

—Puede que hayas viajado, Cal, pero no deberías haberte olvidado de cuántos conocidos tenemos en común. Estamos enterados de los bailoteos sexis que os marcasteis Bodine y tú en el Roundup el sábado por la noche.

—Bailoteos sexis. —Callen tapó los oídos a Brody—. ¿Es esa forma de hablar delante de un niño?

—Que sepas que su padre y yo nos hemos marcado unos cuantos bailoteos sexis justo delante de él.

—A lo mejor tengo que taparme los oídos yo.

Con una sonrisa socarrona, Savannah se pasó la mano por una de las trenzas.

—Anda, háblame de Bodine y tú.

—No te emociones.

—Siempre me ha caído bien, todos me caen bien, pero Bodine especialmente. No sabes cómo venía dos o tres veces al año con una bolsa de ropa para mí. Decía que, con lo bien que se me daba coser, a lo mejor podía remedarla y aprovecharla. A la ropa no le pasaba nada, puede que le faltara algún botón o que hubiera alguna costura un poco abierta. Lo decía para no herir mis sentimientos. Y cuando Justin y yo abrimos la tienda, fue una de las primeras en venir. Tiene buen corazón, y clase. No estoy segura de que la merezcas —dijo sonriendo.

—Mujeres... ¿Brody? Son criaturas obstinadas. Más vale que lo sepas ya.

—Mujeres. —Brody le enseñó la Ranger rosa y se rio a carcajadas.

Una hora con su hermana y su entretenido sobrino, otra hora más o menos invitando a su madre a cenar; a Callen le parecían pasatiempos agradables. Lo que había entre uno y otro era deber. Detuvo el coche, tal como su madre le había pedido, para que ella pudiera comprar flores; esperó pacientemente mientras elegía las que quería y se guardó de decirle que los tulipanes amarillos no pasarían de esa noche.

Los habría pagado él, pero ella se negó en redondo.

La llevó al cementerio y dejó que fuera delante después de aparcar. Él no había ido allí desde el entierro, tampoco había tenido intención de regresar. En ese momento comprendió que haría ese viaje con ella siempre que se lo pidiera.

Podía dar las gracias por tener el cementerio bien cuidado, suponía, sin apenas nieve. Con la poca que quedaba, los caminos de tierra compactada eran bastante transitables para ella.

No la soltó el brazo por si acaso cuando anduvo entre las tumbas hasta llegar a la lápida pequeña y sencilla que llevaba el nombre de su padre.

ESPOSO Y PADRE

Cierto, pensó Callen. Había sido ambas cosas. La lápida no necesitaba reflejar el éxito que había tenido en lo uno o lo otro.

—Sé que para ti es difícil venir —comenzó a decir Katie—. Sé que no soy nada justa pidiéndote que vengas.

—No se trata de justicia.

—Él tenía flaquezas —continuó su madre mientras el viento le alborotaba el pelo—. Rompió promesas que te hizo.

Rompió las de todos, pensó Callen, pero guardó silencio.

—Te hizo la vida más difícil por esas flaquezas y esas promesas rotas. Él lo sabía. Oh, Callen, lo sabía, y se esforzaba. Yo podría haberlo dejado, haberme ido contigo y Savannah.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Le quería, y el amor es poderoso. —Mientras el viento le alborotaba el pelo, acarició la parte superior de la lápida con una mano—. Puede encajar los golpes, una y otra vez. Él nos quería. Por eso le dolía incluso más que a mí cuando volvía a caer. Se esforzaba mucho para compensarnos, pero después...

Después, pensó Callen. Recordaba montones de «después».

—Había veces que apenas podías poner comida en la mesa, que las facturas se amontonaban.

—Lo sé. Lo sé. —Aun así, su madre continuó pasando la mano enguantada por la lápida, como si estuviera calmando a un fantasma apesadumbrado—. Igual que sé que el juego era una enfermedad para él, una enfermedad contra la que luchaba. Nunca culpó a nadie salvo a sí mismo, Callen, y eso es importante recordarlo. Algunos lo hacen, echan la culpa a los demás de sus adicciones. Alcohol, drogas o el juego. Echar la culpa a otros es cruel,

violento. Tu padre nunca fue cruel, nunca nos puso la mano encima, ni a mí ni a ninguno de nuestros hijos. No tenía una pizca de maldad. —Con un suspiro, dejó de acariciar la lápida y cogió la mano a su hijo—. Pero te defraudó.

—¿Y qué hay de ti? —Dios santo, lo ponía furioso que ella jamás echara la culpa a su marido de las pérdidas, las estrecheces, las humillaciones.

—Oh, Cal, me defraudó. Y mi decepción era mayor, mucho mayor, cuando después de mucho tiempo volvía a caer. En parte, me culpas de no obligarlo a que lo dejara.

—Antes sí —reconoció Callen—. Antes te echaba la culpa de eso. Ahora tengo más experiencia. No te culpo de nada, mamá. Créeme.

Ella lo miró de hito en hito, de forma inquisitiva, antes de cerrar los ojos.

—Me quitas un peso de encima. No sabes cuánto me alivia saber que esa es la verdad.

Su padre, bien lo sabía él, no era el único que había cometido errores, que había defraudado a otras personas.

—Me sabe mal no habértelo quitado antes. Te pido perdón.

—Me equivoqué. Me equivoqué cuando lo disculpaba, cuando lo justificaba delante de Vanna, de ti. —Su madre le apretó la mano—. Me sabe mal, y te pido perdón. Él se decía que lo tenía todo bajo control. Sabía que no era cierto, pero se lo decía. Iba a una partida de póquer entre amigos solo a mirar, o apostaba poco dinero en una carrera de caballos, lo que fuera, en realidad. Sabía que volvería a caer, pero se decía que no lo haría. Dejó de ir a las reuniones.

—¿Qué reuniones?

—De Jugadores Anónimos. No os dijo que iba ni a Savannah ni a ti. La verdad es que, en parte, le daba vergüenza ir, necesitarlo. Cuando dejó de asistir, no me lo dijo, aunque yo había empezado a ver señales. Lo único en

lo que me mintió durante el tiempo que estuvimos juntos fue sobre esas reuniones, cuando no me dijo que se las saltaba para ir a jugar. Fui capaz de perdonárselo, porque las mentiras y el juego eran lo mismo.

»Estaba orgulloso de ti, de ti y de Savannah. Puede que tú no creas nunca que eso es verdad, y la culpa es suya, no tuya. Quizá no recuerdes los buenos momentos, y los tuvimos. O cómo te subió a un caballo la primera vez, trajo tu primer perro a casa, te enseñó a clavar un clavo y reparar una cerca. Pero hizo esas cosas, Callen, y estaba orgulloso de ser tu padre. Y tu padre jamás se perdonó por haberos dejado sin nada a Savannah y a ti, por haberse jugado el rancho, hectárea a hectárea.

—Era tu hogar.

—Te contaré un secreto. —Katie le puso una mano en el brazo y se lo acarició—. El rancho no era sino trabajo para mí. Un medio para conseguir algo. Me habría gustado una casa como la de Vanna. Tener vecinos, un patio, un jardincito. Los caballos, el ganado y los campos para arar y sembrar eran solo trabajo y más trabajo. A tu padre le encantaba. A ti te encanta. A mí nunca me gustó.

—Pero tú... —Callen no terminó la frase, negó con la cabeza. Un hombre quizá no pudiera entender nunca a las mujeres, ni la fortaleza que les corría por las venas. O de qué modo amaban.

—Aprendí bastante bien a ser la mujer de un ranchero, pero lo cierto es que no lo llevaba en la sangre. Me encanta vivir con Savannah, Justin y el niño. Les soy útil, eso sí lo llevo en la sangre. Puedo hacerles la vida más fácil, y todos los días soy feliz viendo lo felices que están juntos. Cómo mi hija se ha labrado un porvenir. Nunca he sabido cómo hacerte la vida más fácil a ti, cómo compensarte por haber perdido lo que era tuyo por culpa del juego.

—No lo necesito. Me las apaño bien. No necesito lo que ya no existe.

—Ya sé que te las apañas bien. ¿Acaso no me mandabas dinero todos los meses sin falta? ¿Acaso no lo sigues haciendo? Y no es necesario que...

—Sí que lo es —dijo él, interrumpiéndola.

—Sabes apañártelas, Callen, y sé que tendrás una vida feliz, pero las tierras eran tuyas, y yo no pude conservarlas.

—No quiero que cargues con eso, mamá. No quiero pensar que llevas ese peso por mí. Si solo fueran las tierras, podría haberlas comprado, al menos en parte. Me marché para salir adelante yo solo, para demostrarme que podía hacerlo. Volví porque tenía que volver, y echaba de menos mi hogar. Mi hogar no eran esas tierras.

—Si hoy quería que me trajeras tú era para poder decirte todas estas cosas, y quizá dejarlas de lado. Él nunca se perdonó por haber perdido lo que tendría que haber sido tuyo. Y cuando por fin aceptó que nunca lo recuperaría, se desesperó tanto que se quitó la vida. Eso no se lo pude perdonar.

Katie volvió a mirar la lápida, el nombre grabado en ella.

—Todo lo demás se lo he perdonado. El día que lo enterramos aquí yo tenía el corazón seco. Rabia y culpa: no sentía nada más. Vinieron amigos y vecinos, les respondí con las palabras que se supone que hay decir. Os dije a tu hermana y a ti las palabras que se supone que hay que decir. Pero las palabras que le dije a él en mi fuero interno fueron rabiosas e implacables.

—Pero vienes aquí, para poner flores en su tumba.

—Eso lo habría hecho tanto si lo hubiera perdonado como si no. Y lo he hecho. Le he perdonado. Perdió mucho más que unas cuantas hectáreas de tierra, unos cuantos edificios y animales, Callen. Perdió el respeto, si no el amor, de su hija; perdió a su hijo. Perdió los años que pudo haber pasado con sus nietos. Así que lo perdoné. Vengo aquí, y dejo las flores en su tumba y recuerdo que hubo buenos momentos, y que hubo amor entre nosotros. Savannah y tú sois nuestro fruto, y ese es mi milagro. Así que puedo

perdonarlo, y olvidar lo demás. —Se inclinó y dejó las flores—. No te pido que lo perdones, Cal. Pero necesitaba que intentaras entenderlo y olvidarlo. Quiero ver cómo mi hijo se labra una buena vida.

Durante demasiado tiempo, en demasiadas ocasiones, Callen la había considerado débil. Ahora veía que Cora Bodine no era la única mujer de su vida tan fuerte como un roble.

—No te guardo ningún rencor, mamá. Perdóname si te he dado esa impresión. Sencillamente, no podía quedarme.

—Oh, no, Cal, hiciste bien yéndote. —Katie sacó un pañuelo del bolsillo—. Te eché muchísimo de menos, pero estaba contenta de que te hubieras ido para vivir tu vida.

No eran palabras que Callen dijera fácilmente ni a menudo, pero comprendió que ella necesitaba oírlas; jamás se lo pediría, pero lo necesitaba.

—Te quiero, mamá.

Con los ojos ya llorosos, Katie se deshizo en lágrimas.

—Callen. Cal. —Se apoyó en él y hundió la cara en su pecho—. Te quiero mucho. Hijo mío, te quiero muchísimo.

Callen la sintió respirar como si llevara años conteniendo el aliento.

—Ahora sé que has vuelto a casa de verdad.

—Me marché porque lo necesitaba. He vuelto porque he querido. Echaba de menos a mi madre —dijo Callen, y oyó su sollozo ahogado contra su pecho—. Ahora deja de preocuparte. Te está entrando frío. Vamos, subamos a la camioneta y pongamos la calefacción.

Katie miró la lápida, las flores.

—Sí, es hora de irse.

—Bien, porque he quedado con una preciosa mujer. —Le pasó el brazo por los hombros—. Voy a invitarla a una cena de lujo.

Ella se enjugó las últimas lágrimas.

- ¿Te alcanzaría para una copa de vino?
—Te gusta el vino, ¿verdad?
—Esta noche sí.
—Pues entonces pediremos una botella.

Cuando regresó a la cabaña, enseguida había visto el rastro en la nieve. La ira que casi había conseguido contener rebrotó cuando fue al cobertizo y encontró la puerta abierta.

Entró vociferando, seguro aún de que la encontraría. No se atrevería, ¡no se atrevería a desobedecer!

Pero la casa que él le había procurado estaba vacía, ni tan siquiera terminada de ordenar.

Pagaría por ello, lo pagaría caro.

Corrió de nuevo fuera, miró alrededor con los ojos entornados. La luna le proporcionaba luz suficiente para ver sus huellas, aunque el cielo iba a nublarse.

No iría muy lejos. Puta desagradecida. Y cuando la alcanzara, le rompería las dos piernas. Conque se había ido, ¿eh? Sería la última vez que daría un paso.

Se dirigió a la cabaña hecho una furia, abrió la puerta.

Tenía provisiones guardadas para todo un año. Sacos de alubias y arroz, harina y sal. Una pared entera de conservas.

Tenía leña dentro de casa y fuera, tapada por una lona.

Pero guardaba las armas en su dormitorio.

Tres rifles, dos escopetas, media docena de pistolas y un AR-15 que le había costado una fortuna. Tenía las herramientas para fabricarse sus propios

cartuchos de escopeta, y suficiente munición para librar una guerra a pequeña escala.

Llegaría el día, él lo sabía, en el que habría de librar una. Y estaría preparado. Preparado cuando los ciudadanos soberanos de esa nación que había sido grande en otra época se rebelaran para derrocar al gobierno corrupto y recuperar el país, las tierras, los derechos que les habían negado y habían concedido a los inmigrantes, los negros, los homosexuales y las mujeres.

Un gobierno que se meaba tanto en la Constitución como en la Biblia.

Se avecinaba una guerra, y él rezaba todas las noches para que fuera pronto. Pero esa noche tenía que perseguir a una mujer, una mujer a la que había tomado por esposa y había mantenido, una mujer que debía ser castigada.

Escogió un pesado revólver Colt, fabricado en los Estados Unidos de América y ya cargado. Se quitó el abrigo para ponerse un chaleco del ejército, que llenó de balas y cartuchos de escopeta. Se ató un cuchillo envainado al cinturón, se colgó unas gafas de visión nocturna al cuello y se puso una escopeta al hombro.

Llevaba casi toda la vida buscando rastros y cazando en esos bosques, pensó cuando volvió a salir. Ninguna puta ignorante y desagradecida llegaría muy lejos una vez que él encontrara su rastro.

Un rastro tan fácil de seguir que resultaba patético, aunque estuviera nevando. El rastro de una mujer que deambulaba sin ninguna lógica, concluyó mientras apretaba el paso.

Se preocupó un poco cuando vio que ella había cambiado de dirección y que, si la mantenía, llegaría a la carretera de un rancho. Él no tenía relación con las personas que vivían ahí, y su lujosa casa estaba a casi dos kilómetros. Pero si ella había tomado esa carretera, si había ido en esa dirección...

No lo había hecho. Era demasiado tonta para eso, pensó con honda satisfacción cuando vio que sus huellas se alejaban de la dirección en la que estaba la casa.

Las perdió durante un rato, convencido de que Esther había recorrido un trecho por la carretera, y volvió a encontrarlas cuando ella se había adentrado en la nieve o había tropezado.

Con el cielo nublado, se puso las gafas y siguió adelante, despacio. También podía seguirle el rastro en la grava, por la manera de arrastrar la pierna.

Zorra estúpida, zorra estúpida. Repitió las palabras como una oración mientras seguía las huellas, cuando las piernas comenzaron a dolerle. ¿Cómo podía haber llegado tan lejos, maldita sea?

Vio sangre, se agachó, la examinó. Difícil de juzgar con la nieve húmeda, pero era bastante fresca, de manera que probablemente fuera suya.

Siguió andando. Un reguerito de sangre, una gota aquí, otra allá, pero apretó el paso hasta que le faltó el aire.

La cabeza estuvo a punto de estallarle de dolor cuando comprendió dónde la habrían llevado esas huellas. Aunque los pulmones le ardían, se obligó a correr, con la escopeta golpeándole la espalda y el revólver pesándole en el muslo.

La mataría, y estaría justificado.

¿No se había dicho que debería encerrarla, ponerle de nuevo los grilletes y tomar otra esposa? Más joven, en edad de tener hijos. Una esposa que le diera hijos varones en vez de niñas inútiles que él prefería vender a quedárselas.

Ya no se molestaría en encadenarla y alimentarla. No después de que le hubiera demostrado cuán falsa era. La destriparía como a un ciervo, la dejaría para que los animales dieran cuenta de ella.

Elegiría mejor a su siguiente esposa. No se mostraría tan amable con ella.

Pero cuando llegó a la carretera, supo que había perdido su oportunidad. Alcanzaba a ver más de quinientos metros en ambos sentidos, y no veía a Esther.

Se dijo que ella moriría de frío o agotamiento, ¡por fin! Se dijo que, aunque viviera, jamás guiaría a nadie hasta su cabaña. Se dijo que la corrupta policía local jamás seguiría su rastro como había hecho él.

Pero se aseguraría de ello, borrándolo, retrocediendo sobre sus pisadas, dejando rastros falsos.

Cuando la fina nieve dio paso a la lluvia, sonrió. Dios proveía, pensó, y rezó en silencio. El agua borraría el rastro de sangre, ayudaría a disimular sus huellas en la nieve. Aun así, se afanó bajo la lluvia, dejando otros rastros, retrocediendo cuidadosamente sobre sus pisadas, contento cuando la lluvia arreció durante una hora en que se dedicó a esa tarea.

Cuando regresó a sus tierras, las piernas le temblaban de cansancio y tenía los vaqueros empapados.

Aún halló la ira y la energía para dar una patada al perro, con saña.

—¿Por qué no se lo has impedido? Has dejado que se fuera.

Mientras el perro gimoteaba e intentaba resguardarse en su caseta, desenfundó el Colt. Tenía el dedo en el gatillo y, mentalmente, la bala en el cerebro del perro.

Pero se lo pensó mejor. Por la mañana, se llevaría al perro inútil atado a una cuerda. Lo dejaría correr por encima de todas las huellas que hubiera cerca de la cabaña. Ensillaría a su jamelgo y cabalgaría por los alrededores. Un hombre a lomos de su caballo, que saca a su perro a correr.

Eso haría.

Volvió a entrar en la cabaña y encendió la chimenea. Se desnudó por completo y se puso ropa interior de invierno para entrar en calor. El hambre

lo atormentaba, pero el frío y el agotamiento eran lo peor. Otra vez con la cabeza a punto de estallarle de dolor, se metió en la cama.

Por la mañana, se dijo, saldría a cabalgar, se aseguraría de haber tapado todo lo que había que tapar.

Mientras conciliaba el sueño, deseó a Esther toda la ira que Dios desataba sobre los malvados y blasfemos.

Mientras él la maldecía, Alice pasó su primera noche de libertad en más de veinticinco años mecida por un sueño medicamentoso.

Por la mañana, con la piel caliente, el pecho congestionado, la garganta dolorida, él se obligó a vestirse, a comer, a ensillar el jamelgo. El perro cojeó y resolló, pero pisó las borrosas huellas.

Aunque la lluvia había hecho la mayor parte del trabajo, se recordó que Dios ayudaba a los que se ayudaban a sí mismos. Cabalgó durante más de una hora antes de que fuertes escalofríos lo obligaran a regresar.

No se molestó en encadenar al perro, ¿dónde iba a ir?, y apenas fue capaz de desensillar el caballo. Dentro de la cabaña, se tomó el jarabe para el resfriado directamente del frasco.

Necesitaba salir, aguzar el oído, ver si alguien hablaba de que habían encontrado a una vieja estúpida, ver si esa zorra mentirosa tenía algo que decir.

Pero eso debía esperar, debía esperar hasta que él se hubiera recuperado del resfriado que había contraído por su culpa.

Volvió a acostarse y durmió a ratos, entre escalofríos y fiebre alta.

No se despertó lo suficiente para tomar otra dosis de jarabe hasta más o menos el momento en que Callen pedía una botella de vino para su madre.

El tercer día, Bodine estaba tan familiarizada con el ritmo del hospital que sabía identificar qué enfermera pasaba por delante de la sala de espera por el sonido de sus andares.

Trabajaba a distancia a través del portátil y el móvil durante lo que ella consideraba su turno de guardia. Su madre, su compañera de turno esa mañana, hacía lo mismo. La sala de espera hacía las veces de despacho, salón y limbo.

Por la tarde, al igual que la tarde anterior, Sam o Rory acudirían con doña Fancy, y Bodine y Maureen regresarían para trabajar un poco más. Intentarían convencer a Cora para que se marchara con ellas y descansara hasta la noche. Pero hasta ese momento nadie lo había conseguido.

Bodine sabía que Callen había pasado la noche sentado con Chase en ese mismo sofá bastante cómodo. Él no quería que ella le diera las gracias, pero le estaba agradecida.

Cuando había llegado con su madre, poco después de que amaneciera, había servido café a todos del turno que traía lleno de casa. Había desenvuelto bocadillos y los había repartido.

Fue entonces cuando Callen la había besado, con entusiasmo. «Los ha hecho mamá», le había dicho ella, y él se había vuelto hacia Maureen y la había besado, con entusiasmo. Fue la primera vez en tres días que Bodine había oído reír a su madre.

Sí, le estaba agradecida.

El entramado de sus vidas tejido en los últimos veinticinco años estaba roto. Sus rutinas hogareñas, laborales y familiares, destrozadas.

Su mundo se había convertido en el hospital, las guardias, las idas y venidas, los esfuerzos constantes por compaginarlas con ratos para dormir y comer a toda prisa. Las exigencias del trabajo, las personas y los animales que dependían de ellos, la soterrada preocupación por Cora.

Si el regreso de Alice generaba tantos desgarros y roturas, pensó Bodine, ¿cuántos había causado su desconsiderada marcha hacía ya tanto tiempo?

—¿Es más duro? —preguntó Bodine.

Maureen dejó de leer un email con el ceño fruncido y miró por encima de sus gafas de lectura.

—¿El qué, cariño?

—Que haya vuelto así, más de lo que fue que se marchara. No he planteado bien la pregunta.

—No, la has planteado bien, sí. Yo me he preguntado lo mismo. —Para responder, tanto a su hija como a sí misma, Maureen apartó su tableta y dejó sus gafas plegadas encima—. Estaba tan enfadada que al principio no me preocupé nada en absoluto. Allí estaba yo, a punto de irme de luna de miel, y Alice va y monta un número para llamar la atención. No queríamos dejar a mamá con todo aquel follón, pero ella no consintió que nos quedáramos. Dijo que eso la disgustaría mucho más. Yo también quería irme. Y ahí me tienes, una mujer casada, rumbo a Hawái con mi marido. Tan exótico, tan romántico, tan excitante... No solo por el sexo. No esperé a estar casada.

—Caramba, estoy escandalizada. Me escandaliza oírlo.

Maureen se rio un poco, recostándose en el respaldo del sillón.

—Estaba tan ufana de haberme casado, tan locamente enamorada, tan

emocionada de irme con mi marido a lo para mí era como un país extranjero en esa época... Y Alice tuvo una de sus famosas pataletas, nos agrió la fiesta.

Bajando el brazo, Bodine apretó la mano a su madre.

—Yo también me habría enfadado.

—Estaba cabreada —repuso Maureen—. De hecho, no me preocupé hasta casi el final de nuestra semana de viaje. Día a día estaba segura de que volvería. Y día a día percibía un poco más de tensión en la voz de mamá cuando la llamábamos por teléfono. Así que volvimos un día antes, y entonces vi esa tensión. En mamá, en los abuelos.

»Íbamos a construir una casa.

Como estaba imaginando la tensión, el estrés, Bodine no prestó atención a su última frase.

—Perdona, ¿qué?

—Tu padre y yo, íbamos a construirnos una casa. Ya habíamos elegido el terreno. Estaba lo bastante cerca para que él pudiera ir a trabajar a caballo, y yo también. Estábamos empezando a expandir el rancho turístico, a planificar en firme lo que ahora tenemos. Y nosotros nos construiríamos una casa. No llegamos a hacerlo.

Esta vez, Bodine le cogió la mano y no se la soltó.

—Porque Alice se fue.

—No podía dejar a mi madre. Al principio pensamos que solo lo aplazaríamos hasta que Alice regresara y todo volviera a normalizarse. El primer año fue el peor, todos los días de ese primer año. Cuando encontraron la camioneta, con la batería descargada. La había dejado tirada: así era Alice. No lo arregles, solo vete. Las postales, todas alegres y fanfarronas. El detective que contrató mamá, siguiendo una pista y volviendo a perder el rastro. Fue la abuela quien obligó a mamá a no tirar más el dinero, a no atormentarse con eso. Y yo me quedé embarazada y tuve a Chase, todo en

aquel primer año. Así que fue el año más feliz y duro de mi vida. De nuestras vidas. Alice no estaba, pero estaba en todas partes. —Maureen alargó la mano y acarició la pierna a Bodine—. Y míranos ahora, girando otra vez alrededor de ella. Y ahora mis hijos también giran, y no me gusta saberlo. No me gusta, cuando conseguimos sacar a mi madre de esa habitación durante diez minutos, lo cansada que se la ve, lo agotada que parece. Está blanca como el papel, Bodine.

—Lo sé —convino su hija.

—No me gusta el feo rencor que llevo dentro. Está ahí aunque sepa que le han pasado cosas terribles, cosas que no pudo evitar, cosas que no merecía. Alguien ha hecho daño a mi hermana, le ha robado la vida, y quiero que pague por ello. Pero sigo resentida con aquella chica egoísta que no pudo festejar mi felicidad, que no pensó en su madre y solo pensó en sí misma.

Bodine apartó el portátil y le pasó un brazo por los hombros.

—Tengo que perdonarla. —Abandonándose, Maureen hundió la cara en el hueco del cuello de su hija—. Tengo que encontrar la manera de perdonarla. No solo por su bien, sino por mamá y por mí.

—Nunca os he oído decir, ni a ti ni a papá, que pensabais construeros una casa. En parte, debiste de perdonarle algunas cosas hace ya mucho tiempo.

Maureen volvió a ponerse derecha e intentó quitarle hierro.

—Bueno, en una determinada época también iba a triunfar como cantante country.

—Tienes una voz increíble.

—No me arrepiento de no haberme ido a Nashville, y desde luego no me arrepiento de haber criado a mis hijos en la casa donde me criaron a mí. Las cosas se ponen en su sitio, Bodine, si nos esforzamos y meditamos un poco nuestras decisiones.

Bodine oyó pasos, tacones, no suelas de crepé, y cuando giraron para

entrar en la sala de espera, su madre cambió de postura.

—Celia.

—Maureen. Y esta debe de ser tu Bodine. —La mujer, elegante, con una ondulada mata de pelo castaño que le llegaba a los hombros, se acercó y le tendió la mano—. Hola. Soy Celia Minnow.

—Encantada. Es una de los médicos de Alice.

—Sí. —Celia miró otra vez a Maureen—. ¿Podemos hablar?

—Me iré a dar un paseo —se apresuró a decir Bodine, pero Celia la disuadió con un gesto de la mano.

—Puedes quedarte. Tu abuela habla maravillas de ti. —Se sentó y se alisó la falda oscura—. He tenido tres sesiones con Alice, además de mi valoración inicial. Puedo daros una visión general.

—Por favor.

—Sé que habéis hablado mucho con el doctor Grove sobre su estado físico y estáis al tanto de su valoración sobre su estado mental y emocional.

—Celia, espero que me conozcas lo suficiente para no sentirte obligada a darme evasivas o a suavizar las cosas.

—Te conozco —dijo, y cruzando las piernas, Celia fue al grano—: Alice ha sufrido un trauma físico, mental y emocional extremo durante años. Aún no podemos determinar el tiempo exacto. Ella no se acuerda y, de hecho, es posible que no lo sepa. Puede que recobre la memoria, o puede que no. Lo más probable es que empiece a recordar fragmentos sueltos. En mi opinión, durante ese período indeterminado de años fue adoctrinada mediante la fuerza, agresiones físicas, elogios y castigos. Tu madre me ha dicho que Alice nunca fue especialmente religiosa.

—No.

—Cita las Escrituras, el Antiguo Testamento, algunas partes textuales, otras tergiversadas. Un Dios vengativo, la superioridad y dominio del hombre

sobre las mujeres. El pecado de Eva. Una vez más, creo que estas opiniones formaron parte de su adoctrinamiento. Agresiones físicas, fanatismo religioso, encarcelamiento y, dado que no habla de nadie aparte del hombre al que llama «señor», probablemente aislamiento.

—Tortura —dijo Maureen.

—Sí, ejercida hasta que se sometió, hasta que se doblegó y empezó a aceptar la voluntad de su torturador. Es un sádico sexual, un fanático religioso, un psicópata y un misógino. Además, era su sostén. Le proporcionaba techo, comida, compañía, por horrenda que fuera. Le pegaba, pero también la alimentaba. La violaba, pero le procuraba un techo bajo el que cobijarse. La tenía encerrada, pero, considerando su estado cuando la encontraron, le permitía tener una higiene básica. Dependía por completo de él. Aunque le tiene miedo, le profesa lealtad. Cree que es su esposo, y el esposo, por cruel que sea, está destinado a mandar por precepto de Dios.

—Nadie mandaba a Alice. Y los chicos... Le gustaban los chicos —comentó Maureen—. Le gustaba utilizar su atractivo. No con maldad, no era mala en ese sentido. Desconsiderada, quizá incluso insensible. No tenía buena opinión del matrimonio en aquella época, decía que solo era una trampa para las mujeres. Solía soltármelo cuando estábamos planeando mi boda. En parte, solo era su palabrería de siempre, y en parte, era su idea de ser una mujer libre, deseable y famosa algún día. Estaba siempre tan segura de sí misma, Celia, era tan impulsiva, testaruda y segura...

—Quería fregar su habitación de hospital.

—¿Que quería qué?

—Tiene que fregar su casa cada dos días. Se ha angustiado mucho por no poder limpiar su habitación.

—Alice habría preferido quedarse sin comer a lavar un plato. Todas las mañanas había un drama para que se hiciera la cama. —Hundiendo la mano

bajo su pelo castaño, Maureen se frotó la sien—. ¿De verdad puede alguien cambiar a otra persona de esa forma? Convertirla justo en lo contrario de lo que es.

—Si te dieran un puñetazo o una bofetada todas las mañanas antes de hacer la cama...

—La haría más deprisa. —Maureen completó la frase.

—¿Puedo hacer una pregunta?

Celia volvió sus ojos castaños hacia Bodine.

—Claro.

—Ha tenido hijos. ¿Ha dicho algo sobre ellos? No me los puedo quitar de la cabeza.

—Ha dicho que el señor se los llevó, que su padre se los llevó. Se deprimió y se retrajo cuando abordamos el tema. No volveré a sondearla hasta que nuestra relación esté más consolidada. Ha aceptado a tu madre, no como su madre, sino como compañera y figura de autoridad. También recurre al sheriff Tate, y parece confiar en él tanto como es capaz.

—Ella y Bob eran amigos —le dijo Maureen—. Puede que fueran incluso más que eso durante un tiempo.

—Sí, el sheriff me lo ha contado. Alice ha aceptado al doctor Grove, aunque sigue poniéndose nerviosa cuando él la examina, y puede alterarse con las enfermeras. Pero es obediente. Come cuando le llevan comida, duerme cuando le dicen que descanse, se ducha cuando se lo piden. ¿A quién se le ocurrió que su madre le enseñara ganchillo?

—A Bo.

—Pues es una terapia magnífica para las dos. Cora le está enseñando, y pasan el rato así, en silencio. Es beneficioso para ambas. Esto va a llevar tiempo, Maureen. Ojalá pudiera decirte cuánto.

—Alice no puede quedarse en esa habitación eternamente. Ni tampoco mi

madre.

—No, tienes razón. Físicamente se ha recuperado lo suficiente para darle el alta. El doctor Grove y yo hemos hablado de un centro de rehabilitación.

—Celia, necesita volver a casa. Mi madre acabará durmiendo en su habitación en otra clase de hospital, igual que hace aquí. Podemos cuidar a Alice en casa.

—Tenerla en casa, considerando su estado, es una alternativa complicada y muy absorbente. Debes saber qué conllevaría exactamente, para Alice y para todos vosotros.

—Podrías recomendarnos enfermeras o auxiliares durante el tiempo que los necesite. Podrías seguir tratándola. Te la traeríamos todos los días si tú dices que lo necesita. Lo he pensado bien. Podría activar alguna cosa dentro de ella. La casa, las vistas, Clementine y Hec, trabajan para nosotros, y ya estaban cuando Alice y yo éramos adolescentes. ¿No le ayudaría estar en un entorno conocido, volver a la normalidad?

—En su actual estado mental, no podríais dejarla desatendida ni un momento. Podría alejarse de la casa y perderse, Maureen. Hay que medicarla, y lo que es más importante: no se la puede presionar ni agobiar.

Asintiendo, Maureen volvió a frotarse la sien.

—He estado leyendo todo lo que he podido encontrar, y creo que tengo una idea clara. El doctor Grove y tú me decís qué hay que hacer y qué no. Nosotros lo respetaremos. Sé que puedo llevármela a casa sin tu autorización, pero no quiero hacerlo. Y no quiero internar a mi hermana en un hospital psiquiátrico (porque con «centro de rehabilitación» te estás refiriendo a eso mismo) hasta que haya intentado llevármela a casa.

—Necesita consentir. Necesita sentir que tiene algo de control.

—Está bien.

—Traerla aquí para las sesiones supone demasiados estímulos, es

demasiado agobiante. Si el doctor Grove y ella están de acuerdo, accederé a hacer una prueba durante una semana. Necesito ir a verla, hablar con ella todos los días. Necesitaréis enfermeras psiquiátricas las veinticuatro horas del día hasta que yo esté convencida de que se adapta y no se hará daño.

—¿Hacerse daño?

—No tiene tendencias suicidas —apuntó Celia—. Pero podría autolesionarse sin darse cuenta. Tu madre debería estar cerca de ella.

—Ella y mi abuela se quedarían en el rancho durante el tiempo que hiciera falta.

—Empecemos ahora. —Celia se levantó—. Baja conmigo a verla, habla con ella.

—Pensaba... pensaba que yo aún no podía.

—Ya puedes.

—Oh, yo... Dame un momento. —Maureen alzó la palma de la mano—. Me lo has soltado demasiado rápido.

—Ella lo hará aún más rápido.

—Lo sé. Esta vez solo me ha dejado sin aire un momento. —Pero Maureen se levantó—. Bodine.

—Te espero aquí. Voy a llamar a Clementine para que prepare la habitación de Alice. La tendrá lista cuando la llevemos a casa.

—Bodine, eres mi báculo. De acuerdo, Celia.

El trayecto por el pasillo del hospital le pareció interminable y demasiado rápido.

—Estoy nerviosa.

—Es natural.

—Quiero preguntarte si estoy bien, y sé que parece una tontería.

—Estás bien, eso también es natural. Su aspecto va a afectarte, Maureen. Intenta disimularlo.

—Ya me lo han dicho.

—Que te lo digan no es lo mismo que verlo con tus propios ojos. Mantén un tono calmado, llámala «Alice», dile quién eres. Es probable que no se acuerde de ti, al menos conscientemente. Tiene un bloqueo muy profundo, Maureen.

—Y esto llevará tiempo, ya lo sé. —Respirando hondo, Maureen esperó a que Celia abriera la puerta y entrara en la habitación.

Se lo podrían haber dicho cien veces y nada la habría preparado para la transformación de su hermana. La impresión fue como un puñetazo en la barriga, pero contuvo el grito de sorpresa.

Como las manos le temblaban, se las metió en los bolsillos y esperó que el gesto pareciera natural.

La Alice que había regresado estaba sentada en la cama con el largo pelo canoso recogido en una pulcra trenza, mordiéndose el labio inferior mientras se concentraba en su labor verde de ganchillo.

Su madre estaba sentada en una silla, tejiendo una labor más compleja con diversos tonos de azul.

Tejían en un cómodo silencio.

—Alice, Cora.

Alice dejó de mover los dedos, se le crisparon al oír la voz de Celia. Y clavó los ojos en la cara de Maureen.

Se encorvó, bajó la barbilla.

—Te he traído una visita.

—Estoy haciendo una bufanda. Estoy haciendo una bufanda verde. No se admiten visitas.

—Ahora sí.

—Me gusta el verde. —Maureen oyó sus propias palabras, reprimió el temblor de su voz antes de dar unos pasos hacia su hermana—. También me

gusta hacer ganchillo. Me enseñó mamá. —Se inclinó, besó a Cora en la mejilla, y con la mano en el hombro de su madre, sonrió a la mujer que la miraba de hito en hito—. Me alegro mucho de verte, Alice. Soy tu hermana, Maureen. Estoy distinta a como era antes.

—Tengo que hacer la bufanda.

—Pues adelante. Mamá te ha trenzado el pelo, ¿verdad? Te queda bien.

—Las mujeres son criaturas vanidosas y se pintan caras falsas para tentar a los hombres con pensamientos lujuriosos.

—Fuimos creadas a imagen y semejanza de Dios —dijo Cora con calma mientras continuaba tejiendo—. Creo que Dios quiere que tengamos una imagen agradable cuando podemos. Y dijo creced y multiplicaos, así que un poco de lujuria contribuye a eso, ¿no? Esos puntos están muy iguales y bonitos, Alice.

Alice las miró a las dos y Maureen vio que intentaba curvar los labios hacia arriba.

—¿Están bien?

—Están muy bien. Aprendes deprisa, siempre lo hiciste. Cuando eras pequeña, nunca conseguía que te estuvieras quieta el tiempo suficiente para aprender a coser.

—Yo era mala. La letra con sangre entra.

—No digas tonterías. Solo eras revoltosa. Sí que te gustaba plantar flores, eras muy creativa. Me encantaba cuando Reenie y tú plantabais vuestro jardín de hermanas.

—Nomeolvides y geranios —comenzó a decir Maureen.

—Reenie, Reenie, Reenie —murmuró Alice—. Siempre mandona, siempre mejor que nadie.

—Alice, Alice, Alice —repitió Maureen, con el corazón desbocado—. Siempre peleona, siempre de mala leche.

Con los ojos entornados, Alice alzó la vista. Y aunque se notó la garganta seca, Maureen le sostuvo la mirada y sonrió.

—Sigo alegrándome de verte, Alice.

—A Reenie nunca le gustó Alice.

—Yo no diría nunca. Había veces que no me gustabas, pero siempre fuiste mi hermana. Sigo plantando el jardín, nuestro jardín de hermanas, en primavera. Nomeolvides y geranios, alisos de mar y guisantes de olor.

—Bocas de dragón. Me gustan las rojas.

Los ojos empezaron a escocerle, parecieron palpitarle por las lágrimas que intentaba contener.

—Aún planto las rojas.

—Tengo que terminar esto, tengo que hacerlo bien. Las flores no dan de comer a nadie. Es absurdo plantar flores. Vano como las mujeres, e igual de inútil.

—Las abejas las necesitan. Los pájaros, también. —Cora alargó la mano y apretó la de Maureen—. Son criaturas de Dios.

—¡El señor decía que nada de flores! —exclamó Alice, como si escupiera las palabras—. Planta alubias y zanahorias, patatas, coles y tomates. Y pasa la azada, arranca las malas hierbas y riega si sabes lo que te conviene. Ya casi es época de sembrar. Tengo que volver. Tengo que terminar esta bufanda.

Celia tocó a Maureen en el brazo, pero ella no había terminado. No del todo.

—Me vendría bien un poco de ayuda para sembrar. El huerto y las flores.

—El señor decía que nada de flores. —Una lágrima le rodó por la mejilla mientras tejía enérgicamente—. Si se lo pides por favor, tiene que pegarte para enseñarte qué significa «no».

—Las tenemos en el rancho. ¿Te gustaría volver a casa, Alice, y plantar flores conmigo donde nadie va a pegarte?

—¿Volver a mi casa?

—Volver al rancho, a tu hogar. Vuelve a plantar conmigo nuestro jardín de hermanas.

—Dios castiga a los malvados.

Maureen lo deseaba con fervor.

—Pero no a las hermanas, Alice. A las hermanas que plantan flores juntas y las cuidan, que las ven crecer. Ven a casa, Alice. Nadie volverá a pegarte nunca más.

—Tú me pegabas.

—Normalmente me pegabas tú primero, y se supone que mamá no debe enterarse.

Alice siguió llorando, pero pareció recobrar parte de su antigua identidad.

—No sé lo que es real.

—Tranquila. Yo sé que tú lo eres. Anda, sigue tejiendo la bufanda. Volveré después para ver cómo te queda.

Maureen retrocedió un paso.

—Te has cortado el pelo.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para que la mano no le temblara cuando se la pasó por el pelo.

—¿Te gusta?

—Yo... Las mujeres no deben cortarse el pelo.

—No te preocupes, mi gatita callejera —dijo Cora—. No todas las reglas son reales, eso seguro. Algunas solo son inventadas. Reenie, ¿podrías ver si van a traernos té? Nos gusta tomarnos un té a media mañana, ¿verdad, Alice?

Alice asintió, y volvió a concentrarse en su bufanda.

En cuanto Maureen salió de la habitación, se llevó las manos a la cara. Celia, que se esperaba la reacción, la abrazó.

—Lo has hecho genial. Lo has hecho mejor de lo que pensaba. Se ha

acordado de ti.

—Se ha acordado de que era una mandona. Supongo que lo era.

—Se ha acordado de su hermana, de una dinámica. Se ha acordado de las bocas de dragón. Recordará más cosas. Esto ha sido positivo, Maureen.

—Le ha arrancado la vida, Celia.

—Lo ha intentado, pero sigue ahí, y está volviendo. Acabas de hacer una sesión de terapia, Maureen, con resultados muy positivos.

—¿Puede venir a casa?

—Deja que hable con el doctor Grove. Tenemos que pensar en cómo enfocarlo, y ahora mismo vosotros necesitáis ayuda profesional. Pero creo que si tenéis cuidado, paciencia, continuar su recuperación en casa podría ser un buen paso.

»Diré a su enfermera lo del té. Tú ve a buscar a tu hija, dad un paseo.

—No me vendría nada mal pasear, y sé que voy a apoyarme muchísimo en Bo.

—Me parece una persona que puede darte el apoyo que necesitas.

Maureen asintió.

—Está ahí dentro, Celia. Alice está ahí dentro.

Las siguientes veinticuatro horas volvieron a girar alrededor de Alice, esta vez por su regreso al hogar.

En el picadero, Bodine sujetaba a la yegua por la brida.

—Sé que no tienes tiempo para esto. —Jessica se abrochó el casco—. Estás intentando ponerte al día con el trabajo atrasado, y si tienes una hora libre, que no la tienes, deberías aprovecharla para echarte un rato.

—Yo no discuto con la yaya, y me ha insistido en que te dé una clase. Dice que no debes perder más. Nuestro mundo está patas arriba, Jessie. Esto es

normalidad. Una hora de normalidad me vendrá mejor que echarme una cabezada.

—Ojalá pudiera ayudaros más.

—Has asumido más volumen del trabajo de Rory, y del de mamá, lo mismo que Sal ha asumido más volumen del mío. Callen ha pasado casi tanto tiempo en el hospital como cualquiera de nosotros. Hemos tenido mucha ayuda. —Bodine apoyó la mejilla contra la de la yegua—. No sé si después de hoy va a ser más fácil o más difícil. Mamá y las abuelas están decididas a que Alice vaya a casa hoy, y probablemente tienen razón. Los médicos dicen que eso puede ayudarle a recordar. Y Dios sabe que todos queremos que recuerde lo suficiente para que el sheriff Tate encuentre a ese cabrón. Ni siquiera la he conocido aún. No sé cómo debo comportarme con ella.

—Sabrás lo que hay que hacer.

—Pues yo siento que no tengo ni idea. Pero sé lo que hay que hacer ahora. Monta.

Chase entró mientras Jessica daba una vuelta a la pista a un medio galope elegante. El corazón se le alegró, solo de mirarla; parecía que hiciera años desde la última vez, pero verla montar, y además sonriendo, le infundió una grata sensación de bienestar. La semana anterior había sido como abrirse camino entre la melaza. Todo oscuro y viscoso, cada paso un esfuerzo, dormir un poco, volver a empezar.

Ahora volvía a ver la luz.

Jessica puso a la yegua al paso por orden de Bodine.

—Tienes público —dijo, sonriendo a Chase.

—No quiero estorbar.

—Si estorbaras, te echaría. De hecho, puedes sustituirme. Es hora de que esta principiante salga del potrero.

—Oh, pero...

—La taya me ha dicho que la segunda media hora te saque. Puedes acompañarla, ¿verdad, Chase?

—Sí. Tengo una hora.

—Genial. Entonces me vuelvo al despacho, para ponerme con el trabajo atrasado.

Bodine se marchó de inmediato antes de que nadie pudiera detener a Leo.

—Te ha cargado con el muerto.

Chase se acercó y agarró la brida. Se tomó un momento para mirarla, con el pelo rubio suelto bajo el casco, los ojos azules y límpidos.

—Me alegro mucho de verte.

—¿Cómo estás?

—Te confieso que un poco cansado y algo más que confundido. Dar un paseo a caballo contigo me vendrá bien, me ayudará tanto en lo uno como en lo otro.

—Pues entonces lo daremos. Me pone un poco nerviosa no tener el picadero alrededor, las paredes.

—Creo que te va a gustar estar al aire libre. —Sin soltar la brida, Chase llevó su caballo junto al suyo—. Siento no haber... desde que... No quiero que pienses que...

—¿Que me aproveché de ti y tú saliste huyendo?

Chase alzó la cabeza de golpe, con expresión atónita y no poco horrorizada.

—Chase, sé por lo que está pasando tu familia. No he pensado nada parecido.

—No soportaría que lo hicieras. —Cuando se encaramó a la silla, Jessica vio los lirios morados que asomaban por su alforja.

—¿Estas flores son para mí o para mi caballo?

Chase las sacó con cierta torpeza.

—Solo quería que supieras..., asegurarme de que supieras... Esto se me da mal.

—Pues yo opino que no. Son muy bonitas, y gracias. Si no te importa, ¿puedes guardármelas mientras montamos? Creo que no sé tanto como para sujetar las flores y las riendas a la vez.

—Claro.

Después de que Chase volviera a meter los lirios en la alforja, ella alargó la mano y lo agarró por la camisa.

—Supongo que tengo que volver a tomar la iniciativa.

Lo atrajo hacia sí, sintiéndose como si flotara en el instante en que sus bocas se tocaron. Cuando la yegua cambió de postura, se agarró al pomo de la silla y se rio.

—Es la primera vez que beso a alguien montada en un caballo. No está mal para una principiante.

—Espera un momento. —Chase cogió sus riendas para sujetar bien los dos caballos y la arrimó a él.

Ese gesto le recordó que, en cuanto ella ponía sus motores en marcha, no había quien lo parara.

—Esto ha estado aún mejor —le dijo.

—Te he echado de menos. Han sido unos días de locos, y me han parecido semanas. Te he echado muchísimo de menos, Jessie. A lo mejor podríamos salir esta noche. A cenar o algo por el estilo.

—¿No tienes que estar en casa? Por lo de tu tía.

—Dicen que es mejor ir despacio, no presentarle a todos a la vez. Iba a aparecer poco por casa. Podríamos salir si tú no estás ocupada.

—Podríamos. Pero he aquí una propuesta mejor: ven a mi casa esta noche. Cocinaré para ti.

—¿Cocinarás?

—Me gusta cocinar. Me gustaría cocinar para ti. Me gustaría que vinieras a mi piso. Me gustaría que pasaras un rato en mi cama.

Él sonrió tal como hacía todo lo demás. Despacio. Siempre empezaba sonriendo con los ojos.

—Me gustaría hacer todo eso.

—Prepararé algo que podamos comernos en cualquier momento, para que puedas llegar cuando te sea posible.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Pues ya somos dos. —Jessica miró alrededor, se rio—. He estado cabalgando. He estado cabalgando y ni tan siquiera me he dado cuenta.

—Pasa cuando estás a gusto y cómoda con un caballo. Estás en buena forma.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Ah, sí?

—En muchos sentidos. ¿Quieres probar el trote?

—Vale. —Antes alzó la cara y miró el cielo, las montañas, sintió el aire ya impregnado de los cautivadores efluvios primaverales—. Me gusta montar al aire libre, sí. Muy bien, vaquero, enséñame cómo se hace.

Alice tembló durante todo el trayecto del hospital —con esa habitación con la cama que subía y bajaba, el postre de gelatina roja, la puerta que se abría y cerraba sin cerrojos— al rancho.

Por su mente se sucedieron confusas imágenes de una casa con montones de ventanas en vez de solo una. De un perro que no gruñía ni mordía, de una habitación con bonitas paredes de color rosa y cortinas blancas.

Ruidos lejanos llegaban a sus oídos. Voces que la llamaban: Alice, mi gatita callejera; «¡Deja de ser tan caprichosa! Cómete unos pocos guisantes si quieres helado».

El olor a... caballos y a comida casera. Una bañera llena de burbujas.

Todo ello la asustaba, le aceleraba demasiado el corazón aunque la madre la tuviera cogida de la mano.

Pero más aún, todo iba demasiado deprisa. Todo. El coche que la hermana conducía mientras la abuela... («Abuela, abuela, qué pelo tan bonito. Yo también quiero ser pelirroja», dijo la voz de una niña en su cabeza, y después hubo risas.)

La abuela pelirroja iba sentada delante. Alice iba detrás con la madre, bien agarrada a su mano porque el coche corría mucho, y el mundo no hacía sino cambiar.

Echaba de menos el silencio de su casa, y su calma. Se preguntó si ese solo era uno de sus sueños, los sueños que ocultaba al señor.

El señor. ¿Estaría en esa casa? ¿Estaría esperándola, esperando para llevarla de regreso a su silenciosa casa?

Cerros, cerros en la puerta, la minúscula ventana. Manos ásperas que la golpeaban, el cinturón que estallaba.

Bajó la cabeza y se estremeció.

—Enseguida llegamos, cariño.

La doctora había dicho que era normal ponerse nerviosa, incluso asustarse.

Alice llevaba mucho tiempo sin montar en coche, y todo le parecería nuevo y distinto. Cuando se pusiera demasiado nerviosa y se asustara, podía cerrar los ojos y pensar en algo que la hiciera feliz.

Estar sentada en el porche de su silenciosa casa y contemplar la puesta de sol la hacía feliz. Así que cerró los ojos y lo imaginó. Pero cuando la lisa carretera se llenó de baches, gritó.

—Tranquila. Estamos en la carretera del rancho.

No quería mirar, no quería ver, pero no podía evitarlo. Vio prados y árboles, la nieve derritiéndose al sol. Vacas, no esqueléticas, sino... «ganado»; recordó la palabra. Grandes, saludables, paciendo entre la nieve derretida. La carretera torcería enseguida, hacia la derecha. ¿Era eso un sueño?

Cuando lo hizo, la respiración se le aceleró. Vio mentalmente a una guapa muchacha —¡oh, guapísima!— con llamativas mechas rojas en el pelo, conduciendo una camioneta y cantando al son de la radio:

—«I see you driving by just like a Phantom jet.»

Oyó la voz, no solo en su cabeza, sino saliendo de su boca. Dio un respingo, y la madre le apretó la mano con más fuerza.

La hermana la miró por el espejo retrovisor y le cantó:

—«With your arm round some little brunette.» [1]

Se le escapó una risa, breve, extraña, rescatada del olvido. Los prados, el

cielo —oh, Dios mío, qué grande era—, las montañas que no parecían las mismas que desde su casita, dejaron de asustarla tanto en cuanto cantó el verso siguiente. En cuanto la hermana cantó el de después.

Y cantaron juntas el estribillo.

A su lado, la madre hizo un ruidito, y Alice la miró, vio que lloraba.

Volvió a temblar.

—Hice mal. Fui mala. Soy mala.

—No, no, no. —La madre le besó la mano, la mejilla—. Estas son de alegría. Siempre me encantó oír a mis niñas cantando juntas. Mis niñas tienen una voz preciosa.

—Yo no soy una niña. Y una mujer es...

—Tú siempre serás mi niña, Alice. Igual que Reenie.

La carretera ascendió y Alice vio la casa. Se le escapó un sonido confuso mientras su mente rebotaba entre los recuerdos y un cuarto de siglo de negación obligada.

—Está un poco cambiada —dijo la madre—. Hemos añadido varias habitaciones y tirado algunos tabiques. Está pintada de otros colores —continuó cuando la hermana paró el coche—. Hay algunos muebles nuevos. La cocina es lo que más ha cambiado, diría yo. Pero en esencia es la misma. —Mientras hablaba, la madre la rodeó con el brazo, le hizo friegas para que entrara en calor—. Sigue teniendo el establo detrás, y las caballerizas, los potreros. Están los pollos, y desde hace un tiempo tenemos cerdos.

Unos perros corrieron hacia el coche y Alice se encogió.

—¡Perros! Gruñen, muerden.

—Estos dos no. Son Chester y Clyde, y no te morderán.

—Son muy mimosos, los dos. —Para sorpresa de Alice, la abuela bajó de inmediato. Los perros corretearon alrededor de ella, pero no gruñeron, ni mordieron. Movieron el rabo como locos cuando ella los tocó.

—Mimosos —repitió Alice.

—¿Quieres acariciarlos? —preguntó la madre. Alice solo fue capaz de encorvar la espalda—. No tienes que hacerlo, pero no muerden y no te gruñirán.

La madre abrió la puerta del coche, bajó. El pánico le atenazó la garganta, pero la madre le tendió la mano.

—Vamos, Alice. Estoy aquí contigo.

Cogiéndole la mano, Alice se corrió despacio en el asiento. Volvió a encogerse cuando uno de los perros metió el hocico y la olfateó.

—Siéntate, Chester —ordenó la hermana. Y para sorpresa de Alice, y una sensación que no reconoció como placer, el perro se sentó sobre sus patas traseras. Parecía que sus ojos sonrieran. No eran ojos malvados. Parecían felices. Tenía ojos de felicidad.

Se acercó un poco más a la puerta y el perro meneó el trasero, pero se quedó sentado.

Puso un pie en el suelo; iba calzado con una zapatilla de deporte rosa de cordones blancos. Alice se quedó mirándola un momento, hipnotizada, y movió el pie para asegurarse de que era suyo.

Puso la otra zapatilla de tenis rosa en el suelo, inspiró, se levantó del asiento.

El mundo quería dar vueltas, pero la madre la tenía cogida de la mano.

Aferrándose a ella, puso un pie delante del otro.

Llevaba una falda vaquera; no había podido ponerse ninguno de los pantalones o los vaqueros que las mujeres le habían comprado. Pero la falda le tapaba las piernas en su mayor parte, como dictaba el recato. Y la blusa blanca podía abotonarse hasta el cuello. El abrigo le daba calor, a diferencia del viejo chal que llevaba en su casa. Todo lo que vestía le parecía muy suave, olía mucho a limpio. Y aun así tembló cuando subió al porche.

Se quedó mirando un par de mecedoras, negando con la cabeza.

—Las pintamos el año pasado —le dijo la hermana—. Me gusta el azul. Como el cielo en verano.

Alice vio entonces la puerta abierta, dio un paso atrás.

La abuela le pasó un brazo por la cintura.

—Sé que tienes miedo, Alice. Pero estamos todas contigo. Solo las mujeres, de momento.

—Dos galletas después de hacer las tareas —farfulló Alice.

—Exacto, corderito. Yo siempre tenía dos galletas para mis niñas después de las tareas. Hoy no hay tareas —añadió la abuela—. Pero tomaremos galletas. ¿Te apetece un té con galletas?

—¿Está el señor dentro?

—No. —La voz de la abuela rezumó ira—. Él jamás pondrá un pie en esta casa.

—Mamá...

—Cállate un momento, Cora. —La abuela se volvió hacia Alice—. Este es tu hogar, y nosotras somos tu familia. Aquí hay tres generaciones de mujeres que pueden con todo. Eres fuerte, Alice, y estamos aquí para apoyarte hasta que recuerdes lo fuerte que eres. Venga, entremos.

—¿Tú también te quedarás conmigo? ¿Te quedarás en la casa como la madre?

—Ni lo dudes.

Alice pensó en cómo había salido por la puerta que el señor había olvidado cerrar con llave y entró por la que estaba abierta.

Había flores en un jarrón, y mesas, y había sillas, sofás y cuadros. Un fuego, no una hoguera, ni una estufa. Una chimenea. Una chimenea donde las llamas danzaban.

Ventanas.

Cautivada, anduvo sola de una ventana a otra, maravillándose. Todo era inmenso, y estaba tan lejos, tan cerca... Y no resultaba tan aterrador desde dentro. Dentro de la casa volvía a sentirse segura.

—¿Quieres ver el resto? —preguntó la hermana.

¿Cómo podía haber más? Tanto, tan grande, tan lejos, tan cerca.

Pero sí.

—Una habitación con las paredes de color rosa y cortinas blancas.

—¿Tu habitación? Está arriba. —La hermana se encaminó hacia una escalera; cuántos peldaños, cuánto espacio—. La abuela se acordaba de que habías querido paredes rosas, así que he hecho que mis muchachos las pintaran como estaban. Tan iguales como hemos podido recordar. Sube, a ver qué opinas.

—Antes te quitaremos el abrigo.

Alice se encorvó.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro que sí, cariño. —Con delicadeza, Cora se lo quitó—. Es tuyo, pero no te hace falta llevarlo dentro de casa. Se está calentito, ¿no?

—En mi casa hace frío. Las infusiones te quitan el frío.

—Merendaremos dentro de un ratito. —Cora condujo a Alice hacia la escalera—. Recuerdo la primera vez que vi esta casa por dentro. Tenía dieciséis años y tu padre me estaba cortejando. Nunca había visto una escalera tan imponente. Cómo sube y después se bifurca. Fue tu bisabuelo quien la construyó. Según dicen, quería construir la casa más elegante de Montana para convencer a tu bisabuela de que se casara con él y viviera en ella.

—El señor me construyó una casa. El hombre es el sostén de la familia.

Cora pasó por alto el comentario, la condujo por un amplio pasillo y ha hizo pasar a una habitación con paredes de color rosa y cortinas blancas.

—Sé que no está exactamente igual —empezó a decir—. Siento no haber guardado todos tus pósteres y...

Se interrumpió cuando Alice se alejó de ella y se paseó por la habitación con cara de asombro; tocó la cómoda, la cama, las lámparas, los cojines del banquito de la ventana.

—Está orientada al oeste para ver la puesta de sol —murmuró Alice—. Me siento en el porche una vez a la semana si me porto bien. Una hora, una vez a la semana, y veo cómo se pone el sol.

—¿Tenías una ventana en tu casa? —preguntó la hermana.

—Es una ventanita, casi tocando el techo. No puedo ver la puesta de sol, pero veo el cielo. Es azul y es gris, y es blanco cuando nieva. No como en la habitación sin ventanas.

—Puedes ver la puesta de sol todas las tardes —dijo la madre—. Dentro de casa, o fuera.

—Todas las tardes —repitió Alice.

Abrumada de solo pensarlo, se volvió. Y dio un respingo al verse delante de un espejo. La mujer llevaba una falda larga y una blusa blanca, y deportivas rosas. El pelo, gris como un cielo borrascoso, estaba trenzado y retirado de la cara surcada por profundas arrugas.

—¿Quién es? ¿Quién es esa? No la conozco.

—Lo harás. —La madre abrazó a Alice, a la mujer del espejo—. ¿Quieres descansar un rato? Apuesto a que Reenie te traería las galletas y el té.

Alice fue a la cama tambaleándose, se sentó en ella. Notó el colchón tan grueso, tan blando, que se puso de nuevo a llorar.

—Es blanda. ¿Es mía? Es bonita. ¿Puedo quedarme con el abrigo?

—Sí. ¿Lo ves? También se puede llorar de felicidad.

La madre se sentó junto a ella y la abuela lo hizo al otro lado.

La hermana se sentó en el suelo.

En ese momento, durante ese instante al menos, Alice se sintió segura.

Aunque el traslado de Alice al rancho seguía despertando en ella sentimientos encontrados y confusos, Bodine puso cara de alegría cuando entró en la cocina.

Encontró a su madre y a doña Fancy pelando patatas.

—Esperaba ver a Clementine.

—La he mandado a casa. El primer día, hemos decidido reducir a un mínimo las caras nuevas, o las que Alice solo recuerda a medias. Y la enfermera ya está arriba con ella y tu abuela.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor, creo, de lo que nadie se esperaba. —Doña Fancy dejó una patata pelada y cogió otra—. Ha tenido algún momento malo, y más que tendrá, pero juro por Dios que también ha tenido algunos buenos. Hemos hecho bien trayéndola, Reenie.

—Sí, y mamá ya parece más relajada. Creo que esta noche dormirá por primera vez de un tirón. Clementine ha metido un pollo en el horno antes de marcharse. Nos lo comeremos con puré de patatas, salsa, las zanahorias confitadas de la abuela y brócoli con mantequilla. Es una comida que a Alice le gustaba, así que...

—Os ayudaré.

—No. —Maureen dejó el pelador y se limpió las manos en un paño—. Quiero que subas a conocerla.

—Pero...

—Hemos decidido esperar para presentarle a los muchachos, o para que Sam suba. Limitarlo hoy a las mujeres. Vamos a subirle una bandeja con la

cena a la habitación, para que vaya sintiéndose a gusto en ella. Pero debería conocerte.

—De acuerdo.

—Id subiendo vosotras. Yo pelaré estas patatas y las pondré a hervir.

Fueron arriba por la escalera trasera.

—Todas hemos convenido actuar con la mayor calma y naturalidad posible.

—Lo sé, mamá.

—Sé que esto es duro para ti, Bodine.

—No lo es.

—Lo es. Para ti, para todos nosotros. Así que te lo digo a ti igual que voy a decírselo a los demás: cuando necesites tomarte un descanso, tómatelo.

—¿Y tú?

—Tu padre ya me ha dejado claro que voy a tomármelo de vez en cuando.

—Maureen bajó la voz cuando llegaron a la primera planta—. Las enfermeras se quedarán en el saloncito contiguo a la habitación de Alice cuando no estén con ella, y utilizarán el baño del pasillo que también usa Alice. Celia viene mañana alrededor de las once. Nuestra casa va a estar llena de gente durante algún tiempo.

—Mamá. —Bodine la hizo parar—. ¿No ayudamos todos, todos nosotros, cuando el abuelo se puso enfermo? ¿No lo trajimos aquí de la Casa Bodine y le hicimos compañía, le leímos, hicimos todo lo que pudimos, incluso con las enfermeras, para que pudiera morir en casa, en la casa que él había elegido?

»Alice no se está muriendo —continuó Bodine—, pero es lo mismo. Vamos a hacer todo lo posible para ayudarla a empezar otra vez a vivir.

—Te quiero mucho, mi niña.

—Yo también. Anda, preséntame a tu hermana.

Estaban haciendo ganchillo juntas, madre e hija, en las dos sillas que

Maureen había elegido precisamente con esa intención.

Aunque Bodine estaba preparada para el aspecto de Alice, de no haber sabido que era unos dos años menor que su madre, habría jurado que le sacaba diez.

—Alice.

Alice alzó la cabeza de golpe al oír la voz de Maureen; la angustia le nubló los ojos cuando vio a Bodine.

—¿Es una doctora? ¿Es una enfermera? ¿Es una policía?

—No, es mi hija. Es tu sobrina, Bodine.

—Bodine. Alice Bodine. La madre dice Alice Ann Bodine.

—Le puse Bodine para honrar nuestro apellido.

—Tiene los ojos verdes. Tú tienes los ojos verdes.

—Como los de mi madre, y los tuyos. —Intentando parecer relajada, Bodine se acercó—. Me gustan tus deportivas.

—Son rosas. No me hacen daño en los pies. Destrocé mis zapatillas y también los calcetines. Eso estuvo mal y fue un despilfarro.

—A veces las cosas se gastan. ¿Es una bufanda lo que estás tejiendo?

—Es verde. —Casi con cariño, Alice alisó la prenda de lana—. Me gusta el verde.

—A mí también.

—Nunca le he pillado el truco al ganchillo.

Con los labios apretados, Alice se aplicó a la tarea.

—La hermana tiene una hija —murmuró para sus adentros—. Yo tuve hijas. La hermana ha podido quedarse con la hija. Yo no pude quedarme con las mías. Un hombre necesita hijos varones.

Bodine abrió la boca, vio que su abuela negaba con la cabeza.

—Esta habitación es bonita. Este color rosa es alegre. ¿Te gusta?

—No hace frío. No necesito llevar chal. La cama es blanda. Está orientada

al oeste para ver la puesta de sol.

—Eso es lo que más me gusta de ella. Hoy hay una puesta de sol preciosa. Confundida, Alice miró hacia la ventana.

La labor le resbaló de las manos al regazo. Se le escapó un larguísimo grito de sorpresa mientras la cara se le transformaba. Cora dejó el ganchillo y la madeja cuando Alice se levantó.

Al otro lado de la ventana el cielo parecía llenar el mundo, colores vivos e intensos, algodonosas nubes teñidas de tonalidades doradas, rayos de luz que surgían de ellas y pintaban las blancas montañas.

—¿Quieres ir a verla fuera? —le preguntó Maureen.

—Fuera. —El asombro impregnó su voz, su cara; luego bajó la vista, negó rápidamente con la cabeza—. Personas, fuera hay personas. No puedes hablar con las personas. Si te ven, te oyen, Dios te fulminará. Te fulminará mientras ellas mueren.

—Aquí no pasa eso. —Cora se levantó y se colocó junto a su hija—. Pero esta tarde la veremos desde aquí. Es bonita, ¿verdad, Alice?

—¿Todas las tardes? ¿No una vez a la semana?

—Sí, todas las tardes. Creo que un Dios que nos da algo tan hermoso como esta puesta de sol es demasiado amoroso, demasiado bueno, demasiado sabio para fulminar a nadie.

Lo creyera o no, las palabras y la belleza eran tranquilizadoras, y Alice apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

En la cabaña, Callen fregaba los platos. Había estado esperando que llamaran a su puerta, pero como eso no había ocurrido, estaba pensando en irse al barracón. Buscar la compañía de hombres. Jugar quizá una partida de póquer.

No jugaba a menudo ni tampoco mucho, pero como no tenía el problema de su padre, le gustaba hacerlo de vez en cuando.

Una cosa sí sabía: esa tarde no quería quedarse solo en la cabaña. Pensaría demasiado y se preocuparía por lo que podía estar sucediendo en el rancho, pensaría demasiado en Bodine y en sus ganas de verla. Pensaría demasiado en todo lo que su madre le había dicho. Pensaría demasiado, ni más ni menos.

De manera que quizá se tomara una cerveza con los muchachos y jugara unas manos a las cartas, lo que podía llenarle un poco más los bolsillos. No tenía el problema de su padre y, por lo general, tenía mucha más suerte.

Hablaría con Bodine por la mañana de camino al trabajo, montados a caballo. Podía conformarse con solo hablar hasta que la vida de ella se normalizara un poco.

Entonces llamaron a la puerta. Se quedó en el fregadero, irritado consigo mismo por el instantáneo fogonazo de placer. Le convendría, sabía que le convendría no estar tan ligado a Bodine. Pero sencillamente no podía cortar la cuerda.

—Está abierto —gritó.

Cuando ella entró, tenía tal cara de tensión y cansancio que se arrepintió de haberse irritado.

—Necesito escaparme un rato, en serio.

—Has venido al lugar indicado. ¿Te apetece una cerveza?

—No.

—Vino. Aún tengo la botella de la cabaña.

Ella empezó a negar con la cabeza, pero después suspiró.

—Sí. Sí, me vendrá bien. Esta noche no me he tomado mi copa de vino.

—Siéntate. También tengo torta de arándanos.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Yolanda, la chef de los postres? He dejado que su hijo montara a

Atardecer. Llevaba una semana mirándome con ojos suplicantes todos los días después de clase. He cedido y a cambio he conseguido torta de arándanos.

—¿Con nata montada?

—Sin ella no sería torta de arándanos.

—Buen trato. Me apetece.

Bodine se quitó el abrigo y se sentó. Callen sacó su navaja multiusos y abrió el sacacorchos. No vio que ella tenía lágrimas en los ojos hasta que hubo descorchado el vino.

—Vaya, puñetas.

—No voy a llorar, no te preocupes. Puede que esté un par de minutos al borde del llanto, pero no me derrumbaré.

—¿Tan malo ha sido?

—Sí. No. No lo sé. No lo sé, esa es la verdad. —Respirando, solo respirando por un instante, Bodine se apretó los ojos como si quisiera contener las lágrimas—. Parece diez años mayor que mi madre, tiene las carnes blandas, fofas, y la cara muy arrugada, como una mujer que ha llevado una vida dura. Dios mío, sé que suena muy mal. No lo digo por criticarla.

—Lo sé.

Callen le sirvió vino y, aunque le habría apetecido más tomarse una cerveza, se sirvió otra copa por solidaridad.

—Tiene el pelo encrespado y seco como la paja, y debe de llegarle hasta el culo. Como si no se hubiera puesto suavizante ni cortado las puntas en años, y supongo que no lo ha hecho. Tiene ojos de susto: se ven animales con los ojos así cuando esperan una patada o un golpe de fusta si los han recibido demasiado a menudo. Entonces ha visto la puesta de sol, la ha visto por la ventana de la habitación que sé que tú has ayudado a pintar.

—Solo al final.

—Has ayudado a pintar —repitió Bodine, sin poder evitar derramar una lágrima—. Y cuánta felicidad irradiaba su cara, Callen. Cuánto asombro, como el de un niño. No ha querido salir porque aún había algunos hombres trabajando fuera, pero no ha apartado los ojos de la puesta de sol, como si fuera un espectáculo pirotécnico, Nochebuena y un desfile circense, todo junto.

—Ninguna puesta de sol puede compararse con las de Montana. —Callen le puso un plato de torta delante.

—Dios mío, Yolanda conoce su oficio. ¿Sabes?, Sal y yo, y un par de amigas más, fuimos a la costa de Oregón el verano después de graduarnos. Tienen unas puestas de sol impresionantes, pero no superan a las de Montana, no para mí. Y para Alice... Callen, ha dicho que él le permitía salir al porche durante una hora todas las semanas, cuando se ponía el sol. Si se portaba bien.

—Va a recordar lo suficiente para que lo encuentren, Bo.

—Está recordando algunas cosas, de las abuelas y de mamá, quizá de la casa. Ha dicho que tuvo hijas, pero que no pudo quedárselas como mamá se quedó conmigo. Me ha roto el corazón. —Cuando la voz se le quebró, se metió un trozo de torta en la boca—. Me lo ha hecho añicos.

La respiración se le entrecortó. Aguantó, y se obligó a comer más torta.

Callen no dijo nada, le ofreció el consuelo de escuchar en silencio para que pudiera terminar.

—Hemos subido bandejas para ella, la yaya y la enfermera. Una rica comida casera en uno de los platos bonitos de mamá, con una servilleta de tela. Se diría que le habíamos servido un banquete. Los demás..., bueno, excepto Chase, hemos cenado abajo. Pero yo solo podía pensar en que había mirado un plato de pollo con patatas como si fuera la mejor cocina francesa,

y no sabía muy bien qué hacer con él. —Suspiró y comió más torta—. Así que he tenido que escaparme un rato.

—No digo que vaya a ser fácil, pero estoy convencido de que cada vez lo será más. Esperaba que pasaras.

Bodine consiguió dirigirle una sonrisa.

—Bueno, dijiste que querías sexo.

—Eso también lo esperaba, pero el vino y la torta no están mal.

—Es una torta riquísima. Chase ha ido a cenar a casa de Jessica.

—Me he enterado.

—Se ha llevado su DVD de *Tombstone*.

Callen se rio, contento de ver que a Bodine se le alegraban los ojos.

—No puede evitarlo.

—Puede que hasta vean una parte. Estoy segura de que espera quedarse a dormir. Hoy le ha llevado flores.

Callen se limitó a gruñir, y comió más torta.

—Está enamorado de ella.

—¿Porque le ha llevado flores?

—Dímelo tú. Sé que has estado unos años fuera, pero tú lo conoces tan bien como yo, así que dime si alguna vez lo recuerdas regalando flores a una mujer, o a una chica en sus tiempos mozos.

Callen bebió vino, reflexionó.

—Regaló a Missy Crispen una de esas. —Se rodeó la muñeca con el dedo—. Para el baile de primavera.

—Esas pulseras de flores tienen que regalarse. Estamos a mitad de semana, ni tan siquiera es un día especial, y flores. Las he visto, sobresalían de la alforja. Lirios, así que ha ido a comprárselos a posta.

Callen meneó el tenedor, apuntándola con él.

—¿Estaban enamorados de ti todos los hombres que te han regalado

flores?

—Si un hombre se molestara en hacerlo, me quedaría muy claro que está coladito por mí. Y Chase es tímido con las mujeres. Para él, las flores son una declaración de intenciones.

—Intenciones de...

—Él no lo sabrá —se apresuró a continuar Bodine—. Pero yo lo sé. Está enamorado de ella, y nunca había estado ni la mitad de colado por nadie. ¿Sabes qué más?

—Puede, pero tú me lo vas a decir igualmente.

—No tengo claro si ella está enamorada de él; no la conozco lo suficiente para estar segura. Pero lo que sí sé es que está coladita por él. No medio colada. —Bodine apartó el plato—. Dios mío, me encuentro mejor. Creo que Rory salía con Chelsea.

—¿También está enamorado?

—No, pero le gusta bastante y le atrae un montón. Y creo que el sentimiento es mutuo. Papá va a asegurarse de que mamá descanse un poco y las abuelas están mejor, ahora que se han instalado en el rancho. Así que... ¿tienes un cepillo de dientes de sobra?

—No.

—Vaya.

—¿Quieres lavarte los dientes?

—No ahora mismo, pero mañana sí querré. —Bodine se terminó el vino y se levantó—. Me gustaría probar tu cama.

—No es tan grande como la que probamos, pero tiene buenos muelles.

—Pues démosles un buen meneo. ¿Te importa que cierre con llave? Preferiría que no entre nadie mientras estoy desnuda encima de ti.

—¿Quién dice que estarás encima?

—Ahora lo veremos.

—Cierra con la llave.

Los muelles aguantaron bien. Y después Bodine se quedó traspuesta, con el cuerpo relajado y sudoroso.

—Oh, sí. Me encuentro mejor.

—Me alegra haber podido ser de ayuda. Pero creo que es hora de que te encuentres mucho mejor aún.

Callen se dio la vuelta y se colocó encima de ella.

Bodine estaba tan relajada y melosa que hundió los dedos en su pelo y solo sonrió.

—Eso implicaría una recuperación heroica, Skinner.

—En realidad no, porque vamos a hacer una cosa que aún no hemos logrado hacer.

—No se me ocurre nada que no hayamos hecho.

—No hemos ido despacio. —Callen le rozó la boca con los labios, le resiguió la mandíbula con ellos.

—Lo de hacerlo a todo gas nos sale bastante bien.

—A ver cómo nos sale a cámara lenta. Me gusta cómo estás hecha, Bodine.

Le acarició el pecho derecho con los dedos, solo el lateral, de arriba abajo.

—Tienes las piernas y los brazos largos, largos y bastante musculosos.

—Hago ejercicio —consiguió decir ella.

—Pechos bonitos y firmes. —Luego le rozó el pezón con el pulgar—. Esta mata de pelo, liso como una tabla, oscuro como la noche. Me gusta cómo te huele, por eso siempre quiero estar un poco más cerca de ti. Me gusta cómo sabes. —La besó en el cuello—. Y los ojos, verdes como las hojas en sombra. El tacto de tu piel bajo mis manos, suave como la seda. La forma en que tu boca se acopla a la mía.

Volvió a besarla en la boca y dejó que el beso se prolongara, suave e

indolente como un chubasco de primavera.

—Me encanta cómo estás hecha.

—Tanto halago se me va a subir a la cabeza.

Pero Bodine no consiguió reírse. No cuando la cabeza había empezado a darle vueltas y sentía lenguas de fuego bajo la piel.

—Cuanto más te toco, más quiero tocarte. Esta vez tendrás que soportarlo.

Callen notó el pulso de Bodine contra sus labios, lento y fuerte, tal como él lo quería. Su cuerpo se estiró, ondulándose bajo sus manos, después se estremeció, luego se ablandó. Él la había querido así, no solo la excitación, la explosión, sino todo. ¿Cómo sería todo con Bodine?

Suspiros y besos sublimes, gemidos quedos y la luz de la luna en una estrecha cama. Su respuesta, lánguida y pausada. Sus hermosos ojos verdes, preñados de un deseo que él podía colmar.

Fue bajando por su cuerpo. Y esta vez, cuando ella suspiró, dijo su nombre.

A Bodine ya no le daba vueltas la cabeza. En cambio, parecía que avanzara, que los dos avanzaran por una neblina cálida y maravillosa en la que todo relucía. Las manos de Callen, duras, encallecidas, solo volvían las indolentes caricias más eróticas si cabe. El roce de su barba contra su piel cuando le pasó la lengua por el vientre la hizo temblar.

Callen siguió bajando, lamiéndola, por fuera, por dentro, y la hizo rodar, despacio, sin remedio, como en un sueño, por encima de un pico cubierto de terciopelo.

Pero aun así, él no se dio prisa. Esas manos de palmas endurecidas la sumergieron, cada vez más, en una nube de placer tal que la reluciente neblina se tornó más espesa. Cuando volvió a besarla en la boca, ella ya se había abandonado.

Callen la penetró con suavidad, oyó que la respiración se le cortaba, vio

que los ojos se le nublaban.

—Esto también me gusta —le susurró, jugueteando con sus labios—.
Espacio. Muy despacito.

Prolongado, lento, profundo, y ella tan excitada, tan mojada alrededor de él. Bodine volvió a gemir, pero él se contuvo, moviéndose dentro de ella, alargando cada momento, cada brizna de placer. Volvieron a ascender, despacio, imparables, hasta que él la sintió abandonarse, de nuevo, y se abandonó con ella.

A Bodine se le pegaron las sábanas, lo que no le había ocurrido jamás. Media hora podía ser poco tiempo, pero desbarataba su rígido horario matutino.

Se levantó tan deprisa que Callen perdió la oportunidad de agarrarla.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Voy retrasada antes de empezar. Puedo hacer menos ejercicio, priorizar los emails. —Mientras se vestía a toda prisa, hizo cálculos—. Cogeré la camioneta en vez de ir con Leo.

—Puedo dar de comer a Leo y ensillártelo. Esperaba utilizarlo hoy.

Bodine se volvió para mirar la cama, la silueta en sombras del hombre con quien se había acostado.

—Eso te dará más trabajo del que ya tienes.

—Parece que de todas maneras voy a levantarme.

No era una queja, pensó ella, divertida, más tranquila.

—¿Quieres venir al rancho a desayunar?

—Me darán algo mejor que un huevo frito y una tostada.

—Pues te veo dentro de una hora. —Bodine vaciló, retrocedió, se inclinó y lo besó—. De haber sabido que iba a pasar esto, habría insistido en ponerte una cama más grande.

—Esta nos ha bastado.

—Yo diría que sí. Tengo que irme.

Bodine salió a toda prisa. Segundos después, Callen oyó cerrarse la puerta de la cabaña.

Sin duda, era rápida, pensó cuando se levantó para preparar café.

En menos de esa hora, Bodine terminó su serie corta de ejercicios, se dio una ducha, se vistió y respondió unos cuantos emails. El resto podía esperar. El café no.

Dado que aún llevaba diez minutos de retraso, había sacrificado la taza de café que se tomaba a palo seco. Clementine ya estaría en la cocina.

Como era de esperar, cuando bajó corriendo por la escalera trasera el aroma a café lo impregnaba todo. Clementine tenía masa de galletas en una fuente y estaba rallando patatas. No le extrañó demasiado ver a Maureen charlando con ella y friendo beicon y salchichas.

Pero ver a Alice sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza inclinada sobre su labor de ganchillo, la hizo titubear.

—Vas atrasada. —Maureen dejó el beicon recién hecho sobre un trozo de papel absorbente, e hizo un gesto disimulado a su hija.

—Solo un poco. Buenos días, Clem. Buenos días, Alice.

—Estoy haciendo una bufanda.

—Y te está quedando bien.

—Como tú, Alice es madrugadora. La abuela aún duerme, pero la yaya se está duchando. He dicho a Cathy, es la enfermera del turno de noche, que no se dé prisa, y que Alice podía tomarse el té aquí mientras preparamos el desayuno.

—Cathy es la enfermera. Vino al hospital. Clementine hace galletas. Me gustan las galletas.

—Les he puesto un poco de pimienta de cayena —dijo Clementine con naturalidad—. Siempre te gustaba que les añadiera un poco de cayena. Acabo de preparar café.

—Sí. —Bodine se sirvió una taza.

—A las mujeres en edad de tener hijos no se les permite tomar café. Puede impedir que se plante la simiente.

—Es la primera vez que oigo algo así. —Bodine se recostó en el respaldo de la silla y tomó un sorbo de café—. Eso lo convertiría en el método anticonceptivo más sencillo de todos los tiempos.

—Bodine —masculló Maureen.

Ella siguió sonriendo, y fue a sentarse con Alice.

—No creo que el café vaya a lograrlo, pero aún no estoy preparada para tener hijos.

—Estás en edad de tenerlos.

—Sí.

—Alumbrar hijos varones es el deber de una mujer para con su esposo. Deberías tener esposo, un esposo que te mantuviera.

—Yo me mantengo sola. Es posible que un día de estos quiera un esposo, pero va a tener que cumplir todos mis requisitos. Y soy bastante exigente, ya que tengo a mi padre como figura de referencia. Así que mi futuro marido tendrá que ser guapo, fuerte, inteligente, amable y divertido. Tendrá que respetarme por ser quien soy, como papá respeta a mamá. Probablemente, dadas mis inclinaciones personales, también tendrá que ser un buen jinete. Y tendrá que quererme como si fuera una reina, una guerrera, un genio y casi la mujer más sexy del planeta.

—El hombre elige.

—No, Alice, las personas se eligen. Siento mucho, lo siento muchísimo, Alice, que alguien no te dejara elegir.

Percibió movimiento, vio a la mujer que aguardaba en la puerta de la cocina. De una edad parecida a la de su madre, con el pelo rubio ceniza corto y un rictus un tanto severo.

La enfermera, pensó Bodine, preocupada por si se había pasado de la raya. Pero la mujer asintió.

—Creo que eres muy valiente —concluyó Bodine, viendo que Alice entornaba los ojos como parecía hacer cuando le costaba asimilar las cosas.

—Las mujeres son débiles.

—Algunas personas son débiles. Tú no lo eres. Creo que podrías ser la persona más valiente que conozco.

Alice agachó la cabeza, se encorvó, pero Bodine atisbó un amago de sonrisa en ella.

—Estoy haciendo una bufanda. Clementine está haciendo galletas para el desayuno. La hermana está...

Se interrumpió, se le escapó un grito cuando Callen apareció en la puerta del recibidor.

¡Mierda!, pensó Bodine. Debería haber vuelto corriendo a la cabaña para decirle que esperara.

—Buenos días. —Callen se quedó donde estaba—. He venido a gorronear. ¿Son tus galletas de mantequilla, Clementine?

—Sí. ¿Tienes las manos limpias?

—Las tendré. Usted debe de ser la señorita Alice. —Callen habló con calma, en un tono que Bodine le había oído utilizar con un caballo asustado infinidad de veces—. Me alegro de conocerla.

—Uno de los hijos, uno de los hijos de la hermana.

—Un hijo honorífico. —Puede que la alegría de Maureen fuera un poco forzada, pero Alice dejó de mover las manos con nerviosismo—. Te presento a Callen. Cal es como de la familia. Es un buen muchacho, Alice.

—Hombre. No es un muchacho.

Alice se tocó las mejillas.

En respuesta, Callen se restregó las suyas.

—Esta mañana no he pensado en afeitarme. Se me ha ido de la cabeza. Qué bonito lo que está haciendo. Mi hermana sabe hacer punto. No me sorprendería que lo próximo que tejiera fuera una casa.

—No se puede hacer una casa de punto. Yo hago ganchillo. Estoy haciendo una bufanda.

—Si quieres algo de esta cocina, ven aquí y lávate las manos —ordenó Clementine mientras recortaba galletas—. El desayuno estará listo enseguida.

—Sí, señora.

—Da órdenes al hombre —le susurró Alice a Bodine.

—Nos da órdenes a todos.

—Yo me he lavado las manos.

Aunque los ojos se le humedecieron, Clementine miró a Alice y asintió.

—Entonces tendrás tu desayuno.

Al oír pasos en la escalera, Alice volvió a sobresaltarse. Bodine puso una mano sobre la suya.

Rory irrumpió en la cocina con la vivacidad de un perrito, el pelo todavía húmedo, la cara recién afeitada.

—Me he dormido. Qué bien huele aquí. Me vendría bien...

Vio a la mujer sentada a la mesa con Bodine. Como al resto de la familia, lo habían puesto sobre aviso. Y Rory era, fundamentalmente, un vendedor. Le dirigió una megasonrisa.

—Buenos días, Alice. No he tenido ocasión de conocerte. Soy Rory.

Alice relajó las facciones. Bodine oyó sus dos leves gritos sofocados antes de que su cara adquiriera una expresión que iba más allá de la alegría. Una expresión demasiado exultante incluso para la alegría.

—Rory. Rory. —Se le saltaron las lágrimas al tiempo que se reía. Y mientras se reía, se levantó de la mesa y corrió hacia él. Lo abrazó—. Mi bebé. Mi Rory.

Dándole palmaditas en la espalda, bastante incomodado, Rory miró a su madre desconcertado.

—Este es el menor, Alice —dijo Maureen con cautela—. Este es mi hijo, Rory.

—Mi Rory. —Alice retrocedió lo suficiente para mirarle la cara, para acariciarle las mejillas—. Mira qué guapo. Eras un bebé precioso, un niño precioso. Ahora eres guapo. ¡Qué grande estás! ¡Y qué alto! Mamá ya no puede acunarte, mi bebé.

—Esto...

—Alice —dijo la enfermera sin alterar la voz, con naturalidad—. Este es el hijo de tu hermana. Es tu sobrino.

—No. No. —Alice volvió a agarrarlo—. Mi bebé. Él es Rory. No os lo podéis llevar. No dejaré que nadie me lo vuelva a quitar.

—Yo no me voy a ninguna parte —le dijo Rory—. No te preocupes.

—Recé por mis bebés. Por Cora y Fancy, por Rory, Lily, Maureen y Sarah, y por Benjamin, aunque él se fue derecho al cielo. ¿Sabes dónde están los otros bebés, Rory? ¿Mis niñas?

—No, lo siento. Vamos a sentarnos, ¿de acuerdo?

—Te estoy haciendo una bufanda. Es verde. Mi Rory tiene los ojos verdes.

—Es bonita. Es muy bonita.

Y cuando Rory miró otra vez a su madre, Bodine se levantó. Fue a la escalera trasera para abrazar a Cora mientras ella lloraba.

Estuvo muy enfermo durante una semana entera. Apenas podía levantarse de la cama para hacer sus necesidades y aún menos para tomar más jarabe o abrir una lata para comer.

La fiebre lo consumía, los escalofríos lo atormentaban, pero la lacerante

tos seca era peor. Lo dejaba débil, sin aliento, con el pecho duro como un puño, la garganta escocida por la mucosidad espesa y amarilla que segregaban sus pulmones.

Culpaba a Esther, la maldecía mientras yacía sobre sábanas manchadas de sudor.

La encontraría cuando se recobrara. La encontraría y la molería a palos, la estrangularía hasta matarla. No era digna de recibir una bala.

Incluso cuando conseguía estar levantado durante más de unos minutos, la tos podía postrarlo de rodillas de nuevo.

Cuando se sintió capaz de salir de casa, vio que el perro estaba medio muerto; puede que más que eso. Echó comida en un cubo. Bombear agua para llenar otro le provocó un violento ataque de tos. Escupió mucosidad teñida de sangre, resolló ruidosamente mientras echaba un vistazo a la vaca.

No la habían ordeñado en un par de días, calculó, y al igual que el caballo, había sobrevivido comiéndose la nieve y la hierba que había debajo. Los pollos no estaban mucho mejor. Todo le demostraba, clara y amargamente, que el muchacho apenas había ido a la cabaña. Y cuando lo había hecho, había dejado el trabajo a medias.

El muchacho era un inútil, al igual que su maldita madre.

Cuando recobrara las fuerzas, le echaría un buen rapapolvo. Y saldría a buscarse una esposa, una esposa joven que alumbraría hijos varones que respetarían a su padre, en vez de un hijo que iba y venía cuando le daba le gana.

Había cometido un error con Esther, lo reconocía. Había desperdiciado demasiados años en ella. Había cometido un par de errores al intentar tomar otra esposa, pero no cometería más.

Solo tenía que recobrar las fuerzas, recobrar las suficientes para al menos comprar medicamentos y provisiones.

Mareado por el esfuerzo de atender a los animales, volvió a entrar en la casa tambaleándose. Quería mirar en internet, consolarse con las palabras de hombres que sabían lo que él sabía, que creían lo mismo que él.

Había pagado un dineral por la antena Wi-Fi, por el aparato para conectarse a la zona Wi-Fi y los repetidores. Y había aprendido a utilizarlos sin que nadie pudiera localizarlo.

Maldito gobierno, espiándolos a todos, robándoles las tierras, haciéndoles tragar a los auténticos estadounidenses sus homosexuales, sus negros y sus mexicanos.

Él era un ciudadano soberano, pensó, un hombre dispuesto, incluso deseoso, de hacer correr la sangre para proteger sus derechos.

Había hecho correr la de Esther, pensó. Inculcaría algo de respeto al mequetrefe que ella le había endosado. Y encontraría una esposa que le diera los hijos varones que merecía.

Pero lo único que pudo hacer fue meterse otra vez en la cama, tiritar y resollar con los pulmones llenos de mucosidad.

Callen notó un nudo en el estómago cuando vio llegar al sheriff Tate a caballo.

—Avísame si necesitas algo —dijo al herrador mientras iba al encuentro de Tate—. ¿Ha habido otro?

—No. Eso es un consuelo. Hace tiempo de mayo, y eso que estamos en marzo.

—Luego hará frío en mayo, pero lo soportaré.

Tate miró los potreros, el cobertizo.

—¿Estás solo?

—Tenemos dos paseos a caballo en marcha, otros dos esta tarde y un par

de clases en el centro. Con el buen tiempo hay más reservas.

Tate asintió.

—¿Ese de ahí es Spike?

—Sí. Lo llamamos Púa, un nombre tremendo para un herrador.

—No es muy frecuente ver a un herrador con un collar de perro de púas y luciendo media docena de tatuajes. Pero conoce el oficio. ¿Puedes tomarte un descanso?

—Parece que ya me lo estoy tomando.

—Vayamos hacia ahí. —Tate señaló el potrero grande—. Bonitos caballos.

—Hoy hemos traído más. Mañana los llevaremos a pacer si el tiempo aguanta como se supone que tiene que hacer. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que llevé caballos a pacer al amanecer y volví a buscarlos por la noche.

—Parece que estás deseándolo.

—Supongo que sí. Este trabajo me gusta, aunque tenga mucha parte de ordenador y papeleo. —Callen alargó la mano para acariciar el hocico a un bayo curioso—. Sé que no ha venido hasta aquí para ver cómo me estoy adaptando al trabajo.

—No. Me dirijo al Rancho Bodine para hablar con Alice. Ahora estará en su sesión con la psiquiatra. Confío en que recuerde un poco más.

—Puedo informarle de que ha dicho bastantes más cosas. Las he oído yo mismo cuando he ido a desayunar. Ha pensado que Rory era hijo suyo. Ha nombrado siete hijos en total. Todas niñas, menos uno llamado Rory y otro más. Por cómo se ha expresado, ese otro hijo murió durante el parto o justo después.

—Oh, Dios mío.

—No creo que le esté contando nada que no deba cuando le digo que se ha agarrado a Rory como una lapa. Ha hablado de cómo lo acunaba, le cantaba y

jugaban al escondite, de cómo aprendió a andar solo. Casi me rompe el corazón. ¿Tiene alguna pista sobre ese hijo de puta, sheriff?

—Ojalá pudiera decir que sí. Estamos trabajando con la policía del estado. Les hemos mandado una foto de Alice, y también a los medios de comunicación, por si alguien la ha visto. Llevamos perros para intentar encontrar su rastro, pero con la lluvia, y sin tener ni puñetera idea de cuánta distancia recorrió por la carretera antes de desplomarse, ni tan siquiera tenemos un punto de partida.

—Necesita que se lo diga ella, pero no puede presionarla.

—Tienes razón en las dos cosas. —Cuando el bayo curioso le dio un topetazo en el hombro, Tate lo acarició con aire ausente—. Pero cualquier cosa que pueda decirnos será una pista más que investigar. Pero no he venido a verte por eso. Me he enterado de que Garrett vino aquí en un vehículo oficial, con su uniforme oficial, y volvió a tirársete a la yugular.

—Clintok no me preocupa.

—Lo he suspendido.

Callen se volvió, se bajó el sombrero.

—No hay motivo para que haga eso por mí.

—No lo he hecho por ti. —El enfado enrojeció las mejillas de Tate—. Desobedeció una orden directa. Acosó y amenazó a un civil. He suspendido a ese imbécil arrogante en vez de despedirlo porque tiene algunas buenas cualidades pese a sus fantochadas, y... yo debo encontrar a dos delincuentes. Hay dos mujeres muertas, y ninguna pista sobre quién las mató. Hay un hombre que mantuvo encerrada a una mujer a la que aprecio durante no sabemos cuántos años. Y ahora mismo tampoco hay pistas. Pero si Garrett vuelve a pasarse de la raya, perderá su empleo, y eso me corresponde decirlo a mí. —Tate le tocó el pecho con el índice—. ¿Aquí mandas tú?

—Yo diría que sí.

—¿Tolerarías que una de las personas que guían los paseos a caballo, dan clases o atienden a las monturas hiciera lo contrario de lo que tú le has dicho? ¿Que se pusiera gallito con uno de los huéspedes? ¿Qué despreciara tu autoridad?

Arrinconado, Callen suspiró hondo.

—De acuerdo, me ha convencido.

—Aún hay más. Está cabreadísimo. Si se mete contigo, Cal, quiero enterarme. No quiero que me vengas con ese cuento de que sabes pararle los pies, de que no te preocupa. Es uno de los míos, y si vuelve a meterse contigo, debo saberlo. No puedo tener a un hombre que hace eso llevando una placa y un arma y trabajando bajo mis órdenes. ¿Te queda claro?

—Sí, sí.

—No hace falta que te guste.

—Bueno, no me gusta. Pero lo entiendo.

—Dame tu palabra. —Tate le tendió la mano.

—Puñetas. —De nuevo acorralado, Callen se la estrechó—. Le doy mi palabra.

—Pues todo arreglado. Me voy a hablar con Alice. —Sin embargo, Tate se quedó mirando los caballos un rato más—. Siete hijos.

—Los ha nombrado. Les puso nombre.

—Dios santo —masculló Tate, y se alejó.

Al llegar al rancho, esperó haber calculado bien. Reconoció el coche de la doctora Minnow, de manera que sí. También quería saber su opinión.

Cuando llegó a la puerta, Cora salió a abrir.

—Espero no molestar, señora Bodine.

—Por supuesto que no. Me llamaste «Cora» en el hospital, Bob. Sigue llamándome «Cora». Ah, Alice está hablando con la doctora. Con la doctora Minnow. Creo que deben de estar a punto de terminar. Pasa.

Tate se quitó el sombrero al entrar.

—¿Qué tal le va a Alice, señora, desde que la trajeron a su casa?

—Creo que mejor. De veras. Mamá, mira quién ha venido.

—Vaya, Bobby Tate. —Dejando su labor, doña Fancy dio una palmadita en el cojín del sofá junto a ella—. Ven a sentarte y cuéntame todos los chismes y noticias locales.

—Ojalá pudiera, señora.

—Bueno, voy a traerte una taza de café.

—Por favor, no se moleste, doña Fancy.

—El día que no pueda llevarle una taza de café a un hombre apuesto que viene de visita será el día que me reúna con mi Creador.

En la camiseta que llevaba ponía:

EL LUGAR DE LAS MUJERES ES LA CASA

Y EL SENADO

Doña Fancy creía en ambas afirmaciones con idéntico fervor.

—De todas maneras, vas a tener que esperar un rato —añadió—. Alice está arriba, hablando con la loquera. Siéntate y te traeré el café.

—Estamos buscándonos cosas que hacer —explicó Cora cuando su madre salió de la habitación—. Intentando mantenernos ocupadas. Supongo que si hubieras averiguado algo, me lo habrías dicho nada más entrar.

—Lo siento, señora Bodine... Cora. Estamos haciendo todo lo posible.

—No lo dudo. Oh, doctora Minnow. ¿Ha terminado?

—Hemos hablado mucho. Sheriff.

—Doctora Minnow. ¿Puede seguir hablando?

—Dele un momento. Está mejorando mucho, señora Bodine. Creo que su

intuición, y la de Maureen, de traerla aquí era acertada. Es solo el comienzo, pero está tranquila.

—¿Puede decirme si recuerda algo de su secuestrador, de su cautiverio?

—Evita el tema, y es natural, sheriff. Tiene un conflicto entre lo que él le ha inculcado y esta realidad. Esta realidad que recuerda en alguna parte de su mente y donde se siente más segura, incluso más feliz. Sí ha hablado de la casa, y cuando le he preguntado si era más grande que su habitación, la de arriba, ha dicho que era más o menos igual, pero ahora tiene ventanas y paredes bonitas.

Celia dirigió otra sonrisa a Cora.

—Pintarla igual que estaba le ayuda a sentirse a gusto, a identificarse con ella, aunque no la reconozca como propia.

Celia se volvió hacia Tate.

—Su secuestrador no vivía en la casa con ella. Yo diría que tenía el tamaño de un cobertizo más bien. No está lista para hablar de lo que veía cuando salía fuera. Ha mencionado un perro, uno malo, pero, aparte de eso, se ha cerrado en banda.

—Un cobertizo y un perro es más de lo que tenía cuando he llegado.

—Aquí tienes, Bob. —Doña Fancy llevó el café a Tate—. Oh, doctora Minnow. ¿Le apetece un café?

—Gracias, pero tengo que volver. Mañana vendré a la misma hora. De momento no le pregunten por Rory. Le daremos tiempo en ese terreno.

—Le traeré el abrigo y la acompañaré a la puerta.

Tate se quedó de pie, con el sombrero en una mano y el café en la otra.

—Doña Fancy, voy a subir a verla, si le parece bien.

—La enfermera que está con ella es... —La mujer se frotó la sien—. Puñetas, se me ha olvidado cómo se llama.

—No se preocupe por eso. La veré antes de irme.

Tate suponía que la habían instalado en su antigua habitación, y sabía dónde encontrarla. Hacía tiempo, él había languidecido bajo la ventana de su habitación durante unos cuantos meses. Y a veces Alice había salido por ella para verse con él.

Ahora, avejentada por los años que habían transcurrido, estaba sentada junto a la ventana, haciendo ganchillo.

La mujer de la otra silla leía un libro, pero se levantó cuando él entró.

—Tienes compañía, Alice.

Alice levantó la vista y sonrió con timidez.

—Te conozco. Viniste al hospital. Fuiste muy amable y viniste a visitarme. Tú... —Entornó los ojos—. Tú sabes andar con las manos.

—Antes sí.

El corazón le dio un pequeño vuelco al recordar cómo la había hecho reír andando haciendo el pino por la hierba. Tenían dieciséis años, pensó, y él estaba locamente enamorado de ella.

—No estoy muy seguro de que ahora pudiera hacerlo.

—Los dejaré a solas para que hablen. Estoy en la habitación de al lado —le dijo la enfermera a Tate en voz baja.

—Estás bebiendo café. Yo no debo tomar café, pero Bodine lo toma. Es la hija de la hermana. También es simpática.

—Conozco a Bodine. Es una muchacha encantadora. ¿Puedo sentarme contigo?

—El hombre no necesita preguntar. El hombre hace.

—Un hombre educado pregunta. ¿Puedo sentarme contigo, Alice?

Ella se ruborizó un poco.

—Puedes sentarte. Estoy haciendo una bufanda. Es para Rory. Es para mi hijo. Tiene los ojos verdes. Es guapísimo. Se ha puesto muy alto.

—¿Desde cuándo no lo ves?

—Hemos desayunado. Clementine ha hecho galletas. Me... me gustan sus galletas.

—Me refiero a antes del desayuno. ¿Desde cuándo no lo veías?

—Ay, madre... Solo tenía un año. Solo un año. Era un bebé delicioso. Pude quedármelo y darle el pecho, bañarlo y enseñarle a aplaudir. Le enseñé a andar y a decir «mamá». Porque era el hijo varón.

—También tuviste hijas.

—Sí. Cora, Fancy, Lily, Maureen y Sarah.

—¿Les enseñaste a aplaudir?

—No pude. El señor tuvo que llevárselas. Las niñas no le sirven para nada y se venden a buen precio. A lo mejor puedes encontrarlas.

—Puedo intentarlo.

—Pero a Benjamin no. Dios se lo llevó al cielo antes de que saliera de mi vientre. Ni a Rory. He encontrado a Rory aquí. Me alegro de haber venido.

—¿Tuviste a tus hijos en tu casa? Me refiero a si nacieron en tu casa.

—Solo Lily, Maureen, Sarah y Benjamin. El señor me procuró la casa porque le di un hijo varón, como una mujer debe hacer.

—¿Dónde tuviste a Cora, Fancy y Rory?

—En la habitación de abajo. —Alice apretó los labios—. No me gustaba la habitación de abajo. No me gustaba. La casa me gustaba más.

—Tranquila. —Tate le tocó la mano temblorosa—. No volverás a esa habitación jamás.

—Puedo quedarme aquí con Rory. Con la madre, la hermana y la abuela... La abuela. El abuelo tiene chocolatinas. Huele a cerezas y lleva barba.

—Así es. —Tate comprendió que ella no debía de saber que su abuelo había muerto, de manera que fue prudente—. ¿El señor tiene barba?

—Por todas partes, por todas. —Alice se pasó la mano por las mejillas y la barbilla.

—¿Huele a cerezas?

—No, no. Huele al jabón que al principio escuece. Y a veces no. A veces a whisky. A veces a whisky y a sudor. No me gusta. Me gusta hacer la bufanda, me gusta hacer la bufanda, me gusta hacerla, y la ventana y las galletas. Me gustan las paredes de color rosa.

—Son muy alegres, desde luego. ¿De qué color eran las paredes de tu casa?

—Grisas con manchas y rayas. Estas me gustan más. Soy una desagradecida, soy una desagradecida con lo que el señor me procuró.

—No, no lo eres. Agradeces estar en casa con tu familia. ¿Puedes decirme una cosa, Alice?

—No lo sé.

—¿Puedes decirme dónde estabas cuando viste al señor por primera vez?

—No lo sé. Tengo que terminar la bufanda, terminarla para Rory.

—Está bien. Ahora debo irme, pero volveré, si te parece bien.

—Me parece bien. Yo quería volver a casa —dijo Alice cuando Tate se levantó.

—Ahora estás en casa.

—Debería haber llamado al abuelo desde Missoula cuando llegué allí. Él habría venido a buscarme. No se habría enfadado.

—¿Volvías a casa desde Missoula?

—Desde... otro sitio. No lo sé. Ahora estoy muy cansada.

—Iré a buscar a la enfermera. Puedes descansar un rato.

—Hacen pavo al horno en Acción de Gracias, pero a mí me gusta más el jamón de la abuela. La abuela siempre pone jamón en Acción de Gracias, y todas preparamos pasteles. Me voy a dormir.

—Muy bien, Alice. Anda, yo te ayudo. —Tate la ayudó a ir hasta la cama y la tapó con una colcha.

—Es suave. Aquí todo es suave. ¿Está aquí la madre?

—Iré a buscarla. Descansa.

Tate salió, e hizo una seña a la enfermera antes de bajar en busca de Cora.

Un cobertizo, un perro, algún punto de la carretera de Missoula al rancho, en algún momento próximo a Acción de Gracias, aunque solo Dios sabía cuánto tiempo hacía de eso.

Era más de lo que tenía antes de ir allí.

El tiempo fue pasando. Mientras gran parte de la vida doméstica giraba alrededor de Alice —qué decir, qué no, qué hacer, qué no—, la primavera llegó con toda su dulzura y todas sus exigencias. El sol salía antes, se quedaba más tiempo, y con esas horas de luz ganadas aumentó el trabajo.

Bodine a menudo consideraba ese trabajo como una evasión de la tensión y la preocupación que le creaba tener que ser tan cautelosa y comedida en casa. Después se sentía culpable por pensar así.

Consideraba las noches que pasaba con Callen en su estrecha cama o en una cabaña vacía como otra clase de evasión. Y no se sentía nada culpable por ello. Si lo analizaba, como hacía a veces, concluía que Callen le proporcionaba equilibrio, compañía, un oído atento, un pulso más firme de lo que ella jamás habría pensado.

Y un sexo increíble.

Le gustaba creer que ella le daba lo mismo a él.

Casi todos los días ensillaba su caballo e iba al trabajo con Callen, y también volvían juntos. Si conseguía organizarse, regresaba a casa a mediodía para dar un respiro a las abuelas relevándolas con Alice.

—Me cae bien. —Aunque estaba pensando en todo lo que tenía que hacer, Bodine cabalgaba sin prisas junto a Callen—. De vez en cuando, algo, alguien, asoma por encima del trauma. Y sé que esa persona me caería bien. Y a los perros les gusta, lo que es un buen indicador.

—¿A los perros les gusta Alice?

—Y es mutuo. Muy a menudo se repantigan y roncan a sus pies cuando hace ganchillo. El sheriff ha venido esta tarde mientras yo estaba en casa. Él también tiene mano con ella.

—¿Ha obtenido algún dato más?

—Ha averiguado que Alice tenía veintiún años, recién cumplidos, cuando decidió volver a casa haciendo autoestop. Así que eso le da una fecha más precisa. No sé qué puede hacer para investigar veintiséis años y encontrar algo, pero he visto que era importante saberlo. Alice ha querido que me quedara mientras él hablaba con ella. Se ha puesto contenta, como si hubiéramos ido a visitarla. Está tejiendo otra bufanda... para mí. Ha terminado la de Rory. —Alzando la cara al cielo, Bodine negó con la cabeza —. Estoy muy despistada.

—No tanto. Le caes bien, confía en ti. Le cae bien Tate. Es tímida conmigo si me ve, pero no le doy miedo.

—Le pasa lo mismo con papá y Chase; es tímida con ellos, pero no les tiene miedo. Y sigue sin querer salir de casa. Como fuera hay gente, no hay más que hablar.

—Necesita más tiempo.

—Lo sé, y aún no ha pasado demasiado. Pero... todos tenemos que andarnos con mucho cuidado, y eso agota, Callen. La ayuda, pero es agotador. Algunos días sabe que Rory no es su hijo. Otros, se empecina en que lo es como una osa con sus oseznos. Es duro para Rory. Lo está llevando mejor de lo que nadie podía esperar. A veces nos olvidamos de su gran corazón. Tiene un corazón de oro.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Estoy soltándote el rollo, otra vez, así que debo de quererlo.

—Vosotros siempre habéis estado muy unidos. Dios mío, llevo toda la vida

admirándolo, y envidiándolo. Tu familia hace piña, y esta situación os ha obligado a hacer más piña aún. Imagino que Alice está empezando a superar lo que ese hijo de puta le hizo porque tiene esa capacidad. Sé lo que es tener dieciocho años y estar cabreado con el mundo. Más que tú —añadió con rotundidad.

—Yo he tenido bastante suerte con mi mundo.

—Es más que suerte, pero sí. Sé lo que es querer volver a casa, necesitarlo. A mí no me lo ha impedido nadie, nadie me ha robado más de la mitad de mi vida. Y aun así ha sido duro.

—Nunca lo había pensado —dijo Bodine en voz baja—. Nunca había pensado que volver ha sido duro para ti. —Mientras cabalgaban, despacio y sin prisas, escrutó el perfil de Callen—. Debería haberlo pensado.

—Nunca sabes qué ha cambiado, qué sigue igual y si volverás a encajar. Es el riesgo que corres marchándote y volviendo. Yo diría que el hecho de que Alice sea capaz de hacer sus bufandas y hablar con Tate, con cualquiera sin gritar, de levantarse por la mañana y acostarse por la noche, significa que la persona que era a los dieciocho años, por mucho que ese hijo de puta intentara cambiarla, tiene mucho de Bodine. Hará más que asomar la cabeza.

Ella tardó un momento en poder hablar.

—¿Quieres saber lo que pienso yo?

—Estoy escuchándote el rollo, así que debo de quererlo.

—Creo que podría volverme un poco loca si no te tuviera a ti para hablar. Ahora, en el rancho, hemos de ser muy cuidadosos con las cosas que decimos, y bien sabe Dios que con las que no, también. Tiene que ser así. Mamá y la abuela están preocupadas por la yaya, papá está preocupado por todas. Chase se lleva a Rory más de lo que necesita para que pueda darse un respiro.

—Tú haces lo mismo.

—Sí, solo que no hablamos mucho del tema. No podemos, la verdad. Y estoy segura de que no soy la única que se apoya en ti.

—Soy una persona equilibrada.

—Estaba pensando justo eso.

Cambiando de postura en la silla, Callen la miró de hito en hito.

—Así que no hace falta que pienses que tienes que tomar otra dirección y no seguir por el camino que llevas. Ya estamos en unas tierras que podrían haber sido más si las cosas hubieran sido distintas. No han sido distintas. No son más.

—Lo siento. —Bodine mandó parar su caballo, comprendió que no debería estar sorprendida de que Callen la hubiera pillado alejándose de su antigua casa—. Me parecía buena idea. Ya no me lo parece.

Él se conocía las tierras como la palma de la mano. Por el momento, estaba satisfecho con contemplarlas desde su caballo.

—Firmamos el contrato, y son vuestras. De tu familia. No lo lamento.

—Confieso que me partiría el alma si tuviéramos que vender nuestras tierras.

Extrañado, Callen pensó que también se le partiría a él si eso llegara a ocurrir.

—Para mí estas tierras no son lo mismo. No sé si alguna vez lo fueron. Un día de estos querré tener mis tierras, y las tendré. —Se encogió de hombros y le sonrió—. Me fue bien en California. Tú no eres de las que no pregunta por educación, pero no lo has hecho.

—Está no preguntar por educación y está ser de lo más grosero. Yo puedo ser de lo más grosera —decidió—. ¿Qué es «bien» para ti, más o menos?

—Suficiente para no verme obligado a vender. Podría haberme quedado con las tierras, haber dado a mi madre y a mi hermana la parte que les

correspondía. Haber comprado algunas cabezas de ganado, haber puesto en marcha un rancho decente.

Puede que le hubiera ido mejor de lo que Bodine imaginaba y esa fuera una faceta de Callen que ella no había considerado. Valoraba tener cabeza para los negocios y saber administrarse.

—Pero no lo has hecho.

—No. Porque no es lo que quería. No me molestó llevar mi propio negocio, y no se me daba mal.

—¿Qué quieres decir con tu propio negocio?

Como Callen sabía hacia dónde se dirigía Bodine, se adelantó.

—Me junté con un socio en California y montamos una empresa de doma, por llamarla de alguna forma. Y nos fue bien. Cuando estuve listo para volver, él compró mi parte. Tampoco me molesta trabajar para otros. Así que estoy contento con mi situación.

Otra faceta más que ella no había considerado.

—No sabía que habías montado una empresa; pensé que solo trabajabas para una.

—Quise probarlo. —Tan sencillo como eso, en realidad, pensó Callen en ese momento. Había querido probar cosas, hacerse una idea—. Se me dio bastante bien, durante un tiempo. Se te da mejor a ti, por lo que veo. Me han acabado gustando mucho las mujeres que saben llevar una empresa, y no puedo sino admirar a una que se organiza para ir una hora a casa en pleno día porque antepone la familia a todo lo demás.

—Caray, Callen Skinner. —Con los ojos como platos por la sorpresa, Bodine se llevó una mano al pecho—. Vas a hacer que me suban los colores.

—No caerá esa breva.

Callen divisó la casa más adelante, la casa de dos pisos con la planta en «L» un poco torcida. Los potreros vacíos, el patio cubierto de malas hierbas,

el destartalado gallinero. La cuadra vacía donde su padre se había ahorcado con las paredes ya grises rayadas de rojo.

Algunas flores silvestres estaban intentando abrirse. A lo lejos, las montañas mostraban franjas azules, verdes, bajo la fina capa de nieve.

—¿Cuál era la idea al venir hasta aquí? —preguntó Callen.

—Aún estamos decidiendo qué hacer. Tenemos varias opciones. La primera es si las incorporamos al rancho o al resort. Yo me inclino (menuda sorpresa) por el resort.

—Tremenda, sin duda —respondió Callen.

—Chase no se moja; otra tremenda sorpresa. Aunque creo que, en parte, está esperando a saber qué prefieres tú.

—No son mis tierras.

—Cállate. Rory está de mi parte. Mamá está demasiado distraída para pensar con claridad en uno u otro sentido, y papá se inclina por el rancho, pero es flexible. No hemos preguntado a las abuelas, pero lo haremos.

—Vale.

—Cada opción abre más posibilidades, pero ahora mismo el resort parece la alternativa más probable, así que te hablaré de ellas. Podríamos arreglar la casa, los cobertizos, y alquilarlo como un ranchito para familias, grupos o empresas que quieran tener una experiencia vaquera. Podríamos tirar la casa, los cobertizos y hacerlo todo nuevo, para esa experiencia vaquera o para una serie de cabañas de lujo, con una cocina central y una zona comunitaria, como tenemos en los campings de lujo. Traer caballos, convertirlo en una experiencia educativa para grupos de jóvenes: cómo ocuparse de los caballos, las vacas, los pollos. Hay muchas opciones.

—Tú tienes tu preferencia. ¿Cuál es?

Bodine negó con la cabeza.

—Todas son factibles, todas son buenas y todas pueden adornarse y

publicitarse. Te estoy preguntando qué opinas tú.

—Ya te lo he dicho, me parece bien. Además, yo no tengo voz ni voto.

Bodine resopló y desmontó.

—Oh, bájate del burro, Skinner. Lo digo literal y metafóricamente. — Llevó a Leo al potrero, ató las riendas a la cerca—. Creciste en esa casa. Trabajaste estas tierras, criaste caballos y ganado. Tienes una opinión, maldita sea. Tienes sentimientos.

Callen bajó del caballo y notó claramente los bordes de la esquina en la que Bodine lo había arrinconado.

—No me importa tanto como parece que tú quieres que me importe.

—Mentira. Mentira podrida. Te estoy pidiendo que me lo digas ahora, mientras estamos aquí. Lo tiramos, la casa, la cuadra, todo, o lo reformamos. Solo eso. Respóndeme. —Más enfadada de lo que le gustaría, Bodine le dio con el puño en el pecho—. Dime qué piensas, qué querías.

Dejó la mano sobre su corazón. Callen habría jurado que le atravesó la piel, como el sol cuando atraviesa el cielo en su lento descenso. Como lo atravesaban sus ojos.

—Tíralo. Todo. Yo...

—Hecho.

—Bodine...

—Hecho —repitió ella—. No necesito más.

Callen la agarró por la muñeca antes de que pudiera alejarse. El enfado que ambos sentían se disolvió cuando Bodine le puso la otra mano en la mejilla.

—Tu opinión importa, Callen. No solo a mí, pero desde luego que me importa. Son opciones, y todas buenas. ¿Por qué no debería contar con lo que tú quieres?

—No es mío.

—Lo era.

—Podría haberlo sido, pero no lo es. Si mi única alternativa para volver hubiera sido venir aquí, a estas tierras, a esta casa, no habría vuelto. Mis raíces no están aquí, y si había alguna, era tan poco profunda que arrancarla no ha cambiado nada. —La arrimó a él para que pudieran mirar juntos la fachada de la casa—. Tengo recuerdos ambivalentes, buenos y malos. No sé si unos pesan mucho más que otros. Recuerdo cuando a mi padre se le metió en la cabeza ampliar la casa. No sabía lo que se hacía, y yo tenía unos doce años, así que tampoco lo sabía. Pero él lo intentó.

Callen oyó la voz de su madre junto a la tumba de su padre, de pie, mientras el viento soplaba.

«Lo intentó.»

—Lo intentó —repitió, quizá aceptándolo al fin—. E hizo feliz a mi madre. Está torcida, y dentro el suelo está inclinado, pero él lo intentó y la hizo feliz. Son ambivalentes en ese sentido.

Sin decir nada, Bodine se apoyó un poco en él, ofreciéndole consuelo.

—Pero mi madre ya no va a pisar ese suelo nunca más. Y no va a estar nunca aquí de pie, mirando la cuadra y recordando qué aspecto tenía mi padre cuando se ahorcó. No quiero que lo derribes por mí.

—He dicho que está hecho —contestó. Y a continuación, volviéndose hacia él, Bodine le puso otra vez la mano sobre el corazón—. Puede que un día regrese para ver lo que hemos construido. Puede que eso la haga feliz. Que te haga feliz a ti. —Señaló hacia un lugar, esperó a que él dejara de mirarla y dirigiera los ojos hacia ahí. Entonces añadió—: Ahí tienes un par de rosales. Deberías llevártelos. Asegúrate de desenterrarlos con las raíces, envuélvelas en arpillera y llévaselos a tu madre. Seguro que tu hermana sabrá cómo replantarlos. Significaría mucho para tu madre.

En la garganta de Callen, la emoción se encalló junto con la gratitud.

—Hay veces en que no sé qué decirte. Que me desarmas. —La atrajo hacia

él y la abrazó—. Los desenterraré —le aseguró—. A ella le gustará, y a mí no se me habría ocurrido.

—A lo mejor sí.

—Yo lo tiraría todo a la basura —dijo él, mirando por encima de la cabeza de Bodine lo que podría haber sido suyo—. Esa no es la manera. Hay algunos narcisos intentando brotar junto a la casa. También podría desenterrarlos. A Savannah le gustaban cuando éramos pequeños. Y...

—¿Qué?

—A lo mejor arranco un par de tablones del suelo antes de que tires la casa abajo. Entre Justin y Savannah podrían hacer algo. A ella le gustará.

—Eso mismo. —Bodine echó la cabeza hacia atrás lo suficiente para besarlo—. ¿Por qué no nos damos una vuelta y vemos si hay algo más?

Antes de que Callen pudiera responder, su móvil pitó.

—Un mensaje de mi madre. —Frunció el ceño al leerlo—. Ella nunca manda mensajes. Solo... Dios santo, mi hermana está de parto.

—¡Pues tienes que marcharte! —Bodine lo agarró de la mano y lo arrastró hacia los caballos—. Tienes que ir.

—Va a dar a luz en casa. ¿A quién se le ocurre? Debería haber una ley o algo. ¿Por qué...?

—Monta, Skinner. —Bodine lo dijo soltando una carcajada, encantada de vivir ese momento con él y por su puro nerviosismo masculino—. Puedes estar en tu camioneta en menos de diez minutos, ir a su casa y preguntárselo tú mismo.

Callen subió al caballo.

—Puede que Vanna no me quiera por ahí en medio, estorbando.

—Los hombres son idiotas.

Bodine puso a Leo al galope. Sabía que Atardecer la seguiría.

Bodine entró en la casa de buen humor. Encontró a Clementine en la cocina con Alice, pelando patatas.

—Estoy haciendo puré de patatas. Clementine me está enseñando. Así la veo freír el pollo.

—Y yo me lo puedo comer —dijo Bodine, lo que indujo a Alice a agachar la cabeza y a sonreír—. Algo ya huele muy bien.

—Hemos hecho una tarta de chocolate. Me gusta cocinar con Clementine. Mi casa no tiene horno. No podía hacer tarta de chocolate.

—Me están entrando ganas de comérmela. —Bodine se sirvió una copa de vino cuando su madre entró—. Traigo noticias —anunció—. La hermana de Callen está de parto.

—Es una buena noticia —dijo Maureen—. Sírveme una copa, y beberemos para que el bebé nazca sano.

—Yo tuve bebés. —Alice siguió pelando mientras hablaba, pero se encorvó—. Duele, y hay sangre, y duele cada vez más. Si son niñas, no te las puedes quedar porque se venden a buen precio. La hermana se queda con su hija, pero yo no puedo quedarme con las mías. —Lanzó una mirada furibunda a Maureen—. Mis hijas serían tan bonitas como la tuya. ¡Más aún! No es justo.

—No, no lo es —comenzó a decir Maureen—. Siento...

—No quiero tu compasión. No quiero tu compasión. Quiero a mis hijos. Quiero a mi Rory. ¿Por qué es tuyo también? ¿Por qué te quedas con todo?

—Vamos a sentarnos, Alice. —Bodine se acercó a ella—. Puedes enseñarme la bufanda que me estás haciendo.

—¡No! —Por primera vez Alice intentó dar una bofetada a Bodine y se encaró con ella—. Tú eres la hija. ¡Yo también soy la hija! Soy la hija. ¿Por qué se queda siempre con todo?

—Basta. —Igualmente crispada, Maureen se interpuso entre las dos—. Basta, Alice.

—Tú cállate. ¡Cállate, cállate! Tú no me mandas. Reenie, Reenie, Reenie. La buena siempre, la que gana siempre, siempre, siempre. —Alice la empujó. Para sorpresa de Bodine, Maureen le devolvió el empujón.

—A lo mejor deberías empezar a comportarte de acuerdo con tu edad. A lo mejor deberías dejar de quejarte de todo igual que hacías siempre. A lo mejor deberías dejar de culpar a todos salvo a ti.

—¡Te odio!

—Ya. Dime algo que no sepa.

—¡Chicas! —Cora irrumpió en la cocina, con doña Fancy pisándole los talones—. Parad ahora mismo.

—Ha empezado ella. —Alice clavó el dedo índice en Maureen—. No puede mangonearme, mamá. Tú siempre te pones de su parte. No es justo. ¿Cómo es que yo tengo que fregar los platos durante una semana y ella no? ¿Solo porque ella saca sobresalientes? Le caigo mal a la profesora, ¿vale? E iba a limpiar mi habitación, ¡mamá, iba a limpiarla! Pero se me ha olvidado. Reenie, Reenie, Reenie es una novia guapísima. Pues yo voy a ser estrella de cine. Espera y verás. ¿Por qué se queda con sus bebés? ¿Por qué? —Hecha un mar de lágrimas, Alice se llevó las manos a la cabeza—. ¿Por qué, por qué, por qué? No lo entiendo. ¿Quién soy? ¿Quién soy? No soy la mujer del espejo. ¡No, no, no! La vieja, ¿quién es la vieja del espejo? ¿Quién soy yo, eh?

—Alice. Mi Alice. —Cora dio un paso adelante—. Alice Ann Bodine. Tranquilízate. —Con las yemas de los dedos, Cora le enjugó las lágrimas.

—¿Quién soy yo?

Bodine también notó un nudo en la garganta mientras veía sufrir a Alice.

—Mamá. Mamá. Yo... yo volvía a casa.

—Lo sé. Lo sé. Ahora estás en casa.

—No me siento bien. No me siento bien por dentro. ¿Puedo volver? ¿Solo volver?

—Empezaremos desde aquí, y todo irá bien.

—Reenie está enfadada conmigo.

—No, no lo estoy. —Maureen le pasó la mano por la trenza—. No estoy enfadada. Me alegro de que hayas vuelto a casa, Alice.

—Yo estaba enfadada. Estaba enfadada. Estaba enfadada. No recuerdo por qué. Me duele la cabeza.

—Puedes acostarte un rato —dijo Cora—. Te acompañaré.

—No. No, estoy haciendo puré de patatas. Clementine me está enseñando. Clementine... Si las quejas valieran un dólar, tú serías multimillonaria.

—Exacto. —Aunque tenía los ojos brillantes, Clementine señaló una patata a medio pelar—. No van a pelarse solas, muchacha.

—Voy a sentarme a tu lado, a asegurarme de que lo haces como Dios manda. —Doña Fancy se acercó a ella y se sentó en un taburete.

—Abuela. —Alice apoyó la cabeza en el hombro de doña Fancy—. La abuela siempre huele muy bien. ¿Dónde está el abuelo?

—Está en el cielo, cariño, cuidando a tu Benjamin.

—El abuelo está con Benjamin. No tengo de qué preocuparme. —Cuando cogió el pelador, Alice miró a Maureen con los ojos cargados de dolor—. No es mi Rory. Es el tuyo.

—Somos hermanas. Lo compartimos todo.

—No soporto compartir.

Maureen se rio.

—Dímelo a mí.

Detrás de ellas, Bodine rodeó a Cora con el brazo y le habló con ternura:

—Ven a sentarte. Estás temblando. Te prepararé un té.

—Prefiero tomar vino.

—Antes, siéntate.

Bodine corrió a buscar el vino, esperó hasta que su abuela cogió la copa con ambas manos y tomó un sorbo.

—Me ha llamado «mamá».

—Lo sé.

—Es la primera vez. Me ha llamado «mamá», y cuando me ha mirado, ha recordado. Lo he visto en sus ojos. Está volviendo. Alice está volviendo.

Agotado, confundido y apabullado, Callen entró en la choza. Arrojó el sombrero y la chaqueta cerca de una silla. Aunque se moría por beberse una cerveza, dormir era lo que necesitaba aún más. Se dirigió a la habitación y, cuando se dejó caer en la cama para quitarse las botas, se sentó encima de Bodine.

Soltó un «¡Hostia!» en los pocos segundos que le llevó reconocer en aquel bulto a una mujer en vez de Dios sabe qué. Ella se incorporó con un gruñido.

—Se supone que hay que mirar antes de sentarse.

—Eso es antes de cruzar. —Callen encendió la luz a tientas, lo que indujo a Bodine a taparse los ojos con la mano—. ¿Qué haces durmiendo encima de mi cama con toda la ropa puesta?

—No podía dormir.

—Pues lo disimulas muy bien.

—En casa. Se me ha ocurrido venir a esperarte y me he quedado traspuesta. ¿Savannah? ¿La niña?

—Genial, y preciosa. Creo. Es mi primera recién nacida. Mira. —Callen sacó el móvil—. Compruébalo tú misma.

Bodine parpadeó con ojos soñolientos, concentrándose en la fotografía de

una niña minúscula que estaba envuelta en una manta blanca y rosa, luciendo un gorro rosa.

—No es preciosa. Es una belleza. ¿Qué nombre le han puesto?

—Aubra. Aubra Rose.

—¿La has cogido en brazos?

—Reconozco que no quería. Preferiría coger dinamita en mal estado, pero me han obligado. Y ha sido un momento especial. Ha habido muchos momentos así. —Le enseñó más fotografías de la niña, en los brazos de su madre, su padre, su abuela. Y, por último, en los suyos.

Lo que Bodine pensó, cuando lo vio con su sobrina, fue: «Se le cae la baba».

—Sobre todo, me asombra que una mujer pueda querer pasar por eso. No me da vergüenza decir que he salido de la habitación tanto como he podido, pero ellos no hacían más que volver a meterme. Sí, muchos momentos especiales.

Por fin se quitó las botas y se estiró junto a ella, los dos aún vestidos.

—No he movido un dedo, y me siento como si hubiera subido un par de montañas. —Cerró los ojos—. Y en ese momento he dicho que me quedaría al bebé durante unas horas un par de días de esta semana, para que descansen. Ya pensaré qué hago con él. Paseos en poni, le dejaré recoger estiércol con la pala. A una niña de esa edad no hay nada que le guste más.

—Miranda, la coordinadora de actividades infantiles, puede echarte una mano.

—¿Sí?

—Claro.

—A lo mejor me salva de volverme loco. —Callen empezó a desconectar—. ¿Qué tal tu tarde?

—Intensa. Mamá y Alice se han peleado de lo lindo antes de cenar. Con

gritos, empujones.

—¿Qué? —El cerebro se le volvió a activar—. ¿Qué?

—De hecho, el motivo ha sido Aubra Rose. He mencionado que tu hermana estaba de parto, y Alice se ha puesto hecha una furia, y luego mamá y ella se han enganchado. Es una revelación ver a tu madre pelearse con su hermana como yo podría pelearme con los míos. Y la yaya ha intentado separarlas, y Alice ha explotado. —Se volvió un poco más para colocarse de cara a él—. Ha ido recordando cosas, Callen. Cosas mezcladas, cosas tontas, insignificantes, infantiles, pero las ha recordado. Ha llamado «mamá» a la yaya, no «la madre», como estaba haciendo. Ha llamado «Reenie» a mi madre. Ha sido mucho. Muchísimo. Quizá sea un gran adelanto. No lo sé. La yaya está segura de que lo es, y a mí me preocupa que se haga demasiadas ilusiones, porque Alice podría levantarse mañana y no acordarse de nada.

—Hacerse ilusiones no tiene nada de malo. Tú deberías hacer lo mismo.

—Puede. Chase, Rory y yo nos hemos reunido un momento después, en el establo. Hemos pensado que papá se ocupará de mamá, y durante el día Rory y yo estaremos pendientes. Chase se ocupará de la abuela, Rory de la yaya y yo de Alice. Podría apoyarse demasiado en Rory, y aún está más a gusto conmigo que con Chase. Lo único que tengo que hacer es pensar en cómo manejo la situación. Hoy ha sido el primer día sin las enfermeras, y, ¡bum!, menuda intensidad.

—Podrás con ello. Deberíamos desnudarnos y meternos en la cama.

—Sí. Solo un minuto.

Un minuto después, los dos se habían quedado dormidos tal como estaban.

El hombre conocido como «señor» confeccionó un tosco bastón con una recia

rama. Le ayudaba cuando las piernas le temblaban demasiado para terminar las tareas del rancho.

El perro se le murió, pero los perros eran fáciles de conseguir. Buscaría uno cuando se sintiera con fuerzas.

Pensó en pegarle un tiro al caballo —le daba más problemas de lo que valía—, pero opinaba que, si bien un hombre podía pasar un tiempo sin perro, un hombre sin caballo estaba atado de pies y manos.

Así pues, lo alimentó con frugalidad, racionando el forraje.

Dedicó más tiempo a la vaca. La vaca aún daba leche, aunque ordeñarla lo dejaba agotado.

Resollaba al andar, pero andaba. Al menos hasta que sufría un acceso de tos. Cuando esto ocurría, tenía que detenerse, sentarse y esperar a que se le pasara.

Dentro de unos días, cuando se encontrara mejor, iría a buscar más medicamentos, gastaría dinero para forraje, heno.

Empezaría a buscar a otra esposa que fuera joven. Una con fuerza suficiente para arar la tierra y sembrarla. Una con vitalidad suficiente para darle hijos varones. Una lo bastante hermosa para darle placer.

De momento, tenía que esperar.

Todas las noches cuando se acostaba se decía que por la mañana recobraría las fuerzas. Las suficientes para ponerse a buscar.

Había preparado el sótano, donde viviría ella. Y de igual manera que ella araría el campo, él la araría a ella. De igual manera que el campo daría su fruto, también ella daría el suyo. De su simiente.

Todas las noches dormía con un revólver bajo la almohada y una bala lista para despachar a quien tratara de impedirle defender los derechos que Dios le había otorgado.

CUARTA PARTE

Un regreso

*Estás buscando, Joe,
cosas que no existen; me refiero a los comienzos.
Finales y comienzos: eso no existe.
Solo hay intermedios.*

ROBERT FROST

Si Jessica tenía que andar corriendo de un lado a otro la mitad del día, lo haría calzada con unos zapatos estupendos. Según la aplicación de su móvil, ya había dado más de siete mil pasos, y aún no era ni mediodía.

Mejor aún, el evento importante que tenía para ese fin de semana sería el no va más. En reconocimiento al sol radiante, y a Montana, había combinado sus zapatos estupendos con su Stetson y una lisa cola de caballo.

Lo consideraba una fusión entre las modas de los Estados Unidos del Este y el Oeste.

Con los glamurosos zapatos color rosa de tacón de aguja —¡llega la primavera!—, salió del Molino con mucho garbo, otra vez, con intención de cruzar la Cantina y el Morral, pero se detuvo cuando Bodine llegó en uno de los coches del resort.

—Dime que el tiempo va a aguantar durante todo el fin de semana —dijo Jessica.

Cuando bajó del coche, Bodine miró el inmenso cielo azul.

—Pinta bien. Es posible que esta noche caiga un chaparrón de nada, pero mañana habrá sol y temperaturas por encima de los quince grados. Y una buena noticia —añadió—. Vamos a montar las tiendas.

—Esta noche tengo huéspedes en el Campamento Ribereño y el Nido del Águila. ¿Estarán listos cuando lleguen?

—El Campamento Ribereño ya está listo y la cuadrilla está montando el

Nido del Águila. Tus huéspedes pasarán la noche en su camping de lujo, no hay problema. —Bodine tocó a Jessica en el hombro—. Así que no hace falta que vayas a dar la lata a la cuadrilla.

—Dar la lata a la cuadrilla, tachado. Quiero que este evento funcione como la seda, de veras.

—La reunión familiar de los Cumberland, ¿verdad?

—Reunión familiar-fiesta de cumpleaños. La matriarca cumplirá ciento dos años mañana. Estoy fascinada y aterrorizada. Ciento dos. ¿Has visto la tarta?

—Aún no.

—Está casi terminada, y en vez de dar la lata a esa cuadrilla, me he quedado mirándola embobada. Es enorme, preciosa y original. Imponente, de hecho, con símbolos y adornos que hacen referencia a hitos de su vida. Sacaré fotos para la página web. Es única. Y tan grande como para alimentar a las setenta y ocho personas que vienen, cuyas edades van de los siete meses a los ciento dos años.

—Casi estás dando saltos.

—¡Lo sé! —Con una carcajada, Jessica señaló hacia el Molino—. Tiene un no sé qué especial. La continuidad, la longevidad, la familia, tan grande y dispersa, reuniéndose. Llevan semanas mandando fotos y recuerdos. Han reservado el Molino para todo el fin de semana, y nosotros hemos expuesto cuanto han enviado, como un divertido museo de su historia familiar. Es como otro mundo para alguien sin apenas historia familiar y sin ningún pariente cercano.

—Ahora formas parte de la familia Bodine-Longbow.

Conmovida, Jessica le dio un golpecito con el hombro.

—Y, como tal, estoy decidida a conseguir que este evento sea otro

momento inolvidable en la vida de Bertie Cumberland. Hablando de familias, ¿cómo os va?

—Seguimos con altibajos, pero no tan frecuentes. —Bodine metió el pulgar de una mano en el bolsillo delantero de los vaqueros y echó un buen vistazo alrededor—. De hecho, como aquí está todo bajo control, voy a irme a casa ya y trabajaré desde ahí el resto del día. He tenido que presionarlas un poco, pero he conseguido convencer a las abuelas para que salgan de casa, vayan a la peluquería, se tomen unas horas libres. Clementine estará en casa, y entre ella y yo podemos cuidar a Alice.

—Es mucho.

—Es muchísimo. Y es mi familia.

—Chase me cuenta alguna cosa, pero ya sabes cómo es.

—Sí. También sé que está feliz. Y aunque no dice gran cosa, lo hace. Ayer ensilló los caballos de mis padres y les insistió, de esa manera que él tiene de insistir, para que dieran un paseo juntos. Les gusta salir a cenar los dos solos, y no lo hacen desde que Alice volvió. Así es como Chase lo ha resuelto. —Bodine suspiró cuando echaron a andar—. Y la semana pasada, Chase y Callen se llevaron a Rory a jugar al póquer al barracón cuando él ya no podía con Alice.

—Chase me ha dicho que ha aceptado que Rory no es suyo.

Mientras asentía, Bodine miró a dos huéspedes que estaban jugando a la herradura. Tan normal, pensó, tan cotidiano...

—Parece que se ha tranquilizado al respecto, pero no hace ni una semana creía, o necesitaba creer, que era suyo. Se lo llevaron para que Rory pudiera evadirse unas horas.

—¿Con qué te evades tú?

—Con esto. —Bodine hizo un gesto que abarcaba el resort—. Y Callen sabe escuchar. Tú también.

—Siempre que quieras.

—Deberíamos ir otra vez a bailar. Los seis. —Parecía que hubiera pasado una eternidad desde la noche del Roundup—. Rory aún sale con Chelsea de vez en cuando.

—Cuenta conmigo, siempre que quieras. Excepto este fin de semana —matizó Jessica—. Este evento va a... —Miró su reloj—. ¡Oh, Dios mío! Tengo que ir a controlar el bufet de bienvenida y las recogidas en el aeropuerto.

—Las confirmaré de camino a casa. Cualquier problema, considéralo resuelto antes de que llegue.

—Gracias. Bo, si necesitas ayuda, un día para ir a la peluquería, salir de compras o simplemente desahogarte, soy la persona indicada. —Jessica se alejó correteando con sus sexis zapato de color rosa—. ¡Pero este fin de semana no! —gritó.

Al llegar a casa, cargada de papeleo, Bodine lo dejó a un lado. Necesitaba las dos manos y toda su voluntad para sacar a las abuelas de casa.

Cuando lo consiguió, y vio cómo su coche se alejaba hasta perderlo de vista, atravesó el comedor, donde Clementine estaba encerando la gran mesa.

—¿Estás segura de que no darán media vuelta?

Resoplando, Bodine se dejó caer en una silla.

—Bastante segura. Esperaré uno o dos minutos antes de subir y empezar a despachar el trabajo que me he traído. La yaya ha dicho que Alice estaba descansando, que la sesión de esta mañana parece haberle ido bien.

—Me consta que sí. Voy a decirte una cosa. Sacar a tus abuelas de casa durante toda la tarde es lo mejor para todos. Alice también necesita un poco de espacio, si quieres mi opinión.

Satisfecha por cómo había quedado la mesa, Clementine empezó a encerar el gran aparador.

—¿Se peleaban mucho de esa forma? —preguntó Bodine—. Me refiero a Alice y mamá cuando eran pequeñas, como la otra noche.

—Tenían sus peleas, y también sus arrebatos. Casi siempre era Alice la que empezaba, pero tu madre no se quedaba corta. Le gustaba ser la mayor, eso te lo aseguro. Era muy mandona.

Fascinada y divertida, Bodine apoyó la barbilla en el puño.

—¿En serio?

—Oh, era capaz hasta de decirle que ella mandaba por ser la mayor. Pero cuando Alice se salía con la suya, le recriminaba que era por ser la pequeña, igual que Alice se quejaba hasta desgañitarse de que tu madre se salía con la suya por ser la mayor. Os he oído decir lo mismo a ti y a tus hermanos durante años. —Clementine se quedó callada y la señaló con su largo dedo índice—. Tú no te cortabas si tenías que jugar tus cartas de hermana mediana o de única niña cuando te convenía.

—A veces daba resultado. —Bodine levantó los hombros, volvió a relajarlos—. Otras no. Pero ¿se llevaban bien, Clem? Querer es otra cosa. Yo quiero a Chase y a Rory, pero también me llevo bien con ellos. Puedo enfadarme, decirles de todo, pero nos llevamos bien.

—Creo que sí. Tan pronto podían ser uña y carne como estar a la greña. O riéndose juntas y contándose secretos cinco minutos después de haberse gritado y empujado. Cora tenía más paciencia que Job siguiéndoles el ritmo a dos niñas con tanto genio. —Clementine siguió encerando hasta dejar el comedor como una patena—. Una vez, cuando tu madre estaba embarazada de Chase, la encontré sentada arriba sola, llorando. Llorando y frotándose la barriguita que ya tenía. Dijo que quería que su hermana estuviera con ella,

que, sobre todo, quería estar con Alice. ¿Sabes que las dos eligieron los nombres de sus primeros hijos?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Cuando eran pequeñas, cada una dejó que la otra eligiera los nombres de su primer hijo, su primera hija. Charles por tu bisabuelo, y Maureen lo llamaría Chase. Y Maureen eligió Rory para Alice por su padre. Bodine para Maureen si tenía una niña. Cora para Alice. —Clementine volvió a colocar con cuidado los grandes candelabros de peltre en la bandeja—. Yo diría que se querían mucho, porque las dos lo cumplieron, aunque ninguna estaba presente para enterarse.

—Nadie me había contado eso.

—No sé quién lo sabía aparte de ellas y yo. Me lo dijeron para hacerlo oficial. —Clementine se dio la vuelta, sonriente—. Creo que tenían alrededor de doce y catorce años.

—Me alegro de que me lo hayas contado. Me ayuda a entenderlas. —Bodine se levantó—. Voy a llevarme el maletín arriba y a ponerme a trabajar. Antes pasaré a ver a Alice.

—Eres un cielo, Bodine, al menos la mitad del tiempo.

—Tendrás que conformarte con eso.

Cuando cogió sus cosas y empezó a subir la escalera, Bodine pensó en su madre a los catorce años haciendo un pacto con su hermana, un pacto que cumpliría con sus hijos. Y en Alice a los doce años, soñando con tener hijos como una preadolescente podía hacer. En Alice teniendo a esos hijos sola en el sótano de un loco. En esos hijos, que podrían haberla consolado, y que en cambio le fueron arrebatados.

Ahora estaba decidida a ser más paciente, más amable, solo por Alice. No únicamente porque le preocupaban las abuelas, su madre, sino por Alice, quien había tenido doce años una vez.

Entonces la vio, con el cabello entrecano y ralo, los ojos desorbitados y furibundos. Y las tijeras chasqueándole y brillándole en la mano.

—Alice. —Le costó pronunciar su nombre debido al nudo de pánico que tenía en la garganta—. ¿Pasa algo?

—Sí, pasa todo. Todo. No me gusta. No me gusta. No lo quiero.

—Vale. ¿Qué es lo que no te gusta? ¿Qué es lo que no quieres? Intentaré ayudarte. —Esperando que su tono pareciera distendido y natural, Bodine avanzó un paso, vacilante.

—¡Puedo decir que está mal! —Alice blandió las tijeras y Bodine se paró en seco—. Puedo decir que lo odio. Lo ha dicho la doctora. Lo ha dicho, lo ha dicho.

—Claro que puedes. Puedes decírmelo a mí, si quieres.

—Mamá y la abuela han salido. —Alice abrió y cerró las tijeras, varias veces. Clic, clic, clic—. Mamá y la abuela han salido para arreglarse el pelo.

—Pero volverán enseguida. Y yo estoy aquí. Clementine está abajo. Tal vez podrías enseñarme la bufanda que me estás haciendo.

—Está terminada. Está hecha. —Con los dientes apretados, Alice siguió blandiendo las tijeras—. Puedo hacer una para Chase. Todos los de Reenie. Todos suyos, suyos, todos suyos.

—Me encantaría verla. ¿Puedo probármela?

Sin apartar los ojos de Alice, Bodine avanzó otro paso. Solo unos cuantos pasos más y estaría lo bastante cerca para agarrarle de la muñeca. Era más fuerte que Alice, más rápida, podría quitarle las tijeras.

—¡Sí, sí, sí! Pero no lo quiero. —Alice se agarró el pelo con la otra mano y se dio fuertes tirones.

—Vale, vale. Puedes... —Entonces Bodine lo comprendió—. ¿El pelo? ¿Quieres arreglarte el pelo como tu madre, como la abuela?

—No lo quiero. —Con los ojos fuertemente cerrados, Alice se dio otro

tirón—. El señor decía que es pecado que una mujer se corte el pelo, pero la doctora ha dicho que yo puedo decirlo. Que puedo decir que no quiero o que sí. ¿Qué es lo correcto? ¡No lo sé!

—Puedes decirlo —convino Bodine, avanzando otro paso—. Estás en tu derecho. Puedes decirlo porque es tu pelo, Alice.

—¡Lo odio!

—Entonces te lo podemos cambiar para que no lo odies. Podemos llevarte a que te corten el pelo, Alice. Yo te llevaré.

—Fuera no. No, no, fuera no. —Mientras miraba las paredes, las puertas, la respiración se le aceleró—. No, fuera no. Puedo cortármelo yo. Quiero cortármelo. Él no me lo puede impedir si estoy aquí, en el hogar.

—Oh, que le den. —Alice puso los ojos como platos al oír las palabras de Bodine—. Que le den, Alice. Es tu pelo, ¿no? Nadie te lo va a impedir. Pero ¿y si te lo corto yo?

—Tú... —Alice bajó las tijeras, la miró de hito en hito—. ¿Sabes hacerlo? ¿Sabes?

—Bueno, tú serás la primera, pero puedo intentarlo, claro.

Puede que el corazón aún le palpitara, pero Bodine sonrió cuando Alice le ofreció las tijeras con docilidad.

—¿Qué te parece si montamos nuestra peluquería en el baño? Puedes sentarte en el taburete. ¿Sabes cómo de corto lo quieres?

—No me gusta. No lo quiero. Puedes cortármelo.

Bodine la condujo hasta el taburete.

—Estaba pensando que conozco a una chica que se dejó el pelo larguísimo, casi tanto como tú. Se lo dejó largo y después se lo cortó porque quería donarlo a unas personas que hacían pelucas para mujeres que se ponían enfermas y se quedaban calvas. Si quieres hacer eso, puedo informarme sobre cómo se hace.

—Lo mandas a una chica enferma. ¿Mandas el pelo?

—Sí. ¿Te gustaría hacerlo?

—Pero es feo. Viejo y feo. —Los ojos se le inundaron de lágrimas—. ¿Quién iba a quererlo?

Esperando calmarla, Bodine pasó una mano por la larguísima caballera de Alice.

—Seguro que lo arreglarían, lo pondrían bonito. Lo buscaré en el móvil mientras tú te lo peinas.

Bodine cogió un cepillo, vio que Alice se miraba en el espejo con el ceño fruncido.

Siguiendo las instrucciones, Bodine le trenzó los larguísimos cabellos.

—Apuesto a que hay al menos dos chicas enfermas que te lo agradecerán. Ahora voy a darte la vuelta un poco, para que te veas de lado. ¿Lo quieres así de corto?

Bodine colocó la mano a mitad de su espalda.

—Más.

Bodine fue subiendo poco a poco. Cuando tuvo la palma por encima de los hombros de Alice, ella asintió con aire resuelto.

—Vale, veamos. —Ató ambos extremos con una goma y suspiró—. Estoy nerviosa. ¿Estás segura?

—No lo quiero.

—Pues vale. Allá vamos.

Rezando para que Alice no montara en cólera o se deshiciera en lágrimas al ver el resultado, Bodine le cortó el pelo. Se quedó con la pesada trenza en la mano y contuvo la respiración.

Alice solo se miró en el espejo, con cara de mal genio.

—Puedo arreglártelo un poco, creo. Ir a buscar las tijeras más pequeñas de la yaya quizá, o...

Despacio, Alice alzó la mano y se pasó los dedos por el pelo.

—Continúa estando feo, pero no tanto. Está cortado, y él no me lo puede impedir. Tú me lo has cortado, y él no te lo puede impedir. Pero no sé quién es esa. —Señaló su reflejo en el espejo—. No lo sé.

Bodine dejó la trenza de pelo y le puso las manos en los hombros.

—Esa es mi tía Alice, la que me puso el nombre.

Alice la miró a los ojos en el espejo y sonrió un poco.

—Tú eres Bodine, porque nosotras nos lo prometimos.

—Así es. Tengo otra idea. Sabes que la abuela tiene tinte para el pelo en su habitación. ¿Y si te lo teñimos?

—¿De rojo como el de la abuela? Me encanta el pelo de la abuela.

—A mí también. Vamos a teñirte el pelo, Alice.

Su tía sonrió, con los labios y los ojos.

—Quiero eso. Quiero el pelo rojo como la abuela. Tú tienes un chaleco rojo. Es bonito.

—¿Te gusta? —Bodine se pasó una mano por el chaleco rojo de piel que había comprado persuadida por Jessica—. Te lo puedo prestar alguna vez si quieres.

—Reenie no soporta que me ponga su ropa.

—A mí no me importa tanto, y te lo estoy ofreciendo. Deja que vaya a buscar el tinte.

Como precaución, se llevó las tijeras.

Apenas trabajó, pero ya recuperaría el tiempo perdido. Como asesora de peluquería y maquillaje, Bodine calculaba que estaba entre el diez por ciento peor de las peores, pero hizo lo que pudo.

Eufórica por el éxito, convenció a Alice para que se pusiera unos vaqueros, por primera vez desde su regreso, una camisa bonita y su chaleco rojo. Hasta sacó unos pendientes.

Cuando Alice se colocó delante del espejo de cuerpo entero y se miró de arriba abajo, Bodine lo consideró uno de los mejores momentos de su vida.

—Me veo —dijo Alice con asombro—. He envejecido, pero me veo. Veo a Alice. Alice Ann Bodine.

—Estás guapísima, además.

—Yo era guapa. —Alice se llevó una mano a la mejilla—. Era muy guapa. Él me arrebató mi belleza. He recuperado parte. Me gusta mi pelo. Me gusta llevar el chaleco rojo, que me lo hayas prestado. Gracias.

—De nada. Vamos a presumir delante de Clementine.

Bodine le tendió la mano y, aunque Alice bajó la cabeza, se la cogió.

A mitad de la escalera, Bodine oyó la voz de su madre. Alice también, pues le agarró la mano con la fuerza de un cepo.

—Me llevaré el té arriba y me echaré un rato —dijo Maureen—. Quizá vuelva después de cenar, solo para ayudar a Jessie con el evento, pero...

Mientras aún se servía el té, Maureen se quedó petrificada cuando Bodine entró en la cocina con Alice. El agua caliente rebosó por el borde de la taza antes de que Clementine la cogiera y le quitara la tetera.

—Alice. —Con lágrimas en los ojos, Maureen se llevó las manos a la boca—. Alice. Alice.

Corrió hacia su hermana, y aunque Alice retrocedió y se puso rígida, ella siguió adelante hasta tenerla entre sus brazos.

—Oh, Alice.

—No lo quería. Bodine me lo ha cortado. Una chica enferma puede quedárselo.

—Oh, Alice. —Retrocediendo, Maureen le ahuecó el pelo rojo que Bodine había conseguido cortarle como una melena corta asimétrica—. Me encanta. Es adorable. Te quiero.

Maureen volvió a abrazar a Alice, alargó una mano para que Bodine se la

cogiera. Besó la mano de su hija cerrando los ojos. Y meció a su hermana de pie en la cocina.

Como el evento de Jessica incluía paseos a caballo y en poni, arros de ganado y clases de equitación, Callen trabajó unas cuantas horas de más. Tendría que volver al tajo al amanecer, pero por el momento podía disfrutar de un relajado paseo a caballo hasta casa.

Esperaba encontrar a Bodine al final del paseo, conseguir quizá que se sentara al aire libre con él, tomar una cerveza, ver la puesta de sol.

Y si podían combinárselo en los próximos días, quizá podría invitarla a una cena de lujo.

No alcanzaba a entender por qué le apetecía. Nunca le habían gustado las cenas de lujo. Pero quería probar con ella, ver cómo les iba.

Deseaba volver a tenerla en su cama, y no solo para dormir.

Sencillamente, la deseaba, y ya era hora de que lo reconociera.

La encontraba perfecta en todos los sentidos, entonces, ¿por qué darle menos importancia de la que tenía?

No había regresado por una mujer, pero había encontrado la que quería, la mujer con la que podía verse construyendo una vida.

Ella quizá no había llegado a ese punto todavía, pero no creía que él le llevara mucha ventaja. ¿Esperaba a que lo alcanzara, o le daba un empujón? Ese era su dilema.

Debía pensárselo.

—No hay nada mejor que esto. —Inclinándose hacia delante, acarició el cuello a Atardecer—. ¿Verdad, chico? Una noche fresca después de un día bastante caluroso. Flores silvestres que están brotando. Ciervos, ahí, ¿los ves? (Sí, los ves). Están mudando el pelaje de invierno. Los prados están

reverdeciendo. Llevaremos algunos de los caballos a esos pastos de ahí cuando amanezca. Aún hay nieve en los picos, pero eso solo vuelve el cielo más azul.

Detuvo su caballo para disfrutar del momento, vio cómo las colas blancas de los ciervos brincaban por el prado cercano. Cuando se planteó seriamente desmontar y coger flores silvestres para Bodine, se sintió ridículo

Tampoco había que pasarse.

Giró una suave curva montado en su caballo.

—Vamos a estirar esas patas.

Apenas había dado la señal cuando Atardecer salió disparado. Notó la punzada en la parte baja de la pantorrilla, oyó el chasquido de una bala. Atardecer relinchó de dolor, luego se tambaleó.

Callen actuó por instinto.

—¡Corre!

Notaba que a su caballo le costaba galopar, pero estaban en campo abierto, así que lo espoleó hasta que pudieron detenerse de nuevo donde el terreno ascendía, donde había una cabaña, donde los árboles les proporcionaban cierta protección.

Desmontó a toda prisa y soltó una palabrota al notar el dolor punzante de la pierna, incapaz de contenerse. Y aún menos pudo contenerse cuando vio la herida sangrante en el vientre de Atardecer.

—Tranquilo, tranquilo, tranquilo. —Se quitó el pañuelo del cuello y le presionó la herida con él—. No pasa nada, no pasa nada.

Oyó el ruido de un motor, el eco y el estruendo, y sacó rápidamente el móvil mientras escudriñaba los árboles, la cresta. Mientras, juraba vengarse de quien hubiera hecho daño a su caballo.

Bodine salió de casa esperando que Callen ya hubiera regresado. Imaginó lo contento que se pondría de que ella hubiera cortado el pelo a Alice, de que le hubiera dado un nuevo look. Le gustaría sentarse al fresco con él, ver la puesta de sol, hablarle de su jornada, oírle contar la suya.

Le gustaba la idea de saber que podía hacerlo, de saber que a lo mejor regresaban juntos después de que anocheciera y daban un buen uso a la cama de Callen.

Pensando en eso, sonriente, giró sobre sus talones cuando oyó que Chase daba un grito y salía de la casa como una bala.

Primero pensó en Alice, pero su padre también salió corriendo y Rory. Y todos, maldita sea.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha disparado a Callen, ha dado a su caballo. Está a menos de dos kilómetros de aquí en la carretera de Black Angus.

Chase siguió corriendo hacia el remolque de caballos. Rory entró a toda prisa en las caballerizas. Botiquín de primeros auxilios equinos, pensó Bodine, pisándole los talones. Cogió una brida y se la puso a Leo en cuestión de segundos.

—¿Qué haces? —preguntó Rory.

—Voy a ir. Puedo llegar antes con Leo, atajando.

—Quédate aquí. Quienquiera que lo haya hecho aún podría estar cerca.

—Pues quédate tú —replicó Bodine. Montó a pelo y se alejó con Leo al galope.

Había oído el disparo, pensó entonces. Había oído el eco al salir de casa, y no le había dado importancia. Ahora, la idea de que el disparo fuese dirigido a Callen, de que hubiera alcanzado a su magnífico caballo, la enfurecía.

Agachada, se internó con Leo entre los árboles para ahorrarse el tramo más

largo de carretera, lo espoleó por el camino estrecho y accidentado, solo frenándolo para bajar la cuesta.

Divisó a Callen y sintió una vertiginosa oleada de alivio cuando lo vio de pie, lo mismo que Atardecer. Y otra vertiginosa oleada de miedo cuando vio la sangre que empapaba el suelo.

Él alzó la vista, con una expresión llena de ira. Un gesto que no desapareció cuando se percató de su presencia.

—¿Qué puñetas estás haciendo?

—¿Es grave? —gritó ella, bajando la cuesta con cautela—. Los demás están en camino. ¿Es grave?

—No lo sé. Maldita sea, Bodine, ¿quién te manda...?

Se interrumpió. Ella había ido, y él no podía cambiarlo.

—Cógele la cabeza, ¿quieres? Háblale. Está herido, está agitado.

Y temblando, pensó Bodine cuando desmontó a toda prisa y se acercó a la cabeza de Atardecer para calmarlo.

—Tranquilo. Tranquilo. Vamos a llevarte a casa y todo se arreglará. ¿Su vientre?

—Creo que es un rasguño. Es largo, le ha hecho un maldito surco. Está sangrando mucho. —Callen había sacado su camisa de recambio de la alforja cuando el pañuelo se le había empapado—. ¿Ha llamado alguien a la veterinaria?

Bodine dijo que sí al suponer que alguien lo habría hecho, y también porque Callen necesitaba que lo tranquilizaran tanto como el caballo.

—No te preocupes. Se pondrá bien. Ya llegan.

Sujetó a Leo y a Atardecer mientras su padre maniobraba con la camioneta y el remolque. Rory saltó en marcha.

—La veterinaria está en camino y el sheriff también. ¿Puede andar? Tenemos la grúa.

—Andará. Subirá solo.

—Vamos a echarle un vistazo, hijo. —Sam se apoyó en el hombro de Callen con una mano, se agachó—. Creo que la bala no ha penetrado en su cuerpo ni lo ha atravesado. Parece un rasguño feo. Te pondrás bien.

Sam siguió la exploración y se concentró en la cabeza del animal, escrutándole los ojos.

—Te pondrás bien. Te llevaremos a casa. —Bajó la vista cuando Callen echó a andar cojeando—. ¿Te han dado? —preguntó con sorprendente tranquilidad.

—Quizá.

—¡Por el amor de Dios! Te han disparado. —Bodine agarró a Callen por el brazo, pero él la apartó.

—Voy a ocuparme de mi caballo.

Los dos subieron al remolque despacio, con gran esfuerzo.

—Déjalo ahora tranquilo. —Sam acarició el brazo a Bodine—. Está herido y rabioso. Tú déjalo tranquilo. Vayamos a casa y atendámoslos a los dos.

Pese a estar dolida y enfadada, Bodine no dijo nada, volvió a montar a Leo y regresó al rancho.

Lo dejaría tranquilo. Permaneció apartada mientras la veterinaria hacía su trabajo, mientras Callen seguía tranquilizando a su caballo herido. Le partió el alma ver cómo Atardecer apoyaba la cabeza en el hombro de Callen, ver cómo él cerraba los ojos cuando la veterinaria administró un analgésico al caballo.

Durante todo ese tiempo, Callen estuvo acariciándolo, susurrándole y observando todos los movimientos de la veterinaria.

—Debo decir que es un caballo con suerte. —La veterinaria se quitó los guantes ensangrentados y los tiró a una bolsa de plástico—. Aunque reconozco que recibir un disparo no es tener buena suerte. La bala solo le ha

rozado. La herida no es profunda. Ha perdido algo de sangre, y va a dolerle. Te daré pastillas contra la infección, y pasaré a verlo mañana por la mañana. Necesitará descansar y que lo mimen. Hay que mantener la herida limpia.

—Pero ¿se pondrá bien?

—Es un chicarrón fuerte y sano. Voy a escribirte lo que tienes que hacer, lo mantendremos vigilado. Nada de ejercicio vigoroso durante unos días. Nada de montarlo durante al menos una semana. Después, ya veremos. Se curará, Cal. Le quedará una cicatriz de guerra.

—No es algo que vaya a preocuparnos.

La veterinaria se colocó bien las gafitas cuadradas y miró a Callen con ellas.

—¿Dormirás hoy aquí?

—¿Tú qué crees?

—Creo que voy a escribir las cosas con las que debes estar atento, con cuáles puedes llamarme y despertarme en plena noche. De lo contrario, os veré a los dos mañana.

—Te lo agradezco. Atardecer, da las gracias a la doctora.

Puede que su reacción fuera un poco lenta, pero el caballo inclinó la cabeza.

Bodine dio un paso hacia delante.

—¿Le importaría echar un vistazo a Callen antes de irse, doctora Bickers?

Cuando señaló la pierna de Callen, Bickers alzó los ojos con exasperación.

—Por el amor de Dios. Deja de apoyarte en esa pierna, muchacho. Tú, Chase Longbow, ayuda a este idiota a entrar en la cocina para que pueda ver si tiene que ir al dichoso hospital.

—No pienso dejar solo a mi caballo.

—Pues traedle al idiota este algo para que se siente y yo pueda ver lo que le pasa.

Chase acercó un taburete a Callen, después lo sentó de un empujón.

—No digas una palabra —le advirtió—, o te clavaré una de esas agujas yo mismo.

—Preferiría una cerveza.

Bickers negó con la cabeza, se subió las gafas.

—No hasta que haya visto qué tenemos aquí.

Le quitó la bota, y el movimiento, el roce, lo dejó lívido.

Bodine apretó los puños. A unos cinco centímetros por encima del hueso del tobillo, Callen tenía la piel morada y roja alrededor de una hendidura sanguinolenta.

—Bueno. —Bickers sorbió por la nariz mientras se ponía unos guantes nuevos—. La bota se ha llevado la peor parte.

—Me gustaban esas botas.

Bodine se obligó a aflojar los puños, cabreada como pocas veces, se acercó a Callen y le cogió la mano.

—No seas infantil. Puedes permitirte comprarte otro par.

—Se ha llevado un pellizco de carne, pero no la suficiente como para que te haga rabiarse de dolor más de dos días. Si quieres algo para calmar ese infierno, vete a ver a un médico de personas. Puedo hacer una cura tópica, y tendrás tu propia cicatriz de guerra. Si quieres que te lo cosan, ve al médico de personas. Te lo puedo hacer yo, pero no veo motivo para ello. Por ahora aguanta. Voy a limpiarte la herida y a desinfectarla, lo que avivará las llamas de ese infierno.

—¿Quieres algo para morder?

Callen miró a Bodine con expresión contrariada.

—Sí —dijo, y le bajó la cabeza para pegar su boca a la de ella.

Cuando las llamas prendieron, perdió momentáneamente el aliento, pero ella le tomó la mandíbula con la mano y lo besó con más fuerza.

—Ya casi he terminado —le dijo Bickers—. Apoya la pierna lo menos posible. No te veo con una muleta, pero búscate unas zapatillas deportivas y llévalas un par de días antes de intentar ponerte botas con este tobillo. Es mucho menos grave que lo de tu precioso caballo. Una rajita, solamente.

—Ahora mismo parece que me hayas hurgado en el hueso con un atizador al rojo.

—Sí, se te calmará. Eres un muchacho fuerte y sano. —Bickers le dio una palmada en la rodilla—. Y casi tan guapo como tu caballo. Puedes tomar algún medicamento sin receta para el dolor. Si tienes por ahí escondido algo que sea más fuerte, dímelo antes.

—No lo tengo.

—Vale. Te lo anotaré todo, te lo dejaré y os veré a los dos por la mañana.

—Gracias.

Bickers asintió y tiró los guantes.

—Me gustaría saber qué clase de enfermo hijo de perra dispara a un caballo tan precioso. Supongo que probablemente quería darte a ti, pero le ha hecho más daño a él. —Cogió su bolso e hizo un gesto con la cabeza a Tate—. Su turno.

El sheriff se adelantó.

—¿Te ves con fuerzas para hablar conmigo, Cal?

—Sí, pero antes querría una cerveza.

Rory se la ofreció.

—Te he traído una. Debería volver y decir a los demás que Atardecer y tú estáis bien.

—Gracias.

Callen echó un trago largo y lento.

—Le diré lo que sé. He salido de trabajar un poco más tarde, volvía a casa tranquilamente. Hace una tarde bonita. Pensaba poner a Atardecer al galope

cuando pasáramos la primera curva de Black Angus. Él acababa de cambiar de paso. He notado que me daba, luego lo he oído, y después él se ha tambaleado. Debía evitar que se parara. Le dolía, pero estábamos en campo abierto, y yo no sabía si iban a volver a dispararnos. Así que lo he espoleado hasta ponernos a cubierto. He oído un quad arrancar y alejarse.

—¿Estás seguro de eso? ¿Una camioneta, una moto?

—Conozco la diferencia. Un quad. Probablemente en el camino de arriba. Ha tenido que esperar hasta que saliéramos de la curva para apuntar bien, así que debía de estar ahí, porque si no podría haber disparado cuando estábamos parados o yendo al paso. Imagino que el tiro se ha desviado porque nos hemos puesto a galopar. Se ha visto obligado a compensar, a cambiar de ángulo a toda prisa. Lo más probable es que no tenga muy buena puntería. — Callen echó otro largo trago a la cerveza—. Por lo que recuerdo, Garrett Clintok no es muy buen tirador. Me gustaría saber si tiene un quad.

—Eso déjalo en mis manos.

Callen pasó la cerveza a Bodine y se levantó. La furia le volvió los ojos del azul encendido de un nubarrón.

—¿Ve ese caballo? Lo quiero como a un hermano. ¿Un capullo se esconde entre los árboles, intenta tenderme una emboscada y dispara a mi caballo? Eso no lo dejo en manos de nadie.

—Si vas detrás de Garrett, me obligarás a arrestarte por agresión, y eso sería después de que él te diera una paliza, porque tú no puedes apoyarte bien en esa pierna. ¿Crees que, si ha sido él, yo lo dejaría pasar?

—No. ¿Cree que, si ha sido él, lo dejaré pasar yo?

Tate suspiró, restregándose la cara.

—Yo me ocupo de esto. No hagas ninguna tontería.

Como la pierna le latía como una muela cariada, Callen volvió a sentarse cuando Tate se marchó.

—Yo me ocuparé de Clintok por ti —dijo Chase.

Callen lo miró y negó con la cabeza.

—Sé que lo harías, pero de esto tengo que ocuparme yo. Tate tiene razón en que ahora mismo me daría una paliza. Así que esperaré un par días mientras me curo.

—Para entonces Tate ya lo habrá encerrado. Tiene un quad.

Callen asintió.

—Saldrá antes o después. Puedo esperar.

—Vale. Te traeré un saco de dormir.

—Trae dos —le dijo Bodine a su hermano antes de que se marchara.

Callen la miró cuando Chase se alejó.

—¿Vas a dormir aquí?

—¿Tú qué crees?

Callen volvió a levantarse, la arrimó a él.

—No me veo capaz de echarte un buen rapapolvo por cómo has venido con Leo.

—Bien. Me sabría fatal machacarte dadas las circunstancias. Lo que sí haré es ir a buscar el plato que espero que Clementine haya metido en el horno para que no se enfríe, y traerte otra cerveza. Y un par de analgésicos.

—Cuatro.

—Cuatro —convino ella.

—Bodine. —Callen apoyó la cabeza en su hombro, lo mismo que Atardecer había hecho con él—. Me he cagado de miedo.

—Lo sé. —Ella sabía que Callen no se refería a que le hubieran disparado, sino a haber estado tan cerca de perder a su caballo—. Voy a buscarte la cena.

Callen la dejó marchar y volvió cojeando junto a su caballo.

Le vino a la cabeza que había estado a punto de pararse a recoger flores

silvestres para Bodine. Ojalá lo hubiera hecho.

Bodine se despertó acurrucada contra Callen. Eso de por sí se había vuelto bastante habitual. Pero el hecho de que los dos tuvieran la cabeza apoyada en el pecho de Atardecer añadía un elemento completamente nuevo.

Habían dormido mejor de lo que ella esperaba, sobre todo porque habían dejado las luces encendidas por si surgía cualquier urgencia médica. En ese momento la caseta olía a heno, a caballo y a antiséptico.

Y el caballo roncaba.

Lo interpretó como una buena señal cuando se separó muy despacio y se incorporó. Miró la hora en el móvil: las cinco y cuarto de la mañana. No, no estaba nada mal, pero a sus compañeros de caseta podía venirles bien dormir un par de horas más.

Si no estuviera dentro del saco de dormir, le habría echado un vistazo a la pierna de Callen. En vez de eso, se movió con cuidado, bien agachada, para examinar la herida de Atardecer.

Fea, pensó, y le dolería cuando se despertara. Pero parecía limpia. Le puso la mano suavemente en el vientre. Cálido, no caliente.

Después de retroceder unos pasos, se incorporó y los miró a los dos. Incapaz de resistirse, volvió a sacar el móvil e hizo un par de fotos. Imprimiría una de ellas y la enmarcaría para Callen. Puñetas, puede que hasta pusiera una en la web.

Mientras pensaba en eso, y en el espectáculo de acrobacias de Callen,

volvió a agacharse buscando otro ángulo. Un buen complemento para la fotografía de Callen con el brazo levantado y Atardecer con las patas delanteras en alto.

—¿Ya es de día? —masculló Callen—. ¿En serio?

—Apenas. Vuelve a dormirte. Él está bien —dijo Bodine cuando Callen se incorporó—. He echado una ojeada a la herida. No está caliente, se ve limpia. Déjame mirar la tuya antes de que vaya a darme una ducha.

—Está bien.

—Pues vamos a verla.

Callen protestó, pero salió del saco.

Bodine comprobó que la hinchazón estaba en todo su esplendor, pero cuando retiró la venda, la herida parecía limpia, lo mismo que la de Atardecer. No había ningún enrojecimiento. Ningún calor preocupante.

—Se te ha hinchado un poco, pero no más de lo normal. Parece que los dos estáis mejorando. Y los dos tenéis el día libre para seguir haciéndolo.

—Me encuentro bien. Hoy estamos a tope de trabajo.

—Un trabajo del que nos ocuparemos los demás. Recibir un disparo equivale a un día de baja, para caballo y jinete. —Bodine le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo—. Soy tu jefa. Además, no vas a querer dejarlo solo. —Se acuclilló—. Estaba cabreadísima contigo.

—¿Porque me dispararan? —Callen se pasó los dedos por el pelo—. No parece muy justo.

—Por no decirme que te habían disparado. Y por apartarme cuando me di cuenta.

—Puedo pedirte perdón por eso último.

—No hace falta. Cuando se me pasó el cabreo, que sobre todo se debía al susto de muerte que me llevé, lo pensé. Yo habría hecho exactamente lo mismo. En eso somos iguales, supongo.

—Yo también me habría cabreado bastante contigo si la situación hubiera sido al revés.

—Pues todo arreglado. Intenta dormir un poco más. Te traeré café después de ducharme. Luego puedes ducharte tú y desayunar. Papá, Chase, Rory, mamá o cualquiera de los mozos se quedará con él mientras te aseas y te dan de comer.

—Lo sé.

Cuando Bodine iba a ponerse de pie, él se lo impidió besándola.

—Admiro a las mujeres capaces de dormir en una caseta con un caballo herido.

—No ha sido mi primera vez y es improbable que sea la última.

—Lo admiro.

Bodine le dio una palmadita en la rodilla, se levantó y se puso las botas.

—No te apoyes en esa pierna.

Mientras oía cómo sus pasos se alejaban, Callen acarició a Atardecer, pues sabía que el caballo se había despertado.

—Parece que he entrado en territorio desconocido. Ella me crea un anhelo con el que no sé qué hacer. —Bajó la vista y miró a Atardecer a los ojos—. Duele, ¿verdad? Bueno, levantémonos despacio, los dos, y a ver qué tal estamos de pie.

Segundos después de que Bodine cerrara su puerta, Alice abrió la suya. Anduvo sin hacer ruido y de golpe se vio cuando era adolescente, entrando en la casa a escondidas, o intentándolo, después de la hora tope.

Sabía lo del caballo herido. Todos se habían levantado de un salto, entre gritos y carreras. Al principio había tenido miedo, miedo de que el señor

hubiera ido a llevársela. De que le hiciera daño porque se había cortado el pelo y se lo había teñido de rojo como la abuela.

Pero no había sido el señor. Alguien había hecho daño a un caballo y ella quería verlo. Le gustaban los caballos. Recordaba que los montaba y cepillaba. Incluso recordaba que en una ocasión había ayudado a uno a nacer.

Quería ver al caballo herido, pero todos decían que no debía preocuparse. Que todo iba bien.

Pero ella quería ver al caballo herido, así que lo vería.

«Terca. Como una mula.»

Por alguna razón, oír esas palabras en su cabeza la hizo reír. Tuvo que taparse la boca con la mano para ahogar la risa mientras bajaba la escalera trasera con sigilo.

Y sabía, recordaba dónde estaban los peldaños que crujían. ¡Oh, cielos, se acordaba! Se le inundaron los ojos de lágrimas mientras evitaba pisarlos.

Aún no había salido de casa, ni una sola vez. Ni tan siquiera había entrado en el recibidor porque sabía que había una puerta por la que se accedía al exterior.

Le dolía el estómago, le dolía la pierna mala, le dolía la cabeza.

En vez de salir, debería prepararse un té. Un rico té, y ponerse a trabajar en su bufanda.

—No, no, no. No seas miedica. No seas miedica. No seas miedica.

No podía dejar de decir las palabras, una y otra vez, ni aun cuando volvió a taparse la boca. Seguían saliéndole a borbotones.

Cuando abrió la puerta, regresó directamente al momento en el que había abierto la puerta de la casa que el señor le había procurado. La cabeza empezó a darle vueltas, de manera que tuvo que agarrarse al marco con una mano. El aire le acarició la cara. Fresco, fragante.

Igual que había hecho semanas atrás, salió.

Estrellas, cuántas estrellas. ¡Montones de estrellas! Comenzó a dar vueltas debajo de ellas, con los brazos levantados. Recordó que bailaba; ¿lo había hecho bajo un mundo de estrellas?

Ahí estaba el gran establo, y ahí el barracón, las caballerizas, el gallinero. Oh, y ahí era donde mamá cultivaba su huerto. Ahí estaba el jardín de las hermanas.

Se acordaba, se acordaba.

Pero cuando los perros que Bodine había dejado sueltos corrieron a su encuentro, se quedó petrificada.

No la mordieron. No le gruñeron ni se abalanzaron sobre ella. Movieron el rabo, brincaron y se restregaron contra sus piernas. Les gustaba dormir a sus pies mientras ella tejía bufandas. Estar fuera no significaba que fueran a morderla.

—Sois perros buenos —susurró—. No malos. Os conozco. Tú eres Chester y tú eres Clyde. Entráis en la casa y dormís cuando yo hago mi bufanda. Vamos a ver al caballo.

Se dirigió a las caballerizas bajo un mundo de estrellas y los perros buenos correteando alegremente alrededor de ella.

Intentó abrir la puerta con sigilo, con el sigilo de un gato. ¡Conocía los olores! Nada atemorizante, nada malo.

Caballos, heno y estiércol, grasa para las sillas de montar y aceite de linaza. Forraje y manzanas.

Anduvo también con el sigilo de un gato, llevaba las zapatillas de casa y el pijama de franela que tanto le gustaba. Era muy suave.

Una voz la hizo detenerse, llevarse la mano al pecho cuando el corazón se le aceleró.

—Vas a tomarte la medicación, y sin quejarte. Tampoco va a servirte de

nada mirarme con esa cara de tristeza. Voy a tomarme la mía. ¿Me ves quejándome y dando lástima? Bien. Me tomaré primero la mía.

Alice avanzó un poco más, vio al hombre. El hombre que a veces iba a cenar con ellos los domingos, a desayunar. A veces.

Lo había visto besar a Bodine, y a esta no parecía haberle molestado nada en absoluto.

Pero si el hombre le daba un poco de miedo, el caballo... Ay, el caballo era hermosísimo. Y el hermoso caballo tenía su hermosa cabeza apoyada en el hombro del hombre.

—Sé que te duele.

La voz del hombre transmitía amabilidad, amor; transmitía lo opuesto de la crueldad.

—Tú no has hecho daño al caballo.

El hombre se dio la vuelta, acariciando aún el cuello del animal con una mano. Iba sin afeitarse y tenía los ojos cansados, el pelo alborotado.

—No, señorita. Yo nunca le haría daño.

—¿Quién se lo ha hecho?

—No estoy seguro. ¿Tiene frío, señorita Alice? ¿Quiere ponerse mi chaqueta?

Se la quitó y se acercó a ella. Alice había empezado a retroceder, a alejarse, pero vio que cojeaba un poco.

—Yo también cojeo. ¿Te ha encadenado alguien?

—No. Me han hecho un poco de daño cuando han herido a Atardecer. Este es Atardecer. Atardecer, esta es la señorita Alice Bodine.

Con gran regocijo de Alice, y para el ridículo orgullo de Callen, Atardecer dobló las patas delanteras e hizo una reverencia.

—¡Es precioso!

—Y él lo sabe. Puede acariciarlo. Le encanta que lo acaricie una mujer

guapa.

—Fui guapa. He envejecido. Bodine me ha cortado el pelo y me lo ha puesto otra vez bonito.

—¿Sí? —Más orgullo—. Le queda muy bien. Se parece un poco al de doña Fancy. —Callen siguió hablando cuando ella se acercó despacio y alzó una mano para acariciar a Atardecer en la mejilla—. ¿Sabe?, estoy bastante colado por doña Fancy.

Alice se rio, un poco alto, como si le faltara práctica.

—¡Es incluso más vieja que yo!

—Me da exactamente igual.

—Atardecer —murmuró Alice—. Te llamas Atardecer, puesta de sol. Me gusta ver la puesta de sol. Pone el cielo precioso. Como si fuera magia. Me gustan los caballos. Lo recuerdo. Las cosas se me mezclan en la cabeza, pero recuerdo que me gustan los caballos. Me gusta montarlos, galopar. Sería estrella de cine y tendría un rancho en Hollywood Hills. Iría de compras a Rodeo Drive.

—Vamos, póngasela. —Alice no se apartó cuando Callen la ayudó a ponerse su chaqueta—. Cuando Atardecer se recupere, a lo mejor le gustaría montarlo.

Alice se llevó la mano a los labios, con los ojos como platos por el asombro.

—¿Podría?

—Cuando se recupere. La doctora tiene la última palabra. Pero podría montarlo cuando ella nos dé carta blanca.

—A... a lo mejor no me acuerdo de cómo se hace.

—No pasa nada. Yo enseño a montar a la gente. Atardecer y yo. Se lo puede pensar.

—Me lo puedo pensar. Nadie me lo puede impedir. Me lo puedo pensar.

¿Dónde lo han herido?

—En el vientre. ¿Lo ve?

Alice contuvo un grito y, se acordara o no de montar, demostró a Callen que no se había olvidado de cómo moverse y actuar con los caballos.

Se agachó y acarició a Atardecer en el flanco con una mano para tranquilizarlo mientras examinaba la herida.

—Eso es cruel. Es cruel. Yo sé de crueldad. Una crueldad que te encadena, que te pega con los puños y te fustiga con cinturones. Esto es igualmente cruel. Le quedará cicatriz. Yo tengo cicatrices. Lo siento. —Alice canturreó al enderezarse, volvió junto a la cabeza de Atardecer, se la acarició—. Siento mucho que alguien te hiciera daño. Alguien cruel.

Cuando Atardecer apoyó la barbilla en su hombro, ella cerró los ojos un momento. Al abrirlos, miró a Callen de hito en hito.

—Tú no eres cruel. Yo sé lo que es ser cruel. Sé que se puede ser más cruel de lo que nadie podría imaginar. Pero no me acuerdo de ti.

—Yo no había nacido en aquella época.

—Yo me fui.

—Yo también; tenía más o menos la misma edad que usted cuando se marchó.

Alice ladeó la cabeza y lo miró un buen rato, sin dejar de acariciar a Atardecer.

—¿Dónde fuiste?

—¿Sabe?, es curioso. Fui a California, igual que usted. Acabé en Hollywood.

Ella volvió a ahogar un grito de sorpresa y la mirada se le iluminó.

—¿Eras actor de cine? Eres guapo.

—No, señorita, pero trabajé mucho en el cine. Trabajé con los caballos de las películas.

El suspiro de Alice evocó juventud, asombro.

—¿Fue maravilloso?

—Me gustó.

—Pero volviste.

—Echaba de menos este lugar. El rancho, la gente. Tengo una madre y una hermana, y me necesitaban aquí más de lo que yo quería pensar cuando me fui.

—Yo echaba de menos el rancho, a mi familia. Volvía a casa. A ti no te detuvo nadie cuando volvías.

—No. Siento muchísimo que alguien la detuviera a usted.

—Ahí me volví vieja —le dijo—. Vieja, débil y loca.

—Señorita Alice... Eso no es lo que veo cuando la miro. No es lo que oigo ahora que usted y yo estamos conversando.

—Conversando —repitió ella despacio—. Estamos conversando.

—Lo que veo, a la que oigo, es a una persona lastimada, pero sobre todo fuerte. Igual que Atardecer. Fuerte, inteligente y bueno, solo un poco lastimado.

—No te tengo miedo.

Callen esbozó una sonrisa.

—Yo tampoco se lo tengo a usted.

Ella se rio un poco, por lo que Callen se sintió complacido.

—Me siento más como Alice con el pelo corto y teñido de rojo igual que la abuela. Me siento más como Alice con Atardecer. Si, cuando se ponga mejor, puedo montarlo, pero si no me acuerdo de cómo se hace, ¿me ayudarás?

—Se lo prometo. Quizá podría devolverme el favor.

—No puedo hacer mucho todavía. Puedo tejerte una bufanda. Tienes los ojos grises y azules. Grises y azules todo a la vez. Mamá quizá tenga un hilo así, y podré hacerte una bufanda.

—Eso sería estupendo, pero ¿querría ayudarme un momento con Atardecer? Necesita tomarse la medicación y no quiere. Lo necesita para ponerse mejor y dejar de tener dolor. A lo mejor podría hablar con él por mí.

Callen captó la mirada que Atardecer le lanzó, una mirada que lo acusaba claramente de ser un liante. Él solo le sonrió. Si alguien sostenía que ese caballo no entendía todo lo que se decía, Callen lo tacharía de poco imaginativo, en el mejor de los casos, y de mentiroso, en el peor.

Una vez estuvo vestida, Bodine llevó a las caballerizas un termo de café solo.

Ya había cubierto los huecos dejados por Callen: había mandado un mensaje de texto a Easy, que tenía el día libre, para pedirle que lo supliera. Resuelto. Había mandado otro mensaje a Maddie para que se ocupara de una de las clases de Callen. Tendría que cancelar el número de Atardecer cuando llegara al centro, y estaba pensando en una actividad divertida para sustituirlo, pero todo lo demás lo había solucionado.

Los mozos del rancho estarían despertándose en el barracón, igual que su padre y sus hermanos en la casa. Clementine, imaginaba, llegaría de un momento a otro.

Otro día estaba a punto de comenzar.

Esperaba que el día de Garrett Clintok empezara entre rejas; lo mismo que Callen, ella también opinaba que había sido él el autor del disparo.

Casi se tropezó cuando vio a Alice andando hacia ella bajo la nacarada luz del alba.

—¿Alice? Alice, ¿qué haces fuera de casa? —Y con la chaqueta de Callen puesta, observó.

—He ido a ver al caballo. Está herido. Y el hombre... el hombre... No recuerdo su nombre.

—¿Callen?

—¡Callen! «Cal, soy Cal», ha dicho. También está herido. Le he ayudado a darle la medicación a Atardecer y hemos tenido una conversación. Me ayudará a montar a Atardecer cuando el caballo esté mejor. Alguien ha sido muy cruel. Cruel, cruel. Odio la crueldad. Uno puede acostumbrarse a ella. Yo me acostumbré, pero ahora la odio. Había estrellas. Ahora ya no están.

—Está saliendo el sol. —Bodine señaló hacia el este—. ¿Lo ves?

—Está saliendo el sol. Me gusta. Los hombres están saliendo.

Bodine intuyó el pánico en su tía y le puso una mano en el brazo.

—No son crueles.

—¿Cómo lo sabes? —susurró Alice—. El señor no parecía cruel cuando me subí a su camioneta. ¿Cómo lo sabes?

—Porque los conozco. A todos. Sé que todos te protegerían de la gente cruel. Te acuerdas de Hec, ¿verdad? Él nunca sería cruel.

—Creo... que sí.

—Tranquila. Muchas emociones y aún no ha salido el sol.

—Voy a hacerle una bufanda a Cal. Me gustan sus ojos. ¿Son azules, son grises? ¿Son azules, son grises? Es divertido. Voy a decir a la doctora Minnow que he salido. Se llevará una sorpresa.

—Cuando vuelva hoy de trabajar, a lo mejor puedes venir conmigo a visitar a Atardecer y a Callen. También puedes conocer a mi caballo. Se llama Leo.

—Me apetece. Si no vuelvo a sentir que estoy loca.

—Vale.

Bodine se encaminó a las caballerizas y decidió que le debía a Callen más que un día libre.

Se corrió la voz. Aunque ya se lo esperaba, Bodine confiaba en poder dar la mínima información en vez de ponerse a apagar fuegos por doquier en cuanto llegara al despacho.

Sal saltó literalmente sobre ella en cuanto pisó el vestíbulo.

—¿Es cierto? No ha llegado nadie más —se apresuró a decir—. Me he enterado por Tess en el Pueblo Zen. Zeke le mandó un mensaje anoche.

Zeke, un mozo del rancho, hermano de Tess, la masajista. Dios bendito.

—Es cierto. Callen y Atardecer recibieron un balazo de refilón. No sabemos si fue a propósito. El sheriff Tate lo está investigando.

Sal puso los brazos en jarras.

—Eh, Bo, soy yo, y sé cuándo respondes con evasivas.

—Me gustaría dejarlo ahí, oficialmente, y que los huéspedes no se enteraran. Así que, por favor, di esa versión si te preguntan.

—¿Qué está pasando, Bo? Matan a Billy Jean y a esa otra chica. ¿Y ahora esto? Oh, Dios mío, ¿está relacionado? ¿Es todo...?

—No. Yo no veo la relación. Y no son evasivas.

—Pero tu tía...

—Sal, sinceramente, no veo ninguna relación entre una cosa y otra.

—Aún no saben quién mató a Billy Jean. —Se le humedecieron los ojos con solo mencionarlo—. Ya nadie habla siquiera de eso, apenas.

—No la hemos olvidado. Tú lo sabes. Lo que pasó ayer fue otra cosa. Solo un acto cruel y estúpido.

—Sabes quién ha sido.

—Creo que sí, y no tiene nada que ver con eso.

—Ni siquiera te he preguntado si Cal está bien. —Sal se frotó los ojos—. Y el caballo. Todo el mundo lo adora.

—Se están recuperando los dos.

—Bien. Vale. ¿Qué te parece si hago una colecta para comprarles regalitos

a los dos?

—Me parece una idea genial.

Apenas se había sentado a su escritorio para intentar pensar en una actividad alternativa al número de Atardecer, cuando Chelsea y Jessica entraron juntas.

—Juro que los hombres hablan más que las mujeres. Rory te lo ha dicho, Chase te lo ha dicho.

Jessica tuvo la suficiente entereza para cerrar la puerta.

—¡Les han disparado!

—Sí, pero es la clásica herida superficial. No voy a quitarle importancia — se apresuró a añadir Bodine—. Nos dio a todos un susto de muerte, unos centímetros más y habría sido peor. Pero los dos van a ponerse bien. No estoy segura de que pueda impedirle a Callen que trabaje mañana como he hecho hoy.

—Rory me ha dicho que ha sido Garrett Clintok.

Bodine miró a Chelsea con las cejas enarcadas por la sorpresa.

—Rory tendría que pensárselo antes de acusar a nadie.

—Entonces, Chase también —intervino Jessica—. Nunca lo había visto así. Tan enfadado, tan frío y duro. Y tenía mucho que contar sobre cómo Clintok está persiguiendo a Cal últimamente, lo mismo que cuando eran críos.

—Impidamos que esa opinión, que yo secundo completamente, corra por todo el resort.

—¿De verdad está bien Atardecer? O sea, Cal también —matizó Chelsea—. Es solo que...

—Lo sé. Y lo está. Lo han herido, pero está curándose. Va a pasar un tiempo antes de que pueda volver a trabajar aquí. Lo cual plantea otro

problema. Necesito pensar en algo para sustituir su número. Sé que está programado para este fin de semana.

—Mierda. —Jessica se llevó un dedo a la sien—. Se me había ido por completo de la cabeza. Podemos decir simplemente que el caballo está indispuesto. Ya se me ocurrirá algo. Déjame pensar en alguna alternativa.

—De hecho, he estado pensando.

Jessica rodeó a Chelsea por la cintura.

—¿No te dije que esta chica siempre está pensando? Te escuchamos.

—Bueno, Carol hace carreras de barriles. Easy y Ben han participado en rodeos. Sé que es muy justo para hoy, pero estoy segura de que pueden organizar algo.

—Buena idea. Chase maneja bien el lazo.

—¿Ah, sí?

Bodine sonrió a Jessica.

—Me sorprende que no te haya echado el lazo todavía. Se buscará excusas, pero pediré a mamá que le insista. Si los demás acceden, y contamos con Thad del rancho, que también hace rodeos, podemos montar un espectáculo de una hora para llenar el hueco y tener contenta a tu familia en su reunión.

—Iré al CAB para explicar el plan.

—Tienes una reunión dentro de cinco minutos —le recordó Chelsea a Jessica—. Y querías hablar con la cocina sobre la comida de hoy. Ya voy yo. Puedo tener el programa redactado en una hora más o menos.

—Nunca me abandones —le dijo Jessica.

La fe de Jessica en ella siempre era un estímulo para Chelsea. Le encantaba el trabajo, la gente, el resort. Le fascinaba que una persona a quien ella admiraba le diera oportunidades para crear, incluso para tomar las riendas.

Pensando aún en cómo plantear el programa alternativo, fue al CAB en coche. De no haber ido tan justa de tiempo, le habría encantado hacer el camino a pie. A su juicio, no había nada mejor que la primavera en Montana.

A mitad de trayecto, uno de los empleados de mantenimiento le hizo señas desde su camioneta. Se asomó por la ventanilla.

—¡He oído que han disparado al caballo de Cal Skinner cuando él lo montaba!

Chelsea repitió la versión que Bodine le había dado en su despacho.

—Están bien. Alguien estaba disparando y les ha dado a los dos de refilón, pero están bien.

—He oído que han tenido que sacrificar al caballo.

—Oh, no. La veterinaria ya lo ha curado. Solo necesita descansar un par de días.

El hombre —¿cómo se llamaba?, ¡Vance!— la miró con incredulidad.

—¿Estás segura de eso, muchacha?

—He hablado con Rory y hace un momento con Bodine. Hasta hemos convenido en hacer un bote para comprarle un regalito a Atardecer.

—¿Quién recoge el dinero? ¿Sal?

—Exacto.

—Colaboraré. Es un caballo increíble. La gente no debería ir pegando tiros a menos que sepa a qué puñetas apunta. Una panda de dentistas pardillos de algún estado del Este. Seguro que pasó eso. Que tengas un buen día, muchacha.

—Igualmente.

Chelsea siguió su camino deseando que hubiera sido un pardillo. Pero Rory, enfadadísimo, estaba convencido con respecto a Clintok. Y con que lo había hecho a propósito. Por inquietante que fuera, le parecía imposible que Rory se equivocara tanto.

Después de aparcar, vio a Easy, que estaba llevando dos caballos al primer potrero.

—Hola, Easy.

—Hola, Chelsea.

—¿Está Ben?

—Acaba de entrar a buscar un par de Coca-Colas.

—¿Y Carol?

—Tenía un paseo a caballo a primera hora. Volverá dentro de... —Easy alzó la vista, entornó los ojos y estimó el ángulo del sol— una media hora, quizá. ¿Puedo hacer algo por ti?

—De hecho, sí. Tú, Ben y Carol. Necesitamos sustituir el espectáculo de Atardecer y Cal esta tarde.

—¿Cal está enfermo? La jefa me ha mandado un mensaje preguntándome si podía venir hoy. Solo he pensado que estábamos más ocupados que de costumbre.

—¿No te has enterado?

Easy ató los caballos, se volvió.

—¿Enterarme de qué?

—Bueno, vas a enterarte de todos modos, y como están inflando lo que pasó, más vale que sepas la verdad. Ayer había alguien en el bosque que queda encima de la carretera de Black Angus y disparó una bala. Dio a Cal y a Atardecer.

—¿Qué? —Easy la agarró por el brazo—. ¿Les disparó?

—Espera. Debería haber añadido «de refilón». Les dio de refilón, y los dos van a ponerse bien.

—Santo Dios. ¿Es grave? Cal es un jefe estupendo, y ese caballo es algo especial.

—Rozó a Cal en la pierna y a Atardecer en el vientre.

Easy endureció las facciones.

—Ha sido ese condenado ayudante.

Le había soltado el brazo, y Chelsea se lo cogió a él.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba aquí mismo la primera vez que vino a por Cal. Y se ensañó bien con él. Y ayer lo vi paseándose en un quad cuando traía a un grupo de un paseo a caballo. No llevaba el uniforme, pero supe que era él. No me parecía que tuviera nada que hacer en las tierras del resort, pero tenía a los huéspedes en fila y no pude seguirlo.

—¿Lo viste —repitió Chelsea—, en el resort, en un quad?

—Sí. Hacia las cuatro, diría yo. Más o menos a esa hora.

—Puede que tengas que decírselo al sheriff.

—Claro que se lo diré, si es importante.

—Y tal vez a nadie más de momento... Bodine quiere impedir..., bueno, que el ambiente se caldee.

—Yo ya estoy bastante caldeado. A eso lo llamo yo tender una emboscada. Disparar a un caballo... —masculló Easy, acariciando a la yegua baya—. ¿Qué hijo de puta hace una cosa así?

—Un hombre sin corazón, creo yo.

Easy la miró.

—Yo también lo creo.

—Tengo que volver, pero nos vendría muy bien que nos ayudaras esta tarde.

—Cuenta conmigo. Estoy tan enfadado que muerdo.

—El programa... —comenzó a decir ella, y le explicó lo que habían pensado.

—Será divertido. Lo montaremos, claro que sí. Hablaré con Ben y Carol. No conozco tanto a Chase, ni al otro.

—De eso nos ocupamos nosotras. Podrías decidir qué vais a hacer, en qué orden, ese tipo de cosas. Y si vais a necesitar algo. Si pudierais tenerlo todo pensado antes de mediodía, creo que lo conseguiríamos.

—Pues entonces eso haremos. Me alegra mucho poder participar.

—Genial. Tengo que volver para ponerme a organizarlo todo.

Chelsea se dio la vuelta cuando vio a Ben correr hacia ellos, gritando:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Alguien ha disparado a Cal y a Atardecer!

Easy se echó el sombrero hacia atrás.

—Anda, vete. Yo se lo diré.

—Lo de Clintok no, ¿vale? Aún no.

Easy le guiñó el ojo y se llevó un dedo a los labios. Admiró su figura mientras se alejaba y después se volvió hacia Ben, que estaba sin aliento.

—Espera, Ben. Lo sé todo.

Easy no dejaba de pensar en todo lo que había que hacer. Nunca había tenido tantas responsabilidades a la vez y, junto con Ben, estaba, por decirlo así, casi al mando de todo.

Tenía que subir los caballos al remolque para la siguiente clase en el centro, luego escoger a otros más para el paseo y decidir cómo montar un buen espectáculo.

Le gustaba la parte del espectáculo, lo divertido que sería volver a tener público, como en su época de rodeos.

Y tenía que pensar en Cal. Apreciaba muchísimo a Cal, un hombre que sabía de caballos y de hombres, y de cómo conseguir que las cosas fueran como la seda. Alguien había disparado a su jefe, y eso ya era malo. Pero aquel individuo también había disparado a un caballo magnífico, y eso era inadmisibile.

La probabilidad de que él hubiera visto a aquel individuo, de que lo conociera, lo henchía de orgullo. Y también lo ponía muy nervioso.

Esa preciosidad de Chelsea le había dicho que tenía que explicárselo al sheriff, y Ben opinaba igual. Así que suponía que habría de hacerlo. Solo que no sabía cómo, especialmente con tanto trabajo y con el espectáculo.

Estaba claro que el puesto de jefe le quedaba grande.

No supo si sentirse aliviado o preocupado cuando Chase Longbow cabalgó hacia ellos, llevando un segundo caballo de las riendas. Ben tomó la

iniciativa y corrió a su encuentro antes de que Chase hubiera desmontado siquiera.

—¿Has visto a Cal? ¿De verdad que está bien? ¿Cómo está Atardecer?

—Los dos están bien. La doctora Bickers les estaba echando otro vistazo cuando me he ido. Me han dicho que aquí estáis a tope y que mi hermana nos ha fichado para no sé qué espectáculo de después. De momento, puedo echaros una mano, y Thad y Zeke vendrán luego.

—¿Va a hacer algunos trucos con el lazo?

Chase dio unas palmaditas a la cuerda que llevaba enrollada sobre la alforja.

—Eso parece. ¿Cuándo sale el próximo paseo a caballo?

—Carol está con un grupo —respondió Easy—. Volverá de un momento a otro. Yo guiaré el siguiente. A las diez. Ah, Maddie dará una clase en el centro, así que tenemos que llevarle dos caballos.

—Bueno, pongámonos en marcha.

—Un momento. Un momento. Díselo, Easy —insistió Ben—. Tienes que explicar a Chase lo de Clintok.

La mirada de Chase pasó de ser amable a dura, tanto como el granizo, y Easy tragó saliva.

—¿Qué pasa con Clintok?

—Esto...

—Easy lo vio, Chase, lo vio ayer en su quad.

Chase se llevó los caballos para atarlos a un poste, se dio la vuelta.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Fue...

—Deja que me lo diga él.

Apretando los labios, Ben dio un codazo a Easy.

—Bueno, verá, yo estaba de paseo con un grupo y lo vi, a ese ayudante, en

la carretera de Bear Paw. Estaba llevando al grupo por el camino del Alce cuando él pasó por debajo.

—¿A qué hora?

—Tuvo que ser sobre las cuatro.

—¿Estás seguro de que era él? ¿De que era Clintok?

—Sí, lo estoy. Llevaba puestas las gafas de motorista, pero iba sin casco.

Vino una vez aquí y se ensañó con Cal, así que enseguida lo reconocí.

—¿Qué hay del grupo con el que estabas? ¿Lo vio alguien más?

—Bueno, sí, tuvieron que verlo. —Easy se quedó callado, se rascó la nuca, se colocó bien el sombrero—. La señora que iba justo detrás de mí incluso dijo algo sobre ir en quad sin casco —prosiguió—. Preguntó si no eran obligatorios, ya que sus hijos iban a visitar el pueblo fantasma en quad mañana. Bueno, hoy, ya que hablamos de ayer.

—¿Recuerdas cómo se llama?

—No, ahora no caigo. Pero todos estaban con ese grupo tan grande. El de la familia que nos hace ir a todos con la lengua fuera.

—Vale. Espera un momento.

—Ahí vienen Carol y su grupo —dijo Ben.

—Ve a echarle una mano, Ben. Tú espera aquí, Easy.

Chase sacó el móvil.

—Bodine, necesito que compruebes qué grupo se llevó Easy de paseo ayer hacia las cuatro. Míralo y dime si siguen aquí. ¿A ti parece que me importa lo liada que estás?

Easy cambió el peso a la otra pierna, se aclaró la garganta, miró a Ben y a Carol casi con envidia.

—Vale —dijo Chase al cabo de un momento—. Vamos a tener que modificar el horario de Easy un poco. Cállate un momento, maldita sea —le espetó—. Vio a Clintok en un quad ayer por la tarde, yendo por la Bear Paw.

Eso es lo que he dicho. Tú localiza al grupo de huéspedes, averigua dónde pueden estar. Yo me ocupo de esto. Dios santo, Bo, claro que llamaremos a Tate. Te avisaré.

—Aquí tenemos mucho que hacer —comenzó a decir Easy cuando Chase separó el móvil de la oreja.

—Así es. Y ahora vas a llamar al sheriff Tate. Si no puede venir a hablar contigo, irás tú. Te supliremos.

—Santo cielo —dijo Easy en voz baja—. ¿Lo llamo al número de urgencias?

—No hace falta. —Chase buscó en su agenda el número de contacto que Tate le había dado después del asesinato de Billy Jean—. Usa mi móvil.

—No sé qué decir ni cómo decirlo correctamente. No he hecho esto nunca.

—Dile quién eres y explícale lo que me has contado.

—Vale. —Easy suspiró y pulsó sobre el contacto.

—Eeh..., ¿sheriff Tate? Soy Easy, quiero decir, Esau LaFoy. Trabajo con los caballos en el Resort Bodine. Chase... esto... el señor Longbow me ha dicho que tenía que llamarle para explicarle lo que acabo de explicarle a él.

Antes de que hubiera terminado, Bodine llegó en uno de los pequeños coches del resort. Easy tenía las palmas húmedas cuando devolvió el móvil a Chase.

—¿Estás seguro? —preguntó Bodine sin más preámbulos.

—Sí, señorita, lo estoy. El sheriff viene para hablar conmigo, dice que no debería moverme de aquí hasta que llegue, pero tengo un paseo a caballo y...

—Te sustituiremos. ¿El grupo que llevabas también lo vio?

—No me cabe duda. Los mandé parar un minuto, bueno, ni medio minuto, supongo, cuando él pasó por debajo.

Bodine asintió y miró a su hermano. Sus ojos no eran como bolas de granizo, observó Easy. Ahora eran bolas de fuego.

—Todos se quedan el fin de semana. Dos están yendo a Garnet en quad, uno ha ido al arreo de ganado y dos tienen una reserva en el Pueblo Zen. Si Tate necesita corroborar la versión de Easy, puede hablar con ellos. — Consultó la hora, tomó aire—. Muy bien. Easy, tú ocúpate de los caballos que acaban de volver del paseo. Carol puede trasladar las monturas al centro para la clase de equitación. Ben puede encargarse de tu siguiente paseo.

—Tenemos otro que sale casi en cuanto llega ese.

—Yo me ocupo —dijo Chase sin mucho entusiasmo—. Si no has terminado de hablar con Tate, yo guiaré al grupo.

—Quieren que el espectáculo sea hacia las tres, así que...

Bodine se pasó la mano por el pelo, se dio cuenta de que había olvidado ponerse el sombrero.

—Vamos a hacer lo siguiente.

Lo explicó con rapidez, sin olvidarse de nada, de una manera que dejó a Easy sin aliento y admirado. Por más que lo intentara, no entendía cómo alguien podía pensar tan deprisa.

—Y los paseos en poni —continuó Bodine, repasando la lista—. Igual pido a las abuelas que vengan si necesitamos más manos. Puedo quitarme trabajo de encima, si hace falta, y guiar uno de los paseos de la tarde. Tú haz lo que el sheriff te diga que hagas.

Easy se rascó el cuello por un lado.

—Sí, señorita.

—Te lo agradecemos, Easy. —Bodine le dio una palmada en el brazo—. Esto es importante.

Bodine no sabía si llamar o no a Callen, lo pensó mientras ayudaba a ensillar el siguiente grupo de caballos. Decidió que, si ella se hubiera quedado cojeando y cuidando de su querido caballo y él no se lo decía de inmediato, lo despellejaría.

Antes de que lo hiciera, llegó Tate en coche. Volvió sobre sus pasos cuando el sheriff fue al encuentro de Easy.

—Bodine, Easy.

—Ha llegado enseguida —comentó Bodine.

—Estaba en la carretera de Black Angus con Curtis. ¿Conoces a Curtis Bowie?

—Claro.

—Está ahí ahora, sacando fotos. Bueno, Easy, empecemos ya. ¿Qué tal si me cuentas cómo era el quad que viste?

—Claro, no hay problema. Desde luego, no era uno de los nuestros. Era más pequeño, como los deportivos. Pintado de camuflaje. No me fijé en mucho más.

Tate asintió. Aunque las gafas oscuras que llevaba le tapaban los ojos, Bodine percibió resignación en sus gestos.

—Bodine, ¿tienes algún sitio por aquí cerca donde Easy y yo podamos hablar en privado?

—Os llevaré al despacho de la parte de atrás del CAB.

—Nos servirá. —Mientras andaban, el sheriff la miró—. Los del grupo que Easy guiaba, ¿están todos aquí?

—Sí. Dos están en el Pueblo Zen, y deberían quedar libres dentro de una media hora. Los otros no volverán hasta la tarde, pero puedo darle sus ubicaciones si es necesario.

—Te aviso. ¿Qué tal si por lo pronto me mandas un mensaje de texto con sus nombres y apellidos?

—Ahora mismo lo hago.

Bodine entró la primera, esquivó al recepcionista, los empleados y los huéspedes, y pasó al despachito.

—¿Puedo traerles algo?

Mientras Tate negaba con la cabeza, Bodine escrutó a Easy. Parecía un colegial en el despacho del director.

—¿Quieres una Coca-Cola, Easy?

—No me vendría nada mal. Me noto la garganta bastante seca ahora mismo.

—Voy a buscar un par de Coca-Colas y luego los dejaré solos.

Lanzó a Matt una mirada de «No preguntes». Compró los dos refrescos en la máquina expendedora, se los llevó al despacho y cerró la puerta al salir, procurando que nadie la acribillara a preguntas.

No debería tomarse ese tiempo, se dijo. ¡No lo tenía! Pero subió al coche del resort y condujo hasta el rancho por el camino más corto.

Fue derecha a las caballerizas, agradecida de que todo el mundo estuviera demasiado ocupado para estorbarla.

Atardecer estaba solo en su caseta y no parecía contento. Se animó cuando la vio, sacando la cabeza cuanto pudo.

—¿Dónde está tu dueño, eh? ¿Está tan aburrido como tú? —Oyó ruidos, chirridos, tintineos, y miró alrededor—. ¿Está ahí detrás? Iré a echar un vistazo.

Cuando entró en el cuarto de los arreos, vio a Callen juntando bridas, cinchas, cabezadas. Parecía tan aburrido como su caballo.

—¿No se supone que no debes cargar peso en esa pierna?

—Está curándose, y enseguida dejaré de hacerlo. Puedo trabajar con los arreos, pero si lo hago aquí detrás, Atardecer se enfurruñará.

—Ya está enfurruñado.

—¿Lo ves?

—De acuerdo, te echaré una mano. Te pondremos a trabajar aquí. Deberías dejarle la puerta abierta si vas a estar con él. Así se sentirá menos encerrado.

—Buena idea. ¿Qué haces aquí?

—Pasaremos a eso en un momento. —Juntos, llevaron una mesita, un taburete alto, un cubo de agua, trapos, esponjas, cepillos, aceites.

—¿Qué ha dicho Bickers?

—Está curándose bien. No quiere que lo ensillen ni lo monten durante al menos otra semana, y no hasta que ella lo autorice. Pero puedo sacarlo para que ande un rato. Ya lo he hecho. Me ha dejado una lista de lo que puedo hacer y lo que no; volverá mañana.

—¿Y qué hay del semental de dos piernas?

Al menos eso le arrancó una fugaz sonrisa.

—Casi igual que Atardecer. Puedo volver a trabajar el lunes, quizá unas horas mañana, si no hago tonterías. Espera no tener que arrepentirse de haberme dado permiso y de haber convenido en que no necesito un médico de personas. Dime, ¿has vuelto solo para ver si estábamos haciendo tonterías?

—No. Anda, siéntate. Has cojeado más esta última vez. Tate está en el CAB hablando con Easy.

—¿Easy? ¿De qué?

—De que ayer vio a Clintok en su quad, más o menos una hora antes de que os dispararan a Atardecer y a ti. Yendo por la carretera Bear Paw.

—¿En serio? —Cal lo dijo despacio, con frialdad. Pero los ojos grises le relampaguearon—. ¿Cómo supo Easy que era Clintok?

Mantiene la calma, pensó Bodine. Por el momento.

—Lo reconoció: llevaba las gafas de motorista, pero iba sin casco. Y el sheriff le ha pedido que describa el quad. No sé cómo es el quad de Clintok, pero apuesto a que el sheriff sí. Más pequeño que los que utilizamos nosotros y pintado de camuflaje. Easy estaba guiando un paseo a caballo. Los huéspedes también lo vieron, y Tate, supongo, hablará con ellos, lo corroborará.

—Parece que le debo a Easy más que una cerveza —dijo Callen, y empezó

a desmotar una brida para limpiarla.

—Curtis, el ayudante Curtis Bowie (a lo mejor te acuerdas de él), está sacando fotos en el lugar de los hechos. No puedo asegurarlo, pero creo que conozco a Tate lo suficiente para suponer que ya ha hablado con Clintok y que él lo ha negado. Pero ahora hay testigos que vieron a Clintok en el resort y en una zona que lleva hasta un buen sitio para disparar a un hombre a caballo que va por Black Angus.

Asintiendo, como si solo estuvieran hablando de una cita para cenar, Callen colgó la brida de un gancho y comenzó a pasarle un trapo húmedo limpio.

—Puede que sea suficiente.

—Apuesto a que es suficiente para que Tate lo despida y espero que lo sea para detenerlo. Te conozco demasiado bien para saber que, si no está entre rejas, te encargarás tú de él.

Callen no dijo nada, se limitó a seguir limpiando la brida.

—Voy a pedirte una cosa. Solo una.

—Puedo intentar complacerte.

—Cuando vayas a por él, avísame. Tendrás una cerveza fría esperándote.

Callen dejó el trapo, alzó la vista.

—Siento algo muy fuerte por ti, Bodine. La mitad de las veces me dejas hasta noqueado.

—Puede que eso sea porque te han disparado en la pierna.

—No. —Después de humedecer la grasa y empapar una esponja, Callen frotó la brida hasta que salió un poco de espuma—. ¿Te apetece que vayamos a cenar a un buen restaurante?

Bodine quiso echarse el sombrero hacia atrás, y entonces recordó que no lo llevaba.

—¿Pasas de dar una paliza a Clintok a cenar en un buen restaurante?

—Las cenas de lujo no me van mucho, pero tengo ganas de ver cómo me lo paso contigo. —Al igual que había hecho con el trapo, Callen engrasó el cuero con paciencia, a fondo—. Ir de punta en blanco, pedir quizá un vino francés pijo. —La miró a los ojos—. ¿Te apetece?

—A mí tampoco me van mucho las cenas de lujo, pero no me importaría probar contigo. Cuando te hayas curado del todo.

—Trato hecho. Si voy a por Clintok..., vale, cuando vaya..., te avisaré.

Satisfecha con todo lo dicho, Bodine le apretó el hombro y acarició a Atardecer con delicadeza.

—Tengo que volver. ¿Quieres que pida que te traigan algo frío de beber?

—Me han invitado a comer a la casa grande. Estaremos bien hasta entonces.

Cuando ella se marchó, Callen siguió limpiando arreos de forma metódica, mientras Atardecer lo observaba.

—Quizá lo metan entre rejas. Quizá lo tengan encerrado el tiempo suficiente para que saldemos cuentas. Si no, bueno, las saldaré yo. —Alzó la mano y acarició a Atardecer en la mejilla—. Lo prometo.

Tate obtuvo sus declaraciones, sus fotografías, y aunque le pesaba mucho, se resignó a cumplir con su deber.

Fue en coche hasta la casa de Clintok, la apartada cabaña situada en el rancho de su familia. Su camioneta y su quad estaban bajo el tejadillo adosado a la cabaña, como la noche anterior en la que Tate había pasado a visitarlo.

Y, como la noche anterior, Clintok salió de la cabaña al estrecho porche delantero.

Llevaba un pantalón de chándal y una sudadera con las mangas cortadas a

la altura de los codos; la piel le brillaba de sudor. Tate concluyó que había estado levantando pesas, uno de sus pasatiempos favoritos.

—Garrett.

—Sheriff. Curtis —añadió cuando el ayudante bajó del lado del acompañante—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Bueno, Garrett, la cosa funciona así. Tienes derecho a permanecer en silencio...

—¿Qué mierda es esta?

Tate se limitó a seguir leyéndole sus derechos.

—Todos sabemos que conoces tus derechos, pero ¿me haces el favor de corroborarlo?

—Que te jodan.

Cuando Clintok se dio la vuelta y abrió la puerta de la cabaña con brusquedad, Curtis se acercó a él.

—Vamos, Garrett, no lo pongas más difícil de lo que ya es.

Clintok lo puso más difícil cuando le propinó un puñetazo en la mandíbula. Maldiciendo, Tate corrió hacia ellos para ayudar a Curtis a inmovilizarlo contra el suelo.

—Estás detenido —le espetó—. Espósallo, Curtis, maldita sea. Resistencia a la autoridad, golpear a un agente de policía.

—Yo soy agente de policía.

—Ya no. Estás detenido por disparar un arma de fuego en una propiedad privada y por intento de asesinato.

—Estás fatal de la puta cabeza.

—Tengo testigos, por el amor de Dios. —Juntos, levantaron a Clintok del suelo—. Añado a la lista mentir a un agente de policía. Ayer cuando pasé, me dijiste que hacía una semana que no sacabas el quad. Y estaba limpísimo.

Recién lavado. Me cago en la leche, Garrett, tengo testigos que te vieron conduciéndolo por el resort, por encima de la carretera de Black Angus.

—Skinner es un jodido mentiroso.

—Te vieron seis personas. Seis. Y tenemos la bala que Bickers le ha extraído al caballo. —Eso era mentira, pero Tate estaba harto de jugar limpio—. Cuando analicemos tus armas largas y tengamos los resultados de balística, ¿qué crees que encontraremos?

Lo vio, el pánico, la ira contenida, la rapidez con que apartó la mirada.

—Quiero un abogado. Quiero un abogado ya. No tengo nada que decir.

—Tendrás un abogado. Súbelo atrás, Curtis. No puedo ni mirarlo. Uno de mis hombres, uno de los míos, disparando a un hombre a traición de esa manera.

Al oír la acusación, Clintok se puso a dar patadas, codazos.

—Skinner mató a esas dos mujeres y tú no haces nada. Las mata, y tú me suspendes por presionarlo para que confiese. Se merecía que su caballo recibiera un balazo mientras lo montaba. Se merecía algo peor.

Hecho una furia, Tate endureció las facciones antes de volver a empujar a Clintok contra la camioneta.

—¿Apuntabas al caballo? ¿Es eso lo que dices ahora?

—No hiciste nada.

—Ahora estoy haciéndolo.

Le desgarró las entrañas interrogar a uno de sus ayudantes —exayudante— y tratar con el fante del abogado.

La lamentable facilidad con que Clintok se puso en evidencia no hizo sino aumentar de tamaño el nudo que sentía en el estómago.

Quizá se lo aliviara un poco estar en la cocina de los Longbow, viendo por

la ventana cómo Alice llevaba cuidadosamente al caballo convaleciente por el potrero, con Callen cojeando a su lado.

—La mejoría de Alice es extraordinaria.

Celia Minnow estaba observándolos también.

—¿Va a recordar más del cautiverio?

—Ojalá pudiera decírselo. Puedo decirle que está más fuerte, mental y físicamente. Puedo decirle que parece haber forjado un vínculo con él, con Callen Skinner. Es el caballo, en parte. Pero también es él. Se marchó de casa, ha vuelto. Ella también. Alguien lo lastimó. Alguien la lastimó. Estar aquí, rodeada de su familia, la ha ayudado a sentirse segura, a quitarse de encima mucha parte del adoctrinamiento.

—Pero yo sigo necesitando que me explique lo que va recordando.

—Ella confía mucho en usted. Presionarla demasiado para obtener respuestas podría ser contraproducente. Sé que es exasperante.

—Me pregunto si él está muerto y fue así como ella escapó.

—Si se pregunta si ella lo mató, mi opinión es que no habría sido capaz. Él la dominaba, ella se sometía. Habla de él como si estuviera vivo. Su forma de pensar a menudo lo simplifica todo, como haría un niño. Así lo sobrelleva. En ella hay bondad y maldad, crueldad y amabilidad, dulzura y dureza. Y otras veces es increíblemente astuta. —Celia señaló por la ventana—. ¿Cortarse el pelo? ¿La valentía de ese gesto, su simbolismo? Fue un acto de auto..., de reconocimiento de sí misma.

»Puede recaer, y todos deberíamos estar preparados para eso. Pero está progresando mucho.

—Voy a salir, hablaré con ella mientras está con Cal y el caballo. No tocaré ningún tema delicado.

Callen se imaginaba que Alice había llevado a Atardecer hasta la ciudad de Billings y lo había traído de vuelta, y había estado encantada. La pierna le

dolía a rabiar, pero la culpa era solo suya por saltarse el analgésico de la tarde. Sin embargo, no se veía capaz de pedirle que parara.

—¿Puedo trenzarle la crin?

—Esto... —Callen miró de reojo a Atardecer, calibrando la humillación.

—Solía trenzarle la crin a Venus. Y llevarle zanahorias. Puedo llevarle una zanahoria a él. —De pronto, Alice se detuvo y miró alrededor—. ¿Dónde está Venus?

—No lo sé. ¿Es tu yegua?

—Es mía. El abuelo me dejó elegirla. La preciosa Venus. También es baya, con la crin y la cola rubias. Y... eso fue hace mucho tiempo. Se me olvida. Fue hace mucho tiempo. Debió de morir como el abuelo cuando yo estaba en el sótano o en la casa. Debió de morir cuando yo no estaba.

—Tuve un caballo antes de Atardecer. Lo llamé Luchador. Fue muy duro para mí cuando murió.

—Pero Atardecer está mejorando. Él no se morirá.

—Está mejorando.

—Está mejorando —repitió ella, y echó a andar—. Cuando esté más fuerte, ¿podré montarlo?

—En cuanto lo diga la doctora.

—Yo también he hablado hoy con mi doctor. Mis dos doctores, el hombre y la mujer. Han dicho que también estoy mejorando. Ahí está Tate. Bobby Tate. Lo conozco. No es malo.

—Yo también lo conozco.

—Alice Bodine —dijo Tate con una jovial sonrisa—. Me encanta tu pelo.

—Me lo hizo Bodine. Es su nombre y mi apellido. Este es Atardecer. Alguien les ha hecho daño a él y a Cal, pero se encuentran mejor.

—Ya veo.

—Ahora eres el sheriff. Bobby Tate es el sheriff. Tienes que encontrar a

personas que hacen daño a otras.

Tate asintió, y aprovechó la oportunidad.

—Tienes razón. He encontrado al hombre que hizo daño a Atardecer y a Cal. Lo he metido en la cárcel.

Alice puso los ojos como platos.

—¿Tiene que quedarse ahí? ¿Encerrado? Es duro estar encerrada. No puedes salir. Nadie viene a abrirte la puerta ni te oye cuando gritas. —Hundió la cara en el cuello de Atardecer—. Yo no hice daño a nadie.

—No, tú no, cariño. Pero ese hombre sí, así que la ley tiene que decidir su destino.

—Tú eres la ley. Bobby Tate es la ley. ¿Has encontrado al señor? ¿Lo has metido en la cárcel?

—Quiero hacerlo, sin duda. Eso intento.

Alice volvió otra vez la cabeza.

—Antes nos besábamos, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora no me besas.

—Bueno, me casé. —Tate se tocó la alianza de boda—. Pero antes de que nos besáramos, y también después, éramos amigos. Somos amigos, Alice.

—El señor no me besaba. Yo no quería que me besara, pero él lo habría hecho igualmente. Pero no me besaba. Hacíamos otras cosas. Tú hacías otras cosas conmigo.

Tate se aclaró la garganta cuando Callen apartó discretamente la mirada.

—Bueno, sí, las hacíamos.

—Pero tú no eras malo. Tú no me hacías daño. Nos reíamos mucho, y tú andabas bocabajo con las manos. El señor no se ríe. Me hace daño. Sus manos son duras y crueles, y me viola. La doctora Minnow dice que es violación, no derechos conyugales. Él me viola, así que me duele, siempre.

—Hablaba de forma atropellada, en un tono cada vez más agudo—. Es violación, dice la doctora Minnow, aunque yo no me resista. Si me resisto, él me pega sin parar y es peor. Incluso cuando yo me tumbaba y se lo permitía, ella dice que es violación. ¿Es esa la ley? ¿Lo es? Tú eres la ley, ¿es esa la ley?

—Lo es. Es la ley.

—Si lo encuentras, ¿lo encerrarás? Quiero eso. —Alice sorprendió a Callen alargando la mano y cogiéndole la suya—. Lo quiero encerrado donde no pueda salir, donde nadie vaya cuando grite. Quiero eso.

—Voy a seguir buscando para que eso pase. Te lo prometo, Alice. Dijiste que tenía barba por toda la cara y los ojos oscuros.

—Los ojos oscuros. Yo cierro los míos cuando él lo hace.

—A lo mejor podrías darme más detalles de cómo es y podríamos dibujarlo.

—No sé dibujar. Reenie tampoco. Hasta yo dibujo mejor, pero no sé dibujar caras.

—Conozco a una persona que sabe dibujar caras. Podría dibujarlo, si estás dispuesta a darme más detalles de cómo es. De cómo lo recuerdas.

—No sé. —Alice apretó la mano a Callen, sin apenas fuerza—. No quiero ver su cara. Voy a hacer una bufanda a Cal. Voy a montar a Atardecer cuando esté más repuesto.

—Me parece bien. —Tragándose la frustración, Tate mantuvo el tono distendido—. Hace un día demasiado bonito para preocuparse por nada. A lo mejor vengo a verte mañana, Alice, solo de visita.

Ella asintió y después se volvió hacia Cal.

—¿Tú qué harías? Te fuiste, has vuelto. Alguien os ha lastimado a Atardecer y a ti. ¿Verías su cara para que pudieran dibujarla?

—Creo que a veces, si se mira algo directamente, si se mira a los ojos, no

da tanto miedo como cuando se cierran los ojos. Y creo que usted es una de las personas más valientes que conozco, así que si necesita pasar más tiempo con los ojos cerrados, debería tomárselo.

—Bodine dijo que era valiente, la doctora dijo que era valiente. Tú dices que soy valiente, pero yo no me siento así. No quiero volver a la casa, no quiero que me encuentre. Quiero quedarme aquí. ¿Puedes venir mañana? —dijo a Tate—. ¿Volver a preguntármelo?

—Por supuesto. Me alegro de verte, Alice. Y a ti, Cal.

Callen vaciló cuando Tate echó a andar.

—Señorita Alice, ¿puede vigilar un momento a Atardecer? Necesito preguntar una cosa al sheriff.

—No nos moveremos de aquí.

Callen alcanzó a Tate en el portón.

—¿Lo ha admitido Clintok?

Tate se apoyó en el portón.

—Ha cambiado su versión media docena de veces. No le ayuda en nada ser tan impulsivo. Y tampoco haberme mentido diciendo que no estuvo en el resort con el quad, y sabe que en eso lo tenemos pillado. Ha cometido muchos deslices, y está intentando mantener la versión de que apuntaba a una serpiente y que no se dio cuenta de que el disparo se desvió y os dio al caballo y a ti. Eso no se sostendrá. Pero en uno de sus deslices creo que ha dicho la verdad. No te disparaba a ti.

—Venga ya, eso es una gilipollez.

—Disparaba a tu caballo.

Callen apoyó el peso en los talones, y esperó a que el enfado se le pasara.

—¿Apuntaba a Atardecer?

—Eso es lo que opino. Y que todo tiene su origen en un dichoso perro y una dichosa partida de póquer cuando erais críos. Tu padre ganó un perro al

suyo, y Garrett mató al perro por rencor. Ha intentado matar a tu caballo por la misma razón. Puro rencor.

Callen volvió a mirar hacia el lugar donde Alice llevaba a Atardecer de las riendas y charlaba con él. Y lo comprendió, vio la herida de su vientre y supo que Clintok se habría salido con la suya si le hubiera dado unos centímetros más arriba.

—Lo encerrará por eso.

—Dependerá del fiscal, el juez y el jurado. Pero, créeme, voy a seguir presionándolo hasta conseguir que diga lo que ha hecho. Eso haré.

—De acuerdo.

—Lo que le has dicho a Alice también va a ayudarme a cumplir con mi deber en su caso. Cumpliré con mi deber, Cal.

Callen asintió, pero mientras regresaba junto a su caballo, pensó que en ocasiones la justicia no tenía nada que ver con el cumplimiento del deber.

El domingo por la tarde, superado ya el frenético fin de semana, Jessica fue al rancho en coche. Aunque el mero hecho de dormir doce horas seguidas le resultaba muy atrayente, la invitación a la cena del domingo la tentaba más.

Le gustaba ver a Chase en su hábitat natural, y todavía no había hablado con Callen desde que él y Atardecer habían recibido el disparo. Aceptó que su transformación en vaquera se había completado cuando se dio cuenta de que quería ver al caballo tanto como a la persona.

La transformación no incluía el calzado, y probablemente jamás lo haría. Cuando vio a Atardecer en el potrero y, con gran regocijo por su parte, a Chase haciendo girar una cuerda —lazo, se corrigió—, dejó en el coche el crujiente de arándanos que había preparado y se acercó a echar un vistazo.

Rory estaba sentado en la cerca junto a una mujer pelirroja que llevaba el pelo recogido en una coleta. La mujer aplaudió con entusiasmo cuando Chase saltó dentro y fuera del lazo que hacía girar.

Cuando Chase saludó a Jessica bajándose el sombrero con la otra mano, la mujer se volvió. Aunque ya estaba al corriente, ver la transformación de Alice la dejó atónita.

—A esta no la conozco —murmuró Alice, y se cogió de la mano de Rory.

—Quizá no me recuerde, Alice. Solo nos vimos un momento hace unas semanas. Soy Jessica Baazov. Trabajo para Bodine.

—Bodine es la hija de Reenie. Este es Rory. No mi Rory. Es el Rory de

Reenie. Y Chase es de Reenie. Está actuando para mí porque no he podido ver el espectáculo.

—Es muy bueno, ¿verdad?

—El tío Wayne hacía trucos con el lazo. Chase me ha dicho que el tío Wayne le enseñó. Atardecer también hace trucos. Cal le ha enseñado. Cal no es solo de Reenie. También es mío.

—Quería ver a Atardecer y a Cal.

—La abuela ha reñido a Cal y le ha dicho que tenía que ir dentro para poner la pierna en alto durante un rato. Dentro de un par de días podré montar a Atardecer. Está mucho mejor, y el hombre que le hizo daño está encerrado.

—Alice miró a Rory para que se lo confirmara—. ¿Está encerrado?

—Así es. Ya no tenemos que preocuparnos por él.

—Bobby Tate cumple con su deber. —Alice volvió a aplaudir cuando Chase hizo una reverencia—. Ha sido un buen espectáculo —le dijo—. Ha venido Jessica. Ahora me acuerdo. Es tu novia.

Chase bajó la cabeza, concentrado en enrollar el lazo.

—Eso parece.

—Es tímido —le dijo Alice a Jessica—. Antes yo no era nada tímida, pero ahora me siento así a menudo. Iremos a ayudar con la cena. —Dio una palmadita en el brazo a Rory—. Para que Chase pueda estar con su novia.

Sin apenas disimular la risa, Rory saltó al suelo y bajó a su tía de la cerca.

—Me gustan tus zapatos —dijo Alice.

Jessica apenas consiguió decir «gracias» antes de que Alice se alejara con Rory.

—No me puedo creer que esa sea la misma mujer que vino del hospital.

—Eso son redaños. —Chase colgó el lazo enrollado de un poste de la cerca—. Los redaños de las Bodine. Papá me ha dicho que mañana va a trabajar

con un dibujante, que ha accedido a intentar obtener un retrato del hombre que la raptó.

Pasó el brazo por encima de la cerca para cogerle la mano y ayudarla a subir al primer travesaño.

—Zapatos de vestir. No para montar a caballo.

—Me he vestido para la cena. —Jessica se rio cuando Atardecer se acercó a Chase por detrás y lo empujó con el hocico—. Está claro que vuelve a ser el mismo de siempre.

—Anda, vete, no necesito ninguna ayuda. —Para demostrarlo, Chase le puso una mano en la nuca y le bajó la cabeza para besarla en los labios. — Luego se la quedó mirando un momento, acariciándole la piel—. Montar está descartado. —Saltó por encima de la cerca—. Pero podemos dar un paseo.

—Ni siquiera he ido a saludar a tu madre.

—Un par de minutos.

Cogida de su mano, con el sol acariciándole la cara, Jessica paseó con él.

A lo lejos oyó mugir una vaca en un prado y un ruidito que sabía que provenía de alguna ardilla atareada. Y risas que salían por una ventana abierta de la cocina.

—Habéis plantado pensamientos. —Se quedó callada, mirando las macetas que adornaban los peldaños del porche trasero—. Mi abuela siempre plantaba pensamientos a finales del invierno, en la jardinera de la ventana de la cocina. Decía que la hacían sonreír mientras fregaba los platos. Que se alegraba de que la primavera llegara de nuevo.

—No pensaba que fueras a aguantar el invierno.

Sinceramente sorprendida, Jessica lo miró de arriba abajo.

—¿Por qué?

—Ahora creo que era un problema más mío que tuyo. —Chase rodeó la casa y la acompañó hasta el banco entre los ginkgos—. Pensaba: «Ya verás,

volverá a Nueva York después de su primera nevada en Montana». Pero no lo hiciste.

—¿De verdad me veías tan...? ¿Cuál es la palabra que has utilizado para Alice? «Redaños.» ¿Con tan pocos redaños?

—No. Era más cosa mía, y mis redaños no eran lo que me preocupaba. ¿Podemos sentarnos un momento? Creo que tengo que terminar de explicarme.

—Sí, quizá deberías.

—Jessica. Yo diría que te veía como un ave exótica. Tan bonita que me dañaba la vista y fuera de mi alcance. Con querencia a salir volando.

—Ave exótica..., ¡anda ya! He trabajado toda mi vida, y mucho. He...

—Era más cosa mía —le recordó Chase—. La primera vez que te vi, llevabas un traje rojo y el pelo recogido en un moño, y olías como algo misterioso que florece en un invernadero. Me estrechaste la mano y dijiste: «Jessica Baazov, un placer». Yo apenas conseguí articular palabra. Y lo único que podía pensar era: «Ojalá Bo no la contrate».

—Bueno. Me alegra saberlo.

Chase se limitó a ponerle una mano en el hombro cuando ella iba a levantarse.

—Le dije que era un error cuando lo hizo, y ahora sé que lo decía por mí más que por ti.

Jessica se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Si te caí tan mal desde el principio, me sorprende que no presionaras más a Bodine.

—No me caíste mal, y presionar a Bodine cuando ya ha tomado una decisión es perder el tiempo. Tomarse uno su tiempo no es lo mismo que perderlo. —Y Chase se había tomado su tiempo—. Me parecía un error, pensaba que era porque no te veía quedándote. Tan bonita, tan elegante, no

veía cómo ibas a adaptarte. Y como casi me quedé sordo, mudo y ciego la primera vez que te vi con ese traje rojo, la cosa no pintaba nada bien para mí. Decidí guardar las distancias hasta que Bo viniera a casa y me dijera que yo tenía toda la razón respecto a lo de que te marcharías.

—Por lo visto, te has llevado un buen chasco.

—No, solo estaba equivocado. Guardé las distancias lo mejor que supe porque cada vez que te veía quería tocarte. Y sabía que, si te tocaba, querría más. Sabía que cuando te fueras, incluso guardando las distancias, pensaría en ti. No quería cruzar esa línea. Luego..., bueno, la crucé.

Jessica sorbió por la nariz, ruidosamente, pero se ablandó.

—Tuve que tirar de ti para que la cruzaras.

—Estaba en ello. Habría tardado más, pero estaba en ello. Entonces supe que si te ibas, no solo pensaría en ti, sino que nunca lo superaría. Cualquiera otra mujer que hubiera después la compararía contigo, y nunca daría la talla. No tendría tu cara, ni sería tan lista como tú, ni tendría tu determinación bajo ese aspecto tan delicado. —Chase le cogió la mano, se la miró—. Y quiero una mujer, y una familia, una vida a la que podamos acostumbrarnos. No me importa esperar, pero, sin ti, esperaría eternamente.

—Yo... He visto *Tombstone*. Monto a caballo. Tengo un Stetson.

Chase alzó las comisuras de los labios cuando le besó la mano apretada en un puño.

—Te quiero. Creo que te quise antes de que ninguna de esas cosas fuera cierta, si es posible querer tan rápido. Me encanta saber que ahora son ciertas. Me siento en paz sabiendo que eres feliz aquí.

—Soy feliz aquí. No hay nada para mí en Nueva York. He construido mi vida aquí. Amigos, trabajo, una vida. Perdí a mi familia, Chase, cuando perdí a mis abuelos. Y he creado una familia aquí cuando nunca creí que volvería a

tenerla. Jamás había tenido una amiga como Bodine, y ahora Chelsea. Y... todos.

—Te estoy preguntando qué te parece seguir construyendo eso conmigo. Si podrías llegar a quererme lo suficiente para hacerlo. Para tener una vida y una familia conmigo.

Matrimonio, Dios santo, estaba proponiéndole matrimonio. Un salto así, en un hombre que avanzaba pasito a pasito, dejó a Jessica estupefacta.

Inmóvil, sin apenas respirar, pensó en sus padres. Egoístas, desconsiderados, fríos, que la abandonaron sin pestañear. Y después pensó en sus abuelos. Buenos, cariñosos, generosos, que la aceptaron en sus vidas sin pestañear.

Luego pensó en Chase.

—No sé cómo puedo querer a un hombre tan tonto que no ve que ya lo quiero más que suficiente. Pero, por lo visto, lo hago.

Chase se llevó la mano de ella a la mejilla, y la sostuvo ahí antes de volver la cabeza y besarle la palma.

—¿Es una manera rebuscada de decir que sí?

—No ha sido rebuscada.

—Han sido muchas palabras. ¿Qué tal si te lo pregunto de otra manera? ¿Querrás casarte conmigo en algún momento?

—En algún momento es bastante indefinido.

—Dime que sí. Dime cuándo.

—Dame un instante.

Jessica contempló los prados, las montañas, el cielo que se extendía azul sobre todas las cosas. Percibió cómo Chase esperaba, tan firme y fuerte en su silencio. Sabía que esperaría hasta que su cabeza diera alcance a su corazón.

—Digo que sí. Y digo octubre. Después de mi primer verano, antes de mi próximo invierno. —Volvió a ponerle la mano en la mejilla—. Y decir que sí,

Chase, solo decir que sí, llena huecos diminutos dentro de mí que no sabía que necesitaran llenarse. Tú has hecho eso. Me has ayudado a llenar esos huequecitos.

Chase la besó, con la dulzura de una promesa, y la abrazó.

—¿Todavía tienes el traje rojo?

—No pienso casarme con el traje rojo.

—Pensaba más en la luna de miel.

Jessica se rio. Firme y fuerte, volvió a pensar. Y a menudo sorprendente.

—Aún lo tengo.

Mientras en el Rancho Bodine la cena de los domingos se convertía en una celebración, el hombre que se hacía llamar «señor» circulaba en su camioneta por la estrecha carretera que el invierno había dejado sembrada de baches y zanjas poco profundas. Cada sacudida le repercutía en todo el cuerpo.

Se detuvo y bajó para abrir el portón del cercado, donde había varios carteles de PROHIBIDO EL PASO. El viejo metal chirrió cuando lo movió. Volvió a subir a la camioneta y atravesó el viejo portón, bajó de nuevo, lo cerró, pasó la cadena y echó el candado.

Tuvo un ataque de tos que lo obligó a apoyarse en el portón. Tosió y escupió flema, contuvo la respiración, y volvió a subir a la camioneta para dirigirse en un continuo traqueteo hasta la cabaña.

Como tenía que parar a descansar a menudo, tardó una hora en descargar lo que había comprado. Primero se tomó los medicamentos, el jarabe para la tos, las pastillas para el dolor de cabeza —últimamente parecía que la cabeza le doliera siempre—, el descongestionante, mezclándolos en una especie de cóctel medicinal y acompañados de un carajillo, que consideraba otro fármaco más para su curación.

Había comido dos hamburguesas con queso, que había masticado despacio y sin verdadero apetito. Necesitaba carne, carne roja de calidad, y se había obligado a acabárselas bocado a bocado.

Respirando, más bien resollando, se quedó dormido en la silla delante de la chimenea mientras el sudor que le lustraba la piel se le enfriaba. Se despertó a oscuras.

Maldiciendo, encendió las lámparas de aceite y atizó el fuego.

Pasaba demasiado tiempo durmiendo, y necesitaba ocuparlo más planificando.

Había ido en coche hasta Missoula y había regresado, una prueba fehaciente de que estaba recuperándose de la maldita plaga con la que Esther lo había maldecido. Había comprado medicamentos y provisiones, incluso había reconocido un poco el terreno.

Había visto a muchas mujeres. Mujeres que enseñaban las piernas, mujeres con camisetas escotadas que les marcaban los pechos. Con las caras pintadas.

Le había parecido que una o dos podrían convenirle, que podrían ser unas buenas esposas una vez que las doblgara. Pero todavía le faltaban fuerzas para llevarse a una.

Así pues, se tomaría los medicamentos, comería carne roja y recobraría las fuerzas. Una vez hecho esto, saldría de caza por las carreteras secundarias, acecharía en las oscuras entradas de los antros de pecado. Los bares y moteles baratos.

Aparecería la adecuada. Con la ayuda de Dios.

No otra como Esther. O la que había bautizado con el nombre de Miriam, que había conseguido ahorcarse con la sábana semanas después de dar a luz a una niña.

O Judith o Beryl.

Las había enterrado a todas, a todas salvo a Esther. Les había dado

cristiana sepultura, aunque hubieran sido pecadoras. Desengaños.

Tenía que encontrar otra enseguida. Una mujer fuerte, joven y fecunda, una mujer a quien pudiera enseñar a obedecer. Y a cuidarlo, pues su enfermedad le había demostrado que ya no era joven.

Necesitaba hijos varones para que continuaran su legado, para que lo respetaran conforme él envejeciera. Y necesitaba a la mujer que se los daría.

Pronto llegarían los turistas, esos parásitos, y también lo harían las mujeres, necesarias para preparar sus comidas, hacer sus camas. Mientras volvía a quedarse dormido, pensó que las semanas venideras le brindarían oportunidades.

Callen habría preferido ir a trabajar a caballo y, desde luego, habría preferido hacerlo a lomos de Atardecer. Como ninguna de las dos opciones era posible, fue de copiloto en la camioneta de Bodine.

—Podría haber ido con Rory.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Tienes algún problema con mi manera de conducir, Skinner?

—Preferiría ir al volante.

—Pues esto es lo que hay —le soltó Bodine, y volvió a mirarlo—. ¿Qué te molesta? ¿La pierna?

—¡Joder! Solo es un rasguño. No me dieron en las tripas.

Ella levantó un hombro y guardó silencio hasta que llegaron al CAB.

—Largo de aquí, tú y tu mal genio.

Callen se quedó sentado un momento más.

—He pasado mucho tiempo con Alice estos últimos días.

—Mensaje recibido. Corto y cierro.

—Cuida de no darte con una rama en la cabeza, montada como vas en ese

burro y llevando la cabeza tan alta. Me gustaba estar con ella, me distraía de pensar en otras cosas. Y creo que me ha tomado confianza. Hoy no estaré cuando intente trabajar con Tate y el dibujante.

—Te agradezco que te preocupes por ella. Hablo en serio. Las abuelas sí estarán, y también la doctora Minnow. Y el doctor Grove ha dicho que iría a verla.

Bodine vio cómo el sol asomaba por el horizonte trazando una fina línea dorada.

—Tú también la has ayudado a distraerse. Puede sonar extraño decir que elegiste un buen momento para que te dispararan, pero esa es la verdad.

—Es una forma de verlo. —Callen se volvió hacia ella mientras el cielo levantino se teñía de color—. ¿Qué tal si quedamos para la cena de lujo el sábado por la noche?

—No solo una cena de lujo, sino una cena de lujo un sábado por la noche... —Con sorpresa, Bodine movió los hombros adelante y atrás—. Puede que tenga que comprarme un vestido.

—Si tienes más de uno, de todas formas no lo habré visto.

Ella se rio y lo besó.

—Anda, sal, Skinner. Tomo nota. —Cuando Callen hubo bajado, se asomó por la ventanilla—. Si me entretengo, pediré a Rory que venga a recogerte después del trabajo.

—Te esperaré. —Callen volvió a acercarse a la ventanilla—. Ven a casa conmigo esta noche. Pillaré algo de la cocina para los dos. Ven a casa conmigo.

—Vale, pero yo me encargo de la comida. Estoy más cerca de la cocina.

—¡Nada lujoso! —le gritó Callen mientras ella daba marcha atrás—. Eso es para el sábado.

Cuando se volvió, lo miró por el retrovisor, y cayó en la cuenta de que no

solo se acostaban. Salían juntos.

Bodine terminó de trabajar más tarde de lo que pensaba. Los temporeros empezaban a ser insuficientes y había que contratar más. Incorporar personal conllevaba hacer entrevistas, investigar antecedentes, impartir formación, orientación.

—Todo es positivo —dijo a Jessica mientras cerraba su maletín—. Los clientes ya pueden reservar para esta primavera hasta Año Nuevo, y el año pasado hicimos lleno. Con las actividades y los paquetes nuevos que hemos añadido, solo puede irnos mejor aún.

—Necesitas un asistente a jornada completa. Sé lo estupenda que es Sal, pero podrías tenerla a jornada completa, o si prefieres que lleve la recepción, necesitas a otra persona. Tener a Chelsea ha sido importantísimo para los eventos. Tú necesitas lo mismo.

Con el ceño fruncido, Bodine pensó que era la pura verdad.

—Siempre noto un molesto cosquilleo en la nuca cuando pienso en tener un asistente oficial.

Jessica la señaló con una uña rosa perfectamente limada.

—Es tu tecla de control, que te habla.

—No es la primera vez que me lo dicen. A lo mejor hablo con Sal. A lo mejor. Entretanto, tengo que recoger un pedido en la cocina. He quedado.

—Yo también. Según parece, ya es hora de que vea *Silverado*. A cambio, Chase va a probar mi pasta con rúcula al limón.

Bodine se sorprendió otra vez, y se paró en seco.

—Dios mío, está enamorado hasta las trancas. Vais a casaros.

—Sí. —Jessica se llevó la mano al pecho—. Tú serás mi dama de honor, ¿verdad?

—¡No me puedo creer que hayas tardado un día entero en pedírmelo!

Bodine echó de nuevo a andar como si bailara y estrujó a Jessica contra su cuerpo.

—Fui dama de honor de mi prima Betsy, así que tengo un poco de experiencia. Y confío en que no me obligarás a llevar un vestido de organdí rosa con mangas afaroladas.

—Te lo juro por lo que más quiero.

Sin embargo, como la sonrisa de Jessica le pareció un poco histérica, Bodine ladeó la cabeza.

—No irás a decirme que te lo estás replanteando, ¿verdad?

—Ya me lo he planteado montones de veces. Y siempre acabo decidiendo que quiero muchísimo a Chase. Es la idea del matrimonio lo que me asusta.

—Él va a comerse una lechuga rara y tú vas a ver un clásico del Oeste. En mi opinión, ya estáis casados. Es solo que aún no lo habéis celebrado.

—Como mi dama de honor, ¿seguirás diciéndome esa clase de cosas de vez en cuando en los próximos meses?

—No lo dudes. Ahora vayamos a echar el lazo a un par de vaqueros.

Poco después, cuando se dirigía a casa con dos sustanciosas raciones de pollo en el asiento trasero de la camioneta y Callen a su lado, Bodine pensó en voz alta.

—¿Has comido alguna vez rúcula?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Volviéndose, Callen miró con recelo los envases del asiento trasero—. Nuestras cenas no la llevarán, ¿verdad?

—Nuestras cenas, no. Pero sí el plato que se va a comer Chase esta noche en casa de Jessica.

—Ese hombre está colado por sus huesitos —dijo Callen con un poco de lástima—. Ni la lechuga normal le gusta mucho.

—Yo estaba pensando lo mismo. Jessica se lleva la mejor parte, ya que a

cambio de que él se la coma, ella verá *Silverado*.

—Un clásico.

—Y un regalo para la vista si eres mujer. Nosotros cenaremos pollo cajún, con patatas al romero y espárragos.

—No sabes cuánto me alegro de no estar enamorado de Jessica.

—Añádele un poco de tarta de queso con arándanos.

—A lo mejor deberíamos casarnos.

Bodine lo miró con los ojos brillantes, riendo.

—Cuidado, Skinner, algunas mujeres se agarran a un clavo ardiendo. ¿Te apetece ver *Silverado*? Tengo el DVD.

—¿Tienes palomitas?

—Creo que puedo encontrar.

—Yo pongo la cerveza. —Callen alargó la mano y le tocó el brazo—.

Alice está sentada en el porche.

Antes de que terminara la frase, Alice se puso de pie, con las manos entrelazadas en la espalda.

Como si hubiera estado esperando a que Alice se levantara, Cora salió al porche.

Bodine se detuvo justo delante.

—Me he enfrentado de lleno —dijo Alice—. He mirado dentro de mi cabeza y se lo he explicado a Pete.

—Pete es el dibujante. El que ha traído Bob Tate. —Cora le pasó un brazo por los hombros—. Alice estaba esperando para contártelo.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Callen.

—Me alegro de que haya terminado. Me ha dolido. —Alice se apretó el vientre con una mano—. He tenido que parar, empezar y parar, y empezar. Me alegro de que haya terminado. Tienes que verlo. Tenemos uno, y Bobby ha dicho que todo el mundo tendría que verlo por si conoce al señor. ¿Mamá?

—Iré a buscarlo.

—Me gusta estar fuera. Me gusta... —Alice se interrumpió y se llevó un dedo a los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Bodine.

—Siempre quiero repetirlo todo. Intento no hacerlo. Me gusta estar fuera —dijo con cuidado—, quizá por el tiempo que tuve que pasar encerrada. Salir cuando me apetece hace que me sienta bien.

Apretó los labios cuando Cora salió con el boceto.

—Este es el señor. No es exactamente así, pero no sé explicarme mejor. El pelo se le puso canoso, como a mí, y la barba, a veces la llevaba, a veces no. Pero casi siempre la llevaba. Y la cara se le envejeció como a mí. Ahora está así, es lo mejor que sé describirlo.

Bodine miró el boceto con detenimiento.

¿De verdad tenía ojos de loco, o era Alice la que los veía así? En el boceto tenían un aire feroz y perturbado. El pelo le clareaba, sucio y despeinado. Una barba entrecana le cubría la mitad inferior de una cara delgada y angulosa. La boca apretada era una cruel línea transversal.

—¿Lo conocéis? —preguntó Alice—. ¿Sabéis quién es? Bobby dice que tiene un nombre de verdad, no «señor». Uno de verdad.

—Creo que no. —Bodine miró a Callen.

—No, pero ahora sabemos qué aspecto tiene. Nos ayudará a encontrarlo y detenerlo. —Como sabía que podía hacerlo, se acercó a Alice y la abrazó—. Lo ha hecho muy bien, Alice.

Con un suspiro, ella apoyó un instante la cabeza en su pecho antes de separarse.

—No es tan alto como tú, pero es más alto que Bobby. Eso es lo que he dicho a Pete. Tiene los brazos fuertes. Y las manos grandes, más duras que las de Rory o las tuyas. Tiene una cicatriz en la palma. En esta. —Se tocó la

palma de la mano izquierda y trazó una línea transversal—. Y una aquí, así.
—Dibujó una curva en su cadera izquierda—. Tiene una marca...

Miró a su madre.

—Marca de nacimiento.

—Una marca de nacimiento aquí. —Alice se tocó la cara externa del muslo derecho—. Una especie de mancha. Dije que la recordaría cuando me encerró, dije que la recordaría cuando me escapara. Y me he acordado. Me acuerdo. ¿Podemos ir a ver a Atardecer? No quiero pensar más en eso.

—Claro que sí. ¿Lo ha cuidado hoy en mi lugar?

—He salido esta mañana y he salido después de ayudar a dibujar la cara. Le he dado una zanahoria, y le he dado otra a Leo, que tiene esos ojos azules tan bonitos, y lo he cepillado y le he cantado una canción.

—Seguro que le gusta que le cante. A mí también me gusta. A lo mejor puede cantarnos otra vez cuando veamos cómo está.

Le ofreció el brazo a Alice, lo cual la hizo sonreír.

—Veo cómo va siendo ella misma, cada vez más —le dijo Cora a Bodine—. Y hoy la he visto sufrir por sus malos recuerdos. Él parece un monstruo. Parece un monstruo, y ha tenido encerrada a mi niña durante todos estos años.

—No volverá a tenerla nunca. Yaya, no volverá a tocarla nunca.

—No apruebo la venganza. La guerra se llevó a mi marido, al muchacho que yo amaba, al padre de mis hijas. Y lloré su pérdida, pero jamás sentí odio. Ahora lo siento. Lo siento todos los días. Mi hija está en casa, y está recuperándose, y pese a lo feliz que eso me hace, siento un odio tremendo, Bodine. Es un odio negro, cegador.

—Yaya, creo que no serías humana si no lo sintieras. No sé si el hecho de que lo encuentren y lo encierren durante el resto de su miserable vida te ayudará a odiarlo menos.

—Yo tampoco lo sé. —Cora dio un largo suspiro—. Tengo que acordarme de mirarla, de ver como está, cada vez más recuperada, y dar las gracias por ello. Pero eso no impide que quiera cortarle los huevos con un cuchillo oxidado y oírlo gritar. —Cora se estremeció y, enarcando las cejas, miró a Bodine—. La mayoría de la gente no sonreiría con un comentario así.

—Yo no soy la mayoría de la gente.

—En fin. Voy a guardar este espanto. —Cora volvió a coger el boceto—. ¿Quieres invitar a Cal a cenar?

—De hecho, me ha invitado él. Tengo un par de cenas preparadas en la camioneta. Vamos a ver una película en la choza.

—Ya tengo un motivo para sonreír.

—Voy a subir un momento a coger la película y un par de bolsas de palomitas para microondas de la despensa.

—¡No te olvides el cepillo de dientes! —gritó Cora.

—Vamos, yaya. —Bodine soltó una carcajada y miró por encima de su hombro—. Acuérdate de con quién estás hablando. Hace semanas que tengo uno ahí.

Mientras Bodine subía corriendo las escaleras, Callen inspeccionó la herida de Atardecer. Alice acarició al caballo y le cantó «Jolene».

—Canta usted como los ángeles —dijo Callen cuando ella terminó.

—Cantaba con Reenie, y cantaba a mi Rory, y cantaba sola. No podía tener radio ni discos ni televisión. Rory, el Rory de Reenie, me ha dado un... Es pequeño y tiene canciones, y puedes ponerte unas cosas en los oídos para escuchar.

—Un iPod.

—¡Sí! Es un regalo precioso. Rory es tan bueno, es tan buen muchacho...

El iPod es como magia. Tiene montones de música, y puedo escucharla cuando me cuesta dormir.

—¿Le cuesta dormir, señorita Alice?

—Ahora solo a veces, no tanto como antes. Y la música se lleva las pesadillas. Ni tan siquiera en mis pesadillas puedo verlo con el aspecto que tenía cuando me subí a la camioneta. Ya no puedo verlo con tanta claridad. ¿Era la camioneta azul o roja? No debería haber subido. Vi las serpientes.

—¿En la camioneta? ¿Tenía serpientes en la camioneta?

—No de verdad. El dibujo. La pegatina. Es un ciudadano soberano, un verdadero patriota, y los verdaderos patriotas se levantarán y derrocarán a los federalistas corruptos. Recuperarán nuestro país.

—¿Ha hablado con el sheriff de la pegatina?

—¿Si le he hablado? Creo. Quizá. Los verdaderos patriotas se rebelarán porque el árbol de la libertad necesita ser regado con sangre para devolver el país al pueblo, bajo el mandato de Dios. Un hombre necesita hijos varones para proteger la tierra. Yo solo le di uno que vivió. Uno no es suficiente para combatir, trabajar y proteger. Creo que tenía más.

—¿Más hijos varones?

—No lo sé. No lo sé. No lo sé. Más esposas. ¿Crees que podré montar a Atardecer pronto?

—Se lo preguntaremos a la doctora Bickers. Señorita Alice, ¿puede decirme por qué cree que tenía más esposas?

Callen se preparó para dar un paso atrás. Veía la crispación con la que ella movía las manos, percibía nerviosismo en su voz. Pero Alice apretó la cara contra la mejilla de Atardecer.

—Él decía que yo no oía otra cosa que el viento. Que no oía voces, llantos ni gritos. Que me lo imaginaba y que me callara.

—No pasa nada.

—Atardecer está casi curado. Tú también. Hoy no has cojeado. Algunas cosas mejoran.

—Usted también está mucho mejor, señorita Alice.

—Yo estoy mejor, las cosas están mejor. Puedo salir siempre que quiera. Ahora mamá me está enseñando a hacer un jersey. Oí su camioneta aquella noche, la oí. No estaba dormida. Se llevó al bebé, se llevó a mi siguiente bebé, y al siguiente. Se llevó al pobre Benjamin, que se fue al cielo, y yo no estaba dormida porque sufría por dentro y por fuera, y dentro de mi cabeza y de mi corazón.

Muy apenado, Callen le rozó la mano con la suya, la dejó apoyada en su hombro. Ella se la agarró, con fuerza.

—Oí que la camioneta volvía, y tuve miedo, mucho miedo, de que entrara para exigir sus derechos conyugales. Y oí el grito. No fue el viento, no fue un búho ni un coyote. No era la primera vez, pero aquella vez lo oí muy claro, una vez, dos. Lo oí. Y también lo oí a él. Gritando, soltando palabrotas. Y aquella noche no entró a exigir sus derechos conyugales, y tampoco la siguiente, ni la otra.

—¿Estaba en la casa o en el sótano?

—En la casa. Era de noche, no entraba luz por mi ventana. Y luego otra vez, no la noche siguiente, ni la otra, sino más adelante, durante el día. De día oí gritos. «¡Socorro, socorro, socorro!», creo. No los oí muy bien, pero los oí. Después dejé de oírlos. Pero oí llorar una vez. Oía llorar a veces cuando trabajaba en el huerto. A lo mejor eran los bebés que me llamaban. Tuve que dejar de oír sus llantos por no correr a su lado. Es como me volví loca, supongo.

—No está loca.

Alice retrocedió, sonrió.

—Un poco. Creo que entonces estaba más loca. Tenía que estarlo o me

habría suicidado.

Guiado por el instinto, por el corazón, Callen le cogió la cara entre las manos y la besó en la boca con dulzura.

—Puede que esté un poco loca, pero sigue siendo la persona más cuerda que conozco.

Alice se rio con los ojos anegados en lágrimas.

—Debes de conocer a muchos locos.

—Es posible.

Cuando ella se marchó, canturreando, Callen sacó el móvil para llamar al sheriff. Puede que hubiera más mujeres volviéndose locas en un sótano desconocido.

Costó casi una semana, con una demora de un día entero de lluvia torrencial, pero una agradable tarde de abril Callen ensilló a Atardecer para lo que anunció como la Gran Revelación.

—No sé si todos deberían mirar ya.

Callen se volvió, contempló a Alice con sus botas nuevas y sombrero beis, sus vaqueros y su llamativa camisa rosa. Se había puesto un chaleco marrón de piel que él sospechaba que era de Bodine.

—Está usted despampanante.

Ella agachó la cabeza, pero Callen alcanzó a ver cómo sonreía.

—No voy a separarme de usted —le recordó—. Pero si quiere esperar...

—No, es una ridiculez. Me pongo en ridículo. Pero tú estarás conmigo.

—En cada paso. ¿Está lista?

Ella asintió, y puso el pie entre sus manos para darse impulso. Cuando se acomodó en la silla, dio un largo suspiro de felicidad.

—Qué gusto da, igual que la primera vez. No la primera vez de mi vida, sino desde que me ayudaste a montar en Atardecer.

—¿Quiere las riendas?

—Aún no. Aún no. Casi todo el mundo me ha visto ya montada en Atardecer, mientras tú lo llevas de las riendas. Solo llévalo de las riendas, ¿quieres?

Callen se dirigió sin prisas a las puertas de las caballerizas.

—Yo corría mucho y me iba muy lejos.

—Volverá a hacerlo cuando le apetezca.

La sacó de las caballerizas y la condujo al lugar donde, después de una larga jornada de trabajo, la Gran Revelación incluía filetes a la parrilla, pan de maíz, cerveza y una familia que se había reunido para algo tan simple, y tan monumental, como una mujer madura montada a lomos de un caballo.

Casi todos los mozos del rancho habían acudido también, y se pusieron a aplaudir.

Chase abrió el portón del potrero y volvió a cerrarlo cuando pasaron. Callen les hizo dar una vuelta completa.

—Podemos ir solo al paso como ahora —sugirió a Alice—. Dígame si está lista o no. Usted decide.

—No estoy acostumbrada a que todos me miren —confesó ella—. Me duele un poco el pecho.

—Eso podría deberse a que siente el orgullo que llena el mío.

—Dices cosas bonitas. Me siento bien cuando me hablas. Mi Benjamin se fue al cielo, pero si no lo hubiera hecho, a lo mejor sería como tú.

Los espectadores estaban sentados en la cerca, o de pie con una bota apoyada en un travesaño. Ella conocía las caras, conocía los nombres. Pero, aun así, todos la observaban.

—También están orgullosos de usted.

—Orgullosos de mí. —Alice lo dijo en voz baja, como si quisiera convencerse de ello—. Y felices de ver que Atardecer vuelve a estar bien.

—Así es. Usted le ha ayudado a recuperarse.

—He ayudado. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo, pero ¿te quedarás conmigo?

—Usted sabe que sí. —Callen le pasó las riendas—. Vamos, vaya a dar una vuelta, señorita Alice.

Ella sintió el cuero en sus manos, viejos recuerdos y otros nuevos, la

sensación de ir montada en un buen caballo, la revoltosa brisa primaveral acariciándole el rostro. Atardecer permaneció totalmente inmóvil hasta que ella lo puso al paso.

Callen se quedó a su lado, pero ella llevaba las riendas. Y eso la henchía de orgullo. Le recordaba que había sido joven y libre, que se había sentido segura. Le producía ese borboteo interior que ahora sabía que era felicidad. Miró a Callen.

—¿Puedo?

—Solo tiene que decírselo.

Cuando se puso a trotar, sin ninguna ayuda, oyó aplausos, incluso ovaciones. Pero apenas les prestó atención. Era libre.

—No me habías comentado que había aprendido a trotar —dijo Bodine.

Callen se limitó a encogerse de hombros, de pie junto a la cerca.

—No tienes por qué saberlo todo.

Cuando Alice se detuvo, con la cara arrebolada, delante de la cerca, buscó a Callen con la vista. Se quitó el sombrero y lo sostuvo bien alto mientras Atardecer hacía una reverencia.

Cuando Callen la ayudó a desmontar, ella se abrazó al cuello de Atardecer y después a la cintura de Callen.

—¿Puedo montar otra vez mañana?

—Puede montar todos los días que quiera.

—Alice, te he grabado en vídeo. —Rory le enseñó el móvil—. Una película de ti a caballo.

—¡Una película! Quiero verla.

Cuando Alice corrió hasta Rory, Callen se volvió hacia Bodine y su madre.

—Me gustaría llevarla a dar un paseo a caballo por una ruta fácil. Cuando esté lista, creo que Rosie sería una buena montura para ella. Es mansa e inteligente.

—No sé si se alejaría del rancho —empezó a decir Maureen.

—Con Callen, sí —intervino Bodine—. O con Rory. Quizá conmigo. Y Rosie es una buena elección cuando esté lista para montar un caballo que no sea Atardecer.

—Antes querría hablar con Celia, y con mamá.

—¡Reenie, ven a verlo! ¡Soy una estrella de cine!

—Solo está siendo prudente. —Bodine pasó por encima de la cerca—. Ahora mismo, la yaya dejaría que Alice se fuera al fin del mundo si eso le pone esa cara de felicidad. Mamá intenta compensarlo.

—No hay problema. Quizá queráis hablar con la doctora de ponerla a trabajar con los caballos aquí, y después en el CAB.

—¿El CAB?

—Horas sueltas, conmigo. Me he informado de posibles terapias, y muchas emplean animales. En el caso de Alice, son los caballos, aunque también le gustan los perros. Cepilla a Atardecer como si fuera a llevarlo a un concurso de belleza. Podría hacer más cosas.

—Quizá. —Bodine no lo había pensado, pero ahora que lo hacía, veía los beneficios—. Quizá le vendría bien trabajar un poco, fuera de casa, en las caballerizas. Ha estado ayudando a Clem en la cocina. Tienes cerebro, Skinner.

Le dio un leve codazo en las costillas.

—A veces hasta lo uso.

—El trabajo hace que se sienta útil, y sentirse útil hace que se sienta normal. Deberías comentárselo a papá. Veamos qué tal le va aquí, y después ya hablaremos de mandarla unas horas al CAB, si ella quiere.

Sin duda Alice disfrutó de la tarde. Habló con su madre del jersey que había empezado a tejer y, sorprendentemente, con Hec de los caballos, y vio el vídeo de Rory infinidad de veces.

Callen, por su parte, esperó el momento propicio. Después de que Chase se escabullera para ir a casa de Jessica y Rory hiciera lo mismo para verse con Chelsea, se quedó sentado con Sam en el porche a la luz de las estrellas.

Puros y whisky eran una forma excelente de terminar el día.

—Has dedicado mucho tiempo a Alice —dijo Sam después de un buen rato de relajado silencio.

—Ella me ha dedicado mucho tiempo a mí.

—Antes de que pasemos a eso, quiero preguntarte una cosa. Supongo que serás sincero conmigo, no recuerdo una sola vez que no lo hayas sido.

Callen notó un nudo resbaladizo retorciéndole las tripas. Había estado preparándose para que surgiera el tema de Bodine, y aún no había formulado respuestas a las preguntas que su padre fuera a hacerle.

—Puede que unas cuantas veces no te dijera toda la verdad sobre los líos en los que Chase y yo nos metíamos.

—No, si te lo preguntaba directamente.

—No, si me lo preguntabas directamente, no. —¿Ser evasivo? Bueno, eso solo era ser prudente en algún que otro asunto. Mentir era mentir.

—Así que te lo pregunto directamente: ¿piensas ir a por Garrett Clintok?

El nudo se aflojó. Le parecía muchísimo más fácil responder a eso que a un padre interesado en saber qué intenciones tenía él con su hija.

—Está en libertad bajo fianza. —Sin prisas, Callen dio una calada al puro, vio cómo el humo se perdía en la noche—. Ya estoy bien. De él dependerá si tenemos una conversación o algo más... físico. Pero no puedo dejarlo pasar. Será más difícil si me pides que lo deje pasar, pero, aun así, no podría.

—Lo que voy a pedirte es que no vayas solo a tener esa conversación. No me cabe ninguna duda de que sabes defenderte, Cal, pero tú pelearías limpio. Lo llevas en la sangre. Él no lo haría, porque no es como tú. Es cruel, lo ha sido siempre. —Sam dio un trago de whisky—. Y ahora se ha arruinado la

vida. Nadie va a ponerse de su parte en este asunto. No sé qué dirán los tribunales, pero nadie va a ponerse de su parte. Vaya donde vaya, ya no volverá a ser agente de policía, y seguro que se larga, si no acaba entre rejas. No se contentará con hacer que te sangre la nariz. —Sam dio una calada a su puro, soltó el humo—. Voy a pedirte una cosa. No vayas solo a por él. Llévate a alguien de confianza como testigo para asegurarte de que la pelea es limpia.

Le fastidiaba un poco, pero lo cierto era que Sam Longbow siempre hablaba con sentido común.

—No iré solo.

—Entonces, vale. Anda, ¿por qué no me dices qué quieres pedirme? Si es la mano de mi hija, probablemente te la dé, pero va a seguir retorciéndome el corazón.

Callen volvió a notar el nudo, más resbaladizo que antes.

—Yo no... Nosotros aún no estamos en ese punto.

—Vale. Para ahorrarnos el momento incómodo cuando lo estéis, considérela dada. Así no tenemos que repetirlo.

—No tengo tierras —se oyó decir Callen.

Sam volvió la cabeza y lo miró con aire reflexivo.

—¿Te has gastado todo el dinero que ganaste en California en whisky y mujeres?

—Solo un pequeño porcentaje.

—Piensas seguir trabajando para ganarte la vida, espero.

—Mientras no me despidas, sí.

—Bueno, la abuela de Bodine no me despidió cuando me escabullí con su hija, así que puedes estar tranquilo en ese sentido. Oye, si no querías hablarme de eso, ¿qué te ronda por la cabeza?

—¿Qué te parecería contratar a Alice?

—¿Contratar a Alice?

—Iba a preguntarte qué te parecería dejar que echara una mano con los caballos. En las caballerizas. Se le da estupendo cepillarlos, y podría limpiar las casetas. Es fuerte. La cojera la entorpece un poco, sobre todo si está cansada, pero es fuerte. Tiene mano con los caballos. También con los perros. Supongo que con los animales en general. Pero cuando lo pensé mejor, me pareció que se sentiría más orgullosa si recibía una pequeña paga a cambio. No haría falta que fuera mucho.

Mientras las aves nocturnas cantaban, Sam contempló su puro.

—No se me había ocurrido.

—Ya lo he comentado con Maureen, y sé que quiere hablar con Cora y la doctora. Esa sería la vía correcta, pero tú llevas el rancho, así que...

—Es buena idea, Cal. Muy buena. Y a juzgar por lo que he visto en estas dos últimas semanas, también la indicada. Veremos si podemos conseguir que funcione. Viene alguien.

Incluso antes de ver los faros, Sam oyó el motor en la quietud de la noche.

—Es tarde para visitas —añadió, pero cruzó las piernas estiradas a la altura de los tobillos; era un hombre seguro de sí mismo.

—El sheriff Tate —dijo Callen en voz baja cuando la camioneta estuvo lo bastante cerca.

Esperaron a que Tate apagara el motor y se bajara.

—Buenas noches, Sam, Cal.

—Buenas noches, Bob. Pareces agotado.

—Porque lo estoy.

—¿Te traigo una silla, un whisky y un puro?

—Si acepto el puro, lo estaré pagando una semana. Podría meterme en una ducha de desinfección y mi mujer seguiría oliéndolo. Pero el whisky no me vendría mal. No estoy de servicio.

—Siéntese. —Callen se levantó—. Yo le traigo el whisky.

—Te lo agradezco.

Antes de que Callen llegara a la puerta, Bodine la abrió.

—Sheriff.

—Buenas noches, Bodine.

—Iba a buscarle un whisky.

—Ya voy yo.

Cuando ella cerró la puerta tras de sí, Callen cogió el puro que había dejado en el cenicero y se apoyó en la barandilla del porche.

—Iba camino de casa y he pensado que debería pasarme para explicaros en qué punto estamos. He hablado con varias personas en los últimos días, para investigar el asunto del que Callen me comentó que Alice le había hablado. Personas que sabemos que pertenecen a grupos paramilitares o simpatizan con ellos. Verdaderos Patriotas es uno. ¿Es la frase que ella utilizó contigo?

—Un par de veces —convino Callen.

Se calló cuando Bodine salió al porche.

—Gracias. Ha sido un día largo. —Tomó un sorbo sin prisas—. Un día largo y poco productivo. La gente de esos grupos no es muy dada a colaborar en una investigación policial, sobre todo si la lleva lo que ellos llaman un «sheriff constitucional». —Volvió a quedarse callado, tomó un sorbo más largo—. Aun así, salimos a hablar con ellos, les enseñamos el boceto y nos aseguramos de que se enteraban de por qué investigamos al individuo en cuestión. Solo los más radicales seguirán guardando silencio cuando un hombre ha hecho lo que ha hecho este. Aun así, apenas avanzamos nada. Hasta hoy.

Al oír esa última frase, Bodine se acercó y se quedó de pie al lado de Callen.

—Hoy me ha llamado un tipo. No diré su nombre, tampoco sé si lo

conocéis, pero en cualquier caso es confidencial. Dice que ha reconocido la cara, que ha visto a ese hombre unas cuantas veces en el recinto que tiene. No está seguro de cómo se llama. Dice que lo llaman J. G. Que entrena con ellos cada pocos meses, que no es un habitual. Que les lleva suministros. Afirma que hace meses que no lo ve. El recinto está bastante al este de aquí, pero este tipo cree que nuestro hombre tiene un terreno por la zona, que vive, como algunos de ellos hacen, al margen del sistema. Vamos a investigarlo, pero con cautela.

—¿Ayudaría ofrecer una recompensa?

—El dinero nunca viene mal —le dijo Bob a Sam.

—Cincuenta mil, si puede llevarnos hasta ese hijo de puta.

—Diez mil es suficiente para ese tipo. Si me autorizas para que le ofrezca esa cifra, averiguará más de lo que creo que ya sabe.

—Pues te autorizo.

—Me ahorras tener que pedírtelo. —Bob volvió a beber—. Hay más, sobre la otra información que Alice dio a Callen. La posibilidad de que haya otras mujeres. El momento en que dijo haber oído los chillidos y los gritos de socorro, suponemos que después de que la trasladara al cobertizo. Hice una búsqueda de personas desaparecidas, en el intervalo de edades más lógico. Hay una a la que no han encontrado. Una chica de diecinueve años que hacía senderismo y fotografía por el bosque nacional de Lolo. Llamó a su madre y a su novio desde Stevensville el dieciséis de julio, cuando acababa de empezar la ruta de Bass Creek. Les dijo que pensaba comprar algo de comida, hacer quizá otra excursión corta y acampar para pasar la noche. Eso es lo último que supieron de ella. Lo último que supo nadie. Desapareció sin dejar rastro.

—Puede que tuviera a más mujeres aparte de Alice —sugirió Bodine—. Puede que tenga a otra mujer encerrada en este momento.

—Hablé con el agente que lleva ese caso, que aún sigue abierto. Volveremos a hablar. Fui a Stevensville, charlé con las personas que recordaban haberla visto, que son con las que habló el agente en su momento. Aún era de día cuando la chica se alejó, y Alice dice que estaba oscuro cuando oyó el grito. Vamos a investigarlo a fondo, intentaremos precisar cuándo y dónde se la llevó, si es que lo hizo. Voy a tener que hablar otra vez con Alice, de cuándo pudo haber oído los otros ruidos que describió a Cal. Cualquier detalle que pudiera significar que había otras mujeres. —Suspiró—. Por otra parte, debo decirles que no estamos llegando a nada con los asesinatos de Billy Jean o Karyn Allison. Las pistas que creíamos que eran viables no lo han sido. Seguimos investigando, pero no tenemos nada nuevo, y ya han pasado meses. Cuanto más tiempo pasa, más se enfría el caso. Estoy harto, y me sabe fatal.

»Y una última cosa. —Alzó la vista para mirar a Callen—. Sabes que Garrett está en libertad bajo fianza.

—Algo he oído.

—Te aseguro que el fiscal va a por él. Que piensa que, con las pruebas y su estupidez, Garrett lo tiene crudo. Es posible que el abogado consiga llegar a un acuerdo, pero cumplirá condena, Cal. Cumplirá condena, y no volverá a llevar una placa en su vida.

—Me alegro de oírlo.

—No deberías acercarte a él.

—Solo estoy fumándome un puro en el porche.

Tate negó con la cabeza.

—No deberías acercarte a él. Gracias por el whisky. Mañana intentaré hablar con Alice, pero ahora me iré a casa y espero que Lolly caliente lo que sea que haya hecho para cenar. —Se levantó con esfuerzo y empezó a bajar los peldaños del porche. Alzó la vista—. Tenemos una noche despejada.

Cuando veo un cielo como este, por mucho tiempo que lleve en la policía, sencillamente no entiendo por qué la gente hace lo que hace a sus congéneres.

Tras marcharse Tate, Sam cogió su vaso vacío y también el de Tate.

—Será mejor que le cuente todo esto a tu madre.

—¿Quieres que vaya contigo?

En respuesta a su hija, Sam negó con la cabeza.

—Yo me ocupo. —Miró hacia el lugar donde los faros traseros de Tate se perdían a lo lejos—. Un día largo y duro para algunos de nosotros.

—No sé qué hacer. —Bodine alzó las manos, las dejó caer cuando su padre entró en casa—. Qué hacer, pensar o sentir.

—No hay nada que hacer aparte de tomarse las cosas como vienen. Como sabes, estoy pendiente de los movimientos de Clintok. Suele pasar algún tiempo en el Step Up Bar. Tengo intención de ir allí dentro de unos días.

—¿Qué tiene de malo mañana?

—Creo que hemos quedado para cenar en un restaurante de lujo.

Bodine movió la mano para restarle importancia, como si espantara un mosquito.

—Iremos a cenar el próximo sábado. Termina con esto, Skinner. Hasta que no lo hagas, te va a corroer por dentro. Iremos mañana.

—Bodine, ¿me estás diciendo que prefieres ir a un bar donde puede montarse una pelea, antes que a un restaurante de lujo?

—No sé de nadie que no lo prefiriera.

Sonriendo, Callen le tendió la mano.

—Aquí está otra vez eso tan fuerte que siento. Demos un paseo bajo este cielo tan grande.

Eligió a su esposa. Tenía un plan. Esta vez no cometería ningún error. Casi siempre, por las noches, se dedicaba a organizar, a preparar. Suministros y medidas de seguridad.

Una mujer necesitaba estar encerrada a cal y canto hasta que entendiera el orden de las cosas. E incluso después.

Tenía los grilletes para la pierna bien atornillados a la pared y añadió a la puerta otros dos cerrojos más grandes. Pensando en el ruido que algunas de ellas podían hacer, se entretuvo en recubrir las paredes de espuma.

Aunque nadie se acercara nunca a la cabaña, hacía mucho tiempo que debería haber tomado esa precaución.

Cuando terminó, recorrió el sótano con la mirada, e imaginó a su esposa en la cama. Desnuda, estaría desnuda —él se ocuparía de que así fuera—, y lista para ser sembrada.

La imagen se la puso dura, tan dura que dio gracias por no tener que esperar mucho más.

El largo invierno había concluido y la primavera había llegado. La estación de la siembra. Había una estación para cada cosa, pensó. Y esa era la suya.

La simiente, su simiente, arraigaría. Crecería en la matriz joven y fecunda. Y después él introduciría otro cambio. Dejaría al hijo varón al cuidado de la madre. Honra a tu padre y a tu madre. Sí, esta vez lo haría así. Incluso la visitaría con el niño, puede que lo llevara a la escuela más adelante. Y haría lo mismo con los hijos varones que vinieran después del primero.

Formarían una familia con él como cabeza de ella, la mujer como compañera, los hijos varones como legado.

Convencido de sus planes, de su elección, se acostó en la cama donde plantaría su simiente. Y pensó que, una vez que la simiente arraigara, quizá elegiría otra esposa, buscaría otro hijo varón.

Tenía espacio, podía tenerlas separadas hasta que aprendieran a ser

hermanas. Dos para dejarlo satisfecho, para criar a los hijos, cultivar el huerto, cuidar del ganado, limpiar y cocinar conforme el tiempo pasaba.

Dos para atender las obligaciones de las mujeres mientras él se encargaba del trabajo de los hombres, se dedicaba a los pasatiempos de los hombres.

Cerró los ojos y lo imaginó todo mentalmente. Una especie de reino, pensó, y durmió un rato para soñar con él.

El sábado, Callen pensaba cenar cualquier cosa cuando acabara de trabajar y, alrededor de las nueve, dirigirse al Step Up Bar.

Había trabajado todo el día —resultaba que el resort estaba lleno a rebosar todos los fines de semana de primavera— y se había ocupado personalmente de dar de comer a Atardecer y de cepillarlo.

Y dedicó un rato a extenderle aceite de vitaminas en la cicatriz rosada del vientre, todavía tierna.

—Una cicatriz de guerra. —Se enderezó y acarició a Atardecer con cariño—. No puedo equilibrar la balanza a menos que dispare a ese cabrón, pero yo no soy así. O, si lo soy, no quiero hacerlo. Pero puedo poner un par de pesas en nuestro platillo.

Atardecer golpeó dos veces el suelo con la pata delantera derecha, y aunque Callen sabía que el caballo reaccionaba a su tono de voz, hizo como si lo entendiera.

—Sí, una por ti y otra por mí. Pórtate bien —le ordenó cuando salió y cerró la puerta de la caseta. Se acercó a ver a Leo, rascó al capón de Bodine entre las orejas, donde más le gustaba—. Vigílamelo.

Se dirigió a la puerta, se paró a charlar con un par de mozos, rechazó una invitación para jugar al póquer. Como había pasado más tiempo con

Atardecer del que pensaba, decidió prepararse un sándwich para cenar en vez de ponerse a cocinar.

Pero cuando entró en la choza, olió a comida y vio a Bodine en su cocina.

—Mujer, ¿aún no tienes mi cena en la mesa?

—Muy gracioso —dijo ella sin volverse.

—Un poco de gracia sí tiene. ¿Qué estás preparando? No sabía que cocinaras.

—No cocino, pero sé dorar la carne y echarle salsa de barbacoa, y freír patatas. Eso vas a comer.

Olía infinitamente mejor que un sándwich de queso.

—Me lo comeré y te daré las gracias.

—Eso suponía. ¿Te apetece una cerveza?

Cuando Bodine se volvió, lo vio negar con la cabeza y asintió.

—La dejas para después. Aunque las peleas siempre son interesantes si se riegan con cerveza, es más inteligente tener la cabeza despejada. No me vendría mal una Coca-Cola.

Callen sacó dos, las abrió.

—¿Bodine?

—¿Callen?

Su respuesta lo hizo sonreír y besarla en la coronilla.

—Tengo palabras rondándome la cabeza, buscando su sitio. Cuando lo encuentren, tendré cosas que decirte.

—¿Me gustará oírlas?

—Bueno, tendrás que darme tu opinión. Necesito lavarme. He estado con los caballos.

—Tienes cinco, quizá diez minutos antes de que la cena esté en la mesa.

Cuando Callen regresó, Bodine sirvió generosas raciones de la carne en

salsa sobre bollos partidos por la mitad, que acompañó de patatas fritas y abundante menestra.

—La menestra se la he robado a Clementine. Había hecho mucha.

Cuando Bodine se sentó con su plato, Callen cogió el bollo con las dos manos y lo probó.

—Está rico. Pica un poco.

—Es la salsa picante. He supuesto que lo aguantarías.

—Lo aguanto y me gusta. Quería preguntarte una cosa: como el martes no estamos a tope, me gustaría que mi madre trajera otra vez al crío. A Brody le encantan los caballos y ha estado pidiendo otro paseo en poni.

—No hace falta que me lo preguntes, Callen.

—Me gusta consultar con la jefa.

—La jefa dice que puedes traerlo siempre que te venga bien. Mándame un mensaje cuando lleguen. Bajaré a verlos si puedo.

—Lo haré. Dije a mi madre que han empezado a derribar el viejo rancho.

—¿Cómo se lo tomó?

—No le importó. Le dio igual. No me pareció que estuviera fingiendo, pero preferí preguntar a Savannah. Me dijo lo mismo, que a mi madre no le importa. Está encantada con los tablones del suelo que me llevé, sobre todo porque Justin los ha convertido en marcos para cuadros. Y con los rosales, especialmente. Así que era lo que había que hacer.

—¿Te preocupaba?

—Un poco. De vez en cuando. Ya no. Así que solo una cosa: ¿no preferirías quedarte aquí esta noche mientras yo me encargo de Clintok?

Bodine pinchó unas cuantas patatas y le sonrió mientras se las comía.

—¿Tironeando de mi collar de perlas mientras me paseo por la choza con el corazón en un puño? ¿Después de haber destrozado una enagua para poder vendarte las heridas?

—Nunca te he visto llevar un collar de perlas, ni una enagua, aunque imagino que estarías espectacular con ambos. ¿Y por qué das por supuesto que necesitaré vendas?

—El collar de perlas de la abuela será para mí, se lo podría pedir si quisiera darle tirones. No tengo ninguna enagua, así que deberás apañártelas sin vendas. Pero ya he metido una bolsa de guisantes congelados en tu congelador porque Clintok es corpulento y un matón. Aunque no me cabe ninguna duda de que le darás una paliza, recibirás unos cuantos golpes. — Mirándolo, se lamió salsa del dedo—. Pero, para responder a tu pregunta, no empieces a pensar que porque te he preparado una vez la cena voy a convertirme en la típica mujercita.

—Tú no tienes nada de típica.

—Exacto. Así que iré. Alguien tiene que sujetarte el abrigo, y nadie va a robarme el placer de ver cómo le haces sangrar un poco.

—¿Y si después de nuestra cena de lujo del próximo sábado reservamos habitación en un hotel de lujo?

Bodine se terminó el bocadillo y tomó un sorbo de Coca-Cola.

—¿Tienes dinero que derrochar, Skinner?

—Lo tengo para gastarlo.

—Parece que tendré que llevarme una maletita. Freguemos estos platos y pongámonos en camino.

—Estaba pensando en repetir.

Bodine le hincó un dedo en la barriga, ya tirante.

—Lamentarás haber repetido si recibes esos golpes en las tripas.

—Tienes razón —respondió Callen, y separó la silla de la mesa.

El Step Up Bar estaba junto a una gasolinera de dos surtidores que ante todo vendía cigarrillos, tabaco de mascar y munición. Se podía tomar café si quemarse la mucosa gástrica no era un problema, pero la máquina de refrescos que había fuera era mejor opción las poquísimas veces que no estaba vacía.

Al otro lado del aparcamiento de gravilla sembrado de baches y hierbajos, un motel de veinte habitaciones con unos niveles de higiene cuestionables acogía únicamente a los viajeros más desesperados.

Aun así, a algunos lugareños les gustaba la sensación de que todo el mundo iba a su bola y frecuentaban el bar para ponerse tibios de alcohol. Y de vez en cuando, con las copas suficientes, una pareja o dos acababa alquilando bajo mano una habitación por horas en el motel.

Los tres negocios se mantenían a flote gracias sobre todo a motoristas que estaban de paso, quienes preferían copas baratas, una partida de billar seria y alguna pelea esporádica a los refinamientos.

Antes de marcharse a California, Callen había conseguido que Chase entrara allí con él para beber como jóvenes rebeldes menores de edad porque nadie de aquel antro se tomaba la molestia de pedir los carnets de identidad.

Cuando Callen entró con la camioneta y pasó junto al parpadeante letrero del One Shot Motel, que anunciaba que había habitaciones, vio que casi nada había cambiado.

Oyó el zumbido del letrero quebrando el silencio de la noche en calma. Por encima de él, la luna, casi llena, surcaba un cielo cuajado de estrellas.

Se alejó de la hilera de motocicletas estacionadas y aparcó al lado de una camioneta. Negó con la cabeza.

Chase estaba apoyado contra la camioneta, con Rory a su lado, flanqueados por Jessica y Chelsea.

—No sabía que nos íbamos de juerga.

—Así son las cosas —dijo Bodine al bajar.

Callen se apeó, rodeó la camioneta y contempló a los cuatro en fila.

—Agradezco el apoyo, pero da la impresión de que necesito un ejército para resolver este asunto.

—Me da igual qué impresión da. —Chase se separó de la camioneta—. Clintok hizo lo que hizo en nuestras tierras. No nos meteremos a menos que intente jugar sucio.

—Está dentro. —Rory señaló detrás de él con el pulgar—. Su camioneta está ahí.

Callen lo intentó por última vez:

—No es el mejor sitio ni la mejor situación para traer a la pareja.

Rory se rio.

—Tú la has traído. Además..., díselo, Chelsea.

—Soy cinturón negro de taekwondo. —Cuando se agachó para adoptar una postura de ataque, Callen se quedó mudo de asombro—. Aprendí mientras estuve en la universidad.

—Y yo tengo muy mala gaita dando bofetadas —añadió sin tapujos Jessica.

No podía hacer nada, decidió Callen, así que confiaría en que los hermanos pusieran a las mujeres a salvo si había peligro.

—Lo único que necesito hacer es darle un puñetazo en la cara. Con eso

estaremos en paz.

Chase asintió.

—Pues hazlo y nos iremos todos.

Callen entró seguido de su dichoso séquito y vio que el bar tampoco había cambiado mucho por dentro.

La decoración se inclinaba por la taxidermia, con cabezas de osos y ciervos disecadas, y la bandera del estado de Montana estaba enmarcada junto a la bandera revolucionaria histórica de Gadsden. ¿Un elemento nuevo? Un cartel que rezaba:

LAS PISTOLAS NO MATAN

GENTE, YO SÍ

Dos hombres con pinta de motoristas jugaban al billar y otros dos bebían cerveza de la botella y miraban.

Había dos mesas en el bar. En una, dos viejos que parecían permanentemente cabreados estaban sentados uno frente al otro, bebiéndose sus cervezas y jugando a las cartas.

Dedujo que la segunda mesa había sido requisada por los motoristas, pues estaba sembrada de botellas vacías y había cazadoras de cuero amontonadas en las sillas.

Había siete taburetes en la barra, todos ocupados. A primera vista no reconoció a nadie aparte de Clintok en la punta, pero entonces el corazón le dio un pequeño vuelco cuando vio al hombre grandullón que estaba sentado hacia la mitad, masticando cacahuets garrapiñados.

Cuando los demás entraron en fila detrás de él, las bolas dejaron de entrechocar unas con otras, los culos se movieron en los taburetes. Callen

deseó con todas sus fuerzas que el hecho de que la población femenina del bar hubiera aumentado a tres no creara problemas.

Pero por la manera como Clintok se enderezó en su taburete, supo que al menos un cliente sabía que los habría.

—¿Skinner? ¿Eres tú? —El grandullón lo señaló—. No me jodas, eres tú, Cal Skinner. Oí que habías vuelto.

—Sandy Rhimes —susurró Bodine, y a Cal se le encendió la bombilla.

—¿Cómo te va, Sandy?

—Podría quejarme, pero no voy a molestarte. Hola, Chase, Rory, Bodine, señorita, señorita. —Sandy tenía una cara grande y poco atractiva, y una sonrisa dulce, casi angelical—. ¿Os habéis perdido?

—No. Mi idea era venir aquí.

—Bueno, si os tomáis una cerveza, no perdáis la botella de vista. Slats os diría lo mismo —añadió, señalando con su botella al corpulento barman de mirada aburrida.

—No vamos a beber todavía. Tengo otro asunto entre manos.

Sandy miró hacia el extremo de la barra.

—¿Clintok? Si tienes algún problema con él, yo... Un momento. —Irguió la anchísima espalda, la tensó, y la sonrisa dulce se esfumó—. ¿Es él quien disparó a tu caballo? Me he enterado. —Sandy dejó su cerveza en la barra de golpe, y empezó a levantar su humanidad del taburete.

—Tranquilo. —Joder, no necesitaba que se uniera otro más—. Yo me ocupo —dijo Callen.

—Eso espero.

—Quedaos aquí —les dijo Callen al resto, y se dirigió al extremo de la barra donde estaba sentado Clintok.

—Tenemos un asunto pendiente.

—Que te den, Skinner.

—Supongo que vas armado, así que voy a decirte que si te veo llevar la mano donde creo que tienes la pistola, te la romperé por la muñeca.

La cara de Clintok empezó a teñirse de rojo.

—¿Estás amenazando a un agente de policía?

—Estoy amenazando a un capullo, un capullo en paro, según he oído. Estoy amenazando a un cobarde que se esconde entre los árboles y dispara a un caballo. Así que más vale que tengas las manos donde yo pueda verlas.

Callen sintió cómo el hombre del taburete que tenía a su espalda se levantaba sin hacer ruido y se alejaba despacio.

—¿Cobarde? —Clintok apartó el taburete—. Tú eres un cobarde asesino. Mataste a dos mujeres.

Callen notó que los motoristas aguzaban el oído.

—Tú quieres creer eso. Sabes que no es cierto, pero quieres que lo sea. Lo que sí es cierto es que tú disparaste a mi caballo.

Clintok le clavó un dedo en el pecho; Callen se lo permitió.

—Disparaba a una serpiente.

—Ni siquiera tú tienes tan mala puntería.

—Sigues siendo el mismo de siempre. —Con los ojos encendidos, enseñándole los dientes, Clintok volvió a clavarle el dedo—. Un inútil, el hijo inútil de un fracasado que se jugó todo lo que tenía y se ahorcó de lo avergonzado que estaba. ¿Y te presentas aquí? Acompañado de los hermanos Longbow, y con mujeres detrás de las que esconderte.

—Solo han venido de público para ver la paliza. ¿Quieres que te la dé aquí dentro o vamos fuera? Tú decides.

—Fuera. —El barman sacó un bate y comenzó a darse golpecitos en la palma de la mano.

—Pues fuera —dijo Callen.

Vio venir el puñetazo y tomó la decisión de no pararlo. Le dio lo bastante

fuerte para que los oídos le pitaran, pero él solo se enjugó la sangre del labio.

—Venga, sigue. —Callen retrocedió hacia la puerta.

Clintok dio dos furibundos pasos hacia él y, mientras Callen se preparaba, Sandy estiró rápidamente un musculoso brazo.

—Eh, ¿qué andas buscando ahí detrás, Garrett? —Desenfundó la pistola del calibre 32—. Este tío juega sucio —anunció al bar—. Disparó al caballo de este hombre cuando él lo montaba. Nosotros no admitimos eso. No, señor, no lo admitimos. Tampoco admitimos que se intente desenfundar frente a un hombre desarmado.

Dejó la pistola en la barra.

—Mejor guárdala detrás de la barra, Slats. Ahora, ¿vas a salir a resolver esto solito, Garrett, o quieres que te ayude?

—No me toques. Borracho subnormal.

—Sal y mantén la puerta abierta —le susurró Callen a Chase—. Yo lo haré salir. Vamos, Clintok. Si intentas escapar por la puerta de atrás, te aseguro que yo corro más.

—¿Escapar de ti?

Clintok cogió una cerveza de la barra, rompió la botella sin dejar de correr y cargó contra él, tratando de cortarle con el afilado vidrio. Callen lo esquivó con agilidad, sin frenar el impulso que Clintok llevaba, y le dio una patada en el culo con la fuerza suficiente para mandarlo fuera por la puerta abierta.

Chase le agarró la muñeca y se la retorció. La botella rota cayó a la grava.

—Gracias. —Callen salió como una bala—. Mantente al margen.

Tiró a Clintok al suelo antes de que él pudiera reaccionar, y tuvo el placer de ver cómo resbalaba por la grava y dejaba las piedras manchadas de sangre.

Luego retrocedió, esperó.

Bodine apartó los vidrios rotos con el pie y, al igual que Callen, vio cómo Clintok se levantaba despacio. Las manos le sangraban después de su

accidentado viaje por la grava. Bajo la gran luna y los chasquidos del letrero del motel, vio las manchas de sangre cada vez más oscuras en las rodilleras de sus vaqueros debidas a la caída.

Y la rabia que le llameaba en los ojos.

—Ve a por él —masculló a Callen.

Pero Callen, sorprendentemente sereno en ese momento, opinaba que las palabras podían hacer el mismo daño que los puños.

—Pistolas, botellas rotas. Muy propio de ti, Clintok. Igual que esconderte entre las rocas y los árboles y disparar contra un caballo. O matar un perrito indefenso de un balazo en la cabeza.

—¿Mató un perrito? —Lo había preguntado uno de los motoristas que salían a ver la pelea—. ¡Hijo de puta!

—Todo eso es muy propio de ti —continuó Callen—. Igual que las emboscadas, o pedir a tus amigos que sujeten a un hombre para que tú puedas darle una paliza. Aquella vez no te salió muy bien, que yo recuerde. Es hora de ver cómo lo haces tú solo, en una pelea limpia.

—Tendría que haberte dado el balazo a ti.

Callen sonrió.

—¿Cuál de las dos veces? ¿Cuando éramos unos críos y mataste al perrito, o ahora, cuando disparaste a mi caballo?

—Las dos. —Dicho esto, Clintok cargó contra él.

Callen esquivó el puñetazo, lanzado con rabia pero sin ninguna precisión, y asestó a Clintok un cruzado de derecha que le lanzó la cabeza hacia atrás e hizo que le sangrara la nariz.

Se había dicho que se quedaría satisfecho con eso, con un puñetazo que lo hiciera sangrar. Pero, Dios santo, le encendía un fuego en las entrañas, un fuego que llevaba años ardiendo sin llama.

Antes de pensarlo bien, le asestó un gancho de izquierda en la mandíbula.

Puede que los dos rápidos golpes despejaron a Clintok, o puede que tuviera instinto para pelear. En cualquier caso, Callen recibió dos puñetazos fuertes en las costillas antes de ponerle un ojo morado a su oponente.

Detrás de ellos, Jessica estrujó la mano a Bodine.

—Deberíamos detenerlos.

—Oh, ni de coña.

Bodine hizo una mueca cuando Callen encajó un golpe en la cara, dio un puñetazo al aire con la otra mano cuando él castigó a Clintok con dos directos en el vientre que le cortaron la respiración, seguidos de un despiadado gancho a la cara.

La grava crujió bajo sus botas mientras se atacaban, mientras giraban en círculos. El olor metálico a sangre se mezcló con los olores a cerveza, sudor y, sorprendentemente, la cecina que Sandy masticaba.

Gruñidos animales, los nudillos que chascaban y crujían cuando tocaban carne, hueso. A su lado, Jessica cambió de postura y se tapó los ojos con la otra mano.

—Avísame cuando termine.

—Ya casi está.

Después de trabajar toda su vida con vaqueros, de crecer con dos hermanos varones, por no hablar del propio Callen, Bodine suponía que había visto suficientes broncas y peleas a puñetazos. Y sabía juzgarlas.

Clintok contaba con la ventaja de la fuerza bruta, pero Callen tenía a su favor la estrategia. Así pues, era rabia encendida contra frío fuego.

Cada vez que Callen le daba un puñetazo, la reacción de Clintok se volvía más desmañada. Se le ve venir, pensó. Vamos, Skinner, ¿no ves...? Ay.

Entonces vio cómo Callen devolvía el puñetazo que apenas le había rozado el pómulo con un golpe raudo y certero, y luego lo remataba con un doloroso puñetazo en el vientre y otro despiadado gancho a la cara.

El último golpe derribó a Clintok, y Callen se colocó encima de él. No se ensañó con su oponente abatido, aunque Bodine no lo habría respetado menos si hubiera estado en su lugar. Los espectadores no solo esperaban que lo hiciera, sino que lo exhortaron a gritos.

En cambio, Callen inmovilizó a su adversario y le habló con claridad:

—Ya está. Vuelve a meterte conmigo, vuelve a meterte con cualquiera de las personas que son importantes para mí, y no solo te tumbaré. Te haré morder el polvo. Hazme caso. —Se levantó—. Y ahora, lárgate.

Luego se dio la vuelta, echando mano de todo su orgullo para no cojear, y recogió de Bodine el sombrero que había perdido durante la pelea. Se lo puso como si nada.

—Supongo que debería invitaros a todos a una ronda.

—Estás sangrando —dijo Jessica.

Después de pasarse los magullados nudillos por la magullada cara, Callen se encogió de hombros.

—No mucho.

—¿Son los hombres? —preguntó Jessica—. ¿Son los hombres en general, o solo los que llevan sombrero?

—Hablaremos de eso mientras nos tomamos una cerveza. —Divertida, Bodine empezó a tirar de su amiga para volver al bar, y entonces soltó un grito de advertencia.

Tambaleándose, Clintok volvió a ponerse a la luz del letrero, con una pistola en la mano.

Callen apartó a Bodine de un empujón y se apresuró a alejarse del grupo cuando Clintok levantó el arma.

El mundo de Bodine se detuvo un instante, empezó a girar muy despacio en ese breve lapso de tiempo. Oyó gritos, como voces en un túnel, y sintió que alguien la arrastraba hacia atrás cuando intentó avanzar.

Luego nada.

Vio con horror que Clintok apretaba el gatillo. Una, dos veces, tres.

Y nada.

Su expresión de desconcierto le habría hecho gracia si el suelo no se hubiera ondulado bajo sus pies. Mientras eso ocurría, Callen lo cruzó a zancadas. El gancho, pura furia, levantó a Clintok del suelo antes de postrarlo en él.

—Podrías haber dado a mi mujer, desgraciado hijo de puta.

Cogió la pistola y la miró.

—Descargada.

—Rory ha supuesto que tendría una en la camioneta. —Pálida pero sin amilanarse, Chelsea se agarró al brazo de Rory—. Así que ha ido a comprobarlo.

—Un buen vendedor sabe cómo piensa la gente. —Rory se acercó a Callen con tranquilidad y cogió la pistola—. Así que le he quitado las balas.

—Te debo una.

—No me debes nada, pero aceptaré esa copa.

Callen se volvió para mirar a Clintok, que no solo estaba postrado, sino inconsciente.

—Tenemos que hacer algo.

—Ya lo he hecho. —Jessica volvió a salir, enseñándoles el móvil—. El sheriff está de camino.

—Oh, vaya, Jessie, ¿cómo se te ocurre?

Ella se limitó a mirar a Callen con la boca abierta.

—¿Que cómo se me ocurre? Ha intentado matarte.

—Tiene razón. —Chase alargó la mano y la arrimó a él—. Sé cómo te sientes, pero tiene razón.

—Tiene toda la razón. —Bodine tuvo que recurrir a toda su fuerza de

voluntad para no explotar—. Si Rory no tuviera más juicio del que yo le suponía, tú estarías muerto, o casi. No solo es un capullo, sino un capullo perturbado. No solo es un cobarde, es un asesino...

Como su tono rayaba en la histeria, Callen se acercó a ella y la abrazó.

—Vale. Vale. Quizá sea mejor que respire una o dos veces.

—No me digas que respire.

—Una o dos veces. —Callen la besó, y soltó—: Mierda. —El contacto le dolió, luego se inclinó para susurrarle—: No llores. Te odiarás.

—Estoy bien.

—Una ronda para todos —dijo Callen al barman sin despegar los ojos de Bodine—. Soy de fiar.

—Más te vale. —Después de echar un último vistazo a Clintok, el barman volvió a darse con el bate en la palma de la mano—. Se lo ha buscado.

Puede que sí, pero Tate no parecía contento cuando llegó veinte minutos después.

Miró a Clintok, sentado en el suelo, con las manos atadas a la espalda con una brida de plástico y la cara ensangrentada. Miró a Callen, apoyado en la pared del bar, bebiendo cerveza junto a Bodine, sus hermanos y las otras mujeres.

Se agachó al lado de su antiguo ayudante.

—Te dije que no te acercaras a él.

—Me estaba tomando una copa, y él ha entrado con su condenado pelotón y ha empezado la pelea.

—¿Y tú has decidido terminarla sacando una pistola?

—No habría tenido que hacerlo si tú hubieras cumplido con tu deber y hubieras encerrado a ese cabrón asesino.

—Cumpló con mi deber desde el principio, igual que voy a hacer ahora. En primer lugar, te has cargado tu libertad bajo fianza llevando una pistola. Curtis, enciérralo atrás, y tomaremos declaración a algunos testigos para ver qué coño ha pasado.

Se acercó a Callen.

—También te dije que no te acercaras a él, ¿verdad?

—Hemos decidido salir todos a tomar una copa —dijo Bodine—. Queríamos enseñar a Jessica otros sitios interesantes.

Después de mirarla durante un buen rato, Tate se frotó la cara con una mano.

—Bodine, no insultes mi inteligencia.

—En parte es verdad —intervino Callen—. Pero también es verdad que yo sabía que Clintok probablemente estaría aquí, y desde luego es verdad que pensaba darle una paliza.

—Podría encerrarte en la camioneta con él y acusarte de agresión.

—En efecto, podrías. —Chase habló con aire reflexivo mientras tenía los ojos fijos en su cerveza—. Pero no se sostiene teniendo en cuenta que Clintok ha dado el primer puñetazo y después ha ido a buscar su pistola. Puedes preguntar a la gente del bar si ha sido así, y cuando hables con Sandy Rhimes, seguro que te dirá que le ha quitado la pistola, la que Clintok llevaba encima, antes de que pudiera usarla.

—La señorita Baazov ha dicho que Clintok estaba apuntando a Callen con una pistola fuera del bar.

—Esa ha ido a buscarla a su camioneta después de que Callen le ganara en una pelea limpia. Yo le había quitado las balas —añadió Rory—. He imaginado que llevaría una en la camioneta, y como ya había disparado a Callen una vez, y ha vuelto a intentarlo dentro del bar, me ha parecido prudente tomar esa precaución.

Tate se frotó la cara con ambas manos.

—Por los clavos de Cristo.

—Os habéis olvidado de la botella rota. La ha roto contra la barra — continuó Chelsea— y ha atacado a Cal con ella. No ha peleado limpio hasta que se ha visto obligado, y ni tan siquiera entonces.

—¿Sabe tu madre que estás aquí, mezclándote en peleas de bar? — preguntó Tate.

—Sabe que estoy con Rory. O eso espero. Vivo en el Pueblo Bodine, pero hablo con ella casi todos los días.

—No hacéis más que replicarme. Curtis, entra y empieza por Sandy Rhimes. Tómale declaración. Señorita Baazov...

—Jessica.

—Jessica, vamos a dar un paseo hasta la máquina de refrescos, ya que no puedo echar un buen trago de whisky, como me gustaría. Voy a suponer que eres la que tiene más sentido común de todos los presentes. Así que vas a explicarme lo que ha ocurrido, paso a paso.

—Lo haré encantada.

Callen tomó un trago de cerveza cuando echaron a andar por el aparcamiento.

—Va a estar cabreado un tiempo.

—Se le pasará. —Bodine se encogió de hombros—. Sabía que tú irías en busca de Clintok y sabía que él habría hecho lo mismo dadas las circunstancias. Va a pasarse más tiempo defraudado que cabreado. No por ti, sino por Clintok.

El trayecto de vuelta duró más de una hora, y a su término Callen se notaba cada cardenal y cada rasguño. Pensó con cariño en la bolsa de guisantes que

Bodine había metido en su congelador, y tan solo deseó que hubiera metido media docena.

Aun así, consideraba que cada punzada, pinchazo y ramalazo de dolor había valido la pena. Garrett Clintok pasaría una larga temporada entre rejas. Suponía que el comentario de Jessica antes de que cada uno se fuera por su lado también había sido acertado.

Clintok era carne de psiquiatra.

Apretando los dientes para soportar las punzadas que le agujijoneaban las costillas al bajar de la camioneta, se recordó que Clintok había salido peor parado.

—¿Quieres hacer una visita a Atardecer para decirle que ha sido vengado?

—Se lo diré por la mañana.

Bodine le pasó un brazo por la cintura, un poco compadecida de él.

—Puedes apoyarte en mí. —Y, alzando la vista, suspiró a la luna—. Debo decir que esta ha sido la noche más guapa de mi experiencia en peleas. Jessica ha sacado algunas fotos extrañas y bastante artísticas del Step Up y algunos de los clientes mientras Tate te echaba el último sermón.

Abrió la puerta, le quitó el sombrero, lo tiró. Luego le rozó la cara con los dedos mientras inspeccionaba el desaguisado.

—Tú no estarás guapo durante unos días, pero le has roto la nariz.

—Eso me ha parecido.

—No vuelvas a empujarme de esa forma.

Callen enarcó las cejas, sorprendido. Incluso un gesto como ese le dolía.

—Ten por seguro que si algún capullo perturbado blande alguna vez una pistola en tu dirección, volveré a empujarte.

—La próxima vez estaré preparada, y antes te empujaré yo a ti. —Bodine le dio un empujoncito, y luego volvió a arrimarlo a ella para desabotonarle la camisa—. Echemos un vistazo a lo que queda de ti.

Callen le agarró las manos.

—Casi se me para el corazón de un infarto al pensar que pudiera darte.

—Al mío tampoco le ha hecho ningún bien, cuando te has apartado y te has puesto tan a tiro. Rollo Gary Cooper.

—Rollo Clint Eastwood. Chase es más Gary Cooper que yo.

Callen le agarró la cara y la besó con tal vehemencia que se desataron a la vez, entremezclados, el dolor, el deseo y el placer.

En ese mismo instante, excitada, Bodine lo agarró por los hombros, aunque se esforzó por no apretar.

—Esta noche no estás en condiciones de ponerme a cien, Skinner.

—Tengo que hacerlo. —Deprisa, le quitó la camisa y la empujó contra la puerta—. Tengo que poseerte. Deja que te posea. —Le desabrochó el sujetador, lo apartó, le cogió los pechos—. Deja que te posea.

—He querido arrancarte la ropa desde que has dado el primer puñetazo. — Y eso hizo Bodine, empezando por la camisa—. Luego no te quejes si te hago daño.

Cuando ella estrujó su boca contra la de él, Callen la arrastró al suelo.

Todo el ardor, todo el fuego, toda la pasión que había contenido para pelear con la cabeza fría se desató en sus entrañas. Esa necesidad de golpear carne se transformó en una necesidad de poseerla. De poseer a Bodine.

Y se desbordó con frenesí.

Notó dolor cuando las manos de ella, bruscas y ávidas, le arrancaron la ropa, le estrujaron los músculos. Pero era un dolor lejano, casi inconexo, casi enterrado bajo esa nueva sed desenfrenada.

No la esperó, no podía esperar, sino que la penetró en cuanto la hubo desnudado lo suficiente. Luego la montó como si le fuera la vida en ello.

Ella se arqueó con un grito entrecortado, agarrándose a su pelo como a una cuerda para evitar caer por un precipicio. Los ojos de él se habían vuelto

verdes, reflejando los de ella, con una intensidad casi salvaje que le impedía despegar la mirada de ellos.

La atravesó un incendio, un relámpago, dejándole los sentidos como tierra quemada. Se movió debajo de él, para que la tomara más fuerte, más rápido. Si él saqueaba, ella robaba. Y cuando el relámpago volvió a alcanzarla, montó en él hasta que las llamas los consumieron a los dos.

Estremeciéndose, impregnada de sudor y algo de sangre de las heridas abiertas en el frenesí, Bodine respiró de forma entrecortada. El corazón de Callen latía contra el suyo mientras él yacía encima de ella con todo su peso, consumido.

Pensó en el momento en el que Clintok había levantado la pistola —la sensación de que el mundo giraba, el suelo temblaba— y concluyó que aquello era casi lo mismo.

—Esto es lo que vas a hacer.

—Bodine, creo que hay montones de razones por las que ahora mismo no voy a poder moverme.

—Ya te advertí de que no te quejaras cuando te hiciera daño. Lo que vas a hacer es darte una ducha caliente. Cuando salgas, te tomarás un analgésico y un trago de whisky, te pondremos hielo donde sea necesario, y curaremos y vendaremos lo que haga falta.

—Estoy bien donde estoy.

—Es la adrenalina del sexo, y se te pasará enseguida.

—Adrenalina del sexo. —Bodine sintió los labios de Callen curvarse hacia arriba contra su cuello—. Habría que embotellarla.

—Esta noche has dado una paliza a un tío que se la merecía, y la has rematado con el sexo más tórrido y delirante que jamás he tenido en el suelo.

—Ya somos dos.

—Dudo de que nadie pueda ser más macho que tú en una sola noche. Pero

estás más lesionado de lo que imaginas. Será peor si no te curamos.

Con suavidad, casi con ternura, le acarició la espalda.

—Hazlo por mí, Callen.

Ella nunca le pedía nada, la verdad, y nunca de esa manera, con esa dulzura. De modo que no tuvo alternativa.

Y cuando se movió, el gemido de dolor se le escapó antes de que pudiera contenerlo.

—Tus costillas se han llevado la peor parte. Las del lado izquierdo.

—Lo sé. —Pero por primera vez bajó la vista, vio los moretones, las ronchas de intenso rojo—. Joder.

—Mañana tendrá peor aspecto y te dolerá más, así que adelantémonos. —Bodine le quitó la bota que aún llevaba puesta y los vaqueros que se habían quedado enganchados a ella. Se levantó y le tendió la mano—. Vamos, vaquero, a la ducha.

Él se agarró a su brazo y se incorporó despacio, con esfuerzo. Luego se la quedó mirando.

—Tienes que saber lo que viene ahora.

A Bodine le dio un pequeño vuelco el corazón.

—Puede, pero no creo que deba venir cuando tú apenas puedes tenerte en pie y los dos estamos desnudos.

—Probablemente estés en lo cierto. Tendrá que esperar.

Bodine volvió a ponerse los vaqueros cuando él se encaminó a la ducha cojeando. Tendría que esperar, pensó. No necesitaba grandes artificios, pero cuando el tipo que ahora sabía que era el hombre de su vida le dijera que la quería, al menos le gustaría que no estuviera sangrando.

El ojo morado o la mandíbula magullada no le molestaban, tampoco los cortes y arañazos, o los nudillos hinchados. Las costillas le daban un poco de guerra, pero un par de días después dejó de chillar cada vez que hacía un mal gesto.

Como no distaba mucho de la realidad, explicó a los huéspedes, sobre todo a los niños, el cuento de que había tenido una pelea de bar con un matón.

Y convenció a Alice para que saliera a cabalgar con él.

Ella colmaba a Rosie de cariño y atenciones, y la joven yegua reaccionaba con honda devoción.

Con Maureen, Alice plantaba el jardín de las hermanas. En la cocina preparaba platos sencillos con Clementine. Como hacía mejor tiempo, a menudo se sentaba a hacer ganchillo con las abuelas en uno de los porches.

El gran día llegó cuando accedió a ir a la Casa Bodine en coche con las abuelas, para echar un vistazo, para pensar en si sería feliz viviendo ahí. Se detuvieron en el CAB, a petición de Alice, según Callen supo más adelante. Incluso de lejos, se dio cuenta de que estaba nerviosa, de manera que se desvió con las dos monturas que había elegido para el siguiente paseo a caballo y fue al encuentro de las mujeres.

—Señoras, y yo que pensaba que el día no podía ser más bonito. Me han demostrado que estaba equivocado.

—Me encantan los hombres coquetos. —Doña Fancy le guiñó el ojo.

—Hemos ido a la casa, a la Casa Bodine. Mamá y la abuela viven allí cuando no viven en el rancho. Yo podría vivir ahí. Podría vivir ahí. No sé.

—No tienes que decidirlo ahora mismo —la tranquilizó Cora—. Solo queríamos que la vieras.

—Hay un establo, es pequeñito. Rosie podría quedarse ahí. ¿No se sentiría sola? Es duro estar sola.

—Tendría un par de amiguitos apuestos como estos dos que la visitarían a lo largo de todo el día.

Alice miró a los dos caballos y se acercó a acariciarlos.

—Muchos caballos en el potrero. Muchos. ¿Quién es esa?

Callen miró atrás.

—Es Carol. Trabaja conmigo.

—Con los caballos. Tiene el pelo largo y trabaja con los caballos. No es como antes. —Alice echó un vistazo alrededor, se abrazó el cuerpo—. Casi no me acuerdo de cómo era, pero no era así. Ella trabaja aquí. Tú trabajas aquí. Está cerca de la Casa Bodine.

—A veces me gusta escabullirme para comer de gorra cuando su madre y doña Fancy están en casa. A lo mejor, si se decidiera a vivir ahí, podría venir aquí algunas veces y me echaría una mano.

Alice dejó de mirar a todas partes con cara de susto.

—¿Venir aquí, a echar una mano? ¿Contigo? ¿Con los caballos? ¿Igual que hago para Sam y Chase en el rancho?

—Sí, igual. Siempre me viene bien una persona que sabe de caballos como usted.

—Me porto bien con ellos. Ellos se portan bien conmigo. ¿Quién es ese?

—Es Easy. También trabaja aquí.

—¿Se llama así? No conocía ese nombre.

—Es el nombre de Easy —respondió Callen, e hizo un gesto al mozo para

que se acercara. Alice retrocedió de inmediato, se agarró a la mano de Cora —. Solo quiero que se lleve a estos muchachos a ese potrero de ahí —explicó Callen—. Vienen huéspedes para montarlos.

—Porque trabaja aquí —susurró Alice, sin soltar la mano a Cora.

—Señoras —saludó Easy, tocándose el ala del sombrero.

—Easy, ¿qué tal si te los llevas para ensillarlos?

—Claro, jefe.

—Porque trabajas aquí —murmuró Alice, mirándolo.

—Claro, señora. El mejor trabajo que hay. Cal, Carol ha dicho que montará a Armonía en este paseo. Quería preguntarle si tengo que llevar a Atardecer al centro en el remolque para la clase que tiene luego.

—Lo llevaré yo. Cabalgar nos vendrá bien a los dos.

—Atardecer está aquí. —Alice lo señaló—. Lo veo.

—Ese sí que es un buen caballo. Viene la gran jefa —añadió Easy, y Alice despegó los ojos de su cara para mirar alrededor.

—¡Es Bodine! —La mano de Alice se relajó en la de Cora—. Bodine también trabaja aquí. Está cerca de la Casa Bodine.

—Me llevaré a estos amiguitos para ensillarlos. Señoras.

Easy volvió a tocarse el ala del sombrero y se llevó a los caballos cuando Bodine se acercó a zancadas.

—Bodine, he ido a ver la Casa Bodine. Nada está como antes. Todo está distinto. Es grande.

—Es grande. —Bodine le pasó el brazo por los hombros a Alice con naturalidad—. Nos gusta pensar que podemos contentar a todas las personas que quieren vivir una experiencia típica del Oeste. A lo mejor un día te animas a dar una vuelta conmigo a caballo, para verlo todo. En mi opinión, no hay mejor manera de ver el Resort Bodine que a caballo.

—¿Podemos dar una vuelta?

—Claro.

—¿Ahora?

—Esto...

—Me gustaría darla ahora. Puedo dar una vuelta contigo.

Callen sonrió a Bodine, sabiendo que en ese preciso instante estaría tachando media docena de las cosas que tenía pensado hacer. Y ninguna de ellas sería enseñarle a Alice el Resort Bodine a caballo.

—Bodine debe de estar ocupadísima —comenzó a decir Cora.

—Es la gran jefa.

—¿Sabes qué?, tienes razón. Y la gran jefa puede dedicar una hora a enseñarte todo esto. Skinner, elige una buena montura para mi tía.

—No hay problema.

—Tú montarás a Leo. Lo he visto en el potrero. Yo tendré un caballo nuevo. No me da miedo montar uno nuevo.

—Debería venir conmigo, escoger el que te parezca bien.

Claramente complacida, Alice cogió a Callen de la mano.

—Sé que estás ocupada, Bo —dijo Cora, viendo cómo Alice se alejaba con Callen.

—Me gusta estar ocupada. ¿Por qué no os vais a comer la abuela y tú? Os mandaré un mensaje cuando volvamos.

—Eres un cielo, Bodine —dijo doña Fancy—. No permitas que nadie te diga lo contrario. Vamos, Cora. Me apetece una copa de vino con la comida.

Tendría que alargar su jornada de trabajo, pensó Bodine mientras ensillaba a Leo. Pero, de todos modos, ya contaba con ello. Dos eventos esa noche, se dijo, y quería ayudar al menos a ponerlos en marcha.

Además, tenía el aliciente de la cena de lujo de la noche siguiente. Suponía que Callen ya habría pensado en cómo decírselo. Y si no era así, ella cogería el toro por los cuernos y se le adelantaría.

—Carol trabaja aquí —dijo Alice en voz tan baja que Bodine apenas la oyó—. Se lleva a esas personas de paseo. Tiene pájaros azules en las botas.

—Va a hacer una ruta con ellas, por caminos. He pensado que nosotras podríamos ir por campo abierto, para que te hagas una idea de cómo está distribuido todo.

—Iremos por campo abierto. Easy trabaja aquí. Está demasiado delgado. Debe de necesitar una esposa para que le cocine.

—Podría aprender a cocinar él.

—Llama «jefe» a Cal, pero la gran jefa eres tú.

—Y no deja que nos olvidemos. —Callen se acercó para revisar las cinchas—. Ha hecho bien eligiendo a Jake. ¿Necesita que la ayude a subir?

—Ya no.

Alice montó como si llevara haciéndolo todos los días de su vida. Y Callen se sintió orgulloso.

—Disfrute del paseo, señorita Alice.

—Puedo disfrutarlo, porque Atardecer y tú habéis vuelto a enseñarme. Tienes una madre, pero también eres mío. También puedes ser mío.

Conmovido, Callen le dio una palmadita en la rodilla.

—Podemos ser el uno del otro.

—Soy Alice. Llámame Alice. Basta de señorita Alice si podemos ser el uno del otro.

—Alice, pues.

Acompañada por Bodine, Alice salió a caballo por el portón que Callen abrió para ellas.

—Podemos ir hacia el río —sugirió Bodine—. Veremos algunas cabañas, y un bonito paisaje, y uno de los campamentos.

—Campamentos.

—Son campamentos de lujo, porque tienen mucho glamour y

comodidades, y los ofrecemos en el resort. Nada que ver con plantar una tienda de campaña y desenrollar un saco de dormir.

—¿Tenemos que ver a más gente?

—No. —Al detectar su nerviosismo, Bodine intentó tranquilizarla con una sonrisa—. Es decir, a lo mejor nos cruzamos con alguien que nos saluda, pero no tenemos que hablar con nadie si no te apetece.

—Me pongo nerviosa cuando hablo a la gente que no conozco. Estoy mejor. Creo que estoy mejor.

—Alice, estás mucho mejor.

—He conocido a Carol y a Easy.

—Y es suficiente por un día.

Sonriendo, Bodine la miró y vio que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Quieres que volvamos?

—No. No. No. Me he puesto contenta de verte. De ver a Cal. Me pongo contenta de ver a Chase y a Rory. Vosotros no sois míos. No sois míos. Él se llevó a mis bebés, a todos mis bebés. Y ahora no son mis bebés. Son y no son mis bebés. Si Bobby los encontrara, si yo los encontrara, no son mis bebés. Ya son adultos, y tienen otra madre. Una buena madre nunca nunca les diría quién es su padre. No puedo recuperarlos. Tendría que decírselo. Y ellos no me conocen. Yo no soy la madre. —Emitió un suspiro entrecortado—. Puedo decirlo, puedo decírtelo mientras vamos a caballo. Me duele en el alma, pero me duele más cuando pienso en decírselo. Cal dice que soy valiente. Demuestra más valor no buscarlos, no encontrarlos, no decírselo. Pero duele.

—No puedo ni imaginarme cuánto.

—Bobby ha metido en la cárcel al hombre que disparó a Cal y a Atardecer. Meterá al señor en la cárcel cuando lo encuentre. Pero tengo que decirle que no busque a mis bebés. Tengo que decirle eso, y protegerlos.

—Si alguna vez tengo una hija, la llamaré Alice.

Alice dio un grito ahogado, y aunque tenía lágrimas en los ojos, se le agrandaron de la sorpresa.

—¿Alice? ¿Por mí?

—Por mi valiente tía, que la mimará un montón.

—¿Y la arrullará? —Esta vez su suspiro fue de placer—. Puedo cantarle. Reenie y yo podemos cantarle. Tendrá una buena madre, un buen padre. — Ya más tranquila, Alice miró alrededor—. Es un paisaje bonito. Vuelvo a sentirme en casa. Cada día me siento más en casa.

Por mucho que la hubiera retrasado, Bodine consideraba muy bien empleada la hora que había pasado cabalgando con Alice.

Con la puesta de sol, salió para ver cómo le iba al club de fotografía, reunido allí para celebrar su banquete anual de entrega de premios. Le alegró ver que el cielo no defraudaba.

Los treinta y ocho miembros del club se esmeraban en captar el brillo de la luz y la luminosidad del color, el paso de las nubes. Una serie de huéspedes que asistían al primer concierto al aire libre de la temporada hacían lo mismo.

Satisfecha, fue a ver al artista principal, los músicos, y se tropezó con Chelsea y Jessica.

—Haz que los camareros enciendan todas las velas dentro de unos quince minutos —dijo Jessica—. Quiero que los porches, los patios y los jardines reluzcan en cuanto se haga de noche. Y necesitamos al menos dos camareros para atender esta zona.

—Lo tengo presente —le aseguró Chelsea.

—Estaba a punto de ir a buscaros y aquí estáis. Chelsea, ¿fuiste a recoger las muestras para las mesas al aire libre? ¿Las servilletas, los servilleteros y las velas?

—Ayer. Las dejé en tu... —Chelsea se dio una manotada en la cara—. ¡Mierda! Las dejé en la encimera de mi cocina. He salido sin ellas, y las querías para hoy. Voy a buscarlas ahora mismo.

—Ahora mismo estás a tope. No hay prisa.

—Lo siento, Bo. Sé que querías mirarlas a fondo, enseñárselas a tu madre y a las abuelas, y yo... No tardaré ni diez minutos en ir a buscarlas.

—Vas a estar corriendo sin parar por aquí dentro de unos cinco minutos —le recordó Jessica—. Puedo escaparme yo dentro de una hora.

No eran su máxima prioridad, pensó Bodine, pero estaban en el orden del día.

—¿Por qué no hacemos lo siguiente? Puedo ir a cogerlas yo cuando me vaya a casa. Espero dejaros solas con todo esto dentro de más o menos una hora. No me cuesta nada pasar por el Pueblo camino de casa, si no te importa darme una llave.

—Ahora te la traigo. Lo siento mucho.

—Podría esperar, pero se las voy a enseñar a un grupito de mujeres. Quiero darles tiempo para discutir por eso.

—Vuelvo enseguida. Déjala debajo del felpudo cuando te vayas. Avisaré a los camareros de paso.

—Va a fustigarse durante una semana —dijo Jessica.

—No debería —dijo Bodine—. Me hizo un favor yendo a recogerlas cuando yo iba mal de tiempo. De todas maneras, me quedará una hora, más si lo ves preciso. Solo avísame si necesitas ayuda con cualquiera de los dos grupos.

Con la llave de Chelsea en el bolsillo, Bodine dio una vuelta, entró en el Comedor para comprobar que las mesas estaban bien puestas y después se dirigió al Molino para hacer lo mismo.

Cuando salió, Callen estaba con los caballos bajo la roja luna llena. La

música comenzó con la animada «Nothing On but the Radio». El título, «Nada puesto aparte de la radio», le pareció ideal para la ocasión.

—Creía que ya te habrías ido a casa.

—Estoy a punto de irme —respondió él cuando ella se acercó—. He pensado que a lo mejor me retrasaba lo suficiente para que tú terminaras.

—Aún me queda una hora más o menos. ¿Llevarás a Leo a casa por mí? Voy a robar uno de los Kia.

—Entonces, mejor te las doy ahora.

Callen sacó un puñado de flores de la alforja.

—¿Me has comprado flores?

—Las he ido robando por el camino. Supongo que la puesta de sol me ha inspirado, y que esa luna ha hecho el resto. Una vez dijiste que te gustaba que un hombre te regalara flores.

—Y me gusta. —Bodine las cogió, sonriéndole—. No esperaba que te acordaras de ese comentario.

—Me acuerdo de muchas cosas cuando se trata de ti. Tengo algo que decirte.

—Oh, pero...

—Tenía pensado decírtelo mañana, después de la cena de lujo. Eso sería más normal. Pero mira esa luna, Bodine, esa gran luna roja colgada del cielo. A las personas como tú y como yo nos dice más que el champán.

Bodine miró la gran esfera brillante en el cielo infinito. Sí que les decía más, a personas como ellos. Cal la conocía. Ella lo conocía.

—Quiero que sepas que lo que voy a decir no se lo he dicho a otra mujer. A mi madre, a mi hermana, unas cuantas veces. No las suficientes, aunque lo mejoraré. Pero nunca a una mujer, ni cuando estaba aquí, ni cuando me fui, porque decirlo cambia las cosas, así que he sido prudente.

Bodine observó las flores; silvestres, pensó. No eran flores de invernadero,

sino flores que crecían sin trabas, libres. Y volvió a mirar a Cal. Su cara aún magullada, sus ojos azules a la luz de la luna.

—Ya has dicho mucho, Skinner.

—Estoy reuniendo valor para decir lo importante. Cuando volví, cuando te vi, me asusté. No solo porque eras una mujer adulta y te habías puesto más guapa, sino porque al verte me di cuenta de que había pensado mucho en ti mientras estaba fuera. Solo cosas sin importancia, momentos de mi vida en Montana. Los buenos. Parecía que, de una forma u otra, siempre estabas presente en los buenos momentos. No volví por ti, pero tú has hecho que mi vuelta me compense. Me compense del todo.

»Sentíamos algo el uno por el otro, y quizá creíamos que nos liaríamos y que con eso bastaría. A mí no me basta, y haré lo que haga falta para que tampoco te baste a ti. Te quiero.

—Ahí está —susurró ella, y dio un paso hacia él.

Callen alzó una mano y la obligó a retroceder.

—No he terminado. Eres la primera y serás la última. Puedes tomarte un tiempo para acostumbrarte a eso, pero así son las cosas. Ahora he terminado.

—Iba a decir que yo también te quiero, pero voy a necesitar que precises a qué exactamente tengo que acostumbrarme.

—Una mujer tan inteligente como tú debería atar cabos. Nos casamos.

—Nos... ¿qué? —Bodine dio un paso atrás, despacio.

—Puedes pensártelo, pero... —Cal la arrimó a él—. Dime lo que querías decirme.

—No puedes saltar por encima de... —Callen la besó, sin prisas.

—Dime lo que querías decirme —repitió.

—Yo también te quiero. Pero no puedes decirme que vamos a casarnos.

—Acabo de hacerlo. Te regalaré una alianza si la quieres. Aunque la elegiré yo.

—Si voy a llevarla, debería poder opinar... —Esta vez Bodine se interrumpió, lo apartó—. A lo mejor no quiero casarme.

—¿Una mujer con una familia como la tuya, que sabe lo que significa hacer esa promesa? Dirá que sí. Voy a necesitar tu promesa, Bodine, de igual forma que voy a necesitar hacerte la mía. Pero puedes pensártelo.

Le dio otro beso, vehemente, breve, contundente.

—Podemos hablarlo cuando vengas a casa. —Dicho esto, Callen cogió a Leo de las riendas y montó a Atardecer—. Te esperaré.

Cuando Callen empezó a girar los caballos, Atardecer miró a Bodine. En una cara humana, ella habría descrito su expresión como una sonrisa de satisfacción.

—¡A lo mejor me hago de rogar!

—No lo creo —replicó Callen, y se alejó al trote.

Sin duda Bodine iba retrasada porque Callen le había nublado el pensamiento. ¿Cómo iba a concentrarse en el trabajo, en las preguntas de los empleados o en asegurarse de que el concierto que inauguraba la temporada empezaba a su hora cuando él le había soltado lo del matrimonio como si fueran las llaves de un coche y le había ordenado que condujera, le apeteciera o no?

Se había preparado para la parte del «Te quiero», «Yo también te quiero», aunque, según sus cálculos, eso no tendría que haber sucedido hasta la cena del sábado. Pero saltar directamente al matrimonio la había dejado fuera de juego.

Aun así, puso las flores en un jarrón y lo colocó en su escritorio. Le gustaban las flores. Le gustaban muchas cosas cuando se trataba de Callen Skinner.

No le gustaba que le dijeran cómo iba a pasar el resto de su vida. Porque Callen había dado en el clavo en un detalle. Ella tenía una familia, y en su familia se tomaban el matrimonio en serio. No se casaban llevados por un impulso, las hormonas o fantasías románticas, sino que lo hacían en serio, para sentar las bases de una vida.

Con la llave de Chelsea en el bolsillo, se puso al volante del cochecito que había cogido prestado para esa noche. Eso era lo que diría a Cal, decidió. Que nadie le daba órdenes y que se tomaba el matrimonio en serio. Y se lo diría cuando a ella le viniera en gana. Callen podía esperar.

Se alejó de la música, las luces, los huéspedes y los empleados y el silencio la envolvió. Le vendría bien un poco de silencio, para reflexionar. Cuando se detuvo en el Pueblo delante del apartamento de Chelsea, casi le entraron ganas de haber pedido la llave también a Jessica. Un rato de silencio para reflexionar, y después una amiga que la escuchara.

A lo mejor cogía las muestras y regresaba con ellas al despacho. O daba una vuelta junto al río con el coche. O se iba a casa y se encerraba en su habitación.

Todo lo cual parecía una forma de evadirse, reconoció tras analizarlo.

A hacer puñetas.

Giró la llave en la cerradura, empujó la puerta con la cadera para dejar la llave debajo del felpudo. Al entrar, alargó la mano para encender la luz.

El brazo que le atenazó el cuello le impidió respirar y ahogó su grito de socorro. Por intuición, intentó dar una patada a su agresor, un codazo. El doloroso pinchazo en el bíceps trocó su pánico en terror, de manera que tiró inútilmente del brazo que le aprisionaba el cuello.

Y sintió que caía, que caía por un túnel vertical, con las extremidades cada vez más pesadas. Todo se ralentizó. Después, todo se detuvo.

Aunque era casi medianoche cuando regresó al Pueblo, Jessica descubrió que estaba aceleradísima. Todo había salido a pedir de boca, y ahora podía dejar las labores de limpieza bajo la supervisión de Chelsea y Rory, pues había aparecido por el resort.

Aunque imaginaba que Chase ya estaría durmiendo —la vida empezaba temprano en el rancho—, pensó en mandarle un mensaje de texto para que supiera de ella nada más despertarse.

Le mandaría un mensaje de texto, pensó, cuando se hubiera quitado la ropa de trabajo y servido una copa de vino.

Sonriendo —aún la sorprendía que una persona pudiera ser tan increíblemente feliz—, aparcó el coche, se apeó. Había dado dos pasos hacia su edificio cuando vio el Kia junto a la acera en lugar de estar aparcado en una plaza. Y delante del sector de Chelsea.

Preguntándose qué demonios haría Bodine allí más de una hora después de que hubiera salido del resort, se acercó al coche y miró dentro. El maletín de su amiga estaba en el asiento del acompañante.

Insegura, intranquila, fue hasta la puerta de Chelsea y llamó.

—¿Bo?

A lo mejor se había quedado ensimismada mirando las muestras, pensó, pero no veía una sola luz reflejándose en una ventana.

Levantó una esquina del felpudo, vio la llave.

Dejando de lado su educación innata, Jessica la cogió y abrió la puerta.

—¿Bodine?

Buscó el interruptor de la luz, lo pulsó, pero el apartamento siguió a oscuras. Cuando dio otro paso, golpeó algo con el pie. Se agachó y recogió del suelo el sombrero de Bodine.

Callen no estaba molesto porque ella lo hiciera esperar. No sería la mujer que él quería si fuera sumisa. Además, le gustaba saber que la había descolocado un poco. Aquella mujer tenía un equilibrio mental increíble.

Así pues, esperaría. Un hombre podía hacer cosas peores que estar sentado al aire libre en una bonita noche de primavera, bajo esa gran luna roja, esperando a su mujer. Pensó en volver a entrar, coger una cerveza, quizá un libro para pasar el rato.

Chase salió disparado de la casa y Callen se puso en pie de un salto. El corazón casi se le había salido por la boca antes de que Chase dijera ni una palabra.

—Alguien se ha llevado a Bo.

Algo iba mal. Algo iba muy mal. Todo estaba borroso, amortecido. Su vista, su mente, su oído. Quería gritar, pero era incapaz de articular palabra.

No sentía dolor, ni miedo. No sentía nada.

Poco a poco cobró conciencia de la luz, como una lámpara con la pantalla sucia. Y del sonido, unos chasquidos indistintos. Ningún color, ninguno, solo siluetas tras la luz sucia. No podía pensar en nombres que concordaran con las siluetas. Mientras se esforzaba por hallarlos, el dolor se le despertó con un fortísimo martilleo en la cabeza. Notó el gemido avanzar por su garganta tanto como lo oyó. Una de las siluetas se acercó.

Hombre. Hombre. La silueta era un hombre.

—¡No eres tú! ¡Esa no es tu casa! Es culpa tuya. No es culpa mía.

El hombre volvió a alejarse y, pese al doloroso martilleo de la cabeza, los latidos demasiado rápidos del corazón, Bodine empezó a distinguir otras siluetas, a recordar sus nombres.

Paredes, fregadero, hornillo, suelo, puerta. Cerrojos. Dios mío, Dios mío.
Intentó moverse, incorporarse, y el mundo osciló.

—... para caballos —le oyó decir—. No te he puesto demasiado. Solo para que no gritaras, para traerte aquí. Pero tú no, no tenías que ser tú.

El apartamento de Chelsea. La llave debajo del felpudo. La luz no se había encendido.

Bodine se concentró en mover los dedos, luego las manos, después los pies. Tenía algo pesado en el pie izquierdo —pie izquierdo—, y cuando oyó el ruido de una cadena, lo supo.

El temblor empezó en lo más hondo de su ser, le sacudió el cuerpo entero.

Alice. Como Alice.

—Tengo que sacar el mayor partido posible. —Él regresó, se sentó a su lado en la cama plegable—. Esto es lo que vamos a hacer. Eres joven y guapa.

Ella apartó la cabeza cuando él le acarició la mejilla.

—Te quedan muchos años para tener hijos. Haremos muchos hijos varones. Sé cómo hacer que te sientas bien mientras los hacemos.

Ella lo empujó, aún débil, cuando él le pasó una mano por el pecho.

—No te conviene portarte así. Ahora eres mi esposa y tienes que complacerme.

—No, no puedo ser tu esposa.

—El hombre elige, y lo hace de esta manera. En cuanto plante mi simiente en tu vientre, lo entenderás. Entenderás cómo es.

—No puedes. —Bodine le apartó las manos cuando él le desabrochó los vaqueros—. Tengo ganas de vomitar. Agua. Por favor. ¿Puedo beber agua?

Su mano se detuvo. Con un hondo suspiro, el hombre se levantó y fue al fregadero.

—Es el sedante para caballos, supongo, pero se te pasará. Sea como sea,

empezaremos con esto esta noche. Ya he esperado bastante.

Bodine sacó fuerzas de flaqueza, se obligó a pensar, a pensar con claridad pese al miedo y el martilleo que le producían náuseas, le revolvían el estómago, pero sabía qué hacer.

Él tuvo que incorporarla para que pudiera beber, y Bodine sintió asco cuando la tocó. Pero bebió, despacio.

—No puedo ser tu esposa.

Él le dio una bofetada.

—Me has replicado, y no voy a tolerarlo.

El dolor solo la ayudó a terminar de aclararse las ideas.

—No puedo ser tu esposa porque somos primos. —Bodine recurrió a toda su fuerza de voluntad para permanecer sentada, para apartarse poco a poco de él—. Tu madre y mi madre son hermanas. Eso nos convierte en primos, Easy.

—No quiero volver a pegarte, pero lo haré si sigues mintiendo y replicándome.

—No te miento. Tu madre es Alice Bodine, mi tía.

—Mi madre murió al darme la vida. Es la maldición de Eva.

—¿Es eso lo que te dijo tu padre? Has oído hablar de Alice Bodine, de cómo ha vuelto a casa después de tantos años. Años que pasó en esta misma habitación.

—¡Es una casa!

—Justo aquí, encerrada, encadenada igual que me has encadenado a mí. Tú eres demasiado joven.

Pero no tanto como para haber matado a dos mujeres, pensó Bodine. No tanto como para matarla a ella si lo ponía furioso.

—Te puso Rory, y habla mucho de ti. De cómo te cantaba y te arrullaba. De lo mucho que te quería.

Sus ojos —color avellana, observó ella, con solo un atisbo del verde de las

Bodine— la atravesaron.

—Mi madre está muerta, lleva muerta desde que yo vine al mundo.

—Tu madre vivió aquí durante años después de que nacieras. Me lo ha contado todo de este lugar. Sé que la espuma de las paredes es nueva. Sé que, detrás, las paredes son de yeso, que están enmasilladas, pero sin terminar. Y detrás de esa sábana colgada de ahí hay un váter, una duchita. ¿Cómo iba a saberlo si tu madre no me lo hubiera contado?

Él se rascó la cabeza.

—Estás intentando confundirme.

—La conoces. Creo que en el fondo ella te reconoció. Se puso a llorar después de verte cuando nos fuimos juntas a cabalgar. A llorar, y a hablar de ti y de sus otros hijos. Los bebés que tu padre le quitó. Seguro que la viste alguna vez por aquí. Trabajando en el huerto. Me ha contado que él la encadenaba fuera para que trabajara en el huerto. ¿La viste alguna vez?

—Esa no era mi madre. Tampoco era la mujer del CAB.

—Era las dos. Tu padre no te dejaba salir de casa cuando ella estaba fuera, ¿verdad? No te dejaba hablar con ella.

—Cállate.

—Tenemos lazos de sangre, Easy.

Él le dio otra bofetada, con más fuerza, la suficiente para que a Bodine le supiera la boca a sangre. Pero Easy tenía lágrimas en los ojos.

—Él te dijo que se llamaba Esther, pero se llama Alice. Sabes que no miento. Él te mintió. Te mintió y te alejó de ella.

—¡Cállate!

Easy se levantó de la cama y empezó a andar de un lado para otro.

—Había un perro, un perro malo, y un caballo, con el lomo hundido. Una vaca lechera y unos cuantos pollos. Hay una cabaña. La tuvo ahí primero, en

el sótano. Tú naciste en ese sótano y viviste ahí con ella durante más o menos un año, hasta que él os separó.

—Me dijo que está muerta, como las otras.

Aunque las tripas se le retorcieron al oír «las otras», Bodine se esforzó por mantener la voz firme.

—Mentía, sabes que mentía. Te lo hacía pasar muy mal, ¿verdad?

—Me fui de casa a los quince años.

Muestra compasión, pensó Bodine. Muestra comprensión.

—No me extraña.

—Todo son reglas, sus reglas, y me arrancaba la piel a tiras si desobedecía una sola.

—Entiendo perfectamente que te fueras. —Sigue mostrando compasión, se dijo Bodine. Sé compasiva con él, sé comprensiva. Inclúyelo en la familia—. Tu madre te habría protegido, pero él la tenía encerrada.

—He vuelto. También son mis tierras. Tengo derecho a ellas. Voy a fundar una familia. Tendré hijos varones, y esposas y una familia.

—Ya tienes familia. Yo soy tu prima. Debes dejar que me vaya, Easy. Puedo llevarte al rancho, con tu madre.

—Eso no va a pasar. No soy imbécil. A lo mejor eres tú la mentirosa. Tengo que pensar. —Easy se dirigió a la puerta y descorrió los cerrojos—. Si mientes, tendré que hacerte daño. Tendré que castigarte por ello.

—No miento.

Easy salió y Bodine oyó el ruido metálico de los cerrojos. Por un momento se permitió derrumbarse, desmoronarse sin más, y temblar y llorar. Luego se levantó con esfuerzo de la cama y, aunque inestable, consiguió mantenerse en pie.

Metió la mano en el bolsillo trasero, pero no se sorprendió de que Easy le hubiera cogido el móvil. Pero del bolsillo delantero sacó la navajita que

siempre llevaba encima y, tras sentarse en el suelo, cortó la espuma. Empezó a hurgar alrededor del tornillo del grillete.

No sucumbiría al pánico; no sucumbiría a la rabia. Ambos moraban dentro de él, pero Callen los tenía encerrados bajo llave en la cocina de los Longbow.

El sheriff ya había pasado. Sabía que Tate tenía a todos sus ayudantes peinando la zona, que había llamado al FBI, que su intención era apretar las tuercas a sus fuentes de información.

Eso le traía sin cuidado.

Había oído llorar a Chelsea. Se había olvidado unas muestras, Bodine había pasado a recogerlas por su apartamento. Nadie dudaba de que la persona que tenía a Bodine había querido llevarse a Chelsea.

Pero ni tan siquiera cuando había dejado de llorar, Chelsea tenía la menor idea de quién había planeado raptarla.

Tate afirmaba que contaban con una ventaja, que no podía haber transcurrido mucho más de una hora entre el rapto y el momento en el que Jessica había encontrado el coche, el sombrero.

Eso también traía a Callen sin cuidado.

Lo que importaba era que, al despuntar el alba, él empezaría donde habían encontrado a Alice, emprendería su propia búsqueda.

Escuchó, y estudió el mapa que Sam había desplegado. Y aunque vio que a Sam le temblaban los dedos más de una vez, no dijo nada. Todos los mozos

del rancho, junto con otros empleados del resort, se quedarían con una sección del mapa y buscarían en grupos.

En camionetas, a caballo, en quads.

Callen tenía su sección asignada, y nada lo disuadiría.

—Ahí han buscado en kilómetros a la redonda —dijo Sam.

—Quedan muchos kilómetros. Que me maten si el individuo que se llevó a Alice no es el mismo que se ha llevado a Bodine. Solo necesito que me prestes un remolque. Iré hasta allí con él y seguiré con Atardecer. Podemos cubrir más terreno.

—Hay carreteras, grava. —Alice estaba al pie de la escalera trasera en pijama, blanca como el papel—. Y cercas, y sitios donde había mucha nieve. Dibujé un ángel en la nieve. Me acuerdo. El señor se ha llevado a Bodine. Os he oído hablando. Se ha llevado a Bodine.

—No tienes que preocuparte. —Cora, tan agotada que tuvo que apoyarse en la mesa, se levantó.

—¡Sí! Sí debo preocuparme. Impedirlo, impedirlo, impedirlo. —Alice se llevó la mano a la boca—. Puedo volver. Si pudiera encontrar el sitio, podría volver. ¿La soltaría si yo vuelvo? No quiero que le haga daño. Ella también es mía. Volveré si encuentro el sitio.

Maureen agarró a Cora por el brazo; luego se levantó para ir junto a Alice. La abrazó.

—Sé que lo harías, pero la encontraremos. Vamos a encontrarla.

—La quiero, Reenie. Lo prometo, lo prometo.

—Lo sé.

—No debería haberme ido. Él no se la habría llevado si yo no me hubiera marchado.

—No. Eso no es cierto, y no lo pienses nunca, nunca.

—Rory a lo mejor lo sabe. ¿Sabe él cómo volver?

—Vamos a buscarla —le dijo Rory—. Vamos a encontrarla.

—No el Rory de Reenie. Mi Rory. ¿Lo sabe él?

—Vamos a sentarnos. Jessica, ¿podrías preparar té? Yo no puedo...

—Por supuesto.

—No quiero sentarme. No necesito sentarme. ¡Sentaos vosotras! Si Rory lo sabe... Yo no quería que lo supiera. Su padre es malvado. Su padre es cruel. No debería tener que saberlo. Solo era un bebé.

—Alice, por favor. —Deshecha, Maureen se hundió en la silla, se tapó la cara con las manos.

—Se lo dije a Bodine. Le dije que no se lo diría a ninguno de mis bebés. Ya no son mis bebés. Se lo dije. Ella dijo que yo era muy valiente. Pero si él lo sabe, ya lo sabe. Tenemos que preguntarle si lo sabe o el señor hará daño a Bodine. La violará y le quitará a sus hijos. Le...

—¡Basta! —Maureen volvió a levantarse y se encaró con Alice—. Basta.

Pero Callen la apartó de un codazo, y sujetó a Alice por los hombros.

—¿Cómo lo encontramos para ver si lo sabe?

—Tú ya lo sabes.

—Ahora mismo no puedo pensar, Alice. No puedo aclararme las ideas. Échame una mano.

—Se le dan bien los caballos. Es educado y dice «señorita». Tiene un poco de verde en los ojos y un poco de rojo en el pelo, solo un poco. Te llama «jefe» y llama «gran jefa» a Bodine. Os ayudaría a encontrarla si pudiese. Es un buen chico.

Estas palabras lo arrollaron, lo desbordaron. Tuvo que dejar de sujetarla por los hombros para no clavarle los dedos.

—Sí, tienes razón. Easy LaFoy —dijo mientras se volvía hacia la mesa—. Se refiere a Easy LaFoy.

El tornillo atravesaba el yeso y estaba muy bien enroscado. Hurgar y dar tajos en la madera desafiló la hoja. Empapada en sudor, con las yemas de los dedos ensangrentadas, se obligó a levantarse, a buscar alguna cosa, cualquiera que pudiera utilizar como arma o herramienta.

Tenedores y cucharas de plástico, platos y vasos de plástico. Una taza de cerámica barata. Pensó en romperla, esperando obtener un par de fragmentos afilados, y lo dejó para más adelante, por si hacía falta.

Examinó el baño, arrastrando la cadena contra el suelo.

Se volvió, miró la ventana, oscura porque era de noche. Si conseguía sacar el dichoso tornillo de la pared, podría encontrar la manera de subir hasta ella, de romperla. Podría salir por el hueco, a duras penas, pero lo conseguiría.

El problema era que con una navaja roma tardaría días, incluso más tiempo, en sacar el tornillo.

Dudaba de que tuviera días.

Si Easy la creía, no podría utilizarla. Y quizá cortara por lo sano. Si no la creía, la utilizaría.

La gente la buscaría, y tal vez la encontraría antes de que estuviera muerta o de que él la hubiera golpeado y violado, pero no podía contar con ello.

Miró la navaja. Se la clavaría en el ojo, pensó, fría como el hielo. Puede que con eso bastara, pero seguiría estando encadenada a la pared.

Regresó, volvió a sentarse en el suelo, y esta vez metió la navaja en la cerradura del grillete. Nunca había forzado una cerradura, pero si había un buen momento para aprender, era ese.

¿Podía convencerlo para que la soltara? ¿Jugar la baza de los lazos de sangre? Oye, Easy, ¿por qué no me enseñas tu casa?

Apoyó la cabeza en las rodillas, se limitó a inspirar y espirar.

El hombre estaba loco, tan adoctrinado como Alice a su llegada. Y sin los

dieciocho años que Alice había tenido como base. No quería a su padre, de eso se había dado cuenta. ¿Podía aprovecharlo?

Las palabras podían ser un arma, igual que una bala o un filo.

—No voy a morir aquí —afirmó en voz alta—. No voy a ser una víctima. Voy a salir. Voy a volver a casa. Maldita sea, Callen, voy a casarme contigo. Lo he decidido. No se hable más.

Furiosa consigo misma, se enjugó las lágrimas, parpadeó para aclararse la vista y siguió hurgando en la pared.

En un determinado momento se quedó traspuesta. Luego despertó sobresaltada. Dormiría cuando regresara a casa. Se daría una ducha caliente, se bebería cuatro litros de café. No, cuatro litros de Coca-Cola, fría, fría en su garganta reseca.

Comería caliente.

Dios mío, Alice. Dios mío, ¿cómo sobreviviste?

Pensando en eso, en los años en los que Alice había hecho precisamente eso, sobrevivir, Bodine se esforzó más.

Cuando oyó el chasquido, la mente se le vació. Todos sus pensamientos se disolvieron. Las manos le temblaron, le sangraron cuando hizo palanca para abrir el grillete.

Como si tuviera las piernas de goma, se levantó y calculó cómo llegar a la ventana, pero oyó que descorrían los cerrojos de la puerta.

A gatas, de nuevo envuelta en un sudor frío, recolocó la espuma, arrastró la cadena, se quedó de pie junto a la cama con el corazón palpitándole y la navaja roma oculta en la palma de la mano.

Lo disuadiría, se dijo. Como fuera, pero lo disuadiría. ¿Y si no podía? Pelearía.

La puerta se abrió y el corazón desbocado se le paró cuando se topó con

los ojos resentidos del hombre que había tenido cautiva a Alice durante veintiséis años.

Sabía que a él no podría disuadirlo.

Callen bajó a Atardecer del remolque. Aunque hacía años que no disparaba una, llevaba una pistola en la cartuchera. Chase también.

Se habían desplegado, familiares, ayudantes, amigos. Mucho terreno que cubrir, pensó, pero no tanto como antes. Easy se había criado al sur de Garnet, y Tate había confirmado que el hombre que ahora sabían que se llamaba John Gerald LaFoy tenía una cabaña en alguna parte del sur de Garnet.

Callen había calculado, lo mejor que sabía, las zonas más probables a partir del lugar donde habían encontrado a Alice.

—Hay veintiocho hombres buscando —dijo Chase cuando ambos montaron—. Hay mucho terreno montañoso que cubrir, pero veintiocho hombres pueden cubrirlo. —Miró al cielo—. El helicóptero del FBI no tardará en llegar.

El sol asomó, un atisbo de luz, por encima de los picos que se alzaban al este.

—No voy a esperarlo —dijo Callen, y espoleó a Atardecer.

Como LaFoy vivía al margen del sistema, Callen suponía que estaría instalado lejos de ranchos y carreteras, al amparo de árboles y elevaciones del terreno. Pero necesitaría una vía de entrada y salida.

Cabalgaron por la carretera de un rancho durante un rato, en silencio, escudriñando el terreno.

—Estará lejos del pueblo fantasma, los turistas, las rutas para quads. — Chase cogió los prismáticos que llevaba al cuello y oteó el horizonte.

—El hijo de puta le dijo a Clintok que nos habíamos tomado una cerveza juntos después de trabajar la noche que mataron a la universitaria. No era verdad, pero yo no dije lo contrario. Pensé que lo hacía por mí, pero también lo hizo por él. No me di cuenta, Chase. En ningún momento.

—Nadie se dio cuenta.

—No iba detrás de Bodine. No sé determinar si eso significa que no corre peligro hasta que él decida qué hacer, o...

—Pues no lo hagas. Está viva. Sabe cuidarse.

—Sabe cuidarse —repitió Callen... porque necesitaba creerlo—. Voy a casarme con ella.

—Imaginaba que pasaría.

—Pasará. Voy a ir al oeste desde aquí, a campo traviesa. ¿Qué tal si tú continúas hacia el norte otro medio kilómetro y después haces lo mismo? Tenemos el este cubierto.

—Si ves algún rastro, me haces una señal.

Asintiendo, Callen bajó por una ladera con Atardecer, subió una loma y se adentró entre los árboles. Vio rastros, pero de animales. Ciervos, osos, alces. Sam le había enseñado a rastrear cuando era un crío, igual que había enseñado a Chase, a Bodine y a Rory.

Pero Callen recorrió unos ochocientos metros bajo un sol cada vez más fuerte sin ver ningún indicio de seres humanos o maquinaria.

Olió a vacas, entró en unos pastos donde pacían, siguió la cerca hacia el norte hasta que pudo cruzarla. Otra carretera de un rancho, y como Alice había dicho que había andado por más de una, abrigó una llama de esperanza.

Debería haberla esperado. ¿Por qué no la había esperado bajo aquella enorme luna roja? Como esos pensamientos solo le causaban miedo y desesperación, los ahuyentó. En cambio, ordenó mentalmente a Bodine que

pensara en él. Si lo hacía con la fuerza suficiente, él quizá lo sabría, lo percibiría.

Se encontró con un rancharo que estaba arreglando la cerca; se detuvo.

—¿Te has perdido, hijo? —El hombre se levantó el sombrero y miró fríamente a Callen y la pistola que llevaba en la cartuchera.

—No, señor. ¿Son estas sus tierras?

—Así es. Espero que tengas una buena razón para estar en ellas.

—La tengo. Anoche se llevaron a una mujer. Tenemos motivos para pensar que está retenida en esta zona.

—¿Llevas placa?

—No, pero otros que la buscan sí. Es mi mujer.

—Pues aquí no está. A lo mejor ha huido.

—No lo ha hecho. Bodine Longbow.

Su expresión dura se tornó en preocupación.

—Conozco a los Longbow. ¿Bodine es su hija? ¿La que lleva el resort?

—Así es. Busco la casa de LaFoy. John Gerald LaFoy. Tiene un hijo que se llama Easy.

—No sé dónde está. Ese apellido no me suena.

—Tiene una cabaña y al menos un cobertizo. Un caballo viejo, un perro, una vaca lechera, unos cuantos pollos. Vive al margen del sistema. Tiene tratos con los Verdaderos Patriotas.

—No conozco el apellido LaFoy, pero hay una cabaña a menos de dos kilómetros en línea recta. —El rancharo señaló hacia el noroeste—. Mad Max; mi hijo lo llamó así. A mi hijo y a sus amigos les gustaba cabalgar por esa zona, hasta que se acercaron demasiado a ese okupa, que no es más que eso, y los echó. Tuve unas palabras con él por ese motivo, pero de eso hace tranquilamente diez años. Un ciudadano soberano, medio loco, si quieres saber mi opinión, pero vive y deja vivir. Guardamos las distancias.

La llama de la esperanza, más viva, más brillante, atravesó a Callen.

—¿Lleva el móvil encima?

—Sí.

—Necesito que llame al sheriff Tate, que le diga lo que me ha contado y dónde encontrar la cabaña.

—¿Crees que se la ha llevado?

—También tiene un hijo, y sí, la tienen ellos.

—Espera a que vaya a buscar un caballo, es la manera más rápida de ir desde aquí. Te acompañaré.

—No puedo esperar. Llame a Tate —dijo Callen, espoleando a Atardecer para salir al galope.

Tuvo que aminorar la marcha cuando el terreno se tornó más accidentado y los árboles, más tupidos. Mientras cabalgaba, sacó el móvil y llamó a Chase. Le gritó la ubicación.

—Llegaré por el norte.

—Estoy a unos ochocientos metros —dijo Callen, y guardó el móvil.

Apenas lo había hecho cuando oyó el disparo.

Lafoy la escrutó mientras cerraba la puerta. Se recostó en ella, como si le hiciera falta apoyarse, eso pensó Bodine. Tenía mal color y los ojos enrojecidos. Despacio, escondió la mano detrás del muslo y se colocó la navaja roma entre los dedos.

Pelearía.

Él tenía una pistola en la cartuchera, una funda de cuchillo en el cinturón.

Pelearía.

—Sabía que el chico tramaba algo, entrando y saliendo a escondidas como ha estado haciendo. Veo que ha aislado las paredes. A lo mejor no es tan

imbécil como parece. —Desvió los ojos hacia la cama, volvió a clavarlos en ella—. No parece que haya tomado sus derechos conyugales todavía, y es lo mejor. El hijo honra al padre. Soy el cabeza de familia, mía es la casa que ahora te procuro. Eres Myra, mi esposa. Me llamarás «señor» y me obedecerás en todo. Quítate la ropa y tumbate en la cama.

—Parece enfermo. Parece que necesita un médico. —Bodine necesitaba que se acercara más, lo suficiente para usar la navaja, arrebatarse la pistola.

—Quítate la ropa —repitió él, y se encaminó hacia ella—. Yo tomaré los derechos que Dios me ha dado y tú me darás hijos varones.

Bodine se quedó donde estaba. Si retrocedía, él vería que no tenía la pierna encadenada.

—Por favor. —Se permitió manifestar parte del miedo que sentía—. Por favor, no lo haga. No me haga daño.

Él le agarró la camisa con una mano, se la rasgó, y le dio un revés con la otra. Con los oídos pitándole y los ojos llorándole por la bofetada, ella le clavó la navaja en un costado del cuello. La sorpresa hizo que LaFoy diera un paso atrás, arrastrando a Bodine consigo. Mientras él sangraba a borbotones, ella le agarró la pistola por la culata. Un violento ataque de tos lo hizo caer. Ella quedó aprisionada bajo su peso. Soltando palabrotas, gritando, volvió a clavarle la navaja mientras intentaba sacar la pistola de la cartuchera.

Él le puso una mano en la garganta y apretó con una fuerza sorprendente. Bodine oyó otro grito, pero no era suyo, y el peso y la presión cesaron.

Vio que Easy arrojaba a su padre contra la pared.

—¡Es mía!

—Te haré picadillo, muchacho.

—¡Me has mentido! —Easy agarró a su padre por el cuello—. Podría haberte matado mientras dormías. Casi lo he hecho.

Cuando Bodine se alejó gateando, resollando, vio que LaFoy daba un

puñetazo en la cara a Easy. Y ambos se atacaron como animales cuando ella se puso en pie y echó a correr.

Terreno accidentado, un caballo con el lomo hundido, una vieja vaca que no había sido ordeñada, una cadena clavada en el suelo y un viejo collar de perro.

Pensó en Alice y, presa del pánico, echó a correr hacia el bosque.

Una cabaña, y dos camionetas. Se obligó a cambiar de dirección, a no dejarse llevar por la necesidad visceral de correr, solo correr. Una de ellas podía tener las llaves puestas.

Oyó el grito, siguió corriendo, pero cuando oyó el ruido de alguien persiguiéndola, giró sobre sus talones y levantó la pistola. Apuntó a Easy, al pecho.

—Juro que te dispararé. No me lo pensaré dos veces.

Él se detuvo, sangrando por la boca, y alzó las manos. De hecho, sonrió.

—Tranquila. Ya está. Se lo he impedido. No debería haber intentado tomar lo que es mío. No hay problema en que seas mi esposa. Lo he pensado a fondo. Es como Adán y Eva, los hijos de Adán y Eva. Vamos a fundar una familia. Dentro de un tiempo, también traeré a Chelsea. Yo le gusto. Tendrás una esposa hermana.

—Eso no va a pasar, no vas a hacerlo. Ponte de rodillas.

—Puedo hacer que te sientas bien. Sé cómo.

Cuando Easy dio otro paso, ella se dispuso a disparar, a matarlo si era necesario.

—No me obligues a hacerlo —le advirtió.

Entonces dejó de encañonarlo a él y apuntó al hombre que había salido corriendo de la prisión con un cuchillo en la mano y mirada asesina.

—¡Honra a tu padre! —gritó LaFoy, y Bodine disparó. Disparó por

segunda vez cuando él apenas aflojó el paso y volvió a hacerlo antes de que cayera al suelo.

—Le has disparado. —El tono de Easy era de curiosidad, y tenía la cabeza ladeada—. Creo que está muerto.

—Lo siento.

—Era un miserable hijo de perra. Por eso las esposas no le duraban. Tenía siempre que enterrarlas. Yo no quería ser miserable con las dos que elegí. No fue culpa mía. No lo seré contigo.

—Por favor, no me obligues a dispararte. Por favor, no lo hagas. —La mano le temblaba, le temblaba tanto que le daba miedo no ser capaz de apretar el gatillo.

Easy solo sonrió cuando se acercó a ella.

Los dos oyeron los cascos de un caballo, y cuando se volvieron a la vez, vieron que Callen desenfundaba la pistola mientras Atardecer saltaba por encima de la cerca.

—¡Al suelo, Easy! Túmbate boca abajo en el suelo o te tumbaré yo a balazos. —Callen pasó una pierna por encima del cuello de Atardecer y desmontó con agilidad—. ¡Ya!

—Ahora son mis tierras. Tengo derecho a...

Callen tomó el camino fácil. Dos implacables izquierdazos.

—Que no se mueva de ahí.

En respuesta, Atardecer puso un casco sobre la espalda de Easy.

Con el chico en el suelo vigilado por el caballo, Callen se acercó a Bodine a zancadas.

—Dame eso. —Le cogió la pistola de la mano temblorosa y se la metió en el cinturón—. Déjame ver, déjame ver dónde estás herida.

—No es mi sangre. No es mía. No estoy herida.

—¿Estás segura? —Callen enfundó su pistola y le pasó los dedos por la

magulladura de la cara.

—He disparado... He disparado...

—Chist. —Callen la abrazó—. Ahora estás bien.

Oyó sirenas, y un ruido de cascos.

—Ahora estás bien —repitió.

—Van a fallarme las piernas. —Las rodillas no le flaquearon, se le evaporaron.

—Tranquila. —Callen la cogió en brazos—. Ya te tengo.

—Le he disparado... lo he apuñalado. Lo he apuñalado en el cuello, creo que ha sido en el cuello, con mi navaja. No he podido sacar el tornillo, pero lo he apuñalado. Tú me regalaste la navaja y yo lo he apuñalado.

—Vale. —Estaba conmocionada, y no era de extrañar. Tenía la piel blanca como el papel y las pupilas tan grandes con lunas.

—¿Lo he matado? ¿Está muerto?

—No lo sé. Lo has tumbado, y eso es lo que cuenta. Mira, ahí viene Chase. Tu padre y Rory están de camino, y Tate. ¿Oyes las sirenas?

—Iba a salir por la ventana, pero él ha entrado por la puerta. El señor, no Easy. Estoy diciendo incoherencias. No puedo pensar con claridad.

—Ya pensarás después. —Callen se quedó donde estaba cuando Chase saltó de su caballo y los abrazó a los dos—. No está herida —le dijo—. No es su sangre.

Asintiendo, Chase volvió la cabeza y miró a los dos hombres tendidos en el suelo.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó a Callen.

—Yo he tumbado a uno y ella al otro. —Se volvió cuando la camioneta del sheriff se acercó a toda velocidad por la bacheada carretera—. No tienes que hablar con Tate todavía. Esperará hasta que te hayas repuesto un poco.

—Estoy bien. Mejor. Es probable que las piernas ya me respondan.

Pero Callen la llevó hasta un tronco para cortar leña e hizo que ella se sentara en su regazo.

—Nos quedaremos un rato aquí sentados.

—Buena idea.

Bodine habló con Tate, descubrió que contar lo ocurrido paso a paso la ayudaba a aclararse las ideas. Y vio cómo se llevaban a Easy esposado, insistiendo aún en que no había hecho nada malo.

—Se lo cree —dijo—. Tenía derecho a llevarse, aunque su plan fuera llevarse a Chelsea. Las muertes de Billy Jean y Karyn Allison fueron meros accidentes, no culpa suya. Lo han educado para creerlo. Se me olvidaba, Dios mío, se me olvidaba, ha dicho algo de que el señor, LaFoy, había tenido que enterrar a sus esposas. Creo que Alice tenía razón. Había otras.

—Lo investigaremos.

—Iba a matar a su propio hijo. Ha salido corriendo con el cuchillo. No dejaba de correr. Yo tenía la pistola. Tenía la pistola, así que la he utilizado.

—Cariño, no debes preocuparte por eso. —Tate le acarició la rodilla—. Es evidente que estabas defendiéndote, y es más que probable que hayas salvado la vida al hombre que te ha metido en esto.

—Primero lo he apuñalado, en la casa. Se me ha echado encima, se me ha echado encima cuando no he querido desnudarme y tumbarme como él me ordenaba. Necesitaba que se acercara. Había estado utilizando la navaja, me la regalaste tú —dijo a Callen—. Cuando cumplí doce años.

Callen la miró un momento y luego pegó la frente a la suya.

—Aún la tienes.

—Es una buena navaja. Quiero recuperarla. ¿Puedo recuperarla?

—Ahora mismo la necesitaremos como prueba, pero te la devolveré.

—Está bastante desafilada. La he utilizado para intentar sacar el tornillo de la pared, pero no lo conseguía, así que la he usado para forzar la cerradura.

—¿Es eso lo que ha pasado? —Callen le cogió los dedos despellejados y se los llevó a los labios.

—He tardado siglos, pero he conseguido abrir la cerradura, quitarme el grillete. Estaba pensando en cómo llegar a la ventana... Quitarme el grillete, llegar a la ventana, romper el cristal, salir por la ventana. Correr. Mejor si encontraba un arma dentro de la casa, pero me había marcado esos objetivos.

—Apuesto a que sí —le aseguró Callen, y hundió la cara en su pelo.

—Entonces ha entrado. No Easy, sino LaFoy. Me ha dado un empujón y me ha roto la camisa. Easy me había dado un par de bofetadas, pero podía disuadirlo. Sabía que con LaFoy no iba a poder. Parecía enfermo, eso también se me ha olvidado. Parecía que llevara un tiempo enfermo. Ha tenido un ataque de tos. Le he clavado la navaja dos veces, y él se ha caído encima de mí. Le he quitado la pistola, se la estaba quitando cuando Easy ha entrado y me lo ha sacado de encima. Me he puesto a correr; me he saltado lo de salir por la ventana y me he puesto a correr. He visto las camionetas, así que he ido hacia ellas. A lo mejor podía escaparme en una, pero Easy me ha perseguido. He pensado que tendría que dispararle, ¿y qué iba a decirle a Alice? Pero entonces LaFoy ha salido con el cuchillo. Luego ha llegado Callen, después, cuando yo pensaba que tendría que disparar a Easy.

—Es suficiente por ahora. Iré a verte cuando hayamos terminado aquí. Ahí viene tu padre.

—Tengo que ponerme de pie, demostrarle que estoy bien.

Apenas unos segundos después de que Callen le dejara levantarse, Sam volvió a cogerla en brazos.

Sería más difícil decírselo a Alice. Bodine lo sabía, como también sabía que era necesario hacerlo. Y tenía que ser ella. Su padre la llevó a casa. Sam lo necesitaba, y no le soltó la mano en todo el trayecto.

Todas las mujeres estaban de pie en el porche, su familia, y Jessica,

Clementine, Chelsea. Estaban pálidas y tenían los ojos tristes, llorosos. Su madre corrió a su encuentro, la estrechó contra su pecho, lloró mientras se mecían una a otra.

—Entremos, entremos para limpiarte bien.

—Todavía no. Antes, ¿podemos sentarnos todas en el porche? —Miró a su padre—. Necesito estar un rato con ellas.

—Me cuesta perderte de vista. —Pero Sam la besó e indicó a las camionetas que los seguían que se dirigieran a la parte de atrás para bajar los caballos de los remolques.

Bodine abrazó a las mujeres una a una, con fuerza. Vio las preguntas, la esperanza en los ojos de Alice, y se le encogió el corazón.

A Clementine le temblaba la barbilla, pero se esforzó por hablar en tono animado:

—Te he preparado una jarra de limonada. Voy a buscarla.

—Clem, me apetece una Coca-Cola, si no te importa.

—Te traeré una.

—Te ayudo.

A Chelsea las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Clementine le pasó el brazo por los hombros.

—Me vendrá bien un poco de ayuda. Ven conmigo, ricura.

—Alice. —Bodine le tomó la mano, ansiosa por zanjar el asunto—. Vamos a sentarnos. Lo que tengo que contarte no es fácil.

—¿Te ha lastimado la cara el señor?

—Sí, pero es lo único que ha lastimado.

Con un suspiro, un sollozo, Alice se sentó en los peldaños del porche.

—Te has escapado. Te has escapado antes de que él pudiera hacerte más daño, antes de que pudiera hacerte todas esas cosas. Me alegro mucho,

Bodine. Me alegro mucho. Ahora Bobby lo meterá en la cárcel. Bobby es la ley. Bobby va a encerrarlo.

—Está muerto, Alice.

Alice parpadeó, se enjugó las lágrimas de un manotazo.

—¿Muerto?

—No vas a tener que verlo nunca más. No volverá a hacer daño a nadie más. Pero, Alice, no ha sido el señor quien me ha raptado, quien me ha encerrado.

—Eso es lo que hace el señor. —A tientas, Alice buscó la mano de Bodine, temblando.

—Callen me ha dicho que te habías dado cuenta de que Easy era tu Rory, el Rory que el señor te había quitado. Eso les ha ayudado a encontrarme, Alice. Tú has ayudado a que me encontraran.

—No quería que te pasara nada malo.

—Lo sé.

—Rory te ha raptado. Mi Rory. Te ha raptado y te ha encerrado.

—LaFoy..., el señor, le dijo que tú estabas muerta. Le dijo que habías muerto durante el parto. Él nunca supo que tenía una madre. Y el señor le enseñó malas costumbres, cosas malas.

Cora se sentó al lado de Alice y le acarició la espalda.

—Intentó llevarse a otras dos mujeres antes que a mí, porque eso es lo que el señor le enseñó. Y... ellas murieron.

—Lleva la sangre del señor... ¿Cómo se llama?, ¿cuál es su verdadero nombre?

—John Gerald LaFoy.

—Lleva la sangre de John Gerald LaFoy, y él me lo quitó antes de que yo pudiera enseñarle a distinguir entre el bien y el mal, antes de que pudiera

transmitirle mis... nuestros valores. Era un bebé muy dulce. Intenté cuidarlo bien. ¿Tiene que ir a la cárcel?

—Sí, pero creo que también necesita ayuda, y la recibirá.

—Como la doctora Minnow.

—Es lo que creo. Y creo que dentro de un par de días, quizá antes, te dejarán verlo, hablar con él.

Ahogando un gemido, Alice se llevó la mano a los labios.

—No quiero que me odies.

—No podría odiarte jamás.

—Quiero... quiero verlo, decirle que tiene una madre. Ha hecho cosas horribles, pero tiene una madre. Mamá...

—Iré contigo.

—Y yo —le dijo doña Fancy, cogiendo la mano a Maureen—. ¿Reenie?

—Yo os llevaré. No puedo verlo, Alice, no me veo capaz. Pero os llevaré.

—Porque eres mi hermana.

—Porque soy tu hermana.

Alice besó a Bodine en la magullada mejilla.

—Ponte hielo. Ve a beberte tu Coca-Cola, y deja que tu madre te ayude a limpiarte. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Bodine se levantó, tomó la mano de su madre y después la de Jessica.

—Ahora ya casi somos como hermanas, y me vendría bien un poco de ayuda. Además, podrás decirme quién puñetas está llevando el resort.

—Lo tenemos todo controlado —le aseguró Jessica.

Con un suspiro, doña Fancy se sentó en el peldaño al otro lado de Alice.

—Viviré en la Casa Bodine con vosotras. Viviré ahí y a veces trabajaré en el resort con Cal y los caballos. Cocinaré, haré ganchillo e intentaré ser una madre para mi Rory. Seremos tres viejecitas en nuestra preciosa casita.

—¿A quién estás llamando vieja, jovencita? —preguntó doña Fancy, y Alice apoyó la cabeza en su hombro.

—Seguiré llevando el pelo rojo, igual que tú. Prepararé galletas, montaré y galoparé. Cantaré con mi hermana y no tendré miedo. Porque me escapé, y estoy en casa.

Rodeó a su madre con el brazo, la arrimó a ella. Y permaneció sentada, satisfecha.

Epílogo

Bodine se duchó hasta que el agua salió fría. Y aunque quería volver a bajar, no protestó cuando su madre y Jessica la metieron en la cama. No fue capaz de replicar cuando esta le ordenó que se quedara acostada y, además, que se tomara el día siguiente libre.

Aunque no tenía intención de hacer ni lo uno ni lo otro, se durmió antes de que ellas salieran de la habitación. Y así estuvo cinco horas seguidas, sin darse cuenta de que Callen pasó una echado a su lado solo para estar cerca de ella.

Cuando despertó, comió como si llevara una semana sin hacerlo.

Tal como había prometido, Tate fue a verla, y de nuevo pidió que le contara la pesadilla que había vivido. Ella recordó detalles que tenía confusos. Después se sorprendió volviendo a quedarse traspuesta en el sofá cuando el sheriff salió para hablar con Alice.

Entre dormir y comer, incluida una comilona al aire libre para que todos los mozos del rancho pudieran tomar parte, no había conseguido estar a solas con Callen ni cinco minutos.

Y tenía unas cuantas cosas que decirle.

Con esa intención, sugirió que necesitaba dar un buen paseo a caballo. Lo miró, lo llamó con el dedo.

Apenas dijeron nada mientras ensillaban los caballos. Ella eligió la ruta, pues tenía un propósito en mente.

—No te he preguntado cómo me has encontrado. Sé cómo ha ayudado Alice, pero...

—He tenido suerte. He dado con un rancho que conocía la cabaña. Estaba a unos dos kilómetros de distancia y a menos de uno cuando he oído el disparo.

—Voy a tener que ir a darle personalmente las gracias. Si no hubieras llegado en ese instante, habría matado a dos hombres en vez de a uno.

—Si te sientes mínimamente culpable por eso, eres tonta de remate.

—No soy tonta, y no me siento nada culpable por haber matado a LaFoy. Sé que tardaré en asimilarlo, pero no me pesa. Habría sentido culpa si hubiera tenido que disparar a Easy. No está bien, no importa qué haya hecho, no está bien. Y es el hijo de Alice, así que habría cargado con eso. Has llegado tú, y no tendré que hacerlo. Me has salvado de llevar esa culpa.

—Te has salvado tú con una condenada navaja.

—Sí, pero resulta que esa navaja me la regalaste tú. Me diste la herramienta, y la he utilizado. Otro punto a tu favor, Skinner. Paseemos un poco. Necesito pasear.

Bajó de su montura y esperó a que Callen hiciera lo mismo.

Juntos condujeron a los caballos por un terreno donde los árboles susurraban al viento, la hierba se ondulaba mecida por él y brotaban flores silvestres.

—Estaba muerta de miedo —reconoció.

—Y yo. —Callen se detuvo, se volvió, la arrimó a él—. Santo cielo, Bodine, no sabía que un hombre pudiera tener tanto miedo y seguir respirando.

Y jamás, jamás en su vida olvidaría el momento en el que la había visto, con la camisa rota y ensangrentada, la cara lívida y magullada.

—Sabía que vendrías, pero no podía esperar.

—Tenías objetivos que cumplir.

Riéndose, Bodine lo besó en el cuello.

—Sí.

—Muy propio de ti, fijarte objetivos. Doy gracias a Dios por ello. —Callen se separó, le cogió la cara entre las manos y la besó—. Te lo compensaré en esa cena de lujo, antes o después.

—Me aseguraré de que así sea. Entretanto... Me gusta este sitio. Las vistas son insuperables. —Bodine señaló las montañas hacia las que el sol avanzaba despacio surcando el ancho cielo azul—. Mucho espacio para extenderse.

Se alejó, ató las riendas de Leo a la rama de un árbol. Picado por la curiosidad, Callen hizo lo mismo y la siguió cuando ella echó a andar.

—La carretera ya está hecha; será fácil ir a trabajar, a caballo o en coche. Imagino que la casa va más o menos aquí, orientada hacia el oeste para las puestas de sol. La caballeriza ahí, y un potrero. En el momento que te plantees en serio lo de ser ranchero, quizá quieras poner un barracón. Hay buenos pastos, para caballos o vacas. No me importaría tener pollos —añadió con aire pensativo—. Curiosamente, los pollos siempre me han dado paz.

Puede que, con todo lo que había sucedido, Callen aún tuviera el cerebro un poco embotado, pero le estaba costando muchísimo seguirle el hilo.

—¿Estás hablando de construir una casa aquí?

—La casa es tu parte, aunque tengo varios requisitos no negociables respecto a ella. Mi parte es el terreno. Mis padres nos han prometido dos hectáreas a cada uno. Más, si queremos, pero con esas me basta y me sobra para empezar. Si te fue tan bien en California, deberías poder pagar una casa.

Callen empezó a ver por dónde iba, y le gustaba el derrotero de la conversación.

—Me fue bastante bien.

—Genial. Quiero un porche amplio, que rodee toda la casa. También

ventanas grandes. Chimeneas. Quiero una en el dormitorio. De hecho, vi una foto en una revista de un baño con chimenea. Quiero una ahí.

—¿Quieres una chimenea en el baño?

—Sí. Y una de esas duchas de vapor tan grandes. Creo que un porche en la primera planta, aunque no en las cuatro paredes. Y... te haré una lista.

—Seguro que sí. ¿Cuántas habitaciones voy a construir?

—Creo que con cinco bastaría.

Callen negó con la cabeza.

—Seis.

Con las cejas enarcadas por la sorpresa, Bodine lo miró con el rabillo del ojo.

—¿Te parezco una yegua de cría?

—Seis. Y una de esas habitaciones con esos televisores tan enormes para ver películas.

Ella enarcó las cejas todavía más.

—¿Cómo de bien te fue en California?

—Tienes que casarte conmigo para averiguarlo.

—Estoy hablando de construir una casa. No he dicho que me vaya a casar contigo.

—Más te vale. —Con una simple mirada de Callen, Atardecer dio a Bodine un topetazo con la cabeza para echarla en brazos de su dueño—. Somos dos contra una. Construyamos una casa, Bodine. Formemos una familia.

—Sabía que vendrías. —Bodine le puso una mano en la mejilla—. Estaba muerta de miedo, pero sabía que vendrías. No podía quedarme de brazos cruzados, pero lo sabía. Ahora me pregunto si siempre he sabido que volverías. Que regresarías a casa y vendrías a buscarme. No podía quedarme de brazos cruzados. Me pregunto si lo sabía. Me gusta pensar eso. Una cosa

es segura: cuando tenía la navaja que tú me regalaste hace tantos años, e intentaba abrir el grillete, he sabido que, cuando saliera, cuando escapara, iría a buscarte. Iría a buscarte y me casaría contigo.

Lo abrazó para besarlo, y habría podido jurar que sintió cómo echaban raíces juntos en la tierra que pisaban.

—Te quiero, Bodine. Lo sabrás todos los días.

—Yo también te quiero. —Lo miró a los ojos—. Yo también te quiero muchísimo.

—¿Has oído eso? —Callen la cogió en brazos y la obligó a girarse.

Atardecer relinchó en señal de reconocimiento, luego dio un golpe con la grupa a Leo, haciéndolo resoplar.

Con una carcajada, Bodine apoyó la cabeza en el hombro de Callen.

—Va a ser una puesta de sol impresionante.

—Todas las noches.

—Hablando de noches. Cinco habitaciones.

—Seis. —Callen la subió a la silla de montar—. E incluiré una bañera de hidromasaje en el porche de la primera planta, para la habitación de matrimonio.

Bodine contempló el terreno e imaginó la casa.

—Una bañera de hidromasaje —murmuró.

Sonriendo, Callen se encaramó a su silla para que pudieran recorrer ese trozo de tierra a caballo y hablar del mañana mientras el cielo adoptaba un tono magnífico.

Una familia. Un rancho. Un cadáver. Un oscuro secreto. Y el amor que llevas esperando toda tu vida



Bodine Longbow siempre tiene mucho que hacer. Es complicado encontrar tiempo para algo que no sea el trabajo cuando diriges un resort de lujo en Montana. Desde luego, no tiene tiempo para el amor.

La llegada al rancho de Callen Skinner, el chico que le robó el corazón cuando no era más que una niña, devuelve la ilusión a Bodine. Pero el hallazgo del cadáver de una chica dará al traste con todo, ya que Callen se convierte en el principal sospechoso. El asesinato trae horribles recuerdos a la familia de Bodine.

¿Y si el crimen tuviera algo que ver con la misteriosa desaparición de la tía Alice, en aquel mismo lugar, hace veinticinco años? ¿Podrán Callum y Bodine descubrir la verdad antes de que sea demasiado tarde?

«Nora Roberts es una superestrella»

The New York Times

«Es la novelista con más éxito del planeta Tierra»

The Washington Post

«Roberts siempre cuenta buenas historias en las que el amor y el misterio importan a partes iguales, pero en este título resulta aún más profunda»

Kirkus

Nora Roberts, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El “príncipe” es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de quinientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es incuestionable y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas y sus historias llegan a un público femenino muy amplio porque son mucho más que novelas románticas.

Nora Roberts ha escrito más de 215 novelas que se han publicado en 34 países. Se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 58 han llegado al codiciado número 1 de *The New York Times* en la primera semana de ventas.

www.noraroberts.com



www.facebook.com/noraroberts

Título original: *Come Sundown*

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2017, Nora Roberts

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Rosa Pérez Pérez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Fotografía de portada: © Sally Mundy / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02095-7

Composición digital: Comptex & Ass., S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] «Te veo pasar en el coche como un avión de guerra / rodeando a una morenita con el brazo.» Versos de la canción titulada «Have Mercy» de The Judds. (*N. de la T.*)

Índice

Al atardecer

Primera parte: Un viaje

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda parte: Un propósito

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Tercera parte: Una puesta de sol

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Cuarta parte: Un regreso

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Nora Roberts

Créditos

Notas